Historias de mi ESCALERA

UNA NOVELA DE

ELVA
MARTÍNEZ MEDINA

Sinopsis

Sara, 1ºB, cae un profundo y oscuro abismo al enamorarse del que parecía ser el chico más encantador del planeta y, sin embargo, ser solo la fachada de un sociópata manipulador y celoso adolescente de 17 años.

Ana y Juan, padres de Ana, empiezan a preocuparse por su hija al ver que su alegre y sociable hija comienza a cambiar de actitud.

Antoine, 1ºA, intuye que en su matrimonio no son dos sino tres, al comentarle a Juan su penosa vida sentimental y sexual, el vecino del 1ºB lo inscribe en una app de citas bajo un nombre falso.

Vivi, la alocada escritora del 2ºA, registra a la protagonista de su nueva novela, Lili, en una célebre aplicación de citas para recabar información para la historia de la que es protagonista; sin imaginar que su vecino sería el elegido por la ficticia editora de literatura infantil.

Mónica, 2ºB, intenta con todas sus fuerzas no caer en las redes del amor, porque siente que sería el mayor error de su vida, pues, David no solo es el mejor amigo de su sobrino, Guillermo, sino uno de sus alumnos; lo que no imagina es que no solo es ella quien cae ante los increíbles ojos azules del veinteañero sino Jimena, su sobrina, también siente el cosquilleo de las alas de mariposa en su estómago.

Guillermo, ático A, asiste divertido al total enamoramiento de su mejor amigo por su tía, al tiempo que por primera vez ve a su madre, Carolina, salir con alguien justo en el momento en el que su padre, Daniel, vecino del ático B, regresa al 9 de la avenida de Felicidad tras 10 años trabajando en Nigeria, con la clara intención de recuperar al que siempre fue el amor de su vida, mejor amiga y madre de su hijo.

Historias de mi escalera

ISBN 9798390980774
Sello: Independently author
Título original: Historias de mi escalera
Autora: Elva Martínez Medina
Portada: Vivian Raquel Jiménez Martínez
1º Edición: julio 2023

Mil gracias a mis lectoras beta. A Jelly por darle esas raíces mexicanas a la vecina del 2º A. A Yoli por prestarme sus ojos y ver más allá de los míos. A Noe por ayudarme con todos los tecnicismos médicos, especialmente, porque el caprichoso destino nos hizo vivir un proceso similar, pero sin «happy ending». Y, perdonadme chicas, pero un mil gracias doble o triple a mi Vivi, mi querida agente, porque no solo está siempre ahí, sino que, además, ha diseñado la bellísima portada de la historia del 9.

Nota de la autora

Historias de mi escalera es una de esas historias que siempre estuvo en mi cabeza. Sin embargo, poco o nada guarda de la primigenia historia visionada en mi particular pantalla interior allá en los años 90 del siglo pasado, *uff…a veces me parece que fue ayer,* cuando desde mi escritorio notaba los temblores del cabecero de la cama de la vecina de al lado, la cual tenía el que es llamado el *oficio más viejo del mundo*, mientras en el piso de arriba escuchaba al *sex-symbol* del 2ºderecha refunfuñar porque su hijo de 4 años le preguntaba por los golpes, gritos y jadeos que resonaban en el patio.

Recuerdo que en aquel momento pensé, *Sabina tiene un blues, yo tendré una novela*. Sin duda, había personajes de todo tipo para ser una comunidad tan pequeña, en el 1º izquierda, dos estudiantes universitarias, tan dispares como el día y la noche. En la puerta de enfrente teníamos a Mary Paz, nunca olvidaré su nombre, y Martín, su novio y proxeneta. En el 2ºderecha, un guaperas divorciado con hijos intermitentes y, en la puerta de enfrente un médico transformista. ¿Era curiosa o no era curiosa la comunidad?

Esos eran los personajes que me contaban sus vidas, bien cercana para mí puesto que yo era una de las vecinas del 1ºizquierda, aunque, al igual que el del 2ºderecha, poco tardamos en mudarnos, pues, nada tenía que ver el nº11 de la calle Tribulaciones con el edificio al que en su momento nos habíamos mudado.

Lo cierto es que aquella idea siempre estuvo rondando mi cabeza, pero con el paso del tiempo y, especialmente, en el momento en el que mis dedos cogieron el lápiz para empezar a trazar a los personajes, los vecinos no solo cambiaron sino se multiplicaron. No sé si ocurrió de manera consciente o no, tal vez, fui llevada por mi promesa de crear siempre finales felices y, yo no sé cuál sería el final de la vecina del 1ºderecha, pero no auguro un buen final.

Y así hace casi 3 años los vecinos del nº11 de la calle Tribulaciones dieron pasó a los vecinos del nº9 de la avenida Felicidad y, no, no pienses que las vidas de los del 9 son puro cuento de hadas. Todos tienen sus propias tribulaciones, de hecho, una de las vecinas me complicó la existencia cuando por casualidades del destino vivía su enfermedad al mismo tiempo que una de las mujeres más importantes en mi vida, mi tía la rubia, Carmiña, pasaba por ella.

Todos los vecinos tienen su propia historia, su propio agujero en el que no quieren caer, como Sara, la más joven de los vecinos por enamorarse de la persona equivocada y vivir una experiencia, más común de lo deseable, y que nadie debiera experimentar.

Ahora solo espero que los vecinos del 9 hayan llegado a tu vida para quedarse como lo han hecho en la mía. Así que querida lectora y/o lector no te quedes sentado en la escalera del nº 7 de la calle Melancolía, súbete al metafórico tranvía y múdate, no al barrio de la Alegría, pero sí al 9 de la avenida Felicidad.

Muaaaaackis…muaaaackis

Elva

A mi tía la rubia que luchó hasta el final.

Historias de mi escalera

Elva Martínez Medina

Prólogo

En algún lado he leído que «un libro manoseado conoce más historias que la narrada en su interior». ¿Imagináis cuántas historias nos podrían contar los libros de las bibliotecas? ¿Imagináis cuántas historias de amor, desamor, intrigas, dramas…han podido ser vistas por esos libros? Igual, incluso alguno, cambiaría la historia relatada en su interior por alguna de las presenciadas. Es más, seguro que muchos han asistido a arrebatadas escenas en la intimidad de sus pasillos…

No, no voy a hablar de libros, ni de bibliotecas, pero sí, de historias. Sí, obvio, tal y como reza en el título, os voy a contar las historias de mi escalera. ¿Os habéis planteado alguna vez cuántas historias se ocultan tras las puertas del edificio en el que vivís?

Muchas, eso os lo digo yo. ¿Nunca os habéis asomado a la ventana o al balcón mirado al frente y pensado qué ocurre tras las ventanas del otro lado? ¿No? Igual, soy un poco cotilla o, tal vez, me viene en los genes. No, no estoy diciendo que mis padres sean chismosos, pero mi madre es escritora y, casi siempre…ejem…y sin el «casi» anda en las nubes, creando mil y una historias y, fijándose en detalles imperceptibles para cualquier hijo de vecino.

Y de vecinos, justo de los míos, voy a hablaros. No somos muchos, mi finca (no, no vivo en el campo, sino en Valencia, y aquí llamamos «finca» a los edificios de viviendas); como decía, mi finca, un bello edificio modernista de principios del siglo pasado, tiene tres plantas, en cada una de ellas hay dos puertas y muchas son sus historias.

Yo, que soy una enamorada de la vida, me voy a centrar en las historias de amor. En los primeros amores, en los amores de toda la vida, en amores prohibidos, amores inesperados, amores rotos y, en esos amores a los que mejor enterramos bajo tierra.

Por cierto, ahora que me doy cuenta. No me he presentado, pero ¿sabéis lo mejor?, no puedo hacerlo, porque yo aún no he nacido. Ahora mismo, tengan en cuenta que mi «ahora» no es el vuestro, soy un simple embrión creciendo en el útero de mi madre; sí, esa que se fija en todo lo que ocurre a su alrededor, que intenta plasmar olores, sabores y texturas para que sus lectores puedan vivir la historia como si formaran parte de ella. Esa que pasa horas estudiando qué nombre dar a sus personajes, ja, la que va a liar para elegir el mío. Espero que no me ponga Renata, como a la última de sus protagonistas femeninas, ni Desamparado, ni Tristana. Yo quiero un nombre corto, sonoro, a poder ser que no se giren tres personas al mismo tiempo al escucharlo, pero, sobre todo, un nombre con mucho significado. ¿Podré desde aquí adentro hacer algo para que sepa si me gusta o no el nombre? Tal vez unas pataditas o provocarle unas arcadas…Ji, ji, ji…Sí, al igual que mi madre, soy un tanto malévola.

Me imagino su cara cuando se entere que la mejor de sus creaciones está gestándose en su interior. Ja, sé lo que estáis pensando: «esta niña no sabe lo que es la modestia». Hala, ya sabéis dos cosas que mi madre no sabe: una, que está embarazada, bueno, en unos capítulos lo estará, y dos, soy una niña con alta autoestima. En realidad, no es que no conozca la modestia, sino que tengo lejos a mis abuelos, así que no es cuestión de falta de modestia, sino de tener a los abuelos maternos en México y a los paternos en Francia, el motivo por lo que me piropeo a mí misma. Ya veis, soy una maravillosa mezcla de estas dos culturas que va a nacer en tierra española, exactamente, en la ciudad de la pólvora, de los buñuelos, la horchata, la paella y las naranjas… Hablando de naranjas, no sé si de mayor las adoraré u odiaré porque mi madre no deja de comerlas a todas horas.

Ahora, que ya sabéis quién soy, os voy a presentar a mis vecinos, así los vais conociendo y no

os liais cuando empecéis a ver nombres y más nombres en la historia. Empecemos:

En el 1ºA viven Isabel o Bel (solo su marido la llama así) y Antoine. Isabel tiene unos cuarenta y cinco años, es una brillante mujer de negocios y lleva una década casada con Antoine. En realidad, Isabel no es tan importante en esta historia, pero no quiero que digáis que le tengo manía o, algo similar, así que os la presento, aunque pase sin pena ni gloria por estas páginas. Antoine, cuarenta y tres años, vino de Francia tras terminar sus estudios universitarios, acabó enamorado de una española, del país y de la que se ha convertido en su ciudad adoptiva. Es profesor en la facultad de Filología, Traducción y Comunicación en la universidad de Valencia. Isabel y Antoine no pasan por su mejor momento, sentimentalmente hablando. Aquí entre nosotros, Mónica la vecina del 2ºB vio a Isabel, en actitud más que cariñosa, con un hombre que no era Antoine. Con lo maravilloso que es Antoine, pero no tengáis pena por él, él aún no lo sabe, pero ella no es el amor de su vida. No, ahora no es el momento de contaros esta historia, en unas pocas páginas ya la conoceréis.

En el 1ºB vive una familia de tres, bueno de cuatro… Ana, cuarenta y tres años, Juan, cuarenta y cuatro, su hija Sara, diecisiete y, el cuarto miembro es Merlín, un gato de angora blanco, que campa por la finca a sus anchas. Ana y Juan son emprendedores, ahora los llamamos así, en la época de mis abuelos eran autónomos, ahora siguen siendo lo mismo, pero con un nombre más *cool*.

Hace diez años, tras un ERE en la empresa para la que Juan trabajaba, decidieron lanzarse a la aventura y juntar dos de sus vicios: el café y los libros. Y *voilé*, sus dos pasiones sumadas a las maravillosas manos de Ana para la pastelería, ella dejó el puesto de chef repostera en un conocido restaurante de la ciudad para unirse a la aventura de su marido, ha dado como resultado la *cafebrería*, que se ha convertido en uno de los puntos culturales de la ciudad. Escritores noveles y consagrados han hecho de *Pickwick Café* su sala de presentaciones, de firmas de libros, encuentros literarios. Sin ir más lejos, mi madre es una asidua contertulia de sus charlas de los viernes. Allí coincide, casi todas las semanas, con muchos autores valencianos, como Fernando Vidal, Karen Lovecraft o Raquel Rodríguez, esta última viene menos porque vive en Madrid.

Sara es una chica increíble, lo tiene todo: inteligencia, simpatía, empatía, belleza…Sin embargo, su sexto sentido con los chicos le falla, anda enamorada de un imbécil llamado Kevin, que controla sus movimientos, su móvil, con quién habla y qué ropa se pone. Espero que a mí nunca me pase eso, aunque supongo que cuando uno se enamora pierde un poco el norte. El norte, el sur, el este y el oeste…

Nota mental: he de recordar tener siempre una brújula a mano para no perderme en temas del amor. Bueno, quien dice una brújula, dice *Google Maps*…

Y llegamos al 2ºA. ¿Qué os puedo decir de Vivi? Viviana, cuarenta años, nacida en México DF y, según ella, ciudadana del mundo. Antes de aterrizar en España, vivió en Argentina, en San Francisco, Londres… hasta terminar en Valencia. En principio, solo iba a estar uno o dos meses, el tiempo necesario para recopilar datos para una novela que giraba en torno al misterioso robo del Santo Grial, para los que no lo sepáis, el cáliz sagrado se encuentra en la Catedral de Valencia. Sí, como habéis podido deducir, Vivi es escritora y, con mucho orgullo puedo decir que de renombre internacional. El caso es que esos dos meses por los que venía a mi ciudad natal se transformaron en diez años y, ahora dudo que se vaya de aquí, aunque con ella nunca se sabe.

Sí, sí, no estáis equivocados, ahora mismo me encuentro dentro de su útero y no imagináis lo bien que se está flotando en medio del líquido amniótico, escuchando su melosa voz y su contagiosa risa mientras el bamboleo de sus bailes me mece. Aún no la conozco, pero la amo,

voy a tener una mamá increíble, aunque me molaría más si en vez de tanta naranja, comiera un poquito más de chocolate. Mmmm…Es tan delicioso…Mmm…Yo intento dárselo a entender al ritmo de mis piernas, pero no me hace mucho caso…

En el 2ºB vive Mónica, cuarenta y tres años, eso pone en su DNI, aunque puedo asegurar que ni ella, ni ninguna de las otras mujeres de la finca, representa la edad que tiene. Mónica es profesora de Historia en la Universidad de Valencia. Ahora que lo pienso, estoy rodeada de profesores, tenemos uno por planta. Bueno, sigo con Mónica. Mónica es una mujer independiente, huye de las ataduras, divertida y una penosa cocinera, al menos eso he oído; yo, por el momento, solo como lo que mi madre come y no puedo dar fe de sus inexistentes dotes culinarias.

Subimos al ático. En el ático A viven Carolina, 40 años, y su hijo Guillermo, 20 años. Carolina es profesora de Literatura en el instituto del barrio, allí estudió Guille y estudia Sara. Carolina se convirtió en madre a los veinte años, una noche tras un concierto de Sabina, ella y uno de sus mejores amigos se liaron y Guillermo fue la inmediata consecuencia. Tras el *shock* inicial sumado a la fatal coincidencia del fallecimiento de sus padres en un accidente de coche, Carolina decidió seguir adelante con el embarazo con la inestimablemente ayuda de los padres de Daniel, por cierto, siempre han soñado con ver juntos a su hijo y a la madre de su nieto.

La finca en la que vivimos era de la familia de Guillermo, fue diseñada y construida por su bisabuelo, quien se la dejó en herencia a sus nietos; solo dos de ellos, Mónica y Daniel se quedaron con sus respectivos pisos. Ismael y Ana, vendieron los suyos. Daniel convirtió su enorme ático en dos viviendas, para que la madre de su hijo viviera en uno con Guille y, así criarlo juntos; cierto que los últimos diez años Daniel ha estado fuera de su casa, de la ciudad, del país, incluso del continente, pero jamás, ha estado fuera de la vida de su hijo.

Carolina nunca ha tenido una pareja estable, primero se centró en su hijo y sus estudios. Luego en su hijo y su trabajo. Ahora que su hijo comienza a alzar el vuelo, sigue los pasos de su padre y estudia Medicina, se ha permitido salir con Sergio, pero aquí entre nosotros, yo creo que ella siempre ha estado enamorada de Daniel, el padre de Guille y hermano de Mónica. Y justo Daniel está a nada de regresar al ático B. Daniel tiene 40 años, es ginecólogo y ha estado los últimos diez años trabajando con *Médicos del Mundo* en África. Al igual que Carolina nunca ha tenido una relación seria, siempre ha estado centrado en su trabajo y en su hijo, a pesar de haber pasado los últimos años en Nigeria nunca ha perdido el contacto con él. Un par de veces a la semana hablan por videoconferencia, sin embargo, con quien no ha hablado en los últimos años es con Carolina. Desconozco el motivo de su alejamiento, pero mi yo romántico me dicta que fue simplemente la propia añoranza, así como la necesidad de alejarse para engañarse a ellos mismo. Y ellos son mis vecinos, ahora los dejo con sus historias. Una cosita, antes de meternos de lleno en la historia he de aclarar que, si bien es cierto que yo no había sido fecundada al inicio de la misma, ni tampoco estoy presente en muchos de los momentos narrados, sé de buena mano lo que sucedió y, bueno, si no…doy rienda suelta a mi prolija imaginación. Ahora poneros cómodos que comenzamos el viaje por mi escalera. ¡¡¡Bienvenidos!!!

Año 2019

De cuando los humanos vivíamos sin mascarillas.

Capítulo 1

16 de marzo, 2019

El olor a pólvora se había apoderado de la ciudad, de la calle, de mi finca. Las Fallas lucían en todo su esplendor, nadie podía presagiar que los próximos dos años no podríamos disfrutar de la fiesta grande de mi *terreta*, mucho menos intuir el motivo. ¿Cómo creer que en los años 20 del siglo XXI viviríamos una pandemia? ¿Quién iba a creerse que terminaríamos confinados en nuestras casas durante meses? Bueno, en mi caso, me encontraré flotando dentro de mi madre, pero, ella estará recluida en nuestra casa. Sinceramente y, desde mi aún poco y nonato conocimiento del mundo, esto solo demuestra la vulnerabilidad del ser humano; por no hablar de nuestra falta de sensatez. Sin contar que también deja claro que la realidad supera a cualquier ficción salida de las teclas, aunque sean aporreadas por mi mamá. Por cierto, eso hacía un minuto atrás, pero, de manera totalmente involuntaria, le he provocado arcadas.

Volvamos a Valencia…

Las calles estaban llenas de gente, los niños y, no tan niños, corrían de un lado a otro tirando petardos, *masclèts*, bombetas, chinos, borrachos… (Ojo, cuando hablo de chinos no me refiero a personas nacidas en China, ni los borrachos son gente beoda. ¡No somos tan brutos en mi tierra! Hablo de pirotecnia). El olor a pólvora no era el único reinante en la calle, el dulce aroma de los buñuelos de calabaza, de los churros, el chocolate también reinaba en el ambiente, pero por encima de todos ellos estaba el aroma de la felicidad, de la diversión, de la incipiente llegada de la primavera. Todos esos olores llegaban a la terraza de mi finca, terraza en la que sábado sí, sábado también se reunían: Ana, Vivi, Mónica y Carolina. Alguna que otra vez, Isabel se sumó a ellas, pero en muy contadas ocasiones. Ella, con su particular carácter, no había congeniado con el resto de los vecinos en general y, de las mujeres en particular, pasando de sus reuniones, comidas y fiestas…

—Chicas, ¿sabéis a quién conocí el otro día? —Con gestos exagerados preguntó Ana.

Carolina dio un sorbo a su copa y le dedicó una sonrisa de complicidad a Ana, tenía bien claro de quién hablaba.

—¿A quién? —De inmediato preguntó Vivi—. Dale, niña, habla ya.

—¡A Sergio!

—¿A Sergio? ¡No me lo puedo creer! —Vivi clavó sus oscuros ojos en los de Carolina con aire amenazador—. ¿Le has presentado a Sergio y a mí, que te animé a salir con él, no te has dignado a presentármelo? ¿Y tú te llamas amiga?

—Vivi, no me seas trágica —rio Carolina.

—¿Trágica? Te he ayudado a cambiarle los pañales a Guille y me lo pagas con esto.

—Vivi, nunca me ayudaste con los pañales de Guille —Sin parar de reír dijo Carolina—. No sé dónde estarías tú hace veinte años, pero en Valencia no.

—Bueno, eso da igual. No lo habré hecho físicamente, pero en pensamiento te tenía y me encomendaba a mi virgencita de Guadalupe para que os diera salud.

Las risas de Ana, Mónica y Carolina se escucharon por encima de la música y del ruido de los petardos. No os lo he contado, mi madre, además de escritora es teatralmente exagerada.

—Nena, como se nota que eres escritora —comentó Ana—. Mira que le echas cuento a la historia.

—Ella le echa cuento, pero tú, mala pécora, estás calladita —Con la copa la señaló Mónica,

levantándose de la hamaca para rellenar las copas de todas con la sangría de vino blanco que había hecho. Sí, Mónica es mala cocinera, pero parece ser que hace muy buenas sangrías. —. ¿Cómo es el tal Sergio? Porque yo —Hizo hincapié en el pronombre personal— sí que le cambié muchos pañales a mi sobrino, pasé noches en vela cuidándolo para que pudieras estudiar, te he alentado un millón de veces a salir de tu monacal burbuja —escudriñó los ojos— y, no me has contado ni esta boca es mía del tal Sergio.

Carolina no podía parar de reír con los comentarios de sus amigas.

—Sí, ríete, pero reconoce que te aterroriza presentármelo y, que de pronto Sergito descubra que le gustan más las mujeres grandes como yo, en vez de las delgaditas como tú —Con los brazos en jarras tras dibujar sus turgentes y voluminosas curvas, clamó Vivi.

Ninguna podía parar de reír, pero aquello era lo más habitual en ellas. Sus risas bajaron por el patio de luces, consiguiendo las sonrisas del género masculino que seguía cada uno en su casa, especialmente la de Guillermo, a quien le encantaba escuchar la risa de su madre.

—Ana, desembucha, ¿cómo es el famoso Sergio? —insistió Mónica.

—Poco puedo contar, lo vi unos segundos —Con un guiño a Carolina respondió, gesto que no pasó desapercibido para las otras. —. Bueno, puedo decir que sus ojos son increíbles, huele muy rico, tiene una voz muy varonil y una sonrisa … —Carolina le dedicó una sonrisa. Mónica y Vivi se miraron la una a la otra antes de fijar la mirada en Ana.

—Perdona, ¿solo unos segundos y percibiste hasta el olor de su perfume? —Con cierta ironía la interrumpió Vivi—. Solo te ha faltado decir la altura.

—Poco más de metro ochenta —Las carcajadas de Ana no tardaron en dejarse oír, contagiando a Carolina.

—¿Algo más? —Perspicaz preguntó Mónica—. Mira que te cunden a ti los segundos, para que luego mis alumnos se quejen de falta de tiempo en los exámenes. Está claro que no saben aprovechar los minutos —entrecomilló— como tú.

Ana negó con un suave meneo de la cabeza y dio un nuevo trago a su copa.

—A ver, esto es absurdo —intervino Carolina—. Fue algo más que segundos. Yo estaba con Ana y nos cruzamos con Sergio y, obvio, se lo presenté. No soy una maleducada, ni lo estoy escondiendo —Señaló con su copa a sus amigas, deteniendo la mirada en Vivi. —. Si no os lo he presentado es porque no hay nada serio entre nosotros, apenas hemos salido un par de veces. Así que no me seáis exageradas.

—¿Un par de veces? —Corearon las tres al unísono, sabían de primera mano, que había sido mucho más que un par.

—Muy bien, no me miréis así, ha sido mucho más que un par, pero…

—Pero, ¿qué? —Volvieron a corear, riendo las cuatro por aquella nueva coincidencia.

—Es el padre de un alumno y, yo no sé si esto es muy buena idea.

—¡Carolina! —gritaron las tres.

—Oye, ¿Esta sincronía vuestra la traíais ensayada?

—Carolina —La miró seria Mónica—. ¿Cuál es el problema? Es el padre divorciado—añadió —, no tu alumno, eso sí sería un problema.

—Sí, ya lo sé, pero no sé…

—Piensa una cosa, ¿qué hubiera ocurrido de haberlo conocido en otro sitio, si no supieras que es el padre de un alumno?

—El problema es que lo sé.

—En poco más de dos meses dejará de serlo—insistió Mónica.

—Exacto —respondieron Ana y Vivi.

—Carolina, me parece absurdo que no quieras ir más allá por ese motivo. No estás cometiendo ningún delito —comentó Ana.

—Ana, da igual lo que le digas. ¿Cuántos años hace que nos conocemos? ¿Veinticinco años? —Carolina asintió con un movimiento de cabeza—. Pues, nunca te he conocido una pareja seria. Primero creía que tú y mi hermano erais novios…

—Sabes que eso nunca fue así…

—Ya… —respondió con una mueca, dando clara muestra de su incredulidad e inconformismo sobre el tema—. Y tras nacer mi sobrino te volcaste en él, tus estudios, tu trabajo y no te conocí ninguna relación seria. Nunca te vi ilusionada con nadie antes de la llegada de Sergio, ¿no crees que es hora de permitirte el lujo de enamorarte?

Muchas eran las veces que las «no cuñadas», como ellas mismas se llamaban en broma, habían mantenido una conversación similar. Mónica siempre había incitado a Carolina a salir, divertirse, permitirse encontrar a alguien con quien compartir su vida o, como le decía: «no compartas tu vida, pero sí el colchón de tanto en cuando».

No es que Carolina no le hubiese hecho caso, en los últimos veinte años había tenido parejas. Bueno, tal vez, el término «pareja» abarca mucho más de lo que significaron en su vida. Solo una vez, cuando Guille tenía cinco años, rondó el enamoramiento, pero los asustados ojos del supuesto enamorado al enterarse que el alocado y risueño niño, que corría tras las palomas en la *plaza de la virgen*, era su hijo y no su sobrino, la hicieron desconfiar del sexo opuesto. Eso y, aunque se negara a reconocerlo, siempre haber estado enamorada de Daniel, porque si algo está claro es que, en aquella alocada noche de desenfreno, a la que Guille debe su vida, tras el concierto de Sabina en la plaza de toros, hubo más amor que sexo, pero ninguno se dio cuenta; tal vez sí, pero, fuera como fuese, ninguno de los dos se atrevió a reconocerlo.

—¿Qué intentas decir? —Carolina borró la sonrisa de su rostro— Yo no me he encerrado en una burbuja, Sergio no es, ni mucho menos, el primer hombre que hay en mi vida. A ver si ahora soy Santa Teresa de Jesús.

—Bueno, Santa Teresa entraba en éxtasis, en su poesía encontramos unas connotaciones sexuales, que claramente nos deja entrever que tuvo pleno disfrute más allá de lo metafórico. Nena, concédele vacaciones a Mike *Satisfyer* y date un gusto con el tal Sergio —respondió con mirada burletera—. Mi querida Carolina, déjate de tonterías. Ya no tienes un niño pequeño al que poner como excusa, es más, cualquier día te encuentras a alguna chica saliendo de su habitación.

—No, eso ni de coña. Mi casa no la va a convertir en un picadero, eso lo sabe perfectamente. Me niego a tener sus líos entrando y saliendo de casa —renegó al tiempo que Mónica la invitaba a levantarse y bailar junto a ella. —, que hable con su padre, igual él le cede su piso como picadero. Total, poco lo usa él estando en Nigeria.

—Hablando del padre de mi sobrino… —Con cara de burla comentó sin dejar de entonar la simbólica canción que le traía a su hermano a la mente.

Vivi y Ana se miraron la una a la otra. No entendían el porqué de las risas de sus dos amigas mientras bailaban y cantaban al ritmo de «Y nos dieron las diez» de Sabina. Tan ensimismadas estaban en su actuación que ninguna de las dos se percató de la presencia de dos nuevos espectadores.

Guillermo observó divertido a su madre y a su tía interpretar a pleno pulmón la canción, que tantas veces había escuchado en casa. No era desconocido para él que, tanto a sus padres, como a su tía, les encantaba Sabina. Su madre, sin ir más lejos, tenía enmarcada en su despacho la entrada del concierto de la gira de aquel disco, que tan bien conocía, sin embargo, lo que

desconocía era su significado, ni él lo había preguntado, ni ella contado. Los oscuros y sonrientes ojos de Guillermo pasaron de mirar a su madre y tía para posarse en la mirada alelada de su amigo que observaba la actuación.

—*Nano*, son mi madre y mi tía —Dándole un codazo en el costado dijo con una sonrisa burletera Guillermo despertando de su embelesamiento a su amigo.

—Joder, tío —murmuró David—. Ya sé que es tu madre, pero nadie lo diría. Ninguna de las madres de mis amigos se parece a la tuya y, tu tía…

Guillermo no tenía la intención, ni mucho menos, de espiar a las mujeres de la finca, pero le gustaba ver a su madre, más allá del rol de madre o profesora, por eso se mantuvo oculto junto a su amigo. En realidad, no necesitaban esconderse, ellas estaban ensimismadas en su mundo.

Entre risas y los aplausos de Ana y Vivi, Carolina y Mónica regresaron a la mesa, estaban secas. La música dio un cambio radical, Sabina dio paso a Fonsi y su «Calypso».

Vivi abrió los ojos de manera exagerada, dejó la copa sobre la mesa, subió el volumen del pequeño altavoz y, siguiendo a sus desenfrenados pies agarró la copa de Mónica, la dejó junto a la suya y la sacó a bailar. Ana miró a Carolina, que divertida asintió, dio un sorbo a la deliciosa y, nada ligerita, sangría antes de sumarse al baile.

Las caderas de Vivi daban buena cuenta de su origen, el ritmo lo llevaba en su ADN, de las otras tres solo Mónica era capaz de seguirla. Muchas eran las noches de viernes que juntas salían a bailar e, incluso acudido a alguna clase de salsa, merengue, bachata… Los viernes por la tarde Mónica apilaba sus libros sobre la mesa del despacho, cambiaba las *Martens*, los vaqueros y las camisetas por sus tacones y vestidos de infarto para salir con la mexicana o el «novio» de turno.

El sol, más veraniego que primaveral, la felicidad sintomática de los días de fiesta, la alegre algarabía proveniente de los constantes pasacalles, así como el continuo tarareo de «Paquito el chocolatero» proveniente de la terraza de al lado, sumado a la dulzona sangría y a la pegadiza música las atrapó en sus redes, haciéndolas bailar como si estuvieran en medio de una pista de baile en vez de la terraza vecinal, donde podían ser vistas desde los edificios colindantes.

Guillermo sonrió, dio un nuevo codazo a David para que permaneciera en silencio y, así su madre, su tía y el resto no supieran que tenían público. A su tía, muchas eran las veces que la había visto bailar, incluso alguna noche de viernes habían coincidido en algún garito del barrio del Carmen, pero a su madre, más dada a la canción de autor que a los ritmos latinos, en pocas ocasiones la había visto bailar así y, no lo entendía, pues, si bien era cierto que no tenía el ritmo de la vecina del 2ºA, no lo hacía nada mal.

Los ojos de Mónica, cual radar, detectaron a su sobrino y al amigo, que parecían estar en primera fila del patio de butacas presenciando la actuación del cuerpo de baile. Sin pensárselo dos veces y, sin dejar de bailar, se acercó a «su sobrino favorito», como ella lo llamaba, cierto que era el único chico, su hermano mayor le había dado una sobrina y, su hermana pequeña, también le había dado otra sobrina.

—Sobrino, espero que tus dedos sean más hábiles que tus pies.

—Ya te digo que diseccionar ranas no se me dio nada mal, nunca ninguna se quejó —Mónica rio con la ocurrencia de su sobrino—. Las chicas tampoco se han quejado —rio sabedor de provocar las carcajadas de su tía, a la que adoraba. Él sí podía decir que ella era su favorita. Sin ánimo de ofender a su tía Ana ni a Teresa, la mujer de su tío Ismael.

Guillermo agarró bien a su tía y la llevó al centro de donde bailaba el resto de las mujeres, para él eran más tías que vecinas, pues, se podía decir que las conocía de toda la vida. David permaneció apoyado contra la pared, atento al baile de su amigo, pero, especialmente, al sensual ritmo de la que le pareció la más maravillosa de las diosas.

Al ver a su hijo Carolina se soltó de las manos de Ana, para bailar con él. Regalándole la mejor de sus sonrisas, Guillermo aceptó con agrado el cambio de pareja, pues, la última vez que había bailado con ella no pasaba de los diez años, de eso, ya hacía toda una década.

—Me encanta verte así —Besó a su madre—. ¿La alegría de tus ojitos es por la sangría de la tía o… —Hizo una intencionada pausa— guarda relación con el barbitas, que te trajo ayer a casa? —Con una sonrisa burlona preguntó a su madre.

Carolina se detuvo de golpe, abrió los ojos de par en par. Un leve rubor subió a sus mejillas para sorpresa de su hijo, que se mordió los labios para no reír, le hacía gracia que su madre se ruborizara por su comentario.

—No sé de qué hablas —intentó negar Carolina, a la que le costaba mezclar su vida sentimental con su hijo, olvidando que ya no era un niño, ni tan siquiera un adolescente. Sin contar que Guillermo siempre había sido muy maduro y sensato para su edad.

—¡Mamá! —exclamó con una socarrona sonrisa, que recordaba a la de su padre— Ya no soy un niño, ¿es tu novio?

—¿Novio? —Se dio cuenta de la presencia de David— No, no, no…No quiero novios —señaló al amigo de su hijo—. ¿Ese de ahí es David?

—El mismo, por eso, he osado a entrometerme en vuestra fiestecita de los sábados.

—Pero…pero… —Asombrada al ver a aquel hombretón que, como su hijo, pasaba del metro ochenta, fibrosos músculos y una incipiente barba, que le sonreía alejado de toda aquella locura festiva.—. ¡David! ¿Cómo es posible? ¡La última vez que te vi no eras más alto que yo! ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo estás? —David le regaló la mejor de sus sonrisas— Guille me había comentado que regresabas a Valencia, pero creí que hablaba del próximo curso.

—No, no… —sonrió—. Llegué el mes pasado.

—¿Llevas un mes aquí y no te habías dignado a venir por casa? —Lo regañó para diversión de su hijo, que ya se lo había advertido a su amigo.

—Sí, lo sé, no tengo excusa, pero ha sido de auténtica locura. El piso me falló y, ni que decir que llegar con el curso empezado ha sido de locos. No ha sido fácil sumarme al ritmo de las clases para poder examinarme.

—Imagino, pero, ¿por qué venir con el curso empezado?

—Supongo que sabes que el pasado septiembre me fracturé la pierna izquierda, ya lo tenía todo dispuesto, así que hablé con los profesores para ponerles al corriente de mi accidente y de mi tardía incorporación. Me he pasado toda mi convalecencia preparando trabajos extra para poder examinarme.

—Me alegro mucho de volver a verte y, no te hagas desear de ver, pásate por casa. Sabes que, si necesitas algo o, una madre que te regañe —bromeó— aquí me tienes.

—Así lo haré —sonrió a la madre de su mejor amigo, a la que a él le costaba ver como una madre, especialmente, porque él era el pequeño de cuatro hermanos y, sus padres tenían veinte años más que los padres de su amigo.

—Mamá —intervino Guillermo—, no me esperes a comer. Solo subí para que vieras a David y decirte que no sé a qué hora regreso.

David no escuchaba a su amigo, no podía dejar de contemplar a Vivi y Mónica, que seguían bailando, su mirada las recorrió. Aquellas mujeres no tenían nada que envidiar a las chicas de su edad, la seguridad que flotaba sobre ellas, las convertía en seres superiores, casi místicos. Las insinuantes curvas de la mexicana lo hicieron observarla con descaro, hasta que se centró en Mónica, en sus bronceadas piernas, en sus redondas y turgentes nalgas enmarcadas en aquel pequeño *short* vaquero, que con gusto le hubiese quitado. Sus ojos subieron por el cuerpo de la

tía de su amigo hasta encontrarse con su mirada, ambos se sonrieron.

—David… David… —Guillermo le dio un cogotazo— ¡*Nano,* es mi tía! —rio al darse cuenta de cómo la miraba embelesado.

Mónica levantó la vista al percatarse que su sobrino se marchaba, alzó la mano a modo de despedida, Guillermo realizó el mismo gesto. A su lado, David seguía todos los movimientos realizados por ella, estaba completamente obnubilado. Mónica sonrió, su mirada de deseo no le había pasado desapercibida, le guiñó un ojo, David esbozó la mejor de sus sonrisas, al tiempo que notaba como todo su cuerpo pedía acción.

Flotando en su propia nube, con el flujo sanguíneo recorriendo su cuerpo a una vertiginosa velocidad y, con la sensación de ingravidez bajo sus pies, David bajó las escaleras tras su amigo, pero con el deseo de dar marcha atrás y besar a aquella mujer que acababa de adueñarse de todo su ser.

—Hola, Sara —Entusiasmado saludó Guille al ver a su vecina.

—Hola —saludó la chica bajo la atenta mirada de un chico al que Guillermo no conocía.

—Hacía mucho que no coincidíamos.

—Liada con los exámenes, ya sabes cómo es 2º de Bachiller.

—Sí, lo recuerdo —sonrió. Su mirada se cruzó unos segundos con la del que parecía ser el novio de su vecina, no le gustó.—. Si necesitas ayuda me lo dices, yo también estoy a tope, pero para ti siempre puedo hacer un hueco —comentó de manera inocente, sin imaginar lo que su ofrecimiento desencadenaría minutos más tarde.—. ¿Recuerdas a David? —Miró a su amigo, seguía en su mundo, le dio un cogotazo y sonrió. — ¿Recuerdas a Sara?

Sara sonrió con el gesto y la cara de su vecino, de pequeños siempre habían jugado juntos y, muchas eran las veces que Guillermo le había explicado algún tema de Biología.

—Sí…sí… —escrutó a la chica, reconociendo su sonrisa, sus ojos y las pequitas que salpicaban su nariz—. ¿Sara? ¡Hostia, Sara! —exclamó sonriente, dándole un abrazo y un par de besos. —La última vez que nos vimos yo tenía doce años y tú…

—Nueve —apuntó ella bajo la atenta seria mirada de su novio.—. ¿Sigues viviendo en Bruselas?

—Mis padres sí, yo me he venido, quiero terminar la carrera aquí y vivir en Valencia.

—Pues, bienvenido, ¿estudias Medicina como Guille?

—No, yo no soy de ciencias —sonrió—. Estudio Historia.

—Vaya, igual, nuestra vecina es profesora tuya —anunció Sara—. Bueno, tú la conocerás.

David miró a su amigo, Guillermo soltó una carcajada, no había caído que su amigo podía ser alumno de su tía.

—Sara, yo me voy —Con rostro enfadado intervino el novio de Sara—. ¿Vienes o te quedas con estos?

—Perdón, chicos —Apresurada se excusó—. Bienvenido David, hasta otra.

Guillermo y David se miraron, no necesitaron decirse nada, ambos se entendieron a la perfección. A ninguno de los dos les había gustado aquel chico, su mirada, la tensión de su cuerpo y su despotismo al hablar les había producido una mala sensación.

— ¿Ese tío es el novio de Sara? —Una vez lejos de ser oídos preguntó David.

—No lo sé, espero que no, tiene una pinta de *gilipollas* que no puede con ella.

—Pinta no, ese tío es un *gilipollas* de los grandes —sentenció David—. Guille… —Se detuvo en medio de la calle frente a su amigo. Guillermo se mordió el labio para no reír, sabía cuál era la pregunta.

—Mi tía —dijo sin más.

— ¿Tu tía? ¿Me estás diciendo que esa diosa va a ser profesora mía? —Guillermo no pudo contener la carcajada, provocando la risa de su amigo— ¡Quiero ser tu tío! —exclamó a voz en grito aprovechando que era atenuada por la alegre música de los pasacalles— ¡Tu tía es una diosa!

Capítulo 2

17 de marzo, 2019

Vivi cerró la ventana, fuera parecía estar librándose una auténtica batalla campal. El reloj aún no marcaba las ocho de la mañana, el fulgor de la *despertá* hacía vibrar los cristales de la ventana del salón donde se encontraba trabajando en su nueva novela. No había comenzado a escribirla, por el momento, solo tenía a los personajes, entretejido los lazos que los unía; también tenía los escenarios, había buscado toda la información concerniente a la ciudad en la que situaría la acción. Ahora solo le faltaba estudiar el funcionamiento de las Apps de citas.

A sus cuarenta años nunca había sentido curiosidad por ellas, menos aún las había necesitado. Tal vez, si en vez de ser la mujer segura en la que se había convertido, hubiese sido la chica gordita, acomplejada y, objeto de más de una burla en el patio del colegio, que había sido en su infancia y temprana adolescencia, sí las hubiese conocido y controlado. Pero no, ella se sentía orgullosa de todo su ser, el espiritual y el carnal, sabía explotar su cuerpo a la perfección, no escondía sus curvas, sino les sacaba el mejor de los partidos.

Leyó sus notas, el listado no era corto: *tinder*, *badoo*, *meetic*, *happn*, *muapp*, *adoptauntio*. De manera involuntaria su ceja derecha se descontroló al leer el nombre de la aplicación.

—¿Adopta un tío? ¿Esto es en serio? —se preguntó en alto mientras seguía leyendo el interminable listado de aplicaciones de citas. —¿Por dónde empiezo? —Dio un salto en el sofá, acababa de sonar una impresionante traca bajo su ventana que aceleró su ritmo cardíaco—¡*Hijos de la chingada*! ¡Ya valió madres!

Vivi volvió a leer uno a uno los nombres de las aplicaciones, deteniéndose a estudiar con detalle cada una de ella, sus características y peculiaridades. Hizo una primera criba, eliminó todas las centralizadas en *gays*, lesbianas y las de intercambio de parejas; esas se alejaban de lo que necesitaba. Así y todo, seguía habiendo muchas, estaba asombrada, al plantearse escribir aquella historia no imaginó que hubiese tanta variedad.

—Toca trabajo de campo —gruñó con la nueva descarga de petardos.

Le gustaba la fiesta, aquella en particular la enamoró nada más conocerla a su llegada a Valencia. De hecho, por gustar le gustaba hasta el olor de la pólvora, pero odiaba el ruido para trabajar y, los tapones no acallaban el estruendo.

Cerró los ojos con la nueva oleada de petardos, era imposible concentrarse, cambió los tapones por los auriculares. La música no acallaría a las explosiones, pero igual lograba concentrarse en ella y la ignoraba. Su elección musical era peculiar, se alejaba del blues, el jazz o la música clásica preferida por muchos de sus compañeros de teclas, ella se decantaba por los ritmos latinos, el *underground*, la música urbana.

Al azar entró en una de las páginas, que mejor se acoplaba a la necesidad de su personaje, era una de las más conocidas páginas de citas, de inmediato se dio cuenta que necesita un perfil, es más, precisaba mucho más que eso, tendría que dar vida al personaje.

—Lilith, cobrarás vida fuera del papel —dijo en alto mientras sus dedos entraron en acción y repiquetearon en el ratón al ritmo de la música.

Vivi no era la única que no dormía, un piso más abajo, el vecino del 1ºA no paraba de refunfuñar, quejarse y maldecir por haber sido despertado por los madrugadores falleros. Antoine metió la cabeza bajo la almohada, sabía que era absurdo, la almohada de plumón no iba a lograr acallar el desmadre de petardos de la calle.

—*Merde*[1]! —Con voz pastosa masculló bajo la almohada antes de lanzarla contra el armario.

Sus ojos se posaron en el techo, se perdió en las tenues sombras que los tempraneros rayos de

sol provocaban al colarse por las minúsculas rendijas de las persianas. Se acurrucó bajo el nórdico, se giró hacia la izquierda, ya no recordaba que Bel no estaba, una vez más volvía a trabajar fuera en fin de semana.

Apoyó la cabeza en su almohada, no olía a su perfume. El viernes había cambiado las sábanas y, ella ya no durmió en casa; no regresaría hasta el lunes. Fin de semana de Fallas y ella estaba fuera, ya no recordaba cuando había sido el último fin de semana que habían pasado juntos, la última vez que se habían divertido juntos o, que aquella cama fue usada para algo más que dormir. Bel siempre llegaba tarde y cansada, a él ya le aburría discutir y mendigar tiempo juntos.

Lejos quedaban las risas, las largas charlas hasta indecentes horas de la madrugada, las miradas cómplices, las caricias, los juegos o, el ir sin dormir a trabajar por haber pasado la noche disfrutando de una larga y placentera sesión de sexo.

—Merde!

Malhumorado se levantó, no sabía si por el ruido que lo había despertado sin ser las ocho de la mañana en domingo o, porque algo en su interior le decía que su historia con Isabel había llegado a su fin. Algo le alertaba que ella no estaba sola en una habitación de hotel. Meses hacía que lo sospechaba, sin embargo, le asustaba enfrentarse a la realidad.

—*Connard*[2]! —Gruñó al tropezar los dedos del pie en la puerta del baño.

A pesar de las dos décadas en España, los insultos siempre le salían en francés, especialmente, en momentos como aquel en el que estaba solo y hablaba consigo mismo.

Vivi y Antoine no eran los únicos madrugadores. Nadie dormía, la apertura de las persianas se convirtió en un movimiento casi sincronizado en las cinco viviendas ocupadas de la finca, incluso mi madre dejó a Lilith sola para asomarse a la ventana.

— ¿A qué hora llegaste anoche? —Carolina le pasó su taza de desayuno a Guillermo, que entraba de la terraza, donde estaba presenciando la *despertà*.

—No lo sé —sonrió a su madre tras bostezar y contagiarla a ella.—. ¿No saliste anoche? —La miró a los ojos para que entendiera la pregunta.

—No —respondió tajante bajo la divertida mirada de su hijo.—. Guillermo Alberola Valero soy tu madre, no una compañera de piso.

— ¿Y? ¿Qué tiene eso que ver? Como hijo y, futuro médico, me preocupo por la salud sentimental y sexual de mi madre.

Guillermo intentó contener la risa al ver la cara de su madre, no pudo, Carolina tampoco. Las risas de madre e hijo resonaron en la cocina por encima de los petardos. Carolina movió la cabeza, negando lo que había oído, mientras contemplaba a su hijo y veía en él a Daniel. Si bien Guillermo compartía rasgos de ambos progenitores, los de su padre primaban sobre los de ella, especialmente, su sonrisa y su mirada traviesa.

La entrada de un mensaje interrumpió sus risas. Guillermo no perdió detalle de su madre, estaba seguro que el mensaje era del hombre misterioso con el que la había visto.

SERGIO

Buenos días, imagino que estarás despierta. Dudo que el ruido te deje dormir. Tengo muchas ganas de verte. ¿Comemos juntos? Un beso.

CAROLINA

Buenos días, no te equivocas. Las ventanas tiemblan. Aquí anoche fue imposible dormir. Muy bien, no tengo planes. Un beso.

SERGIO

Noche desaprovechada. ¿A las dos en mi casa?

CAROLINA

¿En tu casa?

SERGIO

Sí, te demostraré mis dotes culinarias. ¿A las dos entonces?

CAROLINA

De acuerdo.

SERGIO

Te envío ubicación. Un beso.

Carolina levantó la vista del móvil encontrándose con la divertida mirada de su hijo que la observaba atento mientras untaba la Nocilla en su tostada.

— ¿Y bien? —Apoyó la espalda en el asiento, se cruzó de brazos a la espera de su respuesta.

— ¿Y bien qué?

— ¡Mamá! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Vais en serio?

— ¿Vas a seguir con esto?

— ¿Vas a negarlo? —Dio un mordisco a la tostada— Mamá, nunca te he conocido novio alguno, digo yo que en estos veinte años habrás tenido amigos. —Hizo el símbolo de las comillas con los dedos—. De ser así te nombraremos santa Carolina.

—No te preocupes, no seré santificada —respondió entrecerrando los ojos—. Soy discreta, si no los has conocido es porque no merecieron conocerte. —Guillermo sonrió—. Se llama Sergio y, no sé qué hay entre nosotros, hemos salido un par de veces y, hoy comeré con él.

— ¿Merece conocerme?

—Muy probablemente —Le robó la tostada, dio un bocado y sonriente miró a su hijo.

— ¿Cuándo harás los honores?

—Guille, no corras.

—Muy bien, no corro. El aniversario de los abuelos podría ser un buen momento —sonrió—. Digo yo que de aquí al 6 de julio lo tendrás claro, ¿no?

—Guille —Sonriente miró a su hijo—, me temo que has pasado demasiado tiempo con tu tía.

—Hablando de la tía —se calló, no podía traicionar a su amigo. No podía contar a su madre que su tía se había convertido en la fantasía sexual de su amigo de la infancia.

— ¿Qué pasa con Mónica?

—Nada, solo que igual es profe de David.

—Cierto, no recordaba que estudia Historia —Dio un sorbo a su café con leche—. Hoy no —Miró a su hijo—porque como fuera —Guillermo sonrió—, pero invítalo a comer un día de estos e, insístele que aquí me tiene para lo que sea. —sugirió—. Guillermo, soy tu madre. ¿He de recordártelo?

—Nooo… —rio—, pero, mamá, entiende, pones una cara muy graciosa —Guillermo se levantó de la mesa, besó a su madre en la cabeza—. Te robo el despacho, en un ratito me llamará papá, quedamos por Skype.

—Muy bien, ¿cómo está tu padre?

—Bien, como siempre —Lució una sonrisa de admiración—. La verdad es que su labor es increíble —Carolina asintió con una sonrisa, era conocedora de lo mucho que su hijo admiraba a su padre por su labor humanitaria, pero también sabía lo mucho que extrañaba tenerlo a su lado. Ella misma también lo echaba de menos, mucho más de lo que le gustaba y reconocía. —. No descarto seguir sus pasos.

Carolina se levantó y abrazó a su hijo.

—Guille, sabes que nunca detendré tus pasos, no seré yo quien coarte tus ilusiones, pero, con la mano en el corazón, espero que hables de especializarte en ginecología y obstetricia y, no de irte a Nigeria —sonrió y dio un pellizco en la nariz—. Escucha —se llevó un dedo a la oreja derecha.

— ¿El qué? No oigo nada.

—Justo eso, por fin, se hizo el silencio.

Dos pisos más abajo Sara tenía la mirada fija en la pantalla del móvil, a ella no la había despertado el ruido de los petardos, pues, apenas había dormido en toda la noche. Kevin se había enfadado con ella, una vez más los celos se apoderaron de él tras su encuentro con Guillermo y David. Por mucho que ella intentó razonar con él, había sido misión imposible convencerlo de la inocente relación existente entre ella y su vecino.

SARA

Kevin, por favor, perdóname.

Muchos fueron sus mensajes de disculpa a lo largo de la noche, todos vistos e ignorados por él, que había salido con sus amigos mientras ella había pasado la noche llorando en la intimidad de su habitación. Como siempre le ocurría, cuando él era sacudido por sus irracionales ataques de celos cada vez que un chico se acercaba a hablar con ella, se sentía culpable por lo sucedido. Kevin tenía el poder de convertirse en víctima y no en el auténtico verdugo que era, consiguiendo de ella todo lo que le apetecía por alcanzar su perdón y su supuesto amor.

KEVIN

Me hiciste sentir como la última mierda.

Un atisbo de esperanza brilló en su corazón al recibir su contestación.

SARA

Lo siento, no fue mi intención.

Dime qué puedo hacer para enmendar mi error.

Te quiero.

Un beso

KEVIN

Envíame una foto.

Sara se quitó la camiseta y le envió la foto. No era la primera vez que lo hacía, el *sexting* se había convertido en una parte más de su relación, especialmente, tras los ataques de ira de su novio, los cuales cada vez sucedían más a menudo; sus fotografías desnuda, así como los juegos eróticos a través de la cámara se habían convertido en la moneda de cambio para volver a ser aceptada por él.

Capítulo 3

A paso acelerado, pero con la calma suficiente para que sus tacones no repiquetearan en la escalera al bajar Carolina salió de su casa antes de su hijo ocupar su despacho, solo deseaba no cruzarse con ninguna de sus vecinas, no quería ponerse más nerviosa de lo que iba. Casi de puntillas pasó por el segundo, ni loca quería exponerse al escrutinio de Mónica y Vivi.

Además de la amistad, poco tienen en común Carolina y mi madre. Carolina es más introvertida y reservada, mi madre, es decir, Vivi, habla hasta con las piedras y, no tiene pelos en la lengua. En gustos musicales son como el día y la noche, a Carolina le gusta la música de autor, el jazz, el soul, todo de lo que mi madre huye; para que os hagáis una idea: Carolina corrige exámenes con Sabina de fondo, mi madre escribe al ritmo de Maluma. En temas de amor, bueno, en temas de amor, mi madre es un completo y absoluto desastre; es de naturaleza enamoradiza, vive eternamente enamorada, no solo de amores terrenales, sino de otros mundos. No, no es que mi madre se haya enamorado alguna vez de un extraterrestre, aunque por lo que he oído, algún novio muy rarito ha tenido, pero no hasta el punto de ser de otro planeta.

Me refiero a que mi madre, como la mayoría de escritores, se enamora de todos y cada uno de sus personajes. En ese sentido, mi padre tendrá que asumir que, una vez más, le serán infiel, claro que hablamos de infidelidad metafórica, porque si algo sé desde esta húmeda y confortable cavidad en la que me encuentro, es del amor que mi madre siente por él y, viceversa.

Hagamos un inciso, necesito hacer una aclaración, aunque supongo que vosotros ya os habéis dado cuenta: a estas alturas de la historia en la que vosotros os encontráis, yo no estoy en la barriga de mi madre, ni tan siquiera estoy planeada, es más, mis padres no imaginan que terminarán juntos. El yo poder ver, oír, oler y contaros las vidas de mis futuros vecinos es pura licencia literaria. Dicho esto, sigo con la historia...

¡Ay, qué bonito es el amor! Espero algún día sentirme así, aunque puedo decir que, soy precoz en temas de amor. Sí, confieso que mis biorritmos se aceleran cuando escucho la voz de Guille y, su risa, pero me huele que se la dedica a otra chica…

Carolina, por el contrario de mi madre, no se caracteriza por sus enamoramientos, ni metafóricos, ni reales. Durante mucho tiempo no se ha permitido el lujo de enamorarse. Eso sí, como le dice a mi madre, a Ana y, especialmente, a Mónica, eso no le ha impedido disfrutar de relaciones sexuales pasajeras y placenteras, por eso, esta vez estaba nerviosa.

Mucho tiempo hacía que no sentía ese dulce cosquilleo en su interior y Sergio, por primera vez en años, había incitado el revoloteo de las aletargadas mariposas en la boca de su estómago.

Nerviosa no era la palabra, casi al borde del histerismo se encontraba, si algo sabía era que aquella cita, era mucho más que una invitación a comer. No llevaba la cuenta del número de veces que habían quedado, alrededor de la decena: una cena, dos o tres comidas, un almuerzo (explicación para los no valencianos, aquí almorzar y comer no es lo mismo. El *esmorzaret* lo hacemos a media mañana, eso a lo que los ingleses y, ahora aquí los súper *cuquis* llaman *brunch*) y varios cafés.

Sergio le gustaba, no podía negarlo, como padre le resultaba inmejorable, no se le podía poner una sola pega a su relación con sus tres hijos. Con su sinceridad la había cautivado, otro en su lugar se hubiese callado el motivo de su divorcio. Sin embargo, él no solo le confesó haber sido infiel a la madre de sus hijos, sino haberlo hecho con la tutora del más pequeño, desde el primer café que tomaron juntos. Físicamente era muy atractivo, pero de él, sobre todo, le gustaba su grata conversación, su forma de ser y la santa paciencia que tenía con ella. Sin duda alguna,

como hombre era casi perfecto y, ella tenía claro que la perfección no existe.

Respiró con intensidad una, dos y tres veces antes de llamar al ascensor. Tenía claro que, tras aquella cita, todo cambiaría. Sonrió a su reflejo en el espejo del ascensor. Sí, le apetecía aquel cambio.

La puerta del 3ºB se abrió en el momento que ella salía del ascensor, el rostro de Sergio fue lo primero que vio, Carolina le regaló la mejor de sus sonrisas y, con paso firme, como si los nervios no la estuvieran devorando, caminó hacia él.

—Hola —se saludaron al unísono antes de rozarse los labios.

Una vez más se sonrieron, sin dejar de mirarse, las pupilas de ambos estaban dilatadas, chivándole al otro el deseo que los embargaba. De manera sincronizada sus narices se rozaron, sus labios entreabrieron fundiéndose en un largo y apasionado beso que activó todas sus terminaciones nerviosas.

—Hola —musitó una vez más Carolina con la frente apoyada en la de él. —. ¿Me invitas a pasar o nos quedamos aquí?

—Hola —repitió Sergio, pasó las manos alrededor de su cintura, la atrajo aún más hacia él, volviéndola a besar al tiempo que de un rápido portazo cerró la puerta—. Me alegra que hayas venido. —Acarició sus costados por debajo de la chaqueta—. Temí que volvieras a negarte.

—¿Negarme? ¿Cuántas veces hemos salido este mes?

—Te digo yo que las salidas nuestras han sido más inocentes que la de cualquiera de tus alumnos —Cogió el bolso de ella con una mano—. ¿Me das tu chaqueta? —Sonrió al tiempo que la sostuvo de los dedos, tiró nuevamente de ella y la volvió a besar—. Me gustas mucho.

Carolina sonrió ampliamente, se quitó la chaqueta sin apartar la mirada de los ojos de Sergio.

—Siento decirte que, a mí, por el contrario, no me gustas ni una pizca —Le quitó el bolso de la mano, lo colgó junto a su chaqueta en el perchero que estaba junto a ella y, arrastrada por el deseo lo acorraló contra la pared y se perdió en su boca.

A un lado quedaron todos sus absurdos prejuicios. Sus amigas estaban en lo cierto, en menos de tres meses, Samuel dejaría de ser alumno suyo y, ella ya no tendría la necesidad de ocultar sus sentimientos.

Los dedos de Sergio fueron desabrochando sin prisa los botones de la fina y veraniega blusa de ella, recorriendo la calidez de su cuerpo según iba quedando al descubierto. Sus ojos se posaron en el sugerente y *sexy bralette*. Carolina dejó caer la blusa al tiempo que sus dedos desabrocharon sus propios vaqueros, bajándolos ella misma por sus piernas hasta salir de ellos sin apartar la mirada de la de él.

Raudo se desprendió de su ropa, se había quedado hechizado por aquella mujer en el mismo día que acudió a recoger a su hijo al instituto, porque se había caído y hecho un esguince. Su sonrisa, la calidez de su mirada, su manera de hablar y de moverse lo había encandilado aquella mañana, por eso, se hizo el encontradizo una semana después, invitándola a un café con la excusa de hablar de Sami.

Un mes le había costado llegar al punto en el que se encontraban, un mes en el que muchas habían sido las noches en las que había despertado sudoroso y con la sangre acumulada en su sexo por soñar con un momento como aquel.

—*Carolina trátame bien* —tarareó al escuchar la canción que sonaba en el salón.

Ella sonrió, aquella no era la primera vez que le cantaban aquella canción, pero sí, la primera en mucho tiempo que olvidó quién se la cantaba siempre.

Guillermo no podía negar su fascinación, atento escuchó a su padre contarle los últimos casos atendidos en el centro de salud, abierto diez años atrás por *Médicos del Mundo*, en Makoko, uno de los suburbios más desfavorecidos de Lagos. Irónicamente conocido como la Venecia de los pobres, donde las románticas góndolas y sus alegres gondoleros son sustituidas por viejas piraguas que cruzan las putrefactas y malolientes aguas de los canales a los pies de podridos pilones de madera sobre los que se sostienen las inmundas barracas. A un tiro de piedra de la pobreza e insalubridad del barrio construido en una zona poco profunda de la laguna, a pocos kilómetros de los techos de paja y uralita se encuentra isla Victoria, una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

En los últimos diez años Daniel había asistido a los enfrentamientos entre las dos caras de Lagos. Por un lado, la población más pobre luchaba por conservar sus cochambrosos hogares, por el otro, la esplendorosa y rutilante isla Victoria quería acabar con el molesto hedor proveniente de Makoko, ganar su territorio y convertirlo en su particular Quinta Avenida.

En Makoko se movía como pez en el agua, mejor decir, navegaba; por nada del mundo, salvo necesidad extrema, se hubiese sumergido en aquellas aguas. En la última década Daniel se había acostumbrado a usar la pértiga para mover la canoa y acudir a las casas de muchas de las embarazadas y parturientas que no llegaban al centro de salud.

Decenas de parturientas pasaban por sus manos cada día, a muchas las había visto desangrarse, tener problemas en el parto, en la mayoría de los casos como inmediata consecuencia de haber sufrido la mutilación de los genitales.

No solo Makoko había sido su área de trabajo, Otto y Badia eran los otros dos grandes suburbios de Lagos por los que se había movido y atendido en la última década. Pobreza había visto y olido por todos los rincones, como también se había visto en medio de conflictos bélicos y ataques terroristas, pero también había recibido el cariño, amabilidad y agradecimiento de sus gentes y, con eso se quedaba.

Guillermo ni se planteaba interrumpir a su padre, le encantaba escuchar sus historias, las de dolor y sufrimiento, pero también las de esperanza. Admiraba a su padre, no podía negarlo,

hablaba de él con orgullo a los compañeros de la facultad. Muchos de sus profesores lo conocían, bien por haber sido compañeros de clase, bien por seguir su labor profesional y humanitaria en Nigeria. Sin duda, Daniel Alberola era respetado por sus compañeros de profesión, no solo por su entrega, sino porque nadie tenía la menor de las dudas que, además de ser un excelente profesional dentro del campo de la ginecología y obstetricia, se había convertido en uno de los mejores reconstructores del clítoris.

—Me parece tan atroz lo que me estás contando—Serio contestó Guillermo—. No entiendo que un padre lleve a su hija a que la mutilen, a que le realicen una ablación, pero que una mujer se lo haga a otra mujer lo entiendo aún menos.

Daniel sonrió al oír a su hijo, le resultaba increíble escucharlo hablar, ver el hombre en el que se había convertido el bebé al que acunaba mientras estudiaba para los exámenes. Ya no había rastro del niño que, en más de una ocasión, garabateó sus apuntes o los de su madre, frente a él tenía a un hombre hecho y derecho con el que hablaba de tú a tú.

—Es cultural —intervino Daniel—, lo cual no lo convierte en menos atroz. En occidente las mujeres luchan por abolir el famoso «techo de cristal», aquí eso queda muy lejos. La ablación es el símbolo de su sumisión y fidelidad hacia el hombre, casi puedo decirte que es la mejor carta de presentación para ser una buena esposa.

—Joder.

—Sí, justo eso —sonrió— es doloroso. La penetración puede llegar a convertirse en una auténtica tortura como inmediata consecuencia del estrechamiento producido por la mutilación, sin contar que el placer no es conocido por ellas; esto, mi querido Guille, es lo que, supuestamente, las convierte en las esposas perfectas. Para ellos, una mujer mutilada nunca le será infiel a su marido, no sabe lo que es el placer del sexo.

—Cabrones.

—Y eso es solo la punta del iceberg, no imaginas el infinito número de mujeres con problemas en el parto, a las que hay que practicarles una cesárea de urgencia y, esto no es el primer mundo, no disponemos de los mismos medios, o la infinidad de desgarros producto de la jodida ablación.

—*Joder*, ¿no hay manera de acabar con esa *puta* tradición?

—Cada vez está más perseguida, se castiga a los que la practican, pero no en todas partes, se intenta concienciar desde las escuelas, se habla con los líderes religiosos y políticos, pero no es fácil. A día de hoy a unos tres millones de niñas, en su mayoría menores de quince años, se les mutila el clítoris, ojo, no hablamos solo de África, hablamos de todo el mundo. Es una cifra que duele, así que hay que seguir luchando, aquí y ahí —Daniel sonrió a su hijo que lo miraba sin pestañear—. Y ahora, quiero saber de ti, ya está bien el acaparar yo la conversación. Cuéntame, ¿cómo te va todo? ¿Qué tal las clases? ¿Sigue Jimeno dando «Procedimientos Diagnósticos»? ¿Sigue siendo tan soporífero?

—Las clases bien, ahora de *vacas* por Fallas. Y sí, Jimeno sigue por allí —sonrió—y, no sé en tu época, pero ahora podría sustituir a la anestesia.

—¿En mi época? No te doy un cogotazo porque tenemos casi cinco mil kilómetros por medio, pero esta me la apunto —sonrió, consiguiendo la risa de su hijo—. Por cierto, ni recordaba que estáis metidos de lleno en Fallas, cuanto tiempo sin vivirlas. ¿Mucha locura de petardos por casa?

—Esta mañana parecía que estuviéramos en medio de un conflicto bélico, aunque tú ya ni te inmutarás con los petardos —intentó bromear, aunque aquel era un tema peliagudo en su familia. Todos los miembros de su familia, sin excepción, sufrían al saber que Nigeria padecía constantes atentados por parte del brazo armado de Boko Haram. Al igual que todos sin excepción, sabían

que, a pesar de estar en labor humanitaria, era un representante del enemigo a abatir por la sharía, el mundo occidental.

—Guille, no estoy en medio de la guerra —lo interrumpió con una mentira piadosa. Nunca les había contado haber estado en más de una ocasión en el lugar menos oportuno en el momento menos adecuado y haber tenido que permanecer escondido en medio de un ataque terrorista de Boko Haram dos años atrás cuando capitaneando un equipo médico se desplazaron a Chibok, localidad de Borno que solo quince días después de aterrizar en Valencia sería noticia mundial por el secuestro de doscientas setenta y seis niñas—. No estoy tan loco, si mi vida hubiese corrido peligro no hubiera estado aquí, aunque tu abuela piense y diga lo contrario.

—Si solo fuera la abuela —rio Guillermo—. Todos piensan que estás arriesgando tu vida, incluso mamá lo cree —A Guillermo no le pasó desapercibida la sonrisa y el brillo de los ojos de su padre al escuchar que se refería a su madre. Nunca había hablado con ellos sobre su relación, había crecido entre dos casas comunicadas por una amplia terraza, por la que él correteaba en busca de su padre o de su madre. Así había sido desde que tenía memoria, sus padres siempre habían estado juntos, pero no revueltos; de pequeño nunca se planteó que su familia no fuera una familia normal. Solo empezó a darse cuenta de las diferencias al ver que los padres de sus amigos compartían habitación y cama. Sin embargo, nunca preguntó el motivo, a él no le importaba, para él sus padres eran los mejores del mundo y, siempre estuvieron a su lado cuando los necesitó, hasta que diez años atrás su padre decidió unirse a *Médicos del Mundo* e irse a Nigeria para montar y poner en funcionamiento un centro de salud. Ese centro se convirtió en un segundo, en un tercero y, lo que iba a ser un año se había alargado en diez—. Esta mañana le dije que igual sigo tus pasos…

—¿Estás pensando en venirte? —Preocupado lo interrumpió. Él no se arrepentía de su experiencia, pero no era la vida que quería para su hijo.

—Hablaba de tu especialidad —sonrió al ver la cara de su padre—, pero… ¿Qué pasa? ¿No me quieres ahí? ¿No decías que es un sitio seguro? —Con cara de burla apuntó.

—Eres como tu madre, le das la vuelta a todo.

—Soy su hijo —rio.

—Sí, claro, ya sé que eres su hijo.

—Vuestro hijo…

—Sí, nuestro… ¿Ves? Eres un quisquilloso, como ella —Amplió la sonrisa—. ¿Cómo está?

—¿Mamá? —Vio el movimiento asertivo de su padre— Bien, como siempre. Sabes, ayer estuvo David aquí, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro, tu amigo del alma. El hijo de Luis y Magda.

—¿Te conté que ha regresado a Valencia? —Su padre asintió— Ayer vio a mamá y, según él, no tiene pinta de madre.

—Hace mucho que no hablo con ella, que no la veo… —Se calló unos largos segundos—. ¿Está por ahí?

—No, salió —Se quedó mirando a su padre, intentando averiguar qué le decían sus ojos, pero era muy malo para ese tipo de cosas—. Ha salido a comer con un amigo —apuntó, quería comprobar la reacción de su padre—. Bueno, ella dice que es un amigo, yo creo que es algo más. ¿Tú le has conocido algún novio?

—Guille, llevo diez años en Nigeria, ¿cómo voy a conocer a los supuestos novios de tu madre?

—No lo sé, yo pensaba que teníais buena relación, siempre vivimos juntos y hasta hace unos años vosotros hablabais todas las semanas. En realidad, nunca he entendido muy bien vuestra

historia.

—Nuestra historia —dijo de manera casi imperceptible. El móvil de Guillermo comenzó a sonar—. ¿Qué quieres saber? — Daniel se calló, su hijo hablaba por teléfono, sabía que aquella conversación estaba pendiente, raro era que Guillermo no hubiese preguntado nunca sobre qué había pasado entre ellos.

—Perdona, papá, era David.

—Ya te he oído. Bueno, en una semana es tu cumpleaños —Daniel cambió el tema, no le apetecía hablar sobre su relación con Carolina—, ¿qué quieres por tu cumple?

—¿Qué quiero? Te diría que estuvieras aquí, ya hace más de tres años que no vienes —dijo con una sonrisa enorme que hizo achicar sus ojos oscuros—, pero como sé que eso no es posible, quiero que convenzas a mamá para que me deje comprar una moto.

—¿Una moto? ¿Mamá no quiere? Si ella siempre fue en moto conmigo y, nunca le tuvo miedo. Sabes que la mía está en el garaje de los abuelos.

—Sí, lo sé, pero es que a mamá a veces se le olvida que cumplo veintiuno. Papá, te tengo que dejar, David viene de camino. ¿Hablamos la próxima semana?

—Ya te aviso, no sé si estaré aquí —dijo con una sonrisa.

—Vale, ya estamos en contacto por WhatsApp y, ya sabes o tenerte aquí o la moto —dijo con un guiño, provocando la carcajada de su padre.

La imagen de su hijo desapareció de la pantalla, no le había dicho que su deseo de cumpleaños se haría realidad, quería que fuera una sorpresa. Nadie sabía que en menos de una semana se despedía de Nigeria y regresaba a Valencia. Su aventura en África llegaba a su fin, ya necesitaba regresar a su casa, con los suyos, con su hijo, con Carolina…

—Tarde Daniel, llegas tarde…

Abrió la mosquitera y se dejó caer sobre la cama. Hacía calor, estaban en plena estación de sequía, el ventilador de techo se movía sin parar, pero no había aire que mover. El aire no corría y estaba convencido que tampoco se darían prisa los días por pasar. Los próximos cinco días iban a ser interminables, aunque ahora empezaba a ser consciente que su decisión llegaba tarde.

MÓNICA
Chicas, ¿café a las 6 en Pickwick?
¿Ana podrás sentarte hoy con nosotras?
VIVI
Por mí perfecto. Llevo todo el día en la computadora.
Necesito desconectar.
ANA
Sí, seguro que sí.
¿Ocurre algo más?
MÓNICA
Un cotilleo tengo, pero la que salió con Sergio,
igual tiene novedades.
VIVI
Ella que no habla es que está ocupadita.
Igual le está siendo infiel a Mike *Satisfyer*.
ANA
Ja, ja, ja, ja
MÓNICA
Ja, ja, ja, ja…A Mike *Satifyer* le gusta el poliamor, así
que no se mosqueará.
VIVI
Chicas, abrí cuenta en una página de contactos.
MÓNICA
¡No me lo creo!
ANA
¿Tú? ¿Para qué la necesitas?
VIVI
En realidad, no es para mí. Yo chasco los dedos
y tengo a quien quiera, ja, ja, ja, ja.
ANA
Santa virgencita de la Modestia, ja, ja, ja…
VIVI
Ni santa, ni virgen, ni modesta, ja, ja, ja.
MÓNICA
Ja, ja, ja…¡¡¡Esa es mi Vivi!!!¿Para quién?
¿Para Carolina? Ja, ja, ja…Creo que, si le hace caso a Sergio,
no le hará falta.
VIVI
No, para Lilith, ya les contaré luego.
A las 6 estoy en Pickwick.
ANA
Hasta ahora. ¿Lilith? ¿Quién es Lilith?
MÓNICA
¿Hablas de la primera mujer? ¿Juegas a ser Dios?
VIVI
Ja, ja, ja...Luego les cuento.

MÓNICA
Carolina sigue sin dar señales, la cabrona se lo ha de estar pasando muy bien.

Capítulo 4

Las campanitas sonaron al abrirse la puerta, Carolina no necesitó buscar a sus amigas, ellas tenían rincón propio en la *cafebrería* más coqueta y concurrida de la capital del Turia. Sus amigas se giraron al escuchar el tintineo, morían por asaltarla a preguntas, saber qué había ocurrido, si, por fin, había dejado sus absurdos prejuicios a un lado. A Carolina le encantaba aquel local, su pareja de amigos había tenido un gusto exquisito en su decoración, en la elección de los libros que podías leer tomando un café, la música ambiente, en los pequeños conciertos intimistas que se celebraban una vez al mes, en las interesantísimas tertulias de los viernes y, en las deliciosas tartas hechas por Ana que eran un verdadero placer para los sentidos.

Juan la saludó desde detrás de la larga y bonita barra de madera, saliendo de inmediato a saludarla, hacía días que no coincidía con su vecina.

—Te están esperando, andan desesperadas.

—Ya imagino, son una panda de cotillas. Me tienen el móvil calentito con tanto mensajito —sonrió, aunque sus labios no necesitaban hacerlo, sus claros ojos ya lo hacían por ella.

—Como se nota que estás de vacaciones —comentó Juan al percatarse del reluciente brillo del rostro de Carolina.

—Sí —respondió a sabiendas de lo que le había sentado bien.

—¿Lo de siempre?

—Sí, gracias, Juan.

Carolina se encaminó al rincón donde los domingos por la tarde se reunían frente a una deliciosa taza de café y una insuperable tarta de las elaboradas por Ana.

—Vaya…Vaya… Sergito es mejor que cualquier crema hidratante de esas milagrosas, te brilla hasta las pestañas —comentó Vivi al verla—. ¿Qué han estado haciendo?

—Vivi, ¿no lo ves? —Con cara de burla comentó Mónica— Huele a sexo por todos los poros de la piel.

Carolina no dijo nada. Las miró, sonrió y sentó en el corrido banco de madera, Ana le había dejado paso, para ella quedar en el extremo por si su marido la reclamaba.

—¿Piensas quedarte callada? ¡Necesito chisme! —Clamó la mexicana.

—Joder, ¿tan bueno es que te ha dejado sin palabras?

Ana, Vivi y la propia Carolina rieron con la ocurrencia de Mónica.

—Mejor, es mejor que eso…

Las palabras de Carolina desataron la euforia de sus amigas, su alegre algarabía sobresalía por encima de la suave música que amenizaba el café. Llamado por el revuelo montado en la mesa de su mujer y vecinas Juan se acercó, le picaba la curiosidad de saber que ocurría, pero sabía que no se enteraría de nada. Si algo le decía la experiencia era que aquellas cuatro mujeres lo echarían si intentaba quedarse, así que simplemente se acercó servicial con cuatro irresistibles pedazos de tarta a compartir.

—El pecado se combate pecando —Con aquellas palabras mi madre inauguró la cata de las tartas, enterró la cucharita en la suculenta porción de *Red Velvet*.—. Por Dios, Ana, cada día te superas un poco más. Bienaventurado fue el día que junto a Juan decidieron montar Pickwick. Las tardes de los domingos no tendrían sentido sin tus pecaminosas tartas.

—Mira que eres exagerada —rio Ana. Eso sí, henchida de orgullo por el piropo de su amiga.

—¿Exagerada? Esta Selva Negra es puro vicio —De manera exagerada, casi obscena, Mónica lamió el chocolate de la cucharita—. Tú, mi querida «no cuñada», no comas y habla.

—Eso y recréate en los detalles, quiero sobredosis de detalles —Vivi dibujó círculos en el aire con la cucharita—, siempre me pueden ser útiles en alguna historia.

— ¿Qué queréis saber?

— ¡Todo! —Al unísono exclamaron.

—¡Por dios, esta *cheese cake* ha de ser pecado capital! —Al ver que Carolina iba a probarla, Vivi alejó el plato para así saborear un nuevo bocadito—. Tienes prohibido comer hasta no ponernos al día. ¡Habla!

—Déjala, igual Sergio agotó sus reservas de azúcar —intervino Ana, consiguiendo la risa de las tres.

—Sois unas cotillas y unas exageradas —dijo Carolina—. Aunque he de reconocer que ha estado muy pero que muy bien.

—¿Mejor que Mike *Satisfyer*? —Mónica se relamió los labios manchados de chocolate.

—Sin la menor de las dudas —Sonrió Carolina al tiempo que se llevaba un bocado de la *carrot cake* a la boca—. No se puede comparar, sabe muy bien dónde tocar…

—En una escala del uno al diez, teniendo en cuenta a todos los humanos con los que has estado —Mónica la miró a los ojos, a ella le interesaba uno en concreto. Uno con el que compartía genes y apellidos—, ¿qué puesto ocupa Sergio?

—Digamos que sube a pódium.

—¿Bronce, plata u oro?

Ana y mi madre atendían a aquella especie de interrogatorio, ambas imaginaban por quién preguntaba. En alguna ocasión las tres habían hablado sobre aquella extraña relación mantenida por Carolina y el hermano de Mónica, relación que nunca existió y ninguna supo nunca la razón.

—Lucha por el oro.

—Vaya…Vaya… ¿Y contra quién pugna por la plaza? ¿Quién además de Sergio supera al insensible Mike?

—Contra nadie en concreto.

—Ja… ¿Quieres que nos creamos eso? No…No…No…mi querida «no cuñada» —enfatizó—, no puedes venir con un «contra nadie en concreto», quiero nombres y apellidos, siempre nos puede venir bien a Vivi y a mí.

—Claro, porque a vosotras os hace falta —Soltó la cucharita en el plato, aquella conversación comenzaba a incomodarle.

—Nunca se sabe —La desafió con la mirada—, pero muy bien, puedes guardar el secreto, podremos vivir sumidas en el misterio —sonrió suavizando su mirada—. Ahora lo importante es que, por fin, le hayas dado un gusto al cuerpo con Sergio.

—Tres gustos —puntualizó con una sonrisita pícara en los labios ante de probar la Selva Negra—. ¡Por Dios, esto está delicioso!

— ¿Tres gustos? Sergio es mi héroe —intervino Vivi—. Y mientras yo toda la mañana y parte de la tarde leyendo perfiles en páginas de contactos. Ojo, no es que lo necesite —Las tres clavaron la mirada en mi sonriente madre, ella se hizo la interesante, probó la tarta de zanahoria, relamió los restos del *frosting* de queso de la cucharita y, tras unos largos segundos se acomodó y comenzó a hablar—, si bien, la verdad es que, en mi cama, mi sofá y bañera —Su mirada era provocadora— solo se cuela el primo hermano de Mike, es decir, Fred *Satisfyer*…

—¿Soy la única que no tiene relaciones con la viciosa familia *Satisfyer*? —interrumpió Ana.

—Va a ser que sí, Tom *Satisfyer* y yo somos íntimos —contestó Mónica, consiguiendo las carcajadas de sus amigas—. Si Juan no se pone celoso, te podemos presentar a alguno de sus primos —dijo riendo—. A quien no le hace falta —Bajó el volumen, se acercó al centro de la

mesa en busca del cómplice secretismo de sus amigas— es a Isabel…

—¿Isabel? ¿Qué Isabel? —En el mismo tono preguntó Ana— ¿Hablas de nuestra vecina? —Mónica asintió con un movimiento de cabeza—. Joder, ¿toda la finca tiene uno? ¿Fue algún representante mientras yo no estaba en casa? Joder, solo falta que Sara tenga uno.

—¿Por qué no? —preguntó Mónica— ¿Acaso no tiene novio? ¿Crees que solo van al cine a ver una de romanos como canta Sabina?

—¡Calla, es mi niña! Prefiero ni saber, ni imaginar —respondió—. Claro que viendo cómo andan de revolucionadas las hormonas en la escalera, ya ni lo pongo en duda —Ninguna podía parar de reír—. Si Juan se entera le dan dos infartos, yo creo que sigue creyendo que Sara tiene cinco años.

—Mónica, ¿cómo sabes lo de Isabel? ¿Te lo contó ella? —Extrañada preguntó Carolina, Isabel no era dada a ese tipo de confidencias, al menos no con ellas, claro que, conociendo a Mónica, ella podría sonsacarle esa información a la siesa de su vecina.

—¿Te lo contó ella? —preguntó Ana sin salir de su asombro— A mí me da los buenos días de casualidad, por Dios, es tan estirada, parece que lleve un palo metido por el culo. Yo no sé cómo la soporta Antoine, con lo majo que es.

—Yo no sé si tiene a uno de los primos —aclaró Mónica—, lo que he dicho es que no le hace falta…

—¿Te has tirado a Antoine? —Carolina abrió los ojos al creer que esa era la razón para saber el porqué no lo necesitaba Isabel.

—¡Nooo! Y mira que el francés está bueno, pero no, no es eso. Ayer salí con unos compañeros, teníamos una cena de cumpleaños y, la vi muy acaramelada con un hombre que no era Antoine.

—¿Hablas en serio? —Asombrada preguntó Ana— Igual solo se parecía a ella, el viernes la vi salir de casa con la maleta y, ayer me dijo el propio Antoine que Isabel se había ido fuera por trabajo.

—Trabajándose a otro estaba.

—Joder —corearon las tres.

—¿Se lo contarás a Antoine? —Sin salir de su asombro preguntó Carolina, viendo el levantamiento de hombros que Mónica daba por respuesta.

—Yo querría saberlo de estar en su lugar. —intervino Ana.

—No lo sé, chicas, ya veré si se lo cuento y cómo. Por muy bien que me lleve con Antoine, no es un tema sencillo de sacar frente a un café. Y ahora tú, cuenta, ¿qué haces en las páginas de contacto? ¿Necesitas que te presente a alguien? —Cuando aún el resto seguía digiriendo la noticia preguntó Mónica que no le cuadraba que mi madre anduviera por las páginas de contacto.

—No, solo lo he hecho para buscar información para mi próxima novela. He inscrito a mi personaje, a Lilith —confesó con una sonrisita al ver la cara de diversión de sus amigas—. Quiero saber cómo se relaciona la gente, así que le he creado un perfil siguiendo sus características, sus gustos…

—¿Y si alguien se enamora de ella? —se interesó Carolina— ¿Si te piden una cita acudirás?

—¡Nooo! Una vez interactúe un poco, vea cómo se relaciona la gente, la elimino. Además, es fácil que nadie se interese, no he puesto foto de perfil.

Sara entró en el zaguán, estaba oscuro, no encendió la luz, conocía a la perfección el tramo de escaleras que la separaba de su casa. Solo deseaba no cruzarse con alguno de sus vecinos, no quería dar explicaciones, solo tenía ganas de llegar a casa a sabiendas que era temprano para que sus padres estuvieran. A tientas y con clara torpeza por las prisas palpó la puerta hasta encontrar la cerradura, meter la llave y girarla.

—¿Sara?

La voz de Guillermo sonó a un escaso metro de ella, él tampoco había encendido la luz, le era más que de sobra con la poca que se colaba por las ventanas de las escaleras. Sara se quedó parada junto a la puerta, parpadeó repetidamente al Guillermo dar la luz.

—Ah, hola, Guille.

— ¿Estás bien? —Se preocupó al ver claros signos de llanto en su rostro.

—Sí… Sí… Me duele la cabeza, solo es eso. —Entró en casa y medio cerró la puerta.

—¿Seguro? —Guillermo interpuso su pie para que no pudiera cerrar la puerta, algo le decía que sus ojos rojos no eran debido a una migraña.

—Sí, claro que estoy segura. —contestó a la defensiva.

—Perdona, Sara, no quería molestarte —respondió dolido por su altiva contestación—. Si necesitas algo estaré en casa.

—No necesito nada, gracias. Ya soy mayorcita, puedo cuidarme sola.

—Pero… —Guillermo abrió los ojos sorprendido—. ¿Qué mosca te ha picado?

—¡Pasa de mí!

Sara dio un portazo ante un atónito Guillermo, apenas había tenido tiempo de quitar el pie de la puerta. No reconocía a su amiga, pero aquella actitud no era la que caracterizaba a su vecina de toda la vida, aquella no era la forma de actuar de la Sara dulce, educada y divertida a la que él conocía. Cierto que hacía años que no se relacionaban como antes, pero estaba seguro que no podía haber cambiado tanto. En busca de una explicación fue a llamar a la puerta, pero su dolido ego masculino lo hizo marcharse sin llamar, sin embargo, tras subir al segundo piso volvió a

bajar, no podía dejar las cosas así. Ya no estaba solo, junto a la puerta estaba el chico del día anterior.

—Buenas noches —saludó—. Buenas noches —repitió al no obtener respuesta por parte del novio de su vecina.

Sara abrió la puerta, sus ojos se toparon con los oscuros y serios ojos de Guillermo, que presenció cómo Kevin entraba y cerraba la puerta en sus narices.

—*Gilipollas*—murmuró al tiempo que volvió a subir las escaleras.

Sara estaba gratamente sorprendida con la presencia de Kevin, solo hacía media hora que dolida y desilusionada lo había dejado en el bar, porque él prefería salir de fiesta solo con sus amigos.

—¿Qué haces aquí? —Sara esbozó una tímida sonrisa, todo su orgullo desaparecía cuando estaba con él. Era superior a ella, era incapaz de llevarle la contraria, siempre estaba dispuesta a complacerlo, se sentía una privilegiada al ser la novia del chico más deseado del instituto. Sin darse cuenta que toda ella era anulada ante él.

—¿De verdad crees que podía soportar verte enfadada? —Ronroneó él, pasó la mano por el cuello y jugó con su melena— ¿Cómo permitir que mi chica esté triste? Yo no antepongo mis amigos a ti, tú eres lo más importante —La besó en el cuello. Sus manos la rodearon por la cintura atrayéndola más hacia su cuerpo. En un rápido movimiento la apoyó contra la puerta—. ¿Tu vecinito siempre está rondando por aquí? ¿Qué es lo que quiere de ti? —preguntó sin parar de besarla.

—No, ya te lo dije —Con la voz entrecortada comentó—, porque estamos en Fallas y ahora está más por aquí, rara vez coincidimos, siempre está en la facultad —Dio un salto por el pellizco dado por Kevin en uno de sus pezones.—. Kevin no, mis padres pueden venir en cualquier momento —Se movió en un intento de alejarse de él, pero él la retuvo contra la puerta.

—Aún es pronto… —Le mordió el labio inferior—. Seré rápido, nena, ya estoy cansado de tenerte solo a través de la cámara —Sus manos la manosearon y colaron por dentro del pantalón en busca de sus braguitas—. Mira cómo estoy —Le puso la mano sobre el bulto de su pantalón—. Me pones a mil, no puedes dejarme así.

—Kevin no, así no… —dijo en un nuevo intento de zafarse de él.

—Nena, no puedes dejarme con este dolor de huevos, muero por follar contigo… —ronroneó sin dejar de manosearla por debajo de la ropa y mordisquearle el cuello.

—Kevin no… —repitió de manera infructuosa, viéndolo desenfundar un condón, ponérselo y penetrarla allí mismo apoyada sobre la puerta de la casa de sus padres, consiguiendo hacer vibrar la puerta con cada empujón. —Kevin no… —balbuceó con un quejido de dolor, pero sus palabras fueron tapadas por los gemidos de Kevin que la tenía agarrada por la melena y la miraba mientras se corría de placer en su interior.

Sara cerró los ojos. Igual si no lo veía, era como si no estuviera ocurriendo. Un dolor intenso se apoderó de ella, sabía que aquello no estaba bien, aquello era sexo no consentido, estaba siendo violada por su propio novio. Todo su cuerpo estaba en tensión, solo tenía ganas de llorar, notó un hilo de sangre bajar por sus muslos, sin embargo, las lágrimas se secaron en sus ojos. Aquella no podía ser su primera vez, aquella no tenía nada que ver con lo imaginado por ella. Aquella no podía ser la vez que jamás se olvida...

—Nena, ha sido la hostia. Ahora sí, ya me siento como nuevo —Le mordió el cuello—. Eres increíble, me pones a mil.

Con los vaqueros y las bragas por debajo de las rodillas Sara aún temblaba con el cuerpo pegado a la puerta, Kevin ni siquiera reparó en sus arreboladas mejillas, en sus enrojecidos ojos,

ni en las lágrimas, que aún se precipitaban por su rostro. Mucho menos vio el oscuro hilillo de sangre en sus muslos. Le mordió sus carnosos e hinchados labios, le propinó un nuevo pellizco en los pezones y se separó de ella.

—¿Kevin, tú me quieres? —En un susurro, con absurdo miedo de escuchar su respuesta, preguntó subiéndose rauda y con vergüenza las bragas y los pantalones para que no viera la sangre y descubriera que acababa de perder su virginidad.

Meses llevaban saliendo, meses llevaban con su juego de mensajes subidos de tono. Al principio a ella le pareció divertido, *sexy*, excitante, sin darse cuenta que solo era ella quien enviaba las fotos. Fotos, cada vez más comprometedoras, él cada vez le pedía más y ella se lo daba porque estaba absurdamente enamorada de él. Todo él le gustaba, su sonrisa sexy, su mirada de rompecorazones, su forma de hablar, todo le gustaba, salvo aquella costumbre suya de ridiculizarla delante de sus amigos.

—¿Qué pregunta es esa? —Con cara de satisfacción se subió los pantalones, le puso el condón que acaba de quitarse en la palma de la mano para sorpresa de ella— ¿Acaso no estoy aquí? ¿Acaso no he dejado de lado a mis colegas por venir a follar contigo? —Pasó los dedos por sus encendidas mejillas— ¿Quién te ha dicho lo contrario? ¿El *gilipollas* de tu vecino?

— ¡Nooo! —Solo es una pregunta.

—Pues deja de hacer preguntas raras, nena, por cierto, ¿hiciste mi comentario?

—Sí, ya lo tengo. Luego te lo envío —sonrió tímidamente.

—Muy bien, nena, no solo tienes unas tetas de infarto—Para sorpresa de ella coló las manos por debajo de lo arrugada camiseta, le sobó los pechos volviéndola a besar—sino que eres un cerebrito, para que luego digan que las rubias sois tontas.

—No soy rubia —Lo miró a los ojos.

—Ya lo sé, nena —devoró sus labios—. Joder, vuelvo a estar a mil, volvería a follarte, pero estos me están esperando.

—¿Ya? ¿No ibas a pasar un rato conmigo?

—Viciosilla… —Lascivo sonrió—. ¿Quieres más? —Dejó caer su cuerpo sobre el de ella, le mordió los labios.

—No, no me refería a eso—Con voz entrecortada aclaró, no quería volver a repetir aquella tortura—. Creí que veríamos una *peli* juntos.

—Otro día.

Abrió la puerta y se marchó. Sara miró su mano derecha, el condón seguía en ella, rezumaba el viscoso semen, no se había molestado en anudarlo; estaba manchado de sangre, él ni siquiera se había percatado que aquella había sido su primera vez. Las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas, corrió al baño, con rabia lanzó el condón al váter y tiró de la cisterna. Se desnudó con prisas y se metió bajo la ducha, quería eliminar cualquier rastro de lo que acababa de suceder. Necesitaba sentirse limpia. No lo consiguió.

Capítulo 5

19 de marzo, 2019

Valentín se acercó a la madre de su nieto, veintiún años llevaba realizando aquel mismo gesto. Carolina no lo podía evitar, la imagen de sus padres acudía a su memoria cada noche de san José, nada más ver los primeros chisporroteos, ver el monumento quemarse, menguar poco a poco entre las llamas, las lágrimas acudían a sus ojos. La emoción de mi vecina, poco o nada, tenía relación con la de los falleros, sino con el recuerdo de la niña que de la mano de sus padres asistía a la *cremà*. Carolina le sonrió al abuelo de su hijo cuando, tras darle un pañuelo de papel, la abrazó transmitiéndole todo el cariño que aquella familia, su familia, le había brindado desde el minuto uno de pisar su casa. Cariño que se vio incrementado al enterarse de su embarazo.

Valentín e Inma acogieron a Carolina en el seno de su familia desde el mismo momento que ella y Daniel entablaron amistad en el instituto. Daniel y ella siempre se llevaron muy bien, siempre existió una química especial entre ellos. De hecho, todos estaban convencidos que eran mucho más que amigos, sin embargo, ellos siempre se encargaron de desmentirlo.

Ninguno de los dos estaba interesado en las relaciones sentimentales. Carolina centraba todo su interés en los libros, amaba leer y esa pasión la llevó a matricularse en Filología Hispánica, mientras Daniel siempre supo que quería ser médico y en Medicina se matriculó.

En junio de 1997 ambos culminaban con éxito su primer año como universitarios, aquel año no pasaron menos horas juntos por no estar en la misma facultad. Las horas de estudio las pasaban juntos en la misma biblioteca. Sin contar que muchos eran los fines de semana que se encerraban a estudiar e intercambiarse información sobre sus dispares carreras. Por eso, a nadie le sorprendió que, tras la euforia del exitoso final de curso, del inicio de las vacaciones y, especialmente, de haber acudido junto a Mónica al concierto de Sabina, *les dieran las doce, la una, las dos y las tres…y desnudos al amanecer los encontrara la lun*a; lo que nadie esperó fue su consecuencia.

El embarazo los pilló por sorpresa, habían tomado precauciones, pero el fulgor y la pasión del momento no les dejó ver el diminuto poro del preservativo, invisible al ojo humano, pero un rápido y alocado espermatozoide se coló por él y, convirtió aquella noche de san Juan en inolvidable para toda la vida.

Largo y cuesta arriba se hizo aquel verano. Carolina creyó morirse entre náuseas, vómitos y lágrimas. Lágrimas que sus padres le secaron y, desesperados por ver el estado en el que estaba sumida su hija, pedían que dejara de llorar o les saldría un nieto llorón. La comprensión de sus padres, que nunca conocerían a su nieto, más la hacía llorar, al igual que le ocurría con el cariño que los abuelos paternos de su futuro hijo le daban.

Ambas familias se tomaron la noticia de la mejor de las maneras, estaba claro que les hubiese gustado esperar para convertirse en abuelos, pero tras el *shock* inicial los cuatro abuelos dieron todo su apoyo a sus hijos. Alegrándose al saber que no cometerían el error de abandonar sus respectivas carreras. Sin embargo, lo que no comprendían era que siguieran diciendo que solo eran amigos.

Aquel año estuvo plagado de cambios en la vida de Carolina. Recién había empezado el curso cuando Rodolfo y Cristina, sus padres, se subieron a su coche en Portugal, adonde habían ido a pasar unos días de vacaciones, para regresar a Valencia, a donde nunca llegarían.

El mundo se detuvo para Carolina. Aquel año el alma se le secó de tanto llorar. Aquel miércoles 15 de octubre al enterarse de la noticia Valentín acudió junto a su hijo a casa de la futura madre de su nieto, la obligó a hacer su equipaje y se la llevó a casa. Ni él, ni su mujer y,

mucho menos, Daniel, permitieron que estuviera sola.

Nunca estuvo sola. Nunca se sintió desamparada. Siempre hubo unos brazos que la acogían, unas manos que enjugaban sus lágrimas y una sonrisa, que la obligaba a devolverla.

El 19 de marzo de 1998 Carolina celebró el día del padre con su familia de acogida e hizo dos regalos. Uno para el padre de su hijo, que no se había separado de ella ni un instante, acudido a todas las revisiones, ecografías, visitas a la matrona, disfrutado de cada patada de su hijo, vigilado todos los cambios de ella y descubierto qué especialidad quería estudiar. El segundo regalo fue para el hombre que, no siendo su padre, la hacía sentirse como su hija.

Aquel 19 de marzo comenzó para ella una nueva tradición, ella y su hijo se sentaban a la mesa, como dos miembros indiscutibles de la familia Alberola y, por la noche acudían todos juntos a la *cremà*.

Y justo allí rodeada por los hermanos de Daniel (Ismael, Mónica y Ana), Teresa, la mujer de Ismael, Carlos, el marido de Ana y, las que para ella eran sus sobrinas: Jimena y Mar, junto a su hijo y sus padres de corazón, Valentín e Inma, pusieron el broche de fin de Fallas de 2019.

—A ver si el próximo año estamos todos —deseó Inma besando a la mujer, que seguía soñando con verla casada con su hijo.

Carolina sonrió y acarició los brazos de Inma, sabía lo mucho que echaba de menos a su hijo, así como lo que sufría con cada atentado perpetrado por los yihadistas en Nigeria o, en cualquier país vecino. Cada vez que África salía en las noticias, Inma temblaba, cada vez que hablaban de secuestros o víctimas mortales dejaba de respirar. Aquella noche, ni ella, ni ningún miembro de la familia, salvo Mónica, que horas atrás y por casualidad se había enterado, podía imaginar que en poco más de setenta y dos horas Daniel pisaría Valencia. Eso sí, lo que a ninguno se les pasó por la mente era que lo siguientes dos años las Fallas no se celebrarían.

—*Bon dia* —Con una sonrisa deseó a su hijo, que medio dormido, entró en la cocina.

—*Bon dia* —bostezó antes de besar a su madre—, lo tuyo es digno de estudio. Da igual lo poco que duermas, siempre te despiertas resplandeciente y con una sonrisa en los labios.

—Cuando seas padre lo entenderás —Lo miró divertida al ver la cara de su hijo—. Ahora te

quejas de la falta de sueño por estudiar o por salir la noche anterior, imagina si además tienes un bebé con ganas de fiesta —rio—. Aprendes a vivir con pocas horas de descanso y, no puedo quejarme, tuve… —se calló unos segundos— tuvimos mucha ayuda— Carolina apuró su café con leche, comenzaba a enfriarse.—. ¿Tienes clase hoy?

—Sí —Se sentó a la mesa y mordisqueó una galleta—. ¿Mamá, tú le das clase a Sara?

—No, ya sabes que ella optó por Ciencias. ¿Por qué? —Risueña preguntó.

—No…No…No… —Movió de manera exagerada la mano derecha y consigo la galleta—. No entiendas lo que no es. Tú eres la que andas enamorada, ese no es mi caso.

—¿Quién ha dicho que yo esté enamorada?

—¡Mamá! ¿Me lo vas a negar? —Con una sonrisa burletera dijo— No puedes, reconócelo.

Carolina sonrió, no podía negar estar enamorada, tampoco podía decir estarlo, pero sí ir camino de ello.

—Dime, entonces a qué viene esa pregunta.

—Esta semana he coincidido dos veces con ella en las escaleras, hacía mucho que no nos veíamos.

—Mira que es raro, no os partisteis la cabeza de pequeños subiendo y bajando las escaleras de su casa a la nuestra y, viceversa, de milagro —sonrió—. Ufff…Parece tan lejos, con lo monos que erais.

—¿Estás queriendo decir que ya no lo soy? —Dio un sorbo a su café con leche.

—No, ni mucho menos, solo que antes ponías *Nesquik* a la leche y ahora la tomas cargadita de café —comentó risueña—. Dime, ¿qué pasa con Sara?

—No lo sé, mamá, está rara.

—¿Rara?

—Sí, por ejemplo, el domingo me cerró la puerta en las narices.

—¿Sara? —Aquello la sorprendió.

—Sí, luego está el *gilipollas* que tiene por novio.

Carolina no pudo evitar soltar una carcajada con el comentario y la cara de su hijo.

—Mamá, no son celos —Le hizo una regañiza—. David es de mi misma opinión. El sábado coincidimos con él en la escalera y a los dos nos pareció un auténtico *gilipollas* —Dio un mordisco a la galleta—, sin contar que nos lo cruzamos por la noche con sus amigos en plan machito mientras Sara estaba en casa.

—Igual no le apetecía salir…

—Mamá, Sara nunca se ha perdido una salida en Fallas. Curioso que ahora que está con este… este… Joder, no tengo otra palabra mejor que *gilipollas*. No me mires así, sé que no te gusta que diga palabrotas, pero no encuentro un calificativo más apropiado.

—Muy bien —sonrió Carolina—. Me fijaré en el instituto, te prometo que, hablaré con su tutora si veo algo raro por si ella ha detectado algún cambio. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —Se levantó y abrazó a la madre por detrás—. Eres la mejor madre del mundo, aunque David se empeñe en decir que no tienes pinta de madre —Besó a su madre en las mejillas.

—Mira que eres pelotilla.

—Sabes que no —No se soltó de su madre—, nunca hubiese podido tener una madre mejor.

— ¿Quieres hacerme llorar? —bromeó Carolina, giró la cara hacia la de su hijo y lo besó en la mejilla— Espera, ¿esto es por la moto?

—¡Nooo! —Se quejó Guillermo— ¿Por qué eres siempre tan…tan…? —Se calló un momento, las palabras de su padre le asaltaron la mente. —. Papá tiene razón.

—¿Qué dice tu padre? —Se levantó y cruzó de brazos. Un repentino e intenso cosquilleo se apoderó de ella.

—Que eres una tiquismiquis, me dijo que yo era como tú, que siempre consigues tener la razón o llevar todo a tu terreno…

—Así que tu padre dice que soy tiquismiquis —Carolina miró la hora en el reloj de la pared de la cocina—. Guille te dejo o se me hará tarde, pero tendré que hablar con tu padre.

—El domingo me dio saludos para ti, me preguntó si estabas y le dije que estabas con tu novio.

—¡Sergio no es mi novio! —Se apresuró a desmentir—. La verdad es que hace mucho que no hablamos —borró la sonrisa—. Salúdalo de mi parte cuando hables con él. —Dio media vuelta y miró a su hijo— ¿No le dirías eso a tu padre?

—¿El qué? —Sus ojos se achicaron por la traviesa sonrisa.

—Guille, no te hagas el que no sabes. ¿Le dijiste a Daniel que estaba con mi novio?

—No o sí —La miró suspicaz sin disimular la sonrisa—. ¿Cuál es el problema? Papá y tú sois amigos, ¿no? —Clavó su oscura mirada en los azules ojos de su madre— La verdad es que para ser amigos sois muy raritos, ya no habláis. ¿Por qué?

—Me voy o se me hará tarde —respondió seria, lo cual despertó aún más el interés de su hijo.

—Sois iguales —murmuró entre dientes a sabiendas que su madre no podía oírlo—, siempre huis sin dar explicaciones.—. Y sí, le dije que estabas con tu novio. ¿No tenía que saberlo? —Con suspicacia se interesó saliendo detrás de ella de la cocina.

—No, no hay problema alguno—Lo miró fijamente a los ojos—, pero ni Sergio es mi novio, ni yo estoy enamorada—Hizo una breve pausa sin dejar de mirar desafiante a su hijo—. Aún no...

Varias fueron las puertas que se abrieron y cerraron casi de manera sincrónica, así como los acelerados pasos bajando por las escaleras. Carolina saludó a Mónica al encontrarla en su bajada, quien salía corriendo rumbo a la universidad, ambas corearon un «buenos días» a Antoine, quien les dedicó la mejor de sus sonrisas antes de montarse en la bicicleta.

Poco a poco las viviendas se fueron vaciando, solo mi madre y Merlín quedaron en la finca. Merlín paseándose por las escaleras, había logrado escaparse al salir Sara, iba buscando por donde colarse, mientras mi madre pasaba la mañana sentada frente al ordenador leyendo los perfiles de los hombres interesados en su inventada criatura, Lilith. En su piel se metió y, como ella, comenzó a contestarles.

No podía negarlo, aquel poder casi de dios, diosa en su caso, le encantaba. Acostumbrada a jugar con la vida de sus personajes, mi madre disfrutaba desde la inmunidad que le daba su álter ego, lo que ella olvidaba era que quien juega con fuego termina por quemarse. Y se quemó, y tanto que se quemó…

Capítulo 6

20 de marzo, 2019

Los alumnos estaban sentados cuando a la carrera, como era característico en ella, entró en el aula. Mónica no se caracterizaba por su puntualidad. No es que llegara tarde a la facultad, el problema era su don de gentes y su labia. Rara era la vez que un compañero de departamento o un alumno, actual o antiguo, no la parase por el pasillo y, por ello, sumado a ser enemiga de llevar reloj, era su costumbre el llegar entre cinco y diez minutos tarde. Esto era conocido por todos sus alumnos, no el caso de los que ahora la esperaban sentados en el aula, pues, aquel era su primer día con la profesora Alberola, sin embargo, todos los alumnos olvidaban su usual tardanza una vez Mónica mostraba su organización, profesionalidad y su don especial para embrujarte con cualquier tema que tratase.

Correr con cuñas, sin duda alguna, tampoco era la mejor de las ideas, maldijo por lo bajo por no haberse puesto sus eternas *Martens*. Mónica corrió, en su afán de no seguir aumentando aquella fama suya, y casi no cayó al subir a la tarima. De inmediato, con la mejor de sus sonrisas, riéndose de su propia torpeza, esa era otra peculiaridad suya, reírse hasta de su propia sombra, hizo gala de su característico humor y se presentó de manera triunfal.

—Y aquí me tienen, no les mintieron, ni exageraron cuando les contaron que soy tardona, alocada, despistada y algo torpe.

La atención y las risas fueron unánimes. Mónica sacó de su moderno y cargado maletín todo un despliegue de material y se apoyó en la mesa. Sonrió al comprobar el rotundo silencio con el que el concurrido grupo esperaba que empezara su disertación. Sin prisas hizo un barrido por el aula, como siempre, el número de mujeres duplicaba al de los hombres, los cuales, salvo honrosas excepciones, no muestran tanto interés por las Humanidades.

Sus ojos se encontraron con unos increíbles ojos azules que la observaban desde el tercer asiento de la primera fila, durante largos segundos permanecieron clavados en ellos en un intento de averiguar por qué le sonaban, pero enseguida borró de su cabeza aquellos impresionantes ojos y se centró en explicar el programa de la asignatura.

David, sin embargo, fue incapaz de entender ni una sola de sus palabras y, no porque ella no fuera buena explicando, sino porque había caído atrapado por todo su ser. La presencia de Mónica no lo pillaba desprevenido, el mismo Guillermo se lo había confirmado el sábado y, minutos antes de su entrada ya había comprobado su nombre en el programa de la asignatura. Tres veces leyó su nombre, doctora Mónica Alberola Ramos, para asegurarse que sus ojos no lo engañaban. No, no lo engañaban, la diosa hecha mujer, que se había colado en sus sueños nada más verla bailar en la terraza de su amigo el sábado anterior, sería su profesora aquel cuatrimestre y, él no estaba seguro de ser capaz de concentrarse en algo que no fuera ella.

Sus azules ojos se concentraron en ella, el resto del aula desapareció para él, la analizó al detalle. No era alta, pero su cuerpo había sido esculpido de manera magistral por los dioses, le resultaba la mujer más sensual y *sexy*, que jamás hubiese visto en sus veintiún años de vida. Perdido, absolutamente perdido, se sintió al recorrer sus piernas escondidas dentro de los pantalones vaqueros, recordándolas desnudas, tal y como las había visto el sábado, subir hasta su cara, pararse en sus ojos y encontrarse de lleno con su oscura mirada.

Con un sutil gesto Mónica lo regañó e invitó a centrarse en sus palabras, no le había pasado desapercibido el efecto surtido en él. Aquella no era la primera vez que pillaba a algún alumno mirarla con deseo, sin embargo, si era la primera vez que no se enfadaba por ello, es más, le

sonrió.

David se obligó a sí mismo a olvidarse de la mujer, si eso era posible, y centrarse en la locuaz profesora, que, de cuando en cuando, sin entender muy bien el motivo, se centraba en él y olvidaba del resto.

Vivi estaba asombrada por el interés despertado por Lilith. Sin pensárselo dos veces, aceptó varias de las amistades y entabló conversación con los candidatos a pareja de su creación, conduciéndolos de manera taimada al terreno que ella quería y, así poder averiguar los motivos que los habían llevado a aquella página de citas.

Divorciados, eternos solteros, tímidos atroces y hombres que, más que buscar pareja, buscaban mujeres de una sola noche, fueron apareciendo ante sus ojos. El cuaderno de mi madre fue llenándose de características, de detalles, algunos insignificantes a ojos de alguien que no fuera a crear personajes basados en ellos; pero quería más, no se conformaba con lo que tenía. Algo en su interior le decía que esperara, que tenía que haber algo más, que hallaría a alguien que no estuviera desesperado por encontrar a una mujer.

—Vicent —Leyó en alto al tropezarse con un perfil que le había llamado la atención. —. Profesor, amante de los libros, de la buena música. ¿La buena música? ¿Qué será para este la buena música? —Subió el volumen, aquella canción le encantaba, los pies se le iban bajo la mesa y los dedos repiquetearon sobre la mesa siguiendo el ritmo de Maluma. —Mmm… Me gusta, lo del Jazz no tanto, esa música es capaz de dormir a las mismísimas ovejas, pero tampoco ha de gustarme a mí, sino a Lilith.

Y justo ahí mi madre cometió el error o el acierto de saltarse su propia norma. No esperó a ser invitada por él, sino ella llevó la iniciativa invitándolo a un chat privado.

No recibió inmediata contestación. Durante unos largos minutos esperó sentada frente a la pantalla, hasta que se percató que, siendo profesor, estaría en clase. Ella misma, aunque no lo pareciese, estaba en su jornada laboral.

A eso de las dos y media, Vivi y Merlín dejaron de ser los únicos seres vivos de la finca. Poco

a poco todos fueron regresando a casa.

Antoine murmuró un *Salud! Ça va*?[3] al entrar en casa, sabía que era absurdo y, que Isabel no llegaría hasta la noche, ni tan siquiera había pasado a dejar la maleta, si es que ya había regresado a Valencia.

—¿Y habrá salido de aquí?

Soltó las llaves y las gafas de sol en la mesa de la entrada, aparcó la bicicleta a un lado antes de sacarla a la terraza interior, se quitó la cazadora de cuero y tras lanzarla al sofá, entró en la cocina. Al vecino del 1ºA le gustaba cocinar, aunque odiaba hacerlo para él solo, menos aún le gustaba comer solo y, esa se había convertido en la realidad de cada día.

—Mmm…—Por la ventana se coló el aroma de lo que la vecina del 2ºA, es decir, mi madre, cocinaba. —¡Qué rico huele! —murmuró. Abrió la nevera, quedaba una porción de la lasaña que había hecho dos días atrás, la sirvió en un plato y la calentó en el microondas. —¿Cómo puede oír eso? —refunfuñó al escucharla tararear una de esas canciones de ritmos latinos, que tanto le gustan a mi madre y, tan poco le gustan a mi padre.

Upps… Ya se me ha escapado un dato que desconocías o ¿tal vez ya lo intuías? Entre nosotros, gustarle no le gustará, pero disfruta viendo a mi madre bailar, si lo sabré yo que desde aquí me entero de todo.

El microondas avisó, Antoine sacó el plato con cuidado de no quemarse y, tras lavarse las manos se sentó a la mesa dispuesto a saborear la comida con la única compañía del móvil.

«Lilith quiere conocerte»

Un par de veces leyó el mensaje, ya ni tan siquiera recordaba que Juan, su vecino de enfrente y amigo, lo había liado un par de días atrás para que se inscribiera, tras sincerarse, contarle su desastrosa vida sentimental, lamentable vida sexual y, su absoluta convicción de estar luciendo la cornamenta mayor de toda Valencia mientras se tomaba un café acodado en la barra de Pickwick.

—Lilith, curioso nombre. Y esto, ¿cómo funciona? —Dio un nuevo bocado a la lasaña e indagó por la aplicación—. ¿Para qué le habré hecho caso a Juan?

Lilith: ¡Hola!

Vincent: Hola, ¿qué tal?

Mi madre no era la única en buscarse un álter ego, mi padre le hizo caso a Juan, pero no se inscribió con su nombre, sino con el de mi abuelo, en realidad, es el segundo nombre de mi padre, aunque él no lo admita fue inscrito como Antoine Vincent Barraud.

Lilith: Bien, aquí comiendo.

—¿En serio? —Se llevó las manos a la cabeza—. Viviana, que manera de presentarte más tonta —dijo sin apartar la mirada de la pantalla—. Bueno, en realidad, no soy yo sino Lilith—Se relamió la salsa boloñesa que tenía en los labios.—. Lilith, jamás se presentaría así, un adalid del feminismo no dice esas tonterías.

Vincent: Yo igual.

—Esto es deprimente —Antoine soltó los cubiertos sobre el plato—. ¿Qué hago hablando con alguien que se ha inscrito en una página de contactos para ligar? ¿De verdad necesitas esto, Antoine?

Lilith: Perdona, soy nueva en estas cosas y, estoy un poco torpe, aún no sé ni qué hago por aquí.

Vincent: Ya somos dos. Yo tampoco sé que hago aquí.

Lilith: Mira, ya tenemos algo que nos une, ja, ja, ja. Ambos necesitamos a un soporífero erudito de Filosofía, que nos explique el sentido de la vida y de nuestra existencia. Ja, ja,

ja… Ahora es cuando tú me dices, soy profesor de Filosofía. Y yo digo, trágame tierra.

Vincent: No, ja, ja, ja. Soy profesor de Lengua. ¿Y tú? Además de ser la mujer que le dio dos patadas a Adán, ¿eres profesora?

Aquella era una verdad a medias, porque mi padre es profesor de francés, aún no sé cómo con tantas mentiras en el inicio de su relación, yo voy a llegar a este mundo. Eso sí, que no se atrevan a enfadarse conmigo si alguna vez digo alguna mentirijilla. Mi madre sonrió con el comentario de mi padre, le había sorprendido y gustado que hubiese captado el sentido del nombre elegido.

Lilith: No, yo no soy profesora, ja, ja, ja.

Vincent: Ja, ja, ja… ¿A qué te dedicas?

Lilith: ¿No has leído mi perfil?

Vincent: No, la verdad es que no he leído ningún perfil. Si te soy sincero, no tengo claro qué hago aquí.

Lilith: Ya me lo has dicho, ja, ja, ja.

Vincent: Cierto, ja, ja, ja.

Lilith: Soy editora.

Vincent: Así que editora. ¿Trabajando en algo interesante?

Lilith: Sí, ja, ja, ja…

—Si tú supieras que eres parte del proceso de mi trabajo —sonrió sin apartar la mirada de la pantalla.

Vincent: ¿Se puede contar o es secreto?

Lilith: Mmm…No estoy segura, ja, ja, ja… ¿Quién me dice que no eres un infiltrado de alguna editorial de la competencia y me robas el proyecto? Ja, ja, ja…

Vincent: ¿Eso ocurre?

Lilith: No te diré que no.

Vincent: Vaya, espías editoriales.

Lilith: Soy editora de literatura infantil.

Vincent: Interesante, decides lo qué es bueno o no para los críos.

Lilith: Dicho así suena fatal, parezco una censuradora, más que una editora, ja, ja, ja. Una castradora de historias infantiles, ja, ja, ja.

Vincent: Ja, ja, ja…Tienes razón. Imagino que corriges errores, mejoras estilos…

Lilith: Digamos que sí.

Y así, en una madeja de mentiras, bueno, verdades para Lilith, y medias verdades para Antoine se liaron en una larga conversación, olvidándose que comían.

Despistada, con la atención centrada en la pantalla del móvil, la conversación con Daniel bien valía la pena, salió del edificio. Estaba feliz con el regreso de su hermano, no es que fuera su hermano favorito o, tal vez sí, lo que sí era cierto es que Daniel era al que más unida había estado siempre. Tan concentrada estaba que no se percató de acercarse peligrosamente al borde de las escaleras, estando a punto de caer si no llega a ser por una mano que la sujetó por el brazo.

—Gracias —Se giró topándose con los ojos azules que a primera hora la habían atrapado en clase.

—No deberías contestar al móvil mientras caminas —Con la mejor de sus sonrisas medio la regañó David. —, doctora Alberola —dijo en el más sugerente de los tonos.

—Sí, toda la razón —respondió sin apartar la mirada de la de aquel chico al que creía conocer —. ¿Nos conocemos?

—Bueno, asisto a tu clase de Historia Contemporánea de España.

—Sí, eso lo sé. Te vi esta mañana —Levantó la ceja y con una medio sonrisa, que dejaba claro que sabía cómo la había devorado con la mirada, contestó. Su móvil sonaba, Mónica vio que era Daniel, había optado por llamarla, aburrido de enviar mensajes interminables—. Perdona…

—David, me llamo David…

—Perdona, David, he de contestar. Gracias por salvarme de una buena caída.

—De nada, doctora Alberola.

—Mónica, por favor, llámame Mónica.

Mónica contestó a su hermano y con una sonrisa se alejó escaleras abajo. En lo alto de ellas David la observó, deseando con todas sus fuerzas que ella se girara y lo mirara, eso le daría una esperanza, aunque fuera minúscula. Ella se giró, necesitaba comprobar que él seguía allí. Sus ojos volvieron a encontrarse, ambos se mantuvieron la mirada durante largos segundos.

—Mónica…Mónica… ¿Estás ahí?

—Sí, perdona Dani, dime. ¿A qué hora llegas el viernes?

—A las dos de la mañana.

—¿De mañana?

—No, del viernes al sábado. Sé que es una hora muy mala, si no puedes, no pasa nada.

—De eso nada. Ahí estaré yo. ¿Cómo no voy a ir con las ganas que tengo de darte un abrazo?

—Y yo a ti.

—Ya verás el sábado cuando te vean. Ya visualizo las lágrimas de mamá.

—No has dicho nada, ¿verdad?

—No, soy una tumba.

—¿Ni a Carol? —Daniel tenía claro lo unida que su hermana estaba a Carolina.

—No, no se lo he dicho. ¿Quieres que lo haga?

—No…No…No quiero que se le escape y diga a Guille. Mónica…

—Dime…

—Nada, no es nada. Te dejo, he de entrar a quirófano. Esta última semana está siendo una auténtica locura.

—¿Y eso?

—Ayer nos llegaron dos niñas desangrándose por el desgarro producido tras haber sido mutiladas…

—¿Mutiladas? ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Hablo del clítoris… —sonrió al escuchar a su hermana blasfemar.

—*Joder*, olvidé la ablación. *Putas* tradiciones salvajes —resopló—. ¿Están bien?

—Sí, bueno, las cogimos a tiempo.

—Como decías lo del quirófano…

—No es por esas niñas, hace un momento llegó otra, la están preparando.

—Pero…Pero… ¿Es tan normal tantos casos seguidos?

—Es el pan nuestro de cada día, pero la de hoy el desgarro tiene toda la pinta de ser consecuencia de haber sido penetrada.

—Dani, ¿esa es tu manera sutil de decir que ha sido violada?

—No podemos decir violación, no aquí, hablamos de su marido. Aquí que a ella le apetezca o no es lo de menos.

—¿De qué edad estamos hablando?

—Trece.

—*Joder*, yo no sé cómo tienes estómago para soportar eso.

—A todo te acostumbras, desgraciadamente. Mónica, ahora sí que te tengo que dejar.

—Un beso.

Mónica volvió a mirar hacia las escaleras, David seguía allí, hablaba con unos compañeros de clase. Sus miradas se encontraron, sus labios se sonrieron, sus biorritmos se aceleraron.

Sara no la había visto, Carolina iba varios pasos por detrás de ella, no había sido de manera intencionada, pero al recordar el comentario de su hijo decidió seguir de cerca a su vecina y su novio. Al principio, nada le resultó extraño, solo era una de las muchas parejitas que de la mano salían del instituto. Sin embargo, no sabía muy bien por qué a los pocos minutos algo en la actitud de ambos, en los gestos de rechazo de ella a cada roce de él la hizo ponerse en guardia.

Algo le decía que no todo iba bien, pero tampoco quería alarmarse y, mucho menos, alarmar a sus vecinos. Sara siempre había sido una chica muy sensata e, igual solo estaban enfadados por cualquier tontería.

—Hola —saludó a la pareja una vez en la puerta de casa.

—Hola, Carolina —Los labios de Sara sonrieron ligeramente, sus ojos no.

—¿Todo bien, cariño? —Su triste mirada la hizo volver a desconfiar.

—Sí, todo bien —Amplió la sonrisa—. Espera ya entramos juntas —se apresuró a decir, mantuvo la puerta para que no la cerrara. —. Hasta mañana, Kevin.

Carolina observó al chico, su rostro mostraba desconcierto y rabia contenida a partes iguales. Memorizó la cara, intentaría averiguar quién era ese chico. Ella nunca había sido profesora suya, pero le sería fácil ponerle nombre y apellidos.

En silencio subieron las escaleras hasta el primer piso, Carolina no quería agobiar a su joven vecina, pero aquel movimiento de Sara había sido una huida en toda regla. ¿Qué pareja de adolescentes no espera la marcha de los pesados vecinos para besarse en la intimidad del portal antes de despedirse?

—¿Qué tal el curso? Ahora ya empieza la cuenta atrás —Carolina le regaló la mejor de sus sonrisas.

—Bien —Buscó las llaves en el bolsillo delantero de su mochila, dentro de él sonaba el móvil, Sara lo ignoró. —. Sí, ya empieza el vértigo por los exámenes.

—¿Ya sabes qué quieres estudiar?

—Sí, Medicina.

—Así que el próximo curso serás compañera de Guille —sonrió—. Sara, no seas tonta,

cualquier cosa pregúntale. Es verdad que a veces ni yo lo veo, pero estoy segura que para ti encuentra un hueco —Sara sonrió, era una sonrisa triste, de ojos apagados—. Sara, cariño, no quiero pecar de pesada e insistente, pero —Le acarició las mejillas y la obligó a mirarla a los ojos —, ¿seguro que todo está bien?

—Sí —se obligó a sonreír y abrió la puerta.

—¿Seguro? —Insistió, su mirada le dolía.

—Sí, de verdad, todo está bien —mintió—. Solo que Kevin y yo hemos reñido, pero no es nada.

Sara entró en casa, con una sonrisa se despidió de su vecina, se agachó para coger a Merlín que andaba tras la puerta y la cerró. Apoyada tras la puerta respiró para tranquilizarse, besó la nívea cabeza del gato que mimoso se retorció en los brazos de su humana favorita. El olor y las voces provenientes de la cocina la avisaron de que sus padres ya estaban en casa. Su móvil volvió a sonar. No contestó. Tomó aire, dibujó una amplia sonrisa y se encaminó con Merlín a la cocina.

Capítulo 7

22 de marzo, 2019

Vivi entró en casa, se bajó de los tacones y con ellos en la mano se dejó caer en el sofá. Era viernes y, por extraño que fuese, no iba a salir, tal y como era su costumbre, tampoco le apetecía. Encendió el portátil, desde el asiento de al lado la llamaba, soltó las sandalias, que se precipitaron al suelo, y abrió la aplicación de las citas para ver cómo le iba a Lilith.

Nada mal. A Lilith no le iba nada, pero que nada mal. Estaba teniendo mucho éxito, no había dejado de recibir solicitudes de amistad en toda la semana. Mi madre estaba, verdaderamente, asombrada con el tremendo éxito de aquella inexistente mujer. Lo más curioso era la falta de foto en el perfil de Lilith, por obvios motivos; así que no terminaba de entender que aquella mujer a la que no había descrito físicamente, sino se había centrado en sus gustos, manías, profesión… recibiera tantos candidatos interesados en ella. Lo cierto era que, saltando de candidato en candidato, ya tenía material más que de sobra para la creación de los personajes de su historia, sin embargo, ella seguía allí sin saber muy bien el motivo.

Un piso más abajo, en un salón muy similar y tan diferente a la vez. En el de mi madre reinaba el colorido, los cojines del sofá hacían gala de su proveniencia mexicana, al igual que las láminas enmarcadas y, su minúsculo balcón, rara vez cerrado, era una auténtica muestra de sus dotes para la jardinería. Sin embargo, en el salón del 1ºA primaba el blanco y gris, en vez de los rojos, azules y negros del 2ºA, las paredes lucían cuadros de arte abstracto pintados por un amigo de Antoine y el balcón no tenía ni una sola planta; ni Antoine tenía destreza con ellas, ni Isabel tampoco. Las pocas veces que se habían animado a tener alguna, la planta había muerto, igual por exceso de agua o por falta de ella o, tal vez, porque las begonias, las hortensias, pensamientos y margaritas preferían los ritmos animados que mi madre les ponía y cantaba mientras las cuidaba.

Antoine leía *Le Monde Diplomatique*, no se molestó en levantarse al ver que su mujer salía con su pequeña maleta.

—Antoine, me voy, regreso el domingo por la noche —Desde la puerta del salón se despidió Isabel.

—¿A dónde vas esta vez? —Suspicaz preguntó sin levantar la vista de la publicación francesa, estaba más interesado en las tramas políticas que en las excusas de su mujer, que ya ni siquiera se molestaba en acercarse a él y darle un beso.

—Lo sabes perfectamente —respondió a la defensiva—. A Madrid, sabes que los sábados nos reunimos.

—Sí, últimamente, todas las negociaciones mundiales han de salir de esas juntas. —Antoine siguió leyendo el periódico con interés.

—No tengo ni ganas, ni tiempo de discutir.

—Fíjate, yo tiempo tengo, sin embargo, ganas ningunas —Siguió sin mirarla—. Igual, debiéramos hablar a tu regreso —Levantó la vista y le guiñó un ojo a una desconcertada Isabel, que empezaba a desesperar —. *Chéri*, hazme un hueco en tu apretada agenda. Ahora corre, no le hagas esperar, no vaya a pensar que, de pronto, piensas pasar el fin de semana con tu marido.

No hubo más palabras. Isabel tiró de su pequeña y negra trolley, sin decir una sola palabra, sin negar o aceptar las indirectas de su marido se marchó. Antoine siguió leyendo, aunque pareciera estar haciéndolo en ruso en vez de francés.

—*Il n'est pire aveugle que celui qui ne veur pas voir*—Y con su «no hay peor ciego que el que

no quiere ver» volvió a la lectura—. Lilith… —murmuró sin saber muy bien el motivo.

Soltó el periódico, cogió el móvil y buscó la aplicación. Lilith estaba conectada…

Vincent: Hola.

Lilith: Hola.

Vincent: ¿En casa un viernes?

Lilith: Sí, así es, en casa un viernes. ¿Tú, tampoco sales?

Vincent: No.

Lilith: Al final, no necesitamos explicación filosófica de porqué nos hemos inscrito en esta app, he aquí la explicación, ja, ja, ja.

Vincent: Ja, ja, ja…Vas a tener razón. ¿Qué tal te ha ido la semana?

Lilith: Sin quejas, ¿a ti?

Vincent: ¿Qué quieres oír?

Lilith: Sin duda, la verdad.

Vincent: Trabajo bien, en lo personal…sin comentarios.

Lilith: No me digas, ya sé que te ocurre, has tenido alguna cita desafortunada.

Vincent: No, la verdad, si te soy sincero, solo he hablado contigo. ¿Tú has tenido muchas citas?

Lilith: Citas no, propuestas sí.

Vincent: Una chica solicitada.

Lilith: Sí, pero nada interesante. Ja, ja, ja…

Vincent: Ja, ja, ja…¡¡¡Gracias!!!

Lilith: Ja, ja, ja… ¡No lo decía por ti!

Vincent: Tarde, ya has herido mi orgullo masculino, ja, ja, ja…

Lilith: Ja, ja, ja…No era mi intención.

Vincent: ¿Has cenado?

A mi madre el corazón le dio un vuelco, aquella invitación la había cogido por sorpresa, estaba segura que era una clara indirecta para cenar juntos. Ella no podía quedar de ninguna de las maneras con aquel desconocido, ni tan siquiera tendría que estar manteniendo aquella conversación, Lilith no existía y, ella no pretendía hacerle daño si él se enamoraba de un personaje ficticio.

Vincent: No te asustes, no te estoy proponiendo una cita.

Lilith: Ah… ¿Entonces?

Vincent: El otro día comimos juntos, ¿te apetece cenar? Tú en tu casa y, yo en la mía. ¿Qué me dices?

Lilith: Estupendo.

Vincent: Genial.

El patio se iluminó, las luces de la cocina del 1ºA y del 2ºA se encendieron de manera simultánea, Antoine y Vivi entraron, móvil en mano, en ella y abrieron la nevera. A ninguno les apetecía cocinar, ambos llamaron y pidieron pizza.

—Hola —Al unísono se saludaron Sergio y Carolina al encontrarse ante la puerta.

—Te haces desear —susurró Sergio, la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él—. Moría por volver a besarte —murmuró casi dentro de su boca—. ¿Tan mal estuve el domingo que no has querido volver a verme?

Carolina no pudo reprimir una carcajada con el comentario de Sergio, él mismo tampoco pudo evitar imitarla.

—Ven —Carolina tomó sus dedos—. Mi hijo no está en casa, mañana es su cumpleaños y ha salido con sus amigos —Sergio la miró sorprendido, aquella invitación no se la esperaba—. Eso sí, no podrás quedarte a dormir. —Le susurró antes de besarlo.

Aquella invitación no solo lo había pillado por sorpresa a él, mi propia vecina estaba sorprendida ante su invitación. En dieciocho años, que llevaba viviendo allí, aquella era la primera vez que invitaba a un hombre a subir a su casa.

Sergio la siguió por las escaleras, ambos saludaron a Antoine, que se despedía del repartidor de Telepizza. Aquello sí que sorprendió verdaderamente a Carolina, la presencia del repartidor le daba buena cuenta de cómo había perdido la perspectiva espacio temporal mientras besaba a Sergio, pues no había visto al repartidor entrar.

—¿Disculpen por casualidad son los del 2ºA? —preguntó el repartidor.

—No —sonrió Carolina—. Noche de pizza —comentó a Sergio que subía junto a ella.

—Para algunos, yo tengo menú tres estrellas —le acarició el brazo, provocándole y provocándose un dulce cosquilleo.

Vincent: ¿Estás ahí?

Lilith: Sí, aquí mismo.

Vincent: ¿Ya con la cena en la mesa?

Lilith: Sí, ¿tú?

Vincent: Sí, he de decir que no he cocinado, me da pereza hacerlo para mí solo, he optado por pizza.

Lilith: Ja, ja, ja…Ya somos dos.

Vincent: ¿Brindamos?

Lilith: Muy bien.

Vincent: Por los desconocidos conocidos y los conocidos desconocidos.

Lilith: ¿Eres siempre tan rebuscado? Ja, ja, ja… ¿No te valía un «por nosotros»?

Antoine soltó una carcajada, aquella mujer le gustaba. Era inteligente, simpática, directa, por eso, se preguntaba las razones que tendría para pasar un viernes por la noche cenando con un total desconocido con el que solo se mensajeaba. Su risa salió disparada por el patio y se coló por la ventana del 2ºA.

—Hacía mucho que no te escuchaba reír —sonriente murmuró mi madre al escuchar las risas del hombre con el que sin saberlo acababa de brindar, dándole un primer bocado a su pizza, al tiempo que escribía en el móvil, había cambiado el portátil por la comodidad de su smartphone.

Lilith: Así que tiras mucho de congelados.

Vincent: No, ¿por qué lo dices?

Lilith: Como no te gusta cocinar para ti solo.

Vincent: Ah, en realidad, no vivo solo.

Lilith: Vaya, el profesor comparte piso.

Vincent: No exactamente.

Lilith: ¿Vives con tus padres?

Vincent: No, con mi mujer.

Un halo de decepción invadió la cocina del 2ºA, a pesar de ser solo un juego, eso decía ella,

una mera búsqueda de información, se sintió engañada; lo cual era curioso porque Lilith ni tan siquiera existía. Ella sí que era una auténtica impostora.

—Ja, Lilith, no te enamores de él, está casado —dijo en alto mi madre—. No te conviene, nos ha engañado, ya te buscaremos otro, aunque igual debiéramos hacernos a la idea que esto es lo que nos encontraremos por aquí.

Antoine se quedó mirando el móvil, Lilith tardaba en responder, necesitaba aclarar la situación, dejar claro que él no estaba engañando a su mujer.

Vincent: ¿Estás ahí?

Mi madre dudó si contestar, se imaginó que era Lilith. Ja, ja, ja…Pobre infeliz, no se había percatado que la dolida no era Lilith, sino ella.

Vincent: Lilith, perdona, igual tenía que haberlo mencionado el otro día. En realidad, sigo sin saber qué hago aquí, por qué estoy hablando y cenando contigo y, sobre todo, por qué necesito darte una explicación.

Lilith: Vincent, no es necesario. No nos conocemos, no somos nada, solo dos desconocidos que chatean mientras cenan.

Vincent: Lilith, escucha o, mejor dicho, lee.

Lilith: Muy locuaz, mi querido profesor.

Vincent: No voy a engañarte. No estoy en trámites de divorcio, ni siquiera sé si lo haré. Mi mujer y yo compartimos casa y cama, aunque solo para dormir. Estoy convencido que ella suda en otra cama, en la nuestra ya te digo que hace más de medio año que no ocurre nada.

Lilith: ¿Nada?

Vincent: Bueno, nada acompañado.

Lilith: Me tranquiliza saberlo, ya imaginaba a tus alumnos aguantando estoicos toda tu desbordante testosterona en clase.

Antoine soltó una sonora carcajada, otra vez oída por mi madre. Mi madre sonrió.

Vincent: Ja, ja, ja…

Lilith: Ríe, ya los imaginaba a todos suspendidos y *jodidos. Jodidos*, ja, ja, ja, justo lo que no hace su profesor.

Vincent: Ja, ja, ja…

Lilith: ¿Por qué crees que tu mujer se beneficia a otro?

Vincent: ¿Estarías tú todo un año sin sexo?

Lilith: ¡¡¡Nooo!!! Yo tengo a mi Fred.

Y ahí, justo ahí, Lilith terminó de desaparecer, de ella solo quedaba el nombre…

Vincent: ¿Quién es Fred? ¿Un amigo especial de esos con derecho a roce?

Lilith: Más que derecho a roce, con derecho a succión.

—¡¡¡Vivi!!! ¿Cómo puedes ser tan bruta? —Se recriminó mi madre al leer su propia respuesta.

Vincent: ¿Succión? ¿Me lo explicas?

Aquella respuesta le sorprendía y divertía a partes iguales, le gustaba la frescura y sinceridad de aquella mujer. Cada vez entendía menos su presencia en aquella página, cada vez caía más atrapado en ella.

Lilith: Fred es especialista en succionar mi clítoris. Fred *Satisfyer* hace maravillas, ya te lo digo yo.

—Vaya, Antoine, hacía mucho tiempo que no se te escuchaba tan feliz —comentó mi madre al volver oírlo reír.

Lilith: Igual tu mujer te ha cambiado por un primo suyo.

Vincent: No, ya te digo yo que no. Si alguien le succiona el clítoris, ya te confirmo que no es familiar de tu Fred y, mucho menos yo.

Lilith: Igual, justo por eso lo ha buscado fuera.

Vincent: Yo no he dicho que no lo hubiera hecho antes o no estar dispuesto a hacerlo.

La temperatura subió por el patio, salió del 1ºA, atravesó el 2ºA y se coló en el ático A, donde Carolina y Sergio habían aparcado las palabras desde hacía un buen rato.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Sergio bajó las escaleras, hacía mucho que no se encontraba en aquel estado de euforia. En su camino se topó con un cansado Daniel y una sorprendida Mónica, quien de inmediato intuyó de quién se trataba. Los ojos de Sergio y Mónica se cruzaron en medio de la escalera, se sonrieron al tiempo que fue escuchado un unánime «buenas noches».

—¿Vecino nuevo? —Junto a la puerta de su hermana se interesó Daniel, aunque algo le decía que no era así.

—No exactamente —Miró a su hermano a los ojos, vio la decepción en ellos—. Dani… Dani… ¿Ahora? ¿A estas alturas? ¿Es Carolina el verdadero motivo de tu regreso?

—No te entiendo.

—Demasiado bien me entiendes, *tete* —Le acarició la barbilla sin afeitar y le dio un suave beso en las mejillas—, ¿quieres entrar?

—No, voy a ducharme y meterme en la cama. Tengo la sensación de llevar toda la vida metido en un avión. Nos vemos mañana —Besó a su hermana, le regaló una sonrisa y subió a su casa.

Capítulo 8

23 de marzo, 2019

Tres horas había dormido, demasiada excitación por el viaje, los cambios en su vida, volver a ver a la familia tras tres años sin hacerlo y, especialmente, el deseo de abrazar a su hijo y, a la madre de su hijo. Daniel abrió la puerta de la terraza, apenas empezaba a amanecer, sintió la brisa fresca, le pareció una auténtica delicia tras las tortuosas altas temperaturas de Lagos. Salió a la cuidada y amplia terraza, ya no había tobogán, ni castillo en el que jugar a caballeros; sonrió al recordar todas las horas pasadas allí jugando con su hijo y Carolina.

Un grillo dejó de cantar al acercarse al muro, no le quedó duda que debía habitar en alguna de las jardineras de frondosos y olorosos jazmines, que salían de ellas y trepaban por los muros laterales de la terraza.

—Estoy en casa —murmuró feliz al asomarse y ver en la semioscuridad los reconocibles tejados de su ciudad.

Era todo tan diferente a la ciudad en la que había vivido la última década. En Lagos había presenciado las dos caras de la misma moneda, su gran metrópoli de amplias y concurridas avenidas y, la pobreza más atroz atravesar sus canales. Los ojos de Daniel recorrieron los tejados y se perdieron en los árboles del pulmón verde de la ciudad del Turia, el antiguo cauce del río.

Poco a poco, el sol fue tiñendo el cielo con sus tonos anaranjados, mientras bandadas de pájaros revoloteaban entre los árboles con sus alegres trinos.

Con la melena revuelta, aún medio dormida y llevando solo una camiseta, que hacía las veces de pijama, Carolina salió a la terraza. Si algo le gustaba de aquella casa era aquella terraza y sus vistas, cada mañana tras poner la cafetera al fuego salía a disfrutarla, mirar al cielo dar los «buenos días» al último lucero, imaginando a sus padres observarla desde allí, y así terminar de despertar.

No necesitó que el aire le diera en la cara para salir del duermevela, el torso desnudo de Daniel, quien al contrario que ella, solo daba uso a los pantalones de pijama, la hizo abrir los ojos de golpe.

—¿Daniel? —Se restregó los ojos en medio de la terraza. Daniel se giró. —¿De verdad eres tú?

Daniel esbozó la mejor de sus sonrisas, Carolina también. Ambos caminaron al encuentro del otro fundiéndose en un largo y sincero abrazo. Los dos cerraron los ojos y se estrecharon con todas sus fuerzas. Ninguno se lo dijo al otro, pero los dos desearon que el mundo se detuviera en aquel preciso momento. Ambos se habían echado de menos, no solo sus largas charlas de los más diversos temas sentados en aquella misma terraza una vez su hijo se dormía, sino a esa extraña relación en la que había desembocado su amistad. Esa, que tras enterarse que estaban embarazados se estancó y, donde todos veían que iban abocados a una relación sentimental, ellos vieron una estrecha amistad con un pequeño nexo en común: Guille.

Lo cierto es que ambos siempre sintieron por el otro mucho más que amistad. Sin embargo, por el motivo más absurdo, ella no se atrevió a confesarle que estaba enamorada por miedo a que él estuviera con ella por el niño y, él no confesó los suyos temiendo que ella creyera que lo hacía por aquel bebé, nunca se atrevieron a confesar sus sentimientos y, terminaron por buscar en otras personas lo que se negaron vivir con quién verdaderamente querían.

—¿Guille sabe esto? —Sin soltarse de sus brazos preguntó.

—No, quería darle la sorpresa por su cumpleaños.

—Vaya, yo pensando que le daría la mejor de las sorpresas cuando viera el casco.

—Así que has cedido —sonrió, le dio un beso en la frente—. Te echaba de menos, os echaba de menos.

—Y nosotros a ti —Lo miró a los ojos.

—Creí que tú no me echarías de menos, eso me dijiste —Con una sonrisa burlona en los labios comentó.

—Quería ser educada —respondió con la misma sonrisa—, olvidé que una vez te confesé que no te echaría de menos.

—Mmm… Creo recordar otra cosa —Le removió el pelo.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Toda la vida.

—Toda la vida —repitió sin apartar la mirada de la suya—. Sin duda, la moto ya no será el regalo estrella.

Se sonrieron y soltaron sin prisas, no podían dejar de mirarse y verse en los ojos del otro.

—¿Desayunas conmigo?

—Por supuesto, además, en casa no tengo nada de nada, solo polvo por todos lados.

—Si me lo hubieras dicho…

—Si te lo hubiese dicho, no te hubiera dado la sorpresa.

—Eso, desde luego —respondió.

La imagen de Sergio acudió a su cabeza, él no hubiera tenido la oportunidad de colarse en su vida de haberlo sabido. Carolina borró aquel pensamiento, entre Daniel y ella solo había un hijo y, el lejano dulce recuerdo de una inolvidable noche de San Juan.

24 de junio, 1997

Eufóricos, con una energía desbordante, entonando el «Y nos dieron las diez» repetitivamente, Daniel con su hermana Mónica enganchada de un brazo y Carolina del otro salieron de la plaza de toros donde acababan de asistir al concierto de Sabina. Rodeados de la gente se alejaron de la plaza, cruzaron al otro lado de la avenida donde los amigos de Mónica la esperaban para seguir la fiesta.

—¿Os apuntáis? —Mónica miró a los azules ojos de la mejor amiga de su hermano para posteriormente mirar a los oscuros de Daniel— ¿Qué me decís?

Carolina miró a Daniel, aunque Mónica le caía genial le apetecía terminar la noche a solas con Daniel y no rodeada de gente, pues, en un par de días se iría con sus padres de vacaciones. No se atrevió a decir ni que sí ni que no, prefirió esperar a ver qué proponía él.

—¿Te apetece? —Daniel miró fijamente a los ojos de su amiga.

—Me da igual, como prefieras —mintió sin apartar la mirada de la de él.

Mónica los contempló en silencio, mucho hacía que se había dado cuenta que entre su hermano y aquella chica había mucho más que amistad.

—Pareja, como no os decidís, yo me voy o estos terminarán por llamarme tardona —Con una amplia sonrisa se acercó a Carolina para darle un par de besos antes de colgarse del cuello de su hermano y hacer lo mismo—. No seas tonto, Dani, Carolina me cae genial —le susurró al oído antes de dedicarle un guiño de complicidad—. Y ya saben que desnudos al amanecer los encuentre la luna —tarareando entre risas se alejó consiguiendo sus sonrisas.

En silencio Daniel y Carolina contemplaron a Mónica correr por la concurrida calle Las Barcas hasta llegar a su grupo de amigos y ser levantada en peso por Juan, el chico con el que salía.

—¿Te apetece ir a la playa? —sugirió Daniel sin dejar de mirar a su hermana alejarse con sus amigos.

—¿A la playa?

—Sí, cogemos la moto y nos vamos al Saler, ¿te apetece?

—Sí, pero…—respondió con un nudo en el estómago por el nerviosismo— ¿hablas de bañarnos?

—De lo que se tercie —le guiñó un ojo, entrelazó los dedos con los de ella y tiró de ella rumbo a Gran Vía, la moto estaba en su casa—. Vamos.

—Dani, no llevo bañador.

—Yo tampoco, ¿y qué?

—Nada.

Con los dedos entrelazados caminaron de manera relajada por las ramblas de Gran Vía hasta llegar a la casa de los Alberola, no cruzaron ni una sola palabra en todo el trayecto, sin embargo, sus miradas se encontraron y sonrieron en más de una ocasión a lo largo del camino. Daniel abrió la enorme y pesada puerta e hizo pasar a Carolina.

—Subo a por una toalla, ¿subes o me esperas aquí? —En baja voz preguntó ante la silenciosa y bonita escalera.

—Casi mejor espero aquí, es la una de la mañana, pero Dani…

—No hay «pero Dani», ya bajo con la toalla y los cascos.

—Dani…

—Ssh… —susurró y posó los labios en los de ella para que callara, dejándola literalmente sin palabras—. Bajo enseguida…

El corazón le iba a mil por hora, se conocían desde los catorce años, de eso hacía ya cinco años. El azar hizo que el primer día de instituto se sentaran juntos en clase, luego fueron ellos los

que se encargaron de hacerlo hasta separarse al él decantarse por Ciencias y ella por Letras. Desde ese mismo instante la amistad surgió entre ellos, muchas eran las cosas que los unía, especialmente la música, aunque Carolina huía riendo cuando las chicas rodeaban a Daniel cada vez que sacaba la guitarra.

Muchas habían sido las horas que habían pasado juntos desde aquel lejano día, sin embargo, no hacía tanto que había empezado a sentir algo especial por su mejor amigo y aquel simple beso había conseguido encender toda la maquinaria de su cuerpo y desear mucho más que un cálido e inocente roce de labios.

Nerviosa se entretuvo en contemplar la bonita escalera, el bellísimo pasamanos de madera, el intenso azul de los azulejos de la parte baja de la pared, sin duda, de algunas de las muchas fábricas de porcelana valenciana; pero si algo le gustaba era el ascensor, estaba segura que debía ser de principios de siglo. La cabina era bien estrecha, solo una vez había montado en él, los Alberola vivían en el segundo piso y siempre subía por la impresionante escalera.

Una sonrisa tonta se alojó en los labios de Carolina al encontrarse con la mirada de Daniel, que blandía los cascos y una toalla de playa desde lo alto de la escalera, ninguno dejó de sonreírse mirándose a los ojos.

—No sé si estás peor de la cabeza tú o yo por hacerte caso —En baja voz comentó Carolina siguiéndolo por el pasillo rumbo al garaje.

—No te daré respuesta, Carol, prefiero evitar un conflicto contigo —Risueño respondió removiéndole el pelo antes de apoyar la mano en su espalda para que entrara en el oscuro garaje que se iluminó de manera automática a su paso.

Una vez fuera de la ciudad y adentrados en la carretera de Pinedo los coches desaparecieron, el aire olía diferente, el hollín y el calor de la ciudad se transformó en una fresca brisa marina que les daba en la cara, la sonrisa de ambos se acrecentó según se iban acercando a la playa, así como el dulce cosquilleo que se había apoderado de sus cuerpos.

Rápido fue el viaje, pero las sensaciones de ambos fueron intensas para el corto trayecto realizado desde el centro de la ciudad hasta el Saler. Daniel aparcó la moto en la desierta playa, Carolina se bajó, quitó el casco y agitó su melena hasta conseguir que dejara de estar aplastada.

—¿Ya? —Los ojos de Daniel sonreían más que sus labios. Carolina le devolvió la sonrisa, enlazó los dedos con los de él y se adentraron en la playa— ¿Te has bañado alguna vez de noche en la playa?

—Jamás.

—Pues, hoy será esa vez.

—¿Y tú?

—Sí, el verano pasado con mi hermano. Una noche que no podíamos dormir por el calor nos vinimos.

—No me lo habías contado.

—Porque tú te habías ido a Irlanda. ¿No te vas a ningún sitio este verano?

—No, solo a Calpe con mis padres. ¿Y tú?

—Nos iremos al chalet de Moreira, ¿quieres venir?

—Dani, ¿tú me escuchas cuando te hablo? —Lo miró desafiante—Acabo de decirte que me voy a Calpe con mis padres.

—Pues como estaremos cerca podremos vernos.

—Ni en verano me libro de ti.

—¡Serás! —rio Daniel—Anda, quítate la ropa si no quieres que lo haga yo por ti, nos vamos al agua.

—Dani, no tengo bikini.

—Yo tampoco —respondió librándose de las zapatillas y los vaqueros.

—Tú jamás has usado bikini, pero si quieres te presto uno a ver lo mono que estás, a ver si con esas pintas se acercan las niñitas—Engruñando los ojos replicó.

—Ya habló la señorita tiquismiquis —respondió—. Hace una eternidad que no toco la guitarra.

—La humanidad te lo agradece.

—¿Agradece o agradecemos? —contestó sin disimular una sonrisa traviesa antes de quitarse la camiseta y quedarse en bóxer.

Carolina no respondió, solo le enseñó la lengua al tiempo que bajaba los vaqueros por las piernas. El silencio se hizo entre ellos, Daniel no pudo apartar la vista de su amiga mientras se desnudaba y se quedaba solo con un bonito conjunto de ropa interior gris perla. No tuvo tiempo de reaccionar, sin pensárselo dos veces Daniel la cogió en brazos y corrió con ella al agua sumergiéndose con ella en medio de las casi inexistentes olas.

—Daniel Alberola eres odioso —dijo escupiendo el agua que acababa de tragar mientras intentaba zafarse infructuosamente de sus brazos. —. Espero que verdaderamente cumplas tus sueños y te vayas con *Médicos del Mundo* al más recóndito lugar del mundo y así perderte de vista.

—¿Y qué harás sin mí, Carolina Valero? —Con cara de burla preguntó sin soltarla.

—Vivir tranquilita —replicó enseñándole la lengua y sin disimular la sonrisa.

—*Carolina…trátame bien* —canturreó sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Cambiamos de canción?

—Hay muchas con tu nombre, si quieres te canto la de ¡Oh, Carol! Loco estoy por ti, más si tú me dejas que será de mí…

—Déjate de canciones y suéltame —refunfuñó con el corazón acelerado por la cercanía.

—Muy bien, pero primero prepárate que nos sumergimos…

—¡Dani! —Volvió a tragar agua —Eres…Eres… —Entre toses renegó.

—¿De verdad no me echarías de menos si me fuera? —Daniel la agarró por la barbilla y clavó su oscura mirada en la azul de ella— Yo reconozco que sí lo haría.

—Tal vez un poquito.

Sus labios se sonrieron, sus ojos se miraron fijamente, notando como cada vez estaban más cerca hasta terminar por bizquear y cerrarlos mientras sus labios se saboreaban con la mayor de las calmas.

—¿Salimos? —Sugirió Daniel en un susurro sin dejar de besarla.

Carolina asintió con un suave movimiento de cabeza y asida a la mano de Daniel salió del mar rumbo a sus cosas. Él recogió todo y con ella de la mano se dirigió a las dunas, allí Daniel dejó los cascos y la ropa antes de estirar la enorme toalla e invitarla a tumbarse en ella. Nerviosos se miraron, Daniel se tumbó boca abajo a su lado, acercó su boca a la de ella para seguir saboreando los labios con los que llevaba meses soñando.

—Te he mentido —murmuró Carolina junto a sus labios—. Mucho más que un poquito te echaría de menos.

—Lo sabía —murmuró sonriente bajando por su cuello y colando los dedos por los tirantes del sujetador. Carolina se arqueó para que él pudiera pasar las manos bajo su espalda y desabrochar la prenda femenina. —. Si algo sé es que me echarías de menos tanto como yo a ti.

—Engreído presuntuoso —sonrió dando un respingo por el placer que le provocaban las caricias de Daniel en sus pechos antes de seguir bajando con sus labios hasta su ombligo—.

Dani… —Con voz entrecortada musitó al tenerlo sobre el monte de venus mientras sus grandes manos deslizaban las braguitas por las piernas.

Daniel se despojó de su bóxer tras desnudarla a ella, se estiró hacia la ropa, sin entender muy bien qué hacía Carolina lo observó rebuscar en los bolsillos de sus vaqueros. Sonrió al él mostrarle un reluciente paquetito, ella asintió con la mirada y en un instante sus cuerpos se enredaron y acoplaron a la perfección. Sus gemidos rompieron el silencio de la playa mientras explotaban en un orgasmo que jamás olvidarían, no solo por lo maravilloso, sino por la consecuencia del diminuto poro del preservativo.

23 de marzo, 2019

El suave zumbido del móvil la despertó. Vivi abrió los ojos, tarde se había acostado la noche anterior, las horas se le habían pasado rápidas leyendo y contestando mensajes.

Vincent: Buenos días, como tu amigo Fred no te los dará, he querido hacerlo por él.

Las risas de mi madre no tardaron en dejarse oír en el silencioso patio, Antoine sonrió al escuchar las carcajadas de su vecina, imaginando que debía estar pasándoselo muy bien con el novio de turno.

Lilith: Buenos días, gracias por acordarte de mí. Ahora solo me hubiese faltado el beso.

Vincent: Te lo envío, ese amiguito tuyo es poco romántico, ja, ja, ja.

Lilith: Ja, ja, ja… Poco no, nada de nada. Eso es lo que más me gusta de él.

Vincent: ¿Su falta de romanticismo?

Lilith: No, dármelo todo sin pedir nada a cambio. No se mosquea por ser usado y relegado a un cajón.

Vincent: Ja, ja, ja…Pobre, al final, me compadeceré del pobre Fred.

Lilith: Te recuerdo que no tiene sentimientos.

Vincent: Así y todo, el pobre tiene una vida triste.

Lilith: ¿Triste? No, no te equivoques, Vincent, su vida no es nada triste. Es más, ahora mismo le daré yo los buenos días como se merece.

Mi madre se sentó de golpe en la cama, no había sido consciente de lo que acababa de decirle al que ya no era tan desconocido.

Vincent: Ahora le tengo envidia.

Lilith: No se la tengas, haz que los buenos días sean verdaderamente buenos.

Vincent: ¿Llevas ropa interior?

Antoine notó como la sangre se le acumulaba en su sexo, hacía mucho que no sentía aquel placentero dolor. Mi madre sintió la humedad entre sus muslos, bajó la mano izquierda y, excitada se quitó la única prenda de ropa que llevaba.

Vincent: Acaríciate.

Medio dormido, restregándose los ojos, Guillermo se arrastró descalzo hacia la cocina, olía a café recién hecho, a tostadas y el aroma a naranja indicaba que su madre había hecho zumo. Se sirvió un largo y fresco vaso de agua, con él en la mano salió a la terraza, supuso que su madre había preparado un desayuno especial por ser su cumpleaños. Fuera de lugar se sintió junto a la puerta de la terraza; escuchar la risa de su madre y ver la espalda desnuda de un hombre lo pilló desprevenido. Aquello sí que no se lo esperaba, su madre nunca había subido a un hombre a casa, al menos, él nunca se lo había tropezado. De pronto lo entendió, el desayuno no era para él, sino para su nuevo novio, ese que reía medio desnudo a su lado.

Carolina dirigió su feliz mirada hacia la puerta al percibir la presencia de su hijo, que había carraspeado nervioso y desubicado para anunciarse.

—Feliz cumpleaños —sonrió, dejó la taza en la mesa y se levantó a abrazarlo.

Guillermo seguía sorprendido y petrificado junto a la puerta, más al ver a su madre tan feliz y, en camiseta, estando a nada de decirle que se pusiera pantalones por haber un extraño en casa.

—¿Cómo amanece mi cumpleañero favorito? —Abrazó a su hijo.

—No tan feliz como tú —Con cierta ironía en su voz comentó.

—Eso es porque de mí, como dice tu padre —carraspeó—, sacas ser tiquismiquis, pero te levantas igual de gruñón que él.

—Carolina, te recuerdo que el padre te está oyendo, así que ya sabes, *trátame bien...*—tarareó burlón.

Dando constancia de sus buenos reflejos, Carolina sujetó en el aire el vaso que su hijo había estado a punto de estrellar contra el suelo al reconocer la voz de su padre.

—¿Papá? —No salía de su asombro, no terminaba de creerse que su padre estuviera en casa— ¡Papá!

Daniel se levantó, su amplia sonrisa denotaba el estado de felicidad provocado por aquel reencuentro. No le dio tiempo a acercarse, Guillermo ya se había abalanzado sobre él. Carolina no pudo contener las lágrimas, secándoselas con cuidado de no ser descubierta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque hubiese arruinado la sorpresa —respondió sin apartar la mirada de su hijo, quien hacía años que era tan alto como él—. Te pregunté qué querías por tu cumpleaños y aquí estoy, ¿no querías eso?

—Sí, eso quiere decir que mamá te ha convencido para que te vinieras en vez de poder tener la moto —rio, consiguiendo las carcajadas de sus padres.

—Vaya, de haberlo sabido antes… —Carolina entró en la casa y al par de minutos regresó con lo que claramente era un casco—. Iba a ser el regalo estrella, pero tu padre —miró a Daniel a los ojos que la contemplaba obnubilado— lo ha convertido en un regalo secundario.

—¿Un casco? ¿Me has comprado un casco? —Asombrado preguntó— ¿Esto implica que ya no te niegas a que me compre la moto?

—No, implica que hay una moto aparcada en el garaje —sonrió Carolina al ver la cara de auténtica sorpresa de su hijo—. Solo te pido que seas igual de prudente que tu padre.

—¡Sois la leche! —exclamó Guillermo, atrapó a su madre, se abrazó a ella y a su padre—. Joder, por fin, puedo abrazaros a los dos, aunque solo sea por unos días.

—¿Te vas a alguna parte y no lo sé? —Con una sonrisa preguntó Daniel.

—No, yo no.

—¿A dónde te vas Carolina?

—Yo a ningún lado —Volvió a sentarse.

—¿Entonces? —emuló a Carolina y tomó asiento junto a ella.

—¿Cómo que entonces? Tú eres el que te vas. ¿Cuánto tiempo te tendremos por aquí? Espero que más de una semana, tres años sin venir son muchos años.

—¿Cuánto tiempo quieres?

—¿Es una pregunta trampa? —Guillermo se sentó y sirvió café tras verter la leche en su taza.

—No, responde.

Carolina dio un sorbo a su café con leche, no podía dejar de contemplar divertida a su hijo.

—A ver, yo no quiero que te vayas, pero esa respuesta imagino que no será válida.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Joder, yo prefiero tenerte aquí conmigo…con nosotros…

—Muy bien —Daniel removió su café con leche y le dio un sorbo. Guillermo lo miraba a él y a su madre, no terminaba de entender qué sucedía—. ¿Pasa algo? —Se mordió los labios por no reír.

—¿Muy bien? ¿Qué significa eso?

—Nada, solo que los deseos de mi hijo son órdenes para mí. Tu madre quería subir al pódium de los regalos con la moto, pero solo por hacerla rabiar… —No pudo terminar de hablar, Carolina le dio un pellizco en el costado —sonrió—. ¡Eh!, *Carolina, trátame bien…* —tarareó una vez más.

Guillermo asistió atento a la escena, la camarería entre sus padres, la confianza que existía entre ellos, las bromas y los gestos cariñosos, o él estaba muy equivocado o aquella era más la visión de una pareja de enamorados que de amigos. Tan absorto estaba en la visión de sus padres que no entendió la respuesta dada por su padre.

—No empieces —Carolina sonrió, pero borró de golpe la sonrisa al recordar que no hacía mucho se la habían cantado. Daniel también borró su sonrisa al intuir que algo había pasado, recordó el feliz rostro del hombre con el que se había tropezado en las escaleras la noche anterior.

—¿Alguien puede explicarme qué sucede? ¿Cuál es el misterio? ¿Sucede algo entre vosotros que yo tenga que saber? —Los miró alternativamente— Llevar medio pijama cada uno y vuestras miraditas os delata. ¿Es un polvo de reencuentro o hay algo más?

Carolina se atragantó con la tostada, Daniel escupió el café con leche, ambos se miraron y estallaron en carcajadas.

—No imagino esta conversación con mis padres, creo que del cogotazo me hubiese comido la mesa y, mira que tus abuelos son abiertos.

—A mí me acogieron en vuestra casa.

—Sí, pero no dormías en mi cuarto. No sé cómo pensaban que nos habíamos quedado embarazados, pero separaditos nos tenían.

—No —sonrió—. Tu hijo se olvida que somos sus padres y, no sus coleguitas, pero él insiste en hablar de ciertos temas —Carolina miró a su hijo—. A ver tú, listillo —Amplió la sonrisa—, dos cositas. Uno, ¿cuándo me has visto usar pantalones de pijama? Solo cuando hace frío —contestó ella misma—. Y dos, entre tu padre y yo no ha sucedido nada. ¿Aclarado?

—Vale, una pena —respondió con una medio sonrisa—. Igual, así no se volvía a marchar.

—Tu padre no necesita que yo me acueste con él para quedarse.

—Mmm… No lo pensé— Daniel la miró con cara de burla—. Si lo sé, no te digo nada y dejo que me convenzas…

—¡Daniel!

—No te preocupes, solo es una broma, sé que tienes novio.

—¿Qué? ¡Yo no tengo novio!

—¡Mamá, no mientas!

—¡Qué manía! Sergio no es mi novio y…y…, eso da igual. Ni a ti —señaló a su hijo—, ni a ti —señaló a un sonriente Daniel— os interesa mi vida…mi vida…

—¿Sexual? —Al unísono preguntaron padre e hijo, dándose una palmada cómplice en el aire.

—Uff…Igual termino por mudarme, yo no sé si podré vivir con vosotros dos.

—Un momento— Guillermo abrió los ojos—, ¿estoy entendiendo bien? Papá, ¿te quedas? —Daniel sonrió y terminó su ya frío café con leche.

Capítulo 9

—Sara, cariño, tienes visita —Con una amplia sonrisa Ana entró en la habitación de su hija que estaba estudiando—. Es una monada —susurró ante la mirada de incomprensión de su hija —. Sal, no lo hagas esperar. Eh, tú, sinvergüenza —Cogió a Merlín—, ¿dónde estabas?

Sara salió de su habitación, en el pasillo no vio a nadie.

—Está en el salón —En baja voz comentó Ana—. Es encantador y muy guapo.

Sara entró en el salón. Allí en medio estaba Kevin con una rosa roja en las manos.

—Hola —saludó Kevin sin moverse de donde estaba—. Lo siento, perdóname.

Sara permaneció inmóvil junto a la puerta. No había respondido a uno solo de sus mensajes y, lo había evitado en el instituto. Kevin caminó hacia ella, acarició sus mejillas y la besó dulcemente en los labios.

—Perdóname —dijo antes de abrazarla ante los ojos de Ana, que le regaló una sonrisa sin saber que aquel embaucador de serpientes había violado a su hija allí mismo pocos días atrás, y susurrarle al oído—. Ni se te ocurra creer que puedes dejarme —Sara lo miró, no estaba segura si aquello había sido una amenaza. Su dulce mirada, su acariciador tono de voz, sus aterciopeladas caricias y aquel romántico detalle la confundían; creyendo que había interpretado mal sus palabras. Y lo besó, olvidando los pasos ganados en los últimos días...

Los Alberola Valero se pusieron las pilas. Carolina distribuyó las tareas, no había tiempo que perder, el desayuno se había alargado más tiempo del que disponían para preparar todo para la comida familiar. Padre e hijo montaron la larga mesa en la terraza, el tiempo invitaba a celebrar allí la comida por el cumpleaños de Guillermo, aunque estaba claro que había un nuevo motivo de celebración.

—¿Te ayudo? —Daniel entró en la cocina, acababa de regresar de recoger la tarta en Pickwick, donde irremediablemente, se había retrasado hablando con Juan y con Ana, que

llegaba cuando él salía.

—Ya está todo en marcha —Se giró, viéndolo guardar la tarta en la nevera—. No sé si preparar unas tilas —sonrió—. A tu madre le va a dar algo cuando te vea.

—Huele riquísimo. No imaginas lo que echaba de menos la comida.

—Imagino, ¿has aprendido a hacer algún plato típico nigeriano?

—Sí, ya te haré una cenita. Si a tu novio no le importa… —La miró a los ojos con una medio sonrisa en los labios.

—No empieces tú también con la historia de mi supuesto novio, por favor.

—Muy bien —sonrió con cara de burla.

—Hablo en serio, Daniel. No me pongas caritas que nos conocemos —Ni ella podía soportar no reír.

—A vosotros es lo que más he echado de menos —confesó mirándola a los ojos.

—Daniel, aprovecho que todo está en marcha y voy a la ducha —respondió en un claro intento de huir de la conversación, del momento, de Daniel y, especialmente, de aquel doloroso revuelo en su interior.

—Muy bien.

—Si quieres algo ya sabes que estás en tu casa.

—En mi casa —repitió mirándola a los ojos—. Carolina, ni ahora ni esta mañana quise incomodarte. Yo no estoy interesado en tu vida sexual, bueno, tampoco es eso…

—Daniel, déjalo, no necesito explicaciones —sonrió sin dejar de mirarlo—. Voy a la ducha y a vestirme.

—Muy bien, si viene alguien haré de portero.

—De anfitrión —Le guiñó un ojo—. Ahora mismo sube Guille, solo ha bajado a enseñarle la moto a David.

—¡David! A él sí que me va a ser difícil reconocerlo, la última vez que lo vi tenía once años.

—Lo reconocerás por sus ojos, a mí me pasó lo mismo cuando lo vi el otro día. No hacía tanto que no lo veía, pero la última vez era un desgarbado adolescente y no el hombre que es ahora —sonrió—. Ahora con la que te sorprenderás es con Mar, apenas tenía tres años en tu última visita y ahora ya tiene seis. Y, ¿qué me dices de Jimena? El próximo curso ya entra en la universidad.

—Uff… ¡Cómo pasa el tiempo!

—Sí, especialmente, cuando no estás en casa para ver la evolución. Diez años son muchos años, nada es ya como era.

—Lo sé —respondió serio.

—Dani, no te estoy recriminando por ello. Guille no puede quejarse de ti. Sí, es verdad que no estabas aquí, pero habéis tenido contacto diario, tenéis mejor relación que muchos padres e hijos que se ven cada día.

—Hacía mucho que no me llamabas Dani.

—Hacía mucho que no estabas aquí —le acarició la barbilla y lo besó en las mejillas—. Y ahora se acabó la conversación o llegarán todos y yo no estaré duchada y vestida.

Guillermo tocó en el 1ºB, como era habitual, siempre invitaba a Sara a comer con su familia el día de su cumpleaños. Sara y David no habían faltado nunca en sus cumpleaños cuando era un niño, a los catorce ya no estaba David y, salvo en alguna excepción que coincidía con su presencia en Valencia, ya no estuvo en sus cumpleaños. Sara sí, ella no había faltado nunca, a pesar de los tres años de diferencia entre ellos, siempre hubo buena química, los chicos no la habían tratado como una pequeñaja sino la habían incluido en sus juegos, especialmente, porque Sara había sido más de jugar a piratas, que a princesas.

—Hola, Sara —saludó sonriente nada más abrir la puerta.

—Hola —Sara le devolvió la sonrisa. Detalle que gustó a Guillermo, porque la última vez que se habían visto no estaba precisamente sonriente—. Muchas felicidades —Se puso de puntillas y le dio un par de besos en las mejillas—. Ah, hola, David.

—Hola —Se acercó y dio un par de efusivos besos y abrazos.

—¿Subirás luego?

—No lo sé, Guille. En realidad, no pinto nada ahí.

—Perdona, ¿cómo que no pintas nada? —Guillermo rodeó con el brazo derecho el cuello de su vecina y le removió el pelo—. ¿Estás tontita? ¿Es el amor lo que te tiene así? —bromeó, aunque, en el fondo, sentía que su amiga había cambiado desde que tenía novio.

—No digas tonterías —Se zafó de su brazo.

—¿Tonterías? —Guillermo no borró la sonrisa, la miró fijamente— Reconoce que estás rarita.

David asistió en silencio a la conversación, no quería meterse en medio, él llevaba demasiado tiempo fuera como para opinar, pero sí que había notado un cambio en ella, como ahora veía diferencias al no estar el novio delante.

—Yo no estoy rarita, igual eres tú el que ha cambiado desde que estás en la universidad —Se defendió.

—Sabes que eso no es cierto.

—¡Ni que yo esté rara!

—Muy bien, no discutamos. Ni para ti, ni para mí, ¿vas a subir?

—No lo sé.

—Por favor, me gustaría que estuvieses —Guillermo se acercó a David—. Mira, volverá a ser como antes…

—Los tres mosqueteros —dijeron al mismo tiempo los tres.

Se miraron y sonrieron.

—Sara —intervino David—, no te hagas de rogar. Mira la carita que te pone —Guillermo puso cara triste.

—Sois unos payasos —rio ella—. Y yo soy la pequeña…

—¡Nuestra consentida! —exclamaron los dos amigos.

—La más madura —Los apuntó con el dedo—. No te lo prometo, pero lo intentaré.

—No lo intentes y ven —Guillermo la miró a los ojos—. Me alegra verte sonreír. —le susurró al oído—, el otro día me dejaste preocupado —Le dio un beso en la frente—. Nos vemos ahora, tienes tu sitio en la mesa. Ya lo sabes, no me hagas bajar a por ti.

Antoine llegaba cargado con las bolsas del supermercado, iba a dejar las bolsas en el suelo cuando la puerta se abrió. Su mirada se tropezó con el sonriente rostro de Vivi.

—Hola —se saludaron y ampliaron sus sonrisas.

—Hacía mucho que no te veía —comentó Antoine, fijándose en el brillo de los ojos de su vecina, estaba radiante. «Está claro que el que te hace reír, hace maravillas, porque brillas», pensó sin imaginarse que él era el culpable del estado de su vecina.

Si algo le gustaba de aquella mujer era su sonrisa, su carácter abierto y dicharachero, le gustaba hasta su forma de caminar, mostraba seguridad y alta autoestima. Físicamente no tenía nada que ver con su mujer, Isabel era extremadamente delgada, el cuerpo de Vivi era pura curva, donde otra hubiese tenido complejo, ella desprendía una sensualidad arrolladora. No supo por qué, pero imaginó que Lilith tenía que ser como ella.

—Sí, cierto —contestó sonriente, no le pasó desapercibido que su vecino la escrutaba—. Hacía mucho que no coincidíamos por las escaleras. Ahora a Isabel hace muchísimo más que no la veo.

—Imagino, casi no la veo yo —borró la sonrisa—. Últimamente, no pasa ni un solo fin de semana en casa, siempre se va a Madrid. Trabajo, dice…

—Trabajo, claro —dijo con ganas de confesarle lo que Mónica les había contado, pero creyó que aquel no era ni el lugar, ni el momento adecuado—. Fíjate que anoche creí que estaba contigo, te escuché reír, como hacía mucho no te oía hacerlo.

Antoine sonrió y no reprimió la risa por el comentario, menos aún, al recordar el motivo para su risa.

—No, no estaba con ella —sonrió—. Esta mañana también te escuché yo a ti reír bien temprano.

—Perdón, si te desperté. Un amigo me dijo una tontería y no pude reprimir la risa, ni me di cuenta que el patio estaba en silencio.

—No te preocupes, no me despertaste y, en cualquier caso, tampoco está mal despertarse con tu risa, suena mejor que el despertador.

Vivi soltó una carcajada con el comentario de Antoine, arrastrándolo a él en su risa.

—No sé si es un cumplido o no.

—Cumplido no lo dudes —rio

—Muy bien, te grabaré mi risa para que te la pongas en el celular y te despiertes por la mañana de buen humor.

Ambos estallaron en carcajadas, una vez se tranquilizaron, se sonrieron y despidieron. Antoine permaneció junto a la puerta viendo el contoneo de sus caderas mientras se alejaba calle abajo.

Mónica salió corriendo de casa, se había quedado dormida y se le había hecho tarde. Subió las escaleras a paso acelerado, estando a punto de tambalearse sobre los tacones. Quería estar en casa de Carolina antes de la llegada de sus padres, por nada del mundo quería perderse la reacción de sus padres y de sus hermanos el encontrarse con Daniel. «El caso de la rubia platino» se escuchaba al otro lado de la puerta.

—Fingiendo que la dama era una dama y su hijo un caballero… —canturreó al tiempo que se

colocaba bien el escote de la blusa cuando David abrió la puerta.

De golpe se calló al encontrárselo allí, dándose cuenta de qué conocía al dueño de los ojos azules. David esbozó una sonrisa, esta vez estaba preparado para encontrársela, sabía que estaría presente en el cumpleaños de Guillermo, no podía ser de otra forma, siendo tía y sobrino. A él se le habían pasado los nervios de saber que iba a verla, soñaba con encontrársela, con poder hablar con ella fuera del recinto universitario.

—Hola —saludó con la mirada de David clavada en la de ella.

—Hola —respondió él.

—¿David?

—Ese soy yo.

— Así que eres amigo de mi sobrino.

—Sí.

—¿Y lo conoces desde hace mucho?

—De toda la vida.

—Mira, como yo —sonrió—, ¿y por qué no te conocía? —Mónica hizo memoria y, de pronto, la cara de David le vino a la mente—. Sí, sí que te recuerdo, ¿tú eres el que te fuiste a Bruselas?

—Él mismo.

—¿Y qué haces aquí?

—¿Aquí en casa de Guille o aquí en Valencia?

—¿Eres siempre tan graciosillo? —respondió un tanto a la defensiva, estaba incómoda por las sensaciones que aquel chico le despertaba— Imagino que has venido al cumpleaños de mi sobrino, hablaba de Valencia. ¿Has regresado con tus padres?

—No, ellos siguen en Bruselas. Yo me he venido para poder asistir a tus clases y conocerte.

Mónica se quedó sin palabras. La mirada de aquel chico le estaba pidiendo guerra y, ella no iba a permitir que intentara ligar con ella de ninguna de las maneras.

—¡Tía! —gritó Guillermo que entraba de la terraza—¿Ya te has enterado?

David se hizo a un lado y la dejó pasar.

—¿De tus regalos? —preguntó risueña— Moto y padre, ¿qué más puedes pedir? ¿Tal vez un abrazo de tu tía favorita? —dijo abrazándolo con fuerza—. ¿Me darás un paseíto en la moto?

—Ni lo dudes, no se me ocurre mejor paquete —Besó a su tía en la frente y le removió la melena. —. ¿Ya conoces a David?

—Sí…Sí…No me acordaba de él, resulta que es alumno mío —Se giró y miró a David—. Ya me dirás si de aquí a final de curso me critica.

—Déjame que lo ponga en duda —respondió con una sonrisa burletera—. Sé de buena mano que hechizas a todos tus alumnos.

—Hasta que les pongo las notas y me convierto en la bruja del norte —rio Mónica, saliendo a la terraza donde estaba su hermano.

Mónica corrió a su lado, como si no lo hubiese visto, para abrazarlo con todas sus fuerzas.

—¿Carolina?

—Vistiéndose.

—¿Qué dijo al verte?

—Ella no sé, pero yo me los encontré desayunando aquí como si nada —intervino Guillermo —, te juro que creí que se había traído al tal Sergio, ese que ella dice que no es su novio.

—Sé quién es Sergio —respondió Mónica, percatándose en el cambio en el rostro de su hermano y dándole un leve empujón con un golpe de cadera—. ¿Dormiste?

—Un poco, estaba demasiado cansando y ansioso para poder hacerlo.

—A mí también me costó conciliar el sueño, ya cantaban los pajaritos cuando cerré los ojos y mira, al final, casi no llego.

El timbre de la puerta sonó, ninguno se movió al escuchar los pasos de Carolina acudir a la puerta. Daniel sonrió, tenía ganas de ver al resto de la familia, especialmente, a sus padres. Juntos habían llegado todos, Mar fue la primera en salir a la terraza, parando su carrera de golpe al encontrarse con aquel conocido desconocido, intuía que era su tío. Se parecía a su primo y, un poco a su tío Ismael.

—Hola, prima —se acercó Guillermo. La niña saltó a sus brazos y Guillermo la levantó.

—Tengo que darte veintiún tirones de oreja —rio enseñando su desdentada dentadura—. Mira —le señaló la paleta recién caída—, anoche se me cayó y vino Pérez, me ha dejado esta pulsera. ¿A qué es muy chula?

—Vaya, que suerte. ¿Me cambias los tirones de orejas por besos?

—¡Noooo! —exclamó con una risa floja.

—¿Sabes quién es?

—¿Es tu padre? —preguntó bajito, casi con vergüenza.

—Sí

—Se parece un poco a ti.

—Hola, Mar —se acercó Daniel—. ¿Cómo es posible que estés tan mayor? ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, me regalaste a Nasha —sonrió la niña colgándose de su cuello. Relegó al olvido la vergüenza de segundos previos.—. Sabes tío, Nasha duerme todas las noches conmigo. Es una de mis muñecas favoritas. Una vez la llevé al colegio y tuve que explicarles a todos su nombre.

—La que llega con la lluvia —dijo Daniel.

Daniel levantó la vista, estaba tan concentrado en la conversación con su sobrina pequeña que no se había dado cuenta que toda su familia asistía a la conversación. Ismael y Ana sonreían, sus padres estaban emocionados, a su madre le temblaba la barbilla en su intento de aguantar las lágrimas, pero fracasando en el mismo. Ana corrió junto a su hermano, Daniel la levantó en brazos mientras ella lo besaba.

—No seas acaparadora y déjame abrazar al capullo de mi hermano —dijo Ismael abrazándolo —. Serás cabrón, ¿por qué no me dijiste que venías?

—Era una sorpresa, solo lo sabía Mónica y porque se me escapó hablando con ella, ya sabes que la jodida podría ser torturadora, es capaz de sacarte lo que quieras —dijo risueño—. David, lo siento por ti, me he enterado que la tienes como profesora, ya verás lo bruja que es.

—No hables mal de mí, capullo —Lo empujó Mónica.

—Jimena —dijo al ver a su sobrina—. ¿Cómo lleva tu padre lo de espantar a tus novios?

—No te preocupes, tío, yo me basto solita —bromeó Jimena abrazando a su tío.

—Mal, lo llevo mal —gruñó Ismael.

Daniel saludó a sus cuñados, dejó a sus padres para el final. Carolina los observó sonriente, ella tampoco había podido evitar las lágrimas al ver la emoción de la familia, que se había convertido en la suya, al ver a Daniel. Valentín abrazó a su hijo, la emoción lo embargaba, más aún al escuchar de su propia voz que ya no volvía a marcharse, aquello provocó el sonoro llanto de Inma.

—Mamá, no llores más, mira si estás contagiando a todo el mundo —Le secó las lágrimas, le guiñó un ojo a Carolina, que intentaba disimular las suyas.

Nadie se escapó de las lágrimas. Lágrimas de felicidad.

—Gracias… —dijo Mónica al ver un pañuelo de papel delante de su cara. Miró a ver quién se

lo daba y se encontró con el sonriente rostro de David. —Gracias, no creas que soy una llorona. De esto ni se te ocurra hablar en clase.

—Mis labios están sellados —Hizo como si pasara cremallera por los labios—. Aquí no eres la doctora Alberola, sino Mónica. Con disimulo acarició el desnudo brazo de Mónica, notando la reacción de su piel con su contacto y, sintiendo él mismo como todos sus biorritmos se ponían en funcionamiento. —. También callaré que eres una bruja, a mí me tienes hechizado.

Mónica no supo qué hacer, qué decir. Pocas eran las veces que se quedaba sin palabras, menos aún las veces que alguien le había provocado una reacción, como la sentida, con tan solo mirarla y pasar un dedo por su brazo.

La felicidad reinaba en aquella terraza, por primera vez en más de tres años, estaba toda la familia al completo. Valentín e Inma se miraban de cuando en cuando, sin poder evitar sonreírse por la felicidad que les embargaba al tener a toda su prole junta. Solo se escuchaban risas, la música sonaba de fondo, pero llegaba como un lejano murmullo a la terraza donde todos hablaban sin parar, pisándose unos a los otros; uno empezaba una anécdota y otro la terminaba.

Guillermo sopló las veintiuna velas con la firme convicción de no poder pedir ningún deseo, todo lo que podía desear ya lo tenía con él. Sus ojos se cruzaron con los risueños ojos de Sara, que estaba sentada entre David y Jimena, le sonrió, cerró los ojos y pidió su deseo.

—Se está bien aquí.

David se apoyó en el muro de la terraza donde Mónica contemplaba el infinito. El resto de la familia ya se había marchado, solo Mónica, él y Sara permanecían aún.

—Sí, corre una brisa muy agradable. Hay que aprovecharla, en nada comenzara a apretar el calor.

—Sí, supongo que sí. Tendré que volver a acostumbrarme otra vez al calor del mediterráneo.

—¿Hacía mucho que no venías?

—No, todos los veranos y, casi todas las navidades.

—A ver a la familia.

—Y a Guille.

—A Guille… —Lo miró a los ojos y volvió a mirar al impresionante cielo azul.

Sus brazos se rozaron, un intenso cosquilleo los recorrió de pies a cabeza. Ninguno de los dos se movió, en silencio permanecieron disfrutando de las vistas y la agradable temperatura.

—Ya se han ido todos —Guillermo y Sara se acercaron a ellos. Guillermo pasó el brazo por los hombros de su tía—. ¿Quieres dar el paseo ahora?

—¿Ahora?

—Sí, así estreno la moto. David ha traído la suya, venga nos acercamos a la playa. Vamos y venimos.

—Guille, no… —dijo pasando la mirada de su sobrino a David y viceversa—. Además, no tengo casco.

—Papá tiene el suyo, él te lo deja.

—¿Qué he de dejarte, teta? —Daniel se acercó al grupo acompañado de Carolina.

—Voy a llevar a la tía a pasear en la moto y necesita casco.

—Ah, en casa está el mío y el de tu madre, así que no hay problema.

—Mejor, así también se viene Sara.

—No…No… —Se apresuró a contestar, ahora que había hecho las paces con Kevin no quería que entrara en un nuevo ataque de celos si la veía con Guillermo. Ya le había tocado mentirle, para él estaba estudiando en casa y no en el cumpleaños de su amigo. —. Ya he estado aquí todo el día, he de terminar un trabajo para el lunes —mintió.

—Vente, yo te ayudo luego o mañana, es mi cumpleaños.

—No, Guille no insistas. Otro día… —Lo miró a los ojos y sonrió.

—Muy bien, ¿la habéis oído? —Guillermo los miró a todos con una sonrisa en los labios— Estáis todos de testigos, por si luego, me pone excusas. —. Tía, prepárate, voy a por el casco y nos vamos.

—Guille… —Se quejó Mónica, no terminaba de convencerle salir con su sobrino y con David. Algo le decía que iba de cabeza a meterse en un problema.

—Tú no tienes excusa, tú estás al otro lado, eres de las que pones exámenes.

—Guille…

—Sin excusas —dijo y se fue con su padre a por el casco.

—¿Por qué siempre me lía? ¿Tu hijo cuando se va a dar cuenta que soy su tía?

Carolina sonrió con la cara de Mónica.

—No te rías es en serio, a veces se le olvida que no soy una amiga de clase.

—Bueno, partiendo de la base que se olvida que soy su madre —rio Carolina—. Lo tuyo no es nada. Seguro que David no se mete en la vida sexual de sus padres —Se colgó del brazo del amigo de su hijo.

—No, ya te digo yo que no —sonrió David—, pero es que vosotros no tenéis nada que ver con mis padres.

—Bueno, eso me da igual —respondió Carolina—. ¿Te apetece venir mañana a comer?

—¿Mañana?

—Sí, mañana domingo. Estás invitado, solo estaremos nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Mónica al sentirse incluida.

—Sí, nosotros. ¿Tienes planes para mañana?

—No, pero…

—Pero… ¿qué? ¿Vas a cocinar? —preguntó con una sonrisita burlona. —No seas tonta, ¿no quieres comer con tu hermano?

—¿Te apuntas Sara?

—No, gracias, mañana comemos con mis abuelos.

—David, Sara os importa dejarme un momento a solas con mi… con Carolina.

—Muy bien, cojo mi cazadora y espero abajo. ¿Vamos Sara?

—Sí, gracias por todo, Carolina, la comida estaba deliciosa —Se despidió la chica.

—Cierto, Carolina, estaba todo delicioso. Nos vemos mañana, bueno, a ti te veo ahora. —Miró a Mónica.

Mónica esperó a quedarse a solas con Carolina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carolina.

—No, eso dímelo tú.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿No vas a salir con Sergio mañana?

—No, no voy a salir con Sergio mañana. Mi vida no gira en torno a él.

—Anoche nos lo cruzamos por las escaleras cuando se marchaba… —sonrió al ver enrojecer sus mejillas.

—¿Tu hermano sabe quién es?

—Mi hermano no es tonto —respondió con una medio sonrisa—. ¿Lo de la comida de mañana es porque no quieres estar a solas con él?

—¿Qué?

—Carolina, crees que no me he dado cuenta que has ido alargando la velada. Has intentado montar una cena, diría que no quieres quedarte a solas con mi hermano.

—No, no es eso. Creí que querríais estar con él, solo es eso.

—Tía, vamos —Desde la puerta la llamo Guillermo—. ¿David?

—Os espera abajo —dijo Carolina, pasando la mirada de su hijo a Daniel. —. Hala, ve a pasear con tu sobrino y tu alumno.

—No me lo recuerdes, por favor, pareceré la madre de los dos.

—No digas, tonterías, no podrías ser su madre.

—Te recuerdo que soy dos años mayor que tú, sí que podría ser su madre.

—Hala, pues, a pasear con tus hijitos.

—Idiota.

—*Un poco menos que tú —Carolina la besó y la abrazó—. Mónica, cuidado —le susurró al oído—, me he dado cuenta cómo te mira David. No te metas en un lío.*

—Mierda, Carolina, dame una excusa para no ir.

—¡Tía no seas pesada! ¿Qué secretos tenéis ahora?

—Ve, solo ten cuidado —le confió en secreto antes de darle un beso en la mejilla.

—Tú, cuidadito como conduces. No hagas que me arrepienta y, por cierto, te recordaré toda la vida que eligieras a tu tía y no a tu madre para el primer paseo.

Guillermo se acercó a su madre y le dio un abrazo.

—Voy a llevar a papá a casa de los iaios a por su moto. Mañana papá, tú y yo vemos amanecer en la playa —Dio un beso a su madre —. ¿No me dirás que no es un plan inmejorable?

—Hijo, guardando secretos eres la leche —rio Daniel. —. Te dejamos sola un momento, regreso en seguida.

—Tía, ahora te vas con David, cuando deje a papá ya te llevo yo.

—Guille, esto lo podemos hacer en cualquier otro momento.

—No, hoy es mi cumpleaños, así que es hoy.

Mónica miró a Carolina, Carolina levantó los hombros y le dedicó una sonrisa antes de verla irse quejándose del brazo de Guillermo.

Capítulo 10

Mucho hacía que no sonreía así. Sara no lo reconocería, casi seguro que ella no se dio cuenta, meses hacía que no se lo había pasado tan bien como aquel sábado en compañía de sus dos amigos y de Jimena, a la que veía de cumpleaños en cumpleaños desde que se había mudado y cambiado de instituto, siempre había tenido mucha afinidad con ella. De hecho, en la sobremesa habían tenido tiempo para las confidencias. Sara le habló de Kevin, desde la imagen idílica que tenía de él y su relación, no de la insana relación que, en realidad, mantenían. Por su parte, Jimena le confesó sentirse atraída por David, su sonrisa y su mirada la habían atrapado nada más encontrárselo al llegar a casa de su tía; al punto de ruborizarse cuando David la reconoció y eufórico por volver a ver a la prima de su amigo la estrechó entre sus brazos y dio un par de besos.

Con un par de besos y, la firme promesa de volver a quedar con sus amigos, se despidió de ellos en la puerta de su casa.

—Sara, ¿no quieres sustituirme? Yo no tengo problema en que vayas tú y, no yo, con mi sobrino y su amigo. —En un nuevo intento de huida le propuso Mónica.

—Sara, no hagas caso a mi tía. Sé que te ofrecí venir, pero he de llevar a mi padre a casa de mis abuelos, así que dejamos nuestro paseo para otro día.

El ritmo cardíaco de David se aceleró al escuchar aquella noticia, por lo que implicaba, no solo saldría con la mujer de sus sueños, sino que sería él quien la llevaría en su moto. Sus intensos ojos azules se encontraron con la penetrante mirada oscura de Mónica, no vio en ella la mujer fuerte y segura de sí misma, sino percibió un atisbo de inseguridad y nerviosismo; David sonrió, Mónica, sin quererlo, también.

No volvió a quejarse, no valía la pena, sabía que no tenía escapatoria y, en el fondo, comenzaba a sospechar que ella quería ir. Si algo sabía decir ella era un NO rotundo cuando algo no le apetecía o no estaba conforme. A regañadientes, para diversión de Daniel que no perdió la oportunidad de removerle la melena a su hermana a sabiendas que ella se defendería, como así hizo con un suave codazo en las costillas, cogió el casco.

—¿Montas? —David la miró a los ojos y ofreció la mano para que subiera.

—Nos vemos en el Saler —Un sonriente Guillermo se despidió de ellos antes de entrar con su padre al garaje a por su flamante nueva moto.

Mónica se puso el casco y subió a la moto sin aceptar la mano de David. Aquella no era la primera vez que montaba en una, infinidad de veces había ido con su hermano y, con algún que otro de los chicos con los que había salido. Lo desafió con la mirada, en un intento de advertirle que ella estaba fuera de su alcance, él esbozó una sonrisa ladeada con la que informaba que no cejaría en su empeño de conquistarla.

—¿Preparada? —David se giró y preguntó antes de poner en marcha la moto.

—Sí —respondió tras sentarse recta y sujetarse de las barras laterales de su asiento sin apartar la mirada de sus ojos.

David sonrió, se bajó la visera del casco, sabía que ella no se lo pondría fácil, pero siempre le habían atraído los retos y, aquel lo hacía de manera sobrehumana.

Sara los vio alejarse desde el balcón, sonrió al ver el acelerón dado por su amigo y el rápido movimiento de su vecina, que de manera inconsciente cambiaba la sujeción de las barras por la cintura de David, pegando su cuerpo a su espalda.

—David…David… —murmuró sin poder evitar una sonrisa.

No le había pasado desapercibidas las miradas dadas por su amigo a su vecina, compadeciéndose por Jimena, al ella confesarle su atracción por él. No le extrañó que David se sintiera atraído por ella. Mónica le parecía una mujer increíble, no solo por su físico, sino por su arrolladora personalidad, su inteligencia, su seguridad y su grata conversación.

Sara permaneció asomada al balcón, los vio alejarse, mientras en su cabeza hacía cábalas sobre las posibilidades reales que David tenía con Mónica, sabía que ella era una mujer abierta, que la diferencia de edad no la frenaría o, tal vez sí, no terminaba de ponerse en su piel. Poco tardó en salir Guillermo con su padre, una nueva sonrisa afloró en sus labios por saber lo feliz que su amigo era al volver a tener a su padre en casa.

Sara miró a sus pies, Merlín maulló junto a ella, la joven se agachó para cogerlo.

—Mira que eres guapo —Lo alzó ante sus ojos. El minino ronroneó a modo de respuesta. Sara le dio un beso en la blanquísima cabeza y con él en brazos fue a su habitación.

La pantalla del móvil parpadeaba sobre la cama. No se había acordado de él en todo el día, ni de su novio. Tras llamar a su madre y decirle, que comía en casa de Guillermo, envió mensaje a Kevin. Una pequeña mentira le había dicho, conociendo la inseguridad de su novio cuando la veía con otro chico y la extraña animadversión sentida hacia Guillermo, no le dijo que comería en su casa, sino que estaría estudiando para uno de los exámenes que tenían a la semana siguiente.

—Hola, Kevin —respondió, soltó a Merlín que a paso acelerado salió de la habitación, como si huyera de algo o alguien, como mi joven vecina tenía que haber hecho, pero supongo, según he oído, a esa edad estamos todos un poco tontitos y, si a eso sumamos que mi vecina vivía en su particular mundo de confeti y purpurina no se percataba de dónde se había metido, a pesar del enorme letrero luminoso.

—¿Hola, Kevin? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¿Sabes cuántos mensajes te he enviado?

—Lo siento, estaba encerrada en mi habitación estudiando y no recordaba que el móvil estaba sin volumen en el salón —mintió. No quería contar la verdad, no quería romper la magia que aquella misma mañana se había producido y, lo mucho que aquella vez, tras irse su madre y quedarse a solas con él en la casa, la había hecho disfrutar. Convenciéndose a sí misma que lo de días atrás no había sido nada malo, eran novios y el sexo era lo más normal del mundo; olvidando que eso es cierto siempre y cuando sea consentido, lo cual no era el caso. Pero las sonrisas, las lisonjas, así como el romántico detalle de la rosa la convencieron que ella estaba en un error, que Kevin la quería.

—Creí que todo estaba aclarado entre nosotros, que ya se te había pasado el enfado.

—Kevin, no estoy enfadada, estaba estudiando.

—Pues me he sentido muy mal —Su tono era victimista, si algo sabía era como dominar la situación, como hacerla sentir mal y ponerla a sus pies.

Una tonta sonrisa asomó a los labios de Sara al escuchar las lisonjas de su novio, que una vez más la llevaba al terreno que quería.

—Lo siento, de verdad, ¿me perdonas?

—Me lo pensaré.

—¿Te apetece que salgamos esta noche?

—No, no puedo, he quedado con estos para ver el fútbol. A no ser que te apetezca venir con nosotros —la invitó sabedor de la respuesta negativa de ella.

—Paso del fútbol, prefiero ponerme con el *writing*.

—Puaff… El *writing*, aún he de hacer el mío y voy perdido.

—Vente mañana y te ayudo si quieres.

—¿Estaremos solos?

—Kevin, hablaba de ayudarte con el *writing* —Le entró la risa floja.

—Siempre hay tiempo para todo y es que no hago más que hablar contigo y me pongo a mil. ¿Estás sola?

—Sí, ¿por qué? Kevin…Kevin…Vaya se ha cortado —La incrédula de Sara dijo al tiempo que su móvil volvía a sonar.

«Kevin le envía una videollamada», leyó en la pantalla.

David creyó que las puertas del cielo se abrían de par en par en el mismo momento en el que las manos de Mónica se sujetaron a su cintura y sintió la calidez de su cuerpo apoyado en su espalda. No quería detenerse, quería dar plantón a su amigo, emular a Buzz Light Year, y conducir *hasta el infinito y más allá.* Todo su cuerpo se había electrificado por aquella cercanía, estaba convencido que, si le conectaban algún aparato electrónico, él lo proveería de la corriente necesaria para funcionar. Otro motivo para no detenerse era que todo su cuerpo se había puesto en acción, notaba como su zona viril había reaccionado de inmediato por aquel contacto.

Mónica cerró los ojos, tenía la piel de gallina, la adrenalina le iba a mil y la oxitocina desbordaba su cerebro. Apoyada en la espalda de David sintió que todo su ser flotaba, sus dedos se aferraron a su cuerpo, conteniéndose para no colarlos bajo la camiseta y acariciar los marcados abdominales. En su cerebro se debatía una lucha interna, por un lado, sabía que no era ningún pecado liarse con él, por otro, algo le decía que no, no tanto por la diferencia de edad sino porque se trataba de un alumno.

Los seis kilómetros de la carretera de Pinedo fueron vistos y no vistos, David aparcó donde había quedado con su amigo. Mónica se soltó de su cintura, se bajó y quitó el casco, David hizo lo mismo, quedándose frente a ella. Sus miradas se buscaron en silencio, no se dijeron nada, con los cascos en la mano bajaron al arenal atravesándolo uno junto al otro, sintiendo como sus brazos se acercaban, rozaban y las chispas saltaban de su piel.

Ni una sola palabra se cruzaron en la casi media hora que estuvieron solos en la orilla de la playa, sentados en la arena esperaron con la mirada puesta en el infinito mar la llegada de Guillermo. Los dedos de la mano derecha de David fueron los únicos que se atrevieron a romper la distancia, con sigilo se acercaron a la mano de Mónica. Solo las yemas se rozaron, ella no dijo nada, ni pestañeó si quiera, era incapaz de mirar a otro lado que no fuera el mar, sabía que si lo miraba sucumbiría y no quería.

—Ya estoy aquí.

La llegada de Guillermo los sorprendió a ambos, no lo habían oído acercarse por la arena, los dos dieron un ligero salto por la impresión. Guillermo sonrió al ver sus caras y se sentó junto a su tía pasándole el brazo por los hombros.

—Me has asustado, estaba concentrada, hacía mucho que no veía la puesta de sol desde la playa.

—Ves y no querías venir —La balanceó hacia David—. Voy a venir con mis padres a ver amanecer, si te apetece te vienes con nosotros.

—¿No has tenido suficiente ración de tía por hoy? —Esbozó una amplia sonrisa.

—Sabes que no me canso de mi tía favorita y, negaré haber dicho esto delante de Ana—rio—. La adoro, pero dudo que alguien no conozca mi debilidad.

—Soy irresistible —rio Mónica.

—Y tanto —dijo por lo bajo David, moviendo la mano que tenía pegada a ella y acariciando sus dedos con cuidado de no ser visto por su amigo.

Mónica no apartó la mano. David sujetó sus dedos por un breve instante.

Carolina sonrió a Daniel cuando lo vio salir a la terraza y sentarse junto a ella. En silencio contemplaron la puesta de sol, de fondo, como en un lejano murmullo, se escuchaba la voz de Sabina entonando «Y nos dieron las diez». Ellos se miraron y sonrieron, aquella canción los transportaba a más de dos décadas atrás, sabía a besos con sabor a mar, rememoraba abrazos,

caricias y una noche inolvidable bajo las estrellas ocultos en medio de las dunas del Saler.

—¿Preparada para madrugar?

—¿De verdad, tu hijo hablaba en serio?

—Sí, del todo, me lo sugirió cuando entramos a por los cascos. Yo le dije que te lo propusiera…

—Perdona, tu hijo no me propuso nada, lo dio por hecho.

—¿A quién saldrá? —La miró burlón.

—No…no, Dani, de esto no me eches la culpa —Con aspavientos contestó—. Tú no te quedas atrás —Sus ojos le sonrieron—, así que no te libras.

—No era mi intención. Tú eres la que has saltado —rio con un claro tono provocador—. Me alegra comprobar que no has cambiado nada en estos diez años.

—Bueno, algo sí habré cambiado.

—La esencia es la misma…

—Con diez años más —Lo interrumpió.

—Yo también tengo diez años más, ¿y qué? La edad perfecta —dijo, estirando las piernas y recostándose en el sofá.

—¿Perfecta para qué?

—Para lo que queramos, *Sweet Caroline* —entonó la canción.

—La tontería la sacó de ti —apuntó Carolina, sin disimular una sonrisa.

—Es igual de tiquismiquis que tú.

—Y de gruñón que tú por las mañanas.

—Tiene tu sonrisa.

—No, tiene tu sonrisa y tu mirada —Lo miró de reojo y se encontró con su mirada, se sonrieron.

—Te adora, como yo…

—A ti te idolatra, así que seguimos en empate.

—¿Tú también? —preguntó con cara de burla.

—Yo te admiro, no lo dudes.

—¿Me presentarás a Sergio?

—¿Qué? —Aquello la había pillado por sorpresa, sus mejillas enrojecieron.

—Ves, como no has cambiado. Sigues ruborizándote cuando te pones nerviosa.

—Yo no estoy nerviosa —replicó para diversión de él que cruzó los brazos tras la cabeza sin dejar de mirar al frente, pero sin perderla de vista por el rabillo del ojo.

—Y a la defensiva…

—Eso no es cierto —Se quejó.

—Carolina, nos conocemos desde los trece años…

—Catorce —corrigió sin disimular una sonrisa.

—Luego te mosqueas si te digo tiquismiquis —sonrió haciendo que sus ojos se achinaran—. Trece, catorce, ¿qué más da? Tenemos cuarenta mira si ha llovido desde entonces, sea como sea, ¿de verdad, crees que me puedes engañar? Conozco a la perfección todos tus gestos, miradas, sé que el labio te tiembla, tal y como hace ahora —Sin mirarla, no lo necesitaba, comentó—, cuando te pones nerviosa. Y es absurdo, tanto tu nerviosismo, como que intentes ocultarme tu relación.

—Yo no la oculto…

—Carooool…

Carolina sonrió, hacía mucho que no la llamaban así, solo él cuando se le cruzaba el cable lo

hacía y, habían pasado muchos años desde la última vez.

—¡No miento! Digo la verdad. Todo el mundo se empeña en decir que es mi novio, pero eso es mucho decir.

—Anoche lo vi… —Siguió sin mirarla.

—Anoche cometí un error…

—¿Por qué?

—Porque nunca traigo a nadie a casa.

—Eso solo quiere decir que Sergio es más importante para ti de lo que quieres dar a demostrar.

—No…Bueno…Tal vez…

—¿Se lo presentarías a Guille? —La miró.

—Sí —respondió seria.

—Me alegro por ti y, especialmente, por él.

—¿Por Guille? —Frunció el entrecejo.

—Por Sergio, Carol, por Sergio… —Sus labios sonrieron, sus ojos no.

Un piso más abajo mi madre apagaba el ordenador, por primera vez en muchos años, su mente estaba en blanco. Tres horas había pasado sentada frente a él, contemplando la blanca cuadrícula de Word. Ni una sola palabra pudo teclear, toda su imaginación se había marchado de fiesta con su concentración. Era incapaz de centrarse, no podía pensar en algo que no fuera el orgasmo que aquel desconocido le había regalado por la mañana. Sus ojos pasaban de la pantalla del ordenador a la del móvil, de cuando en cuando, miraba la aplicación de citas por si se había conectado, pero solo tenía decenas de mensajes de otros candidatos, que ni se molestó en mirar. No necesitaba más datos, tenía más que suficientes, el problema era otro, le interesaba conocer más a uno de ellos.

Antoine no se quedaba atrás, poco había leído, lo había intentado, pero era incapaz de unir las palabras y convertirlas en oraciones con sentido. Una sonrisa lucía en su rostro desde la noche anterior y, aquella mañana se había ampliado, meses hacía que no tenía un orgasmo igual.

Aquella mujer había conseguido sin tocarle que su cuerpo entrara en ebullición y todo él explotara con tan solo leer sus mensajes. Deseaba con todo su ser volver a hablar con ella, no solo por el sexo, sino porque le agradaba su conversación, la sentía cerca sin estar a su lado.

Muchas fueron las veces que había entrado y mirado si estaba conectada, no lo consiguió. No se había atrevido a enviarle un chat privado por si se lo tomaba a mal y creía que solo la quería por el sexo. Y así desperdiciaron la noche del sábado.

Capítulo 11

24 de marzo, 2019

La oscuridad recorría la playa de un extremo a otro. Carolina, Guillermo y Daniel se sentaron en silencio cerca de la orilla. El suave murmullo del tímido romper de las olas, mezclado con sus cadenciosas respiraciones, era lo único que se escuchaba. Sin ponerse de acuerdo, los tres cerraron los ojos, disfrutando de las caricias de la suave brisa marina. Guillermo enlazó sus brazos con los de sus padres, lucía una radiante sonrisa a pesar del madrugón y las casi nulas horas dedicadas al sueño.

Su felicidad era inmensa, hacía tres años que no vivía un momento similar. Para él aquel era el mejor regalo imaginable, poder estar con sus padres y saber que su padre ya no se marcharía.

Daniel y Carolina le dedicaron la mejor de sus sonrisas, ambos eran conocedores de su emoción, ellos mismos se sentían eufóricos; no solo por estar compartiendo aquel momento, sino porque aquel lugar tenía un significado muy especial para ellos. Por eso, durante un buen rato se mantuvieron la mirada con una bonita y melancólica sonrisa en los labios.

Guillermo se percató de la mirada y la sonrisa que sus padres se dirigían, no dijo nada, le gustaba ver la complicidad existente entre ellos. Nunca había entendido su relación o, casi mejor decir, su no relación. Siempre le había parecido que desbordaban química, pero siempre respetó aquella decisión suya de ser amigos y, nunca preguntó el motivo por el que solo eran amigos. No sabía si habían sido novios o si él solo había sido fruto de un desafortunado momento de placer.

Poco a poco los primeros albores fueron apareciendo, el sol, como por encantamiento, fue emergiendo de las profundidades marinas, mientras la luna comenzó a hacer su retirada. Los rayos comenzaron a iluminar tímidamente, a juguetear entre las olas, creando infinitos reflejos en los que las recién despertadas gaviotas se sumergían a la pesca del mejor de los desayunos.

—En África vi amaneceres espectaculares, pero no los cambio por este —Daniel rompió el silencio al tiempo que pasaba el brazo sobre los hombros de su hijo y con los dedos acariciaba la rubia melena de Carolina, que recostó la cabeza en el hombro de Guillermo.

De un salto Carolina se levantó, Guillermo y Daniel la contemplaron sorprendidos al ver que se quitaba la ropa y se quedaba en bañador. Ninguno de los dos esperaba aquella reacción. Ninguno de los dos había llevado ropa de baño, ni tan siquiera se habían planteado la remota posibilidad de meterse en el mar.

—¿Qué haces? —preguntó Daniel al verla dirigirse con paso decidido al mar.

—¿Qué crees? —Con cara de burla respondió con otra pregunta— ¿No pensarías que me haríais madrugar para venir a la playa y no me daría un baño?

—Carol, ¿eres consciente que estamos a veinticuatro de marzo y son las siete de la mañana?

—¿Y?

Guillermo permaneció callado, observando divertido la escena entre sus padres.

—¿Cómo que «y»? Por muy mediterráneo que sea, el mar ha de estar frío.

—Para eso tengo un médico y, otro en camino —Miró a su hijo—, en casa.

—Carol, soy ginecólogo, tú necesitas un psiquiatra —dijo con cara de burla.

—Dani —Lo miró a los ojos—, eres un cobarde.

—¿Perdón? ¿Tú has oído a la insensata de tu madre lo que me ha llamado?

—Sí, alto y claro —rio—, pero yo no pienso meterme ni en el mar, ni en vuestras disputas.

—Cobardes —repitió Carolina, los señaló a los dos, dio media vuelta y, en un visto y no visto, la vieron entrar en el mar y sumergirse entre las olas.

—*Mierda*, no ha nacido quien me llame cobarde, lo peor es que eso lo sabe tu madre y por eso

me pica —dijo desnudándose ante la divertida mirada de su hijo—. ¿No vienes?

—No, alguien ha de mostrar sensatez —Con cara de burla contestó.

Guillermo no pudo evitar reírse al ver a su padre correr en calzoncillos rumbo al mar, lanzarse entre las tranquilas olas y nadar hasta dar alcance a Carolina.

—Vaya…vaya el doctor Alberola se ha atrevido a meterse en las heladas —entrecomilló con los dedos— aguas mediterráneas—. Con clara cara de burla comentó Carolina al tenerlo frente a ella.

—Eres una tramposa, me provocas, claro no voy a quedar como un cobarde ante el niño.

—¿El niño? —Carolina empezó a reírse —¿Hablas del que ayer cumplió veintiún años?

—Puaff…veintiuno ya, hace casi veintidós en esta misma playa…

—Ahogabas a su madre a traición —lo interrumpió Carolina antes de sumergirse agarrarse a las piernas de él, pillándolo por sorpresa, y consiguiendo sumergirlo—. Te lo debía —Reía sin parar mientras Daniel se secaba la cara con una sonrisa de oreja a oreja antes de estirar los brazos para darle alcance—. ¡No seas tramposo!

—Perdona, no puedes llamarme cobarde delante de mi hijo y ahora ahogarme, ¿cómo quedo yo? He de demostrarle —La sujetó por la cintura y la arrastro hacia él— que hay que defenderse, aunque sea de su madre —Lanzó a Carolina que tragó agua porque no paraba de reír, volviendo a tragar porque nada más salir a flote Daniel repetiría la misma jugada.

—Te estás pasando, Dani —Sin dejar de reír se quejó Carolina sin parar de salpicarlo para que no pudiera acercarse a ella.

—Esa técnica no te servirá esta vez, Carol —clamó al verla sumergirse.

Daniel se sumergió y se encontraron en el camino, muertos de risa salieron a la superficie y se estrecharon en un abrazo.

—Te echaba de menos —confesó mirándola a los ojos.

—A pesar de lo poco que te soporto —sonrió ella, sus ojos brillaban resplandecientes—, yo a ti también.

Se abrazaron con cariño, permaneciendo así durante un buen rato antes de volver a atacarse e intentar hundirse mutuamente. Guillermo no podía apartar la mirada de ellos, estaba absorto viéndolos jugar en medio del mar como si de un par de adolescentes enamorados se tratasen. A su mente asaltaron infinidad de recuerdos de momentos como aquel en aquella misma playa, en la piscina de sus abuelos en el chalet de Morella, en la terraza de su casa y, no lo entendió. No era un gran entendido en amor, más allá de las comedias románticas vistas con su madre y su tía, pero estaba seguro que sus padres emanaban un halo especial.

—Y digo yo, ¿por qué *coño* no están juntos? —Con una enorme sonrisa en los labios se preguntó en alto sin dejar de contemplarlos.

Mónica se despertó bañada en sudor, abrió los ojos, miró a su alrededor. Solo había sido un sueño, no había nadie a su lado, no sabía si afortunada o, desafortunadamente, David no estaba en su cama.

«Mónica, borra a ese chico de tu cabeza, no solo podrías ser su madre, sino es alumno tuyo y, eso sí, podría ser un problema».

Casi al mismo tiempo Vivi abría los ojos, en un rápido movimiento buscó el móvil, que cayó al suelo. Nada, no había ni un solo mensaje de Vincent, había sido engullido por el gran agujero negro de internet.

—Igual ya obtuvo lo que quería —dijo en alto dolida—. Bah, solo era un experimento, he constatado lo que buscan los hombres en esas páginas —se convenció a sí misma—. No, no es amor, precisamente. Ya se tiró a la incauta de Lilith y se habrá ido en busca de otra.

Mi madre estaba más afectada de lo que quería demostrarse a sí misma. No solo le apetecía volver a disfrutar de una sesión de sexo con Vincent, sino que le gustaba hablar con él. Sí, esa era la verdad, había disfrutado, como hacía mucho no hacía, en la cena del viernes. Volvió a mirar el móvil, no había rastro de mensaje alguno, lanzó el móvil sobre la cama, abrió el cajón y vio a Fred, lo miró detenidamente y lo volvió a guardar.

Un piso más abajo Antoine contemplaba la pantalla del móvil, le apetecía saludar a Lilith, pero no quería que pensase que solo buscaba un poco de sexo mañanero. Empezaba a plantearse que aquella inesperada y gratificante sesión de sexo, además de regalarle un placer infinito, había acabado con cualquier atisbo de posibilidad de una relación con la editora.

A las seis, como cada domingo, una a una, fueron apareciendo en Pickwick. Juan, como era su uso y costumbre, sirvió los cuatro cafés, tal y como le gustaba a cada una, y cuatro porciones de las tartas del día. Ana dirigió una mirada suspicaz a sus amigas, las tres estaban extrañamente calladas.

—Sé que mis tartas están buenas, pero no sabía que tenían el poder de enmudecer a quien las probaba.

Las tres levantaron la vista de sus respectivas tazas, sonrieron a Ana y acto seguido miraron a la puerta al escuchar las campanitas, ver entrar a Antoine y Daniel y, observarlos sentarse en la barra. Las miradas de Carolina y Daniel se cruzaron y sonrieron, hecho que no pasó desapercibido para las otras tres.

—¿Qué tal con Daniel? —preguntó Ana— Ayer me llevé una sorpresa al encontrármelo aquí —Carolina sonrió—. No tenía ni idea de su regreso.

—Ni yo —respondió Carolina antes de dar un sorbo a su café.

—Espera, ¿es Daniel? Ya decía que me sonaba su cara —intervino Vivi al tiempo que se levantaba y corría hacia su vecino para saludarlo.

Daniel amplió la sonrisa al ver a la mexicana acercarse a su encuentro. Ella era la vecina con la que menos relación había tenido, al poco de mudarse ella a la finca, él hizo las maletas rumbo a Nigeria, pero hubo muy buena conexión y, en las pocas ocasiones en las que había estado por Valencia habían comido y cenado muchas veces, pues, aquella mujer era parte de la familia postiza de su hijo.

—Pero, si está aquí el doctorcito *sexy* —Con una amplia sonrisa se fundió en un sincero abrazo—. Nadie me dijo que venías.

—Llegué ayer y, era un secreto.

—¿Y hasta cuándo te tenemos esta vez?

—Indefinidamente o hasta que os aburráis de mí.

—Guille ha de estar la mar de feliz —Vivi se topó con los ojos de Antoine—. Hola, Antoine, perdona mi mala educación.

—No pasa nada —sonrió el francés—, entiendo que Daniel sea el centro de atención.

—Solo por estar recién llegado, por nada más —replicó con una sonrisa—. Me regreso con las chicas.

Antoine no pudo evitarlo, sus ojos se posaron en el sugerente contoneo de las caderas de su vecina mientras se alejaba de ellos.

—¿Hablaste con Isabel? —preguntó Juan—. Te advierto que se van a dar cuenta —le dio una palmada en el hombro al verlo seguir a Vivi con la mirada.

—No, no hemos hablado —replicó—. El viernes volvió a marcharse a otro fin de semana de trabajo —explicó con sorna al tiempo que removía el azúcar de su café.

—¿Qué me he perdido? —Se interesó Daniel, cuya atención se dividía entre sus dos vecinos y Carolina.

—Bel me pone los cuernos.

—*Joder*, ¿cómo te has enterado?

—En realidad, solo es una sospecha, pero el viernes lo dejé caer y ni se molestó en negarlo.

—Lo siento —dijo Daniel.

—Da igual, hemos llegado a un punto en el que ya me es indiferente, hasta hace unas semanas tenía ganas de luchar por ella, por lo que teníamos, pero me he dado cuenta que ya no queda nada. Solo compartimos casa y… —esbozó una sonrisa—. Seguí tu consejo, me inscribí en una de esas páginas y he conocido a alguien.

—¿De qué habláis? —se interesó Daniel— ¿Te has inscrito en una página de citas?

Antoine asintió con un movimiento de cabeza, sonrió al encontrarse con la mirada de Vivi, que llevaba un buen rato hablando, parecía estar arengando al resto.

—Espera —Carolina fijó la mirada en Vivi—, ¿te has liado con un hombre al que usas para tu novela?

—Dicho así suena fatal —respondió mi madre—. En realidad, yo no me lie con él, sino Lilith, eso no lo olvides.

—Perdona, la del orgasmo fuiste tú, no Lilith —replicó Ana con una carcajada.

—Exacto, solo falta que digas que no lo disfrutaste tú sino un inexistente personaje —rio Mónica—. Y ojo, hay personajes muy reales, pero esta aún no tiene historia y se ha zumbado al tal Vincent y, yo con remordimientos por un mísero sueño erótico.

—¿Mónica Alberola tiene remordimientos por un sueño erótico? —Los ojos de Ana dejaron clara su sorpresa—. Esto sí que es una novedad.

—¿Has soñado con David? —Con total clarividencia preguntó Carolina— ¿Pasó algo ayer? —Carolina soltó su taza y prestó toda su atención a Mónica.

—Sí y no.

—¿Quién es David? —Al mismo tiempo preguntaron Ana y Vivi.

—Alguien que podría ser mi hijo —respondió Mónica al tiempo que probaba con avidez la tarta de chocolate—, y peor, es alumno mío —Dio un nuevo bocado—. Anita, cada día te superas más, ahora mismo me comía una entera yo solita.

—¿Tan mal estamos? —preguntó Ana.

—Ya ves, esta *follando* con el lío de una de sus personajes. Esta otra —señaló a Carolina con la cucharita— montándoselo con Sergio. A ti, ni te nombro, Juan te ha de tener satisfecha, tus ojos siempre brillan y tienes un cutis perfecto —Comió un nuevo pedazo bajo las miradas y risas de sus amigas—. Y yo…yo controlando mis instintos para no caer en el juego de este niño.

—Tan niño no será si es alumno tuyo —intervino Vivi.

—Dile a Carolina que mi sobrino no es un niño.

—Guille siempre será mi niño, da igual la edad que tenga. ¿Acaso no os trata tu madre como tales? —Le guiñó un ojo intentado quitarle hierro al asunto.

La música del móvil de Carolina empezó a sonar dentro de su bolso. Todas se miraron y sonrieron cómplices al ver el nombre que salía en la pantalla. Atentas y en silencio escucharon la conversación.

—Esto se está poniendo serio —comentó Ana cuando Carolina soltó el móvil—. Me alegro, me cayó muy bien Sergio.

—Así que has vuelto a quedar con él. —sonrió Mónica.

—No me mires así, no significa nada y sí, he quedado con Sergio, así que, sintiéndolo mucho, yo me marcho.

—Sí, claro, se nota un montón cuánto lo sientes. —rio Vivi.

Carolina sonrió, guiñó un ojo a sus amigas, recogió sus cosas y se despidió de ellas.

—¿Te vas? —se interesó Daniel al verla. Carolina borró su sonrisa al encontrarse con los ojos de él.

—Sí.

—Espérame, yo ya me iba.

—Dani, no voy para casa —Lo miró a los ojos—. Me están esperando en la esquina.

—Ah, vale —respondió dolido, aunque disimuló con una sonrisa—. Pásalo bien.

Mónica no perdió detalle de la escena, su hermano ya no podría mentirle.

Capítulo 12

25 de marzo, 2019

Cinco minutos más tarde de la hora Mónica llegó al aula, se detuvo junto a la puerta, sabía que durante los siguientes noventa minutos tendría que enfrentarse a la mirada que la quemaba y acariciaba a partes iguales; tomó aire antes de entrar, dibujó su sonrisa y saludó a los alumnos. Subió al estrado, dejó su enorme y repleto bolso en la silla dispuesta para el profesor, la misma que jamás usaba, sacó lo necesario, más bien podríamos decir lo innecesario, ya que mi vecina del 2ºB no se ceñía a guiones cerrados. Nunca impartía dos clases iguales, obviamente, los hechos históricos eran los mismos, sus palabras no, eso era lo que la hacía sumamente única e increíble. Se apoyó en la mesa con toda la atención del alumnado centrada en ella e inició su discurso.

Ahí estaba, no podía eludirla, le resultó imposible no detenerse unas milésimas de segundo en la penetrante mirada azul que la observaba con descaro y admiración desde la primera fila; su discurso se detuvo. Fue solo un instante, los asistentes no se percataron de su pequeño lapsus de memoria, David sí vocalizó un silencioso «Hola» con un guiño, que hubiese hecho tambalearse al mismísimo Atila. En un acto de valentía Mónica alejó de él su mirada, no volvió a mirarlo en el resto de la sesión salvo al final de la clase, cuando irremediablemente no le quedó otra que prestarle toda su atención durante su intervención en el interesante debate surgido tras la exposición de ella.

Varios fueron los alumnos que permanecieron en el aula al finalizar la clase, todos querían resolver dudas sobre el trabajo para final de curso. Mónica respiró tranquila al comprobar que él no estaba entre los presentes, entre menos relación tuviese con él, todo iría mejor para ella.

Rodeada por el pequeño grupo de alumnos salió al pasillo y del edificio, tanto ellos como ella daban por finalizada la jornada lectiva del lunes.

—No os compliquéis la vida, primero elegid bien el tema, cuando lo tengáis hablamos otra vez, me presentáis vuestro enfoque y ya os doy mi opinión —dijo una vez en las escaleras—. Nos vemos mañana.

Mónica bajó las escaleras y salió a la avenida.

—¿Te llevo a casa? —David la asaltó fuera del edificio.

—¿Quieres provocarme un infarto? —Con cara de pocos amigos, pues, se había asustado, contestó.

—Perdona, no era mi intención. ¿Te acerco a casa? —repitió en la más íntima y sugerente de las voces.

—No, gracias.

—Mónica, es una tontería que vayas en metro, te acerco en un momento.

—No, gracias —repitió y siguió caminando con él a su lado—. ¿Acosas a todos tus profesores?

—Bien sabes que no. Tampoco creo que esté haciéndolo contigo —Se interpuso en su camino —. ¿No crees absurdo ir en metro cuando en cinco minutos te dejo en tu puerta? ¿Cuál es el problema?

—Tú eres el problema —Lo miró a los ojos con dureza—. Te pido, por favor, que solo trates conmigo los temas estrictamente relacionados con mi asignatura, así que si tienes alguna duda vas a tutoría y, ahora, por favor, déjame pasar o perderé el metro y me tocará esperar.

—El sábado pensé...

No pudo seguir, Mónica lo miró con dureza a los ojos, durante unos breves segundos se mantuvieron la mirada.

—Fuera lo que fuese tu pensamiento bórralo de tu mente. No te confundas, no soy una igual, no soy una colega de tu amigo. Soy su tía y tu profesora. —recalcó con firmeza.

Mónica aceleró su paso, dejándolo en medio de la acera contemplando como se alejaba de él, llegó a la entrada del metro, se detuvo un segundo; David sonrió al creer que se lo había pensado mejor y daría marcha atrás, pero no fue así, mi vecina siguió caminando avenida abajo.

Necesitaba respirar, sentir el aire en la cara y recuperar su ritmo cardiaco, aquel chico lograba desbocar su corazón y precipitarlo al abismo. Si algo tenía cada vez más claro era que aquel cuatrimestre no sería tranquilo. No sabía si sería capaz de luchar contra sus propios instintos, contra sus propios deseos.

—Muy buenas, vecina —La saludó Antoine a mitad de camino—. ¿Para casa?

—Ah, hola, Antoine —saludó al verlo por el carril bici—. Sí, para casa. ¿También has terminado por hoy?

—Sí —Bajó de la bicicleta para ir caminando a su lado—. ¿Todo bien? —se interesó al ver el rostro serio de Mónica.

—Sí —sonrió—. Bueno, ya sabes, de lunes —se excusó—. ¿Qué tal tú?

—Bien —Le devolvió la sonrisa—. ¿Te molesta si te acompaño?

—No, para nada. ¿Qué tal por casa? —No era su intención sacar aquel tema, de forma totalmente inconsciente realizó la pregunta.

—¿A qué te refieres? —Con suspicacia preguntó Antoine.

—A nada en particular —mintió mientras cruzaban.

Antoine se detuvo y se interpuso en su camino al alcanzar la acera de enfrente.

—Mónica, ¿sabes algo que no sepa?

—Antoine, yo… —Mónica titubeó—. Joder, está claro que hoy no es mi día.

—Mónica, no te entiendo, ¿me dices que sucede?

—A ver, cómo te lo digo yo…

—¿Tiene algo que ver con Bel…Isabel? —Algo le decía que por ahí iba el tema. Mónica respondió con un movimiento asertivo— ¿Qué es lo que sabes?

—El sábado de Fallas salí con unos compañeros y me encontré con Isabel —Lo miró a los ojos—. Me sorprendió, aquella misma mañana no sé si Carolina o Ana la había visto salir de viaje, pero mi sorpresa fue mayor al verla —se calló un instante. Los ojos de Antoine le sonrieron, puso la mano sobre su hombro.

—Estaba con otro. Es eso, ¿verdad?

—Sí… —resopló—. Joder, Antoine, lo siento. Quería decírtelo, pero no sabía cómo.

—No te preocupes.

—Pero… ¿lo sabías?

—Digamos que lo intuía.

—¿Qué harás?

—No lo sé, Mónica, no lo sé.

—¿Quieres arreglar lo vuestro? A lo mejor solo fue algo de una noche.

—No, permíteme dudarlo —sonrió—. Lo nuestro está más que muerto, ni el doctor Frankenstein lo resucitaría.

Los dos se miraron y rieron por el comentario antes de continuar su camino.

—¿Te apetece comer conmigo? —Lo invitó Mónica—. No te preocupes, no te envenenaré cocinando yo —volvieron a reír—, en la esquina hay un local de comida para llevar muy bueno.

¿Te apetece?

—Me parece genial, igual en la comida logró sacarte que enturbia tu mirada.

—¿Qué?

—Sé que te sucede algo, chérie[4], tus ojos te traicionan.

—Hola —Carolina saludó a Sara y Kevin al llegar al portal y encontrarse con la pareja despidiéndose.

—Hola —Con una amplia sonrisa saludó Sara.

—Sara, en casa hay una pulserita de plata, debió caérsete el sábado.

La sonrisa desapareció del rostro de Sara, el terror asomó a sus ojos al encontrarse con la furiosa mirada de Kevin.

—No, no es mía.

—Entonces es de mi sobrina.

Carolina miró de reojo el serio rostro del muchacho y el cambio en el de su vecina, se arrepintió de su comentario al tener la impresión que acababa de crearle un problema a la joven.

—Bueno, os dejo, no os molesto más.

Kevin sujetó a Sara por el brazo, la arrinconó contra la puerta.

—Kevin, me estás haciendo daño —Se quejó en baja voz al tiempo que intentaba zafarse de su mano.

—¿Te estoy haciendo daño? —respondió sarcástico— ¿Qué me has hecho tú a mí? Me mentiste, me dijiste que estabas estudiando. ¿Qué hacías en casa de tus vecinos? Estabas con tu amiguito, ¿verdad? ¿Te lo follas? ¿Es eso?

—¡Nooo! —exclamó— ¿Por quién me tomas?

—Seguro, de la misma manera que te lo montas conmigo te lo haces con él y luego vas de niñita buena y, no eres más que una calienta pollas.

—¡Sabes que no es verdad!

—¡Me mentiste! Fui a tu casa, te pedí perdón y tú me engañaste.

—Kevin, eso no es así —Tenía las mejillas enrojecidas y las lágrimas al borde del precipicio

—. Es verdad, te oculté que subí a su casa, porque sé que te crea inseguridad, pero nada más. Era el cumpleaños de Guillermo y, además, su padre regresó de Nigeria, todos los años como con su familia.

—Me mentiste… —repitió. Sus ojos echaban fuego.

—Lo siento, de verdad —lloriqueó y acarició sus mejillas antes de que él se marchara sin despedirse.—. Kevin...—Lo llamó de manera infructuosa secándose las lágrimas con la manga de la camiseta.

Mónica esperó que Antoine dejara la bicicleta en casa y juntos subieron a la suya. Nada más entrar dejó su pesado bolso y su chaqueta en el sofá.

—Es curioso como siendo pisos casi simétricos, todos sean tan diferentes —comentó Antoine al entrar en el salón—. Yo creo que se sabe mucho sobre la personalidad de la persona viendo su casa.

El piso de Mónica estaba pintado en colores cálidos, a través de las ventanas entraba la luz del sol que jugueteaba haciendo sombras en las paredes. El salón estaba repleto de libros y discos, Antoine se detuvo a cotillear en la amplia discoteca de su vecina. Su gusto era muy variopinto, pero le gustó lo que vio. Los libros eran casi todos de Historia, dejando claro sus estudios y profesión.

—Si ves algo que te guste lo puedes poner —Desde la puerta dijo Mónica—. Voy a poner la mesa.

—Espera que te ayudo.

—¿A sacar dos platos y dos vasos? —sonrió—. Pon algo de música y vente a la cocina.

La voz de Ella Fitzgerald comenzó a sonar, Antoine estaba encantado con el particular e insuperable sonido del vinilo, obvio aún más con la inigualable cantante de jazz.

—Tienes una discoteca increíble —Desde la puerta de la cocina comentó—. Tenemos gustos similares: Ella, Louis, Abbey Lincoln, Anita O’Day, Carmen McRae.

Mónica sonrió y le tendió una copa de vino de la botella que él había subido.

—La mayoría de los discos los heredé de mi abuelo. Mi hermano Daniel se quedó con el ático y yo con este piso más pequeño y los discos. A los dos nos gusta la música, tenemos el mismo gusto, aunque no te lo creas lo echamos a suerte.

—Santé[5]! —brindó Antoine.

—¡Salud! —dijo ella, indicándole que tomara asiento.

La música se mezclaba en el patio, de la ventana de enfrente llegaba la voz de Marc Anthony, de arriba bajaba Sabina; en el primero no se oía nada. Juan y Ana no habían llegado, Sara se había metido a llorar bajo la ducha.

—Estás segura que era Bel, ¿verdad? —Antoine soltó sus cubiertos y miró a Mónica.

—Sí, del todo. Estuve tentada a saludarla, pero no me atreví.

—¿No te atreviste? —Antoine sonrió, se conocían desde hacía muchos años y sabía que aquella mujer no se amilanaba con facilidad—. No me lo puedo creer —Volvió a llenar las copas —. Creí que no te asustabas con nada.

—No creas, no soy tan valiente. —sonrió.

—¿Qué es lo que asusta a Mónica Alberola Ramos?

—No poder evitar caer en la tentación.

Antoine rio, Mónica también. Sus risas salieron por el patio, entraron directas por la ventana del 2ºA.

—Vaya…vaya…Mónica, te lo estás pasando bien —murmuró con una sonrisa al ver a Mónica y Antoine comiendo y riendo en la ventana de enfrente mientras ella fregaba los platos.

—¿En qué tentación? ¿No hablarás de mí?

—¡Nooo! —Soltó una carcajada— No pongas esa cara, tú no eres una tentación a evitar.

—Hunde más mi frágil ego masculino —rio Antoine—. Mi mujer se lo monta con otro y, tú me dices que no te tiento.

—Yo no he dicho eso —respondió mirándolo a los ojos—, solo he dicho que a ti no te evitaría.

Ambos se mantuvieron la mirada. Antoine dio un trago a su copa, la dejó sobre la mesa y le quitó a ella la suya. Estaban muy cerca, sus brazos se rozaron, de manera simultánea sus bocas se buscaron y se perdieron en un largo y apasionado beso. Ambos necesitaban aquel contacto piel con piel y se dejaron llevar.

La música ya no sonaba en el salón, solo se oía sus cada vez más agitadas respiraciones y sus apresurados pasos por el pasillo, dejando un rastro de ropa por su camino.

—Hola, ¿puedo pasar? —Desde la abierta puerta de la terraza preguntó Daniel.

Carolina levantó la vista del libro y le sonrió.

—Pregunta absurda —respondió—. Sabes que estás en tu casa. Acabo de hacer café, ¿te apetece uno? —Carolina descruzó las piernas, siempre se sentaba como si estuviera a punto de meditar o realizar alguna posición de yoga, hizo amago de levantarse.

—No te levantes, ya que estoy en mi casa —le guiñó uno ojo— me sirvo yo. ¿Guille?

—Casi siempre come en el comedor de la facultad. Lo único que siempre hacemos juntos es la cena, a veces también el desayuno, ¿te apuntas esta noche? —Alzó la voz para que la escuchara desde la cocina. Un estornudo le sobrevino.

—No quiero molestar, no quiero entrometerme en tu vida… —Se sentó en el sofá removiendo el café.

—Dani no seas tontito —Volvió a estornudar—. Tú no molestas, podemos cenar los tres juntos sin problemas —. Un nuevo estornudo la sobrevino—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada —Aguantó la risa y dio un sorbo al café—. Tu valentía de ayer te está pasando factura.

—Te equivocas —Volvió a estornudar, viendo a Merlín junto a la puerta de la terraza—. Ahí tienes el motivo —señaló al gato.

—¿Tienes un gato? ¿Te has vuelto loca? —Asombrado preguntó, pues, conocía su alergia.

—No —Estornudó—, es Merlín. Es el gato de Juan y Ana, ha debido colarse en tu casa y venir contigo —Estornudó—. Cuando le apetece se escapa y se pasea por las escaleras. ¿Puedes bajarlo, por favor?

Con una sonrisa en los labios recogieron su ropa y se vistieron. No había pasado nada, al llegar a la habitación todo el desenfreno desapareció de golpe. Mónica y Antoine se dejaron caer de espaldas en la cama y durante una buena media hora estuvieron riendo uno junto al otro.

—Esta es la situación más surrealista que jamás he vivido —subiéndose los pantalones comentó Antoine—. ¿Qué loco dejaría pasar una oportunidad como esta?

—Yo no me quedo atrás — Se abrochó el sujetador sin disimular la risa.

—¿Cuál es la excusa entonces? —La miró sonriente mientras metía la camisa por dentro del pantalón.

—¿Café?

—Café con tu excusa —Le dedicó un guiño—. Ahora que nos conocemos en la intimidad, quiero saber el porqué de esa nebulosa en tus ojos.

—¿Eres siempre tan cotilla? —Le enseñó la lengua antes de entrar en la cocina.

—A ver, tú conoces el secreto de mi fracasado matrimonio, has sido testigo presencial de mis cuernos —Mónica le dedicó una sonrisa mientras abría el lavavajillas. Antoine le quitó los platos de las manos y se encargó de cargar el lavavajillas—, dicho esto, creo ser merecedor de conocer tus penas de amor —La miró a los ojos—. Es una pena de amor, tengo claro que no me equivoco. ¿Lo hago?

—Ni sí, ni no. ¿Te gusta fuerte? —Con las cápsulas de café de en la mano preguntó.

—Sí, gracias —Guardó las copas en el lavavajillas y cerró la puerta—. Esto ya está.

—Déjalo así, a la noche lo pondré a media carga y siéntate ya, eres mi invitado.

—Muy bien, ya me siento a esperar tu historia —Antoine se fijó en el móvil de Mónica que daba señales de vida sobre la encimera. —. Acabo de darme cuenta que dejé el móvil en la mochila.

—¿Quieres ir a por él?

—No, el mundo no va a acabarse ni detenerse por no estar localizado.

Antoine pensó que el único mensaje deseado era el de la mujer, que había pasado de manera efímera por su vida. Todo por no haber sabido parar a tiempo, tal y como minutos atrás había

hecho con Mónica, aunque esta vez, los dos habían tomado la decisión de manera sincrónica y sin ponerse de acuerdo.

—¿Azúcar?

—Sí, gracias.

—Vamos al salón, allí estaremos más cómodos.

Antoine cogió las dos tazas azules y siguió a Mónica a la estancia de enfrente. Mónica descorrió la fina cortina color marfil, la luz del sol inundó el salón con alegría; eligió un nuevo vinilo de la colección de su abuelo, Nat King Cole, fue el elegido y se sentó junto a Antoine en el confortable sofá azul.

—Tu salón me gusta más que el mío, es cálido y acogedor. Es curioso, vives sola y tu casa transmite más sensación de hogar que la mía, sin contar que te representa —sonrió—. En mi casa abundan los negros y grises y, no huele a hogar.

—Esa es una percepción tuya por esta última etapa que estáis viviendo.

—Puede ser, no te digo que no sea así —Dio un sorbo al café—. ¿Y bien, me revelas tu pena de amor?

—No es una pena de amor —Mónica se apoyó en el respaldo y recogió las piernas sobre el asiento—. Tengo un alumno —Dio un sorbo a su café con la mirada de Antoine puesta en ella—, que se siente atraído por mí.

—¿Solo uno? —Le hizo un guiño de complicidad.

Mónica entornó los ojos a modo de reproche. Antoine pasó los dedos por sus labios emulando cerrar una cremallera y la invitó a continuar.

—Sí, a ver, muchas veces he notado las miradas de deseo de algún alumno y alumna, pero David es diferente…

—¿Por?

—Es amigo de mi sobrino.

—¿De Guillermo?

—Sí.

—¿Y?

—El sábado estuvo en la comida por su cumpleaños. Guille se puso muy pesado —explicó—, igual no tanto —se autocorrigió—, para que fuera con ellos al Saler. Carolina le regaló una moto y quería darme un paseo, el asunto es que terminé yendo sola con David, porque Guille tuvo que llevar a mi hermano…

—¿Y pasó lo que no sucedió conmigo?

—No —sonrió—. No estoy tan mal de la cabeza, además al rato llegó mi sobrino, pero no sé qué hubiese sucedido de no haber aparecido.

Mónica se calló, tomó aire, se levantó y dejó su taza y la de Antoine en la cuadrada mesa de madera. Volvió a sentarse en el mismo silencio. Antoine respetó su silencio durante un buen rato, le acarició el muslo.

—En resumen, el problema es que te sientes atraída por ese chico.

—Sí…

—No negaré que tienes un problema.

—Eso ya lo sé —sonrió—. Este cuatrimestre va a ser muy largo.

—¿Qué piensas hacer?

—Ignorarlo, no puedo hacer otra cosa. Desear que se fije en una chica de su edad, en vez de en alguien que podría ser su madre.

—¡Mónica! —Antoine se levantó de golpe y se paró delante de ella— ¿Es un prejuicio por la

edad? ¡No me lo puedo creer! —La recriminó con la cara seria— Entiendo que tu ética profesional te impida liarte con un alumno —La miró a los ojos—. En cualquier caso, no serías ni la primera, ni la última en hacerlo, pero no esperaba un prejuicio de este tipo por tu parte.

—Soy veintidós años mayor que él.

—¿Y? ¿Acaso es menor de edad? —Mónica negó con la cabeza— Yo en su situación también me hubiese fijado en ti antes de en mis compañeras, pero no tuve ninguna profesora como tú —Le guiñó un ojo—. Ahora si el Antoine de veintidós años se enterase que a los cuarenta y tres iba a dejar la oportunidad de acostarme contigo, igual se plantaba en el futuro para darme un par de hostias.

—Idiota —rio—. Somos de la misma generación.

—Sí, de la generación que deja pasar las oportunidades. —rio Antoine.

—¿Me estás animando a que me lie con él?

—No, solo te digo que, si es cuestión de ética profesional, te doy todo mi apoyo. Si es un tema generacional no estoy para nada de acuerdo. ¿Cuántas relaciones a la inversa hay? Nadie se escandaliza por la diferencia de edad entre Harrison Ford y Calista Flockhart o Michael Douglas y Katherine Z. Jones —Mónica lo miraba con diversión—. Quedémonos en Francia y en el mundo de la política, Sarkozy y Carla Bruni.

—Te veo muy puesto —sonrió—. A ellos no, pero bien que nos llaman a nosotras *cougar*, ¿me ves a mí al acecho como una pantera para comerse a su presa?

—Tú no necesitas estar al acecho, mi querida Mónica, eso métetelo en tu linda y amueblada cabecita.

—No quiero ser una Madonna o una Demi Moore —Soltó una carcajada.

—Tú no crees tener veinte, como ellas creen tener y pueden ser abuelas, ni estás plastificada —La miró con cara de burla—. Por favor, no cometas nunca esa locura y…—La miró a los ojos —, por cierto, me encanta tu pequeño tatuaje, es bonito, *sexy* y tentador…

—Eso me lo dice el hombre que me ha rechazado tras tenerme desnuda en la cama.

Ambos soltaron una sonora y catártica carcajada.

Tras un fin de semana de sequía total, las ideas bullían en su cabeza sin descanso. Mi madre aporreaba sin piedad las teclas del ordenador, necesitaba vomitar todo el entramado creado por su fervorosa imaginación. La historia de Lilith comenzaba a tomar forma en su loca cabecita y en el temido documento, por fin, inaugurado. Su cuaderno de notas estaba lleno de anotaciones, ideas, pensamientos y soeces adjetivos contra el género masculino.

—¿Y si…? ¿Y si no se ha atrevido a escribirme por si yo creía que solo buscaba sexo? Al fin y al cabo, a mí me ha pasado eso.

Aquella idea la hizo detener su desenfrenado ritmo en las teclas, diría que las pobres musitaron «gracias», aliviadas por su continuo «maltrato». Cogió el móvil, leyó por encima todas las invitaciones hechas a Lilith y buscó el chat privado de Antoine.

Lilith: Hola, ¿qué tal tu fin de semana? ¿Mucha guerra con los alumnos?

Durante un buen rato estuvo contemplando la pantalla a la espera de su mensaje. A los cinco minutos, que le parecieron una hora, la sensatez volvió a ella, dejó el móvil y se centró de nuevo en la escritura.

Mi madre no era la única, que esperaba ansiosa un mensaje. Sara no hacía otra cosa que enviar mensajes a modo de disculpa, mensajes que Kevin ni respondía, ni se molestaba en leer, para desesperación de ella que era incapaz de concentrarse en los problemas de química.

—Me encanta esta canción —Desde la puerta de la terraza comentó Daniel al escuchar *More than words*—, hacía mucho que no la escuchaba. Siempre tuvimos el mismo gusto musical —Se sentó

—Salvo Ramazzotti —dijeron al mismo tiempo, propinándose un pellizco mutuo.

—Mira que siempre le tuviste manía. A mí me sigue encantando.

—¿Él?

—Él y su música —sonrió al ver la cara de burla de Daniel.

En silencio terminaron de escuchar la canción de Extreme o, no tan en silencio porque ambos la tararearon a coro en bajita voz.

—¿Y bien? ¿Cuáles son tus planes para esta nueva etapa? —se interesó Carolina— Dudo que te hayas venido de Nigeria sin un trabajo bajo manga.

Carolina ya se había relajado, una vez desaparecido Merlín y, tras Daniel tomar la precaución de cambiarse de camiseta, porque el minino había dejado su rastro en ella, los estornudos fueron desapareciendo.

—No te equivocas —sonrió—. El próximo mes me incorporo a la plantilla del hospital universitario, ya sabes que había pedido una excedencia y, por supuesto, no dejaré mi labor en *Médicos del Mundo*.

—Pero…Pero… ¿No me dijiste que no volvías a marcharte?

—Así es —sonrió de nuevo al ver cómo el rostro de Carolina se había vuelto serio al creer que volvía a marcharse—. Aquí hay un par de proyectos, uno con inmigrantes y otro con prostitutas.

—Si algo me gusta de ti —Sus ojos brillaron demostrándole la admiración sentida —es que, a pesar de tener la vida resuelta, podías haber trabajado en el sector privado o haberte acomodado dando clases cuando te lo propusieron y, es obvio que tu familia está muy bien económicamente —Carolina sonrió al ver los ojos entornados de él—. No puedes contradecirme —sonrió—. Lo cierto es que tú siempre te has involucrado con los más débiles. Dani, lo digo de corazón, eres increíble.

—No seas exagerada. Solo hago mi trabajo.

—No, no seas modesto. Llevas diez años en Lagos, no solo has estado atendiendo en los centros de *Médicos del Mundo*, sino que te has involucrado en la defensa de la prohibición de la ablación. ¿Crees que no conozco tu trabajo? Sé, de muy buena mano que has salvado la vida de muchas mujeres, que has reconstruido sus destrozados clítoris —Daniel la escuchó sorprendido, ellos nunca habían hablado sobre el tema. En los últimos años ni tan siquiera hablaban—. ¿Creías que no preguntaba por ti? Tu hijo y Mónica me han mantenido al corriente de tu vida, sin contar que he leído todo lo que se ha escrito sobre ti. Eres alucinante, me siento orgullosa de ser tu amiga y, de que seas el padre de mi hijo.

—Te dejé sola con nuestro hijo.

—Dani, eso está hablado. En su momento te dije que no perdieras la oportunidad, tu sueño siempre fue ir a África. Nosotros no hemos estado solos, Mónica ha estado con nosotros y tus padres también. Ni Guillermo, ni yo nos hemos sentido abandonados, así que borra eso ya de tu cabeza.

—Tú sí que eres increíble.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—Durante diez años has trabajado y criado sola a Guille, por mucho que estuvieras arropada por mis padres y Mónica, esa es la realidad.

—Como muchas mujeres. Y como mujer, te doy las gracias por esa lucha, tiene que haber sido muy duro. No imagino lo que has llegado a ver, leí tu artículo en el que hablabas de las niñas, esas que las mujeres de su familia sujetaban para que otra, tras abrirle las piernas, les hiciera… —se calló, imaginar la escena tantas veces repetida le causaba dolor—. Es que soy incapaz de imaginar el sufrimiento, el dolor…

—Sí, es una dura realidad. Por eso y, porque os echaba de menos necesitaba este cambio con urgencia —La miró a los ojos—. Volver a casa y tener esa vida tranquila de la que hablas, eso sí, sin apoltronarme, de ahí lo de seguir trabajando con *Médicos del Mundo*. Por muy dura que sea la realidad con la que me encuentre, nunca será igual a la vivida.

—Desde luego, aquí no tienes la guerra a la vuelta de la esquina, ni tienes altas posibilidades de sufrir un ataque terrorista, aunque ahora nadie, ni ningún lugar del mundo, está libre de no

sufrirlos. Sin embargo, jamás será lo mismo, y tú, mi querido Dani —lo apuntó con el dedo antes de darle un par de golpecitos en el pecho— estoy segura que has vivido de cerca más de uno, por mucho que dijeras que no—sus ojos se sonrieron—. Lo sabía —resopló—, de haberte pasado algo jamás te lo hubiese perdonado.

—Ey, Carol, estoy aquí —sonrió y secó con los dedos el par de lágrimas que se le escaparon.

—¿Te pilló muy cerca?

—Bueno, digamos que más de lo deseable, pero lo importante es que estoy aquí, no me pasó absolutamente nada.

—¿Qué pasó?

—Hace dos años me fui con un grupo de sanitarios a Chibok, está en el estado de Borno, sufre bastantes ataques por parte de Boko Haram…

—Espera, ¿tú estabas entre los médicos… —No pudo seguir, las palabras se atragantaron en su garganta al recordar el asalto a un equipo médico, en el que habían asesinado a un médico estadounidense—. *Mierda*, Dani, ¿por qué no me lo contaste?

—¿Para qué? ¿Para preocuparos innecesariamente?

—Dani, podían haberte matado.

—Carol, estuve a salvo todo el tiempo. Yo estaba con ellos antes de que sucediera el ataque al campamento, pero había una mujer con problemas en el parto y fueron a buscarme, estaba en su casa cuando ocurrió todo. La familia me escondió al enterarse de lo sucedido en nuestro campamento.

Carolina se abrazó a él con fuerzas, el corazón le iba a mil por hora y era incapaz de retener las lágrimas.

—Carol, ya pasó, ¿acaso no estoy aquí?

—Daniel Alberola Ramos ni se te ocurra plantearte si quiera regresar, porque no pienso dejarte ir para que te maten.

—¡Carol! —Soltó una carcajada— No seas exagerada, estoy aquí.

—Ya sé que estás aquí, pero podías no haber regresado.

—Pero estoy aquí —Le dedicó la mejor de sus sonrisas, sonrisa que de inmediato fue devuelta por ella.

—Cambiemos de tema, casi prefiero no saber si has estado en peligro muchas más veces, porque estoy segura que así ha sido —Lo miró con el ceño fruncido para diversión de él—. ¿Amores? ¿Daniel Alberola no se ha enamorado en estos años?

—No —respondió, mirándola a los ojos—. Hubo alguna historia, pero nada importante.

—Mejor, de no ser así, igual no te tendríamos de regreso, tu hijo hubiese terminado por ir a Nigeria a verte y, entonces sí que me habrían dado los siete males.

Una sonrisa de oreja a oreja lució el rostro de Antoine al leer el ansiado mensaje. Era absurdo, pero si no se había acostado con Mónica, no era por fidelidad a su mujer, sino por aquella otra de la que ni siquiera conocía su rostro.

Vincent: El lunes no ha estado mal, pero tu mensaje me ha alegrado el día. ¿Qué tal tú? ¿Fred te ha tratado bien?

—*Merdé*! No tenía que haber hecho esa pregunta.

Vincent: Perdona, Lilith, la última pregunta está fuera de lugar.

Lilith: Hola, yo trabajando. Me alegra haberte alegrado el día. No estaba segura si seguías interesado en hablar conmigo, como no supe nada de ti tras nuestro particular despertar del sábado. Fred siempre tan atento, a su manera, ya me entiendes. Le daré recuerdos de tu parte.

Vincent: Perdona, fui un poco idiota. No quise dar a entender que solo quería sustituir a Fred.

Lilith: Ja, ja, ja…Querido, tú no puedes sustituir a Fred.

Vincent: Vale, lo prefieres a él, patada a mi ego.

Las risas de mi madre se escucharon en el patio, consiguiendo la sonrisa de Antoine.

Lilith: No he dicho eso. Fred es Fred y tú eres tú.

Vincent: Vale, muy bien, lo aceptaré. ¿Qué tal todo?

Lilith: Bien, sin novedad. ¿Tú has arreglado tu problemilla?

Vincent: No, pero estoy en ello.

Lilith: Me alegro.

Vincent: Y yo.

Lilith: Cualquier cosa sabes dónde encontrarme.

Vincent: Lo mismo te digo. Un beso.

Lilith: En eso eres mejor, Fred nunca me da besos.

Mi madre sonrió, Antoine también.

Vincent: Pues, te envío un par.

Lilith: Uno para ti.
Vincent: Te enviaré uno de dulces sueños para suplir la falta de atención de Fred.
Lilith: Ja, ja, ja…Lo estaré esperando.

Capítulo 13

Abril, 2019

La semana pasó, el mes de marzo llegó a su fin. Los días comenzaron a alargarse y la primavera invitaba a disfrutar al aire libre del buen tiempo. Los buenos tiempos parecían haber llegado al 1ºA, la visita sorpresa de la hermana pequeña de Isabel retrasó la inevitable conversación, abril se inició con charlas, risas y largas veladas tras la cena en familia. El aire se respiraba diferente, Isabel parecía la de siempre, pero era solo una fachada. Todo era una pantomima de cara a su hermana, representación por la que Antoine se dejó llevar, sin embargo, él sabía que el telón bajaría en el mismo instante en el que Cristina saliera por la puerta y se marchara de regreso a Menorca.

La primavera parecía no haber llegado al 1ºB, Sara apenas salía de su cuarto, solo lo hacía para ir al instituto, allí se pasaba las horas metida entre sus libros, apuntes y deberes, sin embargo, no se concentraba. Su atención estaba en otra parte, en los mensajes no recibidos, en la desesperación porque Kevin ya no le hacía caso y, especialmente, en el dolor que le producía las miradas, risas y comentarios que el grupito de amigos de su ya exnovio le dedicaban.

Ana comenzó a preocuparse por ella, su poco apetito, su desgana y aquella mirada triste iba más allá de los estudios, así se lo hizo saber a Juan, que de inmediato se inquietó al darse cuenta que su niña bonita no parecía estar pasando por el mejor momento de su vida y, eso a los diecisiete años no tenía ningún sentido de la lógica.

Las teclas no cesaban en todo el día en el 2ºA, los dedos de mi madre no paraban de trabajar y trabajar, ella estaba eufórica, no solo por el ritmo de escritura, por ver como la historia se iba desarrollando, sino porque todos los días se levantaba y acostaba con los besos de Vincent. Ella no quería admitirlo, seguía diciéndose a sí misma que Lilith había tenido mucha suerte, cuando hacía mucho que de Lilith solo quedaba el nombre.

En la puerta de enfrente, el 2ºB, Mónica seguía su táctica de ignorar a David. Estratagema, que parecía estar dando sus frutos, al menos en uno de los sentidos. David no había vuelto a seguirla, no le hablaba fuera del aula y, casi no le dirigía la mirada. Sin embargo, a ella sus intervenciones en clase le parecían espectaculares, aquel chico sabía de lo que hablaba y eso la atrajo mucho más. Mónica no se dio cuenta, pero era ella quien era pillada por él, perdida en sus locuaces preguntas y planteamientos o, cuando sin querer su mirada lo localizaba en el pasillo y se quedaba atrapada en él.

En el tercer piso no volvieron a cerrarse las puertas del ático A y del ático B, Guillermo entraba y salía de casa de sus padres con la misma facilidad y felicidad que en su infancia. Sus padres, por el contrario, no entraban sin pedir permiso, respetando la intimidad del otro.

Daniel ya no disponía del mismo tiempo libre, había empezado a trabajar en el hospital y una vez a la semana acudía al centro de *Médicos del Mundo*, en donde trataba con prostitutas para prevenir cualquier enfermedad de transmisión sexual, proveerlas de preservativos e intentar ayudarlas a salir de aquel mundo, pero para muchas era un túnel sin salida.

La hora de la cena se convirtió en el momento familiar, para los tres era su momento favorito del día, preparaban la cena entre los tres y, en la mayoría de las noches cenaban en la terraza, disfrutando de la agradable temperatura, de la placentera conversación y de la inmejorable compañía.

Poco a poco, día a día, Daniel corroboró que no solo siempre había estado enamorado de Carolina, sino que jamás había dejado de estarlo. Siempre fue consciente que lo ocurrido en

aquella ya lejana noche de San Juan no solo había sido por la euforia de haber finalizado con éxito el primer año de carrera, ni tan siquiera por acabar de salir del concierto de Sabina o de llevar un par de copas en el cuerpo. Aquella noche él supo que estaba enamorado de su amiga y, estaba convencido que era mutuo.

El error de ambos fue no decirlo con palabras y ocurre que a veces, como a ellos les sucedió, los hechos no sustituyen a las palabras. Nunca pronunciaron un «te quiero», ni aquella noche, en la que la pasión los invadió, ni en las sucesivas, se limitaron a salir, a sonreírse, mirarse y, de cuando en cuando, deleitarse con sus besos, pero sus labios nunca se dijeron ese «te quiero». Menos aún, cuando el embarazo los hizo tambalearse, asustarse y cambiar su estilo de vida. Vida que terminó de cambiar cuando, tras aceptar lo ocurrido, la vida le dio un nuevo mazazo a Carolina, la repentina trágica muerte de sus padres, y entonces ya nada volvió a ser lo mismo.

Ahora, más de dos décadas después, aquel «te quiero» quemaba en la boca, parecía haberse anquilosado en sus cuerdas vocales, especialmente en noches de viernes como aquella, en la que se sentía solo y perdido al ver a Carolina besar a Sergio, que la esperaba en la calle, mientras él los contemplaba sin querer desde la terraza.

—Tarde, Daniel, llegaste tarde.

—Papá, ¿hablas solo?

Daniel dio un salto, no había oído a su hijo acercarse.

—*Joder*, Guille, eres muy sigiloso —Con la mano en el corazón dijo.

—¿A dónde llegas tarde? —se interesó Guillermo, miró a la calle y vio a su madre y a Sergio alejarse calle abajo.

—A ningún lado, decía que se ha hecho tarde parar preparar la cena. ¿Te apetece, ya que estamos solos, pedir pizza?

—Justo te lo iba a proponer, ¿te importa si se une David a nosotros?

—No, para nada.

—Cena de tíos.

—¿Con tu padre? —rio Daniel.

—Si fueras mamá no sería de tíos, pero eres hombre, ¿no?

Aquella era la noche. Antoine e Isabel volvían a estar solos y aquella misma mañana en el desayuno, aprovechando la presencia de su cuñada, Antoine le había dicho a Isabel que retrasara su viaje a Madrid, que aquella noche se quedara en casa. No quería seguir posponiendo lo impostergable.

Isabel no se preocupó por disimular lo poco que le apetecía aquella cena, el telón se había bajado, ya no necesitaba jugar a tener el matrimonio perfecto ante nadie. Su actitud, sus gestos, su continuo mirar el móvil daban buena cuenta de ello. Antoine, por su lado, aunque hubiese preferido cenar con Lilith, se molestó en preparar la cena y poner la mesa, como un año atrás era costumbre.

—¿Puedo saber a qué se debe esta cena? —Antoine le sirvió el vino— Gracias.

—Vaya, una palabra de cortesía —contestó con ironía y una media sonrisa en los labios—. *Santé*! —Dio un sorbo al vino— En cuanto a la cena, elige una opción: primera, podría ser la celebración de nuestra primera cena romántica tras más de medio año. Segunda opción, el aniversario de nuestra boda —Vio un atisbo de duda en su mirada—. Tercera opción, la cena en la que me vas a contar que te tiras a otro —Dio un nuevo sorbo al vino y probó la lubina bajo la atónita mirada de Isabel—. La verdad es que me ha quedado buena, ¿no crees? El pescatero no me engañó al recomendarme la lubina.

Isabel seguía perpleja y en silencio. Él se lo había insinuado en alguna ocasión, pero creyó que solo lanzaba piedrecitas, sin saber la verdad.

—¿No tienes nada qué decir? ¿No sabes cuál es la respuesta correcta? —Se sirvió un poco más de vino, parecía divertirse—. Te ayudo. Nuestro aniversario no es, fue el uno de marzo por si no lo recuerdas. Normal, tienes una agenda muy ocupada y con tanto viaje a Madrid es de lo más lógico que tengas lapsus de memoria —La miró a los ojos, ella seguía en la misma posición —. ¿En realidad viajas a Madrid o él vive en Valencia y solo haces la maleta para llevarte algo de ropa? *Chérie*, debieras tener ropa en su casa o ¿también está casado? —Sus ojos la miraron con dureza— *Chérie*, debieras saber que Valencia no es tan grande, ni siquiera el mundo lo es, ya sabes aquello que dicen: «el mundo es un pañuelo». —Sin dejar de mirarla se llevó un nuevo

pedazo de pescado aderezado con guarnición a la boca, saboreó el bocado como si no hubiese mañana. —. Pruébala antes de que se enfríe, siempre te gustó la lubina —dijo con una sonrisa mientras daba un nuevo sorbo a su copa—. ¿No tienes nada que decir?

—Ya lo has dicho todo tú, casi mejor recojo mis cosas y me voy —Hizo ademán de levantarse.

—No, ni sueñes que te vas a ir sin darme una explicación, Bel, creo que es lo mínimo que merezco —Con suavidad la sujetó del brazo—. Siéntate, si no quieres comer no lo hagas, ahora tú te lo pierdes, está espectacular y esta será la última vez que cocine para ti. Ahora habla…

—Muy bien, tú ganas —Se sentó—. Sí, es verdad, hay alguien, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberte engañado.

—¿De verdad lo sientes? ¿Cuánto tiempo hace que empezó todo?

—Octubre.

—¿Octubre?

—Bueno, nos conocimos antes —No podía mirarlo a los ojos, Antoine la miró con dureza, no había ni sombra de amor en su mirada.

—¿Cuánto antes?

—En marzo…

—¿Marzo? Estamos en abril y, queda claro que hablas de marzo del año pasado, llevas un año *follando* con otro, perdón, igual ya no *follas* sino haces el amor—Con una sonrisa irónica comentó—. Conmigo está claro que, ni una cosa ni la otra y, ¿te atreves a decirme que lo sientes?

—En marzo fue algo puntual. Un tonteo…

—¿Un tonteo? ¿Tú crees que soy *gilipollas*?

—Hablo en serio, no nos volvimos a ver, pero por trabajo hablábamos todos los días, nos enviábamos correos y en octubre se vino a Valencia.

—¿Me estás diciendo que ese tío se ha venido a Valencia por ti? ¿Qué *coño* haces conmigo? ¿Sabe que estás casada? —Antoine no entendía nada, soltó los cubiertos y se levantó—. Sí, claro que lo sabe, es obvio. ¿Qué *coño* haces conmigo Bel?

—No lo sé, me gusta llegar a casa y verte.

Antoine soltó una carcajada.

—*Joder*, te regalo una foto, pero quiero que te vayas de esta casa hoy mismo. Así que recoge tus cosas y lárgate, no quiero saber nada más. El mismo lunes hablaré con mi abogada.

—¿Con tu abogada? Antoine...

—Antoine, ¿qué?

—Igual...

—No, Bel, ni se te ocurra insinuar que nos demos una oportunidad—La miró con frialdad, pero mantuvo el tono de voz—. Un año, Bel, llevas todo un año manteniendo una doble vida. ¿Para qué? Porque te gustaba llegar a casa y verme aquí, eso según tú, yo no creo esa respuesta. Tu matrimonio ha sido tu excusa perfecta para no lanzarte a la piscina, yo ya no voy a servir de escudo. Ahora eres libre de seguir con tu amigo o darle puerta para poder tirarte a otro.

David se despidió de su amigo y su padre, le resultaba curioso haber pasado la noche del viernes con el padre de un amigo y que las horas hubiesen pasado tan rápido. Estaba claro que los padres de Guillermo no podían compararse con los suyos, entre sus padres y los de Guillermo había una brecha de veinte años. Un par de voces femeninas subió por el hueco de la escalera, David se quedó petrificado al reconocer la voz de Mónica. Ya no recordaba que ella vivía un piso más abajo. No tenía intención de espiarla, de hecho, quería bajar, saludar y marcharse; seguir con su plan, ni más ni menos que la misma táctica de ella: ignorarla.

Sus pies no le obedecieron, no podía moverse, estaba atrapado por su voz, por su risa. Notó como su sistema nervioso se activaba con solo saber que estaba a unos pocos pasos de distancia.

—¿Ahora le enviarás un mensaje? —Con una sonrisa socarrona en los labios Mónica preguntó a Vivi.

—No, no pienso enviarle mensaje —respondió al tiempo que se bajaba de sus vertiginosos tacones junto a su ya abierta puerta. —. ¿Para qué iba a hacerlo?

—¿Cómo que para qué? Vivi, ¿eres consciente que el tal Vincent ha acaparado toda nuestra conversación esta noche?

—¡Híjole, no me seas exageradita!

—No, no lo soy —replicó con una sonrisa—. Métete en esa cabecita loca que hace mucho dejó de ser cosa de Lilith, ya te lo dijimos en su momento y dijiste que no, ahora, querida mía, no puedes decir lo mismo. Uno no amanece y se acuesta con los mensajes del lío de un personaje de ficción, no creo que necesites tantos datos y… —la señaló de manera acusadora con el dedo—. De ser así, déjalo ir antes de hacerle daño. ¿Y bien?

Vivi no pudo evitar una sonrisa, Mónica amplió la suya.

—Sí…Sí…Sí —Le hizo burla—. A ti te gusta ese hombre. Joder, si te brillan los ojitos. —No pudo evitar reírse.

David esbozó una sonrisa, se mordió los labios para no reír y no ser descubierto, aquella risa le pareció el sonido más sensual que jamás hubiese oído.

—Y tú, ¿qué? ¿Reconoces que ese alumno te pone?

La respiración se le cortó a David, algo le decía que la amiga de Mónica hablaba de él.

—¡No compares! Da igual que me ponga o no me ponga. Soy su profesora y no voy a ceder. En breve comienzan las vacaciones de Pascua y me libraré de tener que verlo un par de semanas.

—Eres tonta. No cometes ningún delito si te lías con él. ¿Sabes que mis padres se llevan el mismo número de años?

—Tu padre no era el profesor de tu madre o viceversa.

—No, eso no, pero estoy segura que no serías la primera profesora en liarse con un alumno.

—Vivi, no intentes convencerme, ya me soltó Antoine ese discursito.

—Sí…Sí…Antoine. Ahí quería llegar yo.

—¿Qué pasa con Antoine? ¿Sabes si ya habló con la estirada de Isabel?

—Ni idea, pero tú tienes algo que contarme —dijo con una sonrisa pícara en los labios—. Os vi hace un par de semanas comiendo juntitos y no me has contado nada del tema. Ten amigas para esto.

—¿Qué quieres que te cuente? Solo comimos juntos, no es la primera vez que ocurre, siempre me he llevado muy bien con él.

—Solo comieron, ¿de verdad?

—Sí, a ver… —sonrió. Desde su posición David seguía atento la conversación, no sabía quién era ese Antoine, pero le molestó la idea de que su diosa estuviese con él—, pudo haber ocurrido, pero no fue así.

—Vaya…Vaya…Pues el francés tienes su punto.

—No te digo que no —sonrió—. Te digo que besar lo hace de fábula—rio—. Hala, te dejo o a este paso nos echan por montar la fiesta en la escalera o, te vienes a casa y no tomamos la última copa mientras seguimos cotilleando —Volvió a reír entrando en su casa—. Bona nit!

—Buenas noches, que sueñes con angelitos de ojos azules.

—Idiota —rio—, creo que Tom se viene conmigo a la cama.

Ambas soltaron una risa floja y se metieron en sus respectivas viviendas. Nada más escuchar los suaves portazos David reanudó su camino sin encender la luz, que acababa de apagarse, no quería dar señales de su presencia. Con una amplia sonrisa pasó junto a su puerta y siguió su camino.

—¿Por qué no? ¿Qué puede pasar? ¿Qué me eche?

David dio media vuelta sobre sus pasos, subió los escalones ya bajados y con suavidad llamó con los nudillos al 2ºB, estaba convencido que aquella era su puerta, al menos, desde su situación eso le había parecido.

Ni los zapatos se había quitado, sus apresurados pasos resonaron sobre el parqué. David tragó la saliva acumulada en la boca al sentirla al otro lado y saber que de un momento a otro la vería.

—Al final vienes a por la copa —No miró por la mirilla, estaba convencida que solo se podía tratar de Vivi. Se quedó paralizada al ver los sonrientes ojos de David.

—Acepto la copa —Clavó su intensa mirada en ella, recorrió su cuerpo con la mirada, aquel vestido se alejaba mucho de los vaqueros y camisetas con los que iba a clase.

Mónica se refrescó la cara con las manos, notaba que el calor bullía dentro de ella.

—¿Qué haces aquí?

—Tomar una copa contigo.

—No digas tonterías, creía que eras otra persona —replicó. El calor, que le subía por el cuerpo, era insoportable. Estaba segura que su piel ardía, tal y como lo hacía su sangre. —. Mejor te vas, mi acompañante vendrá en un momento —Sin éxito intentó cerrar la puerta, el pie izquierdo de David lo impidió—. David, ¿qué haces?

—Necesito aclarar unas dudas…

—Las dudas en tutoría los martes, miércoles y jueves—replicó.

David entró y con suavidad cerró la puerta.

—Esta no es una duda para la doctora Alberola Ramos, sino para Mónica —La miró a los ojos —. Quiero saber qué ocurre si…

Mónica se sintió perdida, había retrocedido unos pasos, la pared se interpuso en su camino. David apoyó las manos en la pared, no le dio tiempo de huir, en realidad, ella tampoco quería hacerlo.

—¿Qué quieres saber? —La voz le hizo un requiebro al sentirlo cada vez más cerca.

Mónica se estremeció, cerró los ojos un instante, los volvió a abrir topándose con sus impresionantes ojos azules. Tragó saliva y un leve gemido se escapó de su boca al sentir la calidez de su respiración junto a ella. Los dedos de David recorrieron sus desnudos brazos, provocándole un infinito placer, que la hizo estremecerse y notar como su sexo se humedecía.

David sonrió, sabía que le estaba ocurriendo, a él le sucedía lo mismo. Aquella sonrisa más la excitó, sin prisas, con una calma poco inusual a su edad, la agarró de las muñecas para acercarla aún más a él y la besó larga y apasionadamente.

Largos fueron los minutos en los que sus lenguas se buscaron, sus labios se devoraron. Mónica logró zafarse de sus manos y rodeó su cuello con los brazos antes de deslizar los dedos por él y perderse en su corto cabello. David sintió que entraba en el paraíso, y no lo hacía solo, pero se separó de ella. Aquel no era el momento, solo quería hacerle saber que sentían y deseaban exactamente lo mismo.

—Buenas noches, gracias por resolver mi duda. —Se pasó la lengua por los labios que emulaban una sonrisa.

—¿Qué? —Sin aliento preguntó sorprendida.

David observó sus enrojecidas mejillas, su falta de aire, así como en las dos sugerentes protuberancias, que anunciaban la ausencia de sujetador, junto al escote. Volvió a humedecerse los labios bajo la aturdida mirada de Mónica, que no sabía qué hacer. Quería más y, sabía que él lo sabía.

David entrelazó los dedos de su mano derecha con la izquierda de ella y para su sorpresa abrió la puerta.

—Buenas noches —susurró junto a su cuello antes de besarla bajo la oreja—. Nos vemos el lunes, buen fin de semana. Mónica lo miró sorprendida, aquella jugada no se la esperaba. —Buenas noches —repitió David saboreando su victoria. Ya no podía negarle que el sentimiento era mutuo. Inclinó su rostro junto al de ella, apoyó la frente en la suya—. Pídemelo… —Sus dedos recorrieron los labios de ella—. Reconoce que a ti también te apetece y me quedo.

Moría por arrancarle la camiseta, besarlo y arrastrarlo a su cama, pero a ella nadie le ganaba. Si quería jugar así lo harían, pero ella pondría sus reglas y demostraría quien era la dueña del tablero.

—Bona nit, David, nos vemos el lunes —respondió mirando el bulto de su cremallera y volviéndolo a mirar a los ojos—. Asegúrate de cerrar bien la puerta.

Ambos se sostuvieron la mirada. La electricidad fluía entre ellos. Él no se quería ir, ella no quería que se fuera. Mónica lo miró a los ojos, sin dejar de hacerlo retrocedió un par de pasos y, sin la menor de las prisas deslizó los tirantes de su vestido por sus brazos, lo bajó por su cuerpo. David no podía dejar de mirarla, estaba hechizado. Mónica salió del vestido y lo dejó caer al suelo.

—Cierra la puerta.

David obedeció, esta vez la puerta se le fue de las manos.

—¿Crees que se puede cerrar la puerta así? —Lo miró desafiante—Ahora abre y vuelve a cerrar—David la miró atónito, no sabía si hablaba en serio—. ¿Qué esperas? Abre y cierra de nuevo la puerta.

Sin rechistar David abrió y cerró la puerta sin dejar de mirarla.

—Muy bien, que no se vuelva a repetir —Pasó los dedos por sus mejillas, raspaban un poco. Él intentó besarla, ella interpuso la mano entre ella y su boca—. Mi tablero, mis reglas. Conmigo no juega nadie, no lo olvides.

David la vio alejarse sobre sus tacones, sus ojos se clavaron en sus firmes y redondeadas nalgas alejándose por el pasillo y desaparecer por una puerta, que intuyó era el dormitorio. Tomó aire, le faltaba el aliento y emprendió su particular camino de baldosas amarillas, salvo que él no buscaba ni valor, ni cerebro, ni corazón, y mucho menos el camino de regreso a casa; él iba camino al jardín del Edén.

Capítulo 14

Abril, 2019

La vida empezó a despertar en el 2ºB. David abrió los ojos, se sintió confundido por no saber si lo vivido la noche anterior había sido sueño o realidad, se giró hacia la izquierda y se topó con su cara. Mónica dormía plácidamente, su revuelta y ondulada melena caía sobre su rostro. Con cuidado de no despertarla apartó la melena de su cara, no pudo evitar acariciar sus mejillas, perfilar sus labios y bajar por sus suaves brazos.

Sus dedos volvieron a realizar el camino a la inversa, al llegar al hombro descendieron por su clavícula, bajaron por su esternón deslizándose por la sensual, delicada y elegante rosa, con extremo cuidado las yemas de sus dedos rodearon sus pechos con parsimonia y delicadeza. La respiración de Mónica se agitó por el delicioso placer, David sonrió al percibir su agitación y siguió su recorrido hasta llegar a su ombligo, allí se detuvo y se recreó haciendo círculos concéntricos alrededor antes de bajar por su monte de venus.

Mónica abrió los ojos, aquel placer era demasiado real para solo estar ocurriendo en los mundos oníricos, se encontró con la acuosa mirada de David, se sonrieron mientras él adentraba los dedos en ella, que complacida abrió las piernas y se movió al ritmo marcado por él; esta vez, por primera vez en las últimas horas, le permitiría el lujo de llevar las riendas.

En el 1ºA Antoine miró la hora en el despertador aún no eran las siete y ya estaba despierto. Aquel sábado era el primer día de su nueva vida, ya no volvería a quedarse solo otro fin de semana, ya no tendría que escuchar las trilladas excusas de Isabel; ahora solo estaba él. Cogió el móvil, era temprano, pero le dejaría el mensaje de «buenos días» a Lilith.

Nada había vuelto a pasar entre ellos desde aquel memorable despertar, la situación no lo había permitido, pero habían ganado en confianza e intimidad. Todos los días se enviaban varios mensajes a lo largo del día, por eso, tenía el firme propósito de pasarle su contacto de WhatsApp. No quería seguir en aquella página, le aburría eliminar mensajes de interesadas en su perfil todos los días.

Vincent: Buenos días, espero que disfrutes de un estupendo fin de semana. Un beso.

Las campanitas del móvil la despertaron, Vivi abrió los ojos, sacó el brazo fuera de las sábanas y a ciegas palpó hasta encontrarlo. No necesitaba leer el mensaje para saber quién le escribía desde la plataforma de citas a aquella tempranera hora. No era uno, sino dos los mensajes, el primero era su diario «buenos días», ese no la pilló por sorpresa; el segundo sí, en él le pasaba su número de teléfono invitándola a añadirlo a la aplicación de mensajería por excelencia, WhatsApp.

Era absurdo, como algo tan simple la puso nerviosa, aunque Vincent le proponía mensajearse, nada de hablar, aquello implicaba dar un gran paso en su relación. Sin embargo, no se lo pensó, acomodó las almohadas para incorporarse, comprobó su foto de perfil, no se la reconocía, era una foto de espaldas en la playa, por el momento, prefería permanecer en el anonimato; añadió el contacto de Vincent y le envió un mensaje.

Lilith: Buenos días, madrugador. Otro beso para ti, por cierto, soy Lilith.

No se levantó de la cama, permaneció con el móvil en la mano, la costumbre dictaba que en breve recibiría su respuesta.

VINCENT

Buenos días, espero no haberte despertado y no haberte molestado con mi osadía.

Vivi amplió la imagen de perfil. Decepción, él tampoco tenía una foto en la que se le pudiera ver, seguía siendo el hombre sin rostro.

LILITH

De haber sido así no te hubiese contestado, ja, ja, ja.

VINCENT

Ahora podré eliminar la dichosa cuenta esa, me aburre eliminar candidatas todos los días.

LILITH

Ja, ja, ja…Así que hay muchas candidatas interesadas en ti.

VINCENT

Seguro que no tantos como en ti, ja, ja, ja. Sabes, solo he hablado contigo.

LILITH

Me halaga haber sido la seleccionada. Me gusta hablar contigo.

VINCENT

Y a mí contigo. ¿Qué tal Fred?

LILITH

Ja, ja, ja… Un momento y te lo digo.

Vivi no se lo pensó dos veces, se estiró para alcanzar el cajón de la mesita de noche, lo sacó de su bolsita, lo puso sobre la cama, le tomó una foto y se la envió.

LILITH

Para que conozcas al que no me da besos.

VINCENT

Ja, ja, ja… Eso es porque solo es una máquina sin sentimientos. LILITH

Será una máquina sin sentimientos, pero ya te digo que da mucho gusto.

VINCENT

Pero no puede tocarte, besarte, acariciarte, susurrarte al oído…

LILITH

Uff…Tú tampoco lo haces y ahora mismo mi cuerpo ha reaccionado como si lo hubieses hecho.

VINCENT

Mmm…Me encantaría verlo.

Vivi se levantó de la cama, se quitó las braguitas, se colocó frente al espejo y, con cuidado de que no se viera su rostro, se sacó una fotografía, volvió a la cama y se la envió. De todas las locuras, que podía haber hecho en su vida, aquella era la mayor de todas, pero le apetecía.

VINCENT

Uff… ¿Quieres matarme?

LILITH

No se te ocurra, solo si es de placer.

VINCENT

Abre las piernas y acarícíate, piensa que soy yo.

En el ático B Daniel tampoco dormía, se preparó un café con leche bien cargado de café y salió a la terraza. El silencio reinaba fuera y dentro de la puerta contigua, ni su hijo, ni Carolina debían haber despertado. Dejó la humeante taza sobre la mesa y entró a por el libro, que andaba leyendo, se sentó en el amplio sofá de la terraza y café en mano se adentró en la lectura.

Media hora después Guillermo salía corriendo y de la misma manera entró en el ático de su padre. Tan acelerado iba que no se percató de la presencia de su padre.

—*Bon dia* —dijo al verlo salir con cara de preocupado.

—*Joder*, estás aquí. Ya creía que tampoco estabas tú, aunque, por lo menos, tu cama está

revuelta. ¿Tú sabes dónde está mamá? ¿Ha dormido contigo?

—¿Conmigo? ¿De dónde sacas eso?

—Porque no está en casa, su habitación está recogida.

—No habrá pasado aquí la noche —respondió serio—. Tu madre es mayorcita.

—*Joder,* ¡pues que avise! Bien que me lo dice siempre a mí.

—Guille, ¿cuál es el problema? —sonrió— Estará con Sergio.

—Mamá nunca pasa la noche fuera —Ofuscado arguyó.

—¿Le habías conocido novio antes?

—No, pero…

Guillermo miró hacia la puerta al ver el gesto de su padre, Carolina salía a la terraza, llevaba la misma ropa de la noche anterior. Carolina sonrió, Guillermo no, Daniel tampoco.

—*Bon dia*—saludó Carolina que al escuchar la voz de su hijo decidió salir a la terraza.

—¿*Bon dia?* —Un serio Guillermo respondió— ¿Te parece bonito?

Carolina lo miró perpleja, pasó la mirada a Daniel, que hizo un leve movimiento de hombros y vocalizó un silencioso buenos días.

—¿Sabes el susto que me he llevado al ver tu habitación recogida y comprobar que tampoco habías pasado la noche con papá?

—¿Qué? ¿Por qué iba a pasar la noche con tu padre? —Sorprendida preguntó.

—No lo sé, pero eso es lo de menos. ¿No sabes avisar?

—Lo siento, me despisté —Acarició el enfadado rostro de su hijo—. Lo siento, tienes razón. Anoche me despisté, creí que llegaría antes de que te despertases, aún no son las ocho de la mañana.

—La próxima vez no te servirá esa excusa —Guillermo sonrió—. Así que estabas con Sergio, ese que no es tu novio…

—Exacto, ese que no es mi novio —No pudo evitar una sonrisa, la borró al encontrarse con el serio rostro de Daniel.

—Con un «no novio» tuvo un hijo —replicó Daniel pasando la mirada de ella a su hijo. —, aunque aquella vez lo del «no novio» era completamente cierto.

—¡Daniel!

—¿Miento?

—Mamá, espero que estés tomando precauciones. —bromeó Guillermo.

Daniel soltó una carcajada, Carolina enrojeció con el comentario de su hijo.

—Mira lo que has conseguido —recriminó a Daniel.

—¿Yo? Si no he dicho nada y… —Miró a Guillermo—, has de saber que eres consecuencia de una goma rota, que precauciones se tomaron, eso sí, fallidas.

—¡Daniel!

—¿Qué? ¿Acaso miento? Lo raro es que, con lo preguntón que es, no te lo haya preguntado.

—Así que soy un fallo a lo bestia —rio Guillermo—. Alguna vez me tenéis que contar esa historia.

—Cuando quieras —contestó Daniel divertido al ver la cara de Carolina.

—Me voy a la ducha.

—Mamá…

—¿Qué?

—Creo que merecemos conocer a Sergio tras habernos tenido preocupados.

David se dejó caer junto a ella, estaba exhausto, pero si por él fuera no se hubiese levantado de aquella cama en todo el fin de semana. Mónica hizo atisbo de levantarse, él la retuvo.

—David —lo miró a los ojos—, necesito ir al baño—. Y tú —se agachó y lo besó en los labios —has de ir pensando en marcharte a casa.

—Prefiero quedarme contigo —dijo con la mirada puesta en su cuerpo desnudo saliendo del dormitorio.

—Ni lo sueñes —respondió al regresar al dormitorio—. Si quieres te invito a desayunar, pero luego te vas.

David se levantó de la cama, se acercó a ella, la rodeó con sus brazos, la levantó y llevó a la cama.

—Primero, déjame desayunarte a ti.

Un piso más abajo Sara llevaba horas despierta. Dos semanas hacía que no dormía más que a ratitos. Dos semanas en las que la angustia, el dolor y la vergüenza se habían apoderado de ella. Pasaba las horas encerrada en su habitación, intentaba centrarse en sus estudios y olvidarse del mundo exterior. No lo lograba, no había operación matemática, ni fórmula química que tuviera ese poder, al menos no de forma duradera. Una vez se levantaba del escritorio todo su efecto se desvanecía y terminaba por caer en picado cuando cogía el móvil y leía los comentarios de los que en algún momento creyó sus amigos.

Una semana tardó en darse cuenta que Kevin ya no volvería con ella, que todo había acabado. Ella se echaba la culpa de todo, consideraba que su asistencia al cumpleaños de Guillermo había roto la confianza existente entre ellos, aún a pesar de estar en boca de todos sus compañeros de clase y, sus fotos desnuda haber pasado de chat en chat no era consciente que ella no era la culpable, sino la víctima de un sociópata manipulador.

Al otro lado de la pared Ana y Juan se desperezaban. Los sábados y domingos por la mañana se permitían remolonear y, que fuesen sus empleados los encargados de abrir el local.

—*Bon dia* —murmuró Ana, acurrucándose en el pecho de su marido—, Juan —dijo tras desperezarse.

—¿Por qué no me gusta cómo ha sonado mi nombre? —Acarició los brazos de su mujer.

Ana se sentó en la cama y lo miró a los ojos, él le hizo un guiño, ella sonrió.

—Me preocupa la niña. ¿No la ves muy desmejorada?

—¿No conoces a tu hija? ¿Aún no sabes cómo se pone con la cercanía de los exámenes? —respondió con una sonrisa, restándole importancia a la preocupación de su mujer? —Piensa que este año se lo juega todo a una carta, tu hija es muy exigente consigo misma.

—Sí, eso lo sé, pero… —Hizo una leve pausa—. No lo sé, tengo un pálpito —Ana dio un pequeño salto al sentir las caricias de su marido en el costado—. No sé, creo que no solo es por los exámenes.

—Igual ha discutido con el novio, ya sabes cómo es Sara, no nos va a contar nada, siempre ha sido muy celosa de su intimidad.

—¿Y si está embarazada?

Juan se sentó de golpe en la cama, toda la vigorosidad de su sexo, que llevaba animado un buen rato, desapareció de golpe.

—¿Embarazada? ¿Pero la niña y… —No le salían las palabras. Para él, Sara seguía siendo la niñita que le servía café en las tacitas de juguete.

—*Cariñet* —sonrió Ana al ver la cara de estupor de su marido—. ¿Recuerdas a qué edad nos conocimos? ¿Recuerdas cómo celebramos nuestro ingreso en la universidad?

—Pero es Sara… es mi pequeña… ¿Qué sabemos de ese Kevin? Kevin…Kevin…—A Ana le costaba no reírse de su marido—. ¿Qué nombre es ese? ¿Quién en España pone ese nombre? ¿De dónde ha salido ese chico? ¿No le has pedido a Carolina que te informe?

—¡Juan! —Soltó una carcajada— ¿Tú te estás oyendo? Kevin es un nombre como otro cualquiera, ¡qué más da el nombre! En cuanto de dónde ha salido, es un compañero de clase, la verdad, es muy mono y atento, pero eso ya te lo dije cuando lo conocí.

—Sí, el de la rosita —dijo con sorna.

—Sí, el de la rosita —repitió—. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que me regalaste flores?

—¡Serás! —La tumbó en la cama y la aprisionó bajo su cuerpo— ¿No eres tú la que dices que pasas de flores? —La sujetó por las muñecas y subió los brazos por encima de su cabeza— Yo que me enamoré de ti por tu sinceridad —Con suaves besos bajó desde la barbilla al nacimiento del cuello sin soltarle las manos—. A estas alturas no dirás una cosa queriendo decir otra, ¿verdad?

—¿Te enamoraste de mi sinceridad? —emitió un suave gemido— Juan, cariño, que falta de romanticismo.

—Es un decir —La miró fijamente a los ojos antes de besarla apasionadamente dejándola sin aliento. —. Tu mirada, tu enorme y sempiterna sonrisa —dijo volviendo a bajar por su cuello—. Tu conversación, cómo me haces sentirme en un mundo aparte y tu manera de moverte fuera y dentro de la cama. ¿Te vale? —Parado ante su ombligo la miró para preguntarle.

—Me vale… —musitó. Se miraron a los ojos, se sonrieron y perdieron entre besos y caricias.

Capítulo 15

No sé si alguna vez os habéis planteado lo relativo que es el tiempo, como para unos los días parecen correr, mientras que, a la misma vez, otros sienten que el reloj va más lento de lo normal. Yo, por ejemplo, solo sé que según pasan los días aquí adentro el espacio se va haciendo más pequeño, pero no tengo ganas de salir. No imagináis lo a gustito que se está aquí, mecida por el bamboleo de mi madre, durmiéndome con su voz y la de mi padre. Además, ¿cómo querer salir ahí fuera cuando la habéis liado parda?

Pero olvidemos eso ahora, volvamos al mes de abril de 2019 y, a digamos, la avenida de la Felicidad número 9. Obvio, no es el nombre de nuestra calle, pero ni soñéis que os dé el real. Igual un día mis vecinos leen esto y se reconocen, aunque haya cambiado los nombres o no, los hechos son tal y como ocurrieron.

Como os decía, dicen que no sentimos el paso del tiempo de la misma manera. Todo depende de nuestro estado anímico y, en mi finca, no todos se sentían igual de eufóricos. La primavera y, especialmente, el AMOR los hacía vivir aquel abril de manera diferente.

En los áticos, por ejemplo, Carolina sentía que los días se le escurrían, su relación con Sergio se había afianzado. Atrás había dejado sus prejuicios por ser el padre de un alumno. Samuel, el hijo de Sergio, aunque, oficialmente, no sabía que su tutora era la novia de su padre, lo intuía porque la había reconocido un día en la puerta de su padre; a él no le disgustaba la idea, todo lo contrario, Carolina le gustaba para su padre.

Guillermo solo era visto a la hora de la cena, siempre andaba liado entre apuntes, libros y prácticas. Poco tiempo libre le quedaba, ni siquiera para pasarlo con su querido amigo, David, en él sí que el AMOR había hecho diana.

Daniel, por su parte, compaginaba su trabajo en el hospital y la ONG, necesitaba ocupar su mente, descartar la fantasía de tener una relación amorosa con Carolina.

Un piso más abajo. Uff…Las mujeres del segundo vivían a tope cada minuto. Mi madre veía como su novela se desarrollaba a pasos acelerados y, aceptó que Lilith solo era su pseudónimo y, que era ella la que hablaba todos los días con su enamorado sin rostro y, la que casi todas las noches compartía con él su orgasmo.

Mónica se había dejado llevar por el deseo y muchas eran las noches que David pasaba con ella. Eso sí, todo de manera clandestina, por el momento, no quería que nadie se enterara de aquella relación.

En el primer piso había luces y sombras. Antoine se desprendió de su alianza y, se liberó del lastre del último año. Isabel se llevó todas sus cosas y él sintió que aquella casa volvía a oler de manera diferente, aunque todo se debía a los sentimientos que Lilith había despertado en él.

Y las sombras estaban en el piso de enfrente. Juan y Ana estaban preocupados por su hija, ya no les convencían las excusas dadas por Sara. No entendían las enfermizas ojeras, su cada vez más extrema delgadez por la falta de apetito y su no querer salir de casa. Aquellas dos últimas semanas de abril, en las que los escolares valencianos tenemos las vacaciones de Pascua, Sara solo salía de su cuarto para comer y porque sus padres la obligaban a ello.

29 de abril, 2019

Aquel era uno de esos lunes, que no parecen lunes, sino domingo por venir pintados en rojo en el calendario, San Vicente, el que incluye a toda la provincia. Me explico, aquí celebramos dos

San Vicente, uno incluye a toda la provincia y, el otro solo a lo demarcado por las cruces de la ciudad. Así que aquel era un lunes relajado, en mi finca todos estábamos de fiesta, todos menos mi madre que trabajaba sin descanso en la novela a la que le debo mi vida.

Daniel, tal y como se había convertido en su costumbre desayunaba plácida y tranquilamente en la terraza.

—Hola —saludó Daniel a Carolina, que recién levantada salía a la terraza.

—Hola, *bon dia*—sonrió y se sentó a su lado en el sofá—. Hacía días que no te veía.

—Sí, he estado ocupado y… —entornó los ojos y dibujó una media sonrisa—, alguien ha estado fuera de casa —Carolina le devolvió la sonrisa—. Me alegro que te vaya bien. —Su relación con Sergio le dolía, pero empezaba a asumir que su momento ya había pasado.

—Gracias —Dio un sorbo a su café con leche—. Sabes que sigues debiéndome una cena.

—¿Te debo una cena? —preguntó divertido— Ah, sí, te prometí hacerte algún plato típico de Nigeria.

—Exacto.

—Andas tan ocupadita con tu novio… —dijo con sorna, disimulando el dolor que le provocaba la simple idea de imaginarla en sus brazos.

Carolina le dio un codazo en el brazo al ver la cara que le ponía.

—¿Te deja Sergio libre esta noche?

—Sí, me da libre, idiota —rio y enseñó la lengua—. Tu hijo es igual de payaso que tú.

—El payaso de tu hijo sale esta noche, ¿te apetece cenar conmigo?

—Me apetece —Lo miró a los ojos, le dedicó la mejor de sus sonrisas y se acurrucó junto a él.

LILITH
¡Felicidades! Y, buenos días.
VINCENT
¿Felicidades?

Antoine no entendió el motivo para ser felicitado, riendo por lo bajo al darse cuenta que no era exactamente a él, sino a su álter ego por encontrarse en su onomástica.

LILITH

Sí, hoy es San Vicente. ¿No recuerdas el día en el que vives?

VINCENT

Ja, ja, ja…Cierto, no me acordaba.

Las risas de Antoine y Vivi se encontraron a medio camino entre el primer y segundo piso, lo curioso era que al escuchar la risa del otro siempre les hacía ampliar su sonrisa, sin imaginar que no solo coincidían sino reían juntos.

Su relación iba en aumento, en aquellos días vacacionales no solo habían disfrutado de un lento y placentero despertar sino desayunaban con toda la tranquilidad del mundo mensajeándose. Sin embargo, ninguno de los dos se había atrevido a dar un paso más. Ninguno de los dos había propuesto, ni tan siquiera insinuado la idea de conocerse, ambos creían que la magia existente entre ellos se desvanecería, aunque también sabían que en algún momento tendrían que conocerse.

La magia también fluía en el 2ºB, Mónica hacía tiempo que no se sentía tan pletórica, sin embargo, también era una relación dolorosa por tener que mantenerla oculta en la sombra. No quería que su relación se convirtiera en comidilla por los pasillos de la facultad de Historia, mucho menos quería fastidiar la reputación ganada a pulso en su carrera académica y, tampoco que alguien viera un inexistente trato de favor hacia David.

Por todo ello, su relación solo existía entre las cuatro paredes de su casa, no se lo había dicho a nadie; ella, una mujer a la que el don del valor le había sido otorgado desde su nacimiento, no se atrevía a contar que estaba con David, ni tan siquiera a Carolina.

—Buenos días —le susurró David al verla abrir los ojos antes de besarla—, me encanta despertar a tu lado.

Mónica no dijo nada, se limitó a sonreír. A ella le gustaba sentirlo a su lado, abrir los ojos y encontrarse con sus profundos ojos azules, pero algo dentro de ella le decía que no sería una relación duradera. Cierto que aquella misma voz interior le recordaba que, ella nunca había tenido relaciones largas, nunca se había enamorado lo suficiente para permitir que alguien osara a dejar un cepillo de dientes junto al suyo.

A ella le gustaba la libertad e independencia con la que vivía, aunque también sabía que eso era porque no había conocido a la persona adecuada, pero no estaba segura si esa persona era el chico de intensa mirada azul que la contemplaba embelesado.

—¿En qué piensas? —David se apoyó sobre los codos para contemplar su pensativo rostro desde la mismísima primera fila.

—En nada —mintió, incorporándose y dándole un suave beso en los labios.

—No es cierto —La pellizcó en la nariz—, me he dado cuenta que frunces ligeramente la nariz cuando estás pensativa. En clase lo haces mucho.

—Menos fijarte en la profesora y, más estar atento a sus explicaciones —Entornó los ojos a modo de recriminación.

—Y lo estoy, jamás tuve mejor profesora en mi vida —Los dedos de su mano derecha fueron bajando por su pecho, se deslizaron por la sugerente rosa que marcaba la frontera entre sus pechos. Sonrió al ver la instantánea reacción de sus pezones, que de inmediato se irguieron, cuales soldados ante su coronel. —, pero no puedo evitar fijarme en tus movimientos, analizar tus gestos. Sin decir que muchas son las veces que soy incapaz de no imaginar esta rosa mientras te escucho —La acarició sin apartar la mirada de sus oscuros ojos de ella—. ¿Sabes que tienes

una manía?

—Tengo muchas manías —Lo interrumpió al tiempo que su cuerpo se arqueaba de placer al estar siendo recorridos por sus labios.—. ¿Cuál es esa manía? Instrúyeme.

David se incorporó sobre su cuerpo, se apoyó sobre las palmas de las manos, como si estuviera preparándose para hacer flexiones, como así hizo para acercar su rostro al de ella.

—Nunca miras al alumno que se sienta en el tercer asiento de la primera fila —La miró a los ojos— y, sé de buena fe que muere por un guiño, una sonrisa, un gesto de complicidad. Prométeme que serás buena con él —la besó—, está locamente enamorado de ti y merece ese detalle. ¿Lo harás?

Mónica no podía apartar los ojos de los de él, le brillaban como si fueran dos luceros, nunca había visto unos ojos como los suyos. Sonrió. Se incorporó para besarlo.

—Te lo prometo. —Le susurró sin dejar de contemplar sus ojos.

Un batiburrillo de olores salía a la terraza. Carolina olisqueó en un intento de apreciar los ingredientes, distinguiendo el curry, el tomillo, ajo e incluso se atrevía a decir que algo de jengibre. Sonriente se acercó a la puerta, se apoyó en ella a escuchar la música, no estaba muy segura de cuál era el instrumento que sonaba, lo que sí tenía claro era la procedencia, África. Estaba claro que Daniel se había tomado en serio lo de la noche nigeriana, verlo al otro lado de la larga y negra barra americana con un holgado pantalón, claramente comprado en Nigeria, y una floja y larga camisa a juego, se lo terminó de corroborar.

—Hola —saludó al ser descubierta por Daniel, que se había girado al llegarle el aroma de su perfume—. ¿Qué instrumento es? Me recuerda al sonido de un violín, pero no termino de estar segura.

—Un goje —sonrió—. No vas mal encaminada, es una especie de violín de solo dos cuerdas.—. ¿Te vas a quedar ahí?

—No —Sonrió, pero no se movió—. Huele de maravilla, ¿necesitas ayuda?

—¿Prefieres cenar fuera o dentro?

—Fuera se está muy bien.

—Pues, si quieres ve poniendo la mesa y entra —sonrió—, sabes que estás en tu casa.

—Te queda muy bien esa ropa —Se acercó a él—. ¿Qué llevo para fuera?

—Primero coge el paquete que hay sobre mi cama, había olvidado por completo dártelo.

—¿Un regalo?

—Ve a mi dormitorio y lo verás.

Carolina recorrió el pequeño pasillo, el ático de Daniel solo tenía una habitación, eso sí, el cuarto era mucho mayor que el suyo, tenía vestidor y el baño dentro. Carolina se detuvo en la puerta para observar el dormitorio, hacía mucho que no entraba en aquella habitación, siempre le había gustado tanto la enorme cama central, como la falsa pared de madera que hacía las veces de cabecero y ocultaba tras ella el acceso al vestidor y al cuarto de baño.

Pasó la mano por el arcón de madera a los pies de la cama, aquel había sido el escondite favorito de Guillermo, en sus juegos siempre lo elegía y ellos fingían no encontrarlo, mientras escuchaban sus risitas dentro del enorme baúl. Sus ojos se posaron sobre los portarretratos de la mesita de noche, en una estaban Daniel y ella con Guillermo y, para su sorpresa en otro había una entrada igual a la que ella tenía en su estudio.

Carolina se sentó con cuidado sobre la blanca colcha de la inmensa cama, cogió el colorido paquete y lo abrió sin prisas.

—Espero que te guste —La sorprendió Daniel, que llevaba un rato observándola desde la puerta—. No se lo digas a mi madre y hermanas, con las prisas de última hora solo me acordé de ti y el niño. —Sus labios dibujaron una sincera sonrisa.

—El niño —repitió Carolina—, hace mucho que no tenemos niño —terminó de abrir el mullido paquete—. Gracias —Acarició la suave tela del enorme foulard de diferentes tonos de morado—. Es realmente bonito, me encanta. —Se lo puso por los hombros.

—Puede usarse así, en la cabeza y también a modo de blusa, falda o vestido.

—Probaré todas las formas, no lo dudes. —Se acercó y dio un par de besos en las mejillas.

—¿Ahora? —La miró con picardía.

—No —sonrió—. O bueno, me vestiré para la ocasión, para estar a tu altura. ¿Vestido?

—Sí —La miró a los ojos.

—¿He de ir a mis dominios o me cedes tu aposento? —Le hizo un guiño y lo empujó fuera del dormitorio.

—Hala, todo tuyo, si me necesitas sílbame, estaré fuera poniendo la mesa.

Carolina entornó la puerta, se quitó los zapatos, se despojó de los vaqueros y la camiseta. Dobló la ropa y la dejó sobre la cama antes de extender el enorme pañuelo e idear cómo ponérselo.

Tras varias pruebas optó por ceñirlo alrededor de su cuerpo a modo de un *palabra de honor*, pero terminó por pasar un extremo sobre su hombro izquierdo y de ahí lo bajó y pasó alrededor de la cintura. Solo necesitaba algo para sujetarlo y, por supuesto, quitarse el sujetador, no le gustaba ver los tirantes.

—Dani, ¿tienes un imperdible o algo con lo que pueda sujetar esto?

—Guau… Estás increíble —Daniel dejó los platos de pizarra negra sobre la barra y la observó detenidamente. Carolina sintió el calor encender sus mejillas—. No te hace falta imperdible, ya verás. ¿Me permites? —Carolina asintió con la cabeza. Daniel cogió la punta que bajaba por su hombro—. Haremos una variación —Sonrió mirándola a los ojos—. Cruzamos este extremo por la cintura, hacemos una especie de fajín, atamos y listo. Estás espectacular.

—Estás tú muy diestro —Lo miró a los ojos, sin alejarse un centímetro de él—, queda claro que no es la primera vez que lo haces.

—No —La miró fijamente—, tuve que practicar para ahora ayudarte a ti.

—Claro, seguro que lo hiciste por eso. —Le guiñó un ojo.

—Por supuesto —Le devolvió el guiño—. Se acabó la charla o se enfriará la cena. Ve a la mesa, ya la he puesto yo —La miró de reojo—, ya llevo yo los platos.

Carolina sirvió el vino y se sentó, poco tardó en llegar Daniel con sendos platos de arroz Jollof con pollo.

—Huele muy rico —Carolina se acercó el plato a la nariz para apreciar los aromas—. ¿Cómo se llama?

—Es arroz Jollof con pollo. Es el plato imprescindible en cualquier celebración que se precie en Nigeria y Ghana. Ambos países compiten por el origen del plato —Carolina atendía a su explicación sin apartar la vista de él—. En Navidad aquí huele a cordero, allí a las especias del arroz Jollof, imposible imaginar una Navidad sin comerlo.

—¿Siempre con pollo?

—No, pollo, carne, pescado o cualquier verdura. También es usual acompañado de plátano macho frito. ¿Haces los honores?

—Encantada —sonrió y probó el arroz, apreció el jengibre, el picante del chile, el curry y un sabor que no terminaba de identificar. —. ¿Qué fruto seco lleva?

—Buen paladar, es aceite de cacahuete. ¿Te gusta?

—Me gusta —sonrió mirándolo a los ojos—. ¿Brindamos?

—Por supuesto —Alzó su copa, chocó con la de ella sin apartar la mirada de la suya—. Por más momentos como este.

Poco a poco la comida desapareció de la mesa, la botella fue vaciada y sustituida por otra. Ninguno de los dos era consciente del paso de las horas, a la luz de las velas que, además de iluminar, se encargaban de alejar a los mosquitos, Daniel le contó las costumbres de la Navidad nigeriana. Así ella se enteró que en una mesa de Navidad había sido la primera vez que él había probado aquel plato, mesa compartida con la familia de Daren, uno de sus compañeros del centro de Lagos.

—¿De verdad también ponen el árbol? —Carolina se descalzó y subió los pies al sofá, intentó doblarlos bajo ella, pero el ceñido vestido se lo impidió.

—Estíralos —Daniel le ofreció sus piernas y ella se estiró sobre él—. Y sí, ponen el árbol igual que nosotros, aunque en muchas casas, cambian el abeto por hojas de palma.

—¿Tienes fotos?

—Todas las que quieras —sonrió—. Prepararé las mejores y las veremos con Guille.

—Perfecto.

—El año pasado celebré la Navidad en casa de uno de nuestros benefactores. Moroni vive en una gran avenida en la zona más rica de Lagos.

—Moroni…—repitió, dio un sorbo a su copa.

—Bienestar, ese es su significado.

—¿Y el de tu compañero? ¿Daren?

—Sí, Daren, nacido por la noche.

—Me encanta conocer el significado de los nombres, lo curioso es que nunca he sabido el mío.

—Mujer fuerte —Daniel dio un sorbo a su copa.

—¿En serio o te lo acabas de inventar?

—Hablo, totalmente, en serio—asintió con una sonrisa y clavando su mirada en la de ella—.

Tus padres no se equivocaron eligiéndolo para ti.

—Mis padres —sonrió y miró a las estrellas—. Sabes, por las mañanas siempre les doy los buenos días mirando al último lucero. Los echo tanto de menos.

—Lo sé —le acarició los pies—. Estarían muy orgullosos de ti.

—Me hubiera gustado tanto que hubiesen conocido a Guille —Los ojos se le humedecieron. Daniel se estiró hacia ella y enjugó las lágrimas—. Perdona, sabes que siempre fui de lágrima fácil.

—Y risa floja —apuntó con una sonrisa—. Eso es lo que siempre me gustó de ti.

—Gustó, eso es un pretérito imperfecto de indicativo. —apostilló con una sonrisa.

—Luego, te mosqueas si digo que Guille es igual de tiquismiquis que tú —se burló e hizo cosquillas en los pies.

—¿Lo de tiquismiquis es por no llamarnos *tocapelotas?* —No pudo disimular la sonrisa.

—¿Esto también se lo haces a tu novio?

—A Sergio—hizo hincapié en el nombre—, que no mi novio, lo acabo de conocer, a ti ya perdí la cuenta de los años.

—Pues, ya cumplimos las bodas de plata —La miró sonriente y, con un atisbo de esperanza por su respuesta— y… Aquí sigo aguantándote.

—Eso digo yo y, no te quejes, poco lo has hecho en los últimos diez años.

—Justo de eso me quejo.

—Perdona, te fuiste tú, no yo. ¿He de recordártelo?

— ¿Y quién no se puso en ninguna de las videoconferencias en los últimos años? Solo recibía mensaje tuyo por mis cumpleaños.

—Guille te saludaba por mí.

—Claro, Guille me saludaba, creía que éramos amigos.

—Y lo somos.

—Ni un solo mensaje. En los últimos años solo he sabido de ti a través de nuestro hijo, Mónica y mis padres. Sin contar que cuando vine la última vez ni si quiera nos vimos porque estabas de viaje de fin de curso. ¿Por qué?

—¿Esto es una encerrona? ¿Me has invitado a cenar para echármelo en cara? —Lo miró seria— ¿Por qué no me llamaste tú, Daniel? ¿Por qué no me enviaste un mensaje diciéndome esto o un simple: «hola, ¿cómo estás?»?

—Creí que no querías saber de mí.

—¿Por qué no iba a querer saber de ti? Eres el padre de mi hijo y mi mejor amigo.

—No lo sé —Alzó los hombros—. En el fondo, estaba convencido que estabas enfadada conmigo por dejarte sola con Guille.

El silencio se hizo entre ellos, hacía rato que no se escuchaba la música. Solo el grillo, que habitaba en una de las jardineras, frotaba sus alas y los amenizaba con alegría. Se miraron a los ojos, sonrieron y estallaron en carcajadas antes de abrazarse.

—Espero que Guille no haya sacado esta tontería innata nuestra —Con una amplia sonrisa comentó Daniel, se levantó y terminó de verter lo que quedaba de vino en sus copas—. Por nuestra infinita tontería. —brindó con ella.

—La infinita tontería es la que nos unió en el instituto —sonrió Carolina—, porque mira que eras tontito, siempre con tu guitarrita, rodeado por las niñitas. ¿Sabes cuántas me pidieron hacer de Celestina?

—¿Crees que a mí no me pedían tu teléfono? —intervino raudo. Levantó un brazo al verla acomodarse junto a él, pasándolo sobre sus hombros— Echaba de menos esto.

—¿Qué te diera caña?

—Sí —rio—y, nuestras largas charlas.

—Muy bien, reconozco que yo también —Miró hacia atrás para verlo—. Y reconozco que, si no te llamé, ni puse en las videoconferencias, fue por no echarte de menos más de lo que ya hacía.

—Vaya par —sonrió Daniel estrechándola con fuerza.

Las copas, la suave brisa, el canto del grillo y la infinita paz sentida en brazos del otro los hizo dormirse.

Guillermo dejó el casco y las llaves sobre la mesa de la entrada, las batientes cortinas de la puerta llamaron su atención. Su madre jamás dejaba las puertas tan abiertas, entonces se dio cuenta que tampoco le había dejado la pequeña luz encendida. Curioso salió a la terraza, sonrió sorprendido al encontrarse a sus padres abrazados y recostados en el sofá.

—Y digo yo, ¿por qué *coño* no estáis juntos? —susurró al tiempo que cogía el móvil y les sacaba una foto. Quería inmortalizar aquel momento.

Iba a despertarlos, pero no quiso romper aquella escena, le gustaba verlos así, acurrucados, dormidos y con la felicidad reflejada en sus caras. La ligera y fina brisa de la noche lo hizo estremecerse. Entró en casa, cogió una manta y los tapó, les dio un beso en la frente y entró en casa.

Daniel se despertó con el beso de su hijo, siempre había tenido el sueño muy ligero. Besó la cabeza de Carolina, se colocó mejor y volvió a dormirse.

El sol comenzaba a despertar, los primeros pájaros amenizaban con sus trinos cuando Carolina y Daniel abrieron los ojos.

—Buenos días —Daniel la besó en la cabeza.

—*Bon dia* —respondió sorprendida. No recordaba haberse dormido en el sofá—. Vaya, creo que anoche bebimos demasiado vino.

—Anoche me lo pasé genial —confió Daniel sin moverse un milímetro y deseando que ella

tampoco lo hiciera.

—Yo también —admitió—. ¿Y esta manta? ¿La trajiste tú? Haberme despertado.

—No ha sido cosa mía, el buen samaritano ha sido otro.

—Guille…

—Ese mismo.

Ninguno de los dos se movió. Ambos sonrieron, ella por el detalle de su hijo, él porque ella acariciara sus brazos y se acomodara entre ellos.

Capítulo 16

2 de mayo, 2019

Aquel jueves 2 de mayo todo regresó a la normalidad en mi escalera. Las puertas se abrían y cerraban apresuradamente, igual de acelerados eran los pasos por la escalera. Todos volvieron al desenfrenado ritmo marcado por las clases y el trabajo. Aquella mañana de jueves, a tan solo trece días de despedirse del instituto para siempre, Sara se levantó mal. Los nervios por reencontrarse con Kevin y sus amigos hicieron estragos en ella.

Los vómitos de su hija no pasaron desapercibidos para Ana, sabía que algo iba mal. Su hija siempre había llevado mal los nervios por los exámenes, pero su sexto sentido le advertía que les estaba ocultando algo, cosa que no entendía, nunca había tenido secretos con ella, estaba claro que la edad o, algo muy grave, las estaba distanciando.

—Juan, voy un momento a casa de Carolina antes de que se vaya al instituto —Desde la puerta de la cocina explicó—. Quiero que sea mis ojos allí, que intente averiguar qué demonios pasa con Sara, esto no tiene nada que ver con los estudios, tu hija no tiene problemas, le sobra nota y, te aseguro que, si se trata de eso, prefiero que deje de estudiar. No quiero verla así.

—¿No sería mejor pedir tutoría?

—Ese es el siguiente paso, pero hoy es jueves, hasta la próxima semana no tendríamos hora así que prefiero adelantarme.

Guillermo acudió a abrir la puerta. Tanto él como Carolina se extrañaron, ambos creyeron que debía de tratarse de Mónica, a la que hacía días no veían.

—Hola —saludó sorprendido al ver a su vecina.

—Hola, Guille, ¿tu madre se ha ido ya?

—No, pasa. ¿Sucede algo? —Cerró la puerta y la hizo pasar a la cocina donde Carolina recogía la mesa del desayuno.

—Sí y no…

—Hola, Ana, ¿qué sucede? —se interesó Carolina, preocupándose al ver la cara de su amiga.

—Vengo a pedirte un favor.

—Tú dirás —respondió, observando la cara de preocupación de su amiga—. ¿Qué sucede?

—Es Sara, me tiene preocupada. Ella dice que es por los finales, pero estoy convencida que hay algo más —explicó bajo la atenta mirada de madre e hijo—. No ha salido ni un solo día en estas vacaciones, entiendo lo de los finales y, que se la juegue todo en la selectividad, PAU… EBAU…o, como *coño* se llame ahora.

—¿El *gilipollas* ese sigue siendo el novio? —replicó Guillermo.

—¿Hablas de Kevin?

—No sé cómo se llama, solo sé que es un imbécil de catálogo.

—No, no puedes estar hablando de Kevin, es un chico encantador.

—No opino igual, pero sí tú lo conoces, lo sabrás mejor que yo.

—¿Por qué lo dices, Guille?

—A ver, Ana, ya se lo comenté a mi madre hace unas semanas —respondió Guillermo—, ni a David ni a mí nos gustó, pero si tú lo conoces, igual nosotros lo conocimos en un mal momento.

—En realidad, solo hemos coincidido una vez y solo un instante, pero… —Ana titubeó—No sé, me pareció tan encantador, le había traído una rosa a Sara porque andaban enfadados.

Ana pasó la mirada de Carolina a Guillermo, la mirada de Carolina intentaba tranquilizarla, la de Guille le dejaba claro que aquel detalle no lo convencía para nada, era evidente su

animadversión por Kevin.

—Ana, no te preocupes —Carolina se acercó a su amiga y vecina con una amplia y sincera sonrisa en los labios—. Te prometo que intento averiguar, hablaré con Carmen, su tutora, igual ella ha notado algún cambio de comportamiento. No te preocupes, te lo digo en serio. ¿Qué problema puede tener Sara? —Acarició el brazo de su amiga en un intento de calmarla.

—No lo sé, ella dice que son los exámenes, pero no me lo creo y si es así, me niego a que ingrese en Medicina, terminaría desquiciada.

—Hablo con Carmen y te cuento.

—Esta tarde cuando llegue de clase paso por tu casa y hablo con ella —Con una sonrisa en los labios comentó Guillermo.

Incumpliendo su pauta de conducta, Mónica llegó al aula antes de la hora, sus ojos se posaron en los sonrientes ojos azules, que desde el tercer asiento de la primera fila indicaba el reloj y hacía un gesto de aprobación. Mónica subió al estrado, dejó sus cosas y quitó la chaqueta. Miró a David, quería ver su rostro al comprobar que llevaba una camiseta, que él había dejado olvidada en su casa, David sonrió al reconocerla, ella lo imitó.

Como uso y costumbre, Mónica se apoyó en la mesa, hizo un barrido visual a lo largo y ancho de la concurrida aula y, al llegar a David, se humedeció los labios de manera disimulad para alegría de él.

En un aula diferente de un edificio no muy lejano Guillermo recibía un mensaje de su prima que le instaba a llamarla desde que pudiera. Nada más ver el mensaje de Jimena, preocupado por si había sucedido algo, Guillermo se disculpó y salió del aula. Él y Jimena hablaban con asiduidad, pero aquel mensaje le preocupó, no sabía por qué, pero algo le decía que guardaba relación con Sara.

—Hola, Jime, ¿puedes hablar ahora? ¿Qué ha pasado?

—Hola, Guille, has corrido en contestar y sí, algo sucede. No…No… A mí no me pasa nada. Es Sara.

—¿Sara? ¡*Mierda*! ¿Qué le ocurre? —preguntó alterado, se paseaba por el silencioso pasillo con la mochila al hombro y el casco en la mano— ¿Has hablado con ella? Yo no la veo desde mi cumpleaños, pero hoy subió su madre a casa preocupada. ¿Te ha llamado Sara? —Se mesó el pelo, dándose un ligero golpe con su propio casco en la frente.

—No, no me ha llamado. Antes hablábamos con asiduidad, pero desde que empezó a salir con Kevin se distanció y, como ya no voy al mismo instituto —explicó Jimena—. Esta mañana, mi amiga Carla, ella estudia en el mismo instituto que Sara, pero es de Letras, es alumna de la tía, bueno de tu madre, me envió unas fotos que circulan por las redes.

—¿Unas fotos? —Se puso en alerta. No podía ser lo que estaba pasando por su cabeza. Sara no podía haber cometido ese error—¿De qué fotos hablamos?

—Sara desnuda —El silencio se hizo entre ellos—. El *gilipollas* de Kevin se las ha pasado a todos sus amigos, a estas alturas ya han de estar en los móviles de todo el instituto, si solo queda ahí.

—¡*Joder*, menudo *cabrón hijo de puta*! —Guillermo salió corriendo del centro— Por favor, envíame las fotos, voy al instituto. A este *gilipollas* se le va a caer el pelo. Ella no lo hará, pero yo lo denuncio y, lo primero es denunciar en el instituto. Han de poner fin a esto. Prima, gracias por avisarme, te dejo que ya salgo para allí.

—Guille, por favor, no corras y mantenme informada. Si necesitas testigos, Carla está en 2ºB, ella está dispuesta a denunciar a ese *gilipollas*.

—Gracias, Jimena, te llamo a la tarde.

Carolina salió apresurada y asustada del aula, nada más avisarla la conserje de la presencia de su hijo. Miles de ideas le pasaron por la cabeza, lo primero que le vino a la mente fue el recuerdo del trágico día en el que la avisaron del mortal accidente de sus padres. A cámara lenta se sucedieron en su cabeza las imágenes del aula en el que estaba, del silencio de sus compañeros, de la cara de su profesor y de la pareja de policías en la puerta.

—Guille, ¿qué sucede? ¿Es papá? ¿Le ha pasado algo a tu padre?

—Mamá, no —esbozó una ligera sonrisa, resultándole curioso que justo le nombrara a su padre en primer lugar—. Papá está bien, no tiene nada que ver con él.

—Uff… —Carolina sintió que un peso desaparecía—. ¿Qué sucede?

—Es Sara.

—¿Qué le ocurre a Sara? No me ha dado tiempo de hablar con Carmen, hemos quedado tras esta clase —Carolina se calló y miró a su hijo—. ¿Has hablado con Sara?

—No, me ha llamado Jimena.

—¿Jimena? ¿Tu prima?

—Sí, ya sé lo le sucede a Sara. Tenía razón, mamá, no me equivoqué al juzgar a ese *gilipollas*, todo es culpa suya —Su cara mostraba auténtica rabia—. Te aseguro que si me lo cruzo le parto la cara.

—Guillermo, por favor, explícate.

—Mira —Guillermo le enseñó las fotos. Carolina no dio crédito al ver las fotos de Sara—. Circulan por todo el instituto, si para ahí la cosa. Algo que era entre ellos, ese *cabrón* las envió a sus amigos y han ido pasando de mano en mano. ¿Cómo no va a estar mal? Mamá, esto es acoso.

—¿Cómo han llegado a ti? —Los ojos de Carolina siempre sonrientes mostraron indignación y rabia— *Joder*, Guillermo, tú me lo advertiste.

—Mamá, esto no es culpa tuya —Guillermo acarició los brazos de su madre—. Me las ha enviado Jimena, a ella se las envió Carla, creo que es alumna tuya. Me dijo Jimena que está dispuesta a denunciar a este *gilipollas*.

El timbre de final de clase sonó, el silencio desapareció de golpe. Las puertas de las aulas fueron abriéndose y decenas de estudiantes salieron de ellas. Una demacrada y ojerosa Sara cruzó el patio, sus ojos color avellana se encontraron con Guillermo, de inmediato presintió el motivo de su presencia. Los libros se le cayeron de las manos por el nerviosismo y la vergüenza, las lágrimas inundaron sus ojos.

Guillermo corrió a su lado. No pasándole desapercibidas las miradas y las risitas de algunos de los que pasaban a su lado.

—Al final sí que te lo *follas* —Gritó Kevin al ver a Guillermo correr hacia Sara.

—Tú, *gilipollas*, ni te acerques. Se te va a caer el pelo —Guillermo recogió los libros de Sara—. Recoge tus cosas del aula, Sara, no te preocupes, a este *gilipollas* se le va a borrar la sonrisa de golpe. Todo se va a arreglar— Acarició los brazos de la llorosa chica.

—¿A quién llamas tú *gilipollas*? —Se encaró Kevin.

—Guillermo, no —Carolina, que acababa de llegar junto a ellos, sujetó a su hijo al ver que estaba a punto de pegarle al otro—. Tú—Seria y con clara dureza en la mirada dijo a Kevin. —, *ipso facto* al despacho de la directora.

—Yo, ¿por qué? —Con chulería replicó Kevin.

—Porque te lo digo yo —replicó Carolina—. Y esto —Le quitó el móvil sin darle tiempo a replica—, te queda confiscado, es una prueba de tu delito.

La actividad del patio se había paralizado, todo el mundo presenciaba la escena, muy pocos eran los que no intuían lo que estaba sucediendo.

—Cuenta conmigo —Carla acarició el hombro de Sara. No se conocían, pero una no necesitó más información, la otra no estaba dispuesta a tolerar que aquella situación no fuera denunciada—. No estás sola, Sara, muchas te apoyamos.

Sara no pudo contener las lágrimas al ver las muestras de apoyo de sus compañeros, rompiendo en un desconsolado llanto al ver a sus padres, a los que Guillermo había puesto al corriente antes de poner rumbo al instituto, acercarse a ella.

Juan abrazó a su niña, su rostro estaba desencajado, ni había visto, ni quería ver las fotografías de su pequeña, solo quería protegerla y acabar con el cretino que le había destrozado la vida a la niña de sus ojos.

—Peque, todo va a estar bien. No llores más —Le susurró sin dejar de abrazarla—. ¿Por qué no nos dijiste lo que sucedía?

—Todo es culpa mía, papá… —Entre sollozos balbuceó—. Por favor, papá, no veas las fotos —suplicó con los ojos inundados por las lágrimas—. No quiero que me veas.

—No te preocupes, peque, no pienso verlas, ni permitir que sigan circulando por las redes.

Aquella fue una jornada atípica en el instituto, los alumnos volvieron a las aulas, pero no hubo clase. Los profesores, una vez al corriente de lo sucedido, informaron a los alumnos del delito cometido. No solo por Kevin, sino por todos los que en directa o indirecta complicidad habían ayudado a la propagación de las fotografías.

En el despacho de la directora, ambas familias, Kevin, Sara, los tutores de ambos se reunieron con el policía, que había ido tras la llamada de la directora.

Kevin, al principio a la defensiva, terminó desencajado al ver que sus propios padres no solo lo acusaban abiertamente, sino se posicionaban del lado de Sara y, su caso quedaba en manos de la fiscalía de menores.

Guillermo no se marchó, Carolina le había dicho que se fuera, que ella lo mantendría informado, pero no se había ido. Quería mostrarle su apoyo a Sara, estar fuera cuando saliera del despacho, tal como así lo hizo, abrazándola con fuerza al verla salir entre los serios rostros de sus padres.

—Yo también soy Sara —La voz de Carla rompió el sepulcral silencio que se había adueñado del patio.

De inmediato decenas de chicas y chicos se fueron sumando al llamado, las puertas de las aulas fueron abriéndose y los alumnos fueron tomando los pasillos para corear al unísono: yo también soy Sara. Los ojos de Sara, llenos de lágrimas, esbozaron una tímida sonrisa de agradecimiento por primera vez en varias semanas.

—Yo también soy Sara —gritó Guillermo, notando los dedos de su amiga aferrarse con fuerza a los suyos. —. No estás sola, Sara, no lo olvides. —La besó en la cabeza.

Alejado de todo lo que sucedía a su joven vecina Antoine llegó a casa. Había sido un día extraño, no todos sus alumnos habían regresado a las aulas tras las vacaciones, tenía claro que la mayoría se incorporaría el lunes.

—Hola, vecino —Lo saludó Mónica al llegar al portal.

—Hola —sonrió, fijándose en el brillo de su mirada—. Mmm… Esos ojitos hablan por ti.

—Ojitos traicioneros —le dedicó una amplia y sincera sonrisa—. Nunca he podido decir mentiras, siempre me delatan.

—¿Comemos juntos?—La invitó Antoine entrando la bicicleta en casa.

—No te diré que no —respondió siguiéndole al interior de su casa.

Media hora después se sentaban a la mesa, raudo Antoine había preparado una ensalada y un par de filetes a la plancha. Brindaron con un par de cervezas antes de ponerse al día de sus respectivas vidas.

—Te pido que no se lo cuentes a nadie —suplicó Mónica—. No se los he contado a las chicas y, prefiero que lo sepan por mí.

—Muy bien no diré nada, pero te recuerdo que el sábado tenemos barbacoa, ¿podrás mantenerlo oculto? —sonrió— Por cierto, todo un honor que hayáis invitado al siempre olvidado género masculino.

—No os acostumbréis —sonrió Mónica—, es por el regreso de mi hermano. Y dime, ¿ya has regresado al mercado?

Antoine soltó una carcajada. Carcajada que subió por el patio y llegó directa a los oídos de Vivi que canturreaba en un apreciable tono al ritmo de Chayanne mientras fregaba.

—Digamos que sí.

—Uy, eso suena que ya estás pillado. ¡*Joder*, Antoine, has triunfado rápido!

Antoine le contó su historia a Mónica, que no salía de su sorpresa al escuchar cómo siguiendo la recomendación de Juan se había inscrito en una página de citas y conocido a una editora de cuentos infantiles, con la que se mensajeaba y de la que no conocía el rostro. Mónica solo sonrió,

omitió el detalle de decirle que ella conocía a la mujer sin rostro y, él también.

—¿No habéis quedado? —Dio un trago a su cerveza— ¿No pensáis conoceros?

—No lo hemos hecho, pero quiero proponerle quedar mañana.

—Mañana…

—¿Te parece una locura?

—No, para nada. Locura es lo mío —sonrió—, conoceros es una sensatez.

—Me da terror —le confió—. Me da miedo que al conocernos se desvanezca la magia, la complicidad que se ha creado entre nosotros.

—Lo dudo —respondió—. Estoy segura que… —calló un momento, había estado a nada de decir el verdadero nombre de la amante misteriosa de Antoine— Lilith ha de sentir lo mismo —sonrió—. Seguro que el miedo y el deseo de conocerte también está presente en ella.

—Entonces, ¿se lo propongo?

—No lo dudes —Abrió los ojos de manera expresiva—. Envíale ya ese mensaje.

—Muy bien.

Mónica no podía dejar de sonreír, aquella noticia la había pillado por sorpresa, pero le encantaba y agradecía a los hados por no haberse acostado con el hombre del que su amiga se había enamorado. Su sonrisa se amplió al oír el grito de Vivi, no necesitaba preguntarle el motivo. Moría por ver sus caras cuando al día siguiente se encontrasen.

LILITH

Muy bien, me parece perfecto. Dime el lugar y la hora y allí estaré.

Capítulo 17

3 de mayo, 2019

Vivi abrió los ojos, en dos minutos, como cada mañana, entraría su primer mensaje del día. Estaba nerviosa, un leve pinchazo se había aposentado en su estómago desde la tarde anterior. El gran día, temido y deseado al mismo tiempo, había llegado. Emitió un suspiro y se giró sobre su lado derecho, donde el móvil descansaba desde la noche anterior. Noche en la que, a diferencia del último mes, se limitaron a desearse dulces sueños, no hubo juegos sexuales, mensajes eróticos, ni petición y envío de fotografías subidas de tono.

Las campanitas sonaron, Vivi dio un ligero salto en la cama, leyó el mensaje con una nerviosa sonrisa en los labios y envió sus besos de buenos días en nombre de Lilith. Lilith, ese era uno de sus terrores, le asustaba contar la verdad, el nombre en sí era lo menos importante, sino revelar que, había sido creada para hacer un estudio del comportamiento masculino en las páginas de contactos. Temía que, al confesar su secreto, Vincent creyese haber sido utilizado, cuando, la realidad, era que desde el minuto uno había dejado de ser parte de su estudio.

En la habitación de abajo, un no menos nervioso, Antoine se levantó y fue directo a la ducha, no sin antes contemplar las fotos de su mujer sin rostro. Estaba excitado, su miembro viril, como cada día, estaba erecto, le apetecía decírselo y disfrutar con ella. Quería llamarla, escuchar su voz, aún no sabía cómo sonaba, pero prefirió mantener el misterio hasta las diez, aquella era la hora de su cita en un bar no muy lejano de allí.

En la puerta de enfrente Sara se miró al espejo, no se reconocía a sí misma. Sus ojos hacía semanas que carecían de brillo, su sonrisa parecía haberse tomado unas largas vacaciones, solo había aparecido tímidamente el día anterior como agradecimiento al apoyo de sus compañeros y, especialmente, para Guillermo. Aún desnuda vio el reflejo de su delgado y mortecino cuerpo en el espejo, se sintió sucia y vejada, se avergonzaba de sí misma, de su manera de actuar.

Quería llorar, pero no le quedaba ni una sola lágrima, estaba seca por dentro. El día anterior lo había pasado llorando en brazos de sus padres que, de manera alternativa, la abrazaban en un intento de calmarla, de hacerla sentir bien, de hacerle comprender que ahora le dolía, pero que todo pasaría y, solo lo recordaría como un mal sueño.

Se metió en la ducha y, tal como en aquella no consentida primera vez había hecho, se frotó con saña, dejando enrojecida su blanquísima piel. Semanas hacía que Kevin no la tocaba, pero no quería que quedara rastro de él en su cuerpo, aunque su yo racional sabía que nada de él quedaba en ella, solo su recuerdo y eso no podía borrarlo con el guante de crin.

En medio de la densa bruma creada por el agua caliente se sintió algo mejor, al menos no se veía en el espejo. Se puso la ropa interior, vistió y peinó sin tan siquiera desempañar el espejo, prefería ser aquella borrosa sombra desdibujada por la capa de humedad. Faltando a su ritual no se perfumó, ni maquilló ligeramente como era su costumbre, no le apetecía ningún tipo de ornamentos. Con la cara lavada y una coleta alta se acercó a la cocina, donde sus padres desayunaban.

Juan y Ana no habían dormido, una vez su hija se hubo acostado, se abrazaron y lloraron durante horas sintiéndose culpables por no haber detectado antes el acoso sufrido por su hija. Ana se sentía estúpida por haber defendido a Kevin, ella que lo había descrito como un chico dulce y atento, de pronto, lo vio transformarse en un auténtico sociópata manipulador.

—*Bon dia*, peque, ¿qué haces vestida? —Juan dejó la cafetera sobre la mesa, abrazó a su hija

y la besó en la cabeza.

—¿No estarás pensando en ir a clase? —Ana recriminó a su hija, pero con una sonrisa dibujada en los labios.

—Sí, en quince días acaba el curso. No permitiré que mi rendimiento y calificaciones bajen por haber sido una estúpida.

—Sara —Su padre la sujetó por los hombros—. Métete en la cabeza esto, tú no eres ninguna estúpida. Todos, en algún momento de nuestra vida, podemos ser embaucados —Sujetó su temblorosa barbilla con una mano y la obligó a mirarlo—. Escúchame atentamente, mentiría si dijese que te considero mayor para que hagas con tu cuerpo lo que te apetezca. Si por mí fuera te metería en una urna de cristal, pero va en contra de mis propios principios. Ahora irás con pies de plomo, desconfiarás de todo el mundo, porque ese *gilipollas* quebró tu confianza y, además, sabes que cuando se juega con fuego te puedes quemar.

—No te preocupes, papá, no pienso volver a enamorarme en la vida.

—Eso dices ahora, cariño, pero eso no lo puedes controlar —intervino Ana—. Y no puede ser que por un *gilipollas* te permitas el lujo de perder la oportunidad de saber lo que es el verdadero amor.

Aquella mañana el tiempo parecía ir más lento en el número 9 de la avenida Felicidad, solo los vecinos del primero y segundo A desconocían lo acontecido el día anterior, ellos vivían en su propia burbuja de nerviosismo amoroso, el resto era incapaz de borrar a la más joven de sus vecinas de sus pensamientos.

Sara se sintió gratificada y abrumada a partes iguales por sus compañeros, ya todo el instituto sabía quién era y lo que había sucedido. Kevin había sido expulsado del centro, aquel año no podría graduarse, ni examinarse para el acceso a la universidad.

Sara había decidido no presentar denuncia, sus padres no lo entendieron, pero aceptaron su decisión. Sin embargo, la dirección del centro no permitió que Kevin se fuera de rositas, no querían que todo quedara en una sanción académica, de ningún modo su conducta quedaría impune. Mínimo tendría que servir de lección para el resto de los compañeros, así que presentaron la denuncia y dejaron todo en manos de la fiscalía de menores.

Sara dio un salto en la silla, Merlín se bajó de su regazo y maullando salió del dormitorio al escuchar el timbre de la puerta. Sus padres acababan de marchare a regañadientes a Pickwick, quería quedarse uno de los dos, Sara se negó alegando que no necesitaba niñera y, que estaría estudiando para las finales.

Asustada y de putillas salió de su dormitorio, con verdadero sigilo caminó por el parqué para no hacer ruido, de pronto, le aterró la idea de que Kevin fuera en su busca a increparla por haber sido expulsado del centro, por las nefastas consecuencias académicas. El corazón le iba a mil por hora, paralizada en medio del pasillo volvió a escuchar el timbre, las manos le temblaban por el pánico, a su cabeza asaltaron las imágenes de su violación; cerró los ojos y los volvió a abrir encontrándose solo con los brillantes ojos de Merlín observándola desde la puerta. Despacio y con sumo cuidado abrió la tapita de la mirilla, con el aire oprimiéndole en los pulmones miró, aliviada respiró al encontrar el preocupado rostro de Guillermo al otro lado.

—Hola —Guillermo le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Hola —Una tímida sonrisa asomó en sus labios, sus manos aún le temblaban por el miedo, temblor que no pasó desapercibido para su amigo y vecino. Se agachó y cogió en brazos a Merlín, en un intento de relajarse y ocultar su nerviosismo.

—Solo quería saber cómo estás.

—Bien, estudiando. Ya sabes que en unos días acabo.

—Sí, lo sé —Se pasó las manos por el pelo, él también estaba nervioso por lo vivido por su amiga—. ¿Cómo estás tú?

—Bien, de verdad, intento no pensar en el tema, tener que estudiar ayuda.

—Sara, si necesitas ayuda, a alguien con quien hablar o… —le guiñó un ojo— quieres que vaya a romperle la cara a ese fantoche, solo has de decírmelo —sonrió—. Cualquier cosa me tienes arriba —Fijó su mirada en la de ella—. ¿Mañana subirás a la barbacoa?

—No lo sé. No te voy a engañar, no me apetece.

—Hazlo por mí, por favor —Acercó la mano derecha a sus mejillas para acariciarla, sorprendiéndose al ver cómo de inmediato se hacía para atrás—. Perdona —Se disculpó al ver su

rechazo.

—No, perdóname tú a mí. Tú no tienes culpa de lo ocurrido, ha sido puro instinto.

—Sara, ¿pasó algo más? —Suspicaz preguntó, no le cuadraba aquella reacción por unas fotografías, algo le decía que había más.

—No —mintió—. Guille… —se calló, no sabía si quería conocer la respuesta.

—Dime… —Con suavidad sujetó su barbilla—. Sara, puedes confiar en mí. ¿Qué ocurre?

—Tú… ¿me viste? ¿Viste las fotos?

Guillermo vio el pavor y la vergüenza en los ojos de su amiga, decidió ocultar la verdad.

—No—mintió mirándola a los ojos, notando el alivio en la mirada de ella—. Sara, ¿estás bien? ¿Quieres que me quede contigo o subir a casa?

—Guille, de verdad, estoy bien.

—¿Seguro? —Estiró la mano en un intento de acariciar sus mejillas, pero reculó al volver a observar el miedo y el rechazo en sus ojos. —Sara...

—Guille, de verdad, te agradezco tu preocupación, pero estoy bien.

—Muy bien, te creeré, pero, por favor, no te encierres. Los problemas, los miedos, la angustia se anquilosan en nuestro interior si no hablamos. Por favor, que por vergüenza no se te quede dentro lo que te atormenta—Sus ojos la observaron en silencio, tenía la esperanza de oírla sincerarse. Sara desvío su mirada, centrándose en el suave pelaje de Merlín.—. No te robo más tiempo, te dejo estudiar, recuerda que me tienes arriba y mañana cuento contigo. Te advierto que, si no apareces, vendré a por ti. —Le dedicó un sonriente guiño—. *Nanit*, a ti también—dijo acariciando al gato.

—*Nanit*.

Mónica se dio una larga y placentera ducha, se vistió con una camiseta vieja, cambió las lentillas por las gafas de pasta negra y se sentó a corregir trabajos. Aprovechando que Vivi había anulado su salida, ella no le dijo que no solo conocía el motivo sino con quién había quedado, se

disponía a aprovechar la noche del viernes corrigiendo trabajos de clase. Una sonrisa asomó a sus labios al escuchar el timbre, erróneamente creyó encontrar a Vivi al otro lado.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó al ver a un sonriente y cargado David apoyado junto a la puerta.

—Pedirle asilo a mi chica —La besó en los labios.

—¿Tu chica? —No quería, pero no pudo evitar una tonta sonrisa. — David, estoy trabajando.

—¿Puedo estudiar aquí? Mis compañeros han montado una fiesta y es imposible concentrarse con la música y las risas —Puso cara de pena—. Prometo no molestarte, ni distraerte.

—Muy bien —Tiró de él al escuchar los inconfundibles pasos de su hermano que, como era costumbre, subía silbando, sonrió y renegó con la cabeza al reconocer el *Sweet Caroline*, tenía que hablar con su hermano, pero aquel no era el momento. Rauda cerró la puerta para que no los viera.

Daniel observó la recién cerrada puerta, hacía días que no veía a su hermana, pero como había visto un cuerpo masculino entrar e intuía de quién se trataba, prefirió no molestar y seguir rumbo a casa. Estaba cansado, había sido un día intenso en el hospital. Eso sí, afortunadamente para él, ahora la realidad era otra.

En los últimos diez años casi había olvidado lo maravilloso de contar con el material quirúrgico adecuado, sin hablar de la asepsia. Varias cesáreas de urgencia le habían tocado realizar a oscuras y sin instrumental sobre la mugrienta mesa de una destartalada cocina, mientras los inocentes ojos de algún niño lo observaban abrir en canal a su madre y sacar a su nuevo hermano.

Abrió la puerta, no entró en casa, se acercó a la puerta de Carolina, la suave música llegaba hasta allí. Miró la hora, a aquella hora no solía estar en casa si salía con Sergio. Era absurdo alegrarse por su presencia, pero no pudo evitar sentirse reconfortado al saberla en casa. Entró en la suya, soltó las llaves y el casco en la mesa de la entrada, se quitó la cazadora, la colgó en el perchero y desnudándose entró en su habitación. Necesitaba una larga y relajante ducha.

Largos fueron los minutos pasados en la cabina de hidromasaje, aquel era otro de los placeres recuperados. Poco tenía que ver aquella maravilla hidráulica con la rudimentaria ducha de la que disponía en Nigeria y, eso que no podía quejarse, porque él tenía un baño de verdad, aunque compartido con los otros tres compañeros occidentales, y no necesitaba tirarse cubos de agua por la cabeza como en muchas de aquellas casas flotantes les tocaba hacer a sus habitantes.

Como nuevo salió del baño, se vistió con ropa cómoda y echó un vistazo a la nevera, cogió una cerveza y con ella en la mano atravesó la terraza rumbo a casa de Carolina. Se asomó al salón, no había rastro de su hijo, ni de Carolina, se atrevió a entrar a la voz de «hola», al no oír nada ni a nadie cruzó el salón y entró en el pasillo.

No había nadie en el despacho. La luz del dormitorio de Carolina estaba apagada, pero había luz en la puerta de enfrente, el baño. No fue intencionado, pero por la entreabierta puerta acertó a ver a Carolina poniéndose crema en el cuerpo. No quería, pero no pudo evitarlo, solo la había visto desnuda una única vez en su vida y hacía muchos años de eso; embobado y conteniendo la respiración para no ser descubierto permaneció junto a la puerta.

La puerta de Guillermo se abrió, Daniel reaccionó al escuchar cómo su hijo la abría y, de inmediato desvió la mirada.

—Hombre, ya creía que no había nadie.

Carolina se sobresaltó al escuchar la voz de Daniel, el bote de crema se le resbaló de la mano, se apresuró a ponerse el albornoz, recogió la hidratante y salió al pasillo.

—¿Cenamos juntos o sales? —preguntó a su hijo.

—Se acabaron las salidas de los viernes hasta terminar los exámenes.

—¿Mamá cenará con nosotros o le ha tocado novio? —preguntó en un intento de hacer cómo si no supiera que estaba allí.

—¿Hablas de mí?

—Ah, hola —respondió Daniel.

Guillermo observó a su padre, algo le decía que había visto a su madre en la ducha, pero calló. Los miró alternativamente, cada vez le resultaba más curiosa la relación existente entre ellos. Lamentó su presencia y no permitirles algo de intimidad.

—¿Sales con Sergio?

—No, me quedo en casa.

—¿Lo has invitado a la barbacoa de mañana?

—Cierto, mamá, sería un buen momento para conocerlo —intervino Guillermo con una ladina sonrisa en los labios.

—Eh, no…no…No lo he invitado. Esta quincena está con los hijos.

—Así que tiene hijos… —Daniel la miró a los ojos, dio un sorbo a su cerveza—. ¿Pedimos cena?

Aún era temprano. La casa se le hacía pequeña, por eso, había acudido al bar media hora antes de tiempo, media hora que le estaba pareciendo una eternidad. Dos minutos lo separaba de las diez, con los ojos puestos en la puerta Antoine dio un sorbo al gin-tonic, el corazón se detenía cada vez que alguien entraba en el local.

Vivi se detuvo a pocos metros, no quería llegar tarde, tampoco antes, no quería parecer impuntual, tampoco ansiosa. Además, necesitaba respirar, el aire le faltaba, se colocó bien el ceñido vestido negro y se remangó las mangas de la larga chaqueta verde pardo. Cerró los ojos unos instantes, «madrecita, dame fuerzas», se dijo y retomó el paso.

—Ya no hay marcha atrás —murmuró junto a la puerta antes de entrar.

Sus ojos se encontraron nada más entrar en el bar, podía ser casualidad, una mera

coincidencia. Era viernes, la gente salía y aquel era una de los muchos bares de moda de la zona. A la cabeza de ambos les vino las muchas veces que habían escuchado las risas del otro al tiempo que Lilith y Vincent lo hacían.

Paralizada, era incapaz de dar un paso más, no estaba preparada para aquella coincidencia. El corazón le iba a mil por hora, sus ojos lo saludaron y, sin saber por qué volvió a la calle. Antoine estaba igual de sorprendido, pero mayor lo fue verla huir. Tras unos segundos de estupor, se levantó, pagó al camarero y, sin esperar por el cambio salió corriendo tras ella. Aceleró su paso al verla alejarse apresuradamente, la llamó por su nombre, Vivi no se detuvo.

— ¡Lilith! —gritó. Vivi frenó en seco y él pudo llegar a su lado. — ¿Cómo puedes correr con esos tacones y no romperte algo? —Cogió resuello— Y lo más importante, ¿por qué huyes? ¿De verdad vas a darme plantón? ¿Tanto te has defraudado al verme que huyes sin más? Yo, por el contrario, me he alegrado al saber que eras tú.

Los dedos de Antoine se posaron en su cintura, la acercó a él sin dejar de mirarla. Sus labios se acercaron a los de ella que los recibió con placer, abriendo los suyos y encontrándose con su lengua.

—Este por los que no te da tu amiguito Fred —Le susurró al oído aguantándose la risa hasta que ella soltó una sonora carcajada.

—Fred no da besos, pero es muy servicial. —Sin dejar de reír comentó mirándolo a los ojos.

David se apoderó de la mesa del salón. En ella desplegó sus libros, apuntes y portátil, cogió uno de los enormes cojines, que Mónica usaba para sentarse en el suelo, y en él se sentó apoyando la espalda en el cercano sofá. Mónica lo dejó a sus anchas, ella regresó a su estudio donde la esperaban decenas de trabajos, aunque le apetecía cogerlos y sentarse en el sofá para observarlo trabajar, pero sabía que entre más lejos estuvieran el uno del otro más aprovecharían el tiempo.

Las horas pasaron sin darse cuenta, Mónica llegó a olvidar no estar sola, tan concentrada estaba corrigiendo que dio un respingo al escuchar el telefonillo sonar en la cocina. Miró la hora,

pasaban de las once de la noche, en un principio pensó que solo se podía tratar de David hasta recordar que él estaba en el salón. En el pasillo se encontró con un David descalzo, con la camiseta por fuera de los vaqueros y con unas gafas, que le veía por primera vez. Sus miopes miradas se encontraron y sonrieron en medio del pasillo.

—Ha de ser la *pizza.*

— ¿La pizza?

—Supuse que no habías cenado y, no sé tú, pero yo comienzo a tener hambre.

Mónica sonrió, entró en la cocina y contestó al telefonillo. David estaba en lo cierto, era el repartidor, a quien David ya esperaba junto a la puerta abierta. Mónica entró en el salón, le podía la curiosidad, se sentó en el cojín dispuesto por David como asiento y cotilleó lo que escribía en el portátil.

David dejó la *pizza* en la cocina y entró en el salón, sonrió al verla concentrada en el trabajo que realizaba para su asignatura.

—Espero que le guste, doctora Alberola —le susurró a la espalda, dejándole un suave beso en el cuello.

—Mis labios están sellados —Un escalofrío recorrió su cuerpo por sentir sus besos en su cuello—. Estas tácticas no te servirán conmigo, así que no seas tramposo —Divertida comentó al encontrarse con su sonriente rostro frente a ella—. Solo te diré dos cosas —se levantó y empujó hacia la cocina—. Me encanta el tema elegido, tu enfoque y, una tercera…

—Vaya…Una tercera, cuanta generosidad, doctora Alberola Ramos, me está usted regalando los oídos.

—Así me gusta, que hable usted con propiedad y se dirija a mí como ha de ser —Le guiñó un ojo—. Escribes muy bien. Escúchame —lo miró a los ojos—, tengo varios libros que te serán muy útiles —le sonrió—. No te diré cuáles, pero tienes mi biblioteca a tu disposición.

—Gracias —La acercó hacia él y la besó—. Luego investigaré, había visto tu enorme biblioteca, pero no me atreví a pedirte prestado algún libro.

—A tu disposición la tienes.

—Ventajas de que seas mi chica. —La miró risueño, ella no contestó, se limitó a sonreír.

Ni copa, ni cena. Un beso les pidió otro y otro más. No se dijeron nada, Antoine le pasó el brazo por los hombros, Vivi le sonrió y pasó el suyo por la cintura de él. Hacía mucho que ninguno de los dos paseaba abrazado a otra persona, lo hicieron despacio, las prisas no habían sido invitadas, disfrutando del camino a casa. Un dulce e intenso hormigueo recorría sus cuerpos, estaban nerviosos, excitados, emocionados por lo que estaba sucediendo y, especialmente, por lo que estaban seguros iba a ocurrir.

De reojo se miraron al llegar al portal, se regalaron una sonrisa y en el mismo nervioso silencio entraron en el patio y subieron los escalones hasta el primer piso.

—Nuestros álter egos son más habladores —Antoine la acercó a él—. Me encanta tu perfume —Sus manos se colaron por dentro de su amplia chaqueta, rodearon su cintura y se posaron en su trasero—. Moría por poderte tocar, si llego a saber que te tenía tan cerca —murmuró mientras la besaba y acariciaba aquellas nalgas no desconocidas para él.

El calor se fue apoderando de ellos, el deseo relucía en sus ojos, sus bocas se buscaban ávidas de besos. Vivi notó como sus bragas estaban cada vez más húmedas, al tiempo que sentía junto a ella su cada vez más dura erección dentro de sus pantalones.

En un rápido movimiento Antoine abrió la puerta, no necesitó tirar de ella, Vivi se pegó a su espalda y cerró la puerta a su paso.

—Eres increíble…

Antoine la recorrió con la mirada. Su vecina siempre le había atraído, no solo por su despampanante físico, sino toda ella, varias veces la había visto en las charlas de los viernes en Pickwick y, comprobado que era mucho más que una cara bonita, una sonrisa agradable y un físico en el que perderse. Aquella mujer reunía todo lo que a él le gustaba, solo le encontraba un fallo: la música que le gustaba y canturreaba a todas horas.

Vivi clavó la mirada en la de él, ver el deseo en sus ojos la encendía aún más de lo que ya estaba. Colgó el bolso en el pomo de la puerta, era incapaz de dejarlo en el suelo, para eso era muy supersticiosa. Con su larga chaqueta no fue tan cuidadosa, dejándola deslizar por sus brazos hasta caer al suelo, pocos segundos después y, para sorpresa de él, su ceñido vestido negro corría

la misma suerte y terminaba junto a la chaqueta.

Antoine salivó, un pequeño suspiro ahogado salió de su boca, su diminuta, sexy y casi transparente lencería negra dejaba a la vista el cuerpo que conocía tan bien y con el que cada noche y, muchas mañanas se masturbaba. Vivi se relamió los labios, sentía un placentero e intenso dolor en el clítoris, ardía de deseo, pero tenía un plan.

Cogió su bolso y con él en la mano recorrió el pasillo, podría recorrerlo a oscuras, era exactamente igual al suyo. Entró en el dormitorio, encendió la luz, muchas mujeres huyen de la luz por pudor, ella quería que él la viera, como así hacía desconcertado desde la puerta.

Dejó el bolso sobre el moderno y blanco chifonier, lo abrió, sacó algo de su interior, cerró el bolso y caminó hacia los pies de la cama. Antoine seguía atento y, cada vez más excitado, cada uno de sus pasos. Hizo un movimiento de acercamiento, estaba deseoso de tocarla, besarla, penetrarla.

—No.

Su negativa sonó seca y rotunda. Obediente regresó a su sitio, desde donde la observó quitarse el sujetador. Ella se acarició sus grandes y turgentes pechos sin dejar de mirarlo, apreciando como el deseo crecía en su interior. Sus manos bajaron por su curvilíneo cuerpo, sus dedos juguetearon con las braguitas antes de bajarlas. Antoine intentó un nuevo acercamiento, su negativa volvió a ser rotunda en sus labios.

Solo llevaba sus altas sandalias, se sentó en la cama, se las quitó sin dejar de mirarlo, sabía que el fuego corría por sus venas, no menos que por las propias, pero aún no había llegado el momento de su entrada en el terreno de juego. Sin prisas se fue dejando caer en la cama, abrió las piernas, dejando a la vista su húmedo, caliente y duro sexo.

Antoine no pudo evitar la emisión de un doloroso jadeo al verla jugar con Fred. Con las piernas completamente abiertas, Vivi puso a trabajar al pequeño aparato azul, que comenzó a succionarle el clítoris, provocándole un inmediato, delicioso y nada silencioso orgasmo.

Antoine se desvistió a paso acelerado. No podía más, aquella mujer lo había encendido. Vivi se sentó en la cama, él hizo lo mismo, ambos rodearon el cuerpo del otro con sus piernas. Antoine volvió a levantarse, ahora era ella la desconcertada, abrió el primer cajón de la mesita de noche y sacó una caja de condones, rasgó el primero de los paquetitos de la noche, se lo colocó y de inmediato regresó junto a ella.

Sincrónicos gemidos resonaron en la habitación, sin querer Vivi clavó las uñas en la espalda de él, mientras él mordisqueaba alternativamente sus pezones al tiempo que la penetraba sin descanso.

Jadeantes, con las pulsaciones aceleradas, sudorosos y con el firme deseo de volver a empezar se dejaron caer en la cama.

Capítulo 19

El silencio se hizo en la finca. En el primer piso Sara estudiaba acompañada de Merlín, solo las voces de *One Direction* irrumpían en su habitación. En el piso de enfrente, Antoine corregía trabajos encerrado en su despacho con la voz de la francesa *Zaz* amenizando la lectura. En el segundo Vivi deslizaba sus dedos por las teclas al compás de *Marc Anthony*; en la puerta de enfrente, Mónica seguía corrigiendo trabajos, mientras David estaba concentrado en el trabajo para la asignatura impartida por ella. Mónica había sucumbido y trasladado sus cosas al salón, de cuando en cuando lo observaba concentrado entre los libros mientras *Ella Fitzgerald* les susurraba desde el tocadiscos.

En el último piso, Guillermo se había encerrado a estudiar en su habitación, si no me equivoco escuchaba a *Marwan*, digno hijo de sus padres, le gusta la música de autor. Por su parte, Carolina corregía exámenes en su pequeño despacho, sin embargo, su concentración no estaba al ciento por ciento en la corrección. Tal vez escuchar a *Sabina* la dispersaba o, quizás, el estar segura de haber visto algo en la mirada de Daniel.

Ella no era la única desconcentrada, a escasos metros de distancia, Daniel era incapaz de centrarse en la lectura. La novela, que días atrás lo atrapaba entre sus páginas, aquella noche no era capaz de hacerle olvidar a Carolina, ni las palabras de su hermana. En su salón, como no, también sonaba *Sabina*.

—Sabina…

Daniel soltó el libro en el sofá, no sin antes señalar la página con el marcapáginas, que Guillermo le había hecho con seis años como regalo del día del padre. Cogió el móvil, una idea acababa de venirle a la mente.

—Nada…En Valencia nada… —musitó—. Bah, de perdidos al río…

No se lo pensó dos veces, de inmediato y sin consultar, las compró. Unos segundos más tarde el aviso de compra y las entradas llegaban a su correo electrónico.

—Ahora toca decírselo…

Daniel se levantó del sofá y descalzo, como estaba, salió a la terraza y entró en el ático de al lado. El salón estaba a oscuras, la voz de *Sabina* se escuchaba bajita, sonrió, era el mismo disco que escuchaba él, el del concierto que, irónicamente, los había separado y dejado unidos de por vida.

—Hola —Apoyado en la abierta puerta del despacho saludó—. ¿Puedo robarte un minuto?

—Y dos… —Carolina levantó la vista y le sonrió.

—Generosa… —sonrió. Sus ojos se posaron en el cuadro a la espalda de Carolina—. ¿Es lo que yo creo?

Daniel caminó hacia Carolina para poder estar cerca del cuadro, comprobando que no se equivocaba, era la entrada del célebre concierto de *Sabina*.

—Yo también la conservo. ¿No la viste en mi dormitorio?

—Sí —Amplió su sonrisa.

—La llevé a Nigeria, la tenía colgada en mi habitación. Nunca olvidaré ese día.

—Yo tampoco.

Sus miradas se buscaron y sonrieron casi con timidez.

—Alguien nos impide hacerlo. —comentó Carolina.

—Sí, supongo que sí, pero tampoco lo hubiese olvidado si ese alguien no existiera —Clavó la

mirada en la de ella, intentando ver algún atisbo de esperanza en sus ojos—. Bueno, venía a decirte que no hagas planes para el viernes 5 de julio.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Tú y yo tenemos una cita.

—¿Qué? ¿Una cita? —Se levantó de su cómodo asiento— Me lo explicas —Se apoyó en la mesa frente a él.

Daniel cogió el móvil, abrió el correo y enseñó las entradas.

—¿*Sabina*? ¿Has conseguido entradas en Valencia? ¿Por qué creí que era la próxima semana?

—No, no tengo entradas para Valencia sino Madrid, así que el 5 de julio, tú y yo nos vamos a Madrid.

—¿Tú y yo a un concierto de *Sabina* a Madrid? —Estaba perpleja, un gusanillo empezó a recorrer su estómago.

—No te preocupes, esta vez no pienso dejarte embarazada —La miró a los ojos, intentó no reírse, pero le fue del todo imposible al ver su cara.

—¡Serás idiota! —Le dio una palmada en el brazo— ¿Acaso la otra vez lo hiciste intencionadamente?

—No —rio—, pero ¿tendré la oportunidad? —Le guiñó un ojo con una pícara sonrisa en los labios— Mejor me callo o me veo solo en Madrid.

—¡Ni te lo creas! Esa entrada es mía, hace una eternidad que no voy a un concierto de Sabina. Exactamente cinco años —recordó con una sonrisa—, fui con tu hermana y, me quedó claro que los Alberola siempre me arrastráis tras los conciertos a realizar actos que me marcan para siempre…

—¿Te liaste con mi hermana?

—¡Nooo! Mira que eres idiota, tu hermana es atractiva, pero no es mi tipo —Le dio una palmada en los cruzados brazos ante el pecho.

—¿Entonces? ¿Te llevó a un antro de perdición?

—Dios, Dani, mira que dices chorradas —Risueña le enseñó la lengua.

—Carol, deja de hacerte la misteriosa y dime qué ocurrió entre mi hermana y tú mientras yo estaba en Nigeria.

—Eres muy peliculero.

—¡Carol!

—Terminé haciéndome un tatuaje.

—¿Tienes un tatuaje? —Asombrado se interesó— ¿Me lo enseñas?

—No.

—Oye, yo te llevo de concierto, es lo mínimo que me merezco…

Desde hacía un rato Guillermo observaba a sus padres apoyado en la puerta, le había parecido oír voces y salió de su cuarto para ver qué ocurría. Llevaba un par de minutos escuchándolos hablar y, por fin, acababa de entender el motivo de aquella entrada enmarcada. A los que entendía cada vez menos era a sus padres.

—Así que fui el broche de oro de un concierto —comentó desde la puerta, sobresaltando a sus padres que estaban ensimismados en su conversación—. Años viendo esa entada, creyendo que era solo una entrada y resulta que ese día me hicisteis —Los miró divertido—. Concierto inolvidable.

—Sí —Al unísono respondieron, se miraron y sonrieron.

—¿Solo por mí? —Con mirada perspicaz preguntó.

—Los conciertos de *Sabina* siempre son memorables —intervino Carolina, mirando de reojo a

Daniel, que se la señalaba a su hijo a modo de respuesta.

—Sabéis que os digo —Guillermo los señaló con el dedo, caminó hacia ellos—. Nunca os he entendido, no comprendo ni vuestra historia, ni vuestra relación. ¿Solo soy el resultado de un polvo tras un concierto? ¿De verdad creéis que yo me creo eso? —Los recriminó con la mirada— ¿Vosotros os lo creéis? —Los apuntó con el dedo— Hala, os dejo con vuestro tonteo, porque lo de antes era un tonteo en toda regla, ¿también me lo negareis? Yo me voy a estudiar y, que el 5 de julio no se os vuelva a romper el condón —Daniel y Carolina estaban pasmados—, por cierto, al día siguiente tenemos la boda de los abuelos. Así que no remoloneéis en la cama, estaría feo faltar a sus bodas de oro —Guillermo no disimuló lo mucho que le divertía la situación—. Esta vez papá podría asistirte en el parto. —Soltó una carcajada ante sus perplejos padres y se marchó.

Carolina y Daniel se miraron a los ojos, se sonrieron y, de pronto, explotaron en carcajadas. Al escuchar las risas de sus padres Guillermo dio media vuelta sobre sus pasos, desde la puerta los observó con detenimiento cada uno de sus movimientos, de sus miradas cómplices. Poco entendía de amor, a sus veintiún años de vida había tenido algún que otro escarceo amoroso, nada serio; sin embargo, su sexto sentido y, la experiencia dada por el sinfín de comedias románticas vistas con su madre y su tía, le decía que aquella era una risa nerviosa por las verdades soltadas por él minutos atrás. Por eso y, tal vez, por la mente maquiavélica heredada de su tía carraspeó hasta conseguir de nuevo la atención de sus progenitores.

—Papá —La diversión asomaba a sus ojos bajo la atenta mirada de su padre.

—Dime —respondió. Su rostro derrochaba felicidad, pues, en el fondo los directos ataques de su hijo le divertían.

—Es verdad, mamá tiene un tatuaje, por cierto, muy sugerente, en el esternón.

A Carolina se le borró la risa, las mejillas se le encendieron al sentir los ojos de Daniel sobre ella. De manera automática, a la vez que absurda, cruzó los brazos ante sus pechos, como si los ojos de Daniel pudieran atravesar el rojo algodón de su camiseta.

—Eso no es cierto —rio Daniel—, estuvimos en la playa y no vi ningún tatuaje. ¿Esa vena malévola de quién la has heredado? —No podía parar de reír al creer estar siendo engañado por su hijo.

—Según mamá, de la tía —Con cara de burla comentó Guillermo—, eso sí, puedo ser malévolo, pero no mentiroso. Si no se lo viste es porque mamá llevaba el bañador que usa cuando va a la piscina del gimnasio, diría que de manera totalmente consciente para que no lo vieras —Carolina tragó la saliva que se le acumulaba, no sabía si pararle los pies a su hijo o, alejarse de la mirada de Daniel.—. Puedo asegurarte que luce una rosa muy bonita y *sexy*, seguro que más de uno ha levitado al descubrirla. ¿Miento? —Guillermo clavó la mirada en su madre que movía la cabeza dando por ciertas las palabras de su hijo. —Dicho esto, me vuelvo a mi cuarto, he de estudiar. Ah, yo os recomiendo abrir la ventana que aquí el aire está muy caldeado.

Daniel no podía dejar de mirarla, Carolina sentía que la sangre le ardía, el corazón le iba a mil y estaba convencida que sus mejillas estaban más rojas que su camiseta. Varios fueron los minutos que se mantuvieron en silencio, ninguno sabía qué decir.

—Te dejo trabajar —En la más íntimas de las voces dijo Daniel antes de marcharse—, si te cansas o aburres ya sabes dónde estoy. .

—Muy bien —Una tímida sonrisa asomó a sus labios.

Carolina intentó concentrarse en la corrección de los comentarios de texto, pero las palabras se unían de manera inconexa ante sus ojos. Era incapaz de leer tres palabras seguidas y encontrar algún sentido a lo leído. Soltó el bolígrafo verde, que usaba siempre para corregir, no soportaba

el llamativo y dramático rojo; se dejó caer sobre el espaldar de su cómodo asiento y cerró los ojos.

Un ligero zumbido la hizo abrir los ojos, el móvil se iluminó sobre la mesa, varios mensajes entraron rompiendo la concatenación de imágenes reproducidas en su cerebro.

—Sergio… —musitó, sin embargo, no era su sonrisa la que se dibujaba en su cerebro.

SERGIO
Ya en casa. ¿Cómo van esos exámenes? No seas muy cruel con tus alumnos.
Me ha encantado que me presentaras a tus amigos y a Guillermo. Creí que
no los conocería hasta las bodas de oro de los abuelos de Guillermo.
Sé que te lo dije, pero para mí, este ha sido un paso muy importante
en nuestra relación.
Marcos no para de hablar de ti. Helena muere por conocerte.
¿Te apetece comer mañana con nosotros?
Besos

Carolina contuvo la respiración, sintió que todo se precipitaba. Vio como el castillo de naipes que construía sin prisas se desmoronaba por culpa de los últimos movimientos dados, y solo ella era la responsable por haber provocado aquel encuentro. Ella había creído que le serviría para darle seguridad, pero sintió que el efecto había sido el opuesto al deseado.

Años hacía que mi vecina no se sentía tan bien con un hombre, como con Sergio, sin embargo, aquel bienestar no significaba estar enamorada. Algo que empezaba a ser obvio para ella, algo que le asustaba porque implicaba que sus sentimientos por Daniel seguían siendo los mismos.

CAROLINA
Hola, ¿qué tal esa película? Yo sigo corrigiendo, aún me queda bastante.
No te preocupes por ellos. No soy muy malvada, solo lo justo y necesario.
Marcos es un niño increíble. Tu mujer y tú os podéis sentir orgullosos,
habéis hecho un trabajo increíble con los tres. No fui profe de Helena, pero
me han dado muy buenas referencias suyas.
Lo de comer, no lo sé, aún tengo mucho trabajo.
Besos.

Carolina miró la mesa, no eran tantos los comentarios por corregir, había mentido por miedo a precipitarse, a equivocarse, a hacer daño a otros y, lo más importante, a sí misma. El móvil volvió a sonar.

SERGIO
Mujer no, exmujer, te lo recuerdo, de no ser así, tú y yo no estaríamos juntos, aprendí la lección a base de bien. Te dejo trabajar para que mañana tengas tiempo y puedas venir.
Besos.

No contestó, no quería meterse en un interminable ir y venir de mensajes, no le apetecía y tampoco quería jugar con los sentimientos de Sergio o, peor, engañarse a ella misma porque hablar con él le hacía sentirse bien. El móvil volvió a zumbar, no se molestó en ver el mensaje, el aire comenzó a faltarle. Necesitaba tomar aire fresco.

No lo vio recostado en el sofá, Carolina fue directa al muro, miró al frente, sus ojos se perdieron en las sombras de las copas de los árboles y en el vuelo de los pequeños murciélagos que los sobrevolaban haciendo círculos concéntricos alrededor. Inhaló y exhaló aire, su pecho bajaba y subía a ritmo acelerado, el mismo ritmo que seguía su corazón. Daniel no dijo nada, la observó en silencio, no quería interrumpirla. No equivocándose al saberse algo culpable de su estado.

—*Mierda*… —Más alto de lo deseado dijo Carolina. —. *Mierda…Mierda…Mierda*… —repitió girándose y sobresaltándose al encontrarse con la silenciosa figura de Daniel.—. No te había visto —Se metió las manos en los bolsillos, no sabía muy bien qué hacer, ni qué decir.

—Ya me había percatado —No se movió, siguió recostado con las largas piernas estiradas y cruzadas sobre los aún descalzos pies.—. ¿Todo bien?

—Sí…Sí…Todo bien.

—¿Seguro?

—*Joder*, Daniel, ya te he dicho que todo está bien. ¿Qué *coño* quieres que te diga?

—Perdóname por preocuparme por ti —respondió dolido por su contestación—. Tu respiración no indica eso.

—Deja de preocuparte por mí —Lo miró desafiante—. No lo necesito, como no lo necesité en todos estos años —respondió a la defensiva, con un punto de crueldad en su tono, algo que no la caracterizaba.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —Dolido replicó.

Daniel se levantó y acercó a ella. Carolina dio un paso atrás y volvió a centrarse en el vuelo de los murciélagos y, en los bichitos que volaban alrededor de las iluminadas farolas. Su respiración volvía a mostrar el estado de ansiedad en el que se encontraba.

—Carol, ¿qué sucede? —En un sutil tono repitió. Sus manos se posaron sobre sus tensos hombros obligándola a girarse hacia él. Subió la mano derecha a su barbilla para que lo mirase a los ojos. —Carol, ¿he hecho o dicho algo que te molestara?

—No, lo siento, Dani —Los ojos le brillaban, estaban a punto del llanto, pero se contuvo—. No tiene nada que ver contigo.

—Eso me tranquiliza y, bueno, sé, perfectamente, que nunca me has necesitado. —Con resentimiento comentó.

—Perdona, Dani, no quise decir eso. Sabes que no es verdad, si no te necesité es porque siempre estuviste a mi lado —Lo abrazó—. Lo siento, de verdad.

Un buen rato estuvieron abrazados sin decirse nada, tal y como siempre habían hecho, porque ambos estúpidamente creían que entre ellos no eran necesarias las palabras y, sin embargo, a ambos las palabras no pronunciadas les quemaban en las mismísimas cuerdas vocales. Solo la mágica voz de Pau Donés y su *Agua* osó romper el silencio.

—Siempre has sido mi mejor amigo, siempre has sabido si estaba bien, si había algo que me preocupaba —Sin soltarse, ni soltarlo, explicó Carolina. Daniel la escuchó, pero sin poder evitar que le doliera y sentir como propia la letra de aquella canción.—. Tú tenías que haberme dicho que pusiera el pie en el freno, que no corriera o todo se precipitaría de golpe, haciéndome sentir perdida.

—¿De qué hablas?

—De Sergio.

—¿De Sergio? No entiendo…

—No estoy segura, Dani, no estoy segura de mis sentimientos —Aquellas palabras lo reactivaron, Daniel sintió que no todo estaba perdido—. Tras lo de hoy él, como todos… —Carolina se calló un momento y prestó atención a la nueva canción que sonaba.—. ¿Quién canta?

—Alejandro Sanz y Jarabe de Palo.

—Creía que oía mal —Lo miró sin soltarlo—. ¿Desde cuándo te gusta Alejandro Sanz?

—*Spotify* lo ha decidido por mí. —sonrió.

—No pierdo la esperanza que un día *Spotify* te diga que te gusta Eros. —le devolvió la sonrisa.

—Por verte sonreír bien vale la pena —comentó, frenando el deseo de besarla—. Carol, ¿no estás enamorada de Sergio?

—No lo sé, estoy muy bien con él, pero también estoy bien contigo y, no significa nada —Aquello le dolió a Daniel, pero no borró su sonrisa ni dejó de mirarla mientras le hablaba—. Para él lo de hoy ha sido avanzar en nuestra relación, pero yo me ahogo.

—Díselo, dile cómo te sientes.

—¿Cómo?

—No lo sé, la de letras eres tú —La sostuvo por los hombros con una amplia sonrisa en los labios—. Escucha.

—*Caminito al hostal nos besamos en cada farola* —canturreó con la mejor de las sonrisas—. Nos persigue esta canción—De manera inconsciente sus pies empezaron a moverse al compás de la música.—. ¿Concierto anulado?

—¡No! ¿Por qué? —La hizo girar.

—La boda de tus padres es al día siguiente.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —Giró una vez más.

—El viernes iremos y vendremos en moto. En vez de pasar la noche en Madrid, nos vendremos tras el concierto, tenemos tiempo de dormir unas horas antes de la ceremonia.

—¿En moto?

—¿Algún problema?

—No —sonrió haciendo una reverencia al acabar la canción.

—Además —Sus ojos sonrieron de manera pícara—, así evitamos embarazarnos.

—¡Idiota! —exclamó estallando en carcajadas.

Capítulo 20

5 de mayo,2019

Aquel domingo ninguna de las cuatro necesitó enviar o recibir mensaje para confirmar la cita semanal en Pickwick. Todas acudieron puntuales a su encuentro semanal, incluso Mónica, dejó a David en medio de una pila de libros que leía entusiasmado en busca de información por acudir a la cita. Todas, sin excepción, tenían novedades que contar y de las que enterarse, a todas les resultó curioso como, en apenas siete días, sus vidas hubiesen cambiado tanto.

Tal y como era la costumbre Juan les sirvió cuatro deliciosas porciones de tarta, que ellas compartían y puntuaban a la siempre sonriente Ana, aunque aquella tarde, la sonrisa estaba totalmente ausente en el rostro de la vecina del 1ºB y del vecino también. Precisamente, Ana fue la primera en hablar, aprovechando que las otras tres tenían la boca llena y se relamían de gusto, al tiempo que la felicitaban por sus deliciosos pasteles; necesitaba desahogarse con sus amigas, soltar el dolor que la corroía por dentro cada vez que recordaba lo sucedido.

—Ana, no puedes culpabilizarte por lo sucedido. Tú no podías imaginar lo que estaba ocurriendo —Carolina entrelazó los dedos con los largos y fríos dedos de su amiga, la única que no se recreaba con la dulce merienda. Comía por obligación, llevaba días con un nudo en el estómago, lo mismo le sucedía a Juan. Por mucho que intentarán fingir tranquilidad, especialmente, por su hija, la situación les había dejado tocados.—. Yo tenía que haber hecho caso a la advertencia de Guillermo, de hecho, un día antes de las vacaciones me pareció ver algo extraño, pero Sara me dijo que habían discutido y, como un millón de veces he visto situaciones similares en el instituto la creí.

—Chicas, ahora es absurdo hablar del pasado —intervino Mónica—. Ahora lo importante es que Sara recupere la normalidad y, no pierda la confianza que este gilipollas, muy probablemente, le haya hecho perder en los hombres.

—Joder, chicas, cada vez que pienso que mi hija ha practicado sexting. Joder, yo he de vivir en una realidad paralela, alejada de la familia de vuestros primos —sonrió— y del envío de fotos eróticas.

—Eso es porque Juan te tiene bien contentita —respondió Vivi, dejando su cappuccino sobre la mesa y pasando con disimulo la punta de la lengua por los labios para quitar la crema de leche con la que se los había manchado.—. No hay nada de malo ni en una cosa ni en la otra —respondió al sentirse reflejada en las palabras de Ana, aunque ninguna de ellas sabía que ella había enviado fotos desnuda a Antoine, aunque a diferencia de Sara, en ninguna de ellas se le veía el rostro—, ese pinche cabrón quebrantó su confianza, haciéndose el machito enviando las fotografías privadas a sus amigos. ¿Qué intención tenía? ¿Presumir o qué chingados?

—No…No…No…Por favor, no me entendáis mal. No estoy recriminando a nadie por hacerlo, pero Sara es mi hija. Joder, hace nada jugaba a las muñecas o subía a casa de Carolina a ver dibujos con Guillermo. Es mi niña y, no puedo evitar sentirme mal por saber que ya no puedo controlar todos sus movimientos. Creía que ella estaba a salvo de toda esta mierda de acosos físicos o virtuales, lo ves en los telediarios y, tú te ves ajeno a todo lo que ocurre, crees que eso no te va a suceder ni a ti ni a los tuyos —Ana paseó la mirada por cada una de sus amigas, que la escuchaban atentas dedicándole la mejor de sus sonrisas al tiempo que asentían a sus palabras—. Ahora, yo estoy mal, pero Juan…Uff…Él lo lleva fatal, Sara es su niñita. Yo creo que no le partió la cara a Kevin porque se lo impidió su propia cordura y el comprobar que los padres de

ese…ese…

—Gilipollas…—corearon Carolina y Mónica.

—Cabrón —Se sumó Vivi.

—Gilipollas cabrón —dijo con una sonrisa—, se ponían del lado de Sara. No os imagináis la cara del padre, resulta que es abogado y le dijo a Sara, que estaba en su derecho de denunciar a su hijo, que él estaba dispuesto a asesorarla y defenderla en el juzgado. Juro que hubo un momento que sentí pena por sus padres, su madre no pudo evitar las lágrimas y, casi me sentí reconfortada por ser la madre de la víctima y no del sociópata acosador. Por la noche, Juan me dijo que él sintió lo mismo y, por respeto a los padres no le había partido la cara al niñato, que aún estaba a la defensiva y osó a decir que, en el fondo a Sara le molaba que todos se masturbaran viéndola.

—Joder —corearon al unísono.

—Al final me voy a arrepentir de haber retenido a Guille para que no le pegara. Si se entera de esto le da algo, miedo me da pensar cómo iría en la moto, yo me lo encontré hecho un basilisco.

—Pues, ni se te ocurra decírselo, no vaya a enterarse Sara y no vuelva a confiar en mí —intervino Ana una vez más—, que no se entere que todo fue por celos, se enteró que Sara estuvo en el cumpleaños de Guille y, parece ser que es un celoso posesivo. De los que no pueden ver a su pareja hablar con otro chico.

—Joder, vaya perlita de niño —intervino Mónica sin salir de su asombro.

—¡Mierda! Entonces todo esto ha sido culpa mía —Carolina soltó la taza bajo la atenta mirada de las otras tres—. Jimena perdió una pulserita en casa, yo no estaba segura si era de ella o de Sara, me la encontré con Kevin en la puerta de casa y se lo dije. Joder, es verdad que la cara le cambió. Joder…

—Carolina, no es culpa tuya, quítate eso de la cabeza. Ese chico no está bien de la cabeza, mejor que fuera ahora a más adelante. A veces no sabemos las tonterías que podemos hacer por amor, lo ciegos que podemos volvernos, lamentable que Sara haya tenido que abrir los ojos de esta manera —Mónica se apresuró a hablar al ver la cara de Carolina. —. Sara necesitará ayuda, pero de esta saldrá más fuerte. Todo quedará en un mal recuerdo y ya, el resto, en breve olvidará haber visto sus fotos. Se supone que el INCIBE ya las ha eliminado, ¿no? —Carolina y Ana, ahora era ella la que acariciaba las manos de su amiga, asintieron. —. ¿Habéis hablado con algún especialista?

—El INCIBE se ha puesto en contacto con nosotros, pero Sara no quiere hablar con nadie, dice que no lo necesita. Nosotros no la creemos, está refugiándose en los exámenes, pero estamos seguros que tras terminar todo el maratón de exámenes le dará un bajón. Daniel le dio ayer el número de una psicóloga especialista en estos temas a Juan.

—Deja que pase los exámenes y, luego ya veremos —comentó Carolina, acariciándole las manos a su amiga.

—Eso le dijo ayer Daniel a Juan —comentó Ana—. Y hablando de ayer, creo que hay mucha telita que cortar —Las miró una a una—. Empecemos por ti —señaló a Carolina—, fue toda una sorpresa la presencia de Sergio, así que todo es oficial.

—Puaaff… —Se soltó de las manos de su amiga e hizo para atrás en el asiento.

Las campanitas de la puerta de cristal sonaron y miró hacia ella. Antoine y Daniel llegaban charlando animadamente, los ojos de Carolina y los de Daniel se encontraron y sonrieron. Aquel gesto no pasó desapercibido para las otras tres que se intercambiaron miradas, Ana y Vivi buscaron una respuesta en la divertida mirada de Mónica, que se limitó a subir y bajar los hombros como respuesta.

—Nunca los he entendido —susurró Mónica. Carolina no la oyó, seguía inmersa en la mirada de Daniel.

—Pero…— Vivi calló, unió sus dedos índices dando a entender que si estaban juntos.

Mónica volvió a sonreír y decir que no sabía con un movimiento de manos y cabeza. Carolina regresó a la realidad, miró a sus amigas que le sonreían.

—¿Pasa algo?

—Tú sabrás —Con una mirada burlona contestó Mónica—. ¿Qué pasa con Sergio?

—¿Cómo que qué pasa con Sergio?

—Tú dijiste, «puaaff…», ¿va todo bien?

—Sí, todo va bien —dijo a la defensiva.

—Está muy bueno y es encantador —intervino Vivi en su ayuda, al ver que empezaba a sentirse acorralada—. Y el hijo también es un encanto y muy hablador.

—¿Está más o menos bueno que cierto francés? —rio Mónica, aceptando el cambio de rumbo de la conversación.

—Alto ahí, al francés … —Una sonrisa iluminó el rostro de mi madre.

—¿Qué pasa con el francés? —Mónica aguantó la risa.

—No sé, ¿qué quieres saber? —retadora la desafió Vivi— Cuenta tú qué pasa con el de los ojos azules.

—No te las des de lista Viviana.

—No me las doy de lista, Mónica —replicó— ¿Tiene o no tiene los ojos azules? Solo he visto unos ojos tan bonitos una vez, el novio de Karen Lovecraft, bueno Maribel, no recuerdo como se llama, pero es periodista.

—Sí, lo recuerdo —respondió excitada Ana—, alguna vez ha estado aquí con ella. Joder, ese hombre es impresionante. Juan me ofreció un cubito para las babas al ver mi cara contemplándolo —rio consiguiendo las carcajadas de todas.

—Los ojos de David son más impresionantes —intervino Mónica para sorpresa de todas.

—Uy, que se nos ha enamorado —replicó Vivi.

Carolina y Ana se miraron divertidas al asistir al pique entre sus amigas.

—¿Y tú? ¿Te has enamorado tú o, sigues insistiendo que es cosa de Lilith? ¿Vas a seguir negándolo?

—Yo no lo niego —Se acercó a la mesa, apoyó los codos en ella y la señaló—. ¿Y usted, doctora Alberola, se atreverá a negar lo que todas vimos ayer? ¿Te atreves a negar que estás enamorada de don ojos impresionantes? —Hizo el gesto de las comillas con los dedos.

Mónica no contestó. Ella sí era consciente del enorme paso dado, no se arrepentía, pero estaba asustada por la realidad de aquella relación. Todas respetaron su silencio, sabían que no lo estaba pasando bien. Carolina miró de reojo a Daniel, que no paraba de hablar y reír con Antoine y Juan, apartó la mirada de inmediato al encontrarse con la mirada de él, que le dedicó un guiñó y, se concentró en la silenciosa conversación de sus amigas, esperando que Mónica decidiera hablar; entendiendo que lo de ella era una tontería al lado del caos mental y sentimental que vivía la que para ella era mucho más que una amiga.

—No voy a negar —empezó a hablar Mónica. Sus dedos doblaron nerviosos en mil cuadraditos una servilleta de papel— sentir algo muy fuerte por David, pero no sé si voy a ser capaz de luchar contra mis propios miedos —volvió a callar—. Este fin de semana ha sido muy especial, no me ha puesto un solo dedo encima, hemos dormido juntos. Yo no lo he hecho madrugar para que no lo pillaseis…

—Pobrecito mío, y nosotros sabiendo que dejaba la moto en la calle de atrás —sonrió

Carolina—. Sí, no me mires así, tu sobrino vio la moto, le pareció extraño y al encontrársela varios días, sin contar que Dani vio salir a David del patio.

Ana y Vivi rieron al ver la cara de Mónica.

—Joder, así que lo sabíais y no me lo habíais dicho.

—No, los tres decidimos esperar a que tú hablaras.

—Los tres… —repitió perspicaz—. Mucho tiempo pasáis juntos.

—No te desvíes —la recriminó Carolina—. ¿Qué ha pasado este fin de semana?

—Nada, él ha estudiado y yo trabajado y, ha sido maravilloso. Joder, me veo reflejada en sus ojos y me olvido del escalón generacional, lo escucho hablar…razonar y no veo esa brecha de edad. Es jodidamente perfecto, su única imperfección son esos veintiún años. Joder, dentro de veinte años yo pasaré de los sesenta y él tendrá mi edad.

—Mónica, no puedes pensar en lo que pasará dentro de veinte años, has de vivir el presente y, no dejar de vivirlo por un futuro que desconocemos —la interrumpió mi madre—, así que ya sabes. Disfruta el ahora, el mañana ya llegará y, ninguna sabemos dónde estaremos. Ahora cuenta, ¿cómo besa David?

—Uff… Solo te digo, si ahora besa así cuando tenga la edad del francés —le dedicó una mirada pícara— lo supera con creces.

—¿Qué me quieres decir con eso? —La miró fijamente, aguantando la risa— ¿Estás comparándolo con mi —¿Hizo hincapié en el posesivo, acompañando sus palabras con gestos exagerados— francés? Y te advierto —la miró fijamente y bajó el tono de voz— se acabó el ir besándote con él.

—¿Tú y Antoine? —Al unísono y con cara de sorpresa musitaron las otras dos por miedo a ser oídas.

—No me miréis así. No pasó nada y, no sabía que era el experimento de Vivi.

—¡No lo llames así! —Vivi le dio un manotazo—, me hace sentir como una bruja.

—¡Lo que eres! —exclamaron al unísono las tres estallando en carcajadas, arrastrándola a ella y consiguiendo la atención de Juan, Daniel y Antoine.

Daniel miró a Antoine, sonrió con cara de burla.

—Sabes que hablan de ti, ¿verdad? —rio.

—Ya lo imagino —rio terminándose el café—. Me encantaría poder escucharlas, siempre que las veo me entran ganas de espiarlas.

—Tú inténtalo que te echarán —rio Juan—. ¿Qué tal con nuestra mexicana?

—¿Qué queréis que os diga? Esa mujer es única, tiene una fuerza vital que te arrastra. Todo lo que estaba apagado en mí lo ha encendido, más que eso…

—¿De qué hablamos? —Con suspicacia preguntó Daniel.

—No hablo de eso, nunca he tenido problemas para que se me empalme —dijo con cara de burla—. El problema es que nos limitábamos a los trabajos manuales, porque Bel hacía casi un año que ni me tocaba. Hablo de sentimientos, de ganas de descubrir cosas nuevas. ¿Sabéis que la muy bruja me había cogido de conejillo de indias para tomar notas para su nueva novela?

—Vaya, la escritora se lio con el personaje. Eso será metaficción o, algo así, ya no recuerdo muy bien las explicaciones de Carol cuando estudiábamos juntos.

—Carol… —dijeron Juan y Antoine que se miraron perspicaces.

—Sí, Carol, Carolina —especificó como si sus amigos necesitaran aclaración.

—¿Qué pasa con Carolina? —preguntó Antoine—. He visto como os miráis, así que no lo niegues.

—Pero… —interrumpió Juan—. Creí que Carolina salía con Sergio.

—Y así es, entre Carolina y yo no hay nada, solo somos amigos…

—Amigos —interrumpió Antoine—, eso sí que es ficción y no lo que escribe mi escritora favorita. ¿No negarás que hay algo?

—No, no hay nada —respondió—, las ganas mías —reconoció, desviando un momento la mirada hacia Carolina—. Llego tarde…

—¿Cómo que llegas tarde? —se interesó Juan.

—Pues eso, que ella está con Sergio, aunque ayer me dijo que no está segura de sus sentimientos.

—¿Tú le has dicho lo que sientes por ella? —intervino Antoine.

—No, y esto es un secreto entre nosotros. A ti ni se te ocurra decírselo a Ana, ni a ti a Vivi, si alguien se lo dice que sea yo.

—¿Y a qué esperas? —preguntaron los dos.

—A que ella se aclare con Sergio, no quiero liarla más. A veces creo que siente lo mismo que yo, pero, muchas son las veces que se ha jactado en decir que soy su mejor amigo.

—Pero, a ver que yo me aclare. ¿Vosotros en algún momento fuisteis pareja? —preguntó Antoine.

—No, siempre fuimos amigos.

—Amigos muy especiales —lo interrumpió Juan—, ahí está Guillermo.

—Sí —sonrió Daniel—, justo él nos unió y separó al mismo tiempo. En ese momento no le dije que estaba enamorado de ella porque, absurdamente, pensé que creería que fuera por estar embarazados. Luego pasó el accidente de los padres, mis padres la acogieron en casa y, no sé por qué no volvió a pasar nada de nada entre nosotros —se sinceró. De cuando en cuando la miraba sonriendo al verla sonreír—. Varias mujeres han pasado por mi vida, pero me he dado cuenta que estoy enamorado de ella.

—¿Te viniste de Nigeria por ella? —preguntó Juan que seguía atento la conversación mientras preparaba unos cafés.

—No exactamente, ya estaba cansado. Ha sido muy satisfactorio, pero muy duro, el trabajo de esta última década, necesitaba regresar a un hospital de verdad y... —calló un momento—. Sí, echaba de menos a mi hijo, aunque hemos estado comunicados, necesitaba dejar de perderme estar con él y… —Antoine lo miró fijamente—. Sí, mira que eres pesado —sonrió—. Ya tengo suficiente con Mónica para estar aguantándote a ti —rio—, por ella también. Hala, ya lo he dicho.

—¿Y te sientes mejor?

—Me sentiría mejor si no tuviera que verla con Sergio —Se rio de su propia desgracia.

—Pues, o ya no entiendo a las mujeres. No es que las entienda mucho, son seres superiores a nosotros como para entenderlas, o las miradas que te dedica Carolina no son de una simple amiga —dijo Antoine dándole una palmada en el hombro.

—El tiempo dirá —respondió Daniel.

—¿El tiempo, no te parece suficiente todo el que habéis perdido? —inquirió mi padre.

Capítulo 18

4 de mayo, 2019

De manera simultánea abrieron los ojos, por primera vez habían dormido juntos sin pasar horas dedicadas a los juegos sexuales. David le dedicó una sincera sonrisa y acarició sus mejillas, Mónica le devolvió la sonrisa. Años hacía que un hombre no amanecía en su cama, siempre los echaba a media noche, a David no, pero lo hacía madrugar para que no se encontrara con alguno de sus vecinos por la escalera.

David la abrazó, ella se acurrucó sobre su pecho, cerró los ojos mientras él acariciaba su alborotada y ondulada oscura melena.

—¿Quieres quedarte este fin de semana?—Apoyó la barbilla en su pecho y preguntó. Sonrió al ver su gesto de sorpresa. —Aquí tendrás mi biblioteca a tu disposición y no tendrás que padecer a tus fiesteros compañeros de piso —Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—¿Crees que me lo inventé? —rio, se sentó en la cama. Ella hizo lo mismo.

—Reconócelo…

—No, no lo inventé —La miró a los ojos—. A ver… pude haberme aislado con tapones, pero teniendo novia con piso propio.

—¿Novia? —Soltó una risa nerviosa.

—Llevamos más de un mes acostándonos, ¿qué somos si no?

—No lo sé —respondió asustada—, pero eso es mucho decir…

—Reconoce que lo pasas bien conmigo y, que no solo me invitas a pasar el fin de semana contigo para que estudie y, yo aceptaré que anoche me pareció la mejor de todas las noches que hemos pasado juntos.

—David, anoche no pasó nada. Tú estudiaste, yo trabajé y solo dormimos.

—Justo por eso, doctora Alberola —La besó—. No necesité sexo para disfrutar a tu lado.

Mónica se sintió confundida por la rotunda verdad de sus palabras, no supo qué decir, sonrió con un guiño.

—Fíjate que sigues llevando camiseta y yo calzoncillo —Hizo una mueca, la rodeó con los brazos y la besó—. Voy a preparar el desayuno.

—David —Lo llamó cuando salía de la habitación.

—Dígame usted doctora Alberola —Se giró al llegar junto a la puerta.

—¿Te quedarás?

—Tus deseos son órdenes para mí —Volvió a acercarse a la cama y la besó dulcemente—. ¿En la cama?

—Mejor en la cocina.

—Mmm… Así ampliamos escenarios —rio al ver su mirada.

Carolina abrió los ojos, un ligero zumbido sonaba en su cabeza, sacó la mano de debajo de la almohada, palpó sobre la cama hasta dar con el móvil.

—*Bon dia*—susurró. No pudo reprimir un bostezo.

—Bon dia, et he despertat?

—Un poco —Volvió a bostezar.

—Mmm… Ya me gustaría estar en esa cama o tenerte en la mía.

—Y a mí —respondió. Colocó los almohadones y medio se incorporó—. ¿Qué planes tienes hoy?

—Sami tiene partido, así que iré con Marcos a verlo. Allí veré a Maribel, Iván y sus gemelas.

—¿Tu exmujer ha tenido gemelas?

—No, son las hijas de Iván —explicó—. No creo que a Maribel le queden ganas de más hijos. Ya tiene, bueno, tenemos tres.

—¿Tú quieres más?

—No, estoy completo —Ahora era él quien colocaba las almohadas y se recostaba sobre ellas. —. ¿Tú quieres más?

—Para ser sincera, me hubiese gustado tener dos hijos, pero Guillermo fue precoz y luego… —Se quedó pensativa—. No sé, nunca llegó el momento. Ahora ya no me apetece volver a tener los pechos doloridos ni las largas noches sin dormir.

—Noches sin dormir y pechos doloridos, no sigas que mi mente me ha jugado una mala pasada —intervino risueño.

—Creo que no hablamos de lo mismo —Carolina secundó sus risas—. Así que no, ahora ya paso de pañales y biberones.

—¿Qué haces tú hoy?

—Pues, tengo exámenes que corregir…

—¿Qué tal Sami? —La interrumpió.

—Muy bien, no tienes motivos de preocupación, va muy bien en todo.

—Anoche me contó lo ocurrido en el instituto.

—Sí, un horror. Además, la chica es mi vecina, una niña encantadora que se dejó enredar —explicó Carolina—. La próxima semana se darán unas charlas, vienen especialistas en el tema, de la policía y del INCIBE, además de una educadora social.

—¿El INCIBE?

—Es el instituto nacional de ciberseguridad, tiene una rama dedicada a la seguridad en internet para los menores de edad, promociona el uso seguro y responsable de internet. Además, disponen de una línea de ayuda para asesorar a los menores y a las familias. Visto lo ocurrido nos vemos en la obligación de tratar el tema del *sexting*, el ciberacoso y lo ilegal de compartir fotos sin consentimiento de la persona.

—¿Cómo está la chica?

—*Jodida*, pero lo superará. Tiene la suerte de tener unos padres increíbles, sin contar que los padres del chico se han puesto de su lado y la respuesta del alumnado ha sido ejemplar.

—*Bon dia*, Marcos...

Carolina sonrió al escuchar a Sergio saludar y besar al más pequeño de sus hijos.

—¿Es tu novia? —preguntó a su padre— ¿Cuándo la conoceré?

—¿Lo estás oyendo? —Divertido preguntó Sergio.

—Sí —rio Carolina, sorprendiéndose al ser saludada por el más pequeño de los hijos de Sergio—. Hola, Marcos, encantada de conocerte. ¿Qué?

—¿Quieres venir a ver a Sami con nosotros? Iván, el novio de mamá, también viene.

Sergio soltó una carcajada al escuchar la invitación de su hijo a Carolina.

—Otro día Marcos, hoy no puedo.

—¿Tú tienes hijos?

—Sí, uno, se llama Guillermo.

—¿Y cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—Ya es mayor, como la *teta*. Si te conviertes en la novia-novia de papá, ya tendré cinco hermanos y yo seguiré siendo el más pequeño —Sergio no salía de su asombro escuchando a su hijo, Carolina no podía parar de reír—. Tengo muchas ganas de conocerte. ¿Qué? —El niño escuchó atento la inesperada invitación de Carolina, la espontaneidad del pequeño había conseguido que ella se decidiera a dar el paso que todos esperaban, presentar a Sergio. — Vale… Vale… Se lo digo a papá… Vale, te lo paso. Un beso, Carolina, eres muy simpática. Papá, tu novia nos invita a una *torrà*, ¿podemos ir?

—Hola, soy yo otra vez. ¿Qué dice el acaparador de teléfono? Vale, muy bien. Luego te llamo y confirmo. De ir sería solo con Marcos, dudo que Sami quiera ir —dijo riendo—. Un beso.

—Un beso.

En el primer piso Sara abrió los ojos, semanas hacía que no dormía toda la noche, se sintió gratificada con ella misma al haberlo conseguido.

—*Bon dia*, mamá —murmuró al ver a Ana atisbar con cuidado de no despertarla por la entreabierta puerta.

—*Bon dia, cariñet* —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Ana, abrió la puerta, entró y acurrucó en la cama junto a su hija—. ¿Cómo estás, cielo? ¿Has descansado? —La cubrió de besos— ¿Lograste dormir?

—Sí, he dormido toda la noche, hacía mucho que no dormía tan bien.

—No sabes cuánto me alegra —Volvió a besarla.

Ana se sentía culpable, creía haber fallado como madre por no haber detectado el acoso y burla sufridos por su hija. Nunca vio a su hija como a una niña frágil, siempre había sido una

niña madura y nunca había tenido problemas ni de amistades, siempre fue sociable, ni mucho menos con los estudios.

Sara detectó en los ojos de su madre su sentido de culpabilidad y la abrazó con fuerza.

—Mamá, no tienes la culpa de nada.

—¿Por qué no confiaste en mí, *cariñet*? Siempre hubo confianza entre nosotras.

—Por vergüenza, mamá. ¿Cómo confesarte que había practicado *sexting*? —se sinceró— ¿Cómo decirte que mis fotos desnuda corrían por WhatsApp? —Ana besó a su hija— No creí que Kevin llegara tan lejos, yo creía en él, mamá. No sé cómo pude estar tan ciega.

—¿Por qué lo hizo? No tiene excusa, fuera lo que fuese.

—Se enteró que fui al cumpleaños de Guille, yo le había dicho que estaba estudiando, porque es muy celoso y Guille no le caía bien. Por favor, no se lo digas ni a él, ni a Carolina, no quiero que se sientan mal.

—No lo haré, no te preocupes —Ana le acarició la revuelta melena—. Ahora lo que has de hacer, sé que es difícil, es olvidarte de lo ocurrido y de ese cretino. El muy *cabrón* —Ana sonrió al escuchar a su madre, pocas veces la había oído pronunciar un taco y, en los últimos días no paraba de decirlos cada vez que se refería a Kevin. — me engañó a mí también con su carita de no haber roto nunca un plato.

—¿Reunión de chicas? —Risueño preguntó Juan desde la puerta— ¿Las mujeres de mi vida desayunarán conmigo o he de traerles el desayuno a la cama?

Nadie quedaba dormido ya, solo mis futuros padres seguían en la cama, contemplándose mutuamente.

—*Bonjour*! —Antoine acarició las mejillas de Vivi.

—Buenos días —sonrió ella—. Hoy me han fallado mis mensajitos de buenos días. —bromeó.

Antoine se apoyó sobre los codos y con cara de burla la miró.

—Al de los mensajitos lo agotaste anoche.

—Vaya, vaya, al final, Fred, va a ser mejor. Con un cambio de baterías, se reactiva para

tenerme contenta.

—Espera…Espera —se sentó en la cama—. ¿Insinúas preferir a ese amiguito tuyo?

—Solo digo que un cambio de batería me mantiene contenta.

—Tu es une sorcière, ma chérie[6] —Trepó sobre ella y la besó—. Ton Fred ne peut pas t'embrasser[7]—le susurró al oído.

—Si me hablas así, olvido el detalle de tu agotamiento, aunque no he entendido nada —dijo sin dejar de besarlo—. ¿No estabas agotado? —preguntó lasciva al verlo bajar por su cuello, dio un respingo al sentir su lengua en un pezón.

—*Fred ne le fait pas*[8]—La miró a los ojos encendiéndola aún más.

Sonrió y continuó bajando por su cuerpo, milímetro a milímetro, sin prisas, saboreando y disfrutando de cada rincón. Vivi emitió un jadeo de placer al tenerlo entre sus piernas, que de manera involuntaria se tensaron y abrieron. De pronto no sintió nada, abrió los ojos y se encontró con su mirada.

—Antoine, por Dios, no te detengas ahora.

—No prefieres a tu Fred Satisfyer, *ma chérie*.

—No juegues con fuego, Antoine.

—¿Tu amiguito Fred o yo?

Antoine la miró con sorna, sin imaginar la respuesta de ella.

—¿De verdad me haces elegir? —Clavó su mirada en la de él, la electricidad provocaba chispas entre ellos. Ambos se mordían los labios para no reír. Se sentó y acercó a él— ¿Quieres que te levante el ego? —Sugerente murmuró— ¿Qué quieres oír? —preguntó posando los labios sobre los de él. Sus manos bajaron por el fibroso cuerpo masculino, notó su inmediata reacción al posar las manos sobre su sexo— ¿Te arriesgas a que grite Fred…Fred…? —dijo entre gemidos sin dejar de mirarlo.

Sus ojos se miraron divertidos, ambos empezaron a reírse hasta dejarse caer en la cama muertos de risa.

—No me cansaré de decirte lo increíble que eres. —Una vez logró serenarse dijo Antoine.

Vivi se giró hacia él, le encantaban sus ojos, su sonrisa. Su vecino siempre le había resultado atractivo, pero era mucho más que eso, aunque le gustara aquella música capaz de dormir a las ovejas.

—Te prefiero a ti, no lo dudes. —Se sinceró antes de besarlo.

La música y la alegre algarabía bajaban desde la terraza vecinal por los patios colándose por las ventanas e inundando los vacíos pisos. Nadie quedaba en ellos, en un alarde de valentía, Mónica invitó a David a asistir con ella. Carolina y Daniel no se sorprendieron al verlos llegar juntos, Guillermo había visto varias veces la moto de su amigo aparcada discretamente por alguna de las calles colindantes y no ante su puerta, tal y como hacía cuando lo iba a ver a él, haciéndole sospechar que al final había logrado que su tía le hiciese caso.

Daniel también lo había visto salir del edificio una madrugada que él llegaba de una larga guardia. Extrañado ante la salida a hurtadillas de David a aquellas horas lo comentó en el desayuno con Carolina y Guillermo, de inmediato, los tres empezaron a atar cabos e hicieron sus propias acertadas conjeturas.

Sin embargo, los tres acordaron mantener el secreto hasta que Mónica decidiese hacer pública la relación. Si algo tuvieron claro desde el primer momento en el que empezaron a sospechar la posible relación entre Mónica y David era que si no se mostraban abiertamente era por ella.

Con quien sí se sorprendieron fue con la nueva pareja del número 9 de la avenida Felicidad, pues, nadie, salvo Mónica, conocía aquella relación y, su sonrisa al encontrarse de frente con el francés y la mexicana le reveló a Antoine, que ella sabía quién era la mujer con la que se mensajeaba desde hacía semanas.

—Eres una…Me callaré el apelativo por respeto —sonrió. No podía disimular la felicidad que lo embargaba—. Tú lo supiste, yo te hablé de Lilith. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me pareció más divertido e, incluso, romántico, callar y que os llevarais la sorpresa.

—Sabes que tu novia es una bruja intrigante, ¿verdad? — A David le brillaron los ojos al ser tratado como el novio de Mónica.

—Espera un momento —intervino Vivi—. ¿Tú sabías que Antoine era Vincent? —Mónica sonrió— ¿Y él sabía lo tuyo con David y yo no?

—Es que Antoine sabe tirar de la lengua.

—Ya, ya sé cómo sabe tirar de la lengua —respondió dejando en el aire ciertas connotaciones sexuales.

—Perdona, bonita, las técnicas que use contigo las desconozco —le enseñó la lengua—, aunque las intuyo. A mí solo me invita a comer —se colgó del brazo de David, lo acarició y lo miró de reojo, era su manera de decirle que ella estaba con él y, que entre Antoine y ella jamás había pasado nada.

Daniel y Juan estaban ocupados en la barbacoa, desde allí apenas se enteraban de las conversaciones, pero también tenían la tranquilidad suficiente para charlar.

—¿Cómo está? —Con un casi imperceptible movimiento de cabeza señaló a Sara que hablaba en un rincón con Guillermo.

—Ella dice que bien, pero, no la creo, la veo tan desmejorada, sin contar que sus ojos han perdido su brillo natural. Fíjate ya ni sonríe, y en eso es como Ana, siempre con la sonrisa en los labios desde que se levanta hasta que se acuesta.

—Juan, igual tendríais que hablar con una psicóloga y, digo una, porque ella se sentirá más cómoda con una mujer.

—No quiere, ya se lo sugerimos. Alega estar ocupada con los finales y la EBAU, a mí me agobia mucho verla así.

—Juan, no te queda otra que tomártelo con calma. Todo tiene un proceso, espera que pasen los exámenes y luego vuelve a proponerle la idea. Hay temas que es necesario hablar, no terminen por oxidarse en nuestro interior —comentó, miró a Sara y se dio cuenta de la intimidad entre ella y su hijo y, la forma en la que él la miraba—. Igual se sincera con él.

—Ojalá se hubiese fijado en tu hijo y no en el *gilipollas* del Kevin ese —dijo—. Te juro que, al tenerlo frente a mí, me dieron ganas de darle una paliza.

—Te creo.

La sonrisa de Daniel desapareció de golpe al ver llegar a Sergio y el cariñoso recibimiento por parte de Carolina, le dolía verlos besarse, pero, al mismo tiempo, no podía apartar la mirada de ellos. Su gesto no pasó desapercibido para Mónica, tampoco para su hijo, incluso Sara percibió el cambio en su rostro.

—Guille, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Tus padres por qué no están juntos?

—No lo sé, es algo que desconozco, te juro que es todo un misterio para mí.

—Tu padre está enamorado de tu madre, ¿verdad?

—Veo que no soy el único que lo sospecha —sonrió. Se levantó y dio una palmada en el hombro a David que acababa de acercarse.—. Eres un *cabrón*, te lías con mi tía y no me dices nada. ¿He de llamarte tío?

—A ti la *gilipollez* se te ha subido a la cabeza. Sara aléjate de él, igual te contagias.

Sara soltó una risa floja al ver a Guillermo atrapar a David por el cuello y, a este protestar mientras ambos reían. Su risa no pasó desapercibida para sus padres, cuyas miradas se encontraron felices al oírla reír por primera vez en semanas.

—¿Cómo estás preciosa? —David dio un par de besos a Sara y se sentó a su lado— Si he de cortarle los huevos al Kevin ese, tú me lo dices y voy o, que lo haga el futuro matasanos. —Dio un codazo a su amigo.

—*Nano*, eres una mala influencia, recuerda que, ahora soy tu sobrino, has de darme buen ejemplo.

Sara volvió a reír. Guillermo le hizo un guiño, volvió a sentarse a su lado y acarició su brazo, David hizo lo mismo por su lado. Ana y Juan la observaron felices, volviendo a dedicarse una sonrisa al ver a su hija feliz, aunque ambos sabían que todo iba por dentro, y tardaría en estar

bien.

Mientras tanto Carolina fue haciendo las presentaciones pertinentes, dejando para el final a Guillermo y Daniel.

—Marcos, él es Guille.

—Hola, Marcos, encantado de conocerte —Con una amplia sonrisa en los labios Guillermo le tendió la mano, aquel gesto hinchó el pecho de Marcos, que se sintió como un adulto al ser saludado como tal.

—Él es Sergio —dijo Carolina.

—Hola —saludó Guillermo—, así que tú eres el «no novio» de mi madre.

—Hola —sonrió Sergio, mirando de reojo a Carolina—, pues, imagino. Encantado de conocerte, he oído hablar mucho de ti.

—Vaya, pues, poco nos cuenta a nosotros de ti. ¿Verdad, papá? —Alzó la voz para que su padre lo oyese.

Aquel papá resonó en la cabeza de Sergio, Carolina nunca le había hablado del padre de Guillermo, mucho menos que fuera a estar en aquella comida.

—Hola —saludó Daniel al ser llamado—. Soy Daniel —se presentó con un apretón de manos. Las miradas de los dos hombres se observaron sin borrar sus sonrisas—. Un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Los ojos de Carolina se toparon con los de Daniel, su sonrisa se borró de golpe, lo conocía a la perfección para reconocer el dolor en sus ojos a pesar de mostrar una sonrisa en los labios. Se sintió perdida, no entendió el motivo o, tal vez, sí que lo comprendió, pero prefería obviar su significado. Arrepentida, mi vecina sintió haber hecho aquella invitación y haber realizado aquella presentación, se había sentido arrastrada por todos, incluso el mismo Daniel la había incitado la noche anterior durante la cena a que lo invitara.

Mónica no perdía detalle de aquel momento, no había querido perderse la reacción de su hermano y, tal como esperaba, su gesto y su mirada le confirmaron sus sospechas. «He de hablar con él», se dijo doliéndole el semblante de su hermano favorito. Durante la amena y distendida conversación de la comida y posterior sobremesa no tuvo oportunidad de hablar con él, porque estaba sentada entre David y Sergio, con quien sintió una gran afinidad, pero en un momento de cruce de miradas le dejó claro que ya no podía engañarla más.

—Mi padre y yo vamos a ir al cine, ¿quieres venir con nosotros, Carolina?

—Una oferta muy tentadora —respondió sonriente—, pero esta tarde he de trabajar.

—Yo creía que eras profe, Sami me dijo que eres su tutora.

—Sí, soy profe. He de corregir exámenes —explicó—. ¿Qué película veréis?

—*Terra Willy*, yo quería ver *Detective Pikachu*, pero papá no soporta a los *Pokemon* —contó Marcos bajo la atenta mirada de Sergio, que no perdía detalle.

—Ya me los tragué con el *tete* —Le removió el pelo a su hijo—. Paleontólogo, despídete de todos, si quieres ir al cine o se nos hará tarde.

Marcos, haciendo gala de su sociabilidad y don de gentes se despidió uno por uno de todos los presentes. Sergio hizo una despedida generalizada, deteniéndose con Guillermo y Mónica, dándole las gracias infinitas a Mónica por su agradable conversación durante la comida, pues, casi había hablado más con ella que con Carolina.

—Te llamo esta noche —le dijo a Carolina que había bajado con ellos a su casa para que pasaran por el baño antes de marcharse—. ¿No te tienta *Terra Willy*? —le susurró al oído antes de besarla, aprovechando que Marcos estaba en el baño.

—No, gracias —rio—, lo de los exámenes no es una excusa —Lo besó—. En otra ocasión.

—Me ha encantado conocer a tu hijo y tus amigos.

—Y a mí a Marcos. Es encantador.

—Es un conquistador nato.

—Como su padre —Volvió a besarlo.

—No sabía que tu «ex» estaría, mucho menos que viviera aquí.

—¿Mi «ex»?

—Daniel.

—Daniel y yo nunca hemos sido pareja…

—Ya estoy preparado —interrumpió Marcos—. Tu casa es muy bonita, Carolina.

—Gracias, Marcos. Ya me contarás que tal está la película.

—Luego si quieres te llamo y te lo cuento.

—Muy bien.

Carolina acompañó a Sergio y Marcos al descansillo de la escalera, se agachó y dio un par de sonoros besos al pequeño antes de besar a Sergio, la casualidad o el caprichoso destino hizo que Daniel bajara a preparar café justo en ese mismo instante. El mundo se le vino a los pies al presenciar la escena, saludó con una sonrisa y se apresuró a entrar en su casa.

—Soy *gilipollas* —balbuceó una vez cerró la puerta.

Daniel ponía la cafetera al fuego cuando llamaron a la puerta. Mónica lo esperaba seria al otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel al ver el serio rostro de su hermana.

—Dani, ¿cuántas veces te lo he preguntado? —Mónica cerró la puerta y lo siguió a la cocina— ¿Qué sientes por Carolina? ¿Por qué no le dices que está enamorado de ella?

—Mónica, no empieces otra vez con la misma cantaleta.

—¡Dani! —gruñó— Reconócelo, *joder*. No te entiendo, nunca os entendí a ninguno de los dos.

—¿Para qué?

—Porque siempre he estado convencida que estabais y estáis —puntualizó— enamorados, pero no sé por qué *coño* no lo habéis querido aceptar. Y ahí, justo ahí es en donde yo me pierdo.

—Mónica, ¿hemos estado en la misma comida? ¿Tú los has visto?

—Sí…

—¿Y qué quieres qué haga? —la interrumpió al tiempo que apartaba la cafetera del fuego y vertía su contenido en un termo.

—Que se lo digas, *joder*. Yo la animé a salir con Sergio, yo la animé a vivir su vida, a enamorarse —Mónica hablaba mientras seguía a su hermano por la cocina—. Dani, yo no tengo claro que ella esté enamorada de Sergio.

—¿Te presentó antes a alguien? —Contratacó Daniel.

—No, pero todos nos hemos puesto muy pesados para que lo hiciera. Sé por Guille que, incluso tú, la pinchaste para que lo hiciera.

—Mónica, Carolina ha dado un gran paso y, si lo ha hecho es porque Sergio es importante en su vida, así que te ruego que te olvides de esto ya —La miró a los ojos. A Mónica le dolió ver el dolor en los ojos de su hermano, se abrazó a él—. ¿Lo tuyo con David va en serio? —Con la barbilla apoyada en la cabeza de ella preguntó.

—Uff… Dani, es todo tan complicado. Me da terror, soy veinte años mayor que él, sin contar que soy su profesora. Aún no sé cómo me he dejado arrastrar, pero… —se hizo el silencio—. Me siento muy bien a su lado. David es muy maduro para su edad, pero hay dos décadas entre los dos. Yo no me veo con sus amigos —Daniel la miró fijamente, entendía muy bien las dudas de

su hermana—. No podemos vivir en una burbuja eternamente.

—¿Estás enamorada?

—No, pero podría enamorarme —reconoció—. Dani, esta situación no me duele por mí sino por él. No quiero hacerle daño, intenté alejarme de él. *Joder*, incluso lo ignoraba en clase, pero…

—No podemos ir en contra de nuestros propios sentimientos.

—Exacto —respondió—. El día que se presentó en mi casa me dije: «A la *mierda*, no podemos evitar lo inevitable y, no quiero arrepentirme de algo que no hice por miedo». Recordé la gran frase del maestro…

—¿Te acordaste de un maestro del colegio? —La miró entre sorprendido y risueño.

—No, idiota —le dio una palmada en el pecho—. Hablo del grande entre los grandes…

—Sabina —sonrió.

—Ese mismo, de su célebre frase: «no hay nostalgia mayor que añorar lo que nunca jamás sucedió».

—Si te oye Carol te diría: No es frase sino oración.

—Carol…Carol…Carol… —repitió con cara de burla—. Aplícate la frase o la oración y no vivas arrepentido toda la vida, Dani. Es preferible que te dé calabazas, a quedarte con la duda eternamente.

Capítulo 21

Los días pasaron rápidos. Las semanas corrieron, siendo vistas y no vistas, así mayo llegó a su fin y dio paso a junio; a los días cada vez más largos, al inicio del calor estival. En el número 9 de la avenida Felicidad hubo notables cambios con la inminente llegada de la nueva estación.

El 1º A la mayoría de las veces estaba vacío, Antoine comía y dormía un piso más arriba, su piso se convirtió en su centro de trabajo, allí se encerraba a preparar y corregir exámenes y trabajos. Aquel piso no era de mi padre, sino suyo y de Isabel, una vez se formalizara su divorcio tendría que optar por comprar su parte o venderlo y, no tenía bien claro qué hacer. Lo cierto es que mis padres habían empezado su relación muy fuerte, era absurdo imaginarlos a cada uno en un piso, pero aún era muy pronto para arriesgarse a dar el gran salto.

El piso que rara vez estaba vacío era el 1ºB, en él celebraron el éxito de notas obtenidas por Sara, no solo había superado 2º de Bachillerato con el mejor expediente de su instituto, sino que había quedado entre las tres mejores calificaciones del país en las pruebas de acceso a la universidad. Sin embargo, la felicidad fue momentánea, tal y cómo todos vaticinaban, una vez aparcó los libros, mi vecina cayó en picado.

Poco o nada salía de casa, a sus amigas no las veía, no le apetecía quedar con ellas y, eso a las puertas de los dieciocho años no es normal, y cuando lo hacía su indumentaria era todo un poema. Ni rastro dejaba a la vista de su bonito cuerpo, sus deformes y flojas ropas no permitían ni atisbarlo. Sara no quería dar señas de feminidad, atrás había quedado todo acto de, digamos, presumir. Su melena siempre estaba enmarañada o recogida en una rancia coleta mal hecha, nada de maquillaje; ojo, mi vecina ni lo necesitaba, ni lo necesita, pero siempre había usado un poco de *gloss* labial y de máscara en las pestañas. Nada, ahora no usaba nada de elementos superfluos, ni tan siquiera olía a su deliciosa colonia, esa que huele a muñeca nueva en el día de Reyes.

Sin embargo, a pesar de todo, mi encantadora vecina no aceptaba la realidad. Se negaba a aceptar que necesitaba ayuda de un especialista y, eso estaba acabando con la paciencia de sus padres.

El 2ºB olía a algodón de azúcar, a manzanas de caramelo, a piruletas de fresa, una vez abrías la puerta entrabas en un auténtico mundo de purpurina, unicornios y corazones; obvio, todo metafóricamente hablando y, estoy segura que Mónica jamás admitiría esta descripción. Pero ella, por mucho que se negara a aceptarlo, estaba enamorada hasta las trancas de David, y él vio la oportunidad de ir dejando su rastro en la casa. De solo tener una muda de ropa pasó a tener casi toda su ropa invadiendo el enorme armario de Mónica, a colocar su cepillo de dientes junto al de ella e invadir un estante del baño con *aftershave*, colonia, líquido de lentillas, sus propios productos capilares y un sinfín de cosas. Sin contar con sus libros, su portátil y su aroma mezclándose con el de ella por las paredes de la casa. Y justo entre las paredes de la casa, más bien de la finca, quedaba su relación; fuera del número 9 solo eran una profesora y uno de sus aventajados alumnos. Su trato se limitaba al del aula, a saludarse por el pasillo y a alguna visita al despacho de Mónica, siempre acompañado por compañeros de clase, ambos sabían qué podría ocurrir de estar solos en su despacho y, eso Mónica no lo iba a permitir. Solo una vez y, con un compañero de departamento, sucumbió a la tentación y juró que ya no más, menos aún con un alumno y, con uno tan especial.

En el ático Guillermo vivía inmerso en sus libros, contando los días para las deseadas y ganadas vacaciones. Sus padres se mantuvieron en su línea, en una precavida distancia de seguridad. Ironías de la vida un año después todos mantendríamos esa distancia, esa mal llamada

distancia social cuando nos referimos a la distancia física.

Daniel, a pesar de la insistencia de Mónica y Antoine, mantuvo sus sentimientos en silencio; no quería meterse en medio de la relación de Carolina y Sergio, menos aún al ella misma reconocer que no estaba segura de sus sentimientos, no quería confundirla más de lo que ya estaba. Así, una vez más, sus palabras se atoraron en las cuerdas vocales a la espera del momento adecuado. Momento, que llevaba esperando media vida y, es que mi vecino será muy inteligente, un médico impresionante y una persona increíble, pero desconoce que al momento perfecto no hay que esperarlo, sino crearlo.

Por su parte, Carolina le pidió tiempo a Sergio, necesitaba tomar su relación con más calma. No creía que hubiese llegado el momento de enmarañarse en relaciones familiares, mucho menos habiendo un niño de por medio. Un niño que podía interpretar la relación de la manera incorrecta. No quería encariñarse con Marcos, ni que Sami la viera como la novia de su padre, ni entrar en un conflicto con la niña de los ojos de Sergio, Helena. Sin embargo, mantuvo una cita en firme, no anuló acudir con él a la celebración de las bodas de oro de Inma y Valentín, justo esa cita era vista como la luz al final del túnel por Sergio, quien veía tambalearse los cimientos de la relación recién iniciada, especialmente al enterarse que un día antes de la ceremonia, el 5 de julio, Carolina y Daniel asistirían a un concierto de *Sabina* a Madrid.

Aquel 5 de julio estaba marcado en rojo en las agendas de los tres habitantes del ático. Guillermo porque iniciaba las vacaciones, Carolina y Daniel…, bueno, ellos decían por el concierto, en realidad, porque era una ansiada cita para ellos.

No solo ellos esperaban ansiosos la llegada de aquel primer viernes del séptimo mes del año. Inma se puso taquicárdica al enterarse que su hijo y su…, bueno, la que ella quería como nuera, realizaban un loco viaje de ida y vuelta a Madrid a menos de veinticuatro horas de uno de los días más especiales para su marido y para ella misma.

5 de julio, 2019

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Preocupado y sorprendido preguntó Daniel al abrir la puerta y encontrarse con la inesperada visita de su madre— ¿Ha pasado algo?

—No, por Dios —Besó a su hijo y entró en su casa—, no seas pájaro de malagüero. Estaba cerca y no he podido resistirme a pasar para decirte que, por favor, seas prudente en la carretera.

La sonrisa se dibujó en la cara de Daniel. Si algo sabía por larga experiencia era que una madre sigue preocupándose por sus hijos, aunque estos hayan cumplido los cuarenta y hayan estado viviendo a más de 4000 kilómetros durante toda una década.

—Daniel, no te rías —lo recriminó al ver su sonrisa y su inconfundible picardía en la mirada. —, no me hace ni pizca de gracia. Prefiero que os quedéis en Madrid y mañana no estéis aquí, antes de imaginaros corriendo por la carretera.

—Mamá, me conoces perfectamente, sabes que soy prudente.

—Tú sí, pero ¿y el resto del mundo?

—Mamá, no nos va a pasar nada. Vamos con tiempo de sobra y, regresaremos tranquilamente.

—¿Me lo prometes?

—Pues, claro —Sonriente abrazó a su madre.

—Daniel… —lo miró a los ojos.

—Mamá, te lo prometo, de verdad.

—No, no es eso. ¿Sergio es el novio de Carolina?

Daniel borró la sonrisa de su cara bajo la atenta y suspicaz mirada de Inma.

—Mamá, eso mejor se lo preguntas a Carol.

—No, te lo pregunto a ti —Con autoridad replicó—. Hace cosa de dos meses, cuando estábamos formando las mesas, Carolina nos comunicó que iría con un tal Sergio, nunca nos ha presentado a ningún novio. Cierto que tampoco te hemos conocido a ti a ninguna novia y, supongo que no habéis estado vistiendo santos todos estos años.

—¿Y? No entiendo que me preguntes a mí.

—Te pregunto a ti, porque os vais los dos a un concierto en Madrid y desde que regresaste os he vuelto a ver muy unidos, manteniendo esa misma relación que nadie entiende.

—A ver —carraspeó nervioso—, lo primero somos amigos y, lo segundo solo es un concierto. No es, ni mucho menos, el primero al que vayamos juntos.

—Eso lo sé —Lo miró fijamente—. De uno os vinisteis con parte del *merchandising*. Mira por aquí viene —dibujó una sonrisa al ver a su nieto entrar por la puerta de la terraza.

—Hola, *iaia*, ¿cómo está la abuela más guapa del mundo? —Con la mejor de sus sonrisas Guillermo se acercó a abrazar a su abuela.

—Mira que eres zalamero —Tomó la cara de su nieto entre las manos—. Tú sí que eres guapo. Mañana voy a presumir de padrino.

—Y yo de ir de tu brazo —Se colgó del brazo de su abuela bajo la risueña mirada de Daniel.

—¿Qué tal los exámenes? —se interesó Inma.

—Del último acabo de llegar, pero sin problemas, podrás seguir presumiendo de nieto —rio—. Papá…

—Dime…

—Mamá dice que se ducha y en media hora está lista.

—Mamá, te dejo con tu nieto. Voy a ducharme o llegaré tarde a mi cita.

—¿Cita? —Corearon abuela y nieto.

—Sí, cita. No soy filólogo, pero seguro que en el diccionario dice: cita, encuentro entre dos o más personas. Así que nos olvidamos de las connotaciones románticas o sexuales.

—Ya… —murmuró Guillermo con una ladina sonrisa en los labios—. *Iaia*, ¿dónde has visto tú esas connotaciones?

—No lo sé, Guille, la vejez me hace ver lo que no es.

—*Iaia*, tú no eres vieja —La besó—. A lo sumo, eres una señora madura de muy buen ver.

Inma no pudo aguantar la risa, contagiando a su nieto y a su propio hijo que se marchó a la ducha con una amplia sonrisa en los labios.

Aquel 5 de julio no solo estaba marcado de rojo en el calendario de los Alberola Valero. En el segundo piso también había movimiento, para ser más exactos, movimiento de maletas. Vayamos puerta por puerta.

En el 2ºA mi madre andaba como loca. Sí, lo sé, la locura es una de las características de mi madre, de mi madre y de los escritores en general; igual, mejor puntualizar algo más, mi madre estaba un tanto histérica. Días atrás Antoine la había invitado a pasar unos días en Lyon, mi madre no se lo pensó dos veces, como intuiréis por el amplio número de países en los que ha vivido, a mi madre le encanta viajar y nunca antes había estado en Lyon, ciudad del centro-este de Francia de la que es originario mi padre.

Sin embargo, el romántico viaje visualizado por mi madre se transformó de golpe en una encerrona al enterarse que se quedarían en casa de mis abuelos paternos, Vincent y Adeline. Nada más enterarse, mi madre entró en ebullición, parecía haber comido una buena ración de chile, porque el humo salía por sus ojos, orificios nasales y boca.

—Vivi, ¿vas a estar así todo el viaje?

—¿Así cómo? —gruñó mi madre, metiendo y sacando ropa, sin ton ni son, del armario a la

maleta y de la maleta al armario.

—Vivi —Mi padre la retuvo por las muñecas—. ¿No quieres ir? Lo entenderé perfectamente, no pasa nada porque te quedes, yo quería que conocieras mi ciudad…

—Y a tus padres… —Lo interrumpió tajante mi madre.

— Vivi, mis padres son personas normales. Tienen una casa enorme, sería absurdo pagar un hotel, cuando en su casa hay espacio de sobra. Se enfadarían conmigo si lo hiciera y, para dos veces que nos vemos al año no es plan. Y bueno… —Le acarició las mejillas—, están encantados que su hijo esté saliendo con una de sus escritoras favoritas y, hablo, totalmente, en serio.

—Antoine, llevamos poco tiempo juntos. —Mi madre suavizó su tono.

—Pero intenso… —Con no muy buen acierto puntualizó mi paciente padre.

—¿Intenso? —La furia volvió a lucir en sus ojos— ¿A qué te refieres con in-ten-so? —Acompañándose de un iracundo movimiento de manos remarcó cada una de las sílabas ante los atónitos ojos de mi padre.

—¿A qué me refiero? —A mi padre empezó a darle miedo hablar y meter la pata, pues, mi madre es muy pasional y puede tomarse todo muy a pecho.

—Sí, necesito que me aclares a qué te refieres con intenso. —Hizo el gesto de comillas con los dedos.

—Sencillo, no hemos sido la típica pareja que cumple con un determinado número de citas para darse un beso o para irse a vivir juntos. Nosotros nos lanzamos al vacío sin red —No apartaba la mirada de sus ojos—. Yo no necesité verte, oírte, ni saber que olías tan bien —Se fue acercando a ella, que estaba hechizada por sus palabras, por aquella calma que la relajaba y por aquel acento que la enamoraba —para enamorarme de ti.

—Vuelves a hacer trampas, mi querido francés —Se colgó de su cuello—, porque amo tus besos, si no te cambiaba por Fred.

Y se enredaron en besos, abrazos y un sinfín de caricias. No solo olvidando que preparaban el equipaje, sino de cualquier tipo de protección. Así los espermatozoides de mi padre corrieron en busca de un óvulo al que fecundar y, yo fui invitada de honor, convirtiéndome en la pequeña *voyeur* que espía a todo el vecindario y os cuenta a vosotros las historias de mi escalera.

Sí, definitivamente, aquel 5 de julio fue inolvidable en mi finca, no solo por haber sido fecundada yo, je, je, je. En la puerta de enfrente, David también preparaba la maleta, bueno, él sí la preparaba no como mis padres, pues, al día siguiente mientras su novia asistiera a la celebración de las bodas de oro de sus padres, él cogería un vuelo rumbo a Bruselas, donde pasaría dos semanas antes de encontrarse con Mónica en Roma.

Mónica lo observó con disimulo recoger todo lo que en las últimas semanas había ido dejando por su casa, realizando una silenciosa y disimulada invasión y, haciéndose cada vez más necesario para ella. No quería reconocerlo, pero lo iba a echar de menos, le dolía verlo recoger sus cosas y saber que durante dos semanas no lo tendría pululando por casa. Salió del dormitorio, donde David preparaba el equipaje, puso música y se asomó a la ventana.

—Te voy a echar de menos —Apoyado en la puerta del salón confesó David, a diferencia de ella, a él no le asustaba reconocer sus sentimientos.

Mónica se giró y sonrió, consiguiendo la mejor de sus sonrisas. Especialmente, al verla ponerse en movimiento al ritmo de la voz de Rosario Flores, tomarlo de las manos e incitarlo a bailar.

—Querido David, tienes unos ojos impresionantes, una sonrisa embaucadora. De esas, que las abuelas llaman, de galán de cine —sonrió—. Eres un orador increíble y escribes muy bien, pero

tienes dos pies izquierdos —dijo antes de besarlo—. Y besas… —Lo miró a los ojos—. Besas… —sonrió malévolamente.

—¿Qué pasa con mis besos, doctora Alberola, va usted a suspenderme?

—Solo para que tengas que seguir practicando y demostrarme así, cómo mejoras.

Toda la alegría presente en la finca desaparecía al cruzar la puerta del 1ºB, donde la luz del sol no entraba por las ventanas. Tumbada en el sofá con Merlín en el regazo, Sara zapeaba en la mayor de las oscuridades, no solo externas sino la de su alma, mientras acariciaba al níveo gato. Ana vio a su hija desde la puerta y, en ese momento, explotó. Olvidó su calma, su permisividad, el darle el tiempo, que ella y Juan habían decidido concederle, decidiendo que el duelo había llegado a su fin. No quería más oscuridad en su vida y, mucho menos en la de su hija.

—Se acabó —gritó y en dos rápidas zancadas se plantó delante de su hija, le quitó el mando del televisor, el cual apagó sin piedad antes de abrir las contraventanas de madera y permitir al sol inundar con su luz el amplio salón.

—¡Mamá! —vociferó Sara. Merlín asustado salió corriendo.

—Ni mamá, ni *memé*. Ahora mismo te vas a la ducha y te vistes sin todas esas mierdas —gritó. Estaba enfadada, su hija jamás la había visto así—. Hace un calor de narices y tú con esa sudadera. ¡No has cometido un delito, Sara! ¡No has matado a nadie! ¿Qué se han reído de ti? Sí, un *gilipollas* se rio de ti y, de mí misma. ¿Qué te han visto desnuda? ¿Y qué? Han pasado dos meses, Sara, ya nadie se acuerda de esas fotos, pero tú te empeñas en vivir en una maldita cueva. ¿Piensas estar encerrada en ella eternamente?

—La próxima semana cumplo dieciocho años, así que si quiero vivir en una cueva lo haré —replicó desafiante levantándose de un salto.

—No, bonita, no te equivoques —respondió Ana—. Me da igual que cumplas dieciocho años, eres mi hija, vives en mi casa y acatarás mis normas. Y la primera es meterte en la ducha, olvidarte de ese…ese chándal horroroso —dijo señalándola con el dedo—. Y has de saber que el lunes tienes cita con la psicóloga. Ah, antes de que me repliques, te advierto que el lunes sigues siendo menor de edad.

—No puedes obligarme —Mirándola con furia se quejó.

—Créeme, Sara, sí puedo.

—¿Preparada? —Daniel tendió el casco a Carolina.

—Sí —sonrió antes de colocárselo, subirse a la moto y agarrarse con fuerza a su cintura.

Como si alguien las hubiese llamado todas las mujeres de mi finca, incluido el óvulo recién fecundado, nos asomamos a la ventana y sonreímos, tal y como Guillermo hizo en la terraza. Algo nos dijo a todos, que aquel era el inicio de un cambio para aquella pareja y queríamos presenciarlo.

Cuatro horas después y tras una larga y, necesaria parada por las inmediaciones de Cuenca, Daniel y Carolina aparcaron en las cercanías del Wanda Metropolitano. Excitados, nerviosos, con una desbordante adrenalina saliendo por cada poro de su piel y, la oxitocina a mayores niveles que las parturientas, caminaban a paso ligero hablando sin parar, saltando de un tema al otro, interrumpiéndose mutuamente el turno de palabra.

Aquel era el mismo estado de euforia que el sentido veintidós años atrás, antes y después del concierto que cambiaría su vida para siempre. Sí, porque ninguno de los dos se lo reconoció al otro, pero ambos sintieron una conexión especial aquella noche y, el placer vivido cuando Mónica se fue con sus amigos y los dejó a solas.

Mucha era la gente que esperaba la apertura de las puertas, se miraron sonrientes y colocaron a la cola a la espera de que las puertas fueran abiertas. Aprovechando la espera ambos enviaron mensajes avisando de su llegada. Daniel, a su madre y Mónica. Carolina, a Guillermo y Sergio.

A las ocho atravesaban radiantes las puertas del templo del Atlético de Madrid. De manera inconsciente Daniel entrelazó los dedos con los de ella y la condujo al interior. Carolina no rechazó su mano, todo lo contrario, estrechó la suya con la de él y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

La espera en el interior se les hizo eterna, de pronto, ya no tenían tema de conversación, permaneciendo de pie sin soltarse de la mano a la espera de que empezara el espectáculo. Y entonces comenzó a sonar el inicio de «Esta noche contigo» y una sombra rematada con un bombín salió al escenario, provocando el inmediato fervor del público que, ellos incluidos, empezó a cantar y aplaudir.

—*Porque voy a salir esta noche contigo*… —canturrearon, mirándose y sonriéndose antes de volver a centrar su atención en el escenario.

Ambos sintieron haberse metido en una máquina del tiempo, ambos olvidaron que habían pasado veintidós años desde aquel lejano concierto del que, por un momento, creyeron no haber salido. Ambos se vieron reflejados en los ojos del otro y, se supieron el responsable de su sonrisa, sonriendo más aún por ello. Cantaron, gritaron, saltaron, igual que aquella lejana noche de san Juan. De cuando en cuando sus manos se encontraban, sus cuerpos se rozaban atraídos cual imanes; ellos no se alejaban, más bien, sentían como su ser se inundaba de una deliciosa carga voltaica.

—Ahora que los sentidos sienten sin miedo. Ahora que me despido, pero me quedo. Ahora que sienten los ojos, que miran las bocas, que gritan los dedos…—cantaron perdiéndose en la mirada del otro.

Por unos breves instantes permanecieron contemplándose, perdidos en los ojos del otro, despertando solo al escuchar a Sabina hablar y, cuales ratones hechizados por el flautista de Hamelín le volvieron a prestar a él todos sus sentidos y a su «Lo niego todo».

Ambos hiperventilaban, él, porque supo que no todo estaba perdido, ella, por estar con el que siempre había sido el amor de su vida. No volvieron a mirarse, estaban demasiado nerviosos para hacerlo, se concentraron en el concierto y disfrutaron como solo hacían cuando estaban juntos. Sus miradas volvieron a encontrarse al sonar su canción, «Y nos dieron las diez».

Daniel le ofreció su mano con una reverencia, con la misma reverencia sin apartar la mirada de sus oscuros ojos Carolina entrelazó los dedos con los suyos, apoyó la otra mano en su hombro al tiempo que notaba los dedos de la mano derecha de él sujetarla por la cintura y acercarla a su cuerpo. Y así, en su diminuta parcela a los pies del escenario bailaron la canción olvidando que no estaban solos.

—*Y desnudos al anochecer nos encontró la luna…* —terminaron de cantar mirándose a los ojos con el contenido deseo de dejarse arrastrar por sus sentimientos.

—Nunca he olvidado aquel veinticuatro de junio —murmuró Daniel junto a su oído.

—Yo tampoco… —confesó ella con el corazón desbocado por la excitación de tenerlo tan cerca.

—Mi madre dice que salimos con *merchandising* del concierto.

—*Merchandising*, razón no le falta a Inma. —sonrió.

—Sin duda nos quedamos con lo mejor de todo, aunque en su momento no lo creyésemos.

—Totalmente de acuerdo —Sus ojos se sonrieron antes de volver a centrarse en el concierto.

Dos largas horas más tarde salían extasiados del concierto, cantando y chocando sus caderas de cuando en cuando rumbo a la moto. Y tal, como hicieron años atrás, se subieron a la moto, esta vez rumbo a Valencia y no a la playa, sin cruzar una sola palabra; sin decirse todo lo que les quemaba en su interior desde hacía mucho más de dos décadas.

—Gracias por esta noche —Carolina le devolvió el casco mientras abría la puerta de casa—. Ha sido un concierto inolvidable.

—Como todos los de Sabina —dijo él mirándola a los ojos—. ¿Te tomas una copa conmigo?

—Dani, son las cuatro de la mañana —sonrió—. A las nueve tengo hora en la peluquería. ¿La dejamos pendiente?

—Muy bien, la dejamos para mañana.

—Perfecto, en la boda la tomaremos.

—No, tras la boda, tú y yo tenemos una cita—Le acarició las mejillas con intencionado descuido sin apartar la mirada de la de ella.

—Dani, no voy sola y… —Calló un momento—igual no vengo a casa.

—¿Eso quiere decir que tus dudas han desaparecido?

—Sí, no.…—titubeó. No estaba segura de su respuesta o, tal vez sí que lo estaba, pero necesitaba que él fuera claro—. No lo sé, Dani, la verdad es que no me comprendo ni a mí misma.

—Carol… —La retuvo sosteniéndola por la muñeca.

—Dime, Dani… —Lo miró a los ojos, solo esperaba dos palabras que le hicieran dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Nada, ve a dormir. Ya nos tomaremos esa copa. Buenas noches —Le dio un beso en la frente—, dulces sueños.

Capítulo 22

6 de julio, 2019

Para ser sábado y estar en plenas vacaciones estivales la vida despertó bien temprano en mi finca. Yo apenas era un cigoto descendiendo por la trompa de Falopio rumbo al útero, camino largo, aunque no se lo crean puede durar hasta seis días, pero mi tete y yo lo haremos en tres días. Upps, sí. ¿Creían que estaba sola aquí dentro? Pues no, lo que pasa es que yo soy la parlanchina, como mi madre, el tete es más calladito. Ahora que ya lo he contado, les diré que somos gemelos idénticos, sí, el óvulo de mi madre se dividirá en dos embriones.

No hace falta que os diga que ni el tete, ni yo, tenemos aún capacidad de sentir, ver u oír, pero la realidad literaria me permite el lujo de ser conocedora de todo lo que ocurre a nuestro alrededor. De las risas de nuestros padres mientras desayunan antes de coger el avión rumbo a Lyon. De los juegos de Mónica y David antes de ella salir corriendo a la peluquería. De las ojeras de Carolina por no haber dormido, incapaz de dejar de pensar en Daniel y, en las del propio Daniel pensando en ella. Entre nosotros, lo de mis vecinos del ático no tiene nombre, todos hablan de la tontería de los adolescentes, pues, a ellos la tontería les ha durado hasta los cuarenta; porque soy apenas un cigoto si no les daría un tirón de orejas a cada uno hasta que se sincerasen mutuamente.

Por descontado en el 1ºB nadie había dormido, por primera vez en casi dieciocho años, Juan y Ana se habían enfadado con su hija, pasando casi toda la noche intentando razonar con ella hasta ella ceder en acudir el lunes a la psicóloga.

Solo Guillermo había dormido toda la noche, tras largas semanas de encierro y casi sin dormir, nada más recibir el mensaje de su madre durmió a pierna suelta.

A las cinco de la tarde un elegante Daniel, ya con esmoquin llamaba a Guillermo y entraba en el ático B.

—Guille, ¿quieres que te lleve? —sonrió al ver a su hijo vestido exactamente igual que él y verse a él mismo con veinte años menos.

—Así que yo me veré así en veinte años —dijo Guillermo al reflejo de su padre tras él en el espejo—. Bueno, no estaré nada mal —sonrió—. ¿Qué tal ayer?

—Bien, Sabina siempre se supera.

—¿Y con mamá?

—Bien, como siempre —Vio el reflejo de Carolina en el espejo y se giró para mirarla de frente.

Sus ojos recorrieron el largo vestido rosa palo, de amplia falda de vuelo y un sugerente escote que dejaba a la vista la sensual rosa descrita por su hijo.

—Estás…Estás…Estás…

—Papá, ¿te reseteo? —bromeó Guillermo al ver como su padre se quedaba sin palabras.

—Estás impresionante —Dio un cogotazo a su hijo—. Recuerda que soy tu padre, graciosillo.

—Gracias —sonrió Carolina—. Tú también, vosotros.

—Era verdad —dijo sin apartar la vista del escote, provocando su rubor—. Es muy bonita.

—Gracias.

—¿Te vienes con nosotros? —Sin apartar la vista de la rosa preguntó.

—No, Sergio me recoge en cinco minutos —Carolina tragó la saliva que se le acumulaba—. Nos vemos allí. Mónica lleva mi coche, podéis ir con ella.

Guillermo observó a sus padres, cada vez los entendía menos, medio enfadado se puso en marcha.

—Me voy a casa de la tía, llevaré el coche yo, así vestida y con unos tacones como esos, complicado lo tiene. Papá, te espero abajo —dejando claro su enfado, no solo en su tono de voz, sino en su rostro se marchó dando un portazo.

Carolina y Daniel permanecieron en medio del salón, la tensión creció entre ellos nada más quedarse a solas.

—Nos vemos en la iglesia —dijo Daniel.

Carolina evitó el contacto visual por ser incapaz de confesar sus propios sentimientos, Daniel se fue a su casa en busca de las llaves y tomar aire antes de bajar a casa de su hermana.

Una vez a solas Carolina se dejó caer en el sofá, obviando estar preparada para la boda. Sentía que se ahogaba y, que ya no podía seguir viviendo así.

«Ahora no es el momento, he de hablar con Sergio. No puedo engañarle a él y, engañarme a mí misma. No puedo crearle falsas esperanzas, lo nuestro no tiene futuro, no es de él de quien estoy enamorada».

Una amplia sonrisa se dibujó en los rostros de todos los asistentes a la ceremonia al ver a la más pequeña de los Alberola, la desdentada hadita, que, vestida como sus tías, madre y prima, abrió el desfile nupcial por el engalanado pasillo, dejando a su paso un reguero de olorosos pétalos de rosas.

Tras Mar un nervioso Valentín, que parecía estar casándose por primera vez con la mujer con quien lo había hecho cincuenta años atrás, entraba feliz del brazo de la mayor de sus nietas, a la que besó orgulloso en el altar, haciendo lo mismo con la pizpireta Mar, que lo obligó a mirar la entrada de Teresa, Mónica, Carolina y Ana.

Los sonrientes ojos de Carolina se encontraron con los de Sergio y los de Daniel, sentados uno delante del otro en los primeros bancos de la iglesia. El encuentro de miradas de Daniel y Carolina fue la primera de las señales recibidas por Sergio aquella tarde-noche, en aquel

momento supo que su relación no tendría futuro.

Las cuatro mujeres se sentaron en el primer banco junto a la pequeña Mar, quien se apresuró a colocarse en primera línea al escuchar el cambio en la música, *Patchbell* dio paso a la sonriente pareja formada por abuela y nieto, que hicieron su triunfal entrada bajo la atenta y sonriente mirada de familiares y amigos.

La emoción reinaba en el aire, todos los días no se asiste a una renovación de los votos matrimoniales tras medio siglo de convivencia. Las lágrimas inundaron a los presentes y, especialmente, a los novios cuando Carolina, en nombre de todos los hijos, subió al altar a dedicar unas sentidas palabras a la pareja que la habían acogido como un miembro más de su familia veintidós años atrás. Y ahí, al ver la manera en la que Daniel la miraba y, como una vez sus ojos se encontraron sin buscarse no dejaron de mirarse, Sergio obtuvo la segunda señal.

Los jardines elegidos para la celebración constituían un marco incomparable, no faltaba detalle, románticos y aromáticos arcos de flores, iluminados farolillos indicando la senda a seguir hasta las engalanadas mesas dispuestas alrededor de una pequeña pista de baile y un escenario, en el que una orquesta amenizó la velada con todos los temas favoritos de la feliz pareja.

Cerca de las once de la noche los recién casados inauguraron el baile, pasando luego a los brazos de sus nietos y padrinos y, por todos y cada uno de sus hijos.

Carolina dedicó la mejor de las sonrisas a Sergio, cuando la recogió del brazo de Valentín y la invitó a bailar, quedando gratamente sorprendida por su destreza en la pista de baile ante la atenta y seria mirada de Daniel.

—Y bien, ¿qué tal anoche? —preguntó Mónica a su hermano.

—Genial, te lo perdiste.

—Bien que olvidaste invitarme —Lo miró risueña dando un sorbo a su copa.—. ¿No piensas actuar?

Daniel dedicó una mirada a su hermana, no pasándole desapercibido que su hijo hablaba con la orquesta. Poco tardó en saber qué pedía su hijo al escuchar, «Y nos dieron las diez». Su

mirada se encontró con la de Carolina y, sin mediar palabra, se juntaron en medio de la pista a bailar la canción que su hijo había elegido para ellos.

Ninguno de los dos borró su sonrisa de los labios mientras bailaban la canción, sin embargo, no eran capaces de mirarse a los ojos. Carolina tenía claro que aquella misma noche tenía que hablar con Sergio, si algo sabía era que no estaba enamorada de él y, no podía postergar más el final.

—*Tú saliste a cerrar, yo me dije cuidado chaval te estás enamorando…* —canturreó Daniel deslizando los dedos por el escote de su espalda—. Sé que te lo he dicho, pero estás espectacular con este vestido.

—Gracias… —murmuró con un ligero estremecimiento por la íntima cercanía.

—Sergio es un hombre con suerte —dijo sin dejar de seguir el compás de la música.

—¿Tú crees? —Lo miró a los ojos— Yo creo que simplemente se ha creado su propia suerte, se fijó un objetivo y no paró hasta conseguirlo.

No volvieron a decirse nada, se centraron en el baile. Daniel dejó a un lado sus deseos de besarla y abrazarla, de volver a saborear sus labios; Carolina… Carolina hizo lo mismo, no podía permitirse sucumbir a sus deseos sin haber hablado con Sergio, él no merecía un final así. Por eso, intento zafarse de los brazos de Daniel al reconocer una de las múltiples canciones que él siempre le cantaba.

—No huyas, ni se te ocurra—Con una amplia sonrisa murmuró Daniel que también había reconocido la canción—*Oh, Carol, loco estoy por ti, más si me dejas qué será de mi...*

—Mis pobres padres no imaginaron la cruz de mi nombre—rezongó estremeciéndose bajo su mirada y la cercanía de su cuerpo.

—A mí me encanta tu nombre—replicó haciéndola girar—. *Nunca llegaré a querer a otra porque te amo a ti...*—tarareó sin dejar de mirarla a los ojos.

—Menos mal que no te has traído la guitarra—gruñó con una sonrisa dejándose caer sobre su brazo.

—¿Para qué? Contigo la guitarra jamás funcionó, ¿lo haría ahora?

Carolina se quedó sin palabras, no supo que contestar, tampoco era el momento adecuado, aunque estaba convencida que de tener la guitarra cerca se la estamparía en la cabeza por escudarse tras ella y no ser claro.

—Guille, ¿por qué tus padres no están juntos? —se interesó Jimena, sin saber que estaba siendo oída por Sergio.

—Eso es un misterio por resolver, ni lo entiendo, ni me lo han dicho, ni se los he preguntado, pero, prima, créeme que no los comprendo.

—No lo entiendo, no he visto una pareja que desprenda más química que ellos.

—No lo sé, Jime, se escapa de mi comprensión, yo también tengo esa impresión. Muchas veces los he pillado juntos, ensimismados y perdidos en la mirada del otro. No es que tenga yo mucha idea de esos temas, pero yo diría que están enamorados y, no imaginas lo que me *jode* no verlos juntos —Guillermo pasó el brazo por los hombros de su prima—. ¿Y la más guapa de mis primas, que no me oiga Mar que antes le dije lo mismo, tiene novio? —preguntó sin dejar de observar a sus padres, tal y como a pocos pasos hacía Sergio.

—No, ¿y tú?

—Tampoco, no me gustan los tíos —rio Guillermo haciendo reír a su prima, que le dio un pequeño empujón.

—Mira que eres tontito —le dio un nuevo empujón con la cadera—. Yo he de confesar que me gusta un chico.

—¿No será un *gilipollas* como Kevin?

—No, te aseguro que no —sonrió—. Por cierto, ¿cómo está Sara? He intentado quedar con ella, pero no contesta a mis llamadas ni responde a mis *WhatsApp*.

—No lo sé, llevo un mes encerrado estudiando y no la he visto. Mañana sin falta paso por su casa y te cuento, si no te responde me huele a que no está bien. *Joder*, mira que vi venir a ese tipejo. Ni a David, ni a mí nos gustó cuando lo conocimos —Una señal de alarma empezó a parpadear en su cabeza al ver la sonrisa tonta de su prima al escuchar el nombre de David, deseando que no fuera lo que imaginaba—. Dime, quién es el afortunado, ¿lo conozco?

—Sí que lo conoces y, bien que podrías hacer para que coincidiéramos.

—¿Quieres que intervenga? —Cada vez tenía más claro que su sospecha era real. — ¿Quién es?

—David…

Guillermo no pudo evitar borrar la sonrisa, aunque las señales lo hubiesen alertado escucharlo de boca de su prima lo hizo real, dejó de observar a sus padres y cómo su madre pasaba a los brazos de su tío Ismael.

—¿Hablas de mi amigo David?

—Sí, *porfa*, ¿intercederás por mí? —parpadeó de forma exagerada— Recuerda que soy tu prima favorita, sin contar con Mar —sonrió con un guiño.

—No puedo Jimena —La miró a los ojos, encontrándose con los risueños ojos de Mónica, que hablaba por el móvil e imaginaba con quién.—. David tiene novia.

—¿Pero es algo serio?

—Tanto como eso no lo sé, pero yo diría que sí.

El silencio se hizo entre ellos, Guillermo se sintió incómodo, nunca había tenido secretos con su prima, pero no podía contarle quién era la pareja de David. No podía decirle que se encontraba a un par de metros de ellos charlando con el supuesto «no novio» de su madre.

—Mónica, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Pregunta, otra cosa es que yo te responda —dijo sonriente, recibiendo la inmediata sonrisa de Sergio.

—¿Qué hay entre Carolina y Daniel?

—Así, a quemarropa, sin tan siquiera invitarme a una copa me sueltas esa pregunta—Con una amplia sonrisa respondió—. No te puedo dar respuesta, Sergio, eso vas a tener que hablarlo con Carolina. Ahora si te da una respuesta, me la cuentas, yo llevo media vida preguntándome lo mismo y sigo sin respuesta.

—Pero, ¿alguna vez hubo algo entre ellos?

—Ellos dicen que no, eso es todo lo que sé.

—Eso me dijo Carolina, pero es que los veo y no termino de entender cuál es mi papel —Con la mirada los señaló en la pista de baile—. ¿Es cosa mía o se buscan con la mirada ahora que no bailan juntos?

—Sergio, ¿qué quieres que te diga? —Mónica se enganchó de su brazo y con la mejor de sus sonrisas clavó sus oscuras pupilas en las de él— Habla con Carolina, dile cómo te sientes, igual contigo se sincera. No creas que juega contigo, sé que siente algo muy fuerte por ti, de no ser así, no estarías aquí. Eso te lo digo yo, en dos décadas no nos presentó jamás a ninguna de sus parejas.

—Sentirá todo lo que quieras, pero a mí no me mira como a tu hermano —replicó sin borrar su sonrisa—. Es mi sino, he de huir de las profesoras—Ambos se mordieron los labios para no reír—, al menos de las tutoras de mis hijos.

—Bueno, pues, como no soy tutora de ninguno de ellos —respondió con clara diversión en los ojos—, te vienes a bailar conmigo, que te vi antes y eres la leche.

Sin parar de reír Sergio le hizo una reverencia a Mónica y juntos se acercaron al centro de la pista. Sin embargo, no bailaron, pues, Mónica salió corriendo a abrazar a su hermana pequeña, nada más escuchar a Mar gritar que iba a ser hermana mayor.

El remolino de abrazos y besos consiguió la atención de Guillermo y Jimena, que no habían presenciado el momento en el que Ana y Carlos habían anunciado a los recién casados que, en siete meses Mar dejaría de ser la más pequeña de los Alberola. La niña, que había guardado el secreto, tal y como Daniel había hecho, pues, él le había realizado la revisión a su hermana y hecho la ecografía, saltaba feliz en medio de la multitud porque, por fin, iba a tener un hermano y, sobre todo, porque el secreto ya comenzada a quemarle.

Sergio y Carolina volvieron al centro de la pista, esta vez juntos, ambos se dedicaron la mejor de sus sonrisas, pero ambos evitaron mirarse a los ojos. Ella sabía lo que él podría leer si se los mostraba, lo que desconocía es que ya él lo intuía, aunque se agarraba a un atisbo de esperanza.

Esperanza que se desvaneció en el aire a los pocos minutos nada más escuchar el inicio de «Sweet Caroline», bromear con la canción y borrar la sonrisa de golpe al ver que no era el cantante de la orquesta sino Daniel quien cantaba.

—*And spring became the summer, who'd have believed you'd come along*… —Con la mirada puesta en ella cantó Daniel, a quien el corazón le iba a mil, no sabía cómo de buena era aquella idea de cantarle la canción con la que siempre intentó confesarle sus sentimientos.

Los pies se le clavaron al suelo, era incapaz de moverse al escucharlo cantar la canción que tantas veces le había cantado y, ella siempre interpretó la letra como su propia declaración de amor, aunque luego nunca pasara nada más allá de la canción.

No podía dejar de mirarlo, ni pestañeaba, el corazón se le aceleró. Seria permaneció en medio de la pista ante los ojos de toda su familia, que observaron la escena sin perder detalle. El silencio se había hecho en el jardín, solo se escuchaba a la orquesta y la voz de Daniel, a quien Guillermo, Mónica, Ana e Ismael se sumaron para cantar los coros.

—Sweet Caroline, good times never seemed so good. I've been inclined to believe they never would…

Todos, salvo Carolina y Sergio, rompieron en un efusivo aplauso. Nadie perdió de vista a Carolina que seguía petrificada en medio de la pista y miraba a Daniel sin un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Por favor, vámonos —suplicó a Sergio, saliendo de la pista bajo la atenta mirada de Daniel.

No se despidió de nadie, cogió sus cosas y en silencio se alejó junto a Sergio de la alegre algarabía para sorpresa de todos, en el mismo silencio entraron en el coche. Sergio se limitó a conducir, no se atrevía a hablar, pero era necesario hacerlo, por eso, nada más entrar en Valencia buscó un sitio donde aparcar.

—Carolina, creo que tenemos que hablar —dijo en la más sutil de las voces, dejando caer la mano sobre la de ella—. ¿Puedes explicarme qué sucede?

—Siempre hace lo mismo —Estaba enfadada. Enfado que no pasó desapercibido para él.

—¿Por qué estás enfadada? ¿No debería ser yo el enfadado?

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Por qué no me dijiste que estabas enamorada de Daniel?

—Porque era algo de mi pasado, porque lo creí enterrado y, porque creía estar enamorándome de ti.

—Pero regresó y te diste cuenta que no era así, por eso, diste un paso atrás —La obligó a

mirarlo—. Por eso, no quisiste conocer a Helena.

Carolina asintió con un ligero movimiento, se secó las lágrimas.

—¿Por qué tu enfado? Eso no lo entiendo, está claro que él siente lo mismo y, eso ha sido una declaración en toda regla.

—No Sergio, Daniel siempre hace lo mismo. ¿Sabes cuántas veces ha podido cantarme esa misma canción, yo entender lo que tú crees y luego no suceder nada? ¿Por qué no es directo y me lo dice abiertamente?

—Y tú, Carolina, ¿has sido sincera y se lo has dicho? —Sergio le enjugó las lágrimas y la besó dulcemente en los labios— ¿Te apetece tomar una última copa conmigo antes de despedirnos? —Carolina asintió con una leve sonrisa—. A la próxima mujer a la que conozca le preguntaré su profesión, huiré de las profesoras —Carolina amplió su sonrisa—, y le suplicaré a Maribel, que sea ella quien trate siempre con las futuras tutoras. Yo mejor no paso cerca de centros educativos.

Carolina soltó una sincera carcajada, sabía el motivo por el que Sergio lo decía

—Me gustaría conocerla, no he coincidido nunca con Maribel.

—Seguro que la conoces por su seudónimo, Karen Lovecraft.

—¿Karen Lovecraft es tu mujer? —Sorprendida preguntó.

—Exmujer —matizó.

—No lo sabía, no hace mucho las chicas hablaban de los impresionantes ojos de su chico. Perdón… —dijo ante la divertida mirada de Sergio—. No tenía que haber dicho esto.

—Nada…Nada…Húndeme un poco más. —rio.

—A mí me gustan más los ojos oscuros.

—Claro, los de Daniel —rio, consiguiendo su risa.

Carolina sonrió al comprobar que su hijo le había dejado la pequeña luz, que ella siempre le dejaba encendida, iluminada. Dejó el *clutch* y las llaves junto a la pequeña lámpara y la apagó. El vaivén de las cortinas llamó su atención, se acercó a las abiertas puertas de la terraza, imaginaba que su hijo estaría fuera, pero solo vio a Daniel apoyado en el muro contemplando la noche. Ya

no llevaba chaqueta y la blanca camisa medio salía de los pantalones. Carolina tomó aire, se bajó de los tacones, los dejó junto a la puerta y descalza se acercó a él, a mitad de trayecto se detuvo al reconocer la voz de Eros Ramazzotti; todo el enfado de horas atrás se le borró de un plumazo al entender que él tampoco lo estaba pasando bien. Sergio tenía razón, ella también había callado, de alguna manera, ambos habían boicoteado el tener una relación más allá de la amistad.

—Hola —se apoyó a su lado. Sus brazos se rozaron, pero ninguno miró al otro.—. ¿Escuchando a Ramazzotti en la clandestinidad?

—Hola —respondió sin mirarla ignorando su pregunta—. ¿No pasabas la noche fuera? ¿No te quedabas en casa de tu novio?

—Sergio no es mi novio —replicó— y, tú y yo teníamos una copa pendiente, ¿no? Aunque igual he bebido demasiado esta noche, tanto que mis oídos me traicionan y me hacen oír a Ramazzotti. —Le quitó el vaso de la mano y dio un sorbo— ¿Agua?

—Demasiado alcohol y demasiadas tonterías esta noche. —respondió sin apartar la mirada de la rotunda oscuridad de la noche.

—¿Puedo saber de qué tonterías hablas? ¿Ramazzotti entra en ellas? —Carolina lo obligó a girarse hacia ella y mirarla a los ojos—O ¿tal vez, te refieres a la manía de escudarte siempre en las mismas canciones y, no ser claro con tus sentimientos? ¿Tanto te cuesta decirme que me quieres? Y sí, es verdad, yo tampoco he sido sincera, jamás te confesé estar enamorada de ti—Daniel abrió los ojos al escucharla—. ¿Te sorprendes? Daniel, de verdad, podrás ser una eminencia médica, pero, eres un desastre captando señales. ¿De verdad, crees que hubiese pasado algo entre nosotros aquella noche de no haber sido así? Y sí, entonces debí decírtelo, pero tu hijo se apresuró por llegar al mundo y no quería que estuvieras conmigo por él, pero, Daniel, yo ya no puedo vivir así, no lo soporto más. Yo no quiero ser tu mejor amiga, ni la madre de tu hijo —se sinceró—. Miento, eso último sí, Guillermo es lo mejor que hemos hecho en la vida, pero yo te quiero Dani, como nunca en la vida he querido a nadie.

Daniel la escuchó perplejo, la seriedad de sus ojos fue desapareciendo, iluminándose con cada una de sus palabras. Sus manos rodearon su cintura, atrayéndola hacia él, agachándose para besarla.

—No —Carolina le tapó la boca—, ni se te ocurra besarme. Quiero oírtelo decir abiertamente, solo necesito dos palabras, Daniel, esas que pudiste decirme anoche y no fuiste capaz de vocalizar. —Ninguno de los dos pudo disimular una sonrisa.—. No te rías, hablo en serio, yo hoy le hubiese evitado el mal trago a Sergio, esta mañana hubiese hablado con él y, tú y yo hubiésemos ido juntos—Le dio un par de golpes con los dedos en el pecho—. Pudimos haber tenido post concierto—se mordió la punta de la lengua—, pero me deseaste dulces sueños y me mandaste a la cama. ¿Crees que dormí? Y ahora dilo de una santa vez...

—Lo que no entiendo es el motivo, con lo mandona que siempre has sido —sonrió, alzándola por encima de su cabeza—. Te quiero, Carol, siempre ha sido así. Incluso cuando espantabas a todas las que se acercaban a mí y mi guitarra.

—Porque eran unas sobonas —sonrió—. Y bésame ya de una vez.

—Lo dicho tú de *sweet* nada, tú eres una mandona.

—Pero me quieres...—murmuró con un brillo especial en sus ojos.

—Con todo mi ser.

Poco a poco la fue dejando caer hasta encontrarse con sus labios y perderse en ellos durante largos minutos, en los que los besos comenzaron a hacerse cada vez más largos y eran acompañados por caricias, que, poco a poco fueron subiendo de intensidad. Sin soltarse, sus pasos se dirigieron al dormitorio de él.

Los dedos de Carolina desabrocharon con calma los nacarados botones de la camisa de Daniel, mientras infructuosamente él buscó la cremallera en el vestido de ella, dándose por vencido bajo la pícara mirada de ella. Divertida bajó la cremallera sin apartar la mirada de la suya, que no podía dejar de mirarla mientras dejaba caer el vaporoso vestido a sus pies y quedándose con un sugerente conjunto de lencería del mismo color del vestido.

Daniel tiró de ella, necesitaba pasar los dedos por la sensual rosa, notando el inmediato efecto suscitado bajo el delicado encaje del sujetador mientras ella se encargaba de terminar de desnudarlo.

—Esta vez tenemos cama —le susurró Daniel al oído, quitándole el sujetador y haciéndola caer sobre la enorme cama.

—Y veinte años más, veintidós…

—Y tú igual de tiquismiquis —sonrió provocador al tiempo que se dejaba caer sobre ella.

—¿Para qué cambiar? —Un gemido se le escapó por el infinito placer de sentir sus labios recorriendo su cuerpo.

Las palabras desaparecieron, ya no quemaban, ya no eran necesarias; sus ojos hablaban por ellos, así como sus manos lo hacían en cada caricia hasta ellos terminar de acoplarse y, fundirse en uno, musitando un sentido «te quiero» entre interminables jadeos.

Sudorosos, agitados e invadidos por la felicidad se dejaron caer en la cama. Carolina apoyó la cabeza en el brazo de Daniel.

—¿La próxima vez a los sesenta? Lo digo, porque es nuestra costumbre y, como dicen que no hay dos sin tres —bromeó sin apartar la mirada de la de él.

—Eso no te lo crees ni tú —rio Daniel—. Ya te digo yo que, a por el tercero vamos de inmediato y, veremos si para ahí la noche. Y tú, ya no vuelves a dormir en una cama que no sea esta, así estamos lejos del niño.

—Del niño —repitió con sorna—. ¿Hará las paces con nosotros ahora?

—A mí me ha dado el viaje de vuelta —dijo Daniel con una amplia sonrisa—, pero ya le preguntaremos mañana. Ahora vamos a estar ocupados —dijo antes de perderse en su boca.

Capítulo 23

7 de julio, 2019

Mónica acarició el lado vacío de la cama, un largo mes llevaba sin dormir sola y, lo peor era que se había acostumbrado a la calidez de tener otro cuerpo al otro lado de la cama. Acercó la cara a su almohada, aún perduraba el aroma del perfume masculino, le encantaba su olor; cerró los ojos, aspiró con intensidad y se abrazó a su almohada.

Extrañada miró bajó la almohada, sus dedos se habían tropezado con una hoja de papel. Una sonrisa tonta iluminó su cara al intuir que David la había dejado allí para ella. Rauda se levantó de la cama, abrió la persiana para tener luz y poder leer la sorpresiva nota. Aún era muy temprano, pero el sol iluminaba lo suficiente para poder leer sin necesidad de luz artificial.

De inmediato regresó a la cama, acomodó las almohadas e ilusionada se recostó a leer:

Doctora Alberola,

Si lees esta nota es porque algo me echas de menos y te has acostado en mi lado de la cama. Bueno, también existe la poco romántica opción de que te la encontraras mientras cambiabas las sábanas o, peor aún, que la hayas visto tras sacar las sábanas de la lavadora y ahora esto sea un gurruño de papel imposible de leer.

Por mi parte, estoy del todo seguro que sea el día que sea y, la hora que sea, estaré echándote de menos. Apiádate de este pobre e infeliz enamorado y envíame un mensaje.

Besos

David

Mónica releyó la nota varias veces, estaba emocionada. Hacía mucho que alguien la había hecho sentir como David lo hacía sentirse. Sin darse cuenta, se había quedado atrapada en su red, había dejado de lado sus reglas, atrás había quedado la mujer fuerte que era capaz de controlar sus sentimientos. David había conseguido hacerla sentir especial, arrastrándola por completo a su terreno, en el que se quedó al ver su propio reflejo en sus intensas pupilas azules. Y ahí sintió que aquella locura de desorbitados sentimientos era amor.

MÓNICA

Buenos días, mi querido «okupa». Acabo de encontrar tu nota. No te lleves a desengaño, no he invadido tu lado de la cama por añoranza, sino para reconquistar todo mi reino. Ese que me usurpaste con tu silenciosa y estratégica invasión de las últimas semanas, ja, ja, ja. Besos.

Cual enamorada adolescente, Mónica permaneció a la espera de su respuesta durante un largo cuarto de hora. Aburrida de esperar y, con la clara convicción de que David dormía, optó por levantarse.

Vacía, la casa le pareció desierta, el silencio reinaba fuera y dentro de las paredes, algo normal, aún no eran las ocho de la mañana de aquel domingo estival. Encendió la cafetera y entró en el cuarto de baño, no cerró la puerta, volvía a estar sola. Sola, por primera vez se sintió así y, no, como la mujer libre e independiente que siempre había sido.

Se miró al espejo, se rio de sí misma, parecía un mapache, la noche anterior había llegado cansada y se había saltado su rutina de limpieza. Se recogió el pelo y se pasó un algodón con una buena dosis de agua micelar por cuello y rostro, con absoluta calma fue limpiando su rostro, aquella simple rutina le recordó a él. Apenas dos días atrás lo había pillado obnubilado

contemplándola mientras ella realizaba su ritual de limpieza, se estremeció al recordar como allí mismo habían hecho el amor.

Mi vecina se detuvo, se observó en el espejo y todo lo que acarreaba su simple recuerdo. Lo de menos eran sus erguidos pezones bajo la camiseta o la humedad entre sus piernas, sino el exultante brillo de sus ojos. A la mente le vinieron las palabras de su hermano, «el brillo de tus ojos habla por ti». Y ahí, justo viendo su reflejo en el espejo con las palabras de Daniel resonando en su cabeza Mónica confundió, una vez más, amor con enamoramiento.

Abrió el agua de la ducha, no se había duchado antes de acostarse y necesitaba una ducha con urgencia. Se desnudó frente al espejo, un pequeño bultito junto a la axila derecha llamó su atención. «He de cambiar de desodorante, este me hace daño…», se dijo al tiempo que con delicadeza pasaba los dedos por el diminuto y molesto bulto.

El zumbido de la entrada de un mensaje llegó a sus oídos, cerró el agua, corrió rumbo al dormitorio y se abalanzó sobre la cama donde estaba el móvil.

DAVID

¡Buenos días! ¿Me has llamado «okupa»? Mi querida doctora Alberola abra el diccionario y verá usted que no es el calificativo más apropiado. Yo no me he apropiado de un espacio deshabitado, ja, ja, ja. Diría yo, que no se la ve muy disgustada con mi presencia, espero que algo sí lo esté por mi ausencia. Yo, tal y como predecía, la echo de menos. ¿Aún en la cama? Besos.

MÓNICA

Ja, ja, ja…Eres insoportablemente repelente. Digamos que algo sí te echo de menos, hoy no tengo a nadie que me prepare el desayuno, ja, ja, ja. Besos.

DAVID

Ja, ja, ja… ¿Solo me echas de menos por eso? Eres muy malvada, doctora Alberola, así que estás castigada sin besos.

MÓNICA

Ja, ja, ja…Lo mismo te digo.

DAVID

Eres muy malévola, sabes que necesito tus besos más que el agua o, al mismísimo aire. No sé cómo soportaré los próximos 14 días sin ti. TE QUIERO, Mónica.

Ni pestañeó, la risa se le cortó de golpe al leer aquel «te quiero». No era algo que la pillara desprevenida, tenía claro los sentimientos de David. El teléfono vibró en sus manos.

—Buenos días —la saludó David—, ¿qué tal esa boda ayer? —David se extrañó al no recibir respuesta—. Mónica, ¿estás ahí? ¿He conseguido dejarte muda?

—Eso no se lo cree nadie —respondió una vez su pulso recuperó el ritmo adecuado—. La boda bien. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Recibí el mensaje de una bruja malvada y perdí el sueño.

—Cariño, las brujas siempre somos malvadas, de no ser así nos retirarían el título.

—Ajá, admites serlo.

—Nunca lo negué —se acurrucó en su lado de la cama.

—¿Estás en mi lado de la cama?

—Sí…

—¿Quiere decir eso que me echas algo de menos?

—Sí… —Aceptó en un susurro—. Pero negaré haberlo dicho.

—Pero lo has dicho, doctora Alberola, como sé que tú también me quieres, aunque te niegues a aceptarlo —El silencio se hizo en la línea telefónica durante un rato. Ambos se concentraron en la respiración del otro—. Me encantaría estar ahí ahora mismo.

—Y a mí que estuvieras…

—Cierra los ojos —dijo en un tono sugerente—, ¿los has cerrado? —sonrió con su respuesta afirmativa— Acarícíate como si fuera yo…

Aquella mañana los juegos telefónicos no sucedían en el 2ºA, sino se quedaron en aquella habitación que poco a poco fue invadida por los suspiros, gemidos y jadeos de Mónica. Al otro lado del descansillo no se escuchaba nada, las risas, susurros y cómplices comentarios habituales de las últimas semanas se habían dado un descanso, pues, sus habitantes se encontraban a 980 kilómetros de allí y recién abrían los ojos en una habitación que no era la suya, acurrucándose el uno junto al otro para disfrutar de la tranquilidad que se respiraba en la casa junto al Saona. No podían imaginarlo, pero pocos meses de despertares tranquilos les quedaban por delante, mi *tete* y yo ya estábamos compuestos por cuarenta y seis cromosomas y seguíamos camino al útero, donde pasaremos de cigoto a blastocito.

¿Cigoto? ¿Blastocito? ¡Dios mío! Los que pusieron nombre a las etapas de la fecundación han de ser familia de mi madre, porque ella también se luce poniendo nombrecitos raros a sus personajes, creo que el más normal es el de Lilith y, no crean que me convence mucho. De verdad, espero que mi padre ponga cordura a la hora de elegir nombre y, sí, ya sé que no es la primera vez que hablo de esto, pero me preocupa. ¡¡¡Y mucho!!!

Guillermo también estaba preocupado, llevaba un buen rato despierto y, no hacía otra cosa que pensar en su prima.

—*Joder*, David, arrasas entre las mujeres Alberola.

Sonrió contemplando el baile de los tempraneros rayos de sol en el techo. Otro baile, este más terrenal, el de sus padres le vino a la mente. Ya daba por perdida la esperanza de verlos juntos, claro le quedaron los sentimientos de su padre, no solo por su sorpresiva actuación, sino porque de camino a casa lo había torturado, hasta que reconoció estar enamorado de Carolina, para diversión de su tía, que no paró de reír en todo el trayecto escuchando a su sobrino y a su hermano.

Sin embargo, su madre era otra cosa, la seriedad de su rostro al ver a su padre, incluso se atrevía a decir que su cara mostraba enfado, sumado a su repentina marcha junto a Sergio, le hizo pensar que ella no sentía lo mismo.

Guillermo miró su móvil, no tenía mensaje de su madre, así que debía haber llegado una vez se hubo dormido. Era temprano, pero no tenía sueño, su cerebro seguía rigiéndose por el horario de clase. Descalzo, tal y como era la costumbre de su padre, hasta en eso se parecían, se levantó y fue al baño, solo al salir de él se percató que su madre no había pasado la noche en casa.

Todas las alarmas saltaron en su cerebro, desde su enfado con ella por no avisar siempre le enviaba un mensaje si se quedaba en casa de Sergio.

—¡Mierda!

Mi vecino regresó a su habitación, de inmediato llamó a su madre. Nadie contestó para su desesperación, asustándose aún más. Volvió a llamar una vez más, una tercera y una cuarta, no pudiendo imaginar que el móvil vibraba dentro del pequeño bolso que la noche anterior Carolina había dejado sobre la mesa de la entrada.

—¡Joder!

No vio bolso, mucho menos las llaves, no se percató de la apagada luz, qué él le había dejado encendida, y tampoco vio sus sandalias junto a la puerta de la terraza. A paso acelerado, con el

corazón a mil por hora por el terror de que le hubiese pasado algo a su madre, abrió la puerta de su padre, corrió por el salón, de un par de zancadas atravesó el pasillo y entró en el dormitorio.

Tampoco vio las señales, a pesar de tropezarse con el vestido de su madre, con su ropa interior y con la ropa de su padre, él no vio absolutamente nada. El pánico se había apoderado de él, muy probablemente era un terror adquirido en el útero materno, donde se encontraba la aciaga mañana en la que su madre se enteró del fallecimiento de sus padres en la carretera.

—Papá…Papá…

Sobresaltado al escuchar la voz de su hijo y por el ligero zarandeo de su hombro izquierdo, Daniel entreabrió los ojos encontrándose con el preocupado rostro de Guillermo.

—Papá, es mamá…

—¿Mamá? ¿Qué pasa con mamá? —Daniel se frotó los ojos. No terminaba de entender qué sucedía, estiró el brazo sobre la mesita de noche, cogió las gafas y se sentó en la cama— ¿Qué le ocurre a mamá? —Confundido preguntó. Dejó caer su mano derecha sobre el cálido cuerpo que descansaba a su lado, sonrió al comprobar que no había sido un sueño.

—No está en su cama, la estoy llamando y no contesta.

Guillermo se quedó sin palabras al escuchar las risas de su padre.

—Papá, no es una broma, estoy hablando en serio. —Estaba tan ofuscado que ni siquiera se dio cuenta que su padre no estaba solo.

—Carol —Para sorpresa de Guillermo susurró Daniel a Carolina, que aguantaba la risa bajo la sábana—, el niño pregunta por ti.

—¿Mamá? —Atónito dijo Guillermo al ver a su madre colocarse la sábana para tapar su cuerpo desnudo y sentarse junto a Daniel.

—Bon dia, cariñet.

—*Bon dia*—respondió Daniel besando su hombro desnudo.

—No era a ti, sino a Guillermo —replicó Carolina—, pero buenos días a ti también. —le dio un suave beso en los labios.

Guillermo no salía de su asombro. No entendía qué había ocurrido para estar presenciando aquella escena.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces en la cama de papá?

—A ver Guillermo —respondió Daniel—, dudo que necesites explicaciones —Pasó el brazo por los hombros de Carolina, que se acurrucó a su lado—. ¿No decías que no parábamos de tontear? Bueno, hemos dejado de tontear de una vez y, por cierto, a partir de ahora cerraremos la puerta de la habitación. —Una sonrisa socarrona lució en sus labios.

Guillermo se sentó a los pies de la cama, solo entonces vio el vestido de su madre junto a la cama, así como su ropa interior y la ropa de su padre. Su mente fue más allá, en su cerebro visualizó las sandalias e incluso la luz apagada, cuando él la había dejado encendida y empezó a reírse bajo los risueños rostros de sus padres.

—¿Esto es en serio? —Esbozó una sonrisa que amplió al ver la mirada cómplice de sus padres —Esto sí que ha sido una sorpresa, incluso te perdono el susto —miró a su madre—. Ahora solo espero que tuvieseis cuidadito y no me hayáis hecho hermano mayor de golpe, aunque tampoco me disgusta la idea. Hala, os dejo, voy a preparar el desayuno.

Guillermo no vio la cara de su padre, de pronto, toda la noche anterior le había pasado en secuencias de fotogramas como si de una película se tratase, en ninguno tomaba precauciones.

—*Mierda*, Carol —murmuró una vez a solas.

—Dani —sonrió—, no entres en pánico. Yo ya tomo precauciones. Respira —Apoyó la frente en la suya antes de besarlo y sentarse sobre de él—. Siempre me puso verte con gafas, te dan un

aire tan…tan… —no dejaba de besarlo—. *Sexy*.

—Mmm…Cada vez me alegro más de haber regresado a casa —dijo mientras sentía como ella se acoplaba sobre su erguido sexo.

Sus miradas se posaron en la del otro, sus ojos se hablaron sin hacerlo, las palabras pasaron a un segundo plano hasta silenciarse en sus bocas ocupadas en la del otro. Las manos de Carolina se aferraron a la espalda de él, las de Daniel se sujetaron a la cintura de ella. El cadencioso balanceo fue aumentando de ritmo poco a poco hasta alcanzar un desenfrenado ritmo que los dejó extenuados y casi sin respiración. Carolina lo abrazó con fuerza, él la hizo caer a su lado sobre la cama.

—Te quiero —le susurró al oído antes de besarla en el cuello.

—Repítelo… —Sin apartar la mirada de la suya pidió.

—Te quiero —repitió—. Te quiero —Volvió a decir—. Te quiero… ¿Te lo repito?

—Sí…

—Te quiero.

A las diez Guillermo dejó a sus padres frente a los antiguos planos del ático, él no recordaba haberlo visto como una sola vivienda, e ilusionado por ver a sus padres juntos bajó al 1ºB.

—Buenos días, Guillermo —saludó Juan al abrir la puerta—, ¿qué tal esa boda?

—Muy bien —sonrió—, ya te contarán mis padres.

—¿Tus padres?

—Hola, Ana —saludó a su vecina al verla.

—¿Qué sucede con tus padres? —insistió Juan— ¿Tu padre se ha sincerado?

Ana miró a su marido sorprendida por sus palabras, estaba claro que los hombres guardaban secretos.

—Bueno, no sé muy bien cómo ha ocurrido, porque yo anoche vi el panorama muy jodido para mi padre, pero esta mañana me quedó claro que juntos están —Una sonrisa burlona apareció en sus labios—. Ya os contarán ellos. ¿Sara está?

—Sí, ¿has quedado con ella? —Feliz preguntó Juan, la idea de que su hija hubiese quedado con un amigo le reconfortaba.

—No, solo quería saber cómo estaba e invitarla a ir conmigo a la playa si le apetece.

—Ya me extrañaba —replicó Juan.

—¿Por? ¿Ha salido? Mejor, eso es que todo está bien.

—No, Guillermo, ojalá fuera eso —Los ojos de Juan mostraron su preocupación—. Ana te lo confirmará, Sara no está bien. No sale de casa para nada, no quiere ver a sus amigos. Ni siquiera salió con ellos para celebrar su paso a la universidad.

—¿Está viendo a un psicólogo?

—No quiere —intervino Ana—, pero mañana tiene cita con la psicóloga, quiera o no quiera. No vamos a permitir que se hunda a sí misma por un idiota.

—¿Puedo verla? —La sonrisa había desaparecido de sus labios.

—Por supuesto —Juan lo invitó a pasar—, estás en tu casa.

—¿Dónde está?

—En su habitación. —contestó Ana.

Guillermo recorrió el pasillo por el que tantas veces había corrido tras Sara, se pasó los dedos por la ceja derecha, en ella guardaba un recuerdo de tres puntos de sutura como consecuencia de golpearse contra el canto de una estantería en una de esas alocadas carreras.

Se apoyó en el marco de la abierta puerta, Sara leía tumbada sobre la cama. Guillermo la observó, poco se intuía de su cuerpo, pero su pérdida de peso era evidente, aquella imagen le hizo sentir una rabia infinita contra Kevin.

Llamó a la puerta y esperó a que su amiga se percatara de su presencia, no quería asustarla y mucho menos atentar contra su intimidad. Sara apartó el libro de delante de la cara, se sorprendió con la presencia de Guillermo, creía que uno de sus progenitores era quien la llamaba.

—Hola —saludó con una sonrisa Guillermo.

—Hola —Sin mucho interés le devolvió el saludo antes de volver a centrarse en la lectura.

—¿Puedo pasar?

—La puerta no está cerrada, así que imagino que sí. —respondió seca.

No esperaba aquella respuesta, como tampoco esperaba su actitud. Sí, tenía claro que Sara lo estaba pasando mal, pero también creyó que ella misma evitaría caer en el oscuro agujero en el que se había hundido.

—¿Puedo? —Volvió a preguntar ante de sentarse a sus pies.

—Mis padres te han dado permiso para entrar, estamos en su casa, así que sí, puedes sentarte.

—Definitivamente tenía que haberle partido la cara. Por su culpa, mi amiga me trata como un apestado —respondió enfadado al tropezarse con la portada del libro frente a él —. Esto es de muy mala educación—Le quitó el libro.

—¿Qué haces? —Gritó con rabia. Se sentó a la cama frente a su amigo—. Devuélvemelo, estoy leyendo.

—No, no lo haces —replicó con la mirada fija en la de ella—. Eso creí yo hasta ver que o tienes súper poderes y, lees al revés, o solo te ocultas tras el libro para ignorarme.

—Respóndete tú mismo. —contestó a la defensiva.

—Sí, ya me respondo, no te preocupes. Sé, perfectamente, cuál es la respuesta, no soy idiota.

—Entonces también sabrás que no eres bien recibido.

—Y tú sabrás que eso me da exactamente igual —Sostuvo su barbilla para que lo mirase a los ojos—. ¿Qué *coño* estás haciendo Sara? ¿Le vas a dar el gusto a ese *gilipollas* de verte hundida? ¿Qué te hemos visto desnuda y qué? —Sara abrió los ojos, acababa de darse cuenta que

Guillermo le había mentido, que sí había visto sus fotografías— ¿Es eso motivo para que lleves esa ropa horrorosa y estés encerrada en casa?

—Me mentiste… —La barbilla le temblaba—. Me dijiste que no me habías visto —lloriqueó.

—Sara —La abrazó, no se había dado cuenta que acababa de delatarse—, no quise hacerte más daño. Jimena me llamó alarmada y envió las imágenes. ¿Por qué crees que estaba en el instituto aquella mañana?

—No puedo borrar su rostro y el de sus amigos, Guille —se sinceró—. No hay noche que no me despierte viendo sus caras observándome, haciendo gestos obscenos y sintiendo el dolor de… —Sara se calló de golpe al darse cuenta de lo que había estado a punto de confesar. Guillermo se percató que algo sucedía, la sostuvo por los brazos y la separó de él para mirarla a los ojos.

—Sara, ¿qué es lo que no sé? —preguntó preocupado—Sara, por favor…

Sara se levantó, cerró la puerta de la habitación y volvió a sentarse junto a Guillermo.

—¿Qué ocurre?

—En Fallas, una tarde me vine enfadada para casa por sus inoportunos comentarios a sus amigos —comenzó a explicar con la mirada fija en la pared—. Recuerdo que subí a oscuras las escaleras y me encontré contigo y, lo siento, pagué contigo mi enfado.

—Como siempre —sonrió—, ya estoy acostumbrado, pero no te preocupes así estás en deuda conmigo y, cuando ahora te invite a ir a la playa conmigo no podrás negarte. —le pellizcó la nariz, borró la sonrisa al ver que ella no lo hacía. —¿Qué pasó esa noche?

—Kevin vino detrás de mí, en aquel momento creí en su sinceridad —tragó saliva—. Creí que prefería estar conmigo que con sus amigos —respiró, era la primera vez que contaba aquella historia y le costaba hacerlo—. Y sí, conmigo quería estar, eso, sin lugar a dudas, lo que le dio igual es que yo no quisiera lo mismo —Silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas—. Ni siquiera nos metimos en mi habitación, apoyada sobre la puerta de la calle me *folló* —Guillermo ni pestañeaba, el aire empezaba a faltarle escuchando el relato de su amiga—. ¿Sabes lo más humillante? Ni siquiera se percató que era mi primera vez y, para rematar, se largó dejándome en medio del pasillo con el condón usado en la palma de la mano.

—Sara… —musitó Guillermo antes de abrazarla—. ¿Por qué has callado? Sara, ese *cabrón* te violó, ¿por qué no denunciaste?

—¿Para qué? ¿Para qué no vieran signos de resistencia y dijera que lo había inventado? Y, de alguna manera, es cierto, yo cerré los ojos e hice como si no estuviese sucediendo. Yo no quería, Guille, no quería —repitió entre lágrimas—, pero no implica que de haber sido de manera diferente todo hubiese sido distinto.

—No querías, Sara, eso es suficiente. *Joder*, Sara, ¿cómo pudiste seguir con él?

—Porque estaba enamorada de él, creí en él, en sus excusas y durante un tiempo todo fue bien. No hubo más relaciones no consentidas —explicó—. No lo sé, Guillermo, me sentí hechizada, nunca me planteé que fuera a hacer públicas las fotos…

Guillermo le secó las lágrimas y volvió a abrazarla con fuerza.

—Guillermo, por favor, no le cuentes esto a nadie, ni a David. Por favor, esto que quede entre nosotros.

—Soy una tumba, Sara, sabes que siempre he guardado nuestros secretos —La miró serio, pero sus ojos sonreían—. Me alegro que te hayas sincerado conmigo, hazlo también con la psicóloga, no te quedes nada de esa *mierda* dentro de ti. Y ahora —se levantó—, voy a salir y a subir a mi casa, si mis padres no salen, tenemos dos cascos y moto. Ah, sorpresa, ¡están juntos! —Amplió la sonrisa— Esta mañana los pillé en la cama, menos mal que solo dormían. Vaya, me has regalado una sonrisa, esto sí que me alegra el día —dijo con toda sinceridad—. Tienes

quince minutos para ponerte el bikini y vestirte de Sara, no de esperpento, que nos vamos a la playa.

—Guille, no…

—Sara, sí… —La miró a los ojos—. En quince minutos estoy aquí, sabes que puedo llegar a ponerme muy pesado, así que no me obligues a tomar medidas drásticas. Ya sabes, quince minutos—La besó en la frente y se marchó.

Sara se bajó de la moto, se quitó el casco y aún perpleja miró a su amigo que le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Creí que hablabas de la Malvarrosa o del Saler —dijo bajo la atenta y divertida mirada de Guillermo—. Más de una hora hemos estado en la carretera.

—Nos debíamos un paseo en moto desde mi cumpleaños —replicó—y, bueno, la *Malva* ha de estar hasta la bandera a esta hora y Moraira tampoco está tan lejos.

—Pero mis padres…

—Tus padres saben dónde estamos, es más, me han dado permiso para secuestrarte.

—Pero, no estamos en la playa, ¿puedo saber dónde estamos? —dijo señalando el chalet en el que acaban de entrar.

Guillermo cerró la amplia reja, le quitó el casco a su amiga, lo dejó junto al suyo colgado de la moto y la invitó a adentrarse por el sendero del jardín.

—Llamé a mis abuelos, si no están aquí es porque hoy se van de luna de miel, como te dije al parar en su casa —sonrió—, solo que no iba a despedirme de ellos, sino a recoger las llaves. Aquí tenemos la piscina para nosotros solos y, ya verás las vistas sobre Moraira. Y bueno, así no deslumbramos a nadie con nuestro maravilloso bronceado caribeño —Sara le sonrió—. Y si te apetece nos podemos quedar, pero eso ya lo decidimos luego.

—¿Y eso también lo saben mis padres?

—Ya te dije que me han dado vía libre para secuestrarte.

—Esto es una encerrona.

—Bien sabes que no. Solo es un intento de hacerte sentir bien, aquí no tendrás que ocultarte de nadie y, si mi presencia te incomoda —La miró a los ojos— te dejaré en la piscina y yo bajaré a la playa.

No se fue a la playa, Sara no lo necesitó, si en alguien confiaba era en él, de hecho, gracias a él se sentía algo mejor. Verbalizar sus terrores le había quitado un peso de encima.

—¿Qué es lo que ocurre en el patio? —comentó al contarle Guillermo, esta vez la versión larga, que sus padres estaban juntos— ¿Ha entrado Cupido lanzando flechas a lo loco?

—Parece ser, ahora ya te digo que yo estoy encantado con lo de mis padres.

—Era evidente que estaban enamorados. No entiendo que ellos no lo vieran o no lo aceptaran. ¿Te han contado por qué no estaban juntos?

—No —se sumergió bajo el agua—, hoy era momento de dejarlos solitos.

—Ah, entonces me has invitado para dejarlos a ellos solos y tú no estarlo —apostilló con una sonrisa.

—No…No…No…Ayer tenía claro que hoy iría en tu busca —le devolvió la sonrisa—. Jimena me contó su preocupación por ti, ¿por qué no has querido hablar con ella?

—No me apetece hablar con nadie, no sé cómo me has convencido.

—Porque soy irresistible —Levantó las cejas alternativamente—. Solo espero que este solo sea el inicio.

—¿El inicio de qué?

—De tu regreso al mundo, no pongas esa cara de susto, yo espanté a Cupido —rio consiguiendo su risa—. Me alegra ser el culpable de tu risa, no la vuelvas a borrar, Sara —sonrió, ella le devolvió la sonrisa.

Capítulo 24

El mes de julio pasó a ritmo acelerado en el número 9 de la avenida Felicidad donde, haciendo gala a su nombre, la felicidad reinaba en él. Al regresar de Lyon, mi padre firmó el divorcio, solo quedó pendiente qué hacer con el piso en común. Isabel quería venderlo, Antoine no lo tenía claro, no por temer que la relación con mi madre no fuera a seguir el rumbo tomado, sino porque algo en su interior le advertía que no se desprendiera de él.

En el 1º B Sara comenzó a dar señales de mejoría, las sesiones con la psicóloga, el abrirse con ella, tal y como había hecho con Guillermo, la hizo recuperar las ganas de vivir. Juan y Ana sintieron como sus pulmones volvían a respirar con tranquilidad, al ver como su pequeña se recuperaba a pasos de gigante. Su progresiva recuperación no solo se debía a la magnífica intervención de la psicóloga sino, especialmente, a la compañía de Guillermo, quien cada día la acompañaba al gabinete de la psicóloga y, luego ambos se iban a la playa.

En el 2ºA mi madre retomó la escritura, aunque le costaba horrores concentrarse, se sentía cansada y con sueño. Ella lo achacó al sofocante calor que padecíamos a orillas del mediterráneo y, en general, en todo el territorio español. Preocupado por su estado de apatía, algo muy extraño en mi madre que es un puro torbellino, Antoine la convenció para aparcar a sus personajes por unas semanas y así poder disfrutar juntos del verano. No se negó, todo lo contrario, mi madre estaba encantada de gandulear a su lado y conocer de su mano los rincones de mi tierra que nunca antes había visitado.

El 2ºB se quedó vacío el 20 de julio, día en el que Mónica voló a Roma, donde un nervioso David la esperaba en el aeropuerto. Diez días estuvieron paseando su amor por la ciudad eterna, en realidad nueve, uno lo pasaron íntegro en la habitación del hotel. En la capital italiana Mónica se sintió libre, por primera vez se olvidó de sus prejuicios y se permitió el lujo de pasear abrazada a David o cogidos de la mano y besarse sin reparos en medio de la calle.

David se sintió feliz, falsamente creyó que Mónica había dejado atrás todos sus reparos, todos sus miedos y, pensó que daban un gran paso en su relación al verla aceptar y mostrar sus sentimientos abiertamente.

Mientras tanto en el ático se movían entre escombros y bajo una infinita capa de polvo. Ni un minuto esperó Daniel, no quería darle tiempo de arrepentirse a Carolina, así que tras desayunar aquel domingo en el que su hijo los había pillado en la cama, llamó a su hermano, quien había seguido los pasos de su abuelo y su padre y, como ellos, era arquitecto, para que les rediseñara el ático y tirase el tabique, que en su día lo convirtió en dos viviendas.

A mediados de agosto, al contrario de lo que ocurría en nuestra avenida, que parecía estar desierta, nuestra finca estaba al completo y de celebración. Tras un mes de ruido, polvo y escombros invadiendo su casa, Carolina y Daniel se daban por satisfechos, pues, Ismael había captado a la perfección su idea de salón y cocina-comedor abiertos.

No sé la importancia del 15 de agosto fuera de España, pero aquí, no solo tenemos un día de fiesta al que conocemos como «la virgen de agosto» sino que es una de las fechas de operación salida de verano más importantes. Sin embargo, ni mis padres, ni mis vecinos cumplieron con aquella tradición, nadie salió de viaje aquel día, eso sí, el tránsito de las escaleras fue espectacular. Aquel viernes todos estábamos invitados a comer en casa de los Alberola junto a su familia, lo curioso es que aquel viernes marcaría un antes y un después en la vida de todos los allí presentes.

Vayamos a la acción…

15 de agosto, 2019

Mónica terminó de guardar la ropa en el armario, la noche anterior ella y David habían llegado de Moraira; tras su regreso de Roma se habían recluido en el chalet de los padres de ella. Estaba nerviosa por la continua entrada de mensajes en el chat de *WhatsApp* de su familia, erróneamente, había entendido que a la comida solo irían los vecinos; sin embargo, aquellos mensajes la sacaron de su error. Tomó aire, sabía que era absurdo, que en algún momento tendría que contar su relación con David a su familia, pero no tenía ganas de enfrentarse a sus padres.

—David… —Mónica se apoyó en el marco de la puerta del baño, contempló al reflejo de David en el espejo mientras se afeitaba, de inmediato él sonrió.—. David… —repitió. No sabía cómo enfocar el tema, menos aún, cómo plantearlo sin hacerle enfadar—. David...

Aquel tercer David hizo que el aludido soltara la maquinilla, se girara y le dedicara toda su atención, estaba claro que algo sucedía.

—¿Pasa algo? —preguntó con la cara a medio afeitar. Le dio un suave beso en los labios manchándole las mejillas de suave espuma blanca.

—Mi familia viene a la comida y no sabe que estoy contigo.

—Hoy se enterarán. —La besó, le limpió la espuma de la cara y le dio la espalda para continuar con el afeitado.

—David, no puedo. No quiero fastidiarles la celebración a Daniel y Carolina.

—¿Qué es lo que no puedes? —Soltó una vez más la maquinilla y se giró hacia ella.

—Decir a mis padres que nosotros… —titubeó al tener su mirada clavada en la suya—. Ya sabes, que somos amigos especiales.

—¿Perdona? —La cara de David mostró sorpresa e indignación a partes iguales por el calificativo— ¿Amigos especiales? ¿Eso soy para ti? ¿Por qué te cuesta tanto aceptar que somos mucho más que eso? ¿Cuál es el problema?

—Sabes muy bien cuál es el problema.

—Eso es absurdo y lo sabes.

—David, entiéndelo, no puedo decir a mis padres que me acuesto con alguien de la edad de mi sobrino. Joder, eres su mejor amigo. Mis padres te conocen desde pequeño. *Joder*, David que tú tenías diez años y yo treinta cuando a ciegas dabas palos a la piñata de cumpleaños de Guillermo.

—No me *jodas*, Mónica, no me vengas con eso ahora —respondió serio—. Y explícame, ¿qué *coño* quieres decir con ese «me acuesto», ahora somos *follamigos*?

—No, sabes que eso no es así.

—No, no lo sé. Dímelo. Yo te he dicho que te quiero, tú a mí no. Dímelo, Mónica, dime que me quieres…

Mónica permaneció en silencio, ni ella misma lo entendía, pero era incapaz de pronunciar aquellas dos sencillas palabras y, muy en el fondo de su ser dudaba si era verdadero amor lo que ella sentía por él. Por supuesto que lo quería e incluso estaba enamorada de él, pero no estaba segura de poder pasar más allá de esa etapa de enamoramiento.

—Muy bien, doctora Alberola, no se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo, allí estaré en calidad de amigo de su sobrino.

—David no te enfades, por favor, entiéndeme…

—No se preocupe, doctora Alberola —La miró con dureza—, no estoy enfadado. ¿Por qué iba a estarlo?

—David… —Le acarició sus desnudos brazos—. Por favor, compréndeme, ponte en mi lugar.

—No, Mónica, ponte tú en el mío. Yo estoy orgulloso de ser eso que tú no te atreves a aceptar. Dime, ¿con quién le dijiste a tus padres que estabas en Moraira? —La miró serio y enfadado, sus

ojos estaban de un azul intenso casi negro. — ¿Crees que en algún momento serás capaz de decírselo? ¿Qué te van a decir? No entiendo qué *coño* te da tanto miedo, yo estoy seguro que la Mónica de quince años le echaba más ovarios a la vida que tú —Estaba verdaderamente enfadado—. Yo no me enamoré de la Mónica de los prejuicios.

—No, claro que no —Se defendió ella, subió el tono de voz sin darse cuenta—. Tú te fijaste en la tía de tu amigo que bailaba con poca ropa.

—No, doctora Alberola, no se equivoque —El azul de sus ojos se oscurecía al tiempo que su enfado aumentaba—. Sí, no puedo negar que me fijé en su cuerpo, en su manera de moverse. Soy humano, doctora Alberola, como tal, caigo en la tentación. ¿Quién no? Pero eso fue pura atracción, y eso, usted sabe muy bien que pudo haber sido solventado con un buen polvo. Tal vez en medio de una tutoría, eso hubiese sido excitante, pero bien que me cuidé de no prodigarme por su despacho y, las pocas veces que fui jamás lo hice solo. ¿Y por qué, doctora Alberola? Simple, no quería sucumbir, la conozco y sé que, aunque le hubiese apetecido, se hubiera sentido incómoda —Sus ojos se posaron en los negros de ella—. Yo, doctora Alberola, me enamoré de su forma de hablar, de su manera de explicar, de su pasión por su trabajo, de su risa, de sus despistes, de su impuntualidad e, incluso, de su intento de ignorarme. Y, sí, por supuesto, todo está envuelto en el mejor de los envoltorios, pero todo eso es usted, doctora Alberola, la entusiasta por la música, la desastrosa cocinera, la amante de la lectura, la apasionada por la Historia y sí, la fogosa amante en la cama. Yo, doctora Alberola, me enamoré de la mujer que me dijo ser la dueña del tablero, la que dictaba las normas, de la que me hizo temblar al desnudarse frente a mí y me provocó con sus contoneos —Se calló un instante sin apartar la mirada de la de ella—. Lo irrisorio es que ahora descubro que la empoderada profesora universitaria es una cobarde y no una luchadora, tal y como vende subida a su estrado. No solo eso, resulta que es una mujer llena de prejuicios machistas —Hizo hincapié en la última palabra—. Sí, seguro que, de haber sido al revés, me hubiese lucido con orgullo —La apuntó con el dedo—. Dígame, doctora Alberola, ¿verdaderamente es por sus padres o por usted misma? ¿En algún momento podremos salir juntos de estas cuatro paredes o fuera seguiremos fingiendo ser profesora y alumno? Y… —Apoyó el dedo en su pecho—. Avisa a todos para que finjan no saber que llevo cuatro meses durmiendo contigo cada noche. Y, por último —David tomó aire, ella no se atrevió a abrir la boca—, esta misma tarde me iré, así no tendrá que seguir ocultándome ni avergonzándose.

—David, no…

—No, doctora Alberola —La desafió con la mirada—. Ahora el tablero es mío y las normas las dicto yo, si quiere que me quede, usted sabe qué ha de hacer.

Mónica no habló, las palabras no le salían, no podía rebatir ni una sola de las acusaciones vertidas por David. Permaneció inmóvil apoyada en la puerta, sin saber muy bien el motivo y lo qué hacer mientras David se afeitaba con cuidado de no cortarse; el pulso le temblaba mientras evitaba cruzarse con la mirada de ella en el espejo.

Los habitantes del piso de enfrente, es decir, mis padres, también se encontraban en el cuarto de baño, sin embargo, la situación era bien distinta…

Antoine estaba preocupado por Vivi, acababa de tener una náusea mañanera y arrodillada ante la taza del váter no paraba de vomitar.

—Vivi, cariño, ¿necesitas algo? —Desde la puerta del baño preguntó mi padre al ver la pálida cara de mi madre.

Mi madre negó con la mano e hizo un gesto en un intento de echar a mi padre de allí. No quería que la viera en aquel estado, mi padre no le hizo ni pizca de caso, no se atrevía a dejarla

sola y que sufriera un desvanecimiento.

—Vivi no insistas, no te voy a dejar sola.

—Antoine, de verdad, ya estoy bien —Mi madre se sentó, apoyó la cabeza en la pared. Estaba lívida, sus ojos estaban rodeados por un cerco morado y un sudor frío le corría por frente y espalda.—. Solo necesito un momento para refrescarme, estoy bien, te lo prometo —emuló una sonrisa al ver su cara de preocupación—. Es este dichoso calor, me baja la tensión. Ya verás que tras ducharme y desayunar estoy como nueva.

—¿Quieres que les diga a Daniel y Carolina que no vamos?

—¡Nooo! De verdad, Antoine, ya estoy bien.

Mi madre se levantó, el color empezaba a regresar a su pálido rostro, se acercó a mi padre y le acarició la cara.

—Estoy bien, te lo prometo, no es la primera vez que me pasa.

—¿Estás segura?

—Del todo —Se alejó de él al ver su movimiento para besarla—. Ni se te ocurra, acabo de vomitar —Sonrió al ver su gesto por su rechazo.

—¿Me has hecho una cobra?

—Me ducho, me lavo los dientes y luego tendrás todos los besos que te apetezcan.

A eso de las dos el trasiego por las escaleras se asemejaba al de la carretera de Valencia en plena operación salida, durante una larga media hora no paró de subir gente al remodelado ático de los Alberola Valero. Un total de dieciocho personas, más otros tres que íbamos en camino, nos sentamos a la larga mesa situada en medio del nuevo salón-comedor, que comunicaba con la abierta cocina y terminaba en la enorme puerta francesa de la terraza.

La suave música era atenuada por la alegre algarabía de los comensales, todos lucían la mejor de sus sonrisas, especialmente, los patriarcas de la saga Alberola, que no podían disimular la inmensa felicidad de ver a su hijo con la que para ellos siempre había sido una hija más. Incluso Sara, que avanzaba a pasos agigantados gracias al buen hacer de la psicóloga y a Guillermo, que

no la dejaba ni a sol ni sombra, lucía una bonita sonrisa. Solo dos de los asistentes fingían su sonrisa. Dos asistentes sentados en extremos separados de la mesa para no tener que dirigirse la palabra.

—David —Ismael, sentado entre sus dos hermanas, lo llamó—, ¿qué tal mi hermana como profesora?

El silencio se hizo en la mesa, todos miraron a David a la espera de su respuesta. Unos expectantes e ignorantes de la relación entre David y Mónica, mientras mis vecinos no sabían muy bien qué había ocurrido, pues, la tensión entre ellos no les había pasado desapercibida.

—La doctora Alberola —Pasó su intensa mirada de Ismael a Mónica y viceversa— es una profesora increíble e irrepetible. Nunca tuve una profesora como ella y, dudo que llegue a tener otra igual, es única en su especie —Miró a Mónica—. Solo por haberla tenido como profesora, valió la pena toda la locura de traspaso de expediente y enfado de mis padres al saber que regresaba a Valencia con intención de quedarme aquí. —Alzó su copa sin apartar la mirada de ella.

—Vaya, *teta*, tendré que asistir a una de tus clases.

—Si no has asistido a una de sus clases debieras hacerlo. Si te gusta la Historia la amarás aún más, si, por el contrario, te es indiferente te hará amarla. La doctora Alberola te atrapa, te envuelve, te hace desear la llegada de su clase…

—Casi estoy por pensar que provocas orgasmos en tus clases. —Rio Ismael.

Mónica tosió y casi escupió el sorbo de vino que acababa de beber con el comentario de su hermano.

—Sí, de alguna manera, te hace entrar en éxtasis sin necesidad de tocarte, solo con sus palabras e inteligencia. Dudo que muchas personas, a no ser los escritores o los artistas en general, sean capaces de estremecerte sin tocarte.

Mónica no dijo nada, se limitó a sonreír bajo la atenta mirada de los presentes.

—*Cariñet* —intervino Inma con claro orgullo maternal en su mirada. —, está claro que dejas una huella importante en tus alumnos.

—Mamá, no hagas caso, David exagera.

—Ni mucho menos lo hago, ¿con qué propósito lo haría? —La interrumpió desafiante— No necesito lisonjearla, nunca lo necesité. Mi nota la gané por mis méritos, es decir, por mi trabajo. Ya no soy su alumno, doctora Alberola, solo soy el amigo de su sobrino.

—¿Quién quiere café? —Daniel se apresuró a preguntar. Tenía claro que su hermana y David estaban enfadados, intuía el motivo y, de estar en lo cierto no estaba de acuerdo con la postura de su hermana.

En silencio, sentada entre su primo y Sara, Jimena permaneció atenta a lo que estaba sucediendo y empezó a entender que su tía era mucho más que la profesora de David.

—Guille… —En baja voz llamó a su primo—. No me equivoco, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

Jimena se levantó e invitó a Guillermo a seguirla a la terraza.

—¿Qué ocurre? —se interesó Guillermo.

—No hace falta ser policía para aunar pistas —comentó—. David ha estado contándonos su viaje a Roma, casualmente, en las mismas fechas que la tía y… —Miró fijamente a los ojos de su primo—, aunque la ha piropeado, he notado cierto dolor. ¿David y la tía son pareja?

—Jime… —Guillermo no sabía qué decir.

—Guille, olvida que sabes que me gusta David o, no lo olvides —Jimena no estaba segura de sus propias palabras—. Si es la tía, yo ni me molesto en tener una mísera ilusión. Entiendo,

perfectamente, que se enamore de ella. A su lado yo no tengo nada que hacer.

Mónica dio marcha atrás, había salido a tomar el aire, la cabeza le iba a explotar por la tensión acumulada. No solo por la escena recién vivida sino por el enfado de David, temía que cumpliera su palabra y se marchara de casa; no se imaginaba regresar a la casa vacía. Se había acostumbrado a ser dos en casa, a tener a alguien con quien desayunar, con quien hablar durante la cena, comentar las noticias o tumbarse en el salón a escuchar música o ver una película. David se había colado en su vida en los últimos meses y, ya no se imaginaba la vida sin su presencia. Sin quererlo, había caído de lleno en el estereotipo de pareja del que había huido toda su vida.

No, sin la menor de las dudas, ella no quería que se fuera, pero también sabía que no podía darle lo que él deseaba. Escuchar las palabras de su sobrina la terminaron de hundir, Jimena era en quién David debía fijarse, de quien tenía que enamorarse y no de ella con quien no solo había un salto generacional sino un abismo.

—¿Puedo saber qué está pasando? —Carolina la sujetó por el brazo y se la llevó a un rincón aparte para que nadie las escuchara.

—Nada, salí a refrescarme.

—Mónica, no me vengas con esas, nos conocemos desde hace una eternidad —La regañó con la mirada—. ¿Os habéis enfadado? ¿Por qué este fingir sobre vuestra relación? —Enlazó las preguntas clavando sus ojos claros en los negros de Mónica—. Es eso, ¿verdad? David no quiere seguir en la sombra, ¿cuál es el problema?

—Carolina no, por favor, no necesito más discursos. Por hoy he tenido más que suficiente.

—Mónica, no te entiendo.

—Y eso me lo dice la que durante más de veinte años negó estar enamorada de mi hermano.

—Justo por eso te lo digo. Sé lo que es amar a alguien y no estar con él —replicó seria—. Y créeme, duele hasta el punto de sentir dolor físico. ¿Cómo crees que me sentía cada vez que me enteraba de sus relaciones? Ni gracia me hizo la vez que con él vino aquella compañera francesa. —Mónica sonrió al recordar a la amiga de su hermano y como Carolina fingió estar súper ocupada y no asistir a ninguna de las comidas y cenas que hicieron.

—Perdona, Carolina, no era mi intención meterme contigo.

—No pasa nada, al fin y al cabo, es cierto. Yo le oculté la verdad a tu hermano y, lo peor, me mentí a mí misma. A los veinte me dio miedo arrastrarlo a una relación por haber un niño por medio, no quería que estuviera conmigo por Guille y, sí, lo sé, fui imbécil porque todos los indicios mostraban que ambos sentíamos lo mismo. Muy probablemente fue la inmadurez de la edad, además se sumó el fallecimiento de mis padres, yo no estaba para historias de amor y… —se calló un instante—. Después pecamos de *gilipollas* y, sí, he dicho un taco, por no hablar, por no sincerarnos. Sin embargo, David está muy lejos de esa inmadurez, sabe muy bien lo que quiere, tú no eres ningún capricho para él. Todo él lo grita y, eso has de reconocerlo. Mónica, de verdad, ¿te vas a permitir el lujo de joder lo que tienes con David por no decírselo a tus padres?

—Lo nuestro ya se fue a la *mierda* —respondió seria—. David se marcha de casa —Mónica percibió el aroma del perfume de David, intuyó que estaba detrás de ella—. Y me alegro, volveré a tener vía libre, yo no estoy hecha para estar atada a nadie —comentó con fingida alegría—. Curso nuevo, compañeros nuevos de cama.

—Pésima actuación, doctora Alberola, pero no se preocupe, hoy mismo quedará libre mi lado de la cama —Con una sonrisa en los labios, pero profundo dolor en los ojos, la interrumpió David—. Hoy mismo puede meter a otro en su cama, ahora mismo recogeré mis cosas. Carolina, ¿es mucha molestia si me quedo unos días aquí mientras busco piso? Mis antiguos compañeros ya alquilaron mi habitación.

—No, claro que no, puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Gracias —respondió serio—, iré a por mis cosas.

Mónica no dijo nada, tenía un nudo en la garganta. No quería que todo acabara así, como tampoco quería que su relación terminara, pero se convenció de que aquello era lo mejor, especialmente para él.

Ana y Vivi no perdían detalle de la escena desde la mesa, querían levantarse, acercarse a sus amigas y enterarse de lo que estaba sucediendo, pero sabían que no era el momento más adecuado.

—Vivi, ¿café? —preguntó Daniel.

—No, gracias, últimamente no me sienta muy bien —Con una sonrisa respondió—. Eso sí, me voy a comer otra naranja, están deliciosas.

—Hermanita, tú nada de café, ¿no?

—No, gracias, si no quieres que vomite en medio de tu flamante nuevo salón —se acarició su incipiente y diminuta barriga—. Con Mar no tuve problemas, pero este me está provocando todas las náuseas, vómitos y malestares habidos y por haber.

—Coméntaselo a tu médico —Daniel le guiñó un ojo.

—Mi médico es un mal tipo que me controla hasta el aire que respiro —Le enseñó la lengua a su hermano—, igual de haberme visto comer hoy se hubiese enfadado conmigo. Ahora te digo —Olió el café recién hecho—, bien a gusto me tomaba uno, ya me está entrando sueño. Te aseguro que me pasaría el día durmiendo.

—Sabes que eso es normal —sonrió Daniel.

—Mira, como tú —risueño comentó Antoine—, que te duermes frente a las teclas.

—Antoine…Antoine, ¿no la estás dejando dormir? —bromeó Juan.

—¿Yo? Si últimamente se duerme en el filo de un cuchillo.

—¿Van a seguir hablando de mí? —Se quejó saboreando un jugoso gajo de naranja— Es este dichoso calor que me deja por los suelos.

—Cuanto te entiendo —intervino Inma—, yo estoy deseando que acabe el verano, necesito que baje la temperatura.

—Y yo —sonrió Vivi.

Daniel observó a su vecina con disimulo, Carolina lo pilló infraganti.

—Ejem…ejem… —En baja voz murmuró a su lado—. ¿He de ponerme celosa?

—¿Qué? —sonrió, sus brazos la rodearon por la espalda y la besó en el nacimiento del cuello— No, para nada, aunque no lo creas lo hacía de manera profesional.

—Dani no seas tonto —rio—. Ya sé que Vivi tiene un imán para los hombres.

—No te digo que no, pero hablo en serio y, tú bien sabes quién me gusta a mí —La besó junto a la oreja—. Creo que nuestra mexicana está embarazada —le susurró al oído, dejándola sin palabras.

—Parejita, ¿qué secretitos os traéis? ¿Nos vamos? —Ismael consiguió que todos rieran y miraran a los anfitriones.

—Tío, he tenido que comprarme tapones para no oírlos.

—¡Serás embustero! —Daniel tiró una bola hecha con una servilleta a su hijo.

—Guillermo, si no te dejan dormir te dejo mi piso —rio Antoine.

—Lo tendré en cuenta.

Todos rieron, todos excepto Mónica, que estaba ausente de lo que sucedía. No sabía el motivo de las risas, solo sentía unas inmensas ganas de llorar, pero no lo haría hasta no estar a solas consigo misma.

—¿Por qué crees que está embarazada? —En baja voz preguntó Carolina.

—Mira sus pechos.

—¿Has estado cotilleando sus pechos? —Rio, le dio un codazo— A ver Dani, Vivi tiene una buena delantera.

—Sí, pero fíjate, no puede abrocharse bien los botones, hace unas semanas no le quedaba así, lo recuerdo porque ese fue el vestido que le manché con vino la noche que salimos a cenar.

—Cierto.

—El café le sienta mal, duerme a todas horas y Antoine me comentó que esta mañana tuvo vómitos.

—Vaya, doctor Alberola, es usted muy perspicaz.

—Igual me equivoco, pero…

—Embarazada y, lo sabemos antes que ellos…

—¿Tía, estás embarazada? —Con su enormes y expresivos ojos azules abiertos de par en par preguntó Mar consiguiendo con su comentario la atención de todo el mundo.

—¿Vais a ser padres? ¿De ahí esta comida? —preguntó Valentín, que no pudo reprimir una sonrisa, la idea le gustaba.

—¿Qué? ¿No me habíais dicho nada? —Asombrado intervino Guillermo— ¿No será de nuevo el resultado tras un concierto de Sabina?

Un revuelo se generó en la mesa, todos comenzaron a levantarse para abrazar y besar a los supuestos futuros padres.

—¡Parad! —Asfixiada de tanto beso y abrazo exclamó Carolina— ¡No soy yo la embarazada sino Vivi!

Los ojos de mi madre se abrieron exageradamente, la cara de mi padre era de total incomprensión, ambos se miraron y estallaron en carcajadas.

—¿Vais a ser padres? —preguntó Ana— ¿Por qué lo sabe Carolina y yo no?

—¡Nooo! Yo no estoy embarazada, eso es imposible. No sé de dónde saca esa idea.

Mis padres se miraron, era imposible recordar todas las veces que habían tenido sexo. ¡Muchas! Raro era el día que no sucumbían al placer, pero un recuerdo les asaltó al mismo tiempo.

—¡Ay, Diosito! —Alarmada se levantó y salió a la terraza, necesitaba aire fresco.

—*Mérde*!!!—exclamó mi padre antes de salir tras ella.

Todos siguieron sus pasos con la mirada, todos intuyeron que la noticia los pillaba de sopetón y, todos supieron que la posibilidad del embarazo parecía ser bastante alta.

Sí, sin duda, aquel 15 de agosto será recordado por todos mis vecinos. Fue un día histórico, al fin y al cabo, se anunció mi futura llegada al mundo. Bueno, vale…la del *tete* también.

Estaba enfadado, rabioso, dolido. No la entendía. Al principio de la relación comprendía sus temores, pero aquellos meses juntos había llegado a sentir que sus miedos habían quedado atrás. Ya no sabía qué hacer, lo único que se le ocurría para hacerle reconocer sus sentimientos era subir corriendo y besarla delante de todo el mundo; lo peor que le podía pasar era su rechazo y, eso ya lo tenía. No, estaba cansado de jugar, de ser siempre el que iba tras de ella. Necesitaba que ella lo buscara y, sobre todo, que aceptara abiertamente sus sentimientos.

Miró el ropero, ya no quedaba nada suyo en él. Se detuvo en medio de la silenciosa habitación, Mónica acababa de llegar. Escuchó sus llaves, sus pasos por el pasillo hasta entrar en el dormitorio.

—Hola —saludó—. Ya termino y me voy.

—David, no tienes por qué irte.

—¿Le has dicho la verdad a tu familia?

—David…

—David no, Mónica. ¿Para qué me quieres aquí? ¿Soy tu nuevo juguetito sexual? Lo siento por ti, a mí no me puedes guardar como a Tom en el cajón de las bragas.

Una sonora bofetada rompió el silencio de la habitación.

—Sabe, doctora Alberola, su bofetada no me ha dolido. Su absurdo miedo, sin embargo, sí me causa dolor.

La miró serio a los ojos, sabía que ella sentía lo mismo que él y, eso le provocaba unas inmensas ganas de gritarle. Recogió sus cosas y en silencio recorrió el pasillo, se detuvo ante la puerta al escuchar las voces de los padres y hermanos de Mónica al otro lado.

Mónica lo observó desde la puerta del dormitorio, no sabía si temía o deseaba que abriera aquella puerta y todo fuera descubierto. Sin embargo, él espero a que las escaleras quedaran vacías y en silencio.

—Ha sido un placer, doctora Alberola.

No se giró, no la miró, cerró la puerta y permaneció junto a ella largos minutos. Mónica no salió y David subió las escaleras con intención de olvidarse de ella para siempre.

Capítulo 25

La tarde del 15 de agosto de 2019 mis padres se convirtieron en el show de la finca. Mi madre perdió de golpe todo su bronceado al escuchar a Carolina anunciar su embarazo, quiero decir el de mi madre. El pánico se apoderó de ella al recordar el momento erótico festivo entre las maletas a medio hacer el día antes de partir hacia Lyon.

No solo ella entró en pánico, sino también el calmado de mi padre. Sí, todo hay que decirlo, mi madre es un puro torbellino, mientras que mi padre es el ser con más calma de la faz de la tierra, al menos de la conocida por mí. Mi padre perdió toda su característica tranquilidad y corrió a la farmacia de guardia en busca de un test de embarazo.

Poco o nada entendía mi padre de estos utensilios así que, al mostrarle la farmacéutica las diferentes marcas de las que disponía, se decidió por cinco de los modelos posibles, a pesar de que la farmacéutica le recalcó que no era necesario tanto despliegue, que la confirmación se la daría el ginecólogo de mi madre.

Antoine no hizo caso, de hecho, estoy segura que de haber encontrado una rana por el camino la hubiese cogido y no para que mi madre encontrara a un príncipe, sino para que el batracio confirmara o desmintiera su estado de buena esperanza.

Acalorado, sudoroso y con el corazón a punto de salirle por la boca por la carrera que acababa de darse se topó con David, que no entendía qué le había pasado para tener pintas de haber corrido la maratón de Valencia, frente a la puerta del ático.

—¿Ha ocurrido algo? —Sorprendido se interesó David al ver a Antoine casi sin aliento apoyado en el barandal de la escalera.

No tuvo tiempo de responder. Un sonriente Daniel abrió la puerta y los invitó a pasar borrando de inmediato su sonrisa al ver la cara de los hombres. Uno era la personificación de la derrota, el otro… El otro era un misterio, por un lado, rezumaba terror, sin embargo, sus ojos mostraban un tímido brillo de ilusión.

El silencio se hizo en el salón, todos mis vecinos, salvo Mónica que se había encerrado en su habitación a llorar por sus propios miedos, estaban sentados alrededor de la larga mesa, parecía que se disponían a celebrar una junta vecinal. David se dejó caer entre Guillermo y Sara, quienes lo pusieron al corriente de lo que estaba sucediendo.

—Ya estoy aquí —dijo Antoine, como si fuera invisible y nadie lo estuviera viendo cuando, en realidad, tenía ocho pares de ojos observándolo expectantes. —. Aquí tienes.

Todo un muestrario de *tests* de embarazo cayó sobre la mesa, cinco cajitas, de más o menos el mismo color y de diferentes marcas, lucían sobre la mesa. Todos se miraron de manera unánime y, todos, salvo mi madre, aguantaron las ganas de reírse al ver el amplio despliegue de pruebas de embarazo. En aquel momento mi madre tuvo claro que nunca enviaría a mi padre a por compresas o tampones, porque lo imaginó en medio del pasillo del supermercado al borde de un síncope ante tanta variedad y comprando compresas para todo el vecindario.

—¿Cinco? ¿Has comprado cinco? ¿Vamos a celebrar algún «tuppertest»?

La risa de mis vecinos comenzó a hacerse oír tímidamente, aunque seguían aguantándose las ganas.

—¿Son pocos? Lo sabía, *joder*.

Y ahí, justo ahí, la carcajada fue unánime, incluso David olvidó su tristeza y lloró de la risa con el comentario de mi padre.

—Antoine, a no ser que Carolina, Ana, Sara y… —Se topó con los azules ojos de David—

Mónica quieran hacerse la prueba, a mí me sobran cuatro.

—No lo sé, esto es nuevo para mí. ¿Y si falla uno? ¿No es mejor que te hagas los cinco para estar seguros? No sé, puedes rentabilizar el mismo pis.

Las carcajadas volvieron a escucharse con el nuevo comentario de mi padre. Mi madre era la que no sabía si reír o llorar. Miraba a mi padre y a los *tests* alternativamente, estaba asustada. En sus planes nunca entró la maternidad, siempre decía que ella había plantado árboles y escrito varios libros por lo que dejaba los hijos para otro. También era verdad que antes de mi padre, los hombres habían cumplido con la misión de satisfacerla, nunca antes de mi padre hubo alguien con quien quisiera compartir mucho más que un orgasmo.

El silencio volvió a hacerse oír, todos callaron y observaron a mi madre levantarse y coger los cinco paquetitos. El silencio duró largos minutos, nadie dijo nada mientras mi madre permaneció en el baño. Largos e interminables le pareció a mi madre los minutos pasados en el baño, a pesar de los nervios y, de llevar días orinando cada dos por tres, era incapaz de orinar, ni tan siquiera unas gotitas. Abrió el grifo, con la esperanza que el continuo chorrito de agua la hiciera orinar, nada, no lo conseguía. Nerviosa abrió los cinco paquetes, volvió a sentarse en la taza del váter con los cinco *tests* en la mano como la que porta un ramo de flores y así terminó por regarlos.

Nadie dijo nada al verla regresar con su particular ramillete en la mano derecha y sentarse sin soltarlo.

—*Chérie*, ¿ya tenemos resultado?

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Tras un largo minuto con la mirada perdida dijo mi madre.

—¿Qué…Qué te he hecho? —Sin terminar de entender el comentario preguntó mi padre.

—¿El qué? ¿Aún me preguntas qué? —Mi madre echaba fuego por los ojos— Fred no me creaba estos problemas.

Mi madre y Ana se miraron, contuvieron la risa, el resto no sabía quién era Fred; solo Daniel lo intuyó porque había conocido a Mike.

—Vivi, tranquilízate —Carolina acarició las manos de mi madre.

—¿Qué me tranquilice? Claro, como no eres tú la embarazada.

—Perdona, te recuerdo que fui madre a los veinte años, sé lo que es el terror, pero no se me ocurrió culpar a Dani por algo en lo que los dos participamos —Su mirada se encontró con la de Daniel, ambos se sonrieron—. Antoine no debe la culpa de tu embarazo, los dos os divertisteis, así que no pagues con él tu terror —Carolina se levantó, estaba enfadada, al menos molesta, y la miró seria—. Hoy ya he llenado mi cupo de gilipolleces de mis amigas… —Sus ojos se toparon con los de David, le sonrió con dulzura antes de volver a mirar a los asombrados ojos de mi madre, que no recordaba haber visto enfadada a mi vecina—. Perdona, Vivi, mi enfado está fuera de lugar, lo siento.

—No, lo siento yo, igual perdí el norte, pero yo si le hubiese cantado las cuarenta a Daniel de haber sido yo la embarazada en vez de tú.

—Y yo si te hubiese dejado embarazada a ti. —Sonrió Carolina.

—Al final voy a cobrar yo. —bromeó Daniel que le guiñó un ojo a Carolina.

—Tú y tú —Carolina señaló a mis padres—, tenéis que hablar a solas.

Mis padres salieron a la terraza bajo la atenta mirada de todos, que no sabían muy bien qué hacer, pero creyeron que debían permanecer a la espera, diría que igual pensaron que mi padre podría necesitar ayuda.

Mi madre seguía teniendo su ramillete de *tests* en la mano, curioso, como meses más tarde todo el mundo estaría a la caza y captura de tests, pero no de embarazo, sino de antígenos. Mi

padre se los quitó y contempló por quintuplicado las líneas rosas que indicaban la presencia del *tete* y mía en el interior de mi madre. Casi seis semanas llevábamos ahí, ya convertidos en embrión y con dos pequeños corazoncitos que en unos días escucharían latir ante la presencia de Daniel, que se convirtió en el médico de mi aterrada madre y la enciclopedia obstétrica de mi padre.

—¿Estás bien? —Mi padre le sujetó la barbilla y le secó las lágrimas— *Chérie*, no llores.

—Siento haberte gritado y dicho…

—¿Qué Fred no te generaba problemas? —Sonrió mi padre, consiguiendo la suya de regreso— ¿No quieres seguir con el embarazo?

—No, no es eso. Yo no podría… —Lloriqueó. Mi madre no se había dado cuenta de sus cambios constantes de humor. En realidad, no era extraño, pues, mi madre es así. La personificación de la volubilidad, una auténtica montaña rusa de sentimientos, pues, a veces está en la cúspide de la alegría y otras cae estrepitosamente sobre ti cual huracán. —. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

—*Chérie*, hazte a la idea que nuestra relación es atípica —respondió con un guiño—. Piensa que solo era el experimento del que terminaste enamorándote —respondió con un guiño—. Yo he de decirte que, a pesar del susto y de lo inesperado, estoy encantado con la noticia. Siempre quise ser padre, pero Bel no quería ser madre, yo diría que ese fue uno de nuestros problemas antes de mis lustrosos cuernos.

—Eres jodidamente encantador —sonrió mi madre antes de besarlo largo y apasionadamente.

—Encantador y te beso, cosa que tu amiguito Fred no hace —respondió mi padre con la frente apoyada en la de ella—. Y me alegro de ser yo quien cuide de este pequeñín o pequeñina —Acarició la barriga de mi madre—. Cosa que Fred no haría.

—Antoine, te recuerdo que Fred no puede dejarme embarazada.

—Ja, impotente.

—Impotente no, cariño, estéril.

Mis padres estallaron en carcajadas antes de fundirse en un abrazo. Al escuchar las carcajadas todos salieron a la terraza, entonces sí felicitaron a mis futuros padres.

—Vamos a la playa —sugirió Guillermo a Sara y David.

—No, no me apetece —respondió David.

—Me da igual si te apetece o no —contestó Guillermo—. Y tú… —miró a Sara— ni respondas.

—Pero… —se quejó Sara.

—No hay «pero» —la interrumpió—. En diez minutos te recojo en tu puerta. Hala, ve a ponerte el bañador. Corre, estás tardando—Le dijo con una amplia sonrisa.

—Te estás volviendo un mandón —Gruñó Sara.

—Sin replicar —sonrió—. Y tú, alma en pena, ve a prepararte, nos vamos a la playa.

—Guillermo, de verdad, no me apetece.

—Ya te he dicho que me da igual, nos vamos los tres a la playa, hace mucho que no vamos juntos los tres.

—Carolina, ¿puedes decirle a tu hijo que se busque novia y me deje tranquila? —Una sonriente Sara comentó antes de Guillermo posar las manos en sus hombros.

—No repliques, ve a por el bañador.

Ana y Juan se dedicaron una mirada, les encantaba ver la sonrisa de su hija, que en un mes había vuelto a ser la que siempre había sido y no la esperpéntica sombra en la que se había convertido. Nada más se fue Sara los dos abrazaron a Guillermo.

—Gracias —dijo Ana—, de verdad que te estamos eternamente agradecidos por lo que estás haciendo por Sara.

—No tenéis que agradecerme nada. Sara es mi amiga y no podía permitir que se hundiera por un *gilipollas* y, este también es mi amigo y tampoco se lo permitiré —se colgó del cuello de David—. Ponte el bañador ya, Sara nos espera.

Poca gente quedaba en la playa, el sol comenzaba a acunarse entre las olas, dos largas horas habían estado metidos en el mar. Guillermo y Sara dejaron a David desahogarse, soltar todo el dolor, la rabia e impotencia que tenía dentro. Guillermo olvidó o, por lo menos, intentó olvidar que la causante de todo el dolor acarreado por su amigo era su tía.

Arrugados como pasas salieron del agua y se dejaron caer en las toallas. Sara tumbada entre los dos chicos entrelazó sus manos con las de ellos, le encantaba la sensación de paz y tranquilidad respirada en la playa a aquella hora, a la que se había acostumbrado en el último mes y medio, ya que raro era el día que no acudía con Guillermo.

—David —murmuró Sara contemplando el vaivén de las pocas nubes—, no reconozco a Mónica. Siempre la he admirado, en general, siempre he admirado a las mujeres del número 9. Mónica no es una cobarde, de eso estoy segura. Yo la entiendo…

—¿La entiendes? ¿Cómo puedes decir eso? —David se quejó sin apartar la vista de las nubes.

—Sí, la entiendo y tú has de hacerlo —Se sentó y miró a su amigo—. Todos, en algún momento, nos asustamos, yo misma he vivido aterrada…

—No puedes comparar —David se sentó, no entendía a dónde quería llegar Sara con aquella comparación.

—No, eso ya lo sé. Tú no eres el *cabrón* de Kevin.

Guillermo se puso en pie de un salto, era la primera vez que Sara verbalizaba un insulto para referirse a Kevin.

—¿Qué haces? —preguntó Sara al verse levantada de la toalla, Guillermo cogerla en brazos y dar un par de vueltas con ella— ¿Te has vuelto loco? —rio.

—No —la devolvió al suelo—, tenía que celebrar que, por fin, has llamado a ese *gilipollas* como se merece.

David miró a sus amigos, dándose cuenta de la complicidad existente entre ellos e intuyendo que no tardarían mucho en ser mucho más que amigos.

—¿Lo has visto? —Con cara de burla se quejó Sara— Estos son los arranques de tu amiguito que he tenido que soportar todo el verano.

—No te quejes —Guillermo pasó el brazo alrededor de su cuello—, he logrado que vuelvas a ser nuestra Sara.

Sara le dedicó la mejor de sus sonrisas, lo miró fijamente a los ojos antes de darle un par besos en las mejillas y sentarse de nuevo junto a David.

—David, lo que quería decir antes de la intervención del loco de tu amigo…

—¿Su amigo? —La interrumpió Guillermo que había apoyado la barbilla en el hombro de ella.

—¿Vas a seguir interrumpiéndome? —Sonrió al toparse con su rostro junto al suyo— ¿O puedo seguir?

—Puedes seguir, pero luego hablaremos tú y yo —Le dio un pellizco en el costado—. Continúa — La invitó a seguir con un gesto de la mano.

—David, yo me escondí, no quería contar lo que tenía en mi interior hasta que tu amigo —puntualizó con una sonrisa, obteniendo un nuevo pellizco como respuesta— me obligó a hablar. Mónica se esconde en su miedo, a mí me aterraba lo que la gente pudiera pensar de mí por lo ocurrido, cuando yo no había hecho algo malo. Las fotos —tragó saliva— eran algo entre él y yo. Mónica, también tiene miedo a esa opinión, a ser juzgada. No se ha percatado que lo vuestro no es algo malo, solo se sale de los arcaicos cánones. Déjala respirar, no la agobies, todos hemos visto y sabemos lo que hay entre vosotros. Más tarde o más temprano se dará cuenta que lo vuestro es real, que estáis hecho el uno para el otro o, la una para el otro…

—¿Y si no lo hace o si, en realidad, no está enamorada de mí como yo de ella?

—Pues, habréis sido un bonito momento, al fin y al cabo, la vida está llena de esos momentos. Hay que saborearlos, disfrutarlos porque nunca sabemos cuánto durarán.

—No me consuela.

—Pues piensa que te libras de ser el tío de Guillermo.

—¡Oye! —Se quejó Guillermo arrastrando a sus amigos con su contagiosa risa— Tú te estás pasando —Volvió a pellizcarla—. Te salvas porque me alegra que vuelvas a ser tú.

La tranquilidad reinaba en la casa, tras el ajetreo de la mañana, la multitudinaria comida y, la tarde con sorpresa ya solo se escuchaba la suave música mientras recostados cada uno en un extremo del sofá de la terraza leían plácidamente. Daniel observó por encima del libro a Carolina, estaba ensimismada en la lectura, sonrió a venirle el recuerdo de su envidiable capacidad de concentración, de cómo era capaz de olvidarse del mundo mientras leía o estudiaba. Cerró el libro y lo dejó en el suelo junto al sofá y a gatas se acercó a ella que no se percató de su movimiento hasta él no quitarle con cuidado el libro.

—¡Eh! —se quejó sorprendida al encontrarse con el rostro de Daniel junto al suyo— ¿Puedo saber qué haces?

Carolina lo miró extrañada, sin saber muy bien qué hacía al verlo terminar de acercar su cara a la de ella.

—Esta tarde mentiste, Carol, y eso está muy feo—Le susurró junto al oído, no pudo evitar besarla en el cuello antes de regresar a su sitio.

—¿Puedo saber cuándo mentí? —inquirió acercándose a él para besarlo—Yo no recuerdo haberlo hecho.

—Le dijiste a Vivi que no me culpaste —Una sonrisa traviesa asomó a sus labios—. Y has de reconocer que algo sí lo hiciste.

—¡¡¡Eso no es cierto!!!

—Carol, aún recuerdo cómo ignorabas mis llamadas aquel verano, cuando te llamaba para vernos. Tuve que arriesgarme e ir directamente al chalet de tus padres en Calpe, por cierto, ¿qué pasó con el chalet?

—Lo vendí, intenté volver alguna vez en los últimos años, pero era incapaz de hacerlo y no verlos a ellos por todas partes. Creí que tras tantos años podría, pero no…

—Ey… —La sostuvo por la barbilla—No era mi intención ponerte triste —La besó dulcemente en los labios.

—No, claro, solo de llamarme mentirosa —replicó devolviéndole el beso. Borró la melancolía de los ojos y clavó la mirada en la de él—. No contestes—Le tapó los labios con la mano—. Esto

hay que aclararlo. Yo no estaba enfadada contigo, yo estaba asustada. A la semana de llegar a Calpe el mundo se me vino abajo, yo siempre he tenido un ciclo menstrual de libro, cada veintiocho días como un reloj me viene el periodo. ¿Sabes el ataque de nervios al ver que pasaban los días y no me bajaba la regla, cuando una semana antes tú y yo habíamos puesto la guinda al concierto de Sabina?

—Podías habérmelo dicho, Carol, y no evitarme como hiciste.

—Dani, estaba asustada. No se lo dije a nadie, porque intentaba pensar que, tal vez, todo se debía al nerviosismo de los exámenes finales, a los baños en la playa y la piscina.

—Carol, yo moría por volver a besarte y, tú me alejaste de tu lado casi todo el verano.

—No quería que estuvieras conmigo por estar embarazada.

—¿Estás hablando en serio?

—Del todo.

—No me lo puedo creer. ¿Crees que para mí aquella noche en las dunas fue solo sexo? Estaba enamorado de ti.

—Y yo de ti, pero eso ya lo sabías—Apretó los labios para no reír—. Dani, pero quiero que tengas claro que no estaba enfadada contigo. ¿Cuándo me he enfadado contigo?

—¿En las bodas de oro de mis padres? —No disimuló la sonrisa.

—¿Cómo no hacerlo? Volviste a hacer lo de siempre, a cantarme la dichosa canción, a insinuarte sin ser claro y ¡estaba con Sergio! —Le golpeó con el dedo índice en el pecho—. Como te dije aquella misma noche, si la noche anterior te hubieses sincerado conmigo, yo habría hablado con Sergio y no hubiera pasado por ese momentito.

—La verdad, no pensé en él —contestó atrapándola entre los brazos—. Te quiero… —le murmuró junto al oído—. Ese fue mi error esa noche, no decírtelo.

—Tu error fue no comprobar que el condón estaba defectuoso —rio junto a sus labios—, aunque ahora me alegro que así fuera.

—Y esto es así, mi querido amigo— En voz alta para que lo oyeran dijo Guillermo—, ahora que vas a quedarte en casa prepárate, mis padres son peores que dos adolescentes calenturientos.

Sin dejar de besar a Carolina, que no podía parar de reír por haber sido pillados, Daniel lanzó un cojín a su hijo.

—Envidioso —respondió Daniel guiñándole un ojo a David, que sonrió a pesar de su tristeza.

16 de agosto, 2019

Mónica se miró en el espejo, tuvo la impresión de haberse convertido en un mapache, sus ojos estaban cubiertos por un intenso antifaz negro. La noche anterior no se había lavado la cara, ni siquiera se había quitado el vestido, tal y como había llegado, se dejó caer sobre la cama y allí había permanecido llorando de impotencia por su absurdo miedo.

Se soltó la melena, sintió un gran alivio al hacerlo, a continuación, se quitó el arrugado vestido y la ropa interior. Las marcas del sujetador se dibujaban en el contorno de los pechos. Se limpió concienzudamente el rostro mientras llenaba la bañera, necesitaba relajarse.

Desnuda salió del baño, entró en el salón y seleccionó uno de los cientos de vinilos. El saxofón de Scott Hamilton comenzó a sonar al perfecto ritmo marcado por la aguja del tocadiscos, por un momento se quedó hipnotizada viendo los círculos concéntricos y por la sensual melodía. Segundos después regresó al baño y se sumergió en la olorosa espuma que cubría el agua caliente.

Fue inevitable, a su mente vinieron uno a uno los días pasados en Roma, los paseos disfrutando de una de las cunas de la civilización. Las sonrisas de David con cada una de sus explicaciones ante cualquiera de sus monumentos y edificios. Los besos robados y, los que no lo eran, por cualquiera de sus rincones. Sus caricias, sus abrazos y los múltiples «te quiero» que él le había susurrado.

Intentó recordar a todos los hombres, que en algún momento habían pasado por su vida, con ninguno se había sentido como con David. Él parecía saber lo que pensaba antes de ella decirlo, disfrutaba con lo mismo que ella y, se desvivía por complacerla.

—Y lo he echado de mi vida —Lloró una vez más—. Joder, Mónica, tú misma se lo dijiste a Dani —Lloriqueó—. Ahora mismo el maestro se avergonzaría de ti.

Mónica empezó a reír al recordar la canción que llevaba su nombre de Sabina. Pilló la cadena del tapón entre los dedos del pie derecho y tiró de ella, mientras el agua desaparecía se dio una

ducha para quitarse la espuma del cuerpo. De pronto lo tuvo claro, quería dejar atrás sus prejuicios y gritarle al mundo que estaba con David, porque estaba claro que aquello que sentía era amor; ¿qué otra cosa iba a ser?

Con renovada energía y una amplia sonrisa iluminando el rostro se secó, lo tenía claro, subiría a casa de su hermano en busca de David y allí delante de ellos le pediría perdón por su cobardía. Dejó caer la mullida toalla y dedicó largos minutos a hidratarse la piel, masajeándose con delicadeza.

La sonrisa se borró al masajearse el lateral del pecho derecho y notar el pequeño bulto, que había notado a principios de verano y, del que se había olvidado por completo. Levantó el brazo y volvió a palparse con cuidado, hizo lo mismo en el lado izquierdo, la diferencia era notable. No entendía cómo no se había percatado, siempre se autoexploraba, estaba claro que en los últimos meses había estado más que despistada. A la mente le vino la mañana tras la boda de sus padres, mes y medio había pasado, pero recordó con claridad el diminuto ganglio que ella achacó al desodorante, pero ahora estaba segura que se había equivocado, pues, no solo no se había ido, sino estaba segura que era de mayor tamaño. El mundo se le vino a los pies, estaba asustada, por no decir, aterrada.

—Sí —respondió Daniel extrañado porque su hermana lo llamara en vez de subir, pensando de inmediato que no querría encontrarse con David.

—¿Puedes bajar un momento a mi casa?

—Sí, claro, ¿ocurre algo?

—Dani, tú ven y te cuento.

Dos minutos tardó Daniel en bajar alertado a casa de su hermana y llamar a la puerta. La seriedad en su voz le decía que las penas de amor no eran el motivo de su llamada.

—Mónica, ¿tú te has visto? —dijo tras cerrar la puerta— ¿Dónde quedó aquello de no querer vivir arrepentida por lo no vivido?

—Dani, ahora no, por favor. Tengo claro que yo sola me he jodido la vida. ¿Cómo está David?

—¿Cómo quieres que esté? Ese chico está totalmente enamorado de ti.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—Dani, te aseguro que hace un momento iba a subir a tu casa y hablar con él, pero, ahora no puedo…—Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de notarme un bulto en el pecho.

La música había dejado de sonar, Mónica entró en el salón seguida de cerca por su hermano que, aunque perplejo ante la inesperada noticia, intentó mantenerse cauto. Mónica guardó el disco en su funda y lo colocó en su sitio.

—Mónica, sabes que eso no significa nada, ¿verdad? —Se acercó a su hermana y la abrazó— ¿Me dejas comprobar?

Mónica se desató el albornoz para que su hermano pudiera localizar el pequeño bulto en el lateral del pecho derecho. Daniel realizó la misma operación en el otro pecho para comprobar que no había nada en él.

—Mónica, no te preocupes, igual no es nada. Ahora mismo hablo con Dávila para que te vea el mismo lunes. Somos amigos desde la facultad y, te puedo asegurar que es uno de los mejores especialistas.

—En oncología…

—Sí, en oncología.

—¿Y si tengo cáncer?

—Mónica, si es cáncer lo combatiremos, lo importante es llegar a tiempo. No te asustes, de verdad, no podemos darle nombre sin estar seguros. Escúchame —Apoyó sus grandes manos en los hombros de su hermana—, ahora lo que has de hacer es arreglarlo con David.

—No, Dani, ahora no. No puedo cargarlo con esto si resulta que tengo cáncer.

Mónica rompió en un llanto desconsolado en brazos de Daniel, que la dejó llorar largo y tendido, mientras él deseaba con todas sus fuerzas estar equivocado.

—Mónica, vístete y sube a casa conmigo.

—No, no puedo verlo, Dani.

—Mónica, David no está en casa, se ha ido con Guille y Sara a pasar el día a Calpe.

—Pero no se lo digas a Carolina.

—Mónica, ni tú ni yo hemos tenido secretos con Carol, sin contar mis sentimientos —sonrió—. Así que esta no va a ser la primera vez. No se lo diremos a nadie más si no quieres, pero esto no lo vas a vivir tú sola. Vístete y te vienes conmigo —dijo antes de besarla en la frente.

Capítulo 26

Todo cambió aquel fin de semana, el estado de ánimo de mis vecinos se vio alterado en un abrir y cerrar de ojos, pareciera que todos se hubiesen cambiado los papeles por un encantamiento.

En el primer piso el sol se colaba por las ventanas, en la habitación de Sara volvía a sonar la música de Harry Style, uno de los favoritos de la más joven, por el momento, de los habitantes del número 9; ahora por las influencias recibidas de Guillermo, también escucha a Marwan y Serrano. Fuera como fuera, el retorno de la música devolvió la tranquilidad a sus padres, que ya respiraban tranquilos al ver como su hija había salido del agujero oscuro en el que se había metido. Escucharla tararear *Falling* mientras elegía la ropa que ponerse o, simplemente al recoger su habitación les sonaba a música celestial.

Sin embargo, en el segundo piso el sol brillaba por su ausencia. Tanto en el 2ºA como en el 2ºB, con exactitud diremos, Vivi y Mónica, se encontraban arrodilladas ante la taza del váter. La primera por culpa de mi hermano y mía, la segunda por el terror ante la incertidumbre. Obvio, entre las dos existía una gran diferencia, mi madre no estaba sola; la compañía de Mónica eran sus demonios y sus miedos.

En el ático había nubes y claros. Guillermo intentaba animar a su amigo, pero David estaba demasiado dolido, dañado y, no quería ser reparado; solo aceptaba los «parches» de felicidad momentáneos, causados por las escapadas a la playa con su pareja de amigos.

Daniel y Carolina no pasaban por su mejor momento, toda la felicidad, que los había invadido en los últimos meses, fue borrada de un plumazo con la noticia de Mónica. Ambos intentaban ser positivos, no ponerse en el peor de los casos, pero Mónica era una persona demasiado importante para los dos como para no hacerlo.

—Dani… —Carolina no apartó la vista de los círculos concéntricos formados al girar la cucharilla en su café con leche —. Sé sincero conmigo— Daniel la miró sorprendido, ella le sonrió—. No quiero decir que no lo seas, hablo de tu hermana.

—¿De Mónica?

—Sí, claro de Mónica —Le acarició la mano—. Tú ayer notaste algo, ¿me equivoco?

Guillermo y David se detuvieron junto a la puerta al escuchar el nombre de Mónica. David creyó que iban a hablar de él y retuvo a su amigo.

—Carol, ¿qué quieres que te diga?

—La verdad, solo quiero la verdad. Estoy segura que le palpaste el pecho para estudiar el bulto y, no eres ningún aprendiz, sé de tu valía y, sé que intuyes algo por la forma o, la dureza o qué sé yo. Lo mío es la lengua y la literatura, no la ginecología y obstetricia —Lo miró fijamente a los ojos—. *Mierda*… —dijo con solo ver sus ojos.

Guillermo y David ni respiraban, no necesitaron explicaciones para saber qué estaba sucediendo.

—No te voy a mentir, Carol, ojalá me equivoque, pero lo que he palpado no presagia nada bueno —Carolina no pudo contener las lágrimas—. No… No, Carol, no te asustes. Mónica te necesita fuerte, con tu eterna sonrisa, porque, muy probablemente, le toque pasar por un largo proceso. Sé lo duro que es, pero, hoy por hoy, el cáncer de mama se supera en un alto porcentaje.

—¿Hablamos de quimio o de operación?

—De ambas seguramente.

—¿Mastectomía? —La voz le tembló.

—Cariño, eso no lo puedo saber solo por haber palpado un ganglio —Le acarició las mejillas y secó las lágrimas antes de besarla dulcemente—. Ya he movido mis hilos, mañana Dávila la verá conmigo, ya le he reservado hora para la mamografía.

Guillermo no detuvo a su amigo al verlo salir corriendo rumbo a la puerta. El portazo hizo a Carolina y Daniel girarse encontrándose con el desencajado semblante de su hijo, entendiendo de inmediato el motivo del portazo. David corrió escaleras abajo, ni siquiera se había calzado, le urgía ver a Mónica, con el corazón a punto de salirle por la boca llamó al timbre.

Mónica se levantó del suelo, seguía sentada junto a la taza del váter, no por vómitos sino por miedo y desgana. David volvió a llamar un par de veces, se hizo a un lado para que Mónica no lo viera en caso de que mirase por la mirilla. Ella no miró, estaba convencida que a aquella temprana hora solo podía tratarse de su hermano o Carolina.

Petrificada se quedó al encontrar el serio rostro de David al otro lado de la puerta. David no le dio tiempo a reaccionar, la abrazó con fuerza, ella no opuso resistencia. ¿Cómo hacerlo? En ellos se sintió reconfortada, el mundo pareció detenerse y, por unos instantes, todos sus miedos se borraron con sus besos.

David cerró la puerta con un suave golpe de pie, no era su intención enredarse en besos, abrazos y caricias, mucho menos, lo era desnudarla y desnudarse mientras caminaban por el pasillo rumbo al dormitorio.

Sin la menor de las prisas David recorrió el cuerpo de Mónica con sus labios, deteniéndose en cada uno de los puntos que sabía la hacían explotar, como así sucedió. Agitados, acalorados y sudorosos se dejaron caer en la revuelta cama. David la abrazó y besó una vez más antes de sentarse y hacerla sentar a ella.

—Mónica, quiero que me escuches atentamente —Sostuvo su barbilla con la mano derecha—. Si no quieres decírselo a tu familia me da igual, la mía sabe que salgo con una mujer impresionante, me da igual lo que piensen ellos, tus padres o el Papa de Roma. Yo te quiero y, sé que tú me quieres, aunque jamás te hayas atrevido a decírmelo con palabras —Le tapó la boca al ver su intención de hablar—. Me niego en redondo a alejarme de ti, estos dos días han sido un horror y, para rematar, por accidente me entero que te has encontrado un bulto. No sé si fue antes o después de nuestra discusión, ahora mismo me da exactamente igual. No pienso dejarte sola con esto —Los ojos de Mónica se llenaron de lágrimas—. Esto lo pasamos juntos.

—David no tienes ninguna obligación…

—Eso lo sé, lo hago porque quiero, porque te quiero —puntualizó sin dejar de mirarla a los ojos— y porque sé que tú me quieres —La besó dulcemente—. Y ahora, doctora Alberola—Le dedicó la mejor de sus sonrisas—, voy a preparar el desayuno que me ha entrado hambre—La tumbó cayendo sobre ella.

—¿No tenías hambre? —Le sonrió.

—De ti, doctora Alberola.

Agosto voló. Los días pasaron rápidos, aunque a Mónica le resultaron eternos. De un plumazo la magia vivida a principios de la estación estival se convirtió en un recuerdo lejano, llegando a creer que no habían pasado semanas desde su romántica escapada a la ciudad eterna, sino meses; incluso años.

Los días se convirtieron en una sucesión de visitas al hospital, consultas con el oncólogo, mamografías, analíticas, tacs, resonancias, electros…Un sinfín de pruebas médicas por las que hubiese preferido no pasar, ni deseado que nadie pasase, no por molestas o dolorosas, sino por el trasfondo de su significado.

No necesitó que su médico, el doctor Dávila, le dijese que no era un tumor benigno. En el mismo momento en el que vio la cara de su hermano lo supo, por mucho que Daniel lo hubiese enmascarado, aquella mañana en su casa, ella presintió estar entrando en un largo y doloroso proceso.

La primera semana de septiembre acompañada por David, Carolina y Daniel entraba en el hospital para una «pequeña» intervención, una punción en el ganglio, PAAF[9], que avisaría si solo se trataba de un quiste benigno o de cáncer.

Mónica no quiso ver la aguja, de pequeña le aterraban las inyecciones, miedo que con la edad no había cambiado. Siguió las instrucciones de la enfermera, se recostó en la camilla y clavó la vista en la blanca pared, con atención escuchó todo lo que le iban diciendo, permaneciendo inmóvil, a pesar de los nervios, durante la punción.

—Ya está, Mónica, te puedes incorporar —Con una sonrisa le dijo la enfermera—. Recuerda, no corras, no levantes peso, ni hagas ejercicios bruscos. Muy probablemente te saldrá un hematoma, aplícate hielo en la zona y, si sientes dolor toma un analgésico; nada de aspirina.

Con un tenue dolor en la mama derecha y un intento de sonrisa en los labios Mónica salió a la sala de espera. Las sonrisas en las caras de Carolina y David fueron inmediatas, ambos borraron su serio rictus al ver la puerta abrirse. Como si tuviera un sensor, que lo avisara, Daniel apareció por el pasillo para comprobar cómo se encontraba Mónica, sabía que era una simple punción, pero, también era conocedor de los nervios que provocaba aquel tipo de pruebas y, más si como

su hermana se sufría fobia a las agujas.

—Supongo que ya te lo han dicho, pero, ni se te ocurra hacer movimientos bruscos, ni coger peso…—La miró serio—. Y nada de sujetadores de aro, quiero pensar…

—Carolina, ¿puedes decirle a mi hermano que no soy una niña pequeña? Y que no, que no llevo sujetador de aros, que llevo uno deportivo.

Carolina sonrió, aquella escena era como regresar al pasado, cuando los dos hermanos la tomaban de intermediaria en sus supuestas disputas, porque si algo supo desde el mismo momento en el que Daniel le presentó a su hermana, era lo mucho que se querían.

Decir que no sintió dolor en los posteriores días sería mentir, no era un dolor exagerado, pero sí, una incómoda molestia en el pecho, que le impedía mantener su ritmo normal. Sin embargo, más que el dolor en el pecho, lo que la estaba matando era la incertidumbre de la espera, así como el terror de tener que enfrentarse a un cáncer y, que al abrirla descubrieran que no se trataba de una masa localizada. Por eso, todos y cada uno de los habitantes del nº9 de la avenida Felicidad se pasaban por el 2º B para no dejar a Mónica sola a lo largo del día, especialmente, David, Guillermo y Sara que se convirtieron en sus tres ángeles guardianes durante aquella larga semana, en la que los ojos no mostraban las sonrisas que asomaban en los labios.

Mi madre también pasaba largas horas charlando con ella, contándole sus propios miedos ante aquella inesperada maternidad y sus dudas de, si realizarse o no la amniocentesis. Por su edad, recién cumplía los cuarenta años, los barómetros salían un poco alterados, pero Daniel le había dicho, que no se asustase, que todo iba bien. Sin embargo, aunque mi madre hablase de pruebas, de miedos ante un embarazo con dificultades o un bebé con problemas, lo que verdaderamente atemorizó a mi madre fue escuchar el doble latido en vez de un único y solitario corazón.

Daniel no pudo evitar mostrar la sorpresa en su rostro, nada más conectar el ecógrafo vio que, dentro de mamá, estábamos formándonos el tete y yo. Mis padres se quedaron de piedra al ver que los espermatozoides de mi padre no solo habían corrido la maratón por llegar a los óvulos de mi madre, sino que habían triunfado y subido a lo más alto del pódium.

Como decía, a lo largo del día, todos y cada uno de los vecinos pasaban por el 2ºB, por el contrario, los que no habían pasado por allí, por no estar al corriente de la situación, eran los padres y hermanos de Mónica. Ella no se había atrevido a darles la noticia, pero sabía que ya no podía dilatar más el momento, porque fuera cual fuera el resultado del PAAF, en menos de diez días iniciaría la quimioterapia. Por eso, Daniel le allanó el terreno montando una comida en su casa con la excusa del final del verano.

Casi no tenía molestias por la punción, eso sí, el pecho seguía estando ligeramente amoratado y, aunque había superado el tiempo de eludir el levantamiento de peso y los movimientos bruscos, ella seguía evitándolo, especialmente, para no tener que aguantar las reprimendas de David. Estaba nerviosa, las palmas de las manos le sudaban por los nervios, que la comían por dentro.

—Relájate —David le dio un suave beso en el cuello y le acarició la mano.

Las risas de sus padres y de la pequeña Mar llegaban a la escalera. Mónica tomó aire, sabía que ella iba a acabar con la alegría allí presente.

—Hola —saludó Jimena al abrir la puerta. Sonrió al ver las manos de su tía y David entrelazadas.

—Hola —Sonrió Mónica que se soltó de la mano de David y abrazó a su sobrina—. Lo siento, Jime —Le susurró al oído—, te oí hablar con Guille.

—Olvídalo, tía, hacéis una pareja increíble —murmuró con total sinceridad antes de besarla.

Para sorpresa de David, Mónica entrelazó sus dedos con los de él antes de salir a la concurrida terraza, allí se encontraban todos los miembros de su familia. Daniel, Carolina y Guillermo sonrieron al verlos llegar, observando desde su privilegiada tribuna la reacción de todos.

—Hola, tía —Corrió Mar e intentó saltar a los brazos de su tía, como era su costumbre, Mónica no pudo auparla—. Lo siento, cariño, no puedo cogerte en brazos, tengo una pequeña herida.

—¿Y te duele?

—Un poquito… —Sonrió dándole un par de besos.

—¿Es tu novio? —Preguntó indicándole con una mirada a David.

—Sí, ¿qué te parece?

—Muy guapo —dijo tapándose la boca, le daba vergüenza ser oída por David.

—Vaya, vaya…Así que la doctora Alberola terminó por enamorarte —saludó Ismael a David antes de besar a su hermana—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, una pequeña herida, luego te cuento…os cuento… —sonrió nerviosa.

Mónica besó a Ana, que ya lucía con orgullo su diminuta barriga de veintiuna semanas, a sus cuñados, a Guillermo, Daniel y Carolina antes de acercarse a sus padres.

—Creí que nunca nos lo dirías. —Sin disimular una sonrisa comentó Inma.

Mónica abrió los ojos de par en par, no estaba segura de haber entendido bien las palabras de su madre.

—Por tu culpa le debo a tu madre un fin de semana en París. —Rio el padre antes de besarla y saludar a David.

—No entiendo, ¿me explicáis?

—Tu madre me dijo que estabas saliendo con David, yo le dije que eso era imposible, que ya nos lo hubieses contado y nos apostamos un fin de semana.

—¿En serio?

—Del todo —respondió Valentín.

—Curioso, doctora Alberola, no veo a sus padres rechazar nuestra relación.

—¿De verdad, lo veis bien? —preguntó sin salir de su asombro.

—¿Dejarías de estar con él si te dijésemos que no? —intervino Valentín— Mi hija no lo haría.

La alegría estuvo presente durante toda la comida, Mónica postergó todo lo posible la noticia, no quería enturbiar la felicidad de sus padres y hermanos.

—Mónica, ¿qué te ha pasado en el brazo? —preguntó Ana.

Mónica tomó aire, el momento había llegado, notó la mano de David sobre su muslo y el apoyo visual de Daniel, Guillermo y Carolina.

—En realidad, en el brazo en sí nada. Hace nueve días me sometí a una pequeña intervención, un PAAF —Mónica tragó saliva, miró a sus padres y a Daniel que, en seguida escuchó su silencioso grito de ayuda.

—Para que lo entendáis —Tomó la palabra Daniel ante el silencioso y atento auditorio—, Mónica tiene un pequeño tumor en la mama derecha. Mamá, no te asustes —Daniel se levantó, caminó hacia sus padres y apoyó las manos en sus hombros—. Todo va a ir bien, mañana conoceremos el resultado de la biopsia, estoy seguro que el tumor no presenta metástasis, pero es el proceso a seguir. Mónica está en las mejores manos y ahora no necesita penas, sino que la apoyemos.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —Ismael se levantó a abrazar a su hermana.

—A ver, si no sabía cómo decir que salgo con David, imagina esto —Sonrió Mónica abrazada a Ismael y Ana, que se había sumado a ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Valentín que tragaba nudos por no llorar.

—Primero, mañana tendremos los resultados y, en breve, comenzará la quimioterapia.

—¿Antes de operarse? —preguntó Inma.

—Sí, va a seguir tratamiento neoadyuvante.

—¿Neoadyuvante? —La cara de Valentín era de incomprensión total.

—Se trata directamente sobre el tumor para disminuirlo —Acarició los hombros de su padres—. Si todo va bien, si el tumor disminuye puede no ser necesaria una mastectomía.

—¿Es posible que no disminuya?

—Eso no va a suceder, papá —intervino Daniel de inmediato.

El silencio fue total, casi dolía en los oídos, ni pestañeaban, solo el desconsolado llanto de Jimena lo rompió. Mónica sintió un nudo en la garganta al ver el llanto de su sobrina ante una atenta y asombrada Mar, que no comprendía lo que sucedía. Mónica acudió junto a Jimena, la tomó de las manos y la abrazó con fuerza.

—Jime, no me va a pasar nada —Sonrió—. Bueno, igual me quedo como una muñeca pelona,

pero el pelo vuelve a crecer. Tu tío y el doctor Dávila dicen que igual no pierdo mi preciosa teta derecha —Rio—, pero, de ser así, me la reconstruirán en el momento, así que ya ves, será como cuando arreglamos a aquella muñeca que tanto te gustaba.

Jimena se abrazó con fuerzas a su tía, con la que siempre había tenido más afinidad.

—Prométeme que todo va a ir bien.

—Te lo prometo —volvió a abrazarla con fuerzas, mientras ella misma se convencía a sí misma de sus palabras.

Capítulo 27

Al día siguiente las noticias fueron buenas o, por lo menos, no tan malas. Si bien no se trataba de una masa benigna, el patólogo garantizó que el ganglio no presentaba células MRNA, así que en principio el tumor estaba localizado y no presentaba ramificaciones; aunque la extracción del ganglio centinela al pasar por quirófano terminaría de confirmarlo. Sin duda, era una noticia a celebrar, pues, a pesar de seguir teniendo cáncer, sabía que estaba localizado y atacarlo era más fácil. La alegría de Mónica, dentro de la felicidad posible en la situación en la que se encontraba, era doble, Dávila le comunicó que haría todo lo posible por realizar una cirugía conservadora, una tumorectomía, es decir, la eliminación del tumor sin vaciar la mama.

No era para tirar cohetes, el cáncer seguía siendo real, pero, saber que no había ramificaciones y, que existía la posibilidad de no sufrir una mastectomía, consiguió hacer sonreír a mi vecina. Aquella misma mañana marcó una fecha en su agenda, en diez días comenzaría su primer ciclo de quimioterapia. En un principio, todo dependería de la evolución, si el tumor disminuía o no, realizaría ocho sesiones cada tres semanas y tras ellas llegaría la tumorectomía.

La noticia fue recibida por todos con alegría, dentro de las negras nubes de tormenta, aquello era como el arcoíris tras la lluvia, arcoíris al que había que agarrarse con fuerza para poder llegar a su particular caldero con oro escondido bajo él.

En aquellos diez días la vida de Mónica fue bastante ajetreada, entre pruebas y visitas médicas encontró un hueco y valor para acudir a la universidad y, contar en primera persona a sus compañeros y alumnos, entre ellos su sobrina que empezaba el primer año de Historia, que aquel primer trimestre no estaría ella. En realidad, no tenía claro si podría dar clases aquel curso, lo que no podía imaginar, ni ella ni nadie, es que aquel curso académico sería recordado por el abandono de las aulas por culpa del COVID-19 en el mes de marzo.

1 de octubre, 2019

Con la entrada del nuevo mes llegó la primera sesión de quimioterapia. Mónica no durmió en toda la noche, estaba nerviosa, asustada. ¿Cómo no estarlo? Había leído todos los folletos informativos que le habían entregado, tanto ella como David habían estudiado al dedillo todas las recomendaciones, procesos, posibles alteraciones y, los más que probables efectos secundarios.

Mónica estaba sobrecogida con la implicación mostrada por David, no se separaba de ella más que para acudir a clase. Mi vecina le hizo prometer que no abandonaría sus estudios, de ningún modo permitiría que se vieran perjudicados por su enfermedad y, mucho menos que perdiera su beca de estudios.

Aquel martes, sin embargo, se saltó las clases para acompañarla a su primer «cóctel». La moto no era el mejor de los vehículos, especialmente, para el regreso, así que Carolina puso a disposición de David su coche.

—Nos vemos a la noche, tía —Guillermo le dio dos besos a su tía. Se habían encontrado en el descansillo del primero mientras él esperaba por Sara—. Cuídamela —Dio una palmada en el hombro a David, recibiendo su sonrisa por respuesta.

Guillermo abrazó a su amigo, le conocía demasiado bien para reconocer el nerviosismo de aquella sonrisa.

—¿Guille y Sara están saliendo? —Una vez en el coche preguntó Mónica a David.

—Guillermo dice que no, pero no se separan desde julio y, está claro que Sara ya no necesita

su apoyo.

—Me recuerdan a mi hermano y Carolina, siempre estaban juntos, pero se negaban a aceptar que eran mucho más que amigos —Sonrió—. Veinte años tardaron en reconocerlo los muy jodidos.

—Igual es un gen de los Alberola —La miró de reojo con una media sonrisa. Ella sabía que él seguía a la espera de oírle decir «te quiero», pero seguía sin poder hacerlo, a pesar de todo, no estaba segura de su relación, ni de sus sentimientos.

Aquella primera sesión se hizo larga, las horas pasaron lentas. Horas en las que David se dedicó a leerle, a ella no le apetecía leer, todo le molestaba, incluso ver en el tórax el bulto del reservorio[10] por el que le suministraban su cóctel especial de medicamentos al torrente sanguíneo.

Los efectos de aquella primera sesión fueron tan inmediatos como devastadores, Mónica tuvo que correr para llegar a tiempo al baño. Las náuseas y los vómitos la consumieron, sentía calor y frío al mismo tiempo, todo parecía dar vueltas a su alrededor. David la ayudó a desnudarse, permaneció en el baño mientras ella se duchaba, le aterraba la idea de que se desvaneciera en la ducha.

Aquella primera noche no pudo dormir, los ojos le escocían por la falta de sueño y, como efecto inmediato de la quimioterapia. El cuerpo le dolía, parecía que le hubiesen dado una paliza, la garganta la tenía seca, aunque David hacía todo lo posible para que no fuera así, dándole él mismo de beber. Poco duraba el líquido en el estómago, ya que poco tardaba ella en vomitar.

A las siete de la mañana David apagó el televisor, Mónica había logrado conciliar el sueño acurrucada en sus brazos. Él cerró los ojos, estaba derrotado tras la larga noche.

Tres días estuvo mal, Mónica iba de la cama al sofá, del sofá al baño, del baño a la cama y así sucesivamente. Al segundo día obligó a David a ir a clase, él no quería, pero ella insistió. David accedió, eso sí, habló con mi madre para que estuviera atenta y lo avisara si ocurría algo.

Las siguientes sesiones no fueron igual de duras, afortunadamente, los efectos ya no eran tan dañinos. Las náuseas y los vómitos eran controlables, lo que no podía controlar era su insomnio nocturno, en vez de desesperarse por aquel no dormir a las horas que debía, Mónica dedicaba las horas a la lectura o a ver películas mientras David estudiaba o dormía.

20 de octubre, 2019

Mi madre ya estaba en la semana quince de embarazo, su ánimo ya no era el mismo, atrás había dejado las náuseas y vómitos matinales. Tampoco iba corriendo todo el rato al baño y se encontraba menos cansada. Ya se había hecho a la idea de tener dos bebés creciendo en su interior e, incluso, ya le emocionaba nuestra inusitada aparición.

Mi padre había comprado todo un despliegue de libros sobre el embarazo y, cada vez que se encontraba con Daniel le consultaba todas sus dudas, consiguiendo sus carcajadas cuando le preguntó si, verdaderamente, no había problemas en realizar la penetración durante el coito.

—¿Sabes que ya pueden oír sonidos y reconocer tu voz? —Con la cabeza apoyada en la barriga de mi madre dijo mi padre.

—Sí —Sonrió mi madre acariciándole la cabeza—. De hecho, han de pensar que tienen un padre de lo más pesado y repetitivo —Se burló y enseñó la lengua al verlo sentarse y mirarla desafiante.

—¿Así que pesado y repetitivo?

—Antoine reconoce que estás muy tontito con el tema paternal. ¿Me harás caso cuando nazcan los gemelos? —Vivi entrecerró los ojos, se mordió los labios— Ya me veo

desempolvando a Fred.

—Fred…Fred…Fred… —repitió Antoine acercándose a gatas a ella para besarla—. Mientras juguemos los tres no hay problema…

—Mmm…Un trío —Sonrió mi madre sin dejar de besarlo, dio un salto de placer al tener sus manos sobre sus sensibilizados pezones.

Los juegos sexuales no solo estaban presentes en el 2ºA, en el 2ºB tras semanas sin ánimos ni deseo sexual, Mónica se dejó llevar por el inmenso placer provocado por las caricias y besos de David nada más abrir los ojos.

Sus ojos se clavaron en los de él, sus labios se sonrieron recíprocamente mientras sentados en medio de la cama se acoplaban perfectamente hasta llegar al clímax y al más placentero de los orgasmos. Mónica se abrazó con fuerza a David al convulsionar de placer tras ser penetrada lenta y repetidamente.

Tal vez era cierto, tal vez era verdad que mi vecina por segunda vez en su vida, aunque ella lo había desterrado de su memoria por lo mucho que en su día había sufrido, estaba enamorada. Mucho hacía de eso ya, por aquel entonces ella estudiaba en la universidad y, desde su ruptura con el que en su momento creyó el amor de su vida desterró de su vida aquel ideal de pareja estable. Lo cierto es que el subidón de endorfinas producto del clímax sexual unido a las atenciones recibidas en las últimas semanas la hicieron decir las palabras que tanto repetía y deseaba oír David.

—Te quiero —Le musitó al oído sin estar muy segura de porqué lo decía y si, verdaderamente, era amor lo que sentía por él.

David se separó de ella, la miró fijamente a los ojos, no estaba seguro de haberla oído bien. Él se lo había repetido infinidad de veces, cada noche se lo decía antes de dormir, por las mañanas nada más encontrarse con su somnolienta mirada, pero aquella era la primera vez que ella lo hacía.

—¿He oído bien, doctora Alberola?

—Te quiero —repitió dejándole un cálido beso en los labios.

—Mira que le ha costado verbalizarlo, doctora Alberola.

David enredó los dedos en su negra melena, no pudo evitar que sus ojos mostraran el estupor producido por quedarse con un largo mechón de pelo entre sus dedos.

—Ha empezado, doctora Alberola, pero esto lo sabíamos.

—Sí —respondió con el terror en sus ojos—. Iba a raparme antes de que ocurriera.

—¿Quieres que lo haga yo? Guillermo tiene una máquina, subo en un momento y te hago de peluquero. ¿Quieres?

Mónica asintió con un ligero movimiento de cabeza. Sabía que ocurriría, pero no por eso dejaba de impresionar. David se vistió con lo primero que pilló y tras comprobar la hora subió al ático.

—Hola —Los ojos de Daniel mostraron terror al encontrarse con David—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien mi hermana?

—Sí, no te asustes —Sonrió David—. Acabo de quedarme con un par de mechones de pelo en la mano…

—Ya ha ocurrido… —dijo aliviado y preocupado al mismo tiempo—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Bueno… —Levantó los hombros—. Vengo a por la máquina, tal y como, habíamos quedado que haría llegado el momento.

—Entra, no te quedes en la puerta…

—¿Qué ocurre? —Carolina salió sobresaltada, había ido a su habitación a ponerse pantalones al escuchar el timbre. Todos se asustaban con todo lo relacionado con Mónica.

—El pelo ya ha empezado a caérsele —Daniel la besó en la cabeza—. Voy a por la máquina.

—¿Quieres que lo haga yo? —Se ofreció Carolina.

—No, gracias, quiero hacerlo yo.

Daniel le dio el estuche con la cortadora de pelo a David y lo abrazó con fuerza.

—Gracias David, gracias de verdad por todo lo que estás haciendo.

—No me las des, lo hago porque quiero, porque la quiero.

—Lo sé. Espero que mi hermana se haya dado cuenta de ello ya —Sonrió—. Escúchame, no cargues con todo, si necesitas desahogarte no dudes en venir a buscarme y, por supuesto, luego te subes con mi hermana —Lo miró a los ojos—, tu novia —Se sonrieron mutuamente—, a comer.

—De acuerdo.

Frente al espejo del baño, con las lágrimas inundando los ojos, Mónica pasó los dedos por su ondulada melena negra, largos mechones de su pelo se quedaron entre los dedos, los depositó en el lavabo. David la observó desde la puerta, dibujó la mejor de sus sonrisas en los labios y le enseñó el estuche de la máquina.

—Ven —Entrelazó los dedos con los de ella, la llevó a la cocina, la sentó en una silla, sacó la máquina, se la mostró y tras enchufarla comenzó a pasarla por su cabeza.

Los mechones caían con facilidad, con apenas un roce se precipitaron alrededor de la silla donde Mónica estaba sentada en silencio. Las voces de Pau Donés y Alejandro Sanz llegaron hasta ellos a través de la ventana de la cocina. David detuvo la sesión de peluquería, abrió bien la ventana, vio a Vivi al otro lado.

—Vivi —La llamó para su sorpresa.

—Hola, vecino.

—¿Puedes subir el volumen, por favor?

—¡Encantada!

—David, tú no —Gruñó Antoine sin disimular la sonrisa.

—Quiero dedicársela a mi chica. —dijo David volviéndola a mirar.

Mónica sonrió, David le canturreó al compás de *Te quiero a morir*, mientras en la cocina de enfrente mi madre cantaba y bailaba para el deleite de mi padre, que la observaba mientras se tomaba el café con leche apoyado en la encimera.

—Doctora Alberola, está usted guapísima y, lo digo en serio —La levantó y besó estrechándola entre sus brazos.

—David, comienzas a preocuparme —Lo miró sonriente pasando las manos por su cabeza.

—Hablo en serio.

—Yo también —Sonrió Mónica, abrazándolo con fuerza—. Yo no quería enamorarme de ti.

—Mmm… Doctora Alberola, ¿insinúa haber caído rendida a mis encantos? —La besó en la frente antes de apoyar en ella la suya.

—¿Vas a llamarme así siempre?

—Hasta que seas catedrática y cambiemos de título —Sonrió—. Ahora es mi turno, ¿lo haces tú o lo hago yo?

David cogió la máquina del pelo y se la mostró para su sorpresa.

—David no…No necesito…

—Tú no, yo sí. ¿Tú o yo? —Blandió la máquina ante sus ojos.

David se sentó en la silla, ella cogió la máquina, dudó en hacerlo, estaba emocionada con aquel acto por parte de él. Al ver sus dudas, David le quitó la máquina e inició el rapado.

—Ya no hay marcha atrás, doctora Alberola, ¿sigues o continuo yo?

—Yo…

Mónica mostró cara de asombro al encontrarse a su hermano con la cabeza rapada. David le apretó la mano con fuerza al ver la emoción en sus ojos, más aún al abrazarse a su hermano y ver a Guillermo y Carolina igual de rasurados.

—¡¿Carolina, te has vuelto loca?! ¡Tu preciosa melena rubia! —Alarmada gritó.

—Es solo pelo, volverá a crecer.

Mónica se abrazó con fuerza a Carolina. Ninguna de las dos pudo contener las lágrimas.

—Estáis gilipollas —Rio Mónica—. Vosotros ya lo traíais de serie —señaló a su hermano y

Carolina.

—¡Eh! —Se quejaron los aludidos.

—¿Cómo llamáis a veinte años de ignorar vuestro amor?

—Hermanita, eso ha sonado muy cursi.

—Cursi pero real —Lo abrazó de nuevo antes de hacerlo con su sobrino—, pero lo tuyo, sobrino, tiene delito. Yo no necesitaba esto, ya se lo dije a tu amiguito.

—¿A tu novio? —Con cara de burla replicó Guillermo.

—Sí, a mi novio —Le guiñó un ojo a David—. ¿Tú crees que así te hará caso Sara?

—¿Qué?

—No pongas esa cara, esa historia que os traéis la veo por el mismo camino que la de tus padres, así que me haces el favor de no esperar dos décadas para decidirte a decirle que estás coladito por ella—Mónica se calló al escuchar risas provenientes de la terraza—. ¿Quién está en la terraza?

Mónica salió a la terraza llamada por las risas. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con todos sus vecinos con la cabeza igual de rapada y muertos de la risa al ver las enrojecidas mejillas de Sara.

—¿Os habéis vuelto todos locos?

No pudo contener las lágrimas, era verdad que ella no necesitaba aquella muestra de empatía por parte de los que, más que sus amigos, eran parte de su familia, pero aquel gesto le hizo ver que no estaba sola en la lucha.

Mónica fue abrazando a todos, uno a uno, en sus abrazos recibía toda la carga positiva que necesitaba en aquellos días. Todos estaban emocionados, Vivi no pudo detener su llanto.

—Dichosas hormonas… —murmuró sin dejar de llorar.

—Menos mal que estos dos no han nacido aún, os veo capaces de afeitarles la cabeza —bromeó Mónica abrazando a su amiga—. Estás guapísima, el embarazo te tiene el guapo subido.

—Perdona, bonita —Puso los brazos en jarras—, yo siempre estoy guapa.

—No he dicho lo contrario, pero ahora lo estás aún más.

—Bueno, eso no te lo negaré —Rio mi madre—. Lo tuyo no es por embarazo sino mérito de David —se burló.

—¿Hablas de sus dotes de peluquero? —Con cara de guasa comentó.

—De sus dotes en general…—Con una sonrisa socarrona contestó.

Las lágrimas se convirtieron en risas generalizadas mientras Mónica abrazaba a Sara.

—Estás loca, Sara —Le acarició la cabeza—. Me encantará ser tu tía política —Le susurró al oído.

Sara le regaló una tímida sonrisa, sus mejillas volvieron a sonrojarse, especialmente, al encontrarse con la penetrante mirada de Guillermo.

—Bueno, ¿puedo saber qué celebramos? —preguntó Mónica.

—La vida, hermanita —intervino Daniel volviéndola a abrazar—. ¿Se te ocurre mejor celebración?

—¿No perder mi teta derecha? —Lo miró risueña.

—No la perderás —Rio Daniel—. Ya verás que no será así y, podrás seguir luciendo tu tatuaje.

—Seguro que a ti te encantó otro.

—No lo negaré.

Mónica lo abrazó con fuerza.

—Te quiero, tete.

—Y yo a ti, pero creo que alguien merece que se lo digas si no lo has hecho.

—Lo sé, es increíble —Dedicó la mejor de sus sonrisas a David, que los observaba vocalizando un silencioso pero claro «te quiero».

Capítulo 28

El pelo fue solo la primera de las señales de los estragos de la quimioterapia en el organismo de mi vecina. Pronto notó como sus uñas se tornaron frágiles y algunas tomaron un color oscuro. Su suave piel, a pesar de hidratarla varias veces al día, estaba cada vez más seca.

Sus cambios no solo eran externos, sus papilas gustativas se vieron alteradas, así como su apetito. Comía obligada por David, Daniel, Carolina, su madre, que acudía cada día para que no se quedara sola mientras David estaba en clase y, Jimena, que acudía a casa de su tía cuando las clases se lo permitía. No había fin de semana que no pasara a su lado mientras repasaba sus apuntes.

Sus rutinas de sueño cambiaron por completo, por las noches apenas dormía, alentada por mi madre se abrió un blog en el que contaba su día a día, volcando todas sus frustraciones, cambios, vivencias con aquella experiencia que le había tocado vivir. Las mañanas, por el contrario, las pasaba dormitando, iba de la cama al sofá y del sofá a la cama. Los días que se encontraba con más fuerza salía a pasear con su madre o subían a la terraza comunitaria, evitando siempre las horas de más incidencia solar. El café y las anécdotas de cuando Mónica era pequeña se convirtieron en la rutina al regreso de David, entre él e Inma bajo la atenta y complacida mirada de Mónica.

Aquellas charlas diarias acercaron a David e Inma, haciéndole olvidar a ella los reparos suscitados en el momento en el que sospechó la existencia de aquella relación. Mónica no había errado en sus pensamientos, si bien era cierto que sus padres nunca se hubiesen opuesto a la relación, como nunca hicieron, no entendían que saliera con un chico veinte años menor. Sin embargo, la situación vivida le había hecho reconocer a Inma que David estaba enamorado de su hija y, su hija también parecía estarlo.

Ni siquiera se le ocurrió plantear a Mónica si no le asustaba pensar, que en veinte años ella sería una señora de sesenta y David tendría cuarenta años. La experiencia que su hija estaba viviendo le hizo entender, que hay que centrarse en el ahora, porque no sabemos qué nos depara el mañana.

A finales de noviembre Mónica llevaba mejor los efectos de la quimioterapia, sus «cócteles», como ella los llamaba, ya no le provocaban los mismos estragos y dentro de todo lo malo, estaba contenta porque sus frondosas pestañas seguían en su sitio; sus cejas, por el contrario, no corrieron la misma suerte. A aquellas alturas, a pesar de ser totalmente consciente de no haber ganado la guerra, de estar solo en mitad de la batalla, también estaba totalmente segura de ganarla.

Mis padres también estaban contentos, ya estaban en la semana veinte de embarazo, todo iba a la perfección, además, el *tete* y yo acabábamos de mostrarles nuestro sexo. Y ahí, justo ahí se abrió la caja de Pandora, ni más ni menos que la pugna por elegir nuestros nombres.

No solo estaban contentos por saber que éramos un niño y una niña, sino porque ya nos hacíamos notar a base de pataditas a mi madre. Nuestro momento favorito del día era cuando mi madre se acostaba, mi padre ponía música y nos hablaba con la cabeza apoyada en la cada vez más prominente barriga de mi madre. Ahí el *tete* y yo nos disputábamos por dar la patadita más efectiva para diversión de mis padres.

En general, a pesar de la incertidumbre por Mónica, la felicidad reinaba en mi escalera. En el ático Daniel y Carolina se encontraban en una auténtica luna de miel, tras tantos años de ignorar sus sentimientos se dejaron llevar por ellos.

Y la felicidad se mostraba en todo su esplendor en el primer piso, la oscuridad reinante al principio de verano había desaparecido del todo, incluso Sara había dejado de necesitar la ayuda de la psicóloga.

28 de noviembre, 2019

Cargados con los cascos y las mochilas subieron las escaleras sin parar de reír mientras Sara contaba una anécdota de clase. Guillermo encendió la luz que se había apagado nada más llegar al primero.

—Nos vemos mañana —Con una sonrisa en los labios sin apartar la mirada de ella se despidió.

—Te recuerdo que mañana es sábado —Sonrió ella—. No sé tú, pero yo no pienso ir a clase.

—Ni yo —respondió—, pero nada impide que nos veamos.

—No… —susurró. El corazón le latía desbocado por la cercanía del rostro de Guillermo.

Cada vez estaban más cerca, ninguno apartó la mirada del otro al tiempo que sus bocas se acercaron y besaron cálidamente, casi con vergüenza.

—Te veo en la terraza en una hora, pido una pizza y cenamos arriba, ¿Te apetece?

—Sí… —musitó. El cuerpo le temblaba por la emoción, por las sensaciones despertadas por Guillermo.

Guillermo se percató del nerviosismo de Sara, la tomó de la mano.

—Sara, no te veas obligada, si te sientes incómoda, si es muy pronto, te da miedo o, simplemente, no te apetece…

—No, no… —Lo interrumpió—. No es nada de eso, te lo prometo. ¿Cómo me vas a dar miedo? —Lo miró a los ojos— Es un nerviosismo agradable.

—Me alegro —Volvió a rozar los labios con los de ella—. En una hora, no tardes.

—No tardaré, te lo prometo —sonrió. Abrió la puerta y se agachó para coger a Merlín, que intentaba realizar una de sus escapadas.

Con una traviesa sonrisa en los labios, Daniel se detuvo en las escaleras, esperó a que Sara entrara en casa y su hijo subiera, no había querido interrumpir al intuir lo que estaba sucediendo entre ellos.

—Buenas noches —saludó a su hijo sorprendiéndolo, pues, no había escuchado sus pasos—. ¿Llegas ahora de clase?

—Bueno, de la biblioteca. ¿Llegas ahora de trabajar? —Extrañado observó el deportivo atuendo de su padre, así como las gotitas de sudor en su frente.

—No, llegué hace una hora, vengo de correr, necesitaba despejar la cabeza.

—¿Un mal día? —Dejó el casco, las llaves y la mochila junto a la puerta.

—Una semana demencial, ¿la tuya?

—Entretenidita.

—Ya… —sonrió con sorna.

—¡Hey, hola, ya estáis aquí! —Carolina se acercó y besó a su hijo.

—¿Y para mí? —La miró Daniel provocador.

—Cuando te duches —Con cara de burla comentó—, te advierto que yo ya cogí turno.

—Ves, esa es tu madre, así de encantadora ha sido conmigo toda la vida —Agarró por la cintura a Carolina para besarla—. Carol —Le guiñó un ojo—, creo que hoy podríamos hacer sesión familiar. Cenita y película, toda la semana he llegado tarde y estaría bien, ¿no te apetece?

—Como tú quieras—respondió sin saber muy bien qué se traía entre manos.

—Eh, yo no puedo…

—¿Vas a salir? —A Daniel le costaba mantenerse serio.

Guillermo miró a su padre, no le pasó desapercibida su risueña mirada, sus ojos se le achicaban cuando se aguantaba la risa.

—¿Estabas espiándonos? —Con cara de asombro dijo Guillermo— ¡No me lo puedo creer!

—Eso lo dice el que entra sin llamar a las habitaciones.

—Eh, no lo hice adrede —Se quejó—. Tampoco vi nada y, menos mal, hay cosas que un hijo prefiere no ver.

—Me estoy perdiendo —interrumpió Carolina—. ¿Qué es lo que no sé?

—Tu hijo tiene cenita romántica en la terraza, supongo que no necesitas que te diga con quién.

—No —sonrió Carolina—. Me encanta Sara —Besó a su hijo—. Escúchame, no seas como tu padre, las cosas claritas.

—¡Oye! —Daniel volvió a sujetarla por la cintura— ¿Cómo que tu padre, bonita, y tú?

—Yo, mejor me voy y os dejo con vuestras discusiones amorosas, me largo a la ducha —sonrió al ver a sus padres buscarse las cosquillas, le encantaba verlos así—. No hagáis mucho ruido en la ducha o esperad a que me vaya. —Bromeó al ver a sus padres enredados en un beso.

Daniel no se lo pensó dos veces, en un rápido movimiento sin soltarse de Carolina, cogió un cojín del sofá y se lo lanzó a su hijo, recibiéndolo de vuelta.

Sara saludó al repartidor con el que se topó al salir de casa. Cerró la puerta, no sin antes comprobar que Merlín no había salido y, tras tomar un par de bocanadas de aire con intención de calmar su nerviosismo subió las escaleras. Al llegar al segundo mi vecina se detuvo, sonrió al escuchar los falsos quejidos de Antoine por la música con la que mi madre amenizaba la preparación de la cena. No se equivocó al imaginar a mi madre bailando al ritmo de la música y obligando a mi padre a seguir el compás.

Su sonrisa se amplió al escuchar las risas de David y Mónica, tenía cierta predilección por aquella pareja, le tenía un cariño muy especial a David y admiraba a Mónica, mucho más ahora

al dar una lección de fortaleza con todo lo que le estaba tocando vivir.

Sara escuchó cerrarse la puerta del ático y los atropellados pasos de Guillermo subiendo las escaleras hacia la terraza vecinal. Se detuvo en su camino, necesitaba tomar aire una vez más, estaba nerviosa por aquel encuentro. Sabía que era absurdo, llevaba cinco meses saliendo cada día con Guillermo, en el verano no habían pasado ni un solo día separados y ahora siempre iban y regresaban juntos de clase, comiendo juntos en el comedor de la universidad la mayoría de los días.

La luz de la escalera se apagó, no la encendió, la luz de la luna se colaba por las ventanas de la escalera. Subió un piso más, tampoco pudo evitar detenerse junto a la puerta al escuchar las risas de Carolina, intuyendo que lo hacía de Daniel que cantaba algo en italiano, reconoció la voz de Eros Ramazzotti bajo la de Daniel.

Subió el último tramo de escalera, el aire fresco de la noche se colaba por la puerta abierta. Sara salió a la terraza y cerró la puerta a su paso. Guillermo se giró al escuchar el suave portazo, se sonrieron con timidez. Los nervios no solo eran cosa de mi vecina, él estaba igual de nervioso.

—Hola —saludó Sara tras tragar la saliva acumulada en la boca—, me he cruzado con el repartidor —comentó por decir algo—. Acabo de oír a tu padre imitando a Eros Ramazzotti y a tu madre muerta de la risa, me parecen una pareja increíble.

—Mi padre odia a Ramazzotti y mi madre lo adora —comentó risueño—. A saber, qué andan haciendo —bromeó con un guiño acercándose a ella.

—Imagino que, más o menos, lo mismo que el resto de los vecinos, salvo mis padres que no están en casa —sonrió—, llegaban voces de alegría y risas a la escalera.

—Será el viernes —comentó a un palmo de su cara.

—Será… —Sus ojos brillaban de emoción—. Y mis pobres padres trabajando.

Sara cerró los ojos para disfrutar de la calidez del beso de Guillermo. Al abrirlos se encontró con su profunda mirada clavada en la suya, se sonrieron y al unísono sus labios volvieron a acercarse. Esta vez no fue un suave y corto beso, sus labios se entreabrieron para dar paso a la lengua del otro, perdiéndose en un largo y pasional beso. Largos fueron los minutos en los que permanecieron de pie en medio de la terraza saboreándose mutuamente con los dedos entrelazados.

—Me gustan más tus besos —murmuró Guillermo volviéndola a besar—, pero si no cenamos ya, nos comeremos la pizza helada. —La besó nuevamente.

—¿No se enfriaba la pizza? —Sonrió sin soltarse de él.

—Casi que me da igual —respondió antes de volver a besarla—. Así dice Sabina que «lo malo de los besos es que crean adicción».

—No es una mala adicción. —murmuró entre beso y beso.

—Menos aún si son tuyos.

Capítulo 29

Como quien no quiere la cosa, los días siguieron corriendo, en nuestra maravillosa burbuja el *tete* y yo hemos escuchado a papá y mamá decir muchas veces que el tiempo vuela; nosotros no estamos nada de acuerdo con tal afirmación. Tal vez, nuestra percepción esté condicionada porque aquí dentro poco tenemos que hacer y eso que nos hemos descubierto la lengua. Nos pasamos las horas sacándola y moviéndola a un lado y al otro, es súper divertido.

A papá también le hemos escuchado decir que tenemos el tamaño de un brócoli, mi padre está todo el día buscando cosas sobre bebés, nosotros nos estamos enterando de lo que supuestamente hacemos o de cómo somos por él. El problema es que muchas veces no sabemos de lo que habla, por ejemplo, ni el *tete*, ni yo hemos visto un brócoli en nuestra vida, así que no sabemos si es cierto. Por cierto, lo que no me he atrevido a decirle al *tete* es que ha salido defectuoso, sí como lo leéis, mi pobre hermano tiene un pequeño problema, le ha salido un pequeño bultito entre las piernas, no sé, es como si fuera un dedito mal colocado. Pobre, yo no me atrevo a decírselo, aunque imagino que él se habrá dado cuenta que yo no tengo ese error de fábrica en mi cuerpo. Yo no le voy a decir nada, aquí aún nos quedan muchos días a solas, ya se lo dirán mis padres; imagino que ellos sabrán cómo decírselo.

Vuelvo al tema brócoli, esta semana mi padre dice que somos dos pequeños brócolis de esos, y a nosotros no nos ha hecho ninguna gracia. No sabemos si es bonito o feo, pero sí sabemos que no nos ha gustado su sabor, mi madre estuvo comiendo y nos pareció ¡muy soso! Eso no tiene ni pizca de gracia, no como el delicioso chocolate, ese que mi madre tanto evita, pero, en cualquier caso, preferimos las naranjas que son muy dulcecitas y sabrosas.

Por cierto, ¿a quién se le ocurrió compararnos con frutas y verduras? ¡No quiero ser un brócoli de esos! Y papá no para de acariciar la barriga de mamá y llamarnos así, ya podrían elegir nuestros nombres y llamarnos con propiedad. ¿A qué esperan? Solo faltan quince semanas para que mi madre salga de cuentas y, Daniel le ha dicho que, siendo primeriza y parto gemelar, podría adelantarse nuestro nacimiento.

Quien también sale de cuentas es el año, estamos a menos de veinticuatro horas de despedirnos de él y dar la bienvenida al 2020. Uff…Pobres infelices, mis vecinos andan emocionados con la llegada del nuevo año, no pueden imaginar lo que les viene…

31 de diciembre, 2019

Dejó el portátil sobre el sofá, pasaba de las tres de la mañana, cualquiera de los cientos de lectoras, que en el último mes se habían suscrito a su blog, sabía que Mónica estaba activa a aquellas horas. Ninguna de ellas se sorprendía de la tardía hora en la que mi vecina se dedicaba a contestar mensajes y a postear sobre todo lo que le estaba ocurriendo en las últimas semanas, ellas también padecían de insomnio y eran víctimas de la hiperactividad nocturna y, el letargo diurno.

El proceso de la quimioterapia se había hecho más llevadero gracias a todos los que la rodeaban, que la colmaban de cariño y comprensión en sus momentos de bajón, especialmente, David, y gracias a la empatía de aquellos cientos de mujeres que, como ella, se encontraban en medio del mismo proceso. Unas, como ella, estaban a nada de ser operadas tras haber recibido la quimio y saber que, afortunadamente, el odioso bicho, que se había instalado en su mama

derecha, había disminuido de tamaño y la mastectomía no era necesaria.

A ella, como a cualquier mujer, le aterraba la idea de perder una parte de su identidad, de su feminidad. Sí, su médico le había dicho que, en el caso de ser necesario realizar mastectomía, el cirujano plástico entraría en escena y saldría ya «recauchutada» de quirófano, pero le asustaba. Le aterraba la idea, no quería ni imaginar cómo sería el momento de enfrentarse al espejo, su rosa se vería desvanecida frente a la cicatriz.

A mi vecina no le había asustado perder el pelo, tal vez, por la revolución promovida por Carolina, que días antes de saber que el momento temido se acercaba dijo que se raparía su rubia melena y, todos los vecinos se sumaron a aquella loca y empática idea, incluso Jimena se sumó sin pensárselo; Mónica era su tía favorita y hubiese dado parte de su vida solo por hacerla sentir mejor. El asunto es que Mónica no escondió su falta de pelo, lucía su cabeza con orgullo, cierto es que mi vecina es muy guapa e, incluso, sin su larga y ondulada melena negra lo es. Sin embargo, le aterraba no volver a ser la misma, a sentir pudor ante el espejo o ante David.

Lo cierto es que aquel blog se había convertido en la mejor de sus terapias, volcaba sus miedos, sus dolores, temores, incertidumbres, sus dudas. Allí confesó su total ignorancia al creerse inmune frente al temido cáncer, porque nadie en su familia lo había padecido. Hablaba de la importancia de autoexplorarse regularmente para pillar al dichoso bicho a tiempo. De lo caro que salía ser enfermo, las cremas precisas posquímio, las pelucas para quien las usaba, los sujetadores especiales y, lo importante que era encontrarse arropado. Sí, mi vecina descubrió y aceptó que, ser una mujer independiente y empoderada, no es incompatible con necesitar el calor, el cariño y la ayuda de los demás.

Acariciada por la inconfundible voz de Nina Simone Mónica se levantó, estiró su entumecido cuerpo y caminó hacia la abierta ventana. Se apoyó en la negra barandilla de hierro forjado y contempló las encendidas luces navideñas. Aquella siempre había sido una de sus fiestas favoritas, especialmente, cuando empezó a tener sobrinos y, como consecuencia, comenzó a verlas a través de los ojos de ellos.

Sonrió al recordar los paseos de la mano de un pequeño Guillermo por el centro de la ciudad en busca de luces, árboles, escaparates colmados de juguetes, o de un buzón donde dejar las cartas a Papá Noel y los Reyes Magos. Adoraba a sus tres sobrinos, pronto cuatro, pero Guillermo era mucho más que un sobrino y, ella sabía que ella era mucho más que su tía. Por eso, aceptó casi sin rechistar cuando su sobrino le dijo que él y Sara irían a recoger a David al aeropuerto, ahora agradecía no haber insistido en ir porque el vuelo había llegado con un par de horas de retraso y, no hubiese soportado las horas de espera.

Guillermo vio la silueta de su tía en la ventana, le picó las luces a modo de saludo, se detuvo en medio de la desierta calle para que el recién llegado se bajara y corriera a sus brazos. Mónica sonrió al verlo bajar del coche con su pequeña maleta. Parado en medio de la calle David, que obligado por ella se había ido a pasar las fiestas con sus padres, le dedicó la mejor de sus sonrisas; ella le regaló la suya de manera automática.

Mónica cerró las ventanas y contraventanas de madera antes de ir a abrir la puerta, puerta que David abría cuando ella llegaba.

—Buenas noches, doctora Alberola —Soltó su pequeña maleta y la estrechó entre sus brazos—. ¿No cree usted que debiera estar durmiendo?

—¿Y quedarme sin tu abrazo?

—Mmm… Eso significa, doctora Alberola, que me ha echado un poquito de menos.

—Te odio… —Con la frente apoyada en la de él murmuró.

—¿Me odia, doctora Alberola? —La empujó dentro de la casa y cerró la puerta con suavidad

con un ligero golpe de talón.

—Sí, por hacer que te eche de menos cuando no estás.

—Mmm… Los dioses te han castigado para que conocieras mi calvario.

—¿Calvario? —Sus brazos rodearon su cuello y lo miró a los ojos. —Poco calvario sufriste tú, me ganaste desde el minuto uno.

—Pero me ignorabas —La besó con una medio sonrisa en los labios— hasta aquella noche en la que creí llegar al paraíso cuando caminando por este mismo pasillo me dijiste…

—Mi tablero, mis normas… —murmuró ella ya dentro de su boca—. En diez días me operan…

—Genial, el 2020 nos traerá el final de esta tortura.

—Ojalá así sea —Saboreó sus labios—. No será tan rápido, igual después toca radioterapia.

—Doctora Alberola, estoy seguro que en unos meses estará de regreso en las aulas, enamorando con su mera existencia a pobres e infelices alumnos…

Bien temprano comenzó el movimiento aquella última mañana del 2019. Años hacía que Ana y Juan se convertían en los anfitriones de la última cena del año. Año tras año mi madre, Mónica, Carolina, Guillermo compartían mesa, mantel y cotillón con Sara y sus padres. La terraza comunitaria se convertía en el mejor de los lugares para salir de un año y entrar en el ilusionante año nuevo. Aquella noche la mesa había sufrido una ampliación, tres nuevos comensales se sumaban a la particular fiesta de fin de año del número nueve de la avenida Felicidad. Antoine, David y Daniel se incorporaban por primera vez a aquella cena especial, a la que era obligatorio acudir de punta en blanco. Norma, como casi todas las relacionadas con aquella noche, impuesta por mi madre. Los vaqueros, las zapatillas y, cualquier otra prenda deportiva estaban totalmente prohibidos.

Todos, sin excepción, tenían una misión que cumplir para convertir la cena en una velada perfecta para dar por finiquitado el año y dar la mejor de las bienvenidas al nuevo año. Por eso, aquella mañana se escuchaban los pasos acelerados de todos, subiendo y bajando a la terraza,

donde la larga mesa había sido instalada bajo el senador decorado con largos hilos de diminutas lucecitas blancas.

—Dani, ¿dónde están las uvas? —Con la cabeza metida en la nevera preguntó Carolina.

—¿Las uvas? ¿Tenía que comprar las uvas?

—¡Daniel! ¿Quieres que nos maten? —Cerró la puerta de la nevera, lo miró seria, intentaba averiguar si bromeaba— ¿En serio has olvidado las uvas?

Daniel aseveró con un levantamiento de hombros.

—Ya vuelvo al supermercado. —respondió poniéndose en marcha.

—Déjalo, ayuda a Juan a montar lo que falta, voy yo. Total, ya está todo hecho y este año me libro de ir a la peluquería. —Se pasó la mano por su cortísimo pelo.

—Estás guapísima —sonrió Daniel, se acercó a ella y la besó—. ¿Te he dicho lo mucho que te agradezco que nos movilizaras a todos por mi hermana?

—Solo un millón de veces, las mismas que te he dicho no necesitar tu agradecimiento. Sabes lo importante que tu familia es para mí y, en especial, Mónica.

—Mi familia no, nuestra familia… —murmuró antes de besarla—, no lo olvides.

—¡Papá, mamá! ¿Otra vez? *Joder*, mira que sois *pastelosos* —bromeó Guillermo que recién llegaba con Jimena.

—¡Envidioso! —clamó Daniel bajo los divertidos ojos de la recién llegada — ¡Hola, sobrina! —saludó a una sonriente Jimena que cargaba con su pequeña bolsa de viaje.

Jimena era la única asistente, no habitante del número nueve, a la cena. Siete años, los mismos que los Segura González hacía que celebraban aquella cena, llevaba acudiendo a ella. La primera vez porque sus padres salían de viaje, luego se convirtió en una más, pues, de pequeña muchas horas había pasado en aquella casa jugando con Sara, su primo e, incluso, David antes de su partida a Bruselas.

—Jimena, la habitación está preparada —Le dio un par de besos—. Ahora vengo. Tú —señaló a Daniel—, pregúntale a Juan si falta algo y me llamas.

—Mira que eres mandona.

—Ni rechistes, no fui yo quien olvidó las uvas.

—¿Olvidaste las uvas? ¿Quieres que Vivi nos mate? —intervino Guillermo.

—¿Vivi? Si Vivi es mexicana y esta tradición es nuestra.

—Ja —dijo Jimena—, ella es la que más en serio se toma esto. Hace dos años me llevó de las orejas a su casa para que me pusiera unas bragas rojas.

—¿Pero eso se sigue usando? Creí que era cosa del pasado.

—Alguien se lo contó, a ella le gustó, e impuso la norma —explicó una sonriente Jimena.

—La mexicana está como una regadera, pero yo paso de calzoncillos rojos. Y no tengo.

—No te preocupes, te compré unos —Con cara de burla intervino Carolina.

—No pienso ponerme eso —dijo al ver el bóxer que Carolina le enseñaba—. Daña a la vista.

—Papá, te advierto que nos revisa —Rio Guillermo.

—Soy su médico no se atreverá.

La risa fue generalizada con el comentario de Daniel.

—Tío, créeme, sí se atreverá.

—Hala, os dejo, voy a por las uvas —dijo Carolina antes de acercarse a Daniel y murmurarle al oído—. No te preocupes, te lo quitaré con los ojos cerrados.

Tal y como imaginó, el supermercado estaba lleno de gente que hacía compras de última hora. Las estanterías de cavas, vinos y licores parecían haber sido arrasadas, lo curioso es que, en menos de tres meses, las estanterías arrasadas serían las del papel higiénico, pero, en aquel momento nadie sabía que eso llegaría a ocurrir. Carolina empezó a temer no encontrar uvas y, tener que correr por una caótica ciudad, abarrotada de tráfico, en busca de la emblemática fruta de la suerte. Por supuesto, descartaba toda posibilidad de optar por las uvas enlatadas.

—Salvada —dijo al ver el par de racimos que quedaba en la vacía cesta.

Sergio se quedó de piedra al verla correr hacia las uvas, no por encontrársela, tenía superado el no haber podido llegar a nada con ella, pero su pelo le hizo presagiar lo peor. En aquel momento quiso cantarle las cuarenta a su hijo por no haberle dicho nada, una cosa es que no le hablara de Carolina por miedo a hacerle daño, otra bien distinta ocultarle algo tan serio.

—¿Carolina?

—Hola —Se giró con su preciado tesoro en las manos. Aquellas uvas sí que eran un tesoro y no el célebre anillo de Golum. Carolina sonrió al ver los ojos de estupor de Sergio.—. No te asustes. —Se pasó los dedos por la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí —Se acercó y dio un par de besos en las mejillas—. Es un acto de solidaridad con Mónica.

—Me alegro —La sonrisa regresó a sus labios— por ti, lo siento por ella.

—Imagino.

—Te queda bien.

—Gracias, la ventaja es que hoy no tuve que pasar por la peluquería, aún dudo si melena suelta o recogido.

—Veo que como yo olvidaste las uvas. Ahora me has dejado sin ellas. —Amplió la sonrisa.

—No fui yo la despistada. Cuéntame, ¿cómo estás? Hacía mucho que no nos veíamos, desde…

—Desde nuestra última salida.

—Sí, bueno, eso por descontado, pero eso pudo haber sido hace dos meses, dos semanas, dos días o dos horas… —Le enseñó la lengua.

—Sami tiene razón —rio—. No miente cuando dice que eres muy tiquismiquis, que siempre hilas muy fino —Carolina rio, sus alumnos no eran los únicos que la calificaban de aquella manera y, ella sabía que era cierto—. Sí, hacía mucho que no nos veíamos, pero sé que vuelves a ser la tutora de Sami.

—Sí, te perdiste la reunión de principio de curso.

—Sí, ya sabes que tengo un problema con las profesoras y, especialmente, con las tutoras de mis hijos. —Le guiñó un ojo.

—Conocí a Maribel, es encantadora.

—Sí, siempre me rodeo de mujeres encantadoras, pero… —Levantó los hombros— siempre la cago.

—Conmigo no la cagaste —sonrió Carolina—. ¿Cenas con tus hijos?

—No, Helena está en Londres con el novio. Sami y Marcos con Maribel e Iván en Cullera. Pasaron la Navidad conmigo.

—¿Con quién cenas?

—En casa.

—No te he preguntado en dónde sino con quién.

—Ya ha vuelto a salir la tiquismiquis que llevas dentro.

—Sergio, ¿con quién?

—Conmigo mismo —sonrió—. Todo el mundo tenía planes, Maribel intentó convencerme para que fuese a casa de sus padres.

—¿Por qué no vas?

—No me apetece. La casa de sus padres es grande, pero también van sus hermanos, sus sobrinos, aunque ella e Iván se queden en casa de los padres de Iván, no hay espacio y, no me apetece. Por muy bien que me lleve con ellos, es raro.

—Ven a casa.

—¿A tu casa? ¿Qué pinto yo en tu casa?

—No es a mi casa exactamente. Juan y Ana se encargan de la cena, nos juntamos en la terraza vecinal.

—Carolina, no pinto nada allí.

—Escúchame atentamente. Si a las diez no estás en mi casa me obligarás a llegar tarde a la cena, pero...—Hizo una dramática parada, lo miró fijamente mientras lo apuntaba con un dedo. — te juro que iré a buscarte a tu casa.

—Carolina…

—¿No te ha dicho Samuel que consigo todo lo que quiero y, que nunca amenazo con algo que no voy a cumplir? —Le dedicó la mejor de sus sonrisas—. Sergio, a las diez en mi casa y, por cierto, lleva ropa interior roja.

—¿Estás de coña?

—No, te advierto que Vivi hace comprobación, así que no le des un disgusto. Está embarazada de gemelos y, te aseguro que el embarazo no la ha vuelto más sensata.

—¿Estás segura que quieres que vaya?

—¿Te lo hubiese propuesto de no ser así?

—¿Y Daniel?

—Allí estará. —respondió sonriente.

—¿Y no le molestará?

—No, no hay ningún motivo para ello. Ya sabes a las diez en casa.
—¿Qué llevo?
—Nada.
—No, por ahí no paso. No pudo ir con las manos vacías.

Daniel la observó vestirse, Carolina le sonrió a través del espejo, vio su irónica sonrisa en los labios. Carolina se giró, lo miró a los ojos, sabía perfectamente el motivo de su sonrisa.
—Daniel…
—Carol… —Con cara de burla contestó sin dejar de abrocharse la camisa.
—¿Vas a mantener esa sonrisita irónica toda la noche?
—¿Yo?
—Sí, tú… —Caminó hacia él. Apoyó las palmas de las manos en su pecho—. Sé que tenía que habértelo consultado antes de invitarlo, pero no podía permitir que pasara solo el último día del año.
—No, si me parece muy bien. Yo hubiese hecho lo mismo...
—Tú, ya lo hiciste —Lo acusó con cara de burla, le dio un par de golpecitos con el dedo en el pecho.
—Yo, jamás he traído a una exnovia o una novia.
—¿No? ¿Y tu amiguita francesa qué etiqueta tenía?
—¿Mi amiga francesa? —Con cara de sorpresa preguntó— ¿De quién hablas? —se interesó. De pronto su rostro se iluminó— Espera, ¿hablas de Collette?
—No lo sé, no recuerdo su nombre. Poco habló conmigo, me miraba por encima del hombro mientras se paseaba en bragas por la terraza.
—Tú te paseas en bragas por la terraza. —Daniel no pudo contener las carcajadas.
—Perdona, ni se te ocurra comparar.
—Jamás osaría a ello.
—No te rías, Daniel, yo estoy en mi casa y, no voy en bragas.

—Jamás te he visto con pantalón de pijama, ni quiero —La agarró por la cintura—. Tú eras más su tipo —Le susurró al oído—, de hecho, me dijo que entendía que me gustaras.

Carolina lo miró sorprendida, para nada esperaba aquella respuesta. Siempre había pensado que aquella cooperante francesa y Daniel habían estado liados.

—Sí, no me mires así.

—Pero…Pero…Tú dijiste…

—¿Qué dije? ¿Qué era compañera y una buena amiga?

—Se quedaba en tu cama… contigo.

—*Joder*, Carol, no tenía otra cama para ella y, no me pareció bien decirte que se quedara en la habitación del niño. Así que estabas celosa… —La acercó a él—. ¿Lo de invitar a Sergio ha sido por lo de Collette?

—¡Nooo!

—¿No qué? —Le daba pequeños besos en los labios.

—Que no fue por eso, además, nunca fuimos novios.

—Así que estabas celosa. —Siguió besándola.

—No…Tampoco es eso…

—Carol… —dijo sin dejar de besarla—. Reconócelo…

—Así que yo era su tipo —respondió acariciando su cabeza—, de haberlo sabido…

—¿Qué? —La miró con cara de burla.

—Te hubiese confesado mis sentimientos, tal y como tenía pensado hacer antes de aparecer con tu amiguita —Entrecerró los ojos, lo miró desafiante—. ¡Dios, si yo os vi besaros!

—Quería darte celos —rio—. Y lo conseguí —No podía parar de reír—, pero me entero ahora.

—Eres idiota —Sin poder parar de reír intervino ella, tiró del cuello de su camisa, lo empujó hacia la cama, Daniel se sentó y ella sobre él—. Sergio solo es un amigo.

—Con el que te acostabas —La miró con cara de burla.

—¡Daniel!

—¡Carol! —rio— ¿Acaso miento?

—No, no mientes, pero eso es lo menos importante ahora.

—Ya lo sé, Carol —La rodeó con los brazos por la cintura—. Me parece muy bien que lo hayas invitado.

—Así que yo era el tipo de tu amiguita… —Colgó los brazos alrededor de su cuello.

—Mi amiguita… —sonrió sarcástico— No tenía, ni tiene —puntualizó —tipo. Le gustáis todas.

—¿Quieres quitarme méritos? —Lo miró risueña.

—No seas presuntuosa —rio—. Hubieses sido capaz de liarte con ella para tocarme las narices.

—¡Serás idiota! ¿Cuándo hice yo eso? —Apoyó la frente en la suya— Nunca jamás hice tal cosa, es más, siempre fui de lo más discreta con mis relaciones. Tu hijo no podrá nombrarte a nadie antes de Sergio.

—¿Cuántos?

—¿Esa pregunta es en serio?

Unos ligeros golpes de nudillos sonaron en la puerta.

—Pasa…—dijo Daniel.

—¿Interrumpo? —Con cara de burla preguntó Guillermo al ver a su madre sentada sobre su padre—. Subo con Jimena, os dejamos solitos, avisad si no hemos de esperaros para cenar.

—Dios, sois los dos iguales. No tenía suficiente con el hijo, que tuve que liarme con el padre.

—¿Cómo que has tenido que liarte con el padre?

—Me largo —rio Guillermo cerrando la puerta a su paso.

—¿Liado con el padre? —Con cara de burla preguntó, la retuvo al ver su intento de fuga —Ni se te ocurra marcharte ahora.

—Dani —sonrió—, es muy fácil picarte, cariño —Lo besó—. Y ahora se acabó la cháchara, no sé ni la hora que es. —Se levantó.

—¿No me lo vas a decir? —La sostuvo por la muñeca.

—No tengo ni idea —sonrió—, no llevo un listado. ¿Sabes cuántos años han pasado desde nuestra famosa salida?

—Veintidós. ¿A novio por año? —Una pícara sonrisa asomó en sus labios.

—No, he de confesarte que, absurdamente, durante años creí que algo entre nosotros era posible, a pesar de tus múltiples amiguitas —Entrecerró los ojos—, pero…Eso no implica que no tuviera mis líos —Entrecomilló con los dedos—, pero no te los pasaba por las narices. Puedo asegurarte que Sergio ha sido mi relación más seria, de no haber sido por tu aparición, muy probablemente estaríamos juntos, pero eso ya lo sabías —Lo acusó con el dedo—. Ahora puedes decirme a qué viene esa pregunta.

—Curiosidad y, porque me encanta la arruga que se te hace en el entrecejo cuando te enfurruñas —La abrazó por la cintura—. Me da igual el número, lo único que me importa es ser yo el que cierra la lista.

—Te odio, me dices esas cosas y me entran ganas de dar plantón a todos y quedarme contigo en esta habitación —Lo besó—, en esta cama…

—¿Quién nos lo impide? No se me ocurre mejor cierre e inicio de año —Sus dedos se deslizaron por su espalda hasta encontrar la cremallera, la bajó despacio sin dejar de besarla al tiempo que ella desabrochaba los botones de su camisa.

La música y las voces bajaban por las escaleras, sin embargo, todos dejaron sus conversaciones al entrar Daniel en la terraza, mi vecino sonrió al ver las sonrisas socarronas de

todos los presentes, le dedicó una mirada a su hijo al intuir lo que había contado. Cierto era que no se había equivocado en lo acontecido en el dormitorio de sus padres, salvo que habían sido interrumpidos por la llamada de Sergio, que tras llamar varias veces al portero automático y, no recibir respuesta, optó por telefonear a Carolina. Justo la entrada de Sergio junto a Carolina transformó las sonrisas por un gesto de sorpresa en el rostro de todos los presentes, salvo en el de los «anfitriones» a los que Carolina había avisado de su presencia. Algo que si hubiesen sido un tanto perspicaces hubiesen sabido, pues, la mesa había sido dispuesta para doce y no once, como todos creían ser.

Ana, haciendo gala de su rol de anfitriona, fue la primera en acercarse al recién llegado para darle un par de besos, un cálido abrazo, felicitarle las fiestas y preguntarle por el más pequeño de sus hijos, quien la había enamorado el día que habían comido juntos.

Si bien su presencia había provocado sorpresa, la de él no fue menor al ver las cabezas rapadas de todos los allí presentes. Minutos atrás no le había sorprendido la de Daniel cuando lo recibió en la puerta, imaginó que su gesto había sido el mismo que el de Carolina, pero no se le pasó por la cabeza que todos los habitantes del número nueve de la avenida Felicidad lucieran una calva como la de mi *tete* y mía.

—Veo que desentono en el grupo —Miró a Carolina antes de fijar su atención en el motivo de aquel look a lo *Dwayne Johnson*—. Si me hubieses avisado, me hubiera afeitado la cabeza —Le guiñó un ojo a Mónica tras dirigirse a Carolina.

—¡Ni se te ocurra! —Saltó Mónica— No cometas la misma *gilipollez* de esta panda de…

—¿Amigos? Imagino que esa es la palabra que buscas, no encuentro otra mejor, tal vez, familia, pero ya sabes lo que dicen, «los amigos son la familia que nosotros elegimos» —la interrumpió Sergio con un amplia y embaucadora sonrisa, que obligó a Mónica a ampliar la suya—. Si algo está claro es que te quieren, eso no lo puedes negar, ni que es un bonito acto. Lo curioso es que todas sigáis estando igual de guapas —Se acercó a ella para darle un par de besos y un cálido abrazo.—. No te voy a preguntar cómo estás. Una, porque no tenemos tanta confianza —Mónica volvió a ampliar su sonrisa, entendiendo que aquel hombre hubiese estado a nada de ganarle la plaza a su hermano— y, dos, supongo que estarás harta de la pregunta y, de decir, un no tan sincero «bien».

—Yo te lo agradezco, estoy aburrida de esas mentiras, que ni me creo yo, ni dudo que alguien se crea —respondió con la mejor de sus sonrisas—. No sé si me aburre más eso o, ser el centro de atención por la existente posibilidad de perder una teta —bromeó a medias, consiguiendo sus carcajadas.

—Mi hermana pasó por la misma operación hace unos años y, hoy por hoy, está muy bien.

—¿Mutilada?

—Salió con una nueva del quirófano —sonrió—. El año pasado se hizo un tatuaje, le obsesionaba la cicatriz y la pérdida del pezón —Sergio había conseguido la atención de todos los presentes con la historia de su hermana—, ahora luce un bonito tatuaje.

—¿Qué se hizo?

—Una mariposa, dice que de la más fea de las orugas surgió la más bella mariposa.

Mónica sonrió, su mirada le agradeció aquellas palabras y le dio un sincero abrazo.

—Gracias —susurró.

—De nada —respondió dándose cuenta que se habían convertido en el centro de atención. Sus ojos se posaron en Vivi, en su barriga—. Imagino que he de felicitarte.

—¿A mí, por? —respondió mi madre al tiempo que le daba un par de besos— Por Dios, Sergio, ¡qué bien hueles!

Sergio estalló en carcajadas con el comentario de mi madre, al igual que Mónica, Ana y Carolina. Mónica y Ana miraron a Carolina y asintieron con la mirada.

—Por tu embarazo —Una vez controló la risa respondió— y gracias, tú también hueles muy bien.

—¿Mi embarazo? A ver, Sergio, yo te piropeo y tú me sueltas eso, sé que me he pasado estas Navidades con el turrón, pero eso ha sido muy desagradable por tu parte.

Mónica, Ana y Carolina abrieron los ojos de par en par al escuchar la respuesta de mi madre. Sergio se quedó de piedra, creía recordar que Carolina le había dicho algo sobre la falta de sensatez de Vivi a pesar de su embarazo.

—No…No…Perdona mi error, no he querido decir eso…

—¡Vivi! —Gritó Carolina al ver la cara de Sergio, que no sabía dónde meterse— Sergio —se colgó de su brazo—, no le hagas caso a esta bruja. Embarazada no, embarazadísima de gemelos.

—Perdona Sergio —rio la aludida—, debieras haberte visto la cara —Volvió a besarlo—. Insisto hueles muy bien.

—Vuelvo a darte las gracias, aunque a saber si es verdad —sonrió—. ¿Me has invitado para convertirme en la diversión de tus amigos? —Le acarició el brazo a Carolina bajo la atenta y risueña mirada de Daniel, que le dedicó un guiño a Carolina.

—Bien sabes que no —sonrió y se aferró con fuerza a su brazo—, pero ahora sabes que no has de fiarte mucho de ellos.

—Ni de ti, estoy segura que la embarazada no revisa la ropa interior.

—Sergio —interrumpió Mónica—, puedo asegurarte que Carolina no miente. Esa loca —señaló a Vivi, que abrió los ojos de par en par —, en breve nos pone en fila para revisarnos antes de sentarnos a la mesa.

Vivi puso los ojos en blanco y simuló tapar los inexistentes oídos de su barriga.

—Ojito con lo que dices sobre mí, mis brócolis ya pueden oírte. ¿Qué pensarán de su madre?

—¡La verdad! —corearon al unísono Mónica, Carolina, Ana y Antoine que se sumaron a la conversación.

—¿Cómo puedes llamar «brócoli» a mis sobrinos? Lo mucho que me gusta la verdura y, lo insípidos que encuentro a esos pequeños arbolitos —clamó Ana.

Daniel se quedó por detrás de Ana, no sabía cómo el brócoli se había convertido en el tema de conversación.

—Cosa de Antoine, se ha bajado una aplicación y cada semana nos dice a qué es comparable el tamaño de los pequeños seres que flotan en mi interior —Se acarició la barriga.

—Oír para creer —respondió Daniel con una medio sonrisa en los labios.

—Chicos, no es por incordiar, pero hemos de empezar a cenar ya o no llegamos a las uvas —intervino Juan—. Sara y compañía —Alzó la voz para que su hija, Jimena, Guillermo y David le prestaran atención—. ¡A la mesa!

—Sergio —Daniel susurró, consiguiendo la total atención del aludido y de Carolina, que estaba a su lado.

—Dime… —respondió sin saber si había hecho algo que hubiese ofendido a Daniel.

—Gracias por tus palabras a mi hermana. Se hace la fuerte, pero está asustada, por no decir *acojonada* y ese tipo de historias la hacen más fuerte.

—No has de dármelas. Intuyo por lo que está pasando. Cris, mi hermana, estuvo bastante *jodida* y, casi no termina con su matrimonio por su absurdo miedo a no gustarle a mi cuñado. Afortunadamente, Luis le hizo ver que esa idea solo estaba en su cabeza.

—Sea como sea, gracias.

—¡A la fila! —La voz de Vivi los hizo girarse y ver la fila que se había formado frente a ella.

—Pero, ¿esto es en serio? —Daniel miró a Carolina al ver la ordenada fila.

—A la fila —Carolina le guiñó un ojo—. Ya te lo advirtió tu hijo. ¿Te los pusiste?

—Bien sabes que sí —le murmuró al oído antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja derecha.

Sergio los observó, le dedicó una sonrisa a Mónica que lo había descubierto in fraganti.

—Si no lo veo, no lo creo —Le susurró David a Mónica, abrazándola por la cintura, al ver a Vivi comprobar el color de la ropa interior de todos los presentes.

Los doce ocuparon su lugar asignado en la mesa presidida por Juan y Ana. Sergio estaba sentado entre Mónica y Antoine y frente a Carolina y Daniel. Su miedo a la posible incomodidad por cenar con la mujer, de la que meses atrás había empezado a enamorarse, y su pareja, desapareció por completo al comprobar la naturalidad con la que todos, comenzando por el propio Daniel, lo trataban.

Pronto se dio cuenta de la química desprendida por Carolina y Daniel, recordándole a su relación con Maribel, su exmujer, lamentando, una vez más, su metedura de pata y dudando de volver a tener una relación igual algún día. Sergio se sorprendió al descubrir que David y Mónica eran pareja, aunque entendió a la perfección que David se enamorara de ella, pues, le parecía una mujer increíble, más aún al escucharla bromear sobre su enfermedad.

Las horas se dieron prisa por correr. Jimena y Sara bajaron corriendo a casa de Carolina en busca de los preparados cuencos con las uvas, llegando justo cuando el carillón comenzaba a anunciar las inmediatas doce campanadas. Apresuradas y sin parar de reír, repartieron los cuencos mientras Vivi refunfuñaba por las prisas y sus risas.

—¡Menos risas! ¡De *pazazo* llegamos al 2020! —Se quejó Vivi. Nadie se atrevió a reír al ver sus centelleantes ojos color miel.

Risas, aplausos, música, cláxones de coches, petardos y un iluminado cielo con fuegos de artificio, que no podían faltar en la ciudad de la pólvora, se adueñó de la noche. Todos miraron el iluminado cielo de Valencia mientras se acercaban a los labios que recibirían su primer beso del año. Con las bocas aún llenas de uvas, las sonrisas dibujadas en sus rostros, los aplausos y las risas se tornaron en fuertes y sinceros abrazos mientras se fundían en largos besos con sabor a uva. Por eternos segundos, Sergio y Jimena se sintieron desplazados; todos, salvo ellos, estaban emparejados y saboreando los almibarados besos entre los brazos de sus parejas.

—Me alegra que hayas venido, así no soy la única desparejada —Sonrió Jimena.

—Gracias por la parte que me toca, tú has de ser Cenicienta y yo el Patito Feo —Bromeó antes de darle un par de besos en las mejillas—. Por cierto, imagino que alguna vez te lo han dicho, pero te pareces muchísimo a tu tía.

—Sí —sonrió—, me encanta que así sea.

Poco a poco todos fueron soltando a sus respectivas parejas, salvo Guillermo y Sara que, se encontraban en su propia burbuja y, por instantes olvidaron no estar solos.

—Parejita, ¿brindáis con nosotros? —Juan lanzó el corcho de la botella de cava recién abierta a su hija y Guillermo.

Los aludidos miraron a todos sorprendidos, no habían sido conscientes de su propio aislamiento. Carolina sonrió a su hijo, él en seguida acudió a sus padres para abrazarlos.

—Sin duda el 2019 ha sido un año increíble —Abrazado a sus padres comentó—. Tarde, pero el mayor de mis deseos se hizo realidad.

—¿Hablas de Sara? —Bromeó Daniel a sabiendas que su hijo no hablaba de ella.

—Mamá, ¿puedes explicarme qué viste en él?

—¿Qué quieres que te diga, Guille? —Hizo un levantamiento de hombros— La felicidad del fin de curso del primer año universitario, la euforia por el concierto de Sabina y un par de copas en el cuerpo… —bromeó para diversión de su hijo.

Daniel se cruzó de brazos con cara de ofendido, los miró alternativamente, aguantaba las ganas de reírse.

—A ver, que me entere yo bien de esto. ¿Lo ocurrido aquella noche fue por las copas y Sabina?

—Y la alegría de un primer año universitario, no lo olvides —Puntualizó con una sonrisa.

—Guille —Miró a su hijo—, hazme la misma pregunta.

—Papá, ¿qué viste en ella? —preguntó risueño.

—Simple —Clavó la mirada en la de ella—. El mundo se borra a mi alrededor cuando ella está presente.

Carolina se deshizo por completo, no podía apartar la mirada de la de él. Guillermo supo de inmediato que sus padres habían perdido cualquier conexión con el mundo que los rodeaba.

—Eres un tramposo —Susurró antes de besarlo.

—¿Por decir la verdad? —Volvió a besarla— Me guardaré el resto de los besos para luego, no me gustaría estar en su piel. —indicó a Sergio que se había alejado del grupo.

—*Mierda*, es verdad —respondió—. Voy a hablar con él, ¿te importa?

—No, por supuesto que no.

Al contrario de lo que ellos creyeron, Sergio no se había alejado para no verlos sino en busca de algo de tranquilidad para poder hablar con sus hijos. Carolina sonrió al oír su risa, dándose cuenta que hablaba por teléfono, fue a marcharse, pero él la invitó a quedarse.

—Marcos y Sami te desean feliz año —Guardó el móvil en el bolsillo de la americana—. ¿Puedes creer que ahora es cuando tu alumno me dice, «¿has visto la rapada de la profe?».

—Tarde te lo dice, ya tengo hasta pelo —Se pasó los dedos por la cabeza.

—Has de saber —Amplió su sonrisa— que me ha dicho, «sigue estando igual de buena» —Carolina soltó una carcajada—. Si se entera que te lo he contado me deja de hablar.

—Lógico y normal, pero no te preocupes, soy una tumba.

De manera natural las parejas se fueron disolviendo y se formaron dos grupos. Uno alrededor de la mesa, otro, a un lado de la terraza, formado por los cuatro asistentes más jóvenes. Las risas se apoderaron de ambos grupos, entre los cuales, de cuando en cuando, había fuga de miradas por parte de David y Mónica. Miradas, que a veces se cruzaban y sonreían, otras solo veían al otro interactuar con el resto del grupo. Sin embargo, ninguno de los dos hizo por acudir junto al otro, no lo necesitaron, se sentían bien junto a la persona que tenían a su lado.

Sin darse cuenta la oscuridad de la noche fue desapareciendo dando paso a las primeras luces del alba que anunciaron el primer amanecer del inolvidable 2020.

Año 2020

A pesar de todo la vida sigue...

Capítulo 30

Cuando un nuevo año inicia su andadura todos ponemos nuestras expectativas en tener el mejor de los años, en convertir el año entrante en nuestro gran año. Quién más, quién menos se plantea grandes o pequeños propósitos a alcanzar; seamos sinceros, en la mayoría de los casos, fracasamos de manera estrepitosa. Bueno, en este momento de la historia no era mi caso, por el momento, mi único propósito era el de nacer y ese, ya os adelanto que se cumplirá. Es más, por aquello de ser omnipresente y, saber todo lo que ocurre en esta historia, os puedo adelantar que el tete y yo naceremos el más atípico de los 19 de marzo; pero eso ya lo leeréis un poquito más adelante.

En el número 9 de la avenida Felicidad todos tenían un mismo deseo, ver a Mónica salir victoriosa de su batalla contra el cáncer. Sin embargo, en aquellos primeros días nadie hablaba de ello, aquel era un tema tabú, todos intentaban hacerle olvidar que estaba a las puertas de la operación. Operación, que podía ser el último paso tras la quimioterapia o, ser la antesala a la radioterapia.

Mónica no quería pensar en más allá de la cirugía, por muy buen horizonte que sus médicos y el propio Daniel le hubiesen dibujado, ella era mujer de creer en lo que veía y tocaba, nunca le gustó hacer castillos en el aire y, menos aún, con aquel tema. Parecía tranquila, pero no lo estaba. Y eso, también lo sabían todos los habitantes de la finca. El primero de todos, David. Semanas hacía que no dormían juntos, ella permanecía insomne por las noches, dormitaba con la llegada de las primeras luces del alba. Daniel, Carolina y Guillermo la conocían demasiado bien para no ver el terror en sus ojos, por mucho que ella sonriera y hablara de manera distendida con ellos, su mirada la traicionaba. Obviamente, Vivi y Ana no se quedaban atrás, en aquella finca todos se conocían muy bien, especialmente, las mujeres, que eran mucho más que amigas.

Una vez acabadas las vacaciones de Navidad, todos regresar a sus respectivas ocupaciones y el silencio apoderarse de la escalera, Carolina instauró la costumbre de pasar a por Mónica al regresar de trabajar, así comían juntas y hablaban de cualquier trivialidad; reían como quinceañeras leyendo y comentando la última novela de una de sus escritoras favoritas, Karen Lovecraft, y llegaron a la conclusión de que uno de los personajes masculinos, justo el que más les gustaba a ambas, estaba basado en Sergio, con quien compartía mucho más que rasgos físicos.

Mi madre estuvo totalmente de acuerdo con ellas, revelando que ella tomaba características de sus conocidos, confesando que ellas mismas le habían dado forma a algún que otro personaje; dejándolas intrigadas porque no les dijo cuáles eran y, claro, decidieron volver a leerse los libros de mi madre para intentar reconocerse entre sus páginas. Lectura a la que se sumó Ana al enterarse que ella también había sido una de sus musas, a las tres les encantaba la creación literaria de mi madre, así que aquella relectura grupal fue todo un placer.

Mónica pasaba las silenciosas mañanas leyendo, escribiendo y comentando en su blog, el cual para su sorpresa tenía una aceptación asombrosa. Muchas eran las veces que se encontraba ociosa, sabía que al otro lado de la pared se encontraba Vivi, pero no osaba interrumpirla. Por mucho que mi madre le dijera que no dudara en llamarla, Mónica sabía que, en unas trece semanas la vida cambiaría por completo para su vecina de enfrente, que dejaría de contar con el tiempo, la tranquilidad y el silencio necesarios para escribir.

Escribir, más bien no poder hacerlo, era el gran terror de mi madre. No imaginaba su vida sin estar creando historias, desde bien pequeña la escritura se convirtió en su pasatiempo favorito.

Ella no jugaba a las muñecas, ella les inventaba historias, creaba una vida para ellas. Gran parte de la adolescencia la pasó encerrada en su cuarto con un bolígrafo y un cuaderno, escribiendo mil y una fantasías.

Mi madre siempre dijo que quería ser escritora, que quería dedicarse a crear historias y alegrar la vida de quién las leyera. Sin embargo, mis abuelos, Luz María y Rogelio, no veían en la escritura, por mucho que creyesen en el talento de la mayor de sus cinco hijos, una manera real de ganarse la vida, así que la obligaron a estudiar una carrera universitaria.

Para hacerlos felices y, porque nunca imaginó que se convertiría en una escritora de reconocida fama mundial, mi madre estudió Psicología; lo cual asombró a familiares y amigos. Todos la imaginaron adentrándose en el mundo de la Lengua y Literatura, pero ella quería tener las herramientas para conocer la psique de sus futuros personajes.

No os lo creeréis, pero mi madre realiza verdaderos estudios sobre cada uno de sus personajes. Ahora que lo pienso, eso ya lo sabéis, pues, gracias a intentar conocer la manera de actuar de uno conoció a mi padre…

8 de enero, 2020

En el 2ºA el sonido de las teclas parecía llevar el acelerado compás de la música, horas llevaba Vivi sentada frente al ordenador, necesitaba terminar la novela antes de ponerse de parto, le aterraba la idea de no escribir «Fin» antes de nosotros llamar a la puerta.

—Ocho de enero, estamos a ocho de enero… —Con los ojos clavados en el lateral derecho de la pantalla del ordenador murmuró.

La sangre le bombeó con fuerza, su cerebro comenzó a hacer cálculos. En tres días cumplía veintisiete semanas de embarazo, poco quedaba para entrar en el tercer trimestre de embarazo. Vivi tomó aire, el corazón comenzó a latirle de manera exagerada al ser consciente que ya había transcurrido más de la mitad del embarazo. Se asustó, no fue la entrada en pánico de cuando descubrió que «algo» crecía en su interior, ni tan siquiera como el momento en el que Daniel, con todo el tacto del mundo, anunció que éramos dos. Mi madre se asustó al darse cuenta que no había preparado nada.

Veía nuestro nacimiento como algo lejano, diría que incluso llegó a pensar que nuestra llegada sería como la publicación de cualquiera de sus novelas, algo que ella podría controlar, salvo que, en vez de su agente y su editora, estaba Daniel e Inés, la matrona. Cada vez que mi padre le proponía salir a mirar cunas, carritos de bebé, ropa y demás, ella encontraba excusas. Diría que, por un lado, le asustaba y, por otro, veía nuestra llegada al mundo como algo lejano y ajeno a ella.

Semanas llevaba mi padre intentando hacerle ver la necesidad de restructurar la casa. De hecho, mi padre había comprado finalmente la parte proporcional del piso que tenía a medias con Isabel, porque sabía que con el piso de mi madre no contaban con el espacio suficiente para dos adultos y dos bebés. Mi madre no quería mudarse al primer piso, aquel contaba con una habitación más, mi padre le dijo que no era esa su idea, sino hablar con Ismael para estudiar la posibilidad de unificar las dos viviendas.

Mi madre, que estaba agobiada con la novela, le pidió tiempo. En realidad, su agobio no se debía tanto a la novela como al cambio de 180º de su vida. En pocos meses había dejado su rol de mujer libre e independiente (diré que nunca lo dejó, ni lo dejará) para vivir en pareja y estar a nada de convertirse en madre. Mi padre le dio tiempo a su modo, no volvió a sacar el tema de conversación, pero habló con Ismael para que estudiara la viabilidad de su idea y diseñara los posibles planos.

—Ay Diosito…

Contó las semanas que oficialmente quedaban para salir de cuentas, solo trece semanas. Trece semanas no reales, si algo le había dejado claro Daniel e Inés, era que la gran mayoría de los partos gemelares se adelantaban, más siendo una madre «añosa».

—¡¡¡Añosa!!! ¡Órale, ya quisiera más de una de treinta estar como yo! —resopló indignada.

Vivi guardó el documento, miró a su alrededor, se levantó y recorrió las habitaciones, por primera vez entendió las prisas de Antoine. En aquel piso no cabían cuatro personas, su piso era muy bonito y acogedor, pero solo contaba con dos habitaciones, una de ellas convertida en su estudio y, de ningún modo, podía desprenderse de su lugar de trabajo.

—Obras, a doce semanas de parir y, tenemos que tirar la casa abajo.

Se llevó las manos a la cara, con tan mala suerte que al caminar con los ojos cubiertos por las manos tropezó y cayó al suelo. Su instinto le hizo poner los brazos a modo de escudo protector de su prominente barriga. Gritó antes de empezar a llorar desconsoladamente, estaba aterrada; ya no era miedo por el escaso tiempo del que disponían sino un miedo atroz a que aquel desafortunado accidente pudiera malograr su embarazo.

Con cuidado se sentó en el suelo, se acarició la barriga. En absoluto silencio, conteniendo la respiración e ignorando el dolor de su brazo izquierdo, intentó escuchar los latidos de sus pequeños. No escuchó nada y el pánico se apoderó de ella.

—Sé que pueden oírme —lloriqueó acariciándose la barriga—. Necesito saber que están bien, por favor, denme una patadita.

Nada, el tete y yo no nos movimos. Ambos dormitábamos bien a gusto en nuestra burbuja particular.

—Por favor… —repitió sin dejar de llorar.

Vivi se puso en pie con el mayor de los cuidados, lloriqueando se dirigió al baño, necesitaba refrescarse y orinar.

Mónica saltó en la cocina, el vaso de agua estuvo a punto de caérsele de la mano al escuchar el desgarrador grito en el piso de enfrente. Alertada corrió, cogió la llave de emergencia, que tenía de su vecina y amiga, no esperaría a que le abriera la puerta.

—¡Vivi! —gritó desde la puerta nada más abrir—. Vivi, ¿dónde estás?

No recibió respuesta. Mi madre no conseguía hablar, afligida lloraba sentada en la taza del váter.

—Vivi —repitió al verla allí sentada y con la cara roja de tanto llorar—. ¿Qué pasa? —Alertada por el panorama, esperándose lo peor, preguntó.

—Los perdí, Mónica —lloriqueó—. Los perdí…

—¿Qué has perdido?

—A mis bebés —No podía parar de llorar mientras balbuceaba lo mala madre que era.

—¿Qué dices? —Mónica se acercó a su amiga, le secó las lágrimas y acarició las enrojecidas y ensalitradas mejillas—. Vivi, necesito que me expliques qué ha pasado.

—Me caí…Tropecé…Me caí… —No era capaz que coordinar palabras con coherencia—. Mira… —El ritmo de su llanto aumentó al enseñar las gotas de sangre que manchaban el papel higiénico.

—Vivi, eso no es nada. —intentó tranquilizarla.

—¡Y tú qué coño sabes! —Gritó exaltada, los ojos parecían estar a punto de salirse de sus cuencas— ¿Has estado alguna vez embarazada? ¡No los siento! ¡No se mueven! —Estaba histérica— Dios me ha castigado, yo no los quería, ahora me los ha arrebatado y, Antoine me dejará al enterarse que he matado a nuestros hijos.

—Viviana Guadalupe Hernández Cruz —dijo seria Mónica—, ni he estado embarazada, ni

creo en Dios, pero, dudo que ese Dios, en el que tú sí crees, te haya castigado. Y ten por seguro que, en cualquier caso, Antoine no te abandonaría si fuera real lo que dices —Le tendió la mano —. Dame la mano, levántate con cuidado y vamos al salón, yo llamaré a Daniel y le contaré lo sucedido.

No se atrevió a rechistar, Mónica estaba seria, entendía su nerviosismo, pero no le iba a permitir aquel ataque de histerismo sin lógica alguna. Varias fueron las llamadas a Daniel sin recibir respuesta, a la quinta llamada sin lograr localizarlo e, imaginar que su hermano podía estar en el paritorio o atendiendo a alguna paciente; optó por coger prestado el coche de Carolina y llevar a Vivi al hospital. Tenía claro que aquel ligero sangrado no era nada grave, pero, era preferible asegurarse que todo iba bien.

Treinta minutos más tarde Mónica aparcaba el coche en el hospital cuando en la pantalla del móvil empezó a parpadear el nombre de su hermano.

—Mónica, ¿qué sucede? —Asustado por las múltiples llamadas de su hermana preguntó sin darle tiempo a saludar— Acabo de ver tus llamadas. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Vivi se ha caído, está muy nerviosa, creo que no es nada grave…

—¡Tú no eres médico! —vociferó, grito escuchado por Daniel.

—¿Dónde estáis?

—Acabo de aparcar en el parking del hospital.

—No os mováis de ahí, vamos en vuestra busca —respondió corriendo por el abarrotado pasillo.

No había parado de llorar ni un solo minuto, no aceptaba ninguna de las palabras de consuelo, ni los gestos de cariño brindados por su amiga; Mónica no se lo tomó a mal, sabía que su amiga no lo estaba pasando bien, que estaba asustada. Tan aterrada estaba que no se había percatado de las pataditas que sus «coliflores» le dábamos.

Mónica hizo señas a su hermano al verlo acercarse a la carrera junto a un enfermero, que portaba una silla de ruedas. Ni tan siquiera se saludaron, Daniel y el enfermero sentaron a Vivi, que seguía llorando desesperada, en la silla y corrieron con ella al interior del hospital. Mónica no entró, prefirió esperar fuera, llevaba meses entrando y saliendo de aquel mismo recinto hospitalario y, estaba a poco más de veinticuatro horas de ingresar en él para ser operada; una vez a solas llamó a Antoine para ponerlo al corriente de lo sucedido.

Ni una hora tardó en llegar, pidió disculpas a sus alumnos y salió a toda pastilla del aula. Sentía que le faltaba el aire, le aterraba la idea de que le pasara algo a los bebés o a Vivi. Por mucho que Mónica le dijese que no se preocupara, él no pudo evitarlo.

—Antoine…Antoine… —Mónica gritó al verlo llegar sofocado por la carrera y los nervios—. No te preocupes, he hablado con Daniel, me ha dicho que todo está bien.

—¿Dónde está? —Resopló con fuerza, se apoyó en la columna junto a Mónica, le dio un par de besos y volvió a tomar aire— ¿Puedo pasar a verla?

—Está monitorizada, quieren seguir controlando que todo vaya bien. Te advierto que sigue histérica —Sonrió recibiendo su sonrisa cómplice, sabía lo exagerada que era su novia. Entraron en la concurrida sala de espera mientras hablaban—. Habla con aquel enfermero —señaló al enfermero que había ido junto a Daniel—. Daniel ha regresado a consulta, la atendió él por ser ella, pero ya no está por aquí.

—Gracias, Mónica —La abrazó con fuerza.

—Anda, ve con ella, yo vuelvo a salir, aquí me agobio. Necesito tomar aire.

—Gracias —Volvió a darle un abrazo—. Todo va a salir bien —le susurró al notar que estar allí dentro la estaba poniendo nerviosa.

Necesitaba tomar aire, nunca le había gustado el olor de los hospitales, ahora aquel olor la ponía nerviosa, le recordaba la cantidad de horas pasadas allí. Las interminables sesiones de quimioterapia, el incontable número de pruebas, visitas y la cercana operación.

Se apartó de la entrada para no estorbar el paso de pacientes y personal sanitario entrando y saliendo del hospital. Durante un rato observó las caras de la gente, las sonrisas de unos, las lágrimas de otros, las carreras de médicos y enfermeros. Asombrada contempló a una chica que entraba gritando con las manos entre los muslos porque estaba de parto y la cabeza del bebé comenzaba a asomar entre sus piernas. Apoyada en una de las altas columnas no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor, era como estar viendo un capítulo de Urgencias, sonrió al imaginar que su hermano tenía el papel de médico buenorro.

—¿Mónica?

Mónica buscó con la mirada quién le llamaba, le sonaba la voz, pero no era capaz de ponerle cara. Entrecerró los ojos al darle el sol directamente en ellos, con las carreras había olvidado las gafas de sol.

—Hola —sonrió al encontrarse con Sergio, Marcos y una sonriente mujer de la que le sonaba su cara.

—¿Todo bien? —Sergio la miró con detenimiento en busca de alguna señal de haber sido operada.

—Sí, estoy bien, sigo entera —Amplió la sonrisa—. Por primera vez en meses no he venido por mí, hoy solo soy la acompañante. ¿Y tú? —Mónica se fijó en el pequeño, estaba claro que él había sido el motivo de acudir a urgencias— Hola, Marcos, ¿qué te ha pasado en el brazo?

—Me caí jugando al fútbol —dijo el pequeño fijándose en el pañuelo de Mónica—. Me gusta tu pañuelo.

—Gracias —Mónica amplió su sonrisa.

—Mónica, ella es Maribel.

—¡Karen Lovecraft! —exclamó sonriente—. Ya no me acordaba que era tu exmujer. Un placer conocerte. —dijo antes de darle un par de besos.

—En realidad, su «ex» es Maribel y no Karen —rio Maribel—, y ahora mismo soy más la primera que la segunda.

—¿Mónica conoces a Ladybug? —interrumpió Marcos.

—No, no tengo ni idea de quién es —respondió risueña sin saber muy bien a dónde quería llegar el niño—. ¿Es algún nuevo personaje de tu madre? Cuéntame, si es así me interesa mucho.

—Nooo —rio el niño—. Mis hermanastras, Carlota y Davinia —Con cara de preocupación miró a Mónica—. No creas que son como las hermanastras de Cenicienta, Carlota y Davinia son muy bonitas, se parecen a Mérida. ¿Sabes quién es Mérida?

—La verdad es que no tengo ni la más remota de las ideas. —sonrió Mónica bajo la atenta mirada de Maribel y Sergio.

—Mérida es la protagonista de Brave, es la que su madre se convierte en oso. ¿La conoces?

—No, Marcos, lo siento. Estoy totalmente perdida con las películas de Disney.

—Pues es muy chula, seguro que te gusta, no es una princesa de esas de besitos, canciones y bailes —Mónica aguantó las ganas de reírse con las explicaciones del niño, sin saber muy bien cómo habían llegado a aquel punto de la conversación. Maribel y Sergio los contemplaban divertidos, ellos ya estaban acostumbrados a las interminables charlas de su hijo—. Si quieres un día podemos verla.

—Vale, me parece genial. Tú traes la película y yo hago palomitas.

—¡Guay!—Exclamó con una amplia sonrisa.

—¿Y ahí también sale Ladybug?

—Noooooo —rio de manera exagerada—. No, Ladybug es una heroína y, vive en Paris, ya sabes en Francia.

—Bonita ciudad, pero, Marcos, me he perdido un poco.

—A ver, Carlota y Davinia, ya sabes mis hermanastras, se parecen a Mérida.

—Ah, vale. ¿Y qué pasa con la tal Ladybug?

—Carlota y Davinia dicen que es como mi madre.

—¿Y eso?

—Marinette tiene dos personalidades, la normal, y la oculta de Ladybug. Mi madre tiene dos nombres, Maribel y, su identidad oculta es Karen Lovecraft.

—Entiendo…

—Yo no llevo mallas rojas con topitos —rio Maribel—. Ya ves que hay quien me supera en conversación e imaginación.

—Igual en su día te hace la competencia —intervino Mónica—. Si es tan bueno como la madre no dudaré en leerlo. A ti he de darte las gracias por hacerme más llevaderos estos días.

—Me alegro que así haya sido, esa es mi misión primordial al sentarme a las teclas, hacer disfrutar al lector.

—Por cierto, el otro día hablando con mis amigas, comentábamos tus libros y pensamos que uno de los personajes nos recordaba mucho a alguien. —Miró a Sergio, que abrió los ojos de manera exagerada.

—No lo negaré —rio Maribel—. Bueno, yo me tengo que ir. Sergio, me llevo al lesionado, ya hablamos a la noche —Le guiñó un ojo al ver cómo miraba atento a Mónica—. Mónica, un placer haberte conocido, espero que dejes de dedicarte a la piratería en breve.

—Yo también, dicen que pronto la abandonaré.

—Seguro que sí.

—Mónica no olvides que tenemos una cita.

—Cada día tengo citas con más jovencitos —rio Mónica, consiguiendo las carcajadas de Sergio—. No me olvido, pero tendremos que esperar unas semanas que en un par de días paso por quirófano.

Marcos se acercó, la obligó a agacharse para darle un par de besos.

—Vale, pero no te olvides.

—Prometido Marcos, no lo olvidaré.

—Anda Romeo, corre con tu madre —dijo Sergio acariciándole el pelo a su sonriente hijo.

Mónica vio a Maribel y Marcos alejarse, el niño no dejaba de hablar y mover el brazo que llevaba en cabestrillo.

—Tu hijo es increíble. ¿Calla en algún momento?

—No, ya te digo que no calla ni bajo el agua. Tampoco sé yo si sabrá tener el brazo quieto —La miró a los ojos—. ¿Puedo invitarte a un café?

—No te diré que no —Lo miró a los ojos, se sonrieron—, aunque casi mejor me invitas a una tila, que no imaginas la mañana que llevo.

Ambos se pusieron en marcha rumbo a la cafetería del recinto hospitalario.

—¿Qué pasó?

—Vivi se cayó, sangró y me tocó traerla escuchándola llorar sin parar y gritar lo mala madre que era, que aquello era un castigo divino y, ni te repito todo lo que me dijo al tratar de calmarla.

—Por tu sonrisa intuyo que todo ha quedado en un susto.

—Sí, todo está perfecto. Sigue monitorizada, pero me fio de lo que me dijo el médico.

—Imagino que hablas del roba chicas.

Las carcajadas de Mónica resonaron en la cafetería nada más entrar en ella al escuchar cómo había descrito Sergio a su hermano.

—Supongo que es una forma de verlo —No podía parar de reír—, pero ya te digo yo que esos dos estuvieron haciendo el tonto, por no decir algo más fuerte, durante años.

—Podían no haberlo hecho, yo me hubiese evitado tropezar de nuevo con una profesora —Se detuvo frente a ella, la miró a los ojos—. Estoy pensando que debiera huir de aquí ahora mismo, ni tan siquiera tendría que estar hablando contigo.

—¿Y eso? ¿Por qué? Tú y Carolina os lleváis bien, incluso diría que te llevas bien con mi hermano, os vi hablar en fin de año.

—No, si no lo digo por ellos, sino por ti —sonrió—. ¿Tila? —Mónica asintió con un movimiento de cabeza mientras esperaba que Sergio le explicara—. Un café y una tila —Pidió al camarero de la barra—. ¿Coges mesa? Ahora voy.

—¿No irás a huir sin darme una explicación?

—No, no te preocupes. No huiré, seré valiente. —Le guiñó un ojo, Mónica le dedicó la mejor de sus sonrisas.

Sergio dejó las tazas en la mesa y se sentó frente a Mónica. En silencio abrió el sobre de azúcar, no sin antes leer el mensaje escrito en él:

«No busques más, no te pierdas en el camino, el destino está frente a ti»

Sergio levantó la vista y se encontró con la mirada de Mónica, se sonrieron, ambos habían leído el mismo curioso mensaje.

—Lo dicho, he de huir de ti. Me tomo el café y me marcho corriendo.

—¿Me lo explicas? —preguntó divertida.

—Creo recordar que eres profesora y, no sé cómo lo hacéis para atraparme en vuestras redes —Mónica soltó una carcajada con el comentario—, menos mal que no eres tutora de ninguno de mis hijos, si no ya hubiese salido por patas.

—Ya será para menos —rio—. Además, del destino no se puede huir —Le guiñó un ojo y le enseñó su sobre de azúcar. Sergio le mostró el suyo, sonrieron de manera inmediata e inconsciente—. Más que por ser profesora, huye de mí porque no soy una buena opción.

—Sí, ya lo sé, caíste embrujada por unos ojos azules —Con tono irónico respondió—, como la primera profesora en mi vida.

—¿Maribel es profesora?

—Ajá, así que conoces al de los ojos azules.

—No existe un periodista como él en la televisión…

—Jodido Iván se las lleva a todas de calle, mira que está bueno el muy capullo.

—Y tiene un piquito… —respondió divertida—. Ojo, tú no estás nada mal.

—Gracias, no intentes consolarme.

—Hablo en serio.

—Eso lo dice a la que también le gustan los ojos azules.

Mónica volvió a reír por las caras que ponía Sergio.

—Bueno, no puedo negar lo evidente, pero el color de los ojos de David es circunstancial —le enseñó la lengua—. Y lo de no ser buen partido no lo decía por David sino por esto —se tocó el pecho derecho.

—No veo el problema, tus pechos son muy bonitos —Mónica le dedicó una mirada pícara—. A ver, me explico, no los he visto, pero están muy bien —Mónica se contuvo las ganas de reír—. Joder, en qué lío me he metido yo solo. ¡Qué mal estoy quedando! ¿Te estás divirtiendo a mi

costa? —La regañó con la mirada.

—Un poco, no te voy a engañar —respondió con una amplia sonrisa—. Te diré que en otro momento te hubiese soltado una burrada, pero estoy en una etapa de mi vida que prefiero quedarme con el cumplido—dijo mirándolo a los ojos—. En unos días igual no piensas lo mismo al verlos.

—Ah, ¿qué me los vas a enseñar? Me parece genial así te diré lo estupenda que estás.

—¡Sergio! —exclamó con una carcajada— Eso lo dices ahora, cuando lleve una maravillosa cicatriz, si para ahí la cosa…

Mónica borró la sonrisa de golpe, de pronto, se le pasaron las ganas de reír, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Mónica… —Sergio se levantó, se sentó a su lado y la abrazó—. Esa cicatriz no te convertirá en otra persona, seguirás siendo tú y, dudo que a David le suponga un problema ese detalle, si es eso lo que te preocupa.

—No, no me preocupa eso. David no es así —Lo miró a los ojos—. Me da miedo mi propia reacción al mirarme al espejo y no reconocerme. Te juro que estoy acojonada. Todos dicen que va a salir bien, mi sentido común me dice lo mismo, pero, me asusta la posibilidad de abrir los ojos y encontrarme con que algo ha salido mal y una teta se quedó en el camino. —Le dedicó una sonrisa—. Ahora mismo has de pensar que soy una frívola por estar pensando en eso, pero…

—Sabes —La interrumpió con la mirada fija en la de ella, le dedicó una sincera sonrisa y enjugó las lágrimas—. Igual es el karma y te lo mereces.

—¿Perdón? —Su cara era de total incomprensión ante el comentario.

—Me explico, eres guapa, atractiva, simpática, inteligente, tienes un novio súper guapo…

—¿A dónde quieres llegar?

—Simple, igual mereces perder una teta para equilibrar el mundo.

Mónica no podía parar de reír, Sergio amplió su sonrisa y le guiñó un ojo.

—Gracias.

—De nada, pero estoy seguro que no la perderás.

—Lo veremos en unos días.

—¿Entonces me las enseñarás? —La miró provocativo.

—Sergio, ¿estás ligando conmigo? —dijo divertida.

—No, ni loco, huyo de las profesoras —respondió sonriente—. Además, no voy a robarle la cita a mi hijo —Le guiñó un ojo bajo su divertida mirada—. Sabes que no lo va a olvidar y que me va a recordar cada día esto.

—Nada, veremos Brave cuando esté recuperada, si quieres te puedes unir a la cita.

—¿Puede haber algo más humillante que ir de carabina de mi hijo pequeño?

—¿Vendrás? —Le preguntó mirándolo fijamente a los ojos.

—No lo dudes, aunque tenga que vacunarme contra mi propensión a enamorarme de las profesoras de mis hijos.

—Conmigo no corres peligro, no soy profesora de ninguno de ellos.

Capítulo 31

9 de enero, 2020

Aquel jueves, previo a su operación, Mónica se convirtió en la enfermera, por no decir en la carcelera de mi madre. Sí, porque mi madre, más que los cuidados de una enfermera, necesitaba que alguien la obligara a estarse quieta y cumplir con el reposo obligatorio durante unos días. Mi madre no estaba acostumbrada a estar ociosa y quieta, lo peor era que ni siquiera podía pasar las horas escribiendo, pues, la consecuencia de la caída había sido tener el brazo izquierdo en cabestrillo y, mi madre es zurda.

Mi madre estaba de los nervios por aquella situación, sin embargo, Mónica agradecía tener todos sus sentidos puestos en ella y olvidarse por unas horas de su operación. De la operación y de lo que vendría después, sabía que la tumorectomía no implicaba el final de su calvario, que existía la posibilidad de necesitar radioterapia, aunque su médico veía muy buenas expectativas, ella no quería hacerse ilusiones de no tener que pasar por aquel nuevo tratamiento.

A la hora de la comida Carolina y Ana se sumaron a ellas, Antoine no podía ir a comer a casa porque tenía clases, así que las cuatro mujeres aprovecharon para pasar un rato juntas y cotillear en infinidad de páginas de artículos para bebés.

—Bueno, si alguna se anima a ser madre de nuevo o tú… —Vivi dirigió la mirada a Mónica—, ya saben que voy a tener de todo por partida doble.

—A mí no me mires —dijo Ana—. Yo sacié mis ganas de ser madre con Sara, con ella, Merlín y Juan voy sobrada.

—A mí tampoco —intervino Carolina—. En su día me hubiese gustado darle un hermano a Guille, pero a estas alturas me daría una pereza horrible.

—Anda, ¿te daría pereza hacer un hijo con el doctorcito? —Rio Vivi.

—Hacerlo no —Rio Carolina—. Ya te digo que para eso no hay pereza ninguna, pero meterme a estas alturas en líos de pañales, de noches sin dormir, de tener a un niño pegado a la teta a todas horas —La cara de Vivi iba cambiando por momentos—. No te asustes, seguro que tus…cualquiera que sea la verdura que toque ahora —le enseñó la lengua, consiguiendo las risas del resto— serán muy buenos y si no, nos tendrá a todos sus tíos dispuestos a ayudar en lo que sea necesario.

—Bueno, Mónica, todo quedará para ti. Además, es lo mínimo que te debo tras todo lo que te dije e hice pasar ayer.

—No, a mí no me mires. Yo no voy a ser madre.

Carolina miró a Mónica, sonrió, sabía muy bien que su cuñada no quería ser madre.

—Anda, Mónica, te saldría bien guapo con los ojos azules del padre. —insistió Vivi

—No, jamás ha entrado en mis planes la maternidad. Tengo unos sobrinos preciosos, a los que adoro con toda mi alma y, por los que daría mi vida de ser necesario, pero yo no quiero ser madre y, además, muy probablemente toda la mierda a la que he estado sometida me haya dejado infértil o casi…

Vivi abrió los ojos de par en par, los ojos se le llenaron de lágrimas. Carolina y Ana se miraron y sonrieron, sabían a la perfección las malas jugadas que el embarazo provoca en los sentimientos, los altibajos, la facilidad para las lágrimas.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —Se secó las lágrimas.

—Vivi, yo nunca he querido ser madre, eso te lo puede confirmar Carolina —Carolina asintió con un movimiento de cabeza—. Acabo de decir que adoro a mis sobrinos, Guille ha sido y es

mucho más que un sobrino. En cualquier momento vuelvo a ser tía —Le acarició la barriga—, no de uno sino de tres.

—¿Y David? ¿Qué dice David de esto?

—¿David?

—Sí, David.

—No hemos hablado de esto. —respondió bajo la atenta mirada de las tres.

—¿No sabe que puedes no ser fértil?

—Sí, claro que lo sabe —Les sonrió a las tres—. Te diría que ha estudiado más que yo sobre el tema. De lo que no hemos hablado es del tema «hijos» —entrecomilló con los dedos—. Todo este tema ha puesto del revés nuestras vidas.

—¿David quiere hijos? —Se atrevió a preguntar Ana.

—No lo sé, conmigo no será de ser así.

—Igual sí que puedes quedarte embarazada o siempre puedes adoptar. —intervino Vivi.

—Vivi, ¿qué parte no has entendido? Yo no quiero ser madre.

—Yo tampoco quería.

—No, Vivi, no es lo mismo. No querías ahora, los gemelos decidieron venir sin permiso, pero sí entraba en tus planes la maternidad. En cuanto a David, no sé qué quiere —El rostro de Mónica se tornó serio—, cuando todo esto pase tendremos que hablar.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué? —Con cara de susto preguntó Vivi.

—Vivi, cariño, el embarazo te tiene espesa —rio—. Mira que mis neuronas no trabajan al mismo ritmo, pero tú estás cortita.

—No, Mónica —interrumpió Carolina—, yo también necesito explicación. ¿Qué quieres decir?

—Nada, solo digo que tenemos que hablar de nosotros, no sé, de sus expectativas, de su vida, de la mía…

—¿Estás queriendo decir que vas a romper con David? —Asombrada preguntó Ana.

—No he dicho eso, ni tan siquiera me lo he planteado…

—¿Estás segura que no te lo has planteado? —intervino Carolina, conocía muy bien a Mónica como para intuir que había dedicado más de un pensamiento a aquel tema.

—No…—respondió en baja voz.

—¿No estás enamorada de David? —Sin salir de su asombro preguntó Ana.

—No, no he dicho eso. Quiero a David, ¿cómo no hacerlo? Pero… —se calló unos segundos—. No estoy segura de que seamos el destino del otro. Creo que solo nos hemos encontrado en el camino…

—¿Qué quieres decir? —Perpleja preguntó Vivi— Acabas de decir que estás enamorada de David…

—No, Vivi, ha dicho que lo quiere —puntualizó Carolina mirando fijamente a Mónica a los ojos—, y eso todas sabemos que no es lo mismo. Yo misma quiero a David y está claro que no estoy enamorada de él.

—Pero David besa el suelo por el que pisas, de no ser así, dudo que hubiese soportado todo lo que ha vivido a tu lado…—habló Vivi.

—Ya lo sé, Vivi, no dudo de sus sentimientos o sí.

—¿Qué quiere decir ese «o sí»? —La interrumpió Ana.

—A ver, chicas, David ha sido mi soporte todos estos meses, eso lo sé yo y lo sabéis vosotras, pero no me digáis el porqué, yo tengo la sensación que llegado el momento lo nuestro se acabará.

—No te entiendo, perdóname, igual es cierto y estoy obtusa por el embarazo, pero no entiendo

nada de nada.

—Es fácil, David y yo hemos vivido en una burbuja. Esta mierda que me ha tocado vivir y, a él por estar conmigo, nos ha encerrado en casa. Estos meses yo lo he sido todo para él, estaban las clases y yo y, porque lo obligué a no abandonar, porque el muy terco pretendía no ir a clase para estar conmigo —Las miró a las tres que la escuchaban en completo silencio—. Chicas, él os conoce a vosotras, pero jamás ha ido conmigo a una cena con mis compañeros de trabajo. Es verdad que en estos meses no he estado yo para cenas y salidas, pero también sería raro, son todos profesores suyos. No, Vivi, no me interrumpas, por favor —dijo al ver sus intenciones de hablar—. No digo que no pudiera conversar con ellos, David puede hablar de cualquier tema, pero ahora dale la vuelta, ¿me imaginas saliendo con sus amigos? Ya te digo yo que no. No me imagino cenando rodeada de veinteañeros. ¿Recordáis la cena de fin de año? —preguntó a las tres. Carolina sonrió, sabía lo que iba a decir, ella y Daniel habían hablado sobre aquel tema—. De manera natural se crearon dos grupos, no hace falta que diga que no estábamos en el mismo.

—No me di cuenta de eso —respondió Vivi.

—Ni yo —La secundó Ana.

—Tú sí —Miró sonriente a Carolina.

—Sí, Dani y yo lo comentamos. Tanto él como yo nos dimos cuenta que de forma natural se crearon dos grupos y…

—¿Y qué? —corearon las tres al unísono.

—Y nos resultó curioso —respondió, prefirió callar que también se habían percatado de la buena sintonía entre su sobrina y David y, especialmente, entre su cuñada y Sergio. Sus ojos se fijaron en los de Mónica, de inmediato supo que algo callaba y creía saber el qué—. Así que sí, igual tenéis una conversación pendiente.

10 de enero, 2020

El destino o la casualidad hizo que aquella mañana mientras el doctor Dávila extraía el tumor de la mama derecha de Mónica, en la maternidad de aquel mismo hospital Daniel asistiera el parto de su hermana, convirtiéndose junto a los emocionados padres en el primero en conocer al nuevo miembro de la familia.

Aquella estaba siendo una mañana de contradictorias emociones para el clan Alberola, toda la familia al completo, salvo Mar que estaba en el colegio, se encontraba en el hospital. Lloraron emocionados por el nacimiento de Darío, lágrimas que se convirtieron en la mejor de las catarsis a la espera de noticias de Mónica.

Valentín e Inma corrieron por los pasillos al recibir la noticia, nada mejor que ver la carita de su nuevo nieto para relajarse un instante. Ismael, Jimena, Guillermo y Carolina permanecieron junto a David a la espera de noticias. Todos sonrieron al recibir la foto de Darío en el WhatsApp de la familia, sonrisa borrada al ver al equipo médico salir de quirófano. Todos contuvieron el aire, todos lo soltaron aliviados al escuchar de boca del doctor Dávila que la intervención había sido un éxito.

—Está en recuperación, una vez despierte la subiremos a planta.

Todos se abrazaron, sintieron un gran peso caer al suelo. Si bien era cierto que conocían los positivos resultados de la quimioterapia, a todos les asustaba que encontraran algo más en la operación.

Eufóricos, con el corazón recuperando el ritmo adecuado, los cinco acudieron a la habitación de Ana. De dos en dos entraron a saludar a los padres y conocer al nuevo miembro de la familia.

—Me cambio y te veo ahora —Al oído le susurró Daniel a Carolina—, te queda muy bien —Medio en broma, medio en serio le dijo al oído al verla con Darío en brazos.

—No es un bolso. —Le respondió en un susurro.

—Eso lo tengo claro —Sonrió—. De bolsos no entiendo mucho, pero de estos sí, unos cuantos he traído al mundo.

Inma los observó atenta y en silencio, no sabía de qué hablaban, pero sonrió al intuirlo.

—Dani no me líes.

—No te lío —La besó en el cuello—. Te veo en la habitación de Mónica.

Si una hora atrás los Alberola habían invadido con su alegre algarabía la habitación de Ana y el pequeño Darío, ahora iban entrando por parejas a la de una somnolienta y dolorida Mónica. Apenas unos pocos minutos permanecieron con ella, solo lo suficiente para comprobar por sí mismos que estaba bien, dejándola a solas con David, quien fue el último en entrar junto a Jimena. Mónica sonrió al verlos aparecer por la puerta, David le devolvió la mejor de sus sonrisas antes de acercarse a ella y besarla.

—Ni recién operada pierdes la sonrisa —La saludó Jimena—. No te voy a preguntar cómo estás —Besó a su tía en la frente—. Me alegra verte bien, dentro de lo que cabe —Con los dedos de una mano enlazados con los de su tía comentó—. Tía, me voy que mi padre me espera y, ya sabes que es un desesperado. A la noche le preguntaré a David cómo sigues.

—Gracias, Jime, por algo eres mi sobrina favorita.

—Claro, lo dices porque no está Mar —Le enseñó la lengua—. Yo sí que puedo decir que eres mi tía favorita.

—Claro…claro…Te recuerdo que Ana está cerquita.

—Sí, pero ella lo sabe y asume.

David asistió en silencio a la conversación, contempló sus sonrisas, sus gestos. En los últimos meses en los que había pasado muchas horas con aquellas dos mujeres había descubierto que Jimena se parecía más a su tía que a sus padres, no solo era el físico, su tono de voz y las cadencias de sus risas eran similares; incluso las sensaciones despertadas en él eran casi las mismas, eso le asustaba y confundía. La timidez de Jimena era el rasgo que la diferenciaba de Mónica, pero no sería de extrañar que fuera desapareciendo con los años.

Una vez a solas David se sentó en el borde de la cama, le tomó la mano izquierda sin apartar la mirada de los ojos.

—¿Te duele mucho? —murmuró, le acarició las mejillas—Tu médico nos ha dicho que todo ha ido muy bien y, ya habrás visto —le guiñó un ojo— que no has perdido nada.

—Bueno, a saber, la divina cicatriz que me han dejado.

—Doctora Alberola, estoy seguro que la cicatriz le dará un toque especial. —dijo antes de dejar un dulce beso en sus labios.

Daniel sonrió al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla del móvil de Carolina, con una sonrisa suspicaz cogió el móvil y lo balanceó ante la cara de Carolina, que terminaba de preparar la cena.

—Tu ex —comentó con cara de burla haciéndole entrega del móvil y quitándole el cuchillo con el que laminaba el ajo para las setas.

—No es mi ex, simpático, no le diste tiempo —Le dio un rápido beso en los labios antes de contestar—. Hola, Sergio, esto sí que es una sorpresa —Le enseñó la lengua a Daniel que le hacía burla—. No, no, para nada. No interrumpes nada, preparaba la cena, pero ya Daniel me ha tomado relevo. ¿Cómo estás?

—Bien, bien… ¿Seguro que no interrumpo?

—No, de verdad que no. Cuéntame, ¿sucede algo?

—No, todo bien. Solo quería preguntar por Mónica, sé que la operaban hoy, pero por tu tono de voz intuyo que todo bien.

Carolina no pudo reprimir una sonrisa al escuchar aquella pregunta. Si bien era cierto que Daniel y ella habían percibido muy buena química entre Mónica y Sergio, aquella pregunta la pillaba por sorpresa.

—Sí, no te equivocas. Todo ha ido muy bien, el médico nos ha dicho que ha sido una cirugía limpia —Con un movimiento de cabeza le indicó a Daniel que sí era lo que él imaginaba—. Muy probablemente, si pasa buena noche, mañana ya está en casa.

—Me alegra oír tan buenas noticias. Bueno, Carolina, no te molesto más, ya hablamos en otro momento.

—Cuando quieras y, no molestas que te quede claro. Saludaré a Mónica de tu parte y si quieres hablar con ella ya sabes que desde mañana estará en casa.

—No, mejor espero unos días. Sé, por mi hermana, que ahora estará bastante dolorida.

—Sí, pero también sabes que le vendrá bien la conversación, así que no dejes de llamarla.

—Buenas noches para ti y Daniel.

—Buenas noches, Sergio. Un beso.

Carolina dejó el móvil sobre la mesa, se abrazó a Daniel por su espalda que comenzaba a hacer el salteado.

—Así que Sergio pregunta por mi hermana.

—Ya ves…

—Vaya… Vaya… Interesante… ¿Qué opinas?

—¿Qué opino?

—De mi hermana y Sergio…

—No sé, ¿qué quieres que te diga? Tú viste lo mismo que yo en fin de año y…

—¿Y…?

—Ayer tu hermana comentó que ella y David tienen una conversación pendiente. Creo que tu hermana está dudando de su relación…

—¿No está enamorada?

—Te diría que no, creo que tu hermana se dejó arrastrar por David. ¿Crees que de haber estado enamorada de verdad hubiese tenido tantos reparos para presentárselo a tus padres? ¿Cuándo ha tenido Mónica ese tipo de miramientos?

—Ahí he de darte la razón.

—Por supuesto, siempre tengo la razón.

—Claro, claro… Absurda obviedad la mía. ¿Pones la mesa, doña Perfección?

—Muy bien, don Obviedad.

Capítulo 32

31 de enero, 2020

Nerviosa, estaba hecha un verdadero flan, en unas pocas horas tenía cita con el oncólogo, conocería los resultados de la operación y el tratamiento a seguir desde aquel momento. Su recuperación había ido muy bien, seguía teniendo algo de incomodidad, pero cada día se encontraba mejor. Ver como su pelo volvía a crecer con fuerza bajo sus coloridos pañuelos la ayudaba en el proceso, pronto el nº9 dejaría de ser habitado por una panda de alocados *calvorotas*.

Mónica se acurrucó bajo las sábanas, el lado de David aún estaba caliente, aunque hacía un rato que se había ido a la universidad. Ella moría por volver a las aulas, contaba los días para poder hacerlo, no perdía la esperanza de poder regresar a lo largo de aquel curso. Sabía que era complicado, pero no imposible, en parte dependería de lo que aquella mañana le dijera el doctor Dávila; lo que no podía imaginar era que en menos de dos meses las aulas serían cerradas.

El ruido de las obras del 2ºA la hizo sentarse en la cama, aquello significaba que ya eran las ocho, no tenía prisa, pero con el ruido de la obra no apetecía quedarse en la cama. Mónica se levantó, encontrándose con su reflejo frente al espejo, a primera vista salvo la ausencia de su larga melena negra seguía siendo la misma, con cuidado se llevó la mano sobre el pecho derecho; si bien era cierto que seguía estando en su sitio, algo en él era diferente.

No se había atrevido a mirarse en el espejo, se vestía y desvestía de espaldas a él. Sabía que era absurdo, pero seguía aterrorizándole la idea de ver la cicatriz, así que había optado por ignorarla. Ella, que nunca había mostrado pudor alguno a andar desnuda por la casa, hacía meses que no lo hacía, ahora ni siquiera quería enseñar su ropa interior. Aquellos sujetadores no eran, precisamente, los más bonitos de su cajón de lencería, pero sí de los más caros. Ahora los llevaba a todas horas, incluso para dormir y si algo deseaba era volver a sentir el placer de dormir sin él, pero, para eso, el médico tenía que dar el visto bueno a la cicatriz y ella aceptarla.

La cicatriz de Mónica era como una mota de polvo en comparación a la enorme «cicatriz» que lucía en medio del salón de casa de mis padres. Los obreros habían hecho un enorme boquete para unir los dos pisos y colocar ahí la escalera que convertiría el 1ºA y el 2ºA en un dúplex. De hecho, el 2ºA desaparecería en unos días, pues solo mantendrían la puerta de entrada del primer piso.

Aquellas no eran las únicas cicatrices de la escalera, Sara seguía luciendo una en el alma. Si bien era cierto que atrás había dejado el dolor y la oscuridad sufridos en su tóxica relación con Kevin, en ella quedaba un resquicio de temor. Temor, que solo conocía Guillermo, y no porque ella se lo hubiese dicho, sino porque era consciente del nerviosismo generado en ella cada vez que sus besos subían de temperatura. Guillermo no había intentado ir más allá, no quería que algo bonito y placentero se convirtiera en un mal recuerdo, dejaba que fuera ella la que marcara el tempo y ritmo de su relación.

Mónica no pudo evitar una sonrisa al escuchar a Vivi cantando a pleno pulmón en la cocina, mi madre intentaba aislarse del ruido, el polvo y los escombros que invadían la casa escuchando a Alejandro Fernández:

Perdóname mi amor
Por todo el tiempo que te amé
Te hice daño
Te amé de más y fue mi error

Que soledad estoy sin ti
Lo estoy pagando

Mónica dejó la taza del café con leche sobre la encimera para prestar atención a la actuación de mi madre en la ventana de enfrente, de pronto, su adormilado acento había salido a flote mientras cantaba mano a mano con el Potrillo. Sin pensárselo dos veces se llevó los dedos a los labios y emitió un silbido, llamando la atención de mi madre, que hizo una reverencia.

—¡Viva México, *cabrones*! —gritó para diversión de mi madre y de ella misma— ¿El Fernández está por tu casa? ¿Dónde lo tienes escondido?

—Las ganas de tenerlo por aquí —Rio divertida.

—No te quejes que Barraud no está nada mal.

—¿A qué horas tienes el médico?

—Y yo que me había olvidado —sonrió Mónica—. Ya me voy a la ducha y me voy para el hospital.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. No hay necesidad de que David se enfade, le dije que se fuera a clase, que iba yo sola.

—¿Has hablado con él?

—No —Su rostro se tornó serio—. No sé cómo enfocar el tema. Bueno, potrilla, me voy a duchar. Una cosa, si quieres venirte a mi casa en busca de tranquilidad tienes mis llaves.

—No, quiero estar aquí y controlarlos —Una medio sonrisa lució en sus labios—. Son serios, pero no quiero que se desmadren, mañana entramos en la semana treinta así que no hay tiempo que perder.

—¿Y ahora qué somos? —Medio en broma, medio en serio quiso saber Mónica, le divertía aquella comparación del tamaño de los bebés con frutas y verduras.

—Un pepino —rio.

—Sin comentarios.

Con una sonrisa de oreja a oreja Mónica corrió por los pasillos del hospital hasta llegar a la maternidad. Daniel sonrió nada más verla entrar en su consulta, de inmediato se levantó para abrazar a su hermana, que no pudo evitar llorar de la alegría en sus brazos. No solo se estaba recuperando a pasos agigantados, sino acababan de comunicarle que la radioterapia no sería necesaria. No había rastro alguno del tumor en su cuerpo, el tratamiento de quimioterapia, la operación y, sus ganas de recuperarse habían ganado no solo la batalla sino la guerra.

—Nada de radio, ni de nuevas sesiones de quimio…

—¿Tamoxifeno? —Sabiamente preguntó Daniel.

—Sí, durante los próximos cinco años por prevención. Sé que tiene efectos secundarios, pero prefiero los sofocos a volver a las sesiones de quimio. Necesito recuperar mi vida cuanto antes.

—Mónica, no corras.

—No corro, Dani, estoy perfectamente, lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe tu amigo, el doctor Dávila, así que en breve regreso a las aulas. No puedo seguir estando encerrada en casa, me va a dar algo.

Sonriente y feliz salió del hospital, el sol lucía en todo su esplendor haciendo apetecible pasear y eso fue lo que hizo, pasear con toda la calma del mundo, tenía tiempo de sobra para llegar al instituto, donde había quedado con Carolina para ir juntas a casa.

No era consciente de ir llorando tras las gafas de sol, lágrimas de felicidad, al tiempo que la mejor de sus sonrisas lucía en sus labios. Tan concentrada iba en sus pensamientos, imaginando su deseado regreso a las aulas, a recuperar su vida, tal y como había sido hasta entonces, mientras tarareaba la música que sonaba en sus auriculares, que no se dio cuenta que estaba a punto de tropezar con Sergio.

Sergio dibujó una sonrisa al verla, no la había visto desde su encuentro en el hospital, no se había atrevido a llamarla para saber de ella, aunque le había apetecido hacerlo. Un ligero cosquilleo se apoderó de su interior, aquello le sorprendió y, no terminó de gustarle el motivo.

—Perdón —Mónica amplió su sonrisa al darse cuenta que era Sergio.

—Perdonada —respondió sonriente—. Eres la última persona a la que esperaba encontrarme, pero me alegro, más aún al ver esa sonrisa, solo puede ser indicio de buenas noticias.

—La mejor de las señales —Se quitó los auriculares—, esa es la verdad —contestó antes de darle un par de besos en las mejillas.

Sergio aspiró el aroma del suave perfume de Mónica, le resultó delicioso, así como la calidez desprendida por su cuerpo. Durante unos segundos se miraron a los ojos sonrientes, entonces Sergio recordó la conversación mantenida semanas atrás, puso las manos sobre sus hombros y con una mirada pícara en los labios la miró atento y divertido.

—Sigo teniendo las dos —rio Mónica al darse cuenta de lo que hacía.

—Así que el karma no se ha vengado de ti.

—No —Soltó una carcajada.

—Me alegro. No por mí, ni tan siquiera por tu novio, sino por ti.

—Gracias —rio—. Más me alegro yo, pero, sobre todo, porque no he de recibir radioterapia, esta cruz ha terminado.

—Esto tenemos que celebrarlo. ¿Un café?

—Será un placer —respondió sonriente y se colgó del brazo ofrecido por él.

Dos horas estuvieron sentados, charlando animadamente de los más variopintos temas. La gente entraba y salía del bar, mientras ellos permanecían sentados en la misma posición, ambos olvidaron por completo haber quedado con otras personas.

Mónica no escuchó ninguna de las llamadas realizadas por Carolina, que no se atrevió a llamar a Daniel, no quería asustarlo ni molestarlo en el trabajo, al no hacerse con ella. Sergio sí escuchó los mensajes llegados a su móvil, pero hizo caso omiso a todos, daba por hecho que de ser algo urgente o importante le llamarían.

—Te invito a comer —Se levantó de la mesa.

—¡Comer! —Mónica abrió los ojos de par en par, rebuscó en su bolso hasta encontrar el móvil —Carolina me mata —dijo al ver las llamadas perdidas y sus mensajes—. Supuestamente iba a pasar por el instituto a recogerla.

—Vamos, tengo el coche aquí cerca. Te llevo y me declararé culpable.

—Gracias, muy amable. Igual se apiada de mí y no me asesina cuando le dé la buena noticia —comentó saliendo del bar detrás de él—. Por cierto, me dijo que la llamaste preguntando por mí, ¿por qué no me llamaste?

—No quería molestar.

—Tonterías —sonrió ampliamente escuchando la voz de Carolina al otro lado del teléfono—. Hola, no me mates…

—¿Qué no te mate? ¿Se puede saber dónde estás? Me has tenido un buen rato esperándote en la puerta del instituto. No me he atrevido a llamar a Dani por no preocuparlo. ¿Qué? —La respuesta de Mónica la pilló por sorpresa— ¿Sergio? ¿De qué Sergio me hablas?

—Hola, Carolina —La saludó Sergio¸ Mónica le había pasado el teléfono—. Soy el culpable, yo la retuve contra su voluntad, ella decía todo el rato, «Carolina me está esperando».

—Sois un par de idiotas —rio Carolina, que respiró tranquila al saber que Mónica estaba bien—. Anda, vente con Mónica a comer a casa.

—No, no quiero inmiscuirme en vuestras cosas.

—No seas idiota. Aquí te espero, además así me aseguro que me la traes.

—Muy bien, en un ratito estamos ahí.

Mónica intuyó que Carolina había invitado a Sergio a comer con ellas, sonrió al encontrarse con su mirada, no sabía muy bien el motivo, pero aquella idea le gustaba.

David se bajó de la moto, se quitó el casco, saludó con un levantamiento de mano a Guillermo, que intrigado lo esperaba en el Saler, tal y como su amigo le había pedido a media mañana.

—Muy buenas —Saludó con un choque de manos al acercarse David a su lado—. ¿Puedo saber qué hacemos aquí?

—Necesito hablar contigo.

—¿Y era necesario venir hasta aquí? Estudiamos a metros de distancia y, te recuerdo que vivo justo encima de ti.

—Sí, ya lo sé, pero quería estar a solas.

—Macho, si te vas a declarar ya te digo que no eres mi tipo —Le dio una palmada en el hombro mientras caminaban por la arena.

—*Gilipollas* —rio David—, tú tampoco eres el mío o, a saber, al fin y al cabo, eres un Alberola.

Guillermo sonrió, movió las pestañas exageradamente consiguiendo las risas de su amigo.

—¿Sabes que me hicieron en medio de esas dunas?

—No, no tenía ni idea.

—Yo tampoco hasta hace nada —sonrió—. Lo de las dunas lo supongo yo, mi padre solo dijo que había sido en el Saler. Y ahora tú me traes a esta playa para hablar seriamente conmigo, debe ser mi sino —Se dejó caer en la arena, le hizo un gesto a su amigo—. Siéntate y cuéntame. ¿Qué es eso tan misterioso?

—Puaff, Guille, estoy hecho un lío —La sonrisa desapareció de su rostro—. No sé si estoy enamorado de Mónica —Soltó de golpe para sorpresa de su amigo—. No estoy seguro si mis sentimientos hacia ella son amor.

—¿Qué? ¿Qué es si no es amor?

—No lo sé.

—David, dudo que no sea amor. Otro en tu lugar hubiese salido corriendo al enterarse que tenía cáncer y tú no te has separado de ella.

—Y si mil vidas viviese volvería a hacerlo, deseando estoy de darle un abrazo para celebrar que lo ha superado…

—¡Y yo! —Guillermo lució una amplia sonrisa— ¿Y entonces? ¿Qué es lo que pasa?

—Tengo dudas.

—¿No será por toda esta situación? Vuestras vidas se han visto afectadas, imagino que el sexo también, normal con un tratamiento de quimioterapia de por medio, la operación, el miedo…

—No es eso, Guillermo, está claro que nuestra vida sexual no tiene nada que ver con la del principio, pero…

—No necesito detalles sexuales de mi tía... —Lo interrumpió con una sonrisa.

—No iba a contártelos, iba a decirte que eso es lo menos importante. Mónica y yo no hemos tenido vida fuera de casa, salvo las vacaciones de verano y, en realidad, vida sexual tampoco desde… —Esbozó una sonrisa al encontrarse con la mirada de su amigo que se tapaba los oídos —. No seas exagerado, pero, muy bien, me callo, tampoco te iba a hacer partícipe de nuestra vida sexual. Bromas a un lado, fuera del nº9 nosotros no existimos.

—Normal, todo cayó de golpe.

—Sí, lo sé, eso lo tengo claro.

—David, pues, o te explicas mejor o, no entiendo nada.

—Con toda sinceridad quiero que me digas una cosa, ¿imaginas a Mónica saliendo con nosotros de fiesta? ¿La imaginas hablando con la novia de Alberto o de Tito? —Guillermo negó con un movimiento de cabeza— Yo tampoco —Cogió una piedrecita y la lanzó al mar—. ¿Recuerdas fin de año? ¿Te diste cuenta de cómo nos agrupamos?

—David, entiendo todo lo que me dices, pero, nada de ello, implica que no estés enamorado.

—Lo sé y.…—titubeó—. no son las causas, solo son las razones que me doy a mí mismo, para intentar entenderme, te juro que no lo entiendo. *Joder*, Guille, es que a veces tengo la sensación de vivir dos vidas paralelas, una gira entorno a Mónica entre las paredes del nº9 y otra… —se calló un instante—. Otra… —volvió a callarse, las palabras se le atragantaban y le impedían vocalizarlas.

David se levantó, se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y, dio un puntapié en la arena, caminó hacia la orilla, no demasiado para no mojarse. Guillermo se puso en pie y se acercó a su amigo, de pronto, empezaba a intuir por dónde iban los tiros de aquella conversación.

—Jimena —dijo Guillermo con la mirada puesta en el mar—. Te has enamorado de mi prima —David se giró hacia él, no salía de su asombro—. No me equivoco, ¿verdad?

—No, a ver… No es que esté enamorado de ella, pero, sí, que empiezo a sentir algo muy fuerte por ella. En las últimas semanas hemos pasado mucho tiempo juntos —Le dio la espalda a Guillermo, tenía la mirada fija en el mar—. *Joder*, Guillermo, no imaginas el lío mental que tengo. Yo, que removí cielo y tierra para que Mónica me hiciera caso, ahora resulta que no sé si es amor lo que siento por ella. ¿Sabes todo lo que le dije? La llamé cobarde por no ser capaz de aceptar lo que había entre nosotros y ahora yo…

—David, date un tiempo, igual todo vuelve a la normalidad, ahora que Mónica recupera su vida.

—¿Y si no?

—Pues, no sé, igual tendréis que hablarlo —Guillermo se agachó, cogió una piedra y la lanzó

al mar con todas sus fuerzas—. Igual febrero nos arregla nuestra vida sentimental.

—¿Nuestra? —Asombrado se giró hacia su amigo, aquello sí que no se lo esperaba— ¿Sara y tú tenéis problemas?

—No, exactamente —Cogió otra minúscula piedra y la lanzó al mar—. Entre nosotros no ha pasado absolutamente nada, no hemos pasado más allá de los besos. Escúchame —Serio miró a su amigo—, esto que te voy a contar que quede entre nosotros, nadie puede saberlo.

—¿El qué? ¿Me vas a decir que eres impotente? —intentó bromear, borrando la sonrisa de inmediato al ver la mirada de Guillermo— Perdona, Guille. Sabes que soy una tumba.

—El *gilipollas* de Kevin forzó a Sara —Los ojos de David mostraron su sorpresa e indignación—. Nadie, salvo la psicóloga y yo lo sabemos, por favor, le prometí guardar el secreto a Sara, pero necesitaba hablarlo con alguien.

—¡Menudo *cabrón hijo de puta*! ¡Así no me gustó su cara al conocerlo! ¿Por qué no lo denunció?

—Llámalo miedo, vergüenza, que estaba enamorada de ese *gilipollas* y, que temió que nadie la creyera, no opuso resistencia más que verbalmente y…

—¡Me da igual! ¡No es no! ¡*Joder*!

—David, no puede saber que te lo he contado.

—No te preocupes, mis labios están sellados. ¡Me cago en todo! —Dio un puntapié a la arena — ¿Tiene miedo? —Guillermo asintió con la cabeza— Puaff…

De manera inmediata se dibujó la sonrisa en los labios de Daniel al escuchar las risas de Carolina y Mónica nada más meter la llave en la cerradura, meses hacía que no escuchaba a su hermana reír así, la felicidad le sobrevino al recordar las lágrimas de alegría de Mónica al enterarse que la pesadilla había llegado a su fin. Abrió la puerta y agudizó el oído al escuchar una tercera risa, una risa masculina que, no era capaz de ubicar, no era la de su hijo, tampoco la de David.

Intrigado dejó las llaves y el casco en su sitio y quitándose la cazadora entró en el salón.

Sorprendido ante la presencia de Sergio, sus ojos se encontraron con la risueña mirada de Carolina, que le dedicó la mejor de sus sonrisas y, cual resorte se levantó para saludarlo con un cálido beso en los labios.

—Hola —saludó a todos—. Hola, Sergio, cuánto tiempo —Se acercó al invitado y le dio la mano.

—Hola —respondió sin borrar la sonrisa, dibujada en su cara desde el mismo momento en el que se había encontrado con Mónica. Se levantó para corresponder al amistoso saludo del recién llegado. —. Cierto, desde fin de año. La casualidad hizo que me topase con Mónica y aquí terminé, porque entre las dos me liaron para que comiera con ellas, pero ya me marcho.

—¿Ahora que llego yo?

—Me toca hacer de padre, he de ir a por Marcos a un cumpleaños. Está con Maribel y quedé con ella en pasar por allí a recogerlo. Hablando de Marcos —clavó la mirada en la de Mónica, quien no había apartado la mirada de él en todo el tiempo—, has de saber que no ha olvidado vuestra cita. Mínimo una vez a la semana me pregunta por ti y vuestros planes cinematográficos.

Daniel miró atento a su hermana, no sabía si el brillo en su mirada era consecuencia de las inmejorables noticias recibidas aquella mañana, pero sus ojos brillaban de una manera especial, de hecho, no recordaba haber visto jamás aquel fulgor en sus ojos. Con disimulo miró a Carolina, ella le sonrió e hizo un levantamiento de cejas, por toda respuesta.

—Para ser sincera, ya no recordaba nuestra cita.

Carolina hizo un gesto a Daniel al ver un atisbo de pregunta en su mirada, ella tampoco sabía de qué hablaban Mónica y Sergio. Al igual que Daniel, aquella era la primera noticia de que ellos se hubiesen visto en algún momento en el último mes.

—Perdonad que me entrometa en vuestros asuntos —intervino Carolina—, ¿estáis hablando de Marcos?

—Sí, ya sabes que Sami por quien siente devoción es por ti —Sergio le guiñó un ojo con una sonrisa burlona en los labios.

—Vaya…Vaya de lo que uno se entera. Así que Sami, ¿hay algo que tenga que saber, Carol? —La abrazó por la espalda.

—No, ya te digo yo que no —respondió mirando con los ojos entrecerrados a Sergio, que la miró divertido—. No le hagas caso a Sergio, es muy exagerado, yo creo que tantos años compartiendo su vida con una escritora lo ha hecho crear mundos inventados.

—¿Perdona? —Sin disimular su diversión contestó el aludido— Ya te digo que no tengo ni un ápice de la imaginación de Maribel, y de mis hijos el único que la ha heredado es Marcos. Y tú, Carolina, lo quieras o no, encabezas el top 10 de las profesoras *buenorras.* —Sin poder evitar una carcajada respondió Sergio bajo la atenta y retadora mirada de Carolina.

—¿Lista de profesoras *buenorras*? —Se interesó Daniel a quien le costaba no reír, especialmente al ver la cara de Carolina— Eso me huele que no tiene nada que ver con que seas buena, lo cual no dudo de que lo seas.

—No, no tiene nada que ver —respondió Sergio—, que también, parece ser que, a pesar de ser muy quisquillosa, es el summum de la perfección.

—Vaya…Vaya…Así que eres el mito erótico de tus alumnos.

—¡Nooo! ¿Pero tú, de verdad, le haces caso a Sergio? —Un color le iba y otro le venía.

—¿Por qué no iba a hacerme caso? —Sergio no podía disimular la diversión— No miento, lo sé de buena fe, he oído a mi hijo y sus amigos. De hecho, he de decir que sus amigos me miraban como a un héroe cuando tú y yo estuvimos saliendo.

Sergio no paraba de reír, a sus risas se sumaron las de Mónica y Daniel, mientras veían a una

sonrojada Carolina que no sabía dónde meterse.

—Sois una panda de idiotas —Carolina los miró a los tres de manera amenazadora—, estáis más tontitos que mis alumnos.

—Cariño, no te mosquees, yo los entiendo. No conozco a tus compañeras, pero sin ánimo de ofender, para mí también encabezas el top 10.

—¿Puedo saber qué cita tienes con Marcos? —Se dirigió a Mónica al tiempo que se refrescaba con las manos las enrojecidas mejillas.

—Quedamos en ver *Brave* —respondió Mónica, quedándole claro que su cuñada no se conformaría con esa respuesta—. El día del accidente de Vivi nos encontramos en el hospital, creí que te lo había contado…

—No, primera noticia… —Con claro retintín respondió.

—Lo olvidaría con la tensión del día y los nervios de la operación —Sus ojos y los de Sergio se cruzaron y sonrieron antes de toparse con los inquisidores de Carolina, que perdía a gritos más explicaciones—. Marcos me contó una historia sobre sus hermanastras, que llaman a Maribel por el nombre de no sé qué personaje por llamarse de una manera y ser conocida por otro nombre y, añadió que las niñas se parecen a la protagonista de *Brave*, al ver que yo no sabía de qué hablaba me propuso ver juntos la película y no pude negarme.

—Marcos no admite un no por respuesta. —intervino Sergio.

—*Joder* con tu hijo, ya apunta maneras, no se anda con rodeos, ya con citas.

—No todo el mundo necesita pensárselo durante veinte años —Soltó Carolina antes de saltar por las cosquillas de Daniel.

—Te recuerdo que esto es tema de dos —Desafiante y con una sonrisa burlona replicó Daniel.

—Tú eres el que te das por aludido —Lo miró risueña y besó en los labios.

—Sergio, te acompaño —comentó Mónica—. Me voy para casa, la parejita parece estar necesitada de intimidad, es lo que tiene haber hecho el tonto tantos años, ahora parecen adolescentes.

—*Teta*, no te pases.

Ninguno de los cuatro escuchó la puerta abrirse y los pasos de Guillermo, que al escuchar la voz de su tía corrió al salón sin soltar sus cosas, moría por abrazarla. Los ojos de tía y sobrino se encontraron y sonrieron. Sin darle tiempo a reaccionar Guillermo abrazó y levantó en brazos a Mónica.

—De todo se sale —Sin soltarla le susurró. Solo al ponerla en el suelo sus ojos se tropezaron con la mirada de Sergio, curiosa le resultó su presencia. Vocalizó un silencioso saludo sin separarse de su tía—. Acabo de pasar por tu casa, David y yo nos extrañamos de no encontrarte allí.

—Ya bajaba —Con una sonrisa socarrona continuó buscando la complicidad de su sobrino en su mirada—, tus padres comenzaban a necesitar quedarse asolas.

—Puaff… Ya imagino —resopló divertido—. No hay Dios que los aguante. ¡Eh! —se quejó al darle de pleno en la cabeza el cojín que Daniel acababa de lanzarle.

—Bueno, yo he de irme ya. Carolina, gracias por la invitación, la comida estaba deliciosa.

Con una sincera sonrisa Carolina se acercó para darle un cariñoso abrazo y un par de besos en las mejillas.

—Vuelve cuando quieras y, ya hablaremos tú y yo —le dijo en baja voz.

—¿Hablar? —En el mismo secretismo extrañado preguntó Sergio —¿Sucede algo?

—No lo sé, eso tendrás que contármelo tú.

—No entiendo —respondió sin subir el tono. El confidencial tono de la pareja se convirtió en

el punto de interés del resto. Sergio se fijó en los ojos de Carolina, que discretamente señalaba a Mónica. —. No…No…No…Ya Maribel me soltó algo similar y te digo que no.

—¿No te parece curiosa nuestra coincidencia?

—No, ambas estáis igual de mal de la cabeza —sonrió—. Ambas preferisteis a otro.

Su respuesta pilló totalmente desprevenida a Carolina, que no pudo evitar soltar una sonora carcajada, Sergio tampoco, al tiempo que los otros tres se miraban sin entender, aunque Daniel intuía el que podía ser el tema de conversación.

David salió corriendo al pasillo nada más escuchar abrirse la puerta. Su amplia y sincera sonrisa subió de inmediato a sus ojos que intensificaron su impresionante color azul. Mónica sonrió, las lágrimas inundaron sus ojos, lágrimas de alegría, antes de ser atrapada por sus brazos. Largos minutos estuvieron abrazados en medio del pasillo. Minutos en los que no hubo besos, ni tan siquiera palabras, aquel abrazo hablaba por ellos sin necesidad de vocalizar una sola palabra.

—Gracias, David, nunca te estaré lo suficientemente agradecida. Esta guerra la hemos vencido juntos —Sin soltarse de sus brazos comentó Mónica—. No sé si hubiese podido superarlo sin ti.

—Eso no lo dude, doctora Alberola —David la hizo mirarlo levantando con los dedos su barbilla—. Si algo tengo claro, doctora Alberola, es que usted puede enfrentarse sola contra los gigantes y hacérselos ver a los que solo vean molinos.

—David, eres increíble —Sin apartar la mirada de la de él comentó—. De verdad, mil gracias por todo lo que has hecho por mí en estos meses.

David la estrechó con fuerza y la besó en la cabeza. Ahí justo en ese momento los dos se dieron cuenta que todo había cambiado, que meses atrás a aquella altura ambos ya hubiesen estado sin ropa. Sin embargo, ambos callaron, ambos se sintieron culpables por lo que sentían, o por lo que no sentían. Ninguno fue capaz de iniciar una conversación que les aterraba por igual.

Un piso más abajo Jimena entraba en la habitación de Sara, en los últimos meses su amistad se había visto fortalecida, rara era la tarde que ambas no compartían un café a la salida de clase.

—Me dijo Guille que Mónica está completamente limpia, que ni siquiera necesitará radio —

Sara bajó el volumen de la música, para concentrarse en su amiga y no en la voz de Harry Styles.

—Sí —respondió con una amplia sonrisa sentándose a los pies de la cama.

—¿Quieres que subamos a verla o ya has estado con ella?

—No —contestó mirando la punta de sus zapatos como si buscara en ellos alguna tara.

—¿Ocurre algo? —Sara se sentó junto a su amiga y la obligó a mirarla a la cara, algo le decía conocer lo que le ocurría a su amiga.

—Ocurre que soy imbécil, Sara.

—Sea lo que sea, lo que hayas hecho, dudo que merezcas ese calificativo, ¿cuál sería el mío entonces? —La tomó de las manos— Dime, tú supuesta imbecilidad guarda relación con cierto *macizorro* de ojos azules. No me equivoco, ¿verdad?

Jimena demostró su gesto de sorpresa, pues, si bien era cierto que su primo conocía su secreto, él le había prometido no contar nada a nadie y, sabía que podía confiar en él plenamente.

—Guille es un bocazas —dijo sin recordar que ella misma le había confesado a su amiga que David le gustaba.

—No, Guille no me ha dicho nada —sonrió—. No era necesario, tus ojos, tus sonrisas, tus gestos hablan por ti desde el mismo momento en el que David regresó a nuestras vidas y, bonita, tú misma me lo dijiste en su momento.

—¡Genial, solo queda que mi tía lo sepa! Bueno, seré idiota, ella lo sabe, me oyó decírselo a Guille, pero ahora pensará que yo sigo… ¡*Mierda*! —Se tapó la cara con las manos.

—Jimena, dudo que Mónica haya tenido los sentidos en forma en estos meses —Le destapó la cara y obligó a mirarla—. ¿Ha ocurrido algo entre David y tú?

—¡Nooo! ¡Es el novio de mi tía! El problema es que yo me había propuesto mantenerme alejada, pero en los últimos meses nos hemos visto cada día y, a mí eso no me ayuda nada. Todo lo contrario, me he enamorado de él, no es un simple capricho, nunca antes sentí algo igual —Lloriqueó—. Esto es horrible, Sara, tengo una opresión en el pecho por el sentido de culpabilidad, al tiempo que parezca tener una legión de alocadas mariposas aleteando junto a las paredes del estómago. *Joder*, Sara, cada día me acerca a casa y, lo peor es que no tengo excusas para que no lo haga y, tampoco tengo fuerza de voluntad para buscar esa excusa. No sé qué hacer, Sara —Las tímidas lágrimas se tornaron en un desconsolado llanto—. Te juro que he pensado plantearles a mis padres irme a estudiar fuera, pero, no sé qué motivos dar —Sara le enjugó las lágrimas y la abrazó con fuerza.—. No puedo ir en contra de mis propios sentimientos, estoy tan mal que mi imaginación me la juega porque a veces creo que él siente lo mismo por mí.

—No creo que sea tu imaginación, Jimena, yo también estoy segura que David se siente atraído por ti —Sonrió al ver la atónita mirada de su amiga—. Sí, no me mires así. Si en un principio pensé que no tenías nada que hacer, ahora ya no lo veo así, David ya no te mira igual.

—Peor me lo pones, no quiero hacerle daño a mi tía.

Con una sincera sonrisa de oreja a oreja y un brillo especial en sus oscuros ojos Sergio entró en el recinto del Gulliver, había niños por todos lados, oteó en las alturas del gigante en busca de su hijo, pero no consiguió verlo. Por el contrario, Maribel sí lo vio a él, se excusó con las madres señalando a su despistado exmarido, que seguía en su intento de distinguir a su hijo en alguno de los múltiples grupos de niños.

Maribel lo observó con curiosidad, algo había cambiado en el rostro del que fuera su primer amor y marido durante dos décadas. No estaba segura, pero intuía lo que estaba pasando, lo conocía demasiado bien cómo para no apreciar aquel brillo especial en sus ojos.

—Muy buenas tardes —dijo al llegar junto a un despistado Sergio que acababa de distinguir a su hijo, que feliz lo saludaba desde lo más alto del tobogán.

—Hola —Sorprendido se giró hacia ella para saludarla—. No te había visto.

—Ya me había dado cuenta —Lo miró sonriente mientras observaba sus resplandecientes ojos marrones y aquella sonrisa de la que un día se enamoró.

—¿Qué pasa? —Extrañado por la mirada y sonrisa de su exmujer preguntó al tiempo que pasaba la mano por la barba, por si tenía algo en ella— ¿Tengo algo?

—Sí, tu más bonita sonrisa en la cara, esa de la que un día me enamoré como una tonta.

—¿Maribel, estás intentando ligar conmigo? —Rio a sabiendas que esa pregunta era absurda.

—No, para nada. Mucho te quise y, te quiero, pero ya no es igual.

—Lo sé —respondió dejándole un beso en las mejillas—. ¿Entonces me explicas qué sucede?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Maribel, la pregunta sobra.

—¿Con quién estabas? —Suspicaz se interesó, aquella pregunta sí que lo pilló por sorpresa— Sabes que no me meto en tu vida, pero quiero saber, aunque creo saber quién ha hecho que tus ojos resplandezcan.

—¿Qué?

—No pongas esa cara, Sergio, te conozco demasiado bien —Le acarició el brazo izquierdo y se colgó de él—. Dime, ¿me equivoco al pensar que estabas con la chica que me presentaste

cuando el niño se rompió el brazo? ¿Cómo se llamaba?

—¿Qué?

—¿Carolina? No, Carolina es la tutora de tu hijo. Por cierto, hubiese sido curioso que nuestras parejas tuvieran los ojos azules…

—Maribel, de verdad, deberías darle descanso a tu imaginación —replicó sin parar de reír. —. Mónica, se llama Mónica y justamente es la cuñada de Carolina, con ambas estaba. Carolina me invitó a comer, por eso, te dije que venía caminando, claro que ahora tu hijo igual se queja cuando se entere que hemos de ir a por el coche.

—Así que estabas con Mónica… —Se mordió los labios.

—Maribel, no estés inventando. Ya te lo dije la otra vez, no hay nada entre Mónica y yo y, ya se lo dije también a Carolina. Vosotras dos estáis rematadamente mal de la cabeza —Le costaba aguantar la risa viendo la cara de ella—. No hay nada entre Mónica y yo, solo nos llevamos bien. Además, ella tiene novio.

—Tú tenías mujer —respondió sin pensar, arrepintiéndose al ver su cara—. Perdona, no quise decir eso.

—No, es verdad, tienes razón y, como ya la cagué una vez, no pienso volver a hacerlo.

—Sergio, escúchame atentamente —Se soltó de su brazo y lo sujetó por la barbilla para que la mirara a los ojos—. Conmigo metiste la pata, eso lo sabes tú y lo sé yo, pero ya hemos pasado página. Ahora entiendo que no quieras volver a meter la pata, pero yo hacía mucho que no te veía ese brillo en los ojos, ese con el que un día me miraste a mí y contemplas a nuestros tres —explicó con la mejor de sus sonrisas sin soltarle la cara—. Cariño, no sé qué relación tiene Mónica, pero yo sé lo que vi aquella mañana en el hospital y sé lo que veo ahora.

—Maribel, no insistas, Mónica tiene novio, por cierto, también tiene los ojos azules.

—Igual esta vez ocurre a la inversa y ella cambia los ojos azules por tus impresionantes ojos marrones.

—Maribel, estás loca —replicó con un pinchazo en el estómago y sin poder parar de reír.

Tras darse una larga y relajante ducha Daniel se dejó caer en el sofá junto a Carolina, que estaba inmersa en la lectura, le levantó las piernas y las puso sobre las suyas, ella sonrió por el gesto y lo miró por encima del libro antes de seguir con la lectura.

—Carol, ¿qué ha sido lo de antes?

—¿El qué? —Volvió a mirarlo por encima del libro, con suaves culazos recorrió el poco espacio que los separaba y se sentó sobre sus piernas.

—Lo de Sergio… —Saboreó el suave besó dejado por ella en sus labios.

—Dani, ¿no irás a ponerte celoso ahora? —Cerró el libro, se estiró y dejó sobre la mesa.

—No, para nada, sobre todo, porque me pareció que no estaba interesado por mi rubia.

—¿Tu rubia? —Con una media sonrisa en los labios y ojos burlones preguntó.

—¿No eres rubia? —La besó—. No, en serio, ¿qué ocurre entre esos dos?

—Sabes lo mismo que yo.

—Pero, ¿qué hacía aquí Sergio? Y ojo, me parece fantástico que mantengáis vuestra amistad, solo es que me resultó curioso.

—Vinieron juntos. No sé mucho más que tú, parece ser que se encontraron cuando Mónica salió del hospital, se fueron a tomar un café y tu hermana olvidó que iba en mi busca.

—Así que mi hermana se olvidó de ti.

—Eso es.

—Y también olvidó contarte que anteriormente lo había visto.

—Exacto.

—Y Sergio te llamó cuando la operaron para saber de ella.

—¿Puedo saber a dónde quieres llegar? —preguntó antes de besarlo largamente.

—Mmm… Ese beso me ha hecho perder la memoria.

—¿La recuperarás si vuelvo a besarte?

—Tal vez —La rodeó por la cintura, apoyó la frente en la de ella—, estos meses se me han ido sin darme cuenta, casi hace un año de mi regreso.

—¿Echas de menos Nigeria?

—No más que a ti cuando vivía allí.

—Bien que lo disimulabas —lo recriminó con una sonrisa antes de besarlo—. Mañana tenemos comida.

—¿En casa? —Sin dejar de besarla se interesó.

—No, si el tiempo acompaña en la terraza, Juan se ha ofrecido a hacer una paella.

—¿Hoy tenemos planes? —Mordiéndose el labio inferior preguntó.

Carolina levantó la mirada encontrándose con la burlona cara de su hijo que renegaba con movimientos de cabeza.

—Hijo mío, siempre llegas en el mejor momento —Aguantando las ganas de reír dijo Daniel, que no necesitó girarse para saber que a su espalda se encontraba el aludido.

—Es mi mayor destreza —respondiendo riendo—, desde mi procreación —le dio un par de palmadas en los hombros a su padre.—. Mi misión en la vida es convertirme en tu *coitus interruptus*.

Carolina estalló en carcajadas al ver las caras de padre e hijo, pronto se sumaron las de ellos dos.

Capítulo 33

1 de febrero, 2020

Aquel primer sábado de febrero, nadie faltó a la cita. Bueno, todos salvo Merlín, que se quedó maullando tras la puerta del 1ºB por no poder salir a pasearse por las escaleras. Y es que el gato de mis vecinos, es un gato de lo más peculiar, no huye de besos y abrazos, pero tampoco entiende que su sola presencia genera problemas respiratorios a Carolina. Aquel sábado Juan y Ana decidieron dejar Pickwick en manos de sus empleados para ellos poder celebrar la total recuperación de Mónica.

No había ni una sola cara que no luciera la mejor de sus sonrisas, todos habíamos vivido con el corazón en un puño en los últimos meses. Entiéndase que todo esto es metafórico, que mi hermano y yo solo conocemos la voz de Mónica, pero, sí notamos la tristeza de mamá cuando se enteró de lo ocurrido, o de su nerviosismo la mañana que entró en quirófano. Y es que el 9, más que vecinos somos familia, todos estamos al tanto de las vidas de todos, de las alegrías, de las tristezas, de los amores y las rupturas…

A media mañana el tránsito por las escaleras era continuo, las primeras en subir a la terraza fueron Sara y Jimena, la segunda había pasado la noche con Sara; muchas eran las noches de viernes y sábado que ellas dos junto a David y Guillermo se reunían en el comedor de Sara o Guillermo para estudiar. A Daniel y Carolina les causaba risa y, como no decirlo, un tanto de nostalgia, al reconocerse a ellos mismos en aquella costumbre; pues, siempre estudiaron juntos e intercambiaron información de las materias en las que estuvieran trabajando y, su hijo parecía haber heredado aquella costumbre. Por aquellas puestas en común de las más variopintas materias, Daniel no se asustaba ante la Lexicología, la Semántica o la Morfosintaxis y Carolina se manejaba, cual pez en el agua, con las extrañas palabras médicas.

Aquella noche, sin embargo, las chicas no la pasaron estudiando sino preparando un enorme cartel, en el que rezaba el lema del día: «Celebrando la vida». Poco les llevó terminar el cartel, a ambas se les daba bien las manualidades y en un par de horas tenían todo terminado; dedicando el resto de la noche a contarse sus andanzas en el amor. Y así, Sara le confesó a su amiga el mayor de sus secretos para asombro de Jimena, que soltó por su boca todos los descalificativos que pasaron por su cabeza.

Lo curioso es que Sara sintió quitarse un peso de encima al sincerarse con su amiga y, aquella noche supo que necesitaba abrirse al mundo o, al menos, con aquellos a los que ella consideraba su familia y, habían estado a su lado desde el minuto cero de enterarse de lo sucedido. Sabía que, solo así, se sentiría liberada de todo lo ocurrido y, podría continuar con su vida y dar el paso en su relación con Guillermo, que tanto ansiaba y aterraba a partes iguales.

A la una Carolina y Ana preparaban la mesa bajo la glorieta de madera, mientras que Juan y Daniel miraban al cielo y rezaban para que las nubes no descargaran el agua con la que amenazaban y poder hacer la paella con tranquilidad. A la una y media, tras la enorme barriga de treinta semanas de mi madre, llegamos el resto de los vecinos, homenajeada incluida, que no pudo evitar emocionarse al ver el enorme cartel y, especialmente, al encontrarse sobre la mesa un paquete a su nombre, abrirlo y descubrir una foto del día en el que todos los habitantes del nº9 de la avenida Felicidad decidieron raparse sus cabezas.

A las lágrimas de Mónica se le sumaron las de mi madre, cuyo cuerpo era una bomba de hormonas, en aquellos días no podía ver a alguien llorar y no empatizar con sus lágrimas. Y claro, bien dice el dicho que no hay dos sin tres, así que, Carolina cayó de inmediato, Ana no fue

menos a la que siguieron Sara y Jimena para sorpresa del género masculino que las contemplaban emocionados y asombrados. Aquí entre nosotros, a Daniel se le escapó alguna lagrimita, él no lo sabe, pero el *tete* y yo vimos cómo se las secaba disimuladamente.

—Por más días como este —Daniel se puso en pie y alzó su copa—. *Teta*, no vuelvas a darnos más sustos de estos, yo me vine de Nigeria para tener una vida relajada y tú me recibes así.

—No mientas Dani, te viniste por la rubia que está a tu lado —Le dedicó la mejor de sus sonrisas—. Sobrino, lo siento, eres mayorcito para saber que no fue por ti sino por tu madre.

—No te preocupes tía, a estas alturas lo tengo más que claro —Con cara de burla miró a sus padres que estaban al otro lado de la mesa—. Dudo que exista otros padres más empalagosos, que estén todo el día con arrumacos, abrazos y besos.

—¡Envidioso! —rechistó Daniel, sin intuir que algo de envidia sí que tenía su hijo.

Todos salvo Sara se rieron con el «envidioso» de Daniel. Guillermo posó los ojos en la mirada de su novia y le dedicó un guiño.

—Igual, sí que tiene algo de envidia —Casi en un susurro dijo Sara consiguiendo la atención de todos—, pero no es culpa suya. Diría que es mía, pero él, la psicóloga y todos me regañaríais.

Sara esbozó una tímida sonrisa, Jimena le acarició la mano que tenía a su lado y David, que estaba sentado entre ella y Guillermo y, no junto a la homenajeada, le acarició la otra. Ahí, en ese gesto, Sara supo que su novio se había desahogado con su mejor amigo, al tiempo que Guillermo también supo que su prima conocía el pesado secreto de Sara.

—Papá, mamá, no quiero que os enfadéis —El silencio se había apoderado de la mesa, un suave chirimiri comenzó a hacer acto de presencia, pero nadie se levantó de la mesa—, si en su momento no os lo conté fue por dos motivos: no preocuparos y por vergüenza. Solo me atreví a contárselo a Guillermo y, porque se pone muy pesado —le dedicó una sonrisa a su novio, que la contemplaba sin pestañear, nunca imaginó que Sara se atreviera a soltar el lastre que arrastraba con ella desde hacía casi un año—. Guille me obligó a contárselo a la psicóloga y, no entendió que callara en su momento, como sé que ninguno de vosotros entenderá que callase y no denunciara…

—Sara… —musitó Juan con los ojos enturbiados por las lágrimas porque empezaba a intuir cuál era el secreto de su hija— ¿Por qué callaste?

—Porque me dio vergüenza, porque me obligué a creer que no había ocurrido y, porque no opuse resistencia —Sara tomó una bocanada de aire, la voz le temblaba—. Dije que no, yo no quería, no quería que mi primera vez fuera de esa manera, pero él no me hizo caso… —hizo una breve pausa, tenía la atención de todos puesta en ella. Nadie rompió el silencio, todos respetaron el momento, de alguna manera sabían que ella necesitaba soltar aquel duro momento de su vida que tanto pesaba en su interior—. Yo, aunque no lo creáis y no lo entendáis, quiero pensar que no me oyó. Nunca más volvió a pasar, a su modo se disculpó.

—¡Será *cabrón*! —gritó Ana con los ojos llenos de lágrimas— ¿Por eso fue la rosa? ¿Puedo ser más imbécil?

—Mamá, nos manipuló a todos, pero ya está —Sara le dedicó una sonrisa y se secó las lágrimas que se le habían escapado mientras hablaba—. Yo… Yo… No iba a contar esto, ni tenía la intención de enturbiar la celebración de Mónica, pero anoche sentí una liberación al compartir mi secreto con Jimena. Supe que, para poder alcanzar la felicidad plena tenía que contarlo e, igual así poder ser capaz de no temblar cuando Guille me toca y, que él deje de tener celos de sus padres —dijo con una amplia sonrisa en los labios, consiguiendo de vuelta el guiño de Daniel.

—Sara, cariño, tú no enturbias nada —Mónica se levantó y abrazó a Sara—. Yo ya tengo bastante con haber superado el cáncer y estar enterita, bueno, tengo una bonita cicatriz, pero ahí

queda como prueba de haber ganado no solo la batalla sino la guerra. Y, tú, de alguna manera hoy también has terminado de ganarle la guerra a tus miedos.

Uno a uno, todos se fueron levantando de la mesa para abrazar a la más joven de mis vecinas, hasta terminar fundida en un abrazo con sus emocionados padres.

—Lo siento, papá —Lloriqueó abrazada a su padre.

—Ni se te ocurra pedir perdón, peque —Juan la sujetó por la barbilla para que lo mirase a los ojos—. Escúchame, peque, no más secretos.

—Ya no hay más secretos, papá, te lo prometo.

—A mí lo que me importa es que estés bien, ¿necesitas volver a terapia?

—No, de verdad que no, papá. Estoy bien, de verdad —Su amplia sonrisa hizo brillar sus enrojecidos ojos—. No me había dado cuenta del daño que me estaba haciendo callar esto, necesitaba soltarlo para poder zanjar del todo la historia. Te prometo que soy muy feliz.

—Me alegro, peque —La besó en la frente y acarició su melena—, ahora que no me cruce nunca con el Mel Gibson de pacotilla.

—¿Mel Gibson? —Sin entender preguntó Sara.

—¡Kevin! —exclamó Ana, que estaba callada junto a su marido e hija, estallando en carcajadas y provocando las de ellos y el resto— Te confundes de actor.

El estruendo de un trueno los avisó de la inminente llegada de la tormenta. De inmediato todos se pusieron en marcha para recoger e, invitados por Daniel y Carolina acudir a su casa para allí disfrutar del café y la *cheescake*, que Ana había hecho para la ocasión.

El cielo estaba completamente negro y las nubes empezaban a descargar con rabia el agua contenida en sus enormes barrigas cuando Daniel vio a Sara retener a su hijo, no les dijo nada, sabía que necesitaban un momento a solas, aunque fuera bajo la tormenta, así que bajó las escaleras y entró en su concurrida casa.

—¿Estás bien? —sujetando la cara de Sara entre sus manos se interesó Guillermo— Además de increíble, eres valiente —La besó dulcemente en los labios—. Ahora mismo has de pesar menos, y no hablo de kilos físicos, sino de los que nos cargamos con nuestros problemas y preocupaciones.

—Lo necesitaba y no solo por mí, sino por nosotros. No quiero volver a estremecerme de miedo cuando me tocas y, mi propio cuerpo me pide más. Necesito con urgencia saber qué se siente al hacer el amor.

—Sara… Sara… —Sus brazos rodearon su cintura y la levantaron en peso—. No me digas esas cosas que me pongo tontito.

—Guille, reconoce que tontito ya estabas —Le dedicó la mejor de sus sonrisas al tiempo que se abrazaba a su cuello y lo besaba.

—¿Os habéis enterado que hay un caso de Covid-19 en La Gomera? —comentó Antoine— ¿Daniel, crees que esto nos va a afectar como hace diez años la gripe A?

—¿Qué quieres que te diga, Antoine? —Daniel dejó la taza de café en la mesa— Es normal que el virus ya saliera de Wuhan, hoy en día todos estamos intercomunicados y, no solo por las redes.

—Daniel, por favor, dime que nosotros no vamos a estar como en Wuhan, porque yo no podría soportar quedarme encerrada entre cuatro paredes —Vivi se santiguó, todos esbozaron una sonrisa por su gesto, ninguno quería verla en esa situación—. Demasiados cambios en poco tiempo, como para que me encierren sin poder salir.

—No te preocupes, Vivi, no creo que vayamos a llegar a ese extremo —respondió Ana—, ¿me equivoco? —miró a Daniel.

—Por nuestro bien, eso espero, pero no soy virólogo y la OMS aún no ha decretado nada, más allá de declarar la epidemia, pero cierto que los casos comienzan a llegar al mundo occidental.

—Por favor, Dani, no me digas que, ahora que recupero el control de mi vida, he de asustarme por lo que se nos viene.

—Asustarte no, pero no creernos por encima de nadie sí. Pero, sinceramente, no os preocupéis, seguro que como dijo Antoine, esto se convierte en una nueva gripe A. Igual, tendremos que tener más cuidado y, nos toca pasar por cuadros gripales más fuertes…

—¿Me prometes que no me van a encerrar? —insistió Vivi.

—Vivi, yo no puedo hacer ese tipo de promesas.

—Muy mal, doctorcito —se quejó con una amplia sonrisa.

—No, señorita Viviana, muy mal usted, como la vuelva a ver comer un trozo más de tarta hablaré seriamente con su obstetra, que hoy se ha saltado todo lo saltable.

—Ay, Daniel, no me riñas, mis pepinos me pedían azúcar, entiéndelo.

Todos a aquellas alturas estaban acostumbrado a la nomenclatura con la que mis padres se referían al *tete* y a mí, pero la risa fue unánime. Risa que consiguió hacerles olvidar la realidad que se les avecinaba más rápido de lo imaginable y deseable.

—¿No creéis que ya es hora de que les pongáis nombres y dejéis de hablar de ellos con el nombre de la verdura de turno? Al final nacerán mis pobres sobrinos y los llamaremos coliflor y calabacín —Con una risa floja comentó Mónica.

—No conseguimos ponernos de acuerdo —intervino Antoine.

—Perdona, es que no voy a dejar que le pongas el nombre que se te antoje a mis hijos —Con movimientos ampulosos soltó Vivi.

—Nuestros, *ma chérie*, ¿creo que yo también participé?

—Lo que digas, pero me niego a que le pongas nombres franceses a mis…mis…

—¡Pepinos! —clamaron todos a voz de uno estallando en carcajadas a la vez que un nuevo trueno hizo temblar la cristalera de la terraza.

—¿Qué tienen de malo los nombres franceses? Además, solo eran opciones. Estamos en la semana treinta de embarazo y no tenemos nombres, al final, nacerán y serán como la criatura de *Frankenstein.*

—¿Estás llamando monstruos a mis hijos?

El silencio se hizo en la mesa al ver la cara de enfado de Vivi, así como la de incomprensión de Antoine.

—Vivi, no saques de contexto mi comentario y, te recuerdo una vez más que no son solo tuyos sino nuestros.

—¿Acaso tú los has cargado todos estos meses? ¿Acaso a ti te duele la espalda? ¿Acaso tienes problemas para dormir porque no sabes cómo acostarte?

—No Viviana, no los he cargado, tampoco me duele la espalda, siento que tengas problemas para dormir, así como todos los cambios hormonales que estás padeciendo, pero no puedo hacer nada que no sea ayudarte a llevarlo mejor, como creo estar haciendo —Nadie dijo nada, solo los truenos y la sonora lluvia osaron interrumpir a la pareja—. *Ma chérie* —La tomó de las manos —. ¿De verdad es necesario discutir por todo? Yo también estoy asustado, ¿crees que no tengo miedo? Nunca en mi vida he cuidado de un bebé, no tengo hermanos, y, claro está, tampoco sobrinos. Lo más cerca que he estado de niños son Sara y Guillermo, a los que recuerdo bajando y subiendo por las escaleras y dejándose resbalar por el pasamanos antes de llegar al patio.

—Ese era yo —interrumpió con una sonrisa David al recordar lo mucho que le encantaba de pequeño usar como tobogán el pasamanos de madera—. No me acordaba de eso y tú… —señaló a Jimena— Sí, tú, no te hagas la que no rompe un plato que alguna vez también lo hiciste.

Jimena se tapó la cara al notar las miradas de sus tíos en ella y escuchar las risas de Guillermo, Sara y David.

—No te preocupes, Vivi, les enseñaremos a nuestros primos a lanzarse con seguridad —comentó Guillermo sin disimular la diversión.

—¡Ni se os ocurra! ¿No podemos forrar la escalera? —Clavó la atemorizada mirada en Antoine— Espera, ¿tú veías a estos usar el pasamanos como tobogán y no les decías nada? ¿Piensas hacer lo mismo con nuestros hijos?

—He de decir que Antoine alguna vez nos regañó —replicó David dedicándole un guiño a Mónica al encontrarse con su pensativa mirada.

—¡No me sirve!

—*Ma chérie*, yo estoy aterrado también —La miró a los ojos y le acarició las enrojecidas mejillas—, pero estoy seguro que juntos haremos un buen equipo y, si no los tenemos a todos ellos.

—¿A estos que dejaban a sus hijos y sobrinos lanzarse por las escaleras?

—¡Eh! —se quejaron los aludidos sin disimular la sonrisa.

—¿Y si no los oigo llorar o, no sé si tienen hambre o les duele algo? ¡Peor! ¿Y si se me caen de los brazos? ¿Y si no sé darles de mamar?

—Vivi, cariño, ¿crees que tus miedos no los tuve yo? —Con una cariñosa sonrisa intervino Ana— Cuando nació Sara, yo estaba aterrada y, al mismo tiempo, agobiada, todo el mundo intentaba que hiciera las cosas a su manera y, al final, Juan y yo terminamos por ponerle condiciones a nuestras propias madres.

—Uff… ¡Ni me lo recuerdes! —interrumpió Juan— Parecían estar en un concurso para ver quién lo hacía mejor, mi madre estuvo semanas sin hablarme cuando le dije que Sara era mi hija y no la suya.

—No me puedo creer que la *iaia* estuviera enfadada contigo, si no sabe enfadarse.

—Contigo, que eres su nieta, pero yo soy su hijo —rio Juan—. Poco le duró el enfado, no podía soportar no ver a su nieta.

—Vivi, tener miedo es humano —intervino Daniel—. Puedo asegurarte que no conozco a una sola madre y, ya te digo que he conocido a unas cuantas —le dedicó un guiño—, que no sienta temor. Como médico y como padre, puedo decirte que todo se aprende, que enseguida aprenderás a diferenciar el llanto de tus hijos de otros, que sabrás por qué lloran…

—¿Y si no?

—No hay «y si no» —Serio respondió Daniel—. No pienses eso, pero lo importante es que entiendas que no estás sola, los hijos son cosas de dos, no intentes ir de *superwoman* y pretender hacerlo todo tú. Ambos tendréis que aprender a ser padres y tendréis que apoyaros; os aseguro que vais a vivir una etapa maravillosa, pero también muy dura.

—Cierto —Al unísono afirmaron Carolina, Ana y Juan.

—¿Cómo elegisteis el nombre de Guille? —Antoine acarició las manos de Vivi antes de entrelazar los dedos de su mano derecha con la izquierda de ella.

Daniel y Carolina se dedicaron una sonrisa, Guillermo los miró con interés, nunca les había preguntado a sus padres si su nombre tenía algún motivo.

—No fue fácil, la verdad es esa —Carolina sonrió a su hijo antes de mirar a mis padres—. De mutuo acuerdo decidimos que nada de repetir nombres, ni llevaría los nuestros, ni los de sus abuelos.

—Medio en broma, medio en serio, dijimos que, habiendo sido el *souvenir* tras un concierto de Sabina, tendríamos que llamarlo Joaquín si era niño y Sabina si era niña —intervino Daniel, su mirada buscó la de Carolina y la de su hijo.

—Pero yo no me llamo Joaquín —interrumpió Guillermo.

—No, no te llamas Joaquín —Carolina volvió a tomar la palabra—. Estuvimos casi todo el embarazo sin saber si eras niño o niña, cada vez que tocaba una ecografía cerrabas las piernas y no nos dejabas descubrirlo.

—Pudoroso que es uno —Con cara de burla contestó Guillermo—, pero sigo sin entender. No creo que os encomendarais a san Guillermo para saber mi sexo, no sois vosotros de creencias.

—No, más sencillo que todo eso —respondió Daniel—. El nombre de Joaquín no terminaba de gustarnos, especialmente, porque por ese entonces tu tía Mónica…

—¡Nooo! —Mónica soltó una carcajada— ¡No me acordaba de Joaquín!

—¿Un novio? —Al unísono se interesaron Guillermo y David.

—No, el téckel de Juan. Era una monada de perro.

—¿El perro se llamaba Joaquín? —A coro preguntaron Sara y Jimena, pellizcándose posteriormente por la coincidencia.

—Sí, Juan también es fanático del maestro —contestó Mónica—. ¡Dios, no me acordaba de

esta historia! Mira que Joaquín era un amor.

—Resumiendo, una tarde estábamos en casa de los abuelos y Mónica llegó con Juan y Joaquín y, decidimos que nuestro hijo no podía tener el mismo nombre que el perro. Éramos incapaces de visualizar a Sabina al pensar en el nombre, solo veíamos al téckel —explicó Daniel.

—A ver, pero eso explica por qué no me llamo Joaquín, no el motivo de mi nombre.

—¡Exacto! —exclamó el resto a los que les picaba la curiosidad.

—Guillermo es el nombre del profesor en el que coincidimos en clase por primera vez, nos lo encontramos la tarde que descubrimos que eras un niño y, supimos que era tu nombre —contó Daniel, mordiéndose el labio al ver la cara de su hijo.

—¿Eso es en serio? Mamá, ¿lo que dice papá es verdad?

—Del todo.

—Luego os mosqueáis cuando digo que sois unos empalagosos —Los desafió con la mirada sin disimular las ganas de reírse—, pero me pusisteis el nombre del profesor con el que os conocisteis.

—¿Preferías el nombre del perro? —replicó Daniel, consiguiendo las risas de todos los presentes.

—¿Y Sara? ¿Cuál es la historia de su nombre? —Se interesó Antoine.

—Esa me la sé yo —respondió Sara—, es una de las canciones favoritas de mis padres.

—Conocí a Ana en un concierto de Revólver, a los dos nos encantaba y encanta la canción de *Sara* y nos decantamos por ese nombre, sin dudarlo.

Un unánime «oh» se escuchó al tiempo que un nuevo relámpago iluminó el salón, todos dirigieron la mirada a la cerrada cristalera de la terraza, fuera no se veía más que la tromba de agua.

—Jimena, cariño, yo creo que hoy te quedas en casa —comentó Carolina—. El tiempo no tiene pinta de mejorar, no está ni para ir en moto ni en coche.

—Ya me estoy dando cuenta, en un rato avisaré a mis padres, así aprovecho y le robo a la tía unos libros de su biblioteca.

—Sabes que mi biblioteca está abierta para ti y para ti —Pasó la mirada de Jimena a David—. Y cambiando de tema y por pura curiosidad, ¿qué nombres tenías pensado, Antoine?

—De niño, Adrien, Didier, Ivo y Thierry —respondió mi padre, mirando por el rabillo del ojo a mi madre—. De niña me gustan Alizee, Colette, Cosette…

—Cosette como la de *Los miserables* —apuntó Carolina.

—Sí, exacto. También me gusta Jolie, Margot y Odette.

—¿Y tú, mi querida mexicana qué nombres tienes? —Mónica clavó la mirada en mi madre—, y has de saber que me gustan varios de los que ha dicho Barraud, así que mucho has de mejorarlo para decantarme por los tuyos —Le enseñó la lengua, gesto repetido por mi madre.

—Yo tengo dos de niña, los dos son de origen Maya. Uno es Itzel, significa lucero de la tarde y es la diosa del amor y la fertilidad —Todo mi cuerpo se revolucionó al escuchar el nombre de la diosa Maya, mucho me gustaban los nombres de mi padre, pero aquel era mi nombre.

—Creo que la niña ha votado —sonrió mi padre acariciando la barriga de mi madre—, así que quieres ser la diosa del amor y la fertilidad —dijo a la gran barriga de mi madre antes de besarla bajo la atenta mirada de todos—. *Ma chérie*, ¿me dejas dar nombre a nuestro hijo? ¿Podemos tener una Itzel y un Ivo? —Mi *tete*, ese que aún no se ha dado cuenta del minúsculo dedo que tiene entre las piernas, se movió a modo de contestación.

—Ya te ha respondido él —replicó mi emocionada madre antes de besar apasionadamente a mi padre.

—Se acabaron las verduras, ya tenemos nombres oficiales —dijo Ana, que disimuladamente se secaba el par de lágrimas que se le habían escapado al presenciar la escena de mis padres.

Capítulo 34

28 de febrero, 2020

Y así, como quien no quiere la cosa, el mes más corto del año, vio pasar los días de manera acelerada, como rápido fue el proceso de propagación de virus. De pronto, las noticias solo hablaban del coronavirus, y mientras unos se empeñaban en desmentir su virulencia; otros comenzaron a ver las orejas al lobo. Europa en peso se sobrecogió al ver anularse el bellísimo carnaval veneciano y, más aún, al ver como varias localidades del norte de la bota italiana eran confinadas por el elevado número de contagios. Sin embargo, mientras los italianos se entretenían cantando en los balcones, el resto del mundo siguió su curso, sin tan siquiera plantearnos que tras ellos iríamos el resto.

En mi escalera la vida siguió su curso natural, en casa de mis padres ya se podía respirar sin miedo a tragar polvo, la última semana de febrero el 1º y 2ºA habían dejado de ser dos pisos para convertirse oficialmente en un único bonito y amplio dúplex. Esa misma semana mi madre escribió el ansiado «fin» a la novela a la que Ivo y yo le debemos la vida. Mi madre no podía ser más feliz, sus cambios de humor desaparecieron junto a la capa de polvo y el ruido de las obras y, sobre todo, por haber logrado terminar la novela antes de nuestra llegada.

Ahora solo había dos puertas en el primer descansillo, en el segundo piso solo quedaba la entrada al 2ºB. Allí la vida seguía igual, bueno, igual…igual no, quiero decir que Mónica y David seguían viviendo juntos, ninguno de los dos se había atrevido a exteriorizar sus sentimientos. Sin embargo, ambos eran conscientes que su relación era totalmente diferente, eran más compañeros de piso que pareja. Sí, compartían cama, pero solo para dormir, dos meses hacía que no compartían más que algún beso o abrazo.

Tal vez, todo era como consecuencia de compensar la realidad amorosa del patio, pues, los que ya no solo se limitaban a compartir besos y abrazos eran Sara y Guillermo. Mi guapísimo y maravilloso vecino le preparó un fin de semana romántico en el chalet de sus abuelos en Moraira para celebrar san Valentín, fin de semana en el que Sara supo lo que verdaderamente era hacer el amor.

—Me encanta, Vivi —Tras recorrer el salón, la amplia cocina-comedor con la nueva puerta de cristal que daba a la terraza interior, en el que mi madre había hecho instalar un jardín vertical en la pared medianera, en el que había plantado un buen número de hierbas aromáticas, comentó Mónica—. No es porque Ismael sea mi hermano, pero es muy bueno, y mi cuñada Teresa no se queda atrás, es una diseñadora de interiores increíble. Hizo maravillas en el ático de mi hermano, pero aquí no se ha quedado atrás, ha mezclado los estilos de vosotros dos a la perfección.

—Sí, la verdad es que sí.

Mónica clavó la mirada en mi madre al verla llevarse las manos a la barriga y detenerse junto a la puerta del que fuera dormitorio de mi padre transformado en un enorme despacho compartido por mis padres.

—Vivi, ¿estás bien?

—Sí, no es nada, son las dichosas contracciones de Braxton Hicks.

—¿Seguro? —Con cara de preocupación insistió.

—Sí, no te preocupes. Ayer estuve en revisión y mi guapo doctorcito —dijo con una traviesa sonrisa que hizo brillar sus ojos—. Mira que es guapo tu hermano, entiendo que Carolina estuviera enamoradísima de él, porque encima es encantador, aunque a mí me tiene al hilo.

—¿Qué te dijo mi hermano? —Con diversión se interesó.

—Que Itzel e Ivo —Se acarició la barriga con deleite— se encuentran perfectamente, están bien colocaditos y aún no tienen ganas de salir, pero que nos hagamos a la idea de que no se esperarán a abril, que nacerán antes.

—¿Esta habitación comunicaba con el patio?

—No, es nuevo, así los bichitos podrán estar en el patio y yo estar trabajando aquí. Ahora comparto despacho con Antoine.

—Sí, pero tenéis espacio de sobra para los dos —Los ojos de Mónica se posaron sobre el manuscrito que estaba sobre la mesa de mi madre—. ¿Es lo que creo?

—Sí, hoy la he terminado. Ya se la he enviado a mi editora.

—Ves, al final, sí has podido terminarla a tiempo. ¿Te tomarás un descanso ahora?

—Supongo que sí, aunque alguna idea ya ronda por mi cabeza, sé que los próximos meses no voy a tener tiempo de sentarme a escribir.

—Vivi, no te agobies. Ya verás que todo va bien. A mí me tienes enfrente, bueno, ahora no tienes la puerta frente a la mía, pero me das dos gritos o, simplemente, me envías un grito de socorro por WhatsApp y aquí me tendrás.

—¿Eso significa que no te incorporas este curso? —Extrañada se interesó mi madre.

—Significa que si estoy en casa te podré echar una mano —Con la mejor de sus sonrisas respondió Mónica, que no podía sentirse más feliz por regresar a las aulas—. Después de Fallas vuelvo a las aulas.

—¡Fallas! ¿Puedes creer que nos haya cambiado tanto la vida en tan solo un año? ¿Recuerdas que intentábamos convencer a Carolina para que se liara con Sergio?

Las risas de ambas invadieron la vacía casa y salieron por el patio, pero solo Merlín fue testigo de la felicidad de mi madre y Mónica, pues, el resto de los vecinos estaban trabajando o en clase.

—En Fallas también hizo su aparición estelar David —apuntó mi madre sin perder detalle de la leve sonrisa en los labios de Mónica—. Este año podré disfrutar de las Fallas, el año que viene tendré a dos niños gateando por casa.

—Sí, cierto. Haremos la vista gorda con Ivo y lo dejaremos asistir a nuestras reuniones —Con una amplia sonrisa replicó Mónica—. O no, Itzel se vendrá con nosotras e Ivo que se vaya con el padre y el resto del género masculino.

—¿Todo bien con David? ¿Han hablado sobre el tema hijos? Supongo que si seguís juntos es porque los dos están en la misma línea.

—En realidad, no hemos hablado.

—¿Y a qué estás esperando? Creo que es un tema bien importante que tienen que dejar claro.

—Vivi, en realidad, lo menos importante es que ahora pueda ser menos fértil…

—¿Qué quieres decir?

—Hoy he quedado a cenar con David tras tu mesa redonda en el Pickwick. Sí, esta vez no me la pierdo, a la última no pude ir por estar en medio del tratamiento y encontrarme fatal, pero esta no me la pierdo.

—Genial, porque a saber cuándo vuelvo a poder participar en una charla de Pickwick tras nacer estos dos. ¿Qué pasa con David?

—No estoy enamorada de él. No, por favor, no me mires así, bastante mal me siento yo por tener que decírselo para que ahora tú te pongas a lloriquear.

—Me gustaba tanto verte con él —sollozó.

—Vivi, por favor, no llores. No me hagas esto —Le secó las lágrimas—. Si lo sé no te digo nada.

—Órale pues, es que ahora te veré sentada en Pickwick y pensaré que es la antesala a romperle

el corazón a David.

—¡Vivi! —Se quejó Mónica— Joder, si lo sé no te digo nada. De todos modos, estoy convencida que le voy a hacer un favor, creo que él no sabe cómo romper conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque entre nosotros ya no hay química, hace meses que no hay sexo. Primero fue mi baja libido, como consecuencia de toda la mierda que me estaban metiendo en el cuerpo, luego, de cuando en cuando, hubo algo, pero desde navidad entre nosotros no ocurre nada. Y estoy convencida que a David le sucede lo mismo que a mí, es más te diré que creo que le gusta alguien y le aterra la idea.

—¡No inventes! —Sorprendida por aquella confesión respondió, Mónica sonrió al ver la expresión de mi madre—¿Hablas en serio?

—Sí, por eso, he quedado con él para cenar y aclarar todo —Mónica le dio un par de besos a mi madre y le regaló una sonrisa—. De verdad, la maternidad te está afectando en exceso. La Vivi de hace un año hubiese gritado de pensar que a mi novio le gusta otra mujer, la Vivi actual llora porque lo voy a dejar, si no lo veo no lo creo. Anda, enséñame la parte alta y deja de llorar.

Lleno absoluto hubo aquella tarde-noche en Pickwick. Las charlas literarias de los viernes siempre atraían a muchos lectores y curiosos por conocer en persona tanto a escritores noveles, como a los ya consagrados, pero aquella velada era especial, pues, no era uno sino cuatro los autores que se sentaban a charlar sobre sus nuevos proyectos.

—¡Mi madre, cómo está esto! —Asombrada por el gran número de personas que llenaba el amplio local de sus amigos murmuró Carolina al entrar con Mónica.

—Creo que nunca había visto tanta gente en Pickwick.

—Normal, no solo está nuestra mexicana, sino la grandísima Karen Lovecraft, Fernando Vidal, al que adoro. Es encantador, estuvo en el instituto dando una charla y te aseguro que, si su forma de escribir enamora, hablando es increíble.

—¿Aquella es Raquel Rodríguez?

—Sí, la misma. A ver si consigo que dé una charla en el instituto por el día del libro este año.

—Me encanta Raquel.

—Y a mí, no sé quién de los cuatro me gusta más —respondió sonriendo a los ojos que las miraban desde el fondo del local—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿El qué?

—¡Hola, chicas! —Ana se acercó a ellas para saludarlas— Carolina, ¿puedo pedirte un favor muy pero que muy grande?

—¿Un riñón?

—No, tan grande no es —sonrió—. Lina, la chica que los viernes hace de moderadora está en casa con gripe, nos hemos quedado sin moderador y hemos pensado en ti…

—¿Pensado en mí?

—Sí, para ser sincera la primera en sugerirlo al saber que venías fue Karen.

—No hay problema, yo lo hago.

—Gracias —Ana la abrazó efusivamente y dio un par de besos—. Te debo un favor.

—No seas tontita, lo haré encantada.

—Hala, iré a buscarme un sitio sola y abandonada —Se quejó Mónica sin disimular la sonrisa.

—Al fondo tienes con quién sentarte. —Carolina le confió al oído.

—¿Vino mi hermano?

—No, tu hermano atendía hoy en la ONG. Hola, Marcos —Carolina se agachó para darle un par de besos al recién llegado quien, al tenerla a su altura, se abrazó de su cuello y le dio dos sonoros y efusivos besos.

—Hola, Mónica —Un sonriente Marcos dijo tras besar a Carolina—, ¿ya no llevas pañuelo?

—Ey, hola, ¿qué haces aquí? —Mónica se agachó para darle un par de besos—¿Has venido a ver a mami?

—Sí, por fin me han dejado venir a una de sus cosas de libros —Marcos bajó la voz como si quisiera confiarles un secreto—. Le hice un poco de chantaje a papá, le dije que o veníamos o veíamos esta noche *Detective Pikachu.*

Mónica y Carolina soltaron una carcajada por la confesión del pequeño. Desde la mesa Sergio no perdía detalle de lo que sucedía, sonriendo él mismo al ver las risas de las dos mujeres.

—Anda, vamos, iré a saludar a tu padre —entrelazó los dedos con los del niño.

—Mónica, ¿te acuerdas de tu promesa?

—Sí, no me he olvidado.

—¿Y cuándo veremos la película?

—No sé, ¿te parece bien en vacaciones de Pascua?

—Vale, genial, pero no lo olvides.

—Hola —Sergio se levantó cuando llegaron a su lado—. ¿Ya estás liando a Mónica? No le hagas caso, es un embaucador nato.

—Ya lo sé, solo estamos quedando para ver *Brave* en Pascuas —respondió tras darle un par de besos.

—¿Te quedas con nosotros? —preguntó el niño.

—Sí, si a tu padre no le importa, ya que me han quitado a Carolina.

—¿Te han quitado a Carolina? —rio Sergio— Ya estamos en el mismo grupo —respondió haciéndole burla.

—Sí, la moderadora tiene gripe y Ana ha liado a Carolina, la madre de este ligón nato y desdentado —dijo al ver su desdentada sonrisa— se lo propuso a Ana, imagino que habrá estado en alguna charla en el instituto.

—Sí, incluso antes de conocerse mutuamente.

—Quieres decir de Carolina saber que era tu mujer —respondió con una sonrisa suspicaz.

—Ex, no lo olvides.

—No, no lo olvido.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Mónica sentándose entre Sergio y Marcos—. Después de Fallas regreso a las aulas.

—Emocionada te veo.

—No imaginas cuánto.

—Hola, Marcos —saludó Ana—, Sergio, perdonadme, no os pude saludar antes.

—No te preocupes, vimos que estabas ocupada. Por cierto, es muy bonito el local, alguna vez recogí a Carolina en la puerta y, Maribel me había hablado muy bien de él, pero es la primera vez que vengo.

—Gracias, espero que no sea la última.

—No, seguro que no.

—Mónica —Ana se dirigió a su amiga—, ¿qué vas a tomar? ¿Lo de siempre?

—Sí, *porfi*.

—¿Cheesecake?

—No, ni de broma, tengo cena después, si como tarta ahora no comeré luego, así que solo el *cappuccino*. Marcos, ¿te gusta el chocolate?

—¡Amo el chocolate! —El niño se relamió los labios y se frotó las manos.

—Si papá no pone impedimento te invito a la deliciosa tarta de chocolate que hace Ana —Mónica pasó la mirada del niño al padre, Sergio asintió con una sonrisa—. ¿Zumo de naranja?

—¿Puede ser de piña?

—Claro que puede —Con una amplia sonrisa respondió Mónica—, para que tu padre no se ponga celoso también lo invitaremos a él o ¿no le gusta el chocolate?

—Papá adora el chocolate, ¿verdad papá?

—Así que tu padre adora el chocolate.

—Sí, ¿a ti te gusta?

—Me apasiona —respondió con un gesto exagerado.

—¿Recordáis que estoy aquí? —interrumpió Sergio a su hijo y Mónica bajo la atenta mirada de Ana, que no perdía detalle de cómo Sergio miraba a su amiga y de las sonrisas de ella.

—Sí, claro que nos acordamos, papá. ¿Cómo nos vamos a olvidar de ti? —replicó con seriedad Marcos.

—¿Tarta de chocolate? Te aseguro que Ana tiene las mejores manos para la repostería de toda Valencia.

—Gracias por la parte que me toca, es un tanto exagerada, no le hagas caso.

—No exagero y lo sabes. ¿Tarta de chocolate?

—Nunca digo que no al chocolate —respondió clavando sus oscuras pupilas en las de ella. —. Y un *espresso*, por favor, Ana.

—Muy bien, os traigo todo antes de que Carolina dé inicio a la tertulia.

Justo Carolina daba inicio a la presentación del evento cuando Ana les servía la mesa, Marcos, que había llevado la voz cantante todo el tiempo, se calló al escuchar la voz de Carolina y le prestó todos sus sentidos sentándose con los brazos cruzados, como si en clase estuviese. Una sonrisa de oreja a oreja apareció en su cara cuando Carolina presentó a su madre, sus ojos mostraron el orgullo que le producía escuchar hablar sobre ella y emocionado saludó con la

mano al ella dedicarle un guiño desde el escenario.

—¿No vas a probar la tarta? —Le susurró Mónica que sonriente lo observaba contemplar a su madre sin pestañear.

—¿Se puede comer mientras hablan? —preguntó en baja voz

—¡Ni lo dudes!

Marcos se acercó al borde del asiento para poder llegar bien a su plato, Carolina y Sergio se aguantaron las ganas de reír al ver la expresión de su cara al probar la suculenta tarta.

—Es la mejor tarta del mundo —confió en baja voz—. Papá, si no quieres comerte toda la tuya yo puedo sacrificarme.

Un verdadero esfuerzo de contención por no soltar una carcajada tuvo que hacer Mónica al escuchar al pequeño.

—Ni lo sueñes, esta es mía y de Mónica si quiere —En un movimiento totalmente involuntario su pierna derecha rozó la izquierda de ella, ambos se miraron sobresaltados por lo que el leve contacto les había provocado.

—Yo también te puedo dar un pedacito, Mónica.

—No, gracias, disfruta de tu tarta —Le sonrió Mónica acariciándole la cabeza.

Mónica se concentró en la voz de Raquel Rodríguez, que acababa de tomar la palabra, de cuando en cuando observaba la cara de placer del niño, sin duda, su rostro era la mejor propaganda para las tartas de Pickwick.

—No exagerabas —Las palabras de Sergio le acariciaron su cuello y provocaron un sofoco mayor, que el producido por el Tamoxifeno—, no creo que haya comido una tarta de chocolate más buena.

—Ana es increíble, la alta repostería la perdió cuando dejó los fogones para abrir Pickwick con Juan, pero los mortales la ganamos.

—Sin duda alguna —respondió relamiéndose los labios. Sin apartar la mirada de ella cogió un pedazo con el tenedor y se lo acercó a la boca—. Un bocado no te hará perder el apetito —Durante unos segundos ambos se mantuvieron la mirada, mirada que habló por ellos—. Perdona, olvídate, no debería haberte invitado…

—Sergio…

—Olvídalo, en realidad, no tendría que estar sentado a tu lado, eres profesora y yo he de huir de vosotras.

—No digas tonterías —sonrió Mónica—. Además, no soy profesora de tus hijos, así que no hay problema.

—Sí hay problema… —murmuró Sergio mirándola a los ojos—. Soy un desastre, mejor me vuelco en el chocolate —Mónica lo miró atónita, no estaba segura de haber entendido bien lo que le acababa de confesar Sergio—. Sí, no me mires así, es mi sino, me enamoro de profesoras con el corazón ocupado. El karma se venga de mí tras haber jodido mi relación con Maribel.

Mónica no supo qué decir, ni siquiera se dio cuenta que durante unos segundos permaneció contemplándolo en absoluto silencio.

—No creo que el karma funcione así, a mí me perdonó la teta —dijo recordando las palabras que él le había dicho meses atrás—. Y, todos tenemos derecho a equivocarnos, no seríamos humanos de no hacerlo. Y, otra cosa —Lo miró a los ojos—, quiero probar la tarta, la cara de Marcos me ha dado envidia.

Sergio cogió un pedazo de tarta con el tenedor y se la acercó a la boca. Ninguno apartó la mirada del otro mientras Mónica saboreaba sin prisa el delicioso bocado.

—Deliciosa…

—¿Quieres más? —Sin apartar la mirada de sus labios preguntó Sergio.

—No, gracias —Se llevó las manos a las mejillas en un intento de refrescarlas, una fuerte ola de calor la había arrasado de norte a sur.

—Cierto, tienes una cena —Miró al escenario en un intento de enterarse de lo que contaba Vivi—. ¿Romántica?

—¿Qué?

—Que si la cena es romántica.

—No.

—¿De trabajo?

—No…

—Papá —Marcos musitó mirando serio al padre—, me dijiste que me tenía que comportar. Yo estoy calladito y vosotros no paráis de hablar en susurros. Carolina es profe, igual os castiga sin patio —Con cara de pillo soltó. Mónica tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltar una carcajada—o, sin tarta de chocolate.

—Tienes razón Marcos, ya nos callamos —Sin disimular la sonrisa contestó Sergio.

Noventa minutos más tarde todo el mundo rodeaba a los cuatro escritores en busca de una firma y de una fotografía. Una vez libre Carolina se acercó a la mesa compartida por Mónica, Sergio y Marcos para saludar a Sergio, para ella no había pasado desapercibido el cuchicheo entre ambos una hora atrás.

—Yo, sintiéndolo mucho, he de marcharme. ¿Esperas por Vivi?

—Sí, no te preocupes. Además, Antoine llegó hace un ratito —indicó a la barra donde Antoine hablaba con Juan.

—David… —murmuró al verlo entrar en el local y encontrarse con su intensa mirada azul. —. Ahora sí que sí que me voy. Marcos, me ha encantado verte.

—Y a mí —El niño se levantó y colgó de su cuello—. Gracias por la tarta, es la tarta de chocolate más deliciosa del universo.

—De nada, cariño, eso se lo dices a Ana, que es la pastelera. Cuando quieras te invito a merendar de nuevo.

—¿Has oído, papá?

—Sí, ya veo que tienes dos citas con Mónica.

—Es que soy más irresistible que el chocolate —respondió moviendo exageradamente las pestañas.

—¡No lo dudes! —exclamaron Carolina y Mónica.

—Mi hijo de siete años liga más que yo, esto es penoso —respondió Sergio con fingido dolor.

—Lo dudo —replicó Mónica antes de acercarse para darle un par de besos de despedida.

—Al final sí era romántica —le confió Sergio al oído.

—No, te equivocas —replicó mirándolo a los ojos—. Carolina, lo que me dijiste sigue en pie, ¿verdad?

—Por supuesto, por todo el tiempo que necesite.

—Gracias.

—Cualquier cosa me llamas —Carolina la sujetó del brazo y la llevó a un lado—. Mañana tu hermano tiene guardia así que me tienes en casa. Ánimo, ya verás que todo va bien.

—Me duele horrores lo que voy a hacer.

—Es lo mejor para él y para ti, así que no lo dudes y… —se acercó un poco más a ella para que no pudieran oírla— Quiero a David, pero me encanta verte con Sergio.

—Carolina no…

Carolina se tapó los oídos y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

No se alejaron mucho de la zona, Mónica había hecho reserva en uno de sus restaurantes italianos favoritos. Era curioso, casi un año llevaban juntos, sin embargo, sin contar los días pasados en Roma aquella era la primera vez que salían a cenar. David llevó la voz cantante, no solo en el breve trayecto sino durante la cena; la conversación se centró en las clases, en el trabajo que estaba realizando para una de las asignaturas. Mónica lo escuchó con total atención, se fijó en todos sus gestos, en el brillo de sus ojos al mencionarle a su sobrina y supo que no se equivocaba.

—David —Dejó caer una mano sobre la que él tenía apoyada en la mesa—, te has dado cuenta que es la primera vez que tú y yo salimos a cenar.

—Cierto, doctora Alberola, han sido unos meses un tanto alocados.

—Alocados —sonrió Mónica, dio un trago a su copa—. Quiero decirte que nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí. En vez de salir huyendo te quedaste a mi lado. No, por favor, no me interrumpas, déjame acabar —Le acarició la mano, David le sonrió—. David, lo digo en serio. Primero lidiaste conmigo y mis inseguridades y, luego me agarraste de la mano para enfrentarte conmigo al cáncer. David, eres increíblemente maravilloso, me has hecho disfrutar como hacía años no lo hacía, pero…

—No estás enamorada de mí… —dijo con una sonrisa—. No me equivoco, ¿verdad?

—No, como yo no lo hago si digo, que tú tampoco lo estás de mí —le devolvió la sonrisa—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que te habías enamorado de la mujer empoderada e independiente? Ahí tenía que haberme dado cuenta que de haber sido amor yo me hubiera enfrentado a cualquiera. No sé qué habría sucedido de no haber pasado por el cáncer. No sé, si lo nuestro se hubiese acabado antes o, por el contario, todo hubiera seguido adelante. Pero, sí sé, que lo nuestro hace tiempo que no tiene futuro, sé que no te has atrevido a decirme nada porque te sientes culpable. Y algo similar me pasa a mí, la infinita gratitud me impedía romper contigo, pero te tengo que dejar marchar. Tú has de seguir tu camino, poder disfrutar de la vida, como no

has podido hacerlo en los últimos meses.

—Doctora Alberola, ¿ves por lo que me sentí atraído por ti? Eres mucho más que un cuerpo impresionante.

—Ahora con una maravillosa cicatriz.

—Bah, ¿quién se fija en la cicatriz estando tan cerca de la sugerente rosa? ¿Brindamos?

—Por supuesto.

—Por las rupturas…

—Y los nuevos comienzos. —terminó sonriente.

—¿Te importa que me quede en tu salón mientras busco piso?

—Tienes la habitación de invitados esperándote en casa de tu amigo —Lo miró a los ojos—. Yo no tendría problema en seguir compartiendo cama contigo, pero lo mejor para ti y Jimena… —Mónica soltó una carcajada al ver la cara de David—. Tus ojos te delatan, mi querido David, y he de decirte que me encanta. Tiene usted buen gusto para las mujeres.

—Para muestra un botón —la señaló con la copa—, doctora Alberola.

Capítulo 35

Aquella noche no hubo mudanza, a David no le urgió hacer las maletas y marcharse de casa de Mónica. Mónica tampoco sintió la urgencia de echarlo de su casa, mucho menos de su vida, sin la menor de las dudas, David había llegado para quedarse en ella, aunque en un ámbito diferente al de los últimos meses. Atrás habían quedado los apasionados besos, los ardientes abrazos preliminares a las largas jornadas de sexo. El deseo, la pasión y, por supuesto, el desenfrenado enamoramiento de nueve meses atrás había dado paso a una envidiable amistad, al conocimiento mutuo y a un cariño infinito. Sí, porque si para Mónica no había pasado desapercibida la química existente entre su sobrina y David, él también se había percatado de las chispas que saltaban entre Mónica y Sergio. Los dos se rieron de ellos mismos y, de cómo en tan poco tiempo habían llegado a abrirse de tal manera para el otro, convirtiéndose en libros abiertos a ojos del otro.

Aquella noche no durmieron, como si de una última velada vacacional se tratara permanecieron charlando toda la noche. Antes del amanecer bajaron de puntillas y en silencio las escaleras para ver la salida del sol en la playa. De algún modo, su relación había comenzado viendo el atardecer en aquella misma playa, así que no podían darle mejor cierre que contemplando el renacer de un nuevo día. Sí, ellos cerraban una página en sus vidas, pero no lo hicieron con tristeza, ni añoranza, sino con la alegría de comenzar un ilusionante nuevo capítulo.

1 marzo, 2020

Derrotado, recién duchado y desnudo se dejó caer en la cama, Carolina dormía plácidamente, con sumo cuidado de no despertarla se acercó a ella, la besó en la frente y se acurrucó a su lado. Una leve sonrisa subió a sus labios al escuchar el suave ronroneo de ella al notar la calidez de su cuerpo junto al suyo, sintió el deseo de despertarla a base de besos y hacerle el amor antes de dormirse. Sin embargo, el cansancio acumulado por las veinticuatro horas de guardia lo hizo desistir de su deseo.

—Te quiero —murmuró una dormida Carolina al abrazarla.

Daniel volvió a sonreír, la besó en los labios y, cual invertido encantamiento, cayó en el más profundo de los sueños.

Un sudor frío recorrió su espalda, el corazón se le aceleró, abrió los ojos y se sentó de golpe. Una vez más los cristales vibraron tras las persianas, no se veía nada en la habitación, las manos le temblaban por el susto.

—Dani, cariño, ¿estás bien? —Una media dormida Carolina se frotó los ojos antes de abrirlos, sentarse y acariciarle la espalda—Es la *despertà*, ¿recuerdas?

—Había olvidado que estábamos en Fallas —respiró tranquilo y la besó—. Estaba soñando y creí que estaba en Nigeria, confundí los petardos con disparos. Pero, ¿qué hora es?

—Han de ser las siete y media —Lo besó en el nacimiento del cuello—. Disparos, se entera tu madre y muere del susto al enterarse de lo que viviste…

—Pero tú no se lo vas a contar —Le acarició los brazos antes de separarlos de su pecho para poder girarse y besarla.

—¿Cómo lo vas a impedir? —preguntó entre beso y beso.

—Por el momento, manteniendo tu boquita ocupada.

—Mmm…Siendo así, mis labios están sellados —respondió colgándose de su cuello y atrapándolo entre sus piernas—. Te he echado de menos…

—Mmm…Me encanta que me eches de menos—replicó colando las manos por debajo de su camiseta.

—¿A qué hora llegaste? —preguntó sin dejar de besarlo

—Pasada la una —respondió quitándole la camiseta.

—No te oí llegar —contestó arqueándose por el placer provocado por sus labios bajando por su cuerpo.

—Dormías plácidamente, no te quise despertar —dijo sin cesar en su recorrido— y, yo necesitaba reponer fuerzas—Daniel se detuvo un momento, los petardos sonaban más fuertes, los falleros debían estar bien cerca, pero esta vez sus temblores fueron por el placer de las caricias de Carolina.

Nadie dormía. Uno a uno todos mis vecinos se fueron despertando por el estruendo de los petardos y, luego estaba mi madre que su mayor problema no era el ruido sino el no saber cómo acostarse, pues, en las últimas treinta y cuatro semanas había ganado dieciocho kilos de peso gracias a llevarnos a Ivo y a mí dentro de ella. Por eso, la cama de mis padres parecía el muestrario de almohadones de Ikea, entre ellos se había impuesto una frontera de cojines, que le servían a mi madre para descansar la espalda, además había otros dos bajo sus hinchados pies. Ojo, mi madre tendría los pies y los tobillos hinchados por estar reteniendo líquido, pero lucía una pedicura perfecta. Por último, estaba la «serpiente roba chicas», así llamaba mi padre al cojín de lactancia, porque mi madre se lo colocaba desenrollado entre las piernas y dormía abrazado a él.

Las contraventanas se fueron abriendo, la primera en hacerlo fue Sara en el 1ºB, el sonido de los petardos había conseguido devolverla a las últimas Fallas, a los malos recuerdos, pero todos desaparecieron de golpe al ver su móvil iluminarse por la llegada de un mensaje.

GUILLE

Si estás despierta David y yo te esperamos en la terraza para desayunar juntos. David acaba de traer buñuelos. ¿Te hace?

Ah, Buenos días. El beso si subes.

SARA

Bon dia, ¿con chocolate?

GUILLE

Mmm… ¿Estás necesitada? ¿Regresamos a Moraira?

Sí, con chocolate.

Puaff…Ahora soy yo el necesitado.

SARA

Ja, ja, ja… Me visto y subo.

GUILLE

No lo necesitas, estamos en pijama.

SARA

Digo yo que David no iría en pijama a por los buñuelos, ja, ja, ja.

GUILLE

Te equivocas, se puso la chaqueta y las zapatillas y, con esas pintas fue a por los buñuelos.

SARA

Me lo creo.

La sonrisa hizo brillar sus ojos, sonrisa que amplió al escuchar los suaves gemidos

provenientes de la habitación de sus padres, estaba claro que en la habitación contigua había más chispas que en la calle.

Mónica, en el 2º A, fue la siguiente en no solo abrir la contraventana sino la ventana de su dormitorio, asomarse y aspirar el inconfundible olor a pólvora. Durante unos segundos cerró los ojos y echó la vista atrás, a pesar de lo vivido la mejor de sus sonrisas iluminó su cara al saberse vencedora y sentirse ilusionada con la nueva etapa que comenzaba.

Unos sudorosos Daniel y Carolina compartieron pijama, él se puso los pantalones, ella le robó la camiseta para salir a la terraza.

—Buenos días —Al unísono dijeron David y Guillermo que cargados con los buñuelos salían rumbo a la terraza comunitaria.

—Buenos días —respondieron los dos a la vez.

—¿Huelo a buñuelos? —Salivando con la simple idea preguntó Daniel. Años hace que no los como.

—Sí —contestó David—. En la cocina tenéis un paquete.

—¿Has ido a por buñuelos tan temprano, Guille? —Asombrada preguntó Carolina.

—No, no he sido yo, sino David y, digo yo, que ahora que tenemos invitado podrías usar pantalones —Con cara de burla contestó—, que luego dice que no pareces una madre.

—David, cuidadito, no intentes robármela —Con diversión respondió Daniel pasando el brazo derecho por el cuello de Carolina.

—Sois un par de idiotas. David, no te contagies de estos dos.

—No te preocupes Carolina —respondió al ver la cara que Carolina le ponía a su hijo—, soy inmune a la tontería de los Alberola.

—Déjame que lo ponga en duda —irrumpió Guillermo—, no tienes ni pizca de inmunidad, más bien te atraemos.

—Eres *gilipollas* —Sin disimular una tonta sonrisa en los labios respondió David.

—Hala, tortolitos, os dejamos. Nos vamos a desayunar con Sara a la terraza.

La última ventana en abrirse fue la de mis padres, abrazados se asomaron a la ventana porque sabían que en breve todo cambiaría para ellos, sin embargo, lo que no imaginaban era que no solo su vida cambiaría sino la de todo el planeta.

La incertidumbre, el temor, las dudas por lo que estaba sucediendo hacía más ruido que las *mascletás*, un extraño runrún se apoderó de todas las conversaciones hasta que con asombro y tristeza los valencianos recibimos la dolorosa noticia, por sexta vez en la historia, de la suspensión de las Fallas. Esta vez no sería una subida de tasas, como en 1886, o una guerra, como en su momento lo hizo la guerra de Cuba o, los tres años de suspensión por nuestra Guerra Civil, sino la alerta sanitaria que paralizaría a todo el planeta.

El Covid-19 se había adueñado de las portadas de la prensa escrita, de los telediarios y de las conversaciones de todo el mundo. Y así, solo un día después del «aplazamiento» de las Fallas la OMS declaró que nos encontrábamos ante una pandemia mundial, aunque me atrevería a decir que ese miércoles 11 de marzo pocos podían imaginar lo que estábamos a nada de vivir.

Y tan a nada, solo dos días después del anuncio de la organización mundial de la salud nuestro presidente comparecía ante los medios para declarar el estado de alarma. Y ahí, justo en ese preciso momento se inició el caos y la locura.

14 de marzo, 2020

No se lo podía creer, siempre iba al supermercado los sábados después de comer, precisamente, porque a esa hora se podía comprar con tranquilidad, nunca antes se había encontrado con una aglomeración de gente como aquella. El griterío de la multitud tapaba la música de sus auriculares, desconectó los auriculares y los guardó en el bolso sin salir de su asombro.

—¿Y los carros? —escuchó a su espalda, Mónica se giró y dedicó un gesto de incomprensión a la atónita señora.

Era cierto, no había ni un solo carro, ni una sola cesta, ni siquiera había hueco en consigna para dejar su carrito. Diez largos minutos estuvo parada ante carros de todos los colores hasta conseguir un hueco libre, barajó la posibilidad de marcharse, pero necesitaba, sí o sí, llenar la

nevera. La última semana no había parado por casa, había regresado a la universidad, aún no tenía clases y, ahora no sabía que ocurriría, todo era una incertidumbre, pero sí que había corregido trabajos de alumnos de los que, oficialmente, ella era su profesora.

Sin salir de su asombro permaneció a la espera de tener un carro disponible. No se lo podía creer, jamás en la vida había visto una cola tan larga frente a la caja de un supermercado, ni siquiera en un centro comercial en plenas rebajas. No entendía qué estaba sucediendo, si bien era cierto que el estado de alarma había sido declarado y, como consecuencia, en menos de veinticuatro horas el país se paralizaría casi al completo, no entendía aquella escena de película catastrofista de tarde del sábado, aunque bien mirado, mi vecina tenía que haberse percatado que era sábado por la tarde y, se había metido de lleno en su propia película de catástrofes…

—¿Mónica? —Escuchó a su espalda.

Mónica, que permanecía parada y planteándose, seriamente, si no estaría soñando, se giró para encontrarse con la sonriente cara de Sergio.

—Hola —Una sonrisa iluminó su rostro—. ¿Dónde has dejado a tu fiel escudero?

—Con la madre —La sonrisa de Sergio, no menor que la de Mónica, de inmediato subió a sus ojos, haciéndolos brillar—. Ayer regresé a casa, a mi casa y, claro, tras quince días la nevera da ganas de llorar, pero no esperé encontrarme con esto.

—Ni yo, ya de por sí me da pereza venir al supermercado, más aún que hacer de comer, y encontrarme con esto ya me quita las ganas totalmente.

—Así que no te gusta cocinar.

—Soy un desastre.

—Bueno, algo malo tenías que tener. No podías ser perfecta. ¿Y David?

—¿David?

—Sí, si le gusta cocinar, porque si también es un desastre mal os veo—sonrió— ¿preparada para estos quince días de encierro? Ejem…Si solo son quince…

—David se defiende bastante bien —respondió sin sacarlo del error de creer que vivían juntos —. Y calla, no pienses en más de quince días.

—¿Qué opina tu hermano?

—¿Mi hermano?

—Sí, el médico roba chicas —Le guiñó un ojo—. A todas estas, ¿vas a entrar?

—Sí, claro, no me queda más remedio, yo también tengo la nevera vacía.

Sergio le indicó el lineal de carros, que acababan de ser repuestos, tras coger uno cada uno se adentraron en el supermercado.

—Mi hermano dice que la cosa está muy *jodida*, las salas de urgencias de los hospitales comienzan a estar saturadas.

—Entonces no me equivoco al decir que esto no será quince días.

—Puaff…No me digas eso, Sergio —respondió parada ante el desangelado panorama de la zona de verduras—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿De verdad, no hay nada de verdura? ¿La gente sabe que los suministros están garantizados? ¿De verdad, que no queda ni una triste lechuga?

—Mira allí hay unos cogollos… —Aguantando las ganas de reír dijo Sergio —Hay dos paquetes, ¿uno para ti y otro para mí? —Mónica asintió con un movimiento de cabeza, mordiéndose los labios para no reír por el absurdo panorama—. Si quieres te dejo uno de mis tres cogollos, para que tengas dos para ti y dos para David.

—¡No digas tonterías! —Mónica no pudo evitar soltar una carcajada, contagiando a Sergio con su risa.

—Lo digo en serio, si todo el supermercado está igual y, no encontramos más que estos

míseros cogollos, te doy uno, para que no os peléis.

—No te preocupes, eso no ocurrirá, los tres cogollos —No podía parar de reír por lo absurdo de la situación y de la conversación— son para mí.

—Así que a David no le gustan, pues igual, no le va a quedar otra que comérselos, visto lo visto.

—A David sí le gustan, pero David ya no vive conmigo.

Evitó mirarlo a los ojos, en silencio se desplazaron por el pasillo de la fruta donde ambos hicieron acopio de naranjas y manzanas, lo único que quedaba sin contar las mini cestitas de frutas del bosque y otro par de coco troceado. En silencio salieron del pasillo de frutas y verduras para llegar al no menos desolador pasillo del agua.

—¡*Jode*r! —Se le escapó a Sergio al ver las casi vacías estanterías.

—Igual debiéramos pasarnos al vino —sonrió Mónica—. Quiero pensar que la próxima semana esto no esté igual. Una cosa es no tener lechugas y otra agua, no pienso beber agua del grifo.

—Ni yo… —Le devolvió la sonrisa pasándole un paquete de botellas y cogiendo otro para él — ¿Otro?

—No, no puedo cargar tanto.

—¿No has traído coche?

—¿Coche para venir hasta aquí desde casa?

—¿Y cómo vas a llevarte la compra?

—Tengo carrito.

—Así que carrito…—La miró sonriente.

—¿Qué pasa?

—Intento visualizarte. Coge otro paquete yo te acerco a casa.

—Muy amable, no te diré que no, por si las moscas.

Sin salir del estupor que les producía la rocambolesca imagen del supermercado siguieron su recorrido, llenando sus carros con los productos que necesitaban y estallando en carcajadas al llegar al pasillo de los productos de higiene y, encontrar vacíos todos los estantes del papel higiénico.

—¿Pero el virus este da cagalera? —Sergio no podía parar de reír, menos aún, al ver la cara de Mónica que se secaba las lágrimas de tanto reír. —No te vayas a hacer pis encima que no hay papel—Le susurró consiguiendo que sus risas aumentaran.

Nunca una visita al supermercado les había resultado tan divertida. Nunca antes hacer cola durante una hora se les había hecho tan corta.

—Vengo enseguida.

—¿A dónde vas? Ya nos toca —dijo Mónica al ver a Sergio hacerse hueco entre la gente y perderse por un pasillo a la carrera.

Mónica comenzaba a depositar su compra en la caja cuando Sergio regresó mostrándole una botella de vino.

—¿Por si te falta agua?

—No, para la cena de esta noche.

—Tú sí que sabes… —Sonrió dejando los famosos cogollos de lechuga en la cinta antes de mover el carro para que Sergio dejara sus cosas.

—¿Cenas conmigo?

—¿Qué?

—¿Con tarjeta o efectivo? —repitió la chica al creer que se lo decía a ella.

—Tarjeta, perdón —respondió Mónica deslizando la tarjeta por el lector.

—¿Qué me respondes? —Sin dejar de poner sus cosas en la caja preguntó Sergio ante la atenta mirada de la cajera que no perdía detalle de la conversación —A media noche estaremos confinados en casa, a saber, cuándo volvemos a vernos y, yo a diferencia de ti sí sé cocinar —Le guiñó un ojo—. ¿Aceptas o vas a rechazar mi invitación?

La cajera no perdía detalle de la conversación, miraba a un lado y al otro para ver las caras de los dos. En su mente escenificaba una escena de comedia romántica, lo cual agradecía tras la locura de la larga jornada laboral y las disputas por culpa del último paquete de papel higiénico que había vivenciado un par de horas atrás.

—¿Quieres que Marcos se enfade conmigo por cenar contigo y no ver con él la película?

Los labios de la cajera dibujaron una perfecta «O», de pronto, vio un posible trio y a la atractiva chica, a pesar de su corte de pelo extremo, en el centro del mismo.

—No te preocupes por Marcos, lo llamaremos y me declararé culpable. ¿Qué me dices?

—¿Recuerdas que soy profesora? —Para sorpresa de la cajera que no entendió el comentario soltó con una sonrisa burlona Mónica.

—Correré el riesgo, total ya vivimos una pandemia mundial, el supermercado ha sido arrasado por hordas…

—Y que lo diga… —Sin darse cuenta dijo la cajera sin dejar de pasar los productos por el escáner. —No le digas que no, no sé el tal Marcos, pero él te va a hacer la cena, ya quisiera yo encontrarme la cena en la mesa al llegar a casa.

—Gracias —Sorprendido por el comentario y aguantando la risa respondió Sergio—. Marcos tiene más encanto que yo, eso lo tengo claro, no necesita que una simpática cajera interceda por él para conseguir una cita.

—¿Efectivo o tarjeta? —La cajera hizo la pregunta de rigor a la espera de la respuesta de Mónica.

—Tarjeta, gracias —contestó Sergio—. Y gracias por interceder a mi favor.

—Espero que tenga suerte.

—Gracias, aunque asumo que estoy gafado con las profesoras.

—Pues, pásese a las cajeras —respondió con un guiño antes de atender a la pareja siguiente. —. Ya me contará si hubo suerte.

—¡Eso! —clamaron las dos mujeres que dejaban su compra.

—Mónica, ¿vas a dejar a todo el mundo con la intriga? —Mordiéndose el interior del labio inferior dijo Sergio.

—Mónica, por favor, ¡dile que sí! —Soltó una de las dos mujeres que al igual que la cajera había estado pendiente de la conversación.

—Eres un enredador —No podía parar de reír, aquella escena era surrealista del todo, ¿cómo se habían convertido en el cotilleo de la cola del supermercado? —. Muy bien, acepto, más te vale que la cena valga la pena y, no se trate de un par de cogollos de lechuga, después de todo el circo que has montado.

—Gracias por vuestra ayuda—Sergio hizo una reverencia a las tres mujeres consiguiendo la atención de los clientes cercanos que no sabían qué sucedía.

—Ahora sé a quién sale Marcos —Le susurró Mónica sin parar de reír mientras salían del supermercado—. Es igual de peliculero que tú.

—A él no tardaste tanto en decirle que sí.

—Porque no tiene miedo de las profesoras. —respondió mirándole a los ojos.

A las seis de la tarde Pickwick estaba lleno, no habían parado ni un solo momento a lo largo del día. Estaba claro que la gente estaba apurando las últimas horas antes de permanecer confinados en casa, no quedaba ni una sola tarta, ni un simple *cupcake*, todo lo preparado para el día había sido arrasado. Por los pelos había conseguido reservar los dos pedazos de tarta de chocolate que Mónica le había pedido por teléfono una hora atrás.

—¿Qué haremos estos días? —En un momento de calma, preocupada por el inminente cierre de toda la hostelería preguntó Irene a Ana y Juan.

Aquella misma mañana antes de abrir, a diferencia de cualquier fin de semana tanto Juan como Ana habían acudido desde bien temprano, habían mantenido una conversación similar con los dos camareros que habían realizado el primer turno.

—Cerrar, no queda otra —Con su eterna sonrisa respondió Ana, intentando quitarle gravedad al asunto, con la tranquilidad de saber que tenían un buen colchón a sus espaldas.

—¿Se nos restarán estos días de las vacaciones? —Quiso saber Iván, otro de los tres camareros.

—No —respondió Juan con la mirada puesta en Ana—. Aún no sabemos si va a haber alguna medida especial, pero no, en principio, podemos cerrar con tranquilidad estas dos semanas y, si esto se alarga ya veremos cómo lo hacemos.

—Podéis estar tranquilos, chicos —intervino Ana sin borrar su eterna sonrisa—. Es muy pronto para saber qué va a suceder, la próxima semana seguro que tendremos más información. Si no os importa, como dijimos a Esther y Alejandro, crearemos un grupo de WhatsApp en el que os iremos informando de todo.

—¿Y si esto se alarga en el tiempo como está ocurriendo en Italia? —Con verdadera cara de preocupación insistió Irene que veía peligrar su puesto de trabajo.

—Chicos, si bien es verdad que hay que ser realistas —intervino Juan—, no nos pongamos en los peor. No pensemos en los «y si» os aseguro… —miró a su mujer— aseguramos que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que nada cambie.

—El país no va a estar cerrado eternamente y, de tener que estarlo alguna solución tendrán que

dar, la gente no puede vivir del aire —comentó Ana—. De momento, yo me vuelvo al obrador para terminar de limpiarlo a fondo ya que vamos a estar cerrados.

—Ana, tus tartas están deliciosas —Con total sinceridad dijo Iván—, pero te aseguro que me parece flipante no tener nada de nada a las seis de la tarde.

—¡Y a mí! —rio Ana

—Si estamos cerrados podrías hacer tartas por encargo —comentó Irene—. Ya lo habías pensado—dijo al ver la sonrisa que sus jefes se dedicaban.

—Sí —respondió Ana—. Algo había pensado. Llegado el momento os contaré.

Todos miraron a la puerta al escuchar las campanitas sonar una vez más. Mónica saludó a los dos camareros, quienes la conocían a la perfección, y con cara de asombro se acercó a su pareja de amigos.

—Pero…Pero… ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Os han arrasado! ¡Esto está como el supermercado!

—¿Han arrasado el supermercado? —Riendo preguntó Juan— Creí que la gente exageraba. ¿Es verdad que no hay papel higiénico?

—Del todo cierto, de hecho, ni Sergio ni yo pudimos comprar —respondió con naturalidad, consiguiendo la total atención de su amiga, que enseguida comenzó a atar cabos del porqué de la tarta—. Menos mal que yo tenía un par de rollos en casa, Sergio iba a ir al chino que tiene en la esquina porque no le quedaba nada —Mónica miró las vacías vitrinas, nunca antes las había visto así —. ¿Me he quedado sin tarta? Bueno, para no perder el paseo me tomaré un café.

—Sí tienes tarta, de no haber sido así te hubiese avisado —risueña respondió Ana— para que buscaras solución a la falta de postre.

Ana y Mónica se miraron fijamente, Mónica sabía que Ana quería saber y Ana sabía que su amiga no quería preguntas, pero ella se las haría.

—Ya te lo pongo yo —respondió Juan, Ana no necesitó decirle ni una palabra, su mirada le había avisado que quería quedarse a solas con Mónica e intuía que el nombre masculino mencionado por Mónica era el motivo.

—¿Y bien? —Nada más irse Juan preguntó Ana.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? No te hagas la loca —Le dedicó una ladina sonrisa—. ¿Ves mi maravilloso corte de pelo? —Se acarició su corto pelo— Fue por ti, así que merezco saber qué sucede entre Sergio y tú.

—No, no, no… —rio Mónica—. A mí no me culpes de vuestras locuras, yo no os lo pedí, lo cual no implica que no fuera un gesto increíble, pero no os iba a querer menos por lucir vuestras bonitas melenas —Mónica le acarició las manos a su amiga antes de abrazarla, se seguía emocionando recordando la mañana en la que todos se rasuraron las cabezas en señal de apoyo —. No me hagas chantaje emocional.

—¿No me lo vas a contar?

—No hay nada qué contar, nos encontramos en el supermercado, hicimos la compra juntos y me invitó a cenar antes de quedarnos confinados. Gracias Juan —dijo al servirle el café en la barra.

—Cariño, dejé la cajita con las dos porciones de tarta de chocolate en el obrador, ¿puedes traerla?

—Sí, sí… entiendo claramente que me queréis lejos —Juan se alejó entre risas, dejándolas nuevamente a solas.

—¿Con o sin niño?

—Sin niños, desde ayer están con la madre.

—Así que Sergio, la verdad es que me cae bien.

—Ana, solo es una cena.

—Eso no te lo crees ni tú —La apuntó con el dedo sin disimular una malévola sonrisa en los labios. —¿Crees que no me di cuenta de lo que ocurría entre vosotros el último viernes literario? Estoy segura que no os enterasteis de nada.

—¡No te pases!

—¿Qué no me pase? Tenía que haberos sacado fotos para que vierais vuestras caritas mientras cuchicheabais. Sin contar de la sonrisa sospechosa de Carolina cuando le pregunté si sabía algo.

—Sois lo peor.

—Mónica, desembucha, dale una nota de color al negro panorama que se nos viene encima.

—A ver, no hay nada, de verdad que solo ha sido una coincidencia, pero sí… Sergio tiene algo especial.

—Huele delicioso.

—Sí, huele muy bien.

—¿Y cómo besa?

—Ni la más remota de las ideas, eso se lo preguntas a Carolina —soltó una carcajada—o a Karen, quiero decir, Maribel.

—Seguro que mañana podrás decírmelo tú.

—No, ni loca, nos enfrentamos a un confinamiento y, muy probablemente, no sea cosa de quince días, así que no pienso quedarme con el gusto en los labios.

—¿Prefieres quedarte con las ganas? —Abrió los ojos de par en par— ¿Dónde está mi amiga? ¿Tú quién eres?

—No seas tontita —rio—, deja las locuras y exageraciones para Vivi. Y te advierto, esto que quede entre nosotras, ni se te ocurra contarle nada, que, si de normal se pone intensa, ahora se eleva a la enésima potencia.

—Pues imagínala en unos días.

Ninguna de las dos podía parar de reír imaginándose a mi madre cual leona enjaulada en un zoo y, no, precisamente, en el *Bioparc*, donde los leones campan a sus anchas como si en la sabana se encontraran.

—Menos mal que Antoine es todo lo contrario a nuestra mexicana y así están compensados —comentó Ana—. ¿Imaginas que los dos fueran iguales?

—No, sería imposible, no hubieran durado dos días.

—Me encanta verlos juntos.

—Y a mí. Antoine salió ganando al cambiar a Isabel por nuestra Vivi.

—¡Y tanto!

—Pero, entre nosotras, no quisiera estar en su lugar —confesó Mónica—. Vivi no sirve para estar encerrada y, a la maternidad se le suma toda esta *mierda* en la que estamos metidos.

—Espero que sea capaz de mantenerse equilibrada y la situación no la supere.

—Esperemos que sea así. Y ahora dame mis trozos de tarta y cóbrate todo—respondió con una sonrisa que desbordaba un brillo especial en sus ojos—, aún he de ir por casa a ducharme y vestirme.

Capítulo 36

Tarde, para no faltar a su costumbre, llegaba tarde a la cita. A paso acelerado con cuidado de no tropezar con sus tacones, caer sobre la bonita caja morada con pequeños dibujos de libros, tartas y cafés, diseño de Juan, y por ende escachar las dos porciones de tarta de chocolate, recorrió las dos calles que separaban su casa de la de Sergio. Con los nervios a flor de piel llamó al video-portero, Sergio abrió directamente sin preguntar quién era, ella imaginó que la había visto a través de la cámara. Mónica respiró con intensidad antes de subir al ascensor, pulsó el tercero y emulando la mejor de sus sonrisas, con la clara intención de ocultar su estado de nervios, salió del ascensor.

La puerta del 3ºB estaba abierta, pero no había rastro de Sergio ni en la puerta, ni en la entrada. Con cuidado cerró la puerta, anunció su llegada con un «hola» mientras se adentraba por el pasillo, en el salón se escuchaba la voz de Alejandro Sanz versionando magistralmente *Contigo* de Sabina. «Un punto para ti, Sergio» pensó al escuchar la canción.

—¿Sergio? —Lo llamó asomándose sonriente a la puerta del salón, sin poder evitar entrar para cotillear la que le pareció una bonita y ordenada sala. El único desorden, por llamarlo así, era el portátil y varias carpetas sobre la que parecía ser su mesa de trabajo.

Sus ojos se deslizaron por las estanterías de libros, entre ellos estaban, como no, todos los de Karen Lovecraft, intuía que todos estarían dedicados, y un par de novelas de su mexicana favorita. —. Otro punto…—murmuró al ver su amplia y variada biblioteca. —. Buen gusto

—Un par de puntos más —musitó al comprobar que en música también había una gran coincidencia.

Una sonrisa afloró en sus labios al ver una fotografía con sus hijos y ver sus enormes sonrisas mientras parecían estar tirándose sobre su padre.

Al no encontrar al anfitrión retrocedió los pocos pasos andados para salir al pasillo y entrar en la iluminada cocina. Sonrió al ver la mesa perfectamente dispuesta para la cena, sin duda, Sergio era cuidadoso con los detalles. Pasó la mano por el mantel de lino negro, y tuvo constancia que era su primer uso, aún tenía los pliegues de origen. Sin soltar la caja del postre aspiró el delicioso aroma a manzana, creía que canela y, no estaba segura del resto de las especias.

—¿Sergio?

Volvió a llamarlo desde la puerta de la cocina, no recibió respuesta, intuyó que estaría en la iluminada habitación del final del pasillo, sin soltar la caja caminó hacia la habitación, pero se frenó en seco al imaginar que podía estar vistiéndose y retrocedió sus pasos hasta la cocina. Dejó la caja sobre el negro mármol de la encimera y destapó la cazuela para ver su contenido.

Tal y como había imaginado Sergio terminaba de vestirse en su dormitorio, con el pelo aún mojado por la ducha apagó la luz de la habitación y se dirigió a la cocina remangándose las mangas de la camisa.

Un no menos nervioso Sergio dibujó una sonrisa al encontrarse con Mónica, apostado junto a la puerta, con la tranquilidad de no ser visto, observó con detenimiento el bonito cuerpo de su invitada, subió por sus torneadas piernas hasta posarse en las sensuales curvas sugeridas bajo el vestido negro.

—Pollo en salsa de manzana acompañado por patatas baby.

Mónica dio un saltó al escuchar su voz, tapó la olla con la impresión de haber sido pillada en algo indebido y se giró encontrándose con su profunda mirada sobre la de ella.

—Sin duda alguna, mejor que los cogollos de lechuga —sonrió Mónica sin apartar la mirada

de la de él—. Oler huele que alimenta —dijo percibiendo el aroma del perfume masculino, diciéndose a sí misma, que no mejor que él.

—Te iba a cantar las cuarenta por la media hora de retraso —Sin moverse de la puerta ni apartar la vista de ella dijo Sergio—, pero la espera ha valido la pena.

—Imagino que lo dices porque has visto la caja de Pickwick —mordiéndose el labio inferior por no reír respondió.

—Sí, claro, por supuesto, ¿por qué iba a ser si no?

—Empezaba a pensar que te habías marchado —respondió eludiendo el tema, pero sin poder quitar la mirada de la suya.

—¿Con lo que me costó convencerte para que vinieras a cenar?

—No exageres, tampoco fue tanto, aunque tenía que haberte dicho que no por habernos convertido en el centro de atención del supermercado, pero no quería quedar como la mala de la película. —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Tarta de chocolate?

—Sí…

—Más vale que no se entere Marcos, le he robado su cita y encima trae el postre —Hizo una leve e intencionada pausa—y, ni más ni menos que la calificada como la mejor tarta del universo.

—No le has robado la cita, mi cita con él, aunque postergada por la situación, sigue en pie.

—Citas —puntualizó—, él habla de dos.

—Cierto, tenemos dos citas.

—Tenéis…

—Sí, tenemos… —Lo desafió con la mirada, dándose cuenta de que con él no poseía el tablero.

—¿Me dejas la chaqueta o piensas dejártela puesta?

Mónica le dio el bolso, se quitó la cazadora de cuero ante su atenta mirada.

—Lo dicho, la espera bien ha valido la espera.

Sin disimulo y admiración la recorrió con la mirada. Mónica se sintió acariciar por su mirada, un suave calor, que nada tenía que ver con los producidos por el Tamoxifeno, acompañado de un nada tenue cosquilleo recorrió su cuerpo hasta instalarse en su estómago. Ambos se sostuvieron la mirada durante un eterno segundo, segundo más que suficiente para él saber que si no salía bien esta vez sí lo pasaría mal, y a ella para darse cuenta que las sensaciones nada tenían que ver con las despertadas por David

Los nervios desaparecieron, casi mejor decir, atenuaron, con la primera copa de vino, quitándoles un gran peso de encima a ambos, que se sentían ridículos por aquel nerviosismo más propio de una inexperta pareja de adolescentes, que de un par de adultos curtidos por la experiencia dada por los años y las relaciones. Cierto que pocas eran las relaciones serias de ella, de hecho, solo enmarcaba como tal dos de ellas, siendo una la de David. Por su parte, Sergio pronto había salido del mercado de las citas, pues, bien joven se casó con la que fuera la mujer de su vida y, madre de sus hijos, por dos décadas. Su flirteo con Diana no sabía cómo calificarlo, a día de hoy aún no podía explicar cómo había sido capaz de traicionar a su mujer con ella, no porque Diana no fuera increíble, sino porque Maribel lo era aún más.

—Así que desde tu divorcio solo Carolina entró en tu vida —Mónica paladeó un nuevo pedazo de pollo—. Sergio, de verdad, esto está delicioso. Mi abuela te diría que ya te puedes casar.

—¿Aún tienes abuela? No recuerdo haberla visto en la boda de tus padres.

—No, hace mucho que no tengo abuelos —Dio un sorbo al vino—. Poco estuviste con ella, pero se te contagió el *tiquismiquismo* de Carolina —Sus ojos denotaron que se aguantaba las ganas de reír—. Sí, antes de que me corrijas, es una palabra totalmente inventada para el momento, así que corrijo, mi abuela Lola, así ya sabes algo más de ella, era la madre de mi madre, te hubiera dicho: Sergio, te puedes casar.

—No se casó Maribel conmigo por mis dotes culinarias.

—¿Ah, no? —Lo miró con cara de burla. —Ahora osarás a decirme que se casó contigo por tu arrebatador encanto, tu innata simpatía, tu agradable conversación, excelente gusto musical, tu hipnótica mirada o tu arrollador atractivo… —enumeró sin apartar la mirada de él.

—No —Una traviesa sonrisa se dibujó en sus labios—, te diría que nos casamos de penalti, pero sería mentir. Helena fue a nuestra boda, cuando fuimos capaces de independizarnos de nuestros padres y, mantenernos por nuestra cuenta, nos casamos.

—Mmm… Así que, como Carolina y mi hermano, ya sabes, el roba chicas —puntualizó con clara sorna en la mirada—, hicisteis la casa por el tejado.

—Sí, supongo que sí. Nos costó un disgusto…

—Como a ellos…

—Pero veinte años estuvimos juntos.

—Los mismos que ellos han tardado en decidirse a estar juntos —Le dedicó una mirada sobre la copa de vino.

Petrificada en la silla se quedó al ver el movimiento de Sergio que se acercó a ella.

—A mí no vuelve a robarme la chica que me gusta —Le susurró al oído consiguiendo su estremecimiento por el cosquilleo de su barba en las mejillas y el descuidado roce de los dedos en su brazo. Sergio esbozó una media sonrisa al regresar a su sitio y ver las sonrojadas mejillas de Mónica, alzó su copa sin dejar de mirarla y dio el último trago que le quedaba—. Y muchas gracias por tus cumplidos.

—No te equivoques, no fue un cumplido, suponía lo que tú inventarías —replicó risueña mordiéndose el labio.

—Iluso de mí por creer que una inteligente, atractiva mujer, a la que suponía con buen gusto musical por gustarle el mío, me piropeara sin más —Sin disimular la diversión replicó de inmediato. Mónica alzó su copa y vocalizó un silencioso gracias—. ¿Y a ti tu abuela te dijo que ya te podías casar?

—Nooo… Es más, te diré que el no aprender a cocinar fue un acto de rebeldía y, así, no casarme —Sergio soltó una sonora carcajada con el comentario—. ¿No me crees?

—No, más bien todo lo contrario. Ahora, como excusa es mala, siempre podías haber optado por un cocinero.

—Sí, supongo, pero nunca tuve la intención de casarme, ni la de tener hijos.

—Creí que te gustaban.

—¿Los maridos o los niños? —contestó con un guiño.

—Los niños —sonrió—, nadie que te viera con Marcos diría lo contrario.

—Y no lo niego, pero no tengo ese gen maternal, lo cual no implica que, de haber estado con alguien, a quien le hubiese hecho mucha ilusión tener hijos, no los hubiera tenido, pero no fue el caso. Así que tengo unos sobrinos guapísimos, a los que he cuidado en más de una ocasión, especialmente, a Guille y tan feliz.

—¿Y ahora tendrías un hijo?

—¿Ahora? Sergio, te recuerdo que acabo de pasar por un tratamiento de quimioterapia, sin olvidarnos de los cinco años de pastillita que tengo por delante, así que mi fertilidad debe ser

nula o casi nula. Eso, sin contar que hace nada fue mi cumpleaños, cuarenta y cuatro, ¿crees que tengo ganas de niños?

—¿En serio?

—¿A lo de la fertilidad? —Dio un sorbo a su copa sin apartar la mirada de la de él—. En serio, pero te aseguro que no es un problema para mí.

—No, no hablaba de eso, supongo que si hubieses querido ser madre hubieras congelado óvulos, fue lo que hizo mi hermana. Por cierto, es lectora tuya, le gusta mucho tu blog.

—Vaya, ahora me pica la curiosidad y quiero saber quién es tu hermana. Espera —Su sonrisa se amplió—, ¿Aitana? —Sergio asintió con un movimiento de cabeza— Me vino a la cabeza que me contaste lo del tatuaje y ella tiene una foto del tatuaje en su perfil. Tu hermana es increíble, por cierto, es profesora.

—¿Qué le voy a hacer? Vivo rodeado de ellas.

—Hablo mucho con ella, ahora le podré decir que conozco a su hermano—Ambos se miraron sonrientes—. Y volviendo al tema, ¿qué era lo que me decías si era en serio?

—Lo de tu cumpleaños.

—Sí, claro, fue el dos de marzo.

—Bah, no te creo, seguro que Carolina te dijo que era mi cumpleaños.

—¿Cumples el dos de marzo?

—Sí, cuarenta y tres me cayeron. Te aseguro que creí que estabas en los treinta y pico.

—Gracias y, ahora que sé que eres más pequeño has de hacerme caso.

—Bueno, una diferencia enorme.

—Perdona, yo caminaba y tú no.

—Eso no lo sabes…—Con cara de burla contestó.

—¡Sergio! —exclamó soltando una carcajada—. Aprendí a caminar a los diez meses, ¿naciste caminando?

—Inventas.

—Hablo en serio y, aunque no fuera así, siempre hubiese aprendido antes que tú, así que no intentes llevarme la contraria.

—No, yo hace mucho que aprendí a no llevaros la contraria —respondió mirándola a los ojos —. ¿Postre?

—Sí, ahora tendrían que mover mi casa de sitio para caminar más a la vuelta.

—Si te apetece podemos dar un paseo, total vamos a estar sin poder salir un par de semanas. No, ni se te ocurra —Sergio le quitó los platos de la mano al ver su intención de recoger la mesa —, eres mi invitada. Ya recogerás tú cuando sea yo el invitado.

—¿Quieres que te invite a cenar? —Mónica se giró para mirarlo mientras cargaba el lavavajillas—. Soy un desastre en la cocina, más allá de ensaladas y algo a la plancha.

—Bueno, tú pones la cocina y yo hago la cena…

—¿Por qué no le has dicho a mi prima que no estás con Mónica?

—Aunque no te lo creas hace quince días que no coincidimos ni por los pasillos de la facultad. Yo he estado metido en la biblioteca y no la he visto.

—¿Estás huyendo, David? —Guillermo dejó caer la espalda en el asiento del sofá de la terraza.

—No, ¿por qué iba a huir?

—No sé, igual ahora te damos miedo los Alberola —Lo miró risueño, su sonrisa llegó de oreja a oreja al ver la cara de su amigo.

—¿Por qué ibais a darme miedo?

—Entonces si te digo que Jimena está en casa de Sara, tú bajas a saludarla.

—Guille, ¿tú has visto la hora? Pasan de las diez, no es hora de ir a casa de nadie. Es más, igual tu prima ya se ha ido, a las doce inicia el toque de queda.

—Muy bien.

—¿Qué haces? —se interesó al ver a su amigo con el móvil en la mano.

—Enviarle un mensaje a mi novia, ¿no puedo? —Con cara de sorna contestó.

GUILLE

No piensa bajar, o movemos ficha nosotros o estos no se ven hasta después del confinamiento. ¿Nos vemos en la terraza?

SARA

Vale, en cinco minutos subo con Jimena con la excusa de despejar la cabeza.

GUILLE

Perfecto, nos vemos allí. ¿Te apetece ver una peli y los dejamos a solas?

SARA

¿En tu casa?

GUILLE

Mis padres están viendo un «divertido» debate político, ¿en la tuya?
SARA
Vale, mis padres aún están en Pickwick, aunque hoy cierran antes.

Guillermo soltó el móvil a su lado, estiró las piernas y cruzó los brazos tras la cabeza. David lo miró en silencio, tenía claro que su amigo tramaba algo. Demasiado bien se conocían para no reconocer el brillo de sus ojos cuando su cabeza ideaba algo.

—Menos mal que tenemos la terraza si no estos quince días se harían más largos —comentó Guillermo mirando al frente—. Esta y la vecinal…

—¿Tienes prácticas en el hospital estos días?

—Sí, en principio el lunes he de estar en el hospital.

—¿No te da un poco de miedo con lo que está pasando?

—No quiero pensarlo y, mucho menos demostrárselo a mi madre. A ella sí que no le hace ni pizca de gracia.

—Normal, es tu madre —respondió David—. Tus padres son la hostia, no es que los míos no sean geniales, pero será por la diferencia de edad, su manera de pensar o de ser, no tienen nada que ver con los tuyos —se giró y sonrió al ver a la pareja acurrucada frente al televisor—. Te juro que entre más los veo, menos entiendo que no estuvieran juntos todos estos años.

—No creo que ni ellos lo entiendan —replicó girándose y sonriendo al ver a sus padres—. Dejémosles intimidad, vayamos arriba.

—Vale —respondió sin percatarse que había caído en la trampa de su amigo.

Las sombras de Sara y Jimena se dibujaron bajo la luz de la luna. David dedicó una mirada a su amigo, dándose cuenta que había caído como un principiante en sus artimañas, pues, había sabido tejer la telaraña sin que se percatara.

—Tramposo —dijo en susurro.

—Te quiero en mi familia, ya que no es de tío que sea de primo —bromeó consiguiendo su

sonrisa.

—*Gilipollas* —vocalizó en silencio sin disimular su sonrisa.

—Pero me quieres —le murmuró junto al oído.

En silencio caminaron hacia las chicas, que contemplaban la luna en silencio, así como el revoloteo de los murciélagos alrededor de las copas de los árboles. Guillermo le dio un leve empujón a David para que se pusiera junto a Jimena, al tiempo que él le acarició la espalda a su novia y se situaba a su lado.

—Hola —Una más que sorprendida Jimena dijo al notar el roce de su brazo al apoyarse en el muro. —. No te había visto.

—Acabamos de subir —dijo mirando al frente—, así les dejamos intimidad a tus tíos.

—No sabía que te estabas quedando en su casa, me lo dijo Mónica esta tarde.

—Sí, creí que sería solo unos días, pero hasta después del confinamiento lo veo complicado, aunque ya tus tíos me han dicho que me quede todo el curso, pero no quiero abusar.

—No te he visto estos días por la facultad.

—Ni yo a ti. La verdad es que he pasado muchas horas encerrado en la biblioteca.

—Siento lo tuyo con mi tía, con Mónica…

—Supongo que todo tiene un principio y un final.

Ninguno de los dos se dio cuenta que se habían quedado a solas, Guillermo y Sara se habían marchado sin hacer ruido al ver que su plan parecía estar funcionando.

—Eso es muy triste —Lo miró a los ojos—, ¿no crees en el amor eterno?

—Ya sabes lo que dice la canción, el amor es eterno mientras dura —Sus azules pupilas se clavaron en las de ella—. Triste sería no sentirlo, el no vivir un amor eterno, aunque su eternidad sea finita. No sentir las mariposas en el estómago, no tener la carne de gallina por un simple roce —De manera inconsciente sus cabezas fueron acercándose sin dejar de mirarse—o, perderte dentro de una mirada y no querer salir jamás de ella —Sus palabras vibraron junto a los nerviosos labios de Jimena—. Créeme es triste que no sea cierta la eternidad del amor, pero más triste es no haber disfrutado de él y sentido infinito…

Los labios de Jimena se abrieron sin prisa, se estremeció con el solo contacto de los dedos de David en su cintura haciéndola girar hacia él al tiempo que colgaba los brazos en el cuello de él antes de perderse en un largo y apasionado beso.

—¿Te quedas en casa de Sara? —Sin separar la frente de la de ella ni dejar de acariciarle las mejillas preguntó.

—No —respondió en sus labios—, y he de ir marchándome ya. Hoy hay que recogerse como la Cenicienta…

—Te llevo yo —contestó antes de volver a saborear sus labios—. Dime que esto no desaparecerá con las doce campanadas.

Jimena negó con un suave movimiento de cabeza, le dedicó la mejor de sus sonrisas y lo abrazó con fuerza.

—Pero se posterga —dijo entre sus brazos.

—Quince días pasan enseguida…

Uno junto al otro caminaron sin prisa las dos calles que marcaban la distancia entre sus casa, ambos desearon que el recorrido se hubiese multiplicado, se sentían muy bien al lado del otro. La noche, a pesar del nerviosismo, que no terminó de irse a lo largo de la velada, había sido perfecta. Habían disfrutado de la cena y, sobre todo, de la compañía, a ninguno de los dos le pasó desapercibido la creciente tensión sexual entre ellos, pero ninguno tenía prisa; no querían correr, sino que todo funcionara entre ellos.

—Gracias por la cena —Una vez junto a la puerta dijo Mónica—, lo he pasado muy bien.

—Y yo —respondió mirándola a los ojos.

—Sabes, hacía una eternidad que no me acompañaban a la puerta de casa, es como retroceder a los quince —se sonrieron mirándose a los ojos.

La incomodidad de no saber cómo despedirse, así como el nerviosismo, se apoderó de ellos.

—En verano tendrás melena —Sergio le acarició el pelo sin apartar la mirada de la de ella. Mónica silenció un gemido—, pero el pelo corto te queda muy bien —Sus dedos bajaron sin prisa por las mejillas de ella, que se encendieron a su paso, y se deslizaron por su cuello—. ¿Me llamarás en estos días? —Le susurró al oído antes de besarla junto al lóbulo de la oreja. Mónica emitió un entrecortado sí antes de tener la frente de él apoyada en la de ella y perderse en su boca.

Varios fueron los minutos que permanecieron parados ante la puerta besándose hasta terminar fundidos en un abrazo.

—Me gustas mucho, Mónica, *mierda* de confinamiento —murmuró en su boca—. ¿Nos vemos en quince días?

—Sí —respondió con el corazón latiéndole a mil por hora sin separar la frente de la de él—, te debo una cena. Ahora estoy en deuda con tu hijo y contigo.

—No nos rompas el corazón… —dijo saboreando sus labios.

—Ni tú a mí —replicó mirándole a los ojos —. Anda, vete, pocos minutos nos separan para el toque de queda. Avísame cuando llegues a casa.

—Así lo haré —respondió antes de volver a besarla—. Entra, quiero estar seguro de haberte

dejado a buen recaudo —sonrió acariciándole las mejillas.

Mónica abrió la puerta y, entró en casa, no sin antes girarse para dedicarle una sonrisa.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Mónica —contestó acercándose a la puerta para robarle un beso antes de marcharse a paso rápido a su casa.

Capítulo 37

Domingo 15 de marzo, 2020

Desperezándose y, haciendo uso del pijama completo por aquello de tener invitado en casa, Carolina salió a la terraza. El suave sol de las primeras horas del día le dio en la cara y, como si de un adormilado minino se tratase se estiró bajo ellos antes de asomarse. Sus ojos hicieron un meticuloso barrido por la desierta calle, nadie paseaba por ella, la piel de los brazos se le erizó al recordar el motivo.

El canto de los pájaros, que volaban felices sobre las copas de los árboles del antiguo cauce del río, llamó su atención, así como el gorjeo de las cotorras, que campaban a sus anchas en los árboles de la ciudad. Sus ojos siguieron el paseo, a la mente le asaltó la escena de la desierta Gran Vía madrileña en *Abre los ojos*; nadie, ni *runners*, ni ciclistas, ni tan siquiera vio a algún madrugador dueño de perro paseando a su fiel amigo canino, pues, ellos sí tenían permiso para salir.

—Buenos días —Daniel pasó los brazos por su cintura y apoyó la barbilla en su hombro—, me extrañó despertarme y no tenerte a mi lado.

—Dani, contempla la postal —Le señaló al frente—. Nadie, no hay ni un alma en la calle.

—¿Recuerdas que estamos bajo un estado de alarma? —La besó en el cuello.

—Sí, claro que lo recuerdo y, eso me asusta aún más —Carolina se giró para poder mirarlo a los ojos—. Estoy aterrada…

—Carol, escúchame, la situación hay que tomarla en serio, pero no tienes que dejar que el miedo te supere.

—¿Qué pasará después de estos quince días?

—¿Qué quieres que te diga? Yo no lo sé, esto no se va a solucionar en quince días, ni en un mes —La sujetó por la barbilla—. La situación está *jodida*, esa es la verdad, no te puedo engañar, tampoco hacía falta que yo te lo dijera. Tendremos que cambiar nuestros hábitos, igual, durante un tiempo me ves menos por casa; muy probablemente, tendré que ayudar en tareas que no son oficialmente las mías —sonrió al ver el pánico en su mirada—. No te asustes, no me va a pasar nada. No voy a correr ningún riesgo…

—Eso lo dice el que ha estado en medio de un ataque terrorista.

—Carol, de verdad, no te preocupes. Todo va a ir bien, te lo prometo. —Le dejó un suave beso en los labios.

—¿Y el niño?

—El niño… —sonrió y dio un beso en la punta de la nariz—. Al niño le toca enfrentarse a una realidad no deseada, pero estará bien…

—Estará bien, estará bien…—repitió refunfuñando—. Ya podría admirarme a mí en vez de al padre y seguir mis pasos para yo estar más tranquila.

—Claro, porque tu hijo no te admira a ti —Con cara de burla comentó estrechándola con fuerza entre sus brazos—. Guille te adora y lo sabes.

—Claro que lo sé, como tú sabes muy bien de lo que hablo —replicó dándole un par de golpes con el dedo en el pecho.

Juan abrió los ojos, la tenue luz de la mañana entraba por las rendijas de las contraventanas de madera, se giró sobre el lado izquierdo donde Ana dormía profundamente. Tentado estaba de despertarla, su cuerpo le pedía guerra, no lo hizo, sabía que necesitaba descansar tras la paliza que se había dado el día anterior en Pickwick. Además, le encantaba observarla mientras dormía, su dormido rostro transmitía la misma serenidad que, su siempre sonriente mirada y toda ella desprendía. Sin duda, ella siempre había sido su remanso de paz en el que cobijarse ante la adversidad, ella era la que lo había ayudado a salir del agujero negro en el que cayó tras los despidos colectivos en su empresa una década atrás. Sin su iniciativa no se hubiese lanzado jamás a transformar en realidad el sueño que siempre habían tenido en mente.

Diez años atrás a nadie de su entorno le extrañó que Ana soñara con abrir la *cafebrería*, pues, ella siempre había estado conectada con el mundo de la hostelería. Antes de Pickwick muchos eran los restaurantes que querían contar con ella como chef repostera, pero, si bien le encantaba perderse en la cocina elaborando todo tipo de pasteles y postres, odiaba el sacrificado horario y las muchas horas que le había tenido que restar a su familia. Si algo le dolía era no haber pasado más horas con Sara en su más tierna infancia, a los cuatro meses con el dolor de su corazón ella regresó a los fogones y Sara pasaba las horas del día en la guardería hasta que Juan la recogía al salir del trabajo. Pocas fueron las horas vividas junto a ella, el precio a pagar por formar parte de una de las más codiciadas cocinas de la ciudad del Turia había sido no oír las primeras palabras de su hija, ni estar presente cuando dio sus primeros pasos.

Por todo eso, porque sabían todo lo que le restaba en su vida personal y familiar el tener una exitosa carrera profesional, a nadie le extrañó que optara por abrir algo pequeño y así poder compaginar su pasión por la repostería y su familia.

Sin embargo, a todos sorprendió que Juan no buscara trabajo en su terreno profesional, nada que ver con el de su mujer, pues, siempre había trabajado en el sector del marketing, para montar junto a ella un local especializado en cafés, pasteles y literatura. Nadie apostó un duro por él cuando dijo que cambiaba los trajes y las corbatas por un mandil negro sobre los vaqueros y la camiseta negra, que les servía de uniforme. Ahora, una década después, nadie podía imaginarlo

de regreso a una oficina, Juan se sentía feliz en aquel pequeño rincón, que en los últimos diez años se había convertido en el lugar imprescindible para los amantes de la literatura, el buen café, la más deliciosa de las reposterías y, la música en directo.

—Buenos días —Medio dormida y con su sempiterna sonrisa en los labios bostezó Ana—. ¿Qué haces?

—Contemplarte dormir.

—Entretenidísimo —sonrió acurrucándose junto a él—. ¿No se te ocurrió nada mejor que hacer?

—Sí, pero no quería despertarte —La besó haciéndola rodar por la cama hasta tenerla debajo suya —. No imaginas lo relajante que es verte dormir, igual debiera grabarte y subirlo a Instagram para ayudar a los insomnes. Mira, igual, ahora en estos días me dedico a eso.

—Mejor nos dedicamos a otro tipo de actividades —Con una provocativa sonrisa que iluminó por completo su aún adormilado rostro ronroneó besándolo. —. Mmm…Noto vida junto a mis rodillas.

—Ya había antes de que despertaras —sonrió mordisqueándole el labio inferior—. ¿Qué vamos a hacer Ana?

—¿He de explicártelo? —Lo miró con cara de burla— Te vas a introducir suave y lentamente en mi interior…

—No hablo de eso —Apoyado sobre sus codos, como si estuviera a punto de realizar una serie de planchas sobre ella comentó sin disimular la sonrisa. —, aunque… —clavó sus azules ojos en los de su mujer, sintiéndose de inmediato hechizado por los ojos color avellana que tanto adoraba — es mejor plan el tuyo.

—No lo dudes, Juanito… —Con una burlona sonrisa en los labios murmuró en su boca.

—Ni pizca de duda…

Sin abrir los ojos Mónica sacó el brazo de debajo de la almohada y tanteó sobre la mesita de noche hasta encontrar el móvil, sus torpes y adormilados dedos tropezaron con él haciéndolo

caer sobre el parqué.

—Mierda…

Con los ojos medio cerrados palpó en el suelo hasta encontrar el *smartphone* que volvía a sonar e iluminarse en sus manos por la entrada de otro mensaje. Todas sus terminaciones nerviosas se pusieron en funcionamiento con solo leer el nombre del remitente.

SERGIO

Buenos días, no sé por ahí, pero por aquí estamos envueltos en un sepulcral silencio, ni las moscas se escuchan.

Un beso

¿Muchos planes para hoy? Ja, ja, ja… Rio por no llorar. Estos quince días van a ser eternos, aunque me huele que Maribel no va a poder tocar las teclas, yo, por lo menos, podré trabajar tranquilo.

Otro beso

Una tonta sonrisa se alojó en los labios de mi vecina que, tras mullir las almohadas, se sentó y acomodó para dar respuesta.

MÓNICA

Buenos días, pues no, aquí al igual que por ahí no se escuchaba absolutamente nada hasta que alguien osó despertarme con el zumbido del móvil.

A mí me salva que en la finca somos casi familia (y sin el casi), aunque mi hermano, ya sabes el médico buenorro que te robó la novia, ja, ja, ja, nos ha advertido que nada de abracitos, besitos y toqueteos.

Un besito (por móvil no está prohibido, por el momento)

A la carrera Mónica salió de la cama y corrió al cuarto de baño, quería estar de regreso en la cama cuando llegara la respuesta de Sergio. Abría las contraventanas para que la luz de la mañana iluminara la habitación cuando el móvil dio señales de vida. Su sonrisa fue inmediata, cual adolescente enamorada saltó a la cama y móvil en mano se acomodó para leer su respuesta.

SERGIO

Upps… No me había dado cuenta que solo son las ocho de la mañana. Mil perdones por haber osado interrumpir tu descanso.

Te contaré un secreto, a sabiendas que puedes contárselo a Carolina y que ella me dé un tirón de orejas. (Mmm… Algo positivo tiene este dichoso confinamiento, en estas dos semanas igual se olvida y no lo hace).

A estas alturas me alegro de la aparición del médico buenorro, alias el roba novias, gracias a eso ayer descubrí lo mucho que me gustan tus besos.

Espero que el confinamiento no se alargue y volver a saborearlos, siempre y cuando a ti te apetezca también, porque yo ya me declaro adicto a ellos y a ti.

Mi vecina releyó el mensaje varias veces, el corazón le latía aceleradamente, con incredulidad observó el temblor de sus manos y de todo su cuerpo. Sí, claro que sabía que a Sergio le gustaba, él mismo se lo había dicho la noche anterior, pero leerlo fue como una especie de declaración amorosa y sintió un estallido de colorida purpurina en su interior.

MÓNICA

Mil veces te perdono, pero, te impongo la condena de despertarme cada mañana a las siete.

No dudes que se lo contaré a Carolina y al roba novias, ya se encargarán de tirarme de la lengua luego. No iba a decirles lo de nuestra cena, pero en esta escalera es imposible mantener algo en secreto, tras recoger el postre en Pickwick Ana envió mensajito a Carol y

Vivi, así que hoy no me libro del interrogatorio.

Por cierto, yo también me alegro de que el mundo pusiera las cosas en su sitio y Carolina esté por fin con mi hermano, no solo por ellos, sino por lo que yo he tenido a cambio.

Y sí, a mí también me apetece.

SERGIO

Encantado cumpliré con mi condena. Esto se va a hacer muy largo y recuerda que me debes una cena.

MÓNICA

No lo olvido, pero te recuerdo que quedamos en yo poner la cocina y tú cocinar, ja, ja, ja.

SERGIO

¿Harás de pinche?

MÓNICA

Haré de pinche.

SERGIO

Muy bien. Mónica, te tengo que dejar, he de llamar al paleontólogo charlatán. ¿Hablamos luego?

MÓNICA

Sí, salúdalo de mi parte. Un beso.

SERGIO

Dos para ti.

Los mensajes no solo iban y venían en el 2ºB, el invitado del ático también llevaba una hora acurrucado en la cama con una amplia sonrisa, que hacía brillar sus azules pupilas, mensajeándose con la chica que de pequeña se deslizaba con él por el ancho pasamanos de la escalera como si de un tobogán se tratase.

DAVID

Una pena que no sigas viviendo en el 2ºA, como cuando éramos pequeños.

JIMENA

No, casi mejor que no, bastante *jodido* fue verte este año con mi tía, como para encima vivir en la puerta de enfrente.

DAVID

Ja, ja, ja… Igual me hubiese fijado primero en ti.

JIMENA

Sí, seguro…

DAVID

Nunca se sabe.

JIMENA

David, entiendo, perfectamente, que te enamoraras de mi tía. No solo es guapa y atractiva, sino que es simpática, tiene una conversación muy agradable y es una de las personas más inteligentes que conozco. Sueño con el día de poder asistir a sus clases.

David empezó a escribir, pero se lo pensó mejor, borró el mensaje y llamó a Jimena, quería dejarle claro sus sentimientos.

—Escúchame atentamente, no negaré ninguno de los calificativos que has dado sobre Mónica —No le dio tiempo a saludar—. Mónica es absolutamente increíble, su único defecto, por llamarlo así, es que puede envenenarte si se le ocurre cocinar, pero se le perdona. Por lo demás, salvo su cabezonería, algo que creo que es un gen de los Alberola, es perfecta. Pero tú no te quedas atrás, ni eres menos guapa, ni menos atractiva, tu conversación te atrapa y estoy seguro que, si te dedicas a la enseñanza, entrarás en el mismo grupo que ella. No dudes que me colaré en tus clases para oírte y, darle cogotazos a todos los que se atrevan a mirarte como solo quiero hacerlo yo. Mejor aún, me jactaré de decirles que solo yo disfruto de tus besos.

Jimena ni respiraba escuchando las palabras de David, moría por poder abrazarlo, besarlo y perderse en sus increíbles ojos.

—Jimena, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy —respondió emocionada por sus palabras.

—Por cierto, buenos días.

—Buenos días.

—¿Ha quedado todo aclarado?

—Sí, pero entiende que es muy raro ser la sustituta de mi tía.

—No, Jimena, no eres la sustituta. Nadie sustituye a nadie, no eres el clavo que saca otro clavo. Mónica forma parte de una etapa de mi vida, no muy larga, eso sí, intensa por todo lo que nos tocó vivir. Semanas hacía que me había dado cuenta de mis sentimientos, pero no me atreví a romper con ella, al final, fue ella quien tomó las riendas poniendo el punto y final a nuestra relación. Jimena, tú eres un nuevo capítulo, solo espero que sea —se calló un instante— el mejor de los capítulos.

—Malo como empieza…

—Eso lo dirás por ti, yo sigo saboreando los besos de anoche. No te rías —dijo al escuchar su dulce y contagiosa risa—. ¿Acabas de llamarme cursi? Genial, ¿por qué me enamoro de las Alberola? ¿Crees que es agradable oírle decir a tu novia que eres cursi?

—¿Tu novia? —De golpe se le cortó la risa.

—No me digas ahora que a ti también te asusta la palabrita, porque entonces ya es un problema de vuestros genes —replicó sin disimular su diversión—. ¿Qué has dicho? No te he

entendido.

—No me asusta, idiota, me encanta ser tu novia. —repitió a sabiendas que la había oído la primera vez.

Mis padres fueron los últimos en dar señales de vida. Mi madre hacía semanas que no dormía bien, a pesar de los múltiples cojines le costaba encontrar la postura correcta y, muchas veces cuando lo hacía Ivo y yo nos movíamos y, todo volvía a empezar de nuevo. Mi padre también estaba falto de sueño, cada vez que mi madre se movía o quejaba él abría los ojos para comprobar que todo estaba bien; diría que él estaba más nervioso que mi madre con la cercanía del parto.

—Buenos días, *ma chérie*. ¿Has logrado descansar? —dijo antes de besarla en los labios con cuidado de no tropezar con su barriga— ¿Es cosa mía, o cada día la frontera de cojines entre nosotros es mayor?

—Algo me han dejado dormir estos dos —respondió mi madre incorporándose porque necesitaba ir al baño, la vejiga le pedía auxilio—. Ahora te juro, Antoine —se terminó de levantar y con el puño cerrado en alto miró a mi padre que la contempló divertido—, a Dios pongo por testigo que pienso despertar a estos dos cuando remoloneen en la cama de adolescentes, para que sepan lo que me han hecho pasar estos meses.

—¿A dónde vas Escarlata?

—Al baño —Sin detenerse dijo—. Esa es otra, estoy por ponerme pañales el tiempo que reste de embarazo —clamó sentada en la taza del váter—. Antoine, te advierto, una y no más. Con estos dos me planto yo, así que, si quieres sembrar más semillitas —Con los brazos cruzados ante el pecho mi padre la escuchaba sin disimular la sonrisa apoyado en la abierta puerta— te buscas otro terreno, porque a mí no me abonas más. Una y no más santo Tomás.

—¿Todas las mexicanas sois tan gruñonas? —Tomó su cara entre las manos—Viviana, no pienso abonar otras tierras, no quiero a otra.

—¿Aunque pese veinte kilos más, parezca un pingüino al caminar, me queje por todo y haga

semanas que no practiquemos sexo?

—*Ma chérie*, antes de la aparición de Lilith en mi vida hacía meses que no tenía sexo en pareja.

—Lilith, Lilith, ella sí que sabe y no yo —rio mi madre.

—Oye, ¿qué queja tienes tú? —Fingiendo enfado se quejó mi padre relevándola en la taza del váter.

—¿Enumero? —preguntó a la espalda de mi padre en el espejo mientras ella se lavaba la cara — Una, a ella le sirven sus zapatos, yo no puedo ponerme ni uno solo de mis preciosos tacones. Dos, la ropa, muero por volver a ponerme mis vestiditos.

—Me encantan tus vestiditos…

—Eso ya lo sé —Le dio un culazo al colocarse junto a ella y robarle el lavamanos—. Tres, quiero recuperar mi cuerpo y el control sobre mí misma. Y cuarto, ella no se metió en la locura de la maternidad, Antoine, te juro que antes estaba asustada, pero ahora no hago más que preguntarme a qué mundo van a llegar nuestros hijos.

—Eh, Vivi —Le dio media vuelta para abrazarla—, no llores. ¿Crees que yo no me lo planteo? Es normal que estés nerviosa, yo lo estoy, no soy capaz de pensar en otra cosa —Le secó las lágrimas con los dedos—. Nos tocó ser padres en medio de una pandemia, ¿qué le vamos a hacer? Piensa en algo bueno…

—¿Qué tiene de bueno la situación?

—Fácil, hace dos semanas estabas agobiada porque tus padres y mis padres se vendrían al nacer Itzel e Ivo y, solo a nosotros se nos ocurrió la maravillosa idea de decirles que se quedaran en casa —Una sonrisa se dibujó en los labios de ambos—. ¿Imaginas a tu madre y a mi madre dándonos consejos sobre cómo criarlos? A mí ya me dolía la cabeza de solo imaginarlo. ¿Imaginas que esto hubiese sucedido estando ellos aquí?

—¡Me da escalofríos de solo pensarlo!

Las risas de mis padres salieron por la ventana del baño e invadieron el silencioso patio provocando la simultanea sonrisa en todos y cada uno de mis vecinos. Las risas de mis padres solo fueron el aperitivo del despliegue de risas que, no mucho después, se apoderaría del patio en aquella extraña y silenciosa mañana de domingo.

VIVI

¡A las ventanas ya! Y sí, ¡es una orden! Y ojo, a una embarazada no hay que llevarle la contraria.

Sin rechistar, con una sonrisa de oreja a oreja, taza de desayuno en mano, Ana salió al patio, con un guiño saludó a Mónica, quién con cara de resignación, si algo tenía claro era cuál era la urgencia, también taza en mano, se asomó a la ventana de la cocina.

—Eres una cotilla, te dije que callases —Con la mirada fija en la risueña cara de Ana resopló —. Traidora. ¿Y tú, de qué te ríes? —Miró hacia arriba al escuchar las risas de su hermano, que se había asomado junto a Carolina— ¿Ahora también estás tú en el grupo de las cotillas mayores?

—Solo salí a saludar, ya después me informará Carol.

—Doctorcito, vete para dentro ya, quiero que tu hermana me cuente que pasó ayer con el Sergio, no seas metiche —Sentada junto el aromático jardín vertical dijo mi madre.

La risa fue unánime al escuchar el calificativo dado a Daniel, cuando ella era la que había convocado aquella reunión de urgencia.

—Y un momento —Con algo de torpeza se levantó de la silla, acababa de darse cuenta que desde allí solo escuchaba a Ana, pero no podía verla—. No puedo ver a Anita y, eso me pone de

los nervios, así que esperen que subo y me asomo desde el dormitorio de los bebés.

—Espera un momento, Vivi —interrumpió Mónica—. Sé que estamos confinados, pero ¿no podríamos vernos en la escalera guardando las distancias? Ana puede quedarse en su puerta, tú en la tuya y Carolina y yo nos quedamos cada una a un lado de la escalera.

Ninguna dijo nada, sus miradas se comunicaron por ellas sin necesidad de palabras antes de desaparecer en el interior de sus respectivas viviendas.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha desconvocado el aquelarre? —Daniel dejó la taza del desayuno en la mesa y risueño miró a Carolina.

—No, me bajo a las escaleras, nos reunimos en el patio.

—Carol, sé que…

—No te preocupes —lo interrumpió Carolina con un beso en los labios—. Además, ayer mismo en algún momento estuve con todas ellas, ¿de verdad es necesario?

—Solo te digo que pongáis distancia, tenemos a una embarazada a la que le auguro no más de una semana…

—¿Lo dices en serio?

—Del todo, y además está mi hermana. Ella me preocupa más…

—¿Cómo que te preocupa? ¿Qué es lo que no sé? —La cara de Carolina era de auténtico susto.

—Nada —Tiró de la cinturilla de su holgado pantalón de pijama—, solo que sus defensas aún están bajas tras tanta quimio. Vosotras mantened la distancia, por lo menos, en estos primeros quince días en los que quedará claro si lo hemos pillado o no.

—¿Primeros quince?

—Carol, ve, te están esperando.

—Dani…

—Carol, luego hablamos, ahora vete. ¿Quieres que la mexicana suba en tu busca o se nos ponga de parto en el patio?

Una larga hora estuvieron las cuatro mujeres en la escalera, en realidad, solo el primer cuarto de hora Mónica habló de su cita con Sergio, de cómo se habían encontrado en el supermercado, de la cena y, de la buena sintonía existente entre ellos. Con la habilidad que la caracteriza enseguida desvió el tema de conversación, pues, si bien nunca había tenido secretos con sus amigas, no le apetecía hablar de Sergio. Por primera vez en la vida le aterraba hablar de algo que solo estaba en los inicios, por nada del mundo quería hacerse ilusiones con una relación, que daba sus primeros pasos con un confinamiento y, tampoco quería gafarla.

Capítulo 38

Los primeros días del histórico confinamiento en el que nos sumamos, como consecuencia de la odiosa pandemia que asoló nuestro planeta de norte a sur y de este a oeste, fueron vivenciados de diferente manera por cada uno de los habitantes de la escalera. Si bien todos sentían la claustrofobia por estar encerrados, cosa que no entiendo porque Ivo y yo bien a gustito que estábamos dentro de nuestra burbujita, ha de ser que cuando somos mayores se nos olvida que empezamos la vida estando nueve meses encerrados en la panza de nuestras madres; no todos se encontraban en el mismo estado de ánimo.

En el ático Carolina no notó los cambios por el trabajo los primeros días, ya que en Valencia estudiantes y docentes tenían vacaciones por Fallas; sin embargo, aquel primer lunes al ver salir a Daniel para el hospital sintió un pinchazo en el estómago. Le aterraba saberlo en primera línea de batalla, por mucho que le dijera que él no se encontraba en el centro del huracán, sabía que, más tarde o más temprano, estaría metido de lleno y no se limitaría a traer bebés al mundo. Y si miedo sintió por él, más aún le aterró ver salir a Guillermo, tentada estuvo de no permitirle salir, aunque perdiera un año académico por la no realización de las prácticas.

Carolina agradeció tener a David en casa, aunque él pasara la mayor parte del día estudiando, comían juntos y charlaban de los más dispares temas. En cuanto a David no solo estaba entretenido con los trabajos de clase y preparando exámenes, David vivía en su propia burbuja de colorines y corazones de purpurina.

¿De verdad que el amor nos hace ver unicornios y flotar entre purpurinas y pompitas de jabón? ¡Ay, qué ganas tengo de sentirme así!

Un piso más abajo Mónica también se encontraba inmersa en su propia *rom-com*, cumpliendo a su promesa Sergio la despertaba temprano casa mañana. A lo largo del día, como si de un par de adolescentes se trataran, se enviaban mensajes para contarse qué hacían y, para hacerse una pregunta cada uno, pues, se habían propuesto conocerse mejor en aquellos días, así que, cada día se preguntaban o, directamente, se contaban alguna curiosidad, peculiaridad o anécdota de sus vidas. Y como no hay dos sin tres, por la noche, tras Sergio hablar con sus hijos, la llamaba a ella y, esa era la hora del día más corta de las veinticuatro.

En el 1ºB las horas pasaban de diferente manera, a Sara se le escurrían entre libros y apuntes, pues, se encontraba inmersa en exámenes, aquel primer año tenía la impresión de estar viviendo eternamente en medio de ellos. Sumergirse en los libros era su manera de no extrañar a Guillermo, pues, a penas se veían un momento cuando él llegaba de las prácticas y, no antes de haber subido a su casa duchado y cambiado de ropa.

Tanto Guillermo como Daniel seguían un estricto protocolo para garantizarse de no estar trayendo virus a nuestra escalera. A ninguno de los dos les bastaba con cambiarse en el hospital, nada más llegar a casa iban directos a la ducha y su ropa a la lavadora. Solo entonces Guillermo se permitía el lujo de subir a la terraza en donde Sara lo esperaba para pasar un rato juntos.

Al contrario que a su hija, a Ana y Juan las horas les parecían eternas. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a pasar tantas horas en casa y, mucho menos a estar mano sobre mano. Así que de inmediato buscaron qué hacer y, eso fue la mejora de la página web de Pickwick, así como la apertura de una cuenta en Instagram. Algo les decía que aquello iba a durar mucho más de los quince días planteados, e ir advocados a hacer un ERTE en la empresa, no podían permitirse el lujo de quedarse sin el pequeño colchón económico del que disponían.

En la puerta de enfrente, es decir, en casa de mis padres, los ánimos estaban revueltos. Mi

madre se sentía cada vez más pesada, más hinchada, echaba de menos los largos paseos con mi padre, esos que Daniel le había recomendado, no solo para mantenerse en forma, sino para ayudarnos a nosotros a colocarnos en el canal de salida. Y mi padre, uff…mi padre estaba nervioso, le aterraba la idea de que sus hijos nacieran en medio de una pandemia.

19 de marzo, 2020

Raro y silencioso, así pasaría aquel extraño día de san José a la historia. En la memoria colectiva de todos los valencianos estaba el olor a pólvora, a buñuelos de calabaza, churros y chocolate, al emocionante estruendo de la *mascletá* en la plaza del ayuntamiento, a las lágrimas por el fin de fiesta, pero nada, en mi calle no se escuchaba absolutamente nada hasta que, de pronto, una vecina del patio 15 colocó los altavoces en su ventana y, en el mismo momento en el que aquella última *mascletá* tenía que habernos hecho temblar a todos, la voz de Francisco entonando el himno de mi tierra se adueñó de la silenciosa calle.

No hubo ventana que no se abriera, vecino que no saliera a sus ventanas o balcones y, con la piel de gallina y de manera sincrónica comenzara a cantar. En el nº9 el canto fue unánime, todos estábamos asomados, nuestras voces se sumaron a la de todos los vecinos de la calle, incluso mis padres, valencianos de acogida, emocionados entonaron el himno.

—¿Qué te ocurre? —Con cara de preocupación se interesó mi padre por el gesto de dolor de mi madre.

—Nada, esta Braxton hicks ha sido un poquito más fuerte que las otras —Mi madre se llevó las manos al bajo vientre.

—Vivi…

—No es nada, Antoine, solo necesito sentarme y un vaso de agua. ¿Puedes acercarme esa silla, por favor?

—¿Seguro?

—Sí, de verdad —respondió aguantando el fuerte dolor de riñones y en el bajo vientre.

Asustado y preocupado mi padre le acercó la silla a mi madre y la ayudó a sentarse notando sus torpes movimientos y los claros signos de intenso dolor en el rostro.

—¡Vivi! —exclamó al ver el charco que se formaba debajo de ella y de la silla — *Merde*! ¡No te muevas!

—Antoine… —En un hilo de voz dijo mi madre al darse cuenta que acababa de romper aguas.

—¡Quédate ahí! —gritó mi padre mesándose el pelo y moviéndose sin ton ni son de un lado a otro, como pollo sin cabeza, alrededor de mi madre y del charco de líquido amniótico que avisaba de nuestro intento de fuga.

—¿Y a dónde voy a ir, *cabrón*? —Con ojos de loca clamó mi madre antes de provenir un alarido porque las contracciones habían empezado a ser más fuerte y seguidas. —Llama a Daniel, sé que está en casa. ¡Diosito, esto duele!

Mi madre propugnó otro grito de dolor, paralizado quedó mi padre ante la puerta al escucharla, dando inmediata marcha atrás.

—¿Qué haces aquí, *hijo de la chingada*? —gritó mi madre con la respiración entrecortada por el dolor. En el olvido había quedado todo lo aprendido en las clases de preparación al parto—. ¡Llama a Daniel! —dijo antes de expulsar el aire y llevarse la mano izquierda entre las piernas porque empezaba a notar como mi cabeza empujaba más y más.

Mi padre no tuvo que subir al ático, al abrir la puerta escuchó las carreras de Daniel y Guillermo que, colocándose la mascarilla, bajaban la escalera como quien huye de un incendio. Todos habían escuchado los gritos de mi madre, todos habían abierto sus puertas e intentaron

colarse en casa, pero Daniel les prohibió el paso sin necesidad de palabras, con una sola mirada Mónica, Ana, Juan y Sara se quedaron en sus puertas. Eso sí, poco tardaron David, Carolina y Mónica en bajar al primer piso y quedarse en la escalera. Todos querían estar cerca de mi madre, todos querían comprobar de primera mano que no había ningún problema y estar preparados por si su ayuda era necesaria.

—Vivi está de parto…

—Ya imagino —Con su habitual sonrisa, perfectamente visible en sus ojos, Daniel le dio una palmada en el hombro—. Tranquilo, no pasa nada. Todo irá bien, ¿has llamado al 112?

—No, no he tenido tiempo.

—Llama ya, pide una ambulancia, avisa que es un parto gemelar prematuro tardío.

Aquella explicación asustó a mi padre, con nerviosismo se mesó el pelo. Daniel lo sujetó por los hombros y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—No te asustes, todo va a ir bien. Sabíamos que esto ocurriría, es un parto gemelar, la edad de Vivi y su constitución también suma para ello, pero todo va a ir bien. Llama y te vienes, ahora dime, ¿dónde está? —No necesitó respuesta, un nuevo grito de mi madre le indicó el camino hacia ella —¿Qué prisa te ha entrado? ¿Te has propuesto fastidiarme mi día libre? —Con la mejor de sus sonrisas comentó acercándose a ella a paso acelerado.

—No me *jodas*, doctorcito —Aulló por una nueva contracción—. ¿Dónde está el *cabrón* de Antoine?

—No me seas malhablada, Viviana —Daniel se arrodilló delante de mi madre, sin importarle estar hincando la rodilla en medio del charco de líquido amniótico, y sin borrar su sonrisa, muy probablemente todo era parte de su estrategia para conseguir que se tranquilizara—. Viviana necesito quitarte las bragas. Guillermo, ayúdala a incorporarse para yo quitárselas.

Daniel se llevó las manos al bolsillo trasero donde había guardado unos guantes de látex antes de bajar porque imaginaba lo que sucedía.

—Doctorcito, ya le diré a Carolina que me las has quitado —respondió mi madre.

Una pícara sonrisa asomó en los ojos de Guillermo y del mismo Daniel que bajaba las empapadas bragas de algodón por las también mojadas piernas de mi madre.

—Ni las mires, son horribles. Antoine te puede asegurar que mi lencería de no embarazada no tiene nada que ver—Daniel no contestó, le sonrió a mi madre antes de bajar la mirada y clavarla entre sus piernas—. ¿Y dónde *coño* está Antoine? —profirió al venirle una nueva contracción.

—Ya vienen —Mi padre dejó el móvil sobre el sofá y se acercó al trío.

—Viviana, no te asustes, creo que Itzel e Ivo quieren nacer aquí —Con las manos en los muslos de mi madre comentó con toda la tranquilidad del mundo. En peores escenarios y condiciones había atendido partos y realizado cesáreas de urgencia. —. Escúchame, te vas a quedar en esta silla, pero quiero que te acerques más al borde. Guillermo, ponte los guantes y ven conmigo, Antoine, ponte donde estaba él, tómale la mano.

Mi madre emitió un nuevo grito, está vez apretó con todas sus fuerzas la mano de mi padre.

—Viviana —Sin perder la tranquilidad la miró a los ojos—, concéntrate en la respiración, quiero que intentes respirar con tranquilidad y de la misma manera expulses el aire.

—¿Cómo quieres que me relaje? —Se quejó—¿Sabes cómo duele esto? Estos *cabrones* me están *jodiendo* viva—vociferó enfurruñada por el dolor—. Y tú —estrujó la mano de mi padre para atenuar el dolor de la nueva contracción—, a mí no me vuelves a hacer un hijo.

Guillermo asistía en silencio, Daniel le había transmitido su calma, en cuclillas junto a su padre se colocó el par de guantes, que su padre le había dado antes de bajar, a la espera de sus indicaciones.

—Guillermo, sujétale las piernas, que las mantenga abiertas. Viviana… —Daniel la miró a los ojos— en unos minutitos conocerás a tus hortalizas —le hizo un guiño—, una cabecita empieza a asomar…

—¡Quiero la epidural! —gritó apretando la mano de mi padre.

—Ma chérie…

Mi padre no pudo terminar de hablar, mi madre le dedicó una mirada endiablada y le apretó la mano.

—¡Déjate de *ma chérie*! ¡Eres un *mamonazo*! ¡Esto es culpa tuya y de tus *putos* espermatozoides! —Entre jadeos por las contracciones gritó mi madre apretando la mano de mi padre.

Daniel no se inmutó, Guillermo tampoco, mi padre le secó el sudor a mi madre con toda la calma que podía tener.

—Vivi, respira tranquila —dijo mi padre. Los ojos de Guillermo le sonrieron—. Solo estás cumpliendo la tradición, me contaste que tu madre nació en la cocina de tu abuela y tú en el coche camino al hospital, nuestros hijos nacerán en el salón de casa. Con la diferencia de que ellas no tenían médico y tú tienes a dos para ti sola.

—Viviana —Con la mano en mi cabeza empezó a decir Daniel—, a la de tres necesito que inspires y mantengas el aire en los pulmones y, solo cuando yo te diga lo expulsarás mientras pujas con ganas. ¿Me has entendido? —Mi madre asintió con un movimiento de cabeza—. Mantén las piernas bien abiertas y, si me das permiso, no seré yo sino Guillermo quien traiga a tus…

—Melones —Al unísono dijeron mis padres.

—¿Permites que sea Guillermo? Yo no me voy a mover de aquí…

—Sí… —Le costaba aguantarse las ganas de empujar.—. Sácame a estos *chamacos* que me están *partiendo en dos*.

—Guillermo, ponte aquí, la mano aquí —Guillermo no dijo absolutamente nada, la emoción y el nerviosismo lo embargaban por igual, especialmente, por la confianza brindada por su padre para ser él quien asistiera el parto. Aquella iba a ser la mejor práctica de la carrera y, la que jamás en la vida olvidaría—. Viviana, inspira y mantén el aire…—Obediente, mi madre tomó una bocanada de aire y la retuvo en sus pulmones—, suéltalo y empuja con todas tus ganas— Mi madre expulsó el aire al tiempo que empujó con todas sus fuerzas—. Otra vez, inspira… Guillermo, cuando ella empuje, sujeta con cuidado, pero con fuerza y sin miedo. Ahora, Viviana, empuja…—Una vez más mi madre empujó y yo deslicé un poco más mi cabeza por su vagina—. Una vez más, ya casi… casi está. Ahora Viviana.

Mi madre empujó con todas sus fuerzas, las mismas con las que apretaba la mano de mi padre, acompañada por sus alaridos yo me deslicé por medio de sus muslos directa a las manos de Guillermo que me sujetaba maravillado. Pocos fueron los segundos que permanecí en sus grandes manos, pero lo suficiente para percibir el aroma de su piel, disfrutar de la sonrisa y del emocionado brillo en sus ojos. Ahí, en ese momento vi por primera vez en la vida unicornios flotar a mi alrededor y él supo que quería dedicarse a traer niños al mundo. Para mí, se convirtió en mi primer amor, para él me convertí en el primer ser humano al que ayudaría a traer al mundo. Por siempre seré su primera vez, esa que no se olvida por mil años que vivas.

—Itzel… —musitó Guillermo, yo le regalé mi llanto, él a mí su maravillosa y emocionada voz. Esa que jamás olvidaré en la vida.

—Ponla sobre la madre —indicó Daniel.

A mi llanto se sumó el de mis padres que me contemplaron extasiados y maravillados, estaban

tan absortos conmigo, en olerme, en tocarme que no escucharon llamar al timbre. Guillermo salía corriendo a contestar al telefonillo, cuando dos sanitarios del 112, que parecían salidos de una central nuclear por su vestimenta, entraron a tropel al salón, Sara les había abierto la puerta.

—¿Doctor Alberola? —Uno de los sanitarios dijo al reconocer a Daniel antes de dirigirse a mis padres. —Han tenido suerte de tenerlo aquí.

—¿Fernando? —dudó Daniel, creía haber reconocido la voz tras las gafas y la mascarilla— Vivi, además de ser mi vecina, es paciente mía, sé que se sale de protocolo, pero ¿te importa que terminemos nosotros de atenderla? —Sin levantarse preguntó Daniel—Eso sí, necesito que me dejes el instrumental, no hemos cortado el cordón, porque aquí no tengo nada.

—Aquí tienes —Le pasó el instrumental que traía con él—. Llegamos tarde.

—No, falta otro —explicó Daniel indicándole a Guillermo cómo proceder con el cordón—. Viviana, ahora Fernando cogerá a Itzel, él se encargará de ella mientras yo veo si Ivo viene ya o… —La cara de mi madre se lo dijo todo. El dolor volvía a apoderarse de ella y con él las ganas de empujar. Daniel metió la mano en el interior de mi madre, enseguida palpó la cabeza del *tete*. Pobre, en breve, todos verían que nacía con ese pequeño dedito entre las piernas—. No, no vamos a esperar, Ivo ya está aquí —Sonriente miró a mi madre—. Viviana, procedemos de la misma manera. Guillermo… —Guillermo asintió y volvió a situarse entre las abiertas piernas de mi madre—. Viviana, toma aire…

Veinte minutos más tarde, Ivo demostraba que su pequeña tara no le impedía llorar, a su llanto se sumó el de mis padres y el mío, que reclamaba mi derecho a estar con ellos. Unos sonrientes ojos me colocaron sobre mi enrojecida y sudorosa madre que emocionada besaba la cabeza de mi hermano y mía antes de besar los temblorosos labios de mi padre.

—Perdóname, Antoine, siento todo lo que te dije —musitó en sus labios.

—No, pasa nada, *ma chérie* —Mi padre le dedicó la mejor de sus sonrisas antes de volver a besarla.

—Viviana, ahora os iréis con ellos. Luego pasaré a verte, ahora Guillermo y yo hemos de ducharnos y cambiarnos de ropa.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Lo siento —dijo el tal Fernando a mi padre—. En situación normal sí, ahora por protocolo no podemos.

—Antoine, ahora iremos juntos, no te preocupes. De todos modos, tranquilo, todo ha ido perfecto.

Guillermo miró a su padre, Daniel asintió con la mirada y tras ver salir a los sanitarios se despojaron de guantes y mascarilla. Al salir al descansillo se encontraron con todos los vecinos parados ante la puerta, ninguno había querido perderse la salida de mi madre y, mucho menos, la nuestra; eso sí, todos permanecieron a una distancia prudencial advertidos por los propios sanitarios.

Los abrazos a mi padre llegaron una vez a solas, ahí todos se saltaron medidas y distancias para abrazar a mi emocionado padre, que había roto en un nervioso llanto de felicidad.

—Gracias —Abrazado a Daniel y Guillermo musitó—, muchas gracias de verdad.

—No has de darlas, es mi trabajo —respondió Daniel con una amplia sonrisa en los labios.

—Las gracias he de darlas yo por haberme permitido ser quien ayudara a Viví dirigido por mi padre.

Carolina abrió los ojos con orgullo y satisfacción al escuchar el comentario de su hijo, miró a Daniel y él asintió con una sonrisa.

—No me creo que en dos días seamos cuatro en casa.

—Antoine, eso no será en dos días. No ha sido un parto a término…

—¿Qué quieres decir con eso?

El silencio fue unánime en el rellano de la escalera, todos mis vecinos prestaron atención a Daniel.

—¿No me dijiste que todo había ido bien? ¿Acaso no querías preocupar a Vivi?

—Y todo ha ido perfectamente, pero Itzel e Ivo tendrán que pasar unos días en incubadora, es el protocolo, si hubiesen esperado tres días más, ya no hubieran sido prematuros…

—Pero…pero… ¿qué quieres decir con eso? ¿No están desarrollados por completo?

—Antoine, tus hijos están perfectamente desarrollados, no te preocupes por eso. Incluso me atrevería a decir que, si no pesan los dos kilos y medio cada uno, lo rozan con toda seguridad.

—¿Cuánto tiempo han de estar en incubadora?

—Eso no te lo puedo asegurar, ahora les harán examen al llegar al hospital. Escúchame, te ayudo a limpiar el paritorio —Lo sujetó por el hombro— y luego me das tiempo de ducharme y vestirme y vamos al hospital.

—No, de eso nada, ya limpio yo, faltaría más, ya te ha tocado trabajar en tu día libre.

—No digas tonterías, entre los dos acabamos antes. Ahora el tapizado de la silla no sé yo.

—Quedará para el recuerdo…

—Ja, ya veo a Vivi restregándoselo a mis sobrinos —intervino Mónica con una sonrisa de oreja a oreja provocando la risa de todos.

—No lo dudes —rio Antoine.

—¿Soltó muchos tacos? El día de la caída a mí me puso de vuelta y media.

—¿Necesitas que te responda?

—No.

Guillermo: Sin duda alguna, lo de hoy ha sido toda una revelación, tengo claro que voy a seguir los pasos de mi padre, quiero ser obstetra. Cuando vi salir a Itzel y la tuve en mis manos fue pura magia, ha sido el momento más mágico y grandioso que he vivido.

Apoyado en la puerta de la terraza Daniel escuchó las palabras de su hijo, no era su intención espiar la conversación que Guillermo y David, sentados cada uno frente a su portátil en la larga mesa del comedor, mantenían con Sara y Jimena. No escuchó las respuestas de ellas, pero, sonrió por la cariñosa palmada que su hijo dio a David en la frente, intuyendo que todo era debido al carraspeo y la risita de David porque, muy probablemente, había comparado aquella magia de la que hablaba su hijo con la sentida en las relaciones sentimentales o, tal vez, en las sexuales.

Guille: No seáis *cabrones*. Jimena de tu novio…

—Novios… —murmuró y sin hacer ruido, tal como había entrado, salió a la terraza.

Los colores subieron a las mejillas de Jimena de manera automática. Entonces fue Sara la que soltó la risita.

Guille: ¿Te ruborizas, prima? ¿Crees que no sabemos lo que ocurre entre vosotros dos? Pues, a todos os digo que lo vivido hoy no es comparable a mis sentimientos por Sara, y entiéndase, que no es equiparable porque son vivencias totalmente distintas.

Sara: Guille, no necesito explicaciones. Sé muy bien lo que quieres decir.

Guillermo: Sé que no necesitas explicaciones, pero, el que está sentado frente a mí sí.

David: Claro, como no soy matasanos, sino estudio Historia.

Guille: ¡No te pases! Además, mi tía es una de las personas más inteligentes que conozco y mi prima no se queda atrás. Eres un *jodido* suertudo.

David: Suerte la tuya que me conoces de toda la vida.

Guille: Raro que como Alberola no haya caído a tus encantos.

David: No eres mi tipo, así que mejor para ti no haberte enamorado de mi maravilloso e inigualable ser.

Guille: Jime, pasa de este presuntuoso, yo te presento a cualquiera de mis amigos.

David: No le hagas caso, Jimena, tu primo es un envidioso. Más bien es Sara quien tiene que pasar de él.

Jimena y Sara asistían en silencio mientras renegaban con la cabeza al tira y afloja entre Guillermo y David.

Sara: ¿Chicos vais a seguir?

Jimena: Sara, siempre podemos crear una sala para nosotras dos y dejarlos a ellos, al final, va a ser verdad que se gustan.

Sara: Yo creo que va a ser eso.

Guille: Nooo, bastante tengo con verme obligado a pasar el confinamiento con él. No me dejéis, por favor.

David: ¿Qué harías tú sin mí?

Jimena: Lo dicho, estos se gustan.

—¿Sabías que Jimena y David están juntos? —Daniel pasó el brazo por encima de los hombros de Carolina, le quitó el libro de las manos y estiró bien sus largas piernas— ¿Qué es lo que me he perdido en estos días?

—Estaba leyendo —se quejó Carolina—, ni se te ocurra desmarcarme la página.

—¿No crees que merezco que me hagas un poquito de caso? —Le pellizcó la nariz—Desde el domingo no teníamos un momento para nosotros y, mira hoy la que se lio—Sus dedos acariciaron su corto cabello—. Creo que es la primera vez que te veo con el pelo tan corto y, la verdad es que te queda muy bien.

Carolina clavó sus azules ojos en los oscuros de él, se mordió el labio inferior por no reír por el comentario.

—Dani, ¿cuántos meses llevo con el pelo corto? Ya, por fin, tengo pelo que peinarme y, ojo,

lo volvería a hacer y, lo sabes.

—Lo sé —La besó en los labios—, ¿no puedo piropear a mi chica?

—Tu chica —carraspeó risueña, una pícara sonrisa asomó de manera irremediable en los labios.

—¿Cómo quieres que te llame? Casados no estamos, así que no eres mi mujer…

—Mi mujer, dicho así, suena fatal.

—¿Tan mal te suena? —Estiró mejor las piernas y cruzó los brazos ante el pecho.

—¿Qué? —Carolina se giró hacia él para poder mirarlo a la cara— Y sí, parece ser que David y Jimena están juntos, era algo que ya habíamos visto venir, así que no sé… —Carolina se calló al ver la irónica sonrisa de Daniel—. ¿A qué viene esa cara?

—Siempre fuiste una maestra cambiando de temas y, veo que esa habilidad tuya no ha cambiado con los años. Me encanta que tras tantos años sigas siendo la misma Carolina de la que me enamoré como un tonto, aunque más tonto fui por no decírtelo en su momento. Dime, ¿tal mal te sonaría?

—Dani…

Carolina hizo un fallido intento de levantarse, Daniel la sujetó de las muñecas y la sentó sobre sus piernas.

—¿De verdad, te suena tan mal? —En el más íntimo de los tonos preguntó con la frente apoyada en la de ella— Y no hablo del rancio concepto de mi mujer, como si habláramos de animales de una granja, sino de mujer en sentido de compañera de vida. A mí lo de esposa me suena peor, la polisemia me asalta a la cabeza.

—La polisemia —La sonrisa fue inevitable—. Por lo menos sé que cuando estudiábamos juntos me hacías caso. Y no, no me suena tan mal —Rozó sus labios con los de él—, nada mal…

—Mmm… ¿Me estás diciendo que sí?

—¿Qué sí? ¿Cómo que si te he dicho que sí? —Con los ojos abiertos de par en par respondió. Guillermo y David atendían en silencio lo que les había parecido una propuesta de matrimonio. —Dani, ¿qué me estás queriendo decir?

—¿Quieres que te lo pida de rodillas? No tengo anillo, ni siquiera tenía esto planeado, pero tampoco teníamos planeado tener un hijo y, no nos salió tan mal, eso sí, un tanto cotilla —comentó, dejando claro que se había percatado de su presencia—. Ahora no, pero cuando todo esto se acabe ¿querrías casarte conmigo y así nuestro hijo deje de ser hijo de una familia desestructurada?

—Bueno, si es para que nuestro hijo —Su sonrisa hizo brillar sus ojos—no tenga un trauma infantil entonces me sacrificaré y te respondo que sí.

Guillermo corrió junto a sus padres, se abalanzó sobre de ellos y atrapó bajó sus brazos.

—Voy a poder presumir en el colegio —Una sonrisa burlona iluminó su rostro— de haber asistido a la boda de mis padres.

—¿Puedo dar la enhorabuena a los recién prometidos?

—Puedes…puedes… —Sonrió Daniel—, así que hemos pasado de ser cuñados a tío y sobrino.

La sonrisa desapareció de golpe del rostro de David, provocando la risa de su amigo y sus padres.

—Dicho así suena fatal, parece que vaya de Alberola en Alberola.

—Mal David, los Alberola son unos malos bichos que nos atrapan en sus redes.

—¡Eh! —Al unísono se quejaron Daniel y Guillermo.

—Mamá, te recuerdo que yo también soy Alberola.

—Cariño, siempre hay una excepción para toda regla.

—Olvídate de mi propuesta, rubita —Con cara de burla intervino Daniel.

—¿Acabas de llamarme rubita?

—David, ahora es cuando tú y yo nos vamos por donde hemos venido, porque mis padres comienzan con sus jueguecitos. Vamos a decir por radio patio que tenemos boda, la mexicana va a poner el grito en el cielo cuando se entere de oídas del cotilleo del año.

—Guillermo Alberola Valero, queda totalmente prohibido cotillear sobre lo que acabas de presencia por chismoso.

—*Joder*, papá, ya te pareces a mamá dando nombre y apellidos. Sí, no me mires así, ahora solo falta que me recrimines por el *joder* —No pudo disimular la sonrisa al ver la recriminatoria mirada de su madre—, porque hoy me has regalado la mejor de las prácticas, porque si no…

—Me ha encantado tenerte a mi lado, no pierdas la templanza demostrada, ni de disfrutar del momento como lo has hecho hoy. Estoy muy orgulloso de ti, eso no lo dudes, aunque seas un cotilla me encanta saber que quieras ser obstetra.

—¿Y el cotilla soy yo? Si sabes eso es porque tengo a quien salir—rio Guillermo antes de abrazarse a su padre que se había levantado. —. Gracias, papá, no olvidaré nunca el día de hoy.

—Ni yo —respondió Daniel—¿David, puedo confiar en ti? —David se pasó los dedos a modo de cerrar la cremallera sobre los labios. —Muy bien, pues, de esto queda totalmente prohibido hablar, incluso con Sara y Jimena —los señaló con el dedo—. Ya decidiremos nosotros cuando decirlo, ¿*capisci*?

—*Capisci* —respondieron al unísono.

Capítulo 39

Solo un día estuvo mi madre ingresada en la maternidad, a pesar de nosotros habernos adelantado y de haber nacido fuera del hospital, nuestro parto fue inmejorable. No solo se debió a haber tenido atención médica personalizada, sino a la genética de mi madre; parece ser que en nuestra familia materna es muy normal que las mujeres den a luz en los lugares más exóticos, pues, no solo mi abuela y mi bisabuela parieron a casi todos sus hijos lejos de un hospital, mi tía Talía se puso de parto en medio de un vuelo, volando de San Francisco a Acapulco. Así que es fácil pronosticar que, en el remoto caso de un día convertirme en madre, mis hijos nazcan a saber en dónde; igual tienen suerte y Guille es el encargado de traerlos al mundo o, mejor aún, es su padre…

Como explicaba, mi madre solo estuvo un día en el hospital, por el contrario, nosotros tuvimos que permanecer diez días metidos en la incubadora. Nuestro desarrollo era el adecuado, incluso el de Ivo, parece ser que el apéndice que tiene entre las piernas no es un dedo de más sino parte de su anatomía. Por lo visto, nuestras fisiologías no son iguales, algo he oído sobre sexos diferentes, aunque igual es que nadie se atreve a decirle a mis padres que tiene una tara, ya saben por no preocuparlos. No sé, yo es que solo he visto el interior de mi madre, así que ahora tendré que fijarme en mi padre para comprobar si él también tiene ese órgano colgando entre las piernas o no. Lo cierto es que, por solo tres días y, seamos sinceros, por las prisas que me entraron a mí por salir de una vez por todas al escuchar el himno de mi tierra entonado por toda la calle, tuvimos que quedarnos ingresados en neonatos, aunque nuestros desarrollo y estado de salud eran inmejorables, incluso nuestro peso era bueno. El de Ivo un poquito superior al mío, pero solo por trescientos gramos, él nació con dos kilos y medio, yo pesé dos kilos doscientos gramos.

Pronto subimos de peso, yo alcancé el mínimo y él llegó a los tres kilos, es un tragón y un aburrido, no hace más que dormir y comer, no se queja ni un poquito. ¿No entiende que ha de demostrar que nuestra capacidad pulmonar es buena? Ja, seguro que es su estrategia para que mis padres crean que soy una histérica llorona, pero no, señores, yo lo que soy es reivindicativa y lucho por mis derechos, es decir, mamar y que mis padres me hagan cariñitos.

¡¡¡Comer!!! Ese se ha convertido en mi momento favorito del día, ese en el que mi madre se sienta en el sillón junto a nuestra incubadora nos coge como si fuéramos dos pelotas de rugby y nos acerca a sus pezones. Mmm…Huele tan bien, son tan cálidos y confortables sus brazos, me pasaría el día en ellos, mamando mientras nos acuna al ritmo de *A la nanita nana*, *El chorrito* o *Arrorró mi niño*. Ahora entre nosotros, yo prefería los ritmos más movidos que escuchábamos dentro de la barriga, pero parece ser que quiere relajarnos.

Ahora os digo, Ivo y yo estaríamos metidos en nuestras incubadoras, siendo sacados únicamente para las revisiones y cuando mi madre nos alimentaba, pero el resto de la humanidad también se encontraba encerrada en su propia pecera. Ya no se trataba solamente de confinamientos en algunos países europeos, poco a poco, el mundo entero fue sumándose a aquella nueva realidad, aunque también hay que decir que había algún que otro dirigente mundial que desmentía la pandemia y se creía por encima del bien y del mal.

Sinceramente, en nuestros primeros días en el mundo, el panorama me pareció horrible, desde nuestro cajón transparente solo veía máquinas, cables, tubos, gente metida en trajes de astronauta y a mis padres y, aunque todos los ojos nos miraban sonrientes, no había vuelto a ver un solo rostro sin todas esas capas de protección.

El mundo me pareció tan terrorífico, el olor tan desagradable, sus sonidos me parecieron tan atronadores, nada que ver con la calidez de la música que nos ponía papá o los contagiosos ritmos de mamá, que, por eso, me dediqué a llorar. De algún modo tenía que quejarme, ¿no? ¿O me vais a coartar mi derecho a expresarme libremente?

Yo solo pedía salir de aquella cuna transparente, si no podía regresar al cálido interior de mi mamá, por lo menos, quería irme con ellos y, sobre todo, sentir el contacto con sus cuerpos, las caricias de sus manos, la calidez de sus miradas y volver a ver sus sonrisas.

29 de marzo, 2020

Aquel domingo estaba marcado en rojo en el calendario, no solo por tratarse de un domingo, sino porque anunciaba el ansiado día. Era temprano, el sol ni siquiera se había despertado, la luna seguía reinando en lo alto y una ligera lluvia caía con calma contra los cristales. Sin embargo, a pesar de las pocas horas dedicadas al sueño en los últimos diez días, en un movimiento casi sincrónico mis padres abrieron los ojos sonriéndose claramente emocionados al encontrarse en la semioscuridad con la mirada del otro. Las palabras no fueron necesarias, sus labios vocalizaron un mudo «buenos días» antes de fundirse en un largo y pausado beso, en el que se saborearon con toda la calma y la tranquilidad que en aquellos días les había faltado.

—Antoine, ¿te has despertado contentito?

—Yo siempre me levanto contentito, *ma chérie*, esta cuarentena postparto me está matando más que la del dichoso virus—Medio en broma, medio en serio comentó sonriente sin dejar de besarla—. Y como yo no tengo a la prima de Fred.

—Mmm… Solo nos quedan treinta días y la aprobación del doctorcito.

—Treinta días…—murmuró en sus labios—. Van a ser los treinta días más largos de la historia. —¿Qué hacen tus deditos? —Se le entrecortó la voz al sentir las caricias de mi madre.

—Hacer que no me olvides, *ma chérie*—imitó su forma de llamarla—. Igual, ahora que nos traemos a los niños ya no tenemos ni un momento para nosotros. ¿Has visto como llora Itzel?

—Sí —acertó a decir porque el placer recorría todas sus terminaciones nerviosas—, sale a su mamá…

—¿Insinúas que soy una llorona? —Le dio un suave pellizco sin dejar de mirarlo a los ojos—Ojito que tengo el poder en mis manos.

—No, lo digo porque nunca callas, *ma chérie.*

—¿Les hablarás en francés a nuestras verduritas? —aceleró el ritmo sin dejar de mirarlo a los ojos mientras le preguntaba—Creo que sería una buena idea, ¿no crees?

—Vivi…—jadeó sin poder vocalizar palabra alguna.

—Dime…—Le sonrió antes de perderse en su boca. —. Mi querido francés me vas a deber una, porque esto de jugar sin poder participar no tiene precio.

—Vivi…—Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo—. Detente, no sigas…—gimió posando su mano derecha sobre la de ella.

—Antoine, no seas tonto —lo miró a los ojos—. Yo no puedo, tú sí. Ya me las cobraré, te torturaré poniendo a Maluma.

—Tu es une sorcière, chérie.[11]

—No lo negaré —sonrió agilizando el movimiento de su mano—, a ti no te gusta mi Maluma, a mí no me gusta tu música duerme vacas y no me quejo.

—Sí, te quejas…—replicó entre jadeos—. Vivi…

—¿Quieres que pare? —Se mordió el labio inferior sin dejar de mirarlo.

—Nooo…

No volvieron a dormirse, a pesar de la aún temprana hora, en silencio y abrazados permanecieron en la cama, dejándose mecer por el suave tintineo de las gotas de lluvia en la ventana, hasta que, poco a poco, la luz de las primeras horas del día se coló en la habitación y, con la mejor de sus sonrisas se levantaron a ducharse y desayunar antes de salir rumbo al hospital.

Sus sonrisas eran perceptibles a pesar de sus bocas estar cubiertas por las mascarillas, diez días

llevaban soñando con aquel momento, diez días que se les habían hecho eternos. Si de por sí dejar a tu recién nacido en neonatos es doloroso, hacerlo en medio de un estado de alarma por una pandemia sanitaria es…es…simplemente indescriptible. Mis padres agradecieron a todo el equipo médico que nos había estado atendiendo en aquellos días con un distante saludo, tras el cual con nosotros en brazos salieron del hospital con el deseo de no tener que volver a pisarlo y, menos aún mientras estuviera aquella loca situación sanitaria bajo la que nos tocó nacer al *tete* y a mí.

Ilusionados, emocionados, con el corazón rebosante por la felicidad de tenernos en brazos fuera de las opresoras y gélidas paredes del hospital caminaron por el parking y nos depositaron en nuestros respectivos «huevitos» a contra marcha. Ivo, como siempre, dormía plácidamente en brazos de mi madre y, así siguió en su cubículo; yo, por el contrario, abrí los ojos cuando mi padre me colocó en el mío e irremediablemente emití un sentido llanto, porque quería seguir en sus brazos.

—Allons, mon ange, ne pleuez pas[12].

En el tono más dulce dijo mi padre acariciándome los sonrosados mofletes, pero no me callé, al contrario, desperté el placentero sueño de Ivo y lo contagié para sorpresa y desesperación de mis padres, que se miraron dedicándose una tímida sonrisa.

—*Non, mon ange ne pleure pas toi aussi*[13]—susurró mi padre al escuchar el tímido llanto de mi hermano. —. ¿Qué haces?

—Pásamela, les daré de mamar, así se relajan y podremos irnos a casa.

—¿En el parking? ¿Seguro?

—Seguro, ¿quieres llevar a dos bebés llorando de camino a casa?

Mi padre no respondió, me cogió en brazos, automáticamente yo me callé y tras de mí mi hermano. Con Ivo en brazos mi madre se sentó en el asiento del copiloto, se desabrochó la blusa y las cazuelas del sujetador, se colocó al *tete* en el pecho derecho y, tras hacerle un gesto a mi padre, él me dejó en su regazo.

—Tú, pequeña revolucionaria, te advierto que no voy a dejar que me avasalles, así que deja de estar montando follones y provocando a tu hermano, ¿entendido? —Mi madre me miró a los ojos, sus ojos brillaban de manera espectacular mientras en el más dulce de los tonos me dio mi primera regañina de muchas, porque seamos francos, yo jamás dejaré de luchar.

Mónica soltó el cuchillo sobre la tabla de cortar, agudizó el oído, el lejano sonido de su móvil llegaba atenuado por la aterciopelada *bossa nova* que sonaba en el salón. Miró la hora en el microondas, sonrió, Sergio era puntual, porque si de algo estaba segura era que aquella llamada era suya. ¿De quién si no? Apenas hacía una hora que había hablado con sus padres, y menos de media que había hablado con Carolina y Ana por la ventana. Corrió por el pasillo, intentando hacer memoria de dónde había dejado el móvil tras hablar con sus padres, la música llegaba del salón, miró sobre la mesa, no lo vio, rebuscó entre los cojines del sofá hasta dar con él.

—Hola —Con la imborrable sonrisa, que iluminaba su cara cada vez que el nombre de Sergio aparecía en la pantalla del móvil, se dejó caer en el sofá.

—¿Corrías la maratón?

—Casi…—respondió divertida—. Me pillaste en la cocina —y no me acordaba que tenía el móvil en el sofá, creí que lo había dejado en la habitación.

—¿Es muy grande tu piso?

—Dormitorio, despacho, salón y cocina, pero no puedo quejarme todas las habitaciones son amplias y luminosas.

—Vaya, ¿no tienes baño? Pobrecita, ¿vas a casa de Carolina? —bromeó mientras se colocaba bien los auriculares y, colaba en el que había sido el despacho de su exmujer y ahora ambos usaban como lugar de trabajo en su quincena con sus hijos—Si lo sé, te hubiese ofrecido mi casa ahora que yo no estoy.

—Estás tú hoy muy graciosito, ¿no? Para tu información te diré que sí tengo baño y un minúsculo balcón, al cual me he asomado más en estos últimos meses que en todos los años que llevo viviendo aquí.

—Pena de no vivir en frente.

—En frente no hay casas, siempre te puedes mudar al río, como los baños públicos te pillan lejos puedes venir a casa, aunque yo esté —dijo con claro retintín—. No me genera problema compartirlo, eso sí, siempre que bajes la tapa del váter y no mees por fuera.

—Es usted un tanto susceptible, Alberola, yo no tengo problema en dejarle mi casa estando

yo, era solo un decir.

—Eres un tramposo, tú conoces mi primer apellido.

—Se equivoca usted, Alberola Vidal.

—¿Cómo es que conoces mis dos apellidos sin yo habértelos dado? ¿Has estado cotilleando con Carolina? No vale estar consiguiendo información más allá de nuestra pregunta diaria.

—No, por casualidad, anoche leyendo una revista de historia del año pasado me encontré con un artículo de una doctora de la Universidad de Valencia llamada Mónica Alberola Vidal. Igual la conoces de algo.

—Sí, algo me suena.

—Escribes muy bien, bueno, ya lo sabía también he estado leyendo tu blog.

—«Escribes muy bien» dijo el marido de Karen Lovecraft.

—Exmarido, no lo olvides.

—No, no lo olvido.

—Lo digo en serio, escribes muy bien, pones pasión en todas y cada una de tus palabras. No me extraña que vayas enamorando a tus alumnos.

—No te pases, tampoco es eso…—Sus mejillas se sonrojaron por el comentario.

—A uno por lo menos conozco y, seguro que no ha sido el único.

—Nunca antes me lie con un alumno, bastante quebradero de cabeza me dio hacerlo.

—David es mayorcito.

—Lo sé, pero no dejaba de ser alumno mío.

—Si te sirve de consuelo, yo me he liado con dos profesoras de mis hijos.

—¿Y piensas seguir haciéndolo? —En el más sutil de los tonos preguntó.

—No, a no ser que Sami o Marcos quieran estudiar Historia y, en cualquier caso, yo llegué primero.

El silencio se hizo en las ondas telefónicas, una tonta sonrisa se anidó en los labios de ambos y un dulce pero intenso cosquilleo se adueñó de ellos.

—¿Hacemos luego una videollamada? Me apetece mucho verte. ¿Estás ahí, Mónica?

—Sí, sí, estoy aquí.

—¿Qué me dices?

—A mí también me apetece verte…

—Me alegro, ganas de que acabe este encierro.

—No menos que yo.

—La pregunta de hoy por videollamada.

—Muy bien.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los pasos de mis padres rompieron el silencio de la escalera, al contrario que en nuestra partida hacia el hospital nadie nos esperaba ante la puerta. Daniel los había aleccionado a todos, la situación sanitaria había empeorado en las últimas dos semanas, así que, les había prohibido por completo acercarse a nosotros o, a mis padres para evitar la posibilidad de que el virus entrara en nuestro hogar.

—*Home sweet home*[14]— Conmigo en brazos y el bolso con nuestras cosas en el hombro dijo mi padre, que empujó con el trasero la puerta y cedía el paso a mi madre, que llevaba a Ivo en brazos.

¡Hogar! Nada más mi padre cruzar el umbral del 1ºA supe que aquel era nuestro hogar, nuestro propio mundo, nada tenía que ver el escenario abierto ante mis ojos con el frío y ruidoso hospital. La primera gran diferencia era la ausencia del ruido de las máquinas, solo se escuchaba un lejano murmullo de voces y la contagiosa risa de una mujer, una risa que conocía bien, agudicé mis oídos para poder distinguir el alegre tintineo de aquellas risas, Mónica, sí, estaba totalmente convencida que aquella era su risa.

—Mmm…Seguro que está hablando con Sergio —Con una mirada cómplice comentó mi madre a mi padre.

El olor, esa era la segunda gran diferencia, atrás había quedado el olor a medicinas y desinfectantes, ahora predominaba el aroma de mis padres mezclado con un sutil perfume a lavanda, tomillo, romero y otras hierbas aromáticas, plantadas por mi madre en nuestra terraza interior. Con pereza abrí los ojos, los ojos de mi padre me sonrieron tras la mascarilla, aún no se la había quitado, yo lo miré fijamente antes de toparme con el maravilloso colorido de los sofás, los cojines, cortina y alfombra del salón, aquella explosión en el reino del color me pareció maravillosa.

No podía dejar de mirar el intenso amarillo del sillón, ni el contraste de los llamativos cojines de colores sobre el sofá morado, hasta que mis ojos se distrajeron con los rayos de sol que se colaban a través de la abierta contraventana de madera y jugaban en la esfera del reloj de mi padre, que corría por cada rincón de las blancas paredes. Mis ojos miraban a un lado y a otro,

todo era color, alegría, serenidad, aderezado con el indiscutible aroma del hogar, nuestro hogar.

Mis padres subieron al segundo piso de nuestra casa, las paredes seguían siendo blancas, al igual que las puertas, pero de pronto entramos en la habitación compartida por Ivo y por mí. Mis ojos se detuvieron en el vuelo de las rosadas hojas en forma de pequeños corazones del cerezo en flor dibujado en la pared, era un dibujo, pero parecía estar en movimiento y acariciar las cabezas de los dos pequeños ajolotes que tímidos se asomaban en la charca pintada a los pies del árbol.

Mi padre me depositó en mi nueva cuna, mucho más grande, cómoda, bonita y confortable que el cajón transparente del hospital, la desventaja es que no veía a Ivo, pero lo que si veía era los animalitos de colores del carrusel, mi padre lo encendió y para mi sorpresa empezó a girar al compás de una suave y deliciosa melodía, que se repetía a menos de un metro de mí, en la cuna de mi hermano.

Y ahí, en ese preciso momento en el que perritos, gatitos y pajaritos giraban ante los maravillados ojos del *tete* y míos, mis padres se quitaron las mascarillas para dedicarnos la mejor de sus sonrisas antes de mirarse y fundirse en un abrazo.

—Ya somos cuatro…—murmuró mi padre con la frente apoyada en la de mi madre.

—Sí, ya somos cuatro…

Aquella misma tarde fuimos presentados en sociedad, es decir, en nuestra pequeña sociedad, la de nuestra bien avenida comunidad de vecinos. En realidad, ya nos habían conocido de manera sonora, pues, nuestro llanto se había colado por el patio; lo curioso es que aquel llanto de bebé captó la sonrisa de todos mis vecinos, pues, los últimos llantos de bebés oídos entre aquellas paredes habían sido los de Sara y, los de la antigua habitante de la que hoy por hoy es la habitación de Ivo y mía, Jimena. Todos sintieron la mágica dulzura provocada por el tierno llanto de los bebés, pobres infelices, no imaginaban que yo, poco o nada, tengo que ver con Sara y Jimena.

A eso de las cinco, tal y como todos habían quedado por *WhatsApp*, Juan, Ana y Sara subidos en las sillas de su patio se asomaron al muro divisorio, Mónica se asomaba a su particular palco en el segundo y, el ático parecía el concurrido gallinero de nuestro particular teatro en el que Daniel, Carolina, Guillermo y David esperaban nuestra aparición estelar. Todos charlaban y reían, especialmente, al ver a nuestros vecinos de enfrente subidos a las sillas para poder conocernos, pero, todos se callaron al ver a nuestros orgullosos y sonrientes padres salir con nosotros en brazos. Las sonrisas fueron inmediatas al ver nuestros dormidos rostros, pero la mejor de las sonrisas fue la de Guillermo, pues, para él nos habíamos convertido en sus dos personitas especiales por haber sido los dos primeros bebés que traería al mundo.

Su emocionada mirada no fue inadvertida por su padre, que de inmediato le susurró a Carolina al oído para que viera cómo su hijo nos miraba.

—Imagina cómo sería su sonrisa si en vez de vecinos fueran sus hermanos—Le murmuró al oído. Carolina dejó de mirarnos para clavar su sorprendida mirada en la de Daniel. No era la primera vez que él se lo sugería y, empezaba a asustarle que hablara en serio—. ¿Por qué no?

—¿Te has vuelto loco? —No se dio cuenta que su tono de voz era más alto de lo que hubiese deseado—¿No te conformas con casarte que además quieres otro hijo?

Y ahí nuestra llegada al vecindario dejó de ser el centro de atención de mis vecinos, todos, incluso nosotros, abrimos los ojos, miramos a la pareja que, no se había dado cuenta de haberse convertido en el foco de atención de todas las miradas.

—¿Por qué no? Dime, ¿cuál es el problema? Yo no veo ninguno.

—Dani, ¿te recuerdo mi edad?

—No es necesario, la conozco perfectamente y, ya te digo que eso no es un problema hoy en

día. Estás en perfectas condiciones de ser madre y, muchas son las mujeres que a los cuarenta tienen su primer hijo. Para muestra un botón, ahí tienes a Vivi.

—Dani, tenemos un hijo de veintidós años. ¿De verdad quieres volver a pasar por la locura de la paternidad

—¿Por qué no?

El patio estaba en completo silencio, casi diría que ni respirábamos por no interrumpir a la pareja y enterarnos de todo lo que estaba ocurriendo. Y puedo asegurar que mi madre, Ana y, muy especialmente, Mónica aguantaron el grito al escuchar que se casaban, lo que Mónica no pudo evitar fueron las emocionadas lágrimas al saber que Carolina y su hermano iban a casarse.

—Daniel, es una auténtica locura.

—Carol, locura fue tener un hijo a los diecinueve, cambiar pañales sobre los apuntes y verte darle de mamar mientras estudiábamos de madrugada. Ahora, dejando a un lado la *mierda* de alerta sanitaria que estamos viviendo, pero esto pasará en algún momento, no lo veo descabellado. ¿Nunca pensaste en dar un hermano a Guillermo? Dime la verdad.

—Sí, pero no se dieron las condiciones.

—Ahora se dan.

—Carolina di que sí —Mi padre se atrevió a decir, solo entonces Daniel y Carolina fueron conscientes de estar siendo la comidilla de todos—, Ivo e Itzel necesitan amigos y no creo que te haga ilusión que se lo pida a Guille y Sara, no querrás ser abuela aún.

—Alto ahí, *gabachito*, ni se te ocurra pensar en la posibilidad de convertirme en abuelo—Se apresuró a decir Juan—. Y tú—Señaló a Guillermo, que se mordió el labio inferior para no reír, por el contrario, Sara se tapaba su encendida cara con las manos—, ni se te ocurra tocar a mi niña, la quiero casta y pura hasta los cincuenta.

La risa fue unánime, solo Sara no reía, la vergüenza por haberse convertido de golpe en el centro de atención de todos por el comentario de su padre se lo impedía.

—Macho, *jodido* lo tienes —David le dio una palmada en la espalda a su amigo—. Tu suegro parecía majo, pero a su niñita no se la toques.

—Pues, no quieras imaginar cómo se pondrá mi hermano Ismael —Con la mejor de sus sonrisas intervino Mónica—. Dani, ¿recuerdas cómo se ponía cuando le presentaba a mis amigos?

—¡*Hostia*! ¡No me acordaba! Era peor que papá, los sometía a un tercer grado.

—¿Imaginas con Jimena?

—David, te estás salvando porque estamos confinados, si no, ya te hubiera sometido a sus torturas, su niña es intocable.

—Las hijas son intocables —replicó Juan—. Antoine, Itzel aún es pequeña, pero, cuando se te enamore y empiece a traer maromos a casa, ya verás de lo que hablo.

—Papá —se quejó Sara a la que las mejillas le ardían.

—Que ni lo sueñe, cinturón de castidad le pongo en unos años.

—¿Cómo era aquello de lo que tanta gala hacen los franceses? —Con sorna lo interrumpió mi madre.

—*Libertè, égalité, fraternité*[15]—Sin disimular una irónica sonrisa en los labios respondió Mónica—. Antoine, la verdad es que estás quedando fatal y tú, Juan, otro tanto.

—Claro, como no tienes hijas —Risueño respondió Juan.

—No, pero soy mujer y nunca he necesitado un hombre que me defendiera, me valgo y me sobro, pero cambiemos de tema—Mónica pasó la mirada de los vecinos del primero a los del ático—. ¿Por qué yo no tenía idea alguna de que os vais a casar? —Su mirada recriminatoria e

incisiva se clavó en su hermano y cuñada.

—Prometisteis silencio —Daniel miró a su hijo y a David, ambos estallaron en una sonora carcajada.

—Para el carro, papá, aquí los únicos bocazas habéis sido vosotros, que nos habéis brindado una escenita de pelea de tortolitos. Así que no levantes el dedo acusador, que si la tía lo sabe no es por mí o por David.

—Yo alucino, ¿os vais a casar y no me decís nada? Me parece muy fuerte que David lo sepa y yo no. —Mónica reiteró su queja.

—A mí no me metas —soltó David—, yo me enteré de casualidad, tu hermano me obligó a callar y estando de gorrón en su casa…

—Tú no estás de gorrón, eres nuestro invitado, eso que se te meta en la cabeza—De inmediato lo interrumpió Carolina—. Y no, no pensábamos decirlo hasta que no pasara todo esto y tuviéramos claro que de verdad nos casamos.

—¿Cómo que de verdad nos casamos, rubita? —replicó Daniel al tiempo que la agarraba por la cintura— ¿Ya te estás arrepintiendo? ¿Me vas a decir ahora que no?

—No —respondió clavando sus azules pupilas en las oscuras de él—, no me mires así y te recuerdo que tenemos público —Con una pícara sonrisa comentó al notar las manos de Daniel posarse en sus nalgas.

—Yo me encargo de la despedida de soltera —dijo mi madre, que siempre era la primera para montar una fiesta.

—Olvídate de despedidas de soltera, nunca me han gustado y, no te ofendas, pero ni loca te dejaría organizarla a ti. Te conozco demasiado bien para saber cómo desvarías…

—Ojito con lo que dices delante de mis…

—Verduritas —clamaron todos al unísono antes de explotar en alegres y contagiosas risas.

Días hacía que no se escuchaba aquella alegría en el patio, nuestra presentación, a pesar de haber sido ligeramente eclipsada por el inesperado anuncio de boda de Daniel y Carolina, consiguió durante una larga hora hacer olvidar a mis vecinos la situación real al otro lado de los muros del número nueve.

Capítulo 40

Abril pasó despacio, con una calma pasmosa generada por la monotonía del encierro. Parafraseando a Sabina diríamos que *la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido*, pues, la vida continuaba mientras el mundo, tal y como lo conocíamos, estaba casi paralizado. Por ironía de la vida, mientras los humanos permanecíamos encerrados en nuestras casas, los animales sintieron la libertad de adueñarse de las calles y, así, en esos días de encierro los informativos nos mostraban la más variopinta fauna animal apoderarse de los núcleos urbanos. Las ardillas cruzaban alocadas de los parques a las calles, los jabalíes paseaban con calma por medio de Madrid, los osos bajaban de las montañas y se colaban en los jardines, los pájaros cantaban con alegría; el aire olía diferente, los niveles de contaminación bajaron por primera vez en décadas y, lo más sorprendente, los peces volvían a ser vistos en unas irreconocibles cristalinas aguas de los canales venecianos. Por pura ironía, la Tierra parecía recuperar la vida, mientras los humanos éramos atacados por el SARS-CoV-2, demostrándonos que nosotros somos el peor de los virus para el planeta que nos acoge.

La escalera se convirtió en un lugar silencioso, las puertas casi no se abrían, los vecinos no bajaban con prisas a primera hora de la mañana para ir a trabajar o a clase, solo Daniel y Guillermo salían y entraban de nuestra pequeña fortaleza cada día. Muchas eran las horas que ellos pasaban en el hospital o, en las instalaciones de la ONG en la que Daniel seguía trabajando casi todos los días y, en la que Guillermo se había enrolado para orgullo de su padre y, terror de su madre, que veía en él la viva imagen de Daniel y, temía que un día decidiera seguir los pasos de su padre e irse como cooperante a saber a dónde.

Carolina recibió como agua de mayo la vuelta a las clases, si bien no era un regreso real, pues, todos los centros educativos permanecerían cerrados el resto del curso; sí, a las aulas virtuales, necesitaba ocupar su tiempo. No estaba acostumbrada a tener tanto tiempo libre, como tampoco lo estaba Mónica, que también estaba deseosa de ocupar las horas del día, aunque es cierto que el blog le ocupaba un gran número de horas; había pensado en cerrarlo tras haber acabado con su tratamiento, sin embargo, tan buena había sido la acogida y al ver que estaba sirviendo de referencia y apoyo para muchas mujeres en la misma situación, siguió trabajando en él.

Mónica, además, tenía otra gran vía de escape: sus conversaciones diarias con Sergio. Cada día que pasaba era mayor la necesidad de hablar con él, de leer sus mensajes, de conocer algo nuevo sobre él. Era curioso, pero, tenía la impresión que aquel encierro, que aquel obligatorio distanciamiento, estaba provocando que se conocieran mejor. Ambos fantaseaban con el momento de volver a verse cara a cara, sin necesidad de una cámara, volver a tocarse y saborear sus besos.

Por curiosidades de la vida, esa era la misma situación vivida por David, ni él mismo terminaba de creer que solo un año atrás soñara con lograr alcanzar el corazón de Mónica, cuando ahora anhelaba el día de poder encontrarse frente a frente con Jimena y poder disfrutar de sus besos, de sus abrazos. Él, al igual que Jimena, tenía la impresión de que aquel distanciamiento los estaba acercando más, hablaban cada día nada más despertarse y antes de acostarse. Sus conversaciones eran de lo más variopintas, así cada uno conoció quién había sido el primer amor del otro, cómo había sido su primer beso y Jimena le confesó que jamás había mantenido relaciones sexuales.

El sexo había desaparecido en casa de mis padres, tras la obligatoria cuarentena, el cansancio

por el no dormir correctamente, había acabado con el deseo sexual de ambos, que solo soñaban con poder dormir más de tres horas seguidas. No es que nosotros nos portásemos mal, solo reclamábamos nuestro delicioso alimento cada tres horas, así que mis padres iban con unas oscuras ojeras bajo los ojos por la falta de descanso. Mi madre que, para sorpresa de todos, estaba sobrellevando mejor de lo esperado estar encerrada entre cuatro paredes, haber cambiado las teclas por nuestros pañales y, ver convertidos sus pechos en nuestro contenedor de alimento, estaba a punto del colapso gracias a las casi diarias videoconferencias de mis abuelos. Día sí y día también recibíamos llamadas de México y Francia, mis padres entendían que mis abuelos quisieran estar al corriente de nosotros, pero, mi madre comenzaba a estar cansada de los consejos y recomendaciones de ambas abuelas. Consejos y recomendaciones que muchas veces eran dispares y nunca fueron solicitados.

—Párales los pies —Fue la recomendación dada por Ana. Ella había vivido una situación similar tras el nacimiento de Sara y, sabía muy bien lo agobiante que podía ser tener a unos y a otros dándote consejos y no dando por válido todo lo que tú estuvieras haciendo. —. Son vuestros hijos, tenéis todo el derecho a equivocaros. Agradece sus opiniones, pero marca el límite o acabareis pagando vosotros las consecuencias. Conozco parejas enfrentadas por culpa de sus padres, así que, pon el freno. Habla tú con tu madre y que Antoine hable con la suya.

—Si le paro los pies a mi madre deja de hablarme—Casi en un susurro respondió mi madre, pues, mi padre andaba conectado virtualmente con sus alumnos en el despacho.

—El enfado le durará dos días, como le duró en su día a la madre de Juan —respondió Ana mientras nos ponía caritas a Ivo y a mí subida a una silla al otro lado del muro divisorio—. Tu madre lo hace con cariño, necesita que tú le pongas los límites, que le aclares que tú la llamarás cuando necesites consejo o ayuda.

—Tú no conoces a mi madre.

—No, pero conozco a su hija —replicó con una sonrisa de oreja a oreja—. Sé cómo eres, que tienes un pronto que *acojona* a cualquiera, pero también sé, que tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

—Puaaff…Ese que nada más me sirve para alimentar a estos dos, me está entrando un complejo de vaca que ni te cuento.

—Ya llegarán tiempos mejores —Rio Ana—. Anda y ahora déjame las hojitas de menta o se me harán las mil para hacer el directo.

—¿De qué es la tarta?

—De chocolate, menta y pistachos. Luego te paso un par de porciones.

—Tú te has propuesto hacernos subir de peso a todos. Eres una *pinche cabrona*, así no voy a bajar yo los veinte kilos que me regalaron estos dos.

—¿Entonces no te paso tarta? —Con cara de burla preguntó.

—¡Te odio! —rio mi madre.

—¡Yo más! —respondió con un guiño.

Ana se bajó de la banqueta y entró en la cocina, en ella tenía un amplio despliegue de utensilios de repostería, así como todos los ingredientes necesarios para la receta de aquella semana. Aburridos de estar en casa, poco acostumbrados a estar mano sobre mano, tras Juan terminar de mejorar la web de Pickwick, Ana decidió hacer un directo semanal con una receta en Instagram. Siempre había tenido en mente montar pequeños talleres de repostería en el obrador, pero nunca había tenido el tiempo necesario para llevarlos a cabo, ahora era el momento.

Todos los lunes subía los ingredientes de la receta que realizaría el viernes y, los viernes en directo realizaba la receta elegida; muchos eran los que se habían ido sumando semana a semana

a sus directos, para poder realizar junto a ella el postre de la semana. Al principio, todos eran clientes de la cafebrería, que al enterarse de sus directos de inmediato asistieron a ellos, primero como meros oyentes hasta atreverse a elaborar junto a ella la receta y luego subir la foto del resultado.

Así, poco a poco, los directos de Ana fueron ganando espectadores, consiguiendo llamar la atención de las marcas que, enseguida vieron la oportunidad en sus clases magistrales de hacerse publicidad. Publicidad que a Ana y Juan les vino de fábula para ver entrar dinero a las menguadas cuentas de su negocio.

Mi madre era la única, sin contar a Juan, que veía los directos de Ana, la mayoría de las veces mientras nos daba de mamar, pues, a esa hora el resto de los vecinos se encontraba sentado frente a la pantalla. Unos dando clase y, otros recibiéndolas. Aquel curso David vio un particular cierre de carrera, mientras Sara tuvo la sensación que le robaban su primer año como estudiante universitaria, sensación compartida por Jimena. Lejano le parecía el arranque de curso yendo y viniendo de clase con Guillermo, así como las sesiones de estudio compartidas en la biblioteca o los cafés tras las clases con Jimena.

2 de mayo, 2020

No era un día normal, la ilusión se había apoderado de todos y cada uno de los rincones del país. Por primera vez en siete semanas podríamos salir a la calle, no podía haber encuentros, ni besos, ni abrazos, pero podíamos salir en determinados tramos horarios a hacer deporte o pasear y, eso, a aquellas alturas del confinamiento era el más preciado de los regalos, cuando el mundo que veíamos era solo el visible desde nuestras ventanas.

Las mismas ventanas que cada noche eran usadas como palcos para aplaudir y agradecer al ritmo del Resistiré a todo el personal de emergencias, que luchaba por nuestra salud en un auténtico campo de batalla. «No la jodamos», la noche anterior nos había advertido Daniel desde la ventana del patio, muchos eran los compañeros de profesión a los que había visto caer en las

últimas semanas y, como a todo el personal sanitario le aterraba que no supiéramos disfrutar de aquella «fase 0» correctamente. «No desfasemos» entrecomilló con los dedos, «el virus está ahí, no quiero asustaros, pero os pido prudencia y respetar los protocolos».

Daniel abrió los ojos, los primeros rayos de sol entraban por las rendijas de las contraventanas de madera, se giró hacia Carolina, con cuidado de no despertarla le acarició la cara. Si algo sabía era que él estaría cansado por la situación sanitaria que le estaba tocando vivir, nunca imaginó tener que enfrentarse a una realidad similar y, mucho menos vivirla tras su regreso de África. Sin embargo, también era consciente del agotamiento de ella, irónicamente, sus horas de trabajo se habían visto incrementadas al trabajar desde casa. El mundo docente en España y, en la mayoría de países, no estaba preparado para dar clases de manera virtual. Si de normal, Carolina se desvivía por sus alumnos, ahora le faltaban horas para que sus alumnos, especialmente, los de segundo de bachiller, salieran perfectamente preparados. Muchos eran los días que la dejaba sentada frente al ordenador y al regresar del hospital seguía frente a él.

Horas también pasaba frente al ordenador Mónica, aquel no era el regreso a las clases esperado tras su recuperación, pero agradecía poder estar en activo, aunque fuera de manera virtual, pues, los últimos meses se le habían hecho eternos. Sin embargo, a pesar de todo, la ilusión reinaba en su interior, no solo por saberse limpia de células cancerígenas, sino por la revolución que Sergio había creado en su interior. Por eso, a pesar de la temprana hora su sonrisa iluminó su somnoliento rostro al escuchar la alarma de su despertador. Por primera vez en semanas no era Sergio quien la despertaba, pero en menos de media hora lo vería a mitad de camino entre ambas casas.

Mis padres no estaban menos ilusionados que Mónica, contentos como niños en la mañana de Reyes corrieron a vestirnos tras mi madre terminar de darnos de mamar y ellos tomar un rápido desayuno, para salir a dar un breve paseo por las cercanías de nuestra casa.

El 1ºB fue el más madrugador de todos, Ana y Juan se calzaron las deportivas y salieron a pasear por el río cuando los grillos seguían cantando y, así evitar posibles aglomeraciones de gente en la calle. Sara, por el contrario, permaneció en la cama, arropada bajo el nórdico con Merlín acurrucado a su lado, ella no saldría a estirar las piernas, en unas horas desayunaría con Guillermo en la terraza comunitaria. El único que no tenía plan y, que le daba igual el poder salir era David, ¿de qué le servía hacerlo si no podía ver a Jimena? Ella no vivía en el radio de acción permitido en aquella fase inicial.

Regresemos al ático, donde Carolina comenzaba a despertar tras una noche de reparador sueño.

—Buenos días, dime que hoy te quedas en casa —Somnolienta susurró acurrucándose al calor de Daniel.

—Hoy me quedo en casa.

—¿Cómo es posible que siempre parezcas tan fresco? ¿Tú eres humano? —Apoyó la barbilla sobre su pecho—Pasas un millón de horas trabajando entre el hospital y la ONG y no desfalleces.

—Me has pillado, soy un androide.

—Pues para ser un androide tu cuerpo experimenta ciertas debilidades humanas.

—Un fallo en el sistema —dijo robándole un beso antes de hacerla rodar por la cama y atraparla debajo de él.

—Así que solo se trata de un fallo en el sistema y... ¿te ocurre muy a menudo?

—Define «a menudo».

—«A menudo», locución adverbial que hace referencia a la realización periódica —respondió

mientras él iba dejándole pequeños besos en el cuello—o repetitiva de algo, puede significar «muchas veces», «continuamente» —musitó con la mirada de él sobre la suya—o, «repetidamente». Ahora dime, ¿el fallo te ocurre a menudo?

—Contigo mucho más que a menudo —dijo antes de besarla—. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—A menudo —respondió colgando los brazos alrededor de su cuello—, pero no me importa que seas repetitivo. Es más…—Se sentó de un impulso al Daniel tirar de ella y pasó las piernas alrededor del cuerpo de él—, me encanta oírtelo decir.

—Te quiero —dijo dentro de su boca mientras se adentraba dentro de ella y se deleitaba con sus gemidos—, te quiero…—repitió una vez más sin dejar de mirarla a los ojos.

—Dani…Dani…

Las palabras dejaron de oírse porque ambos habían perdido el control sobre su cuerpo y su cerebro, el placer se había apoderado por completo de ellos.

—Te quiero… —Entre jadeos musitó Carolina antes de ambos caer extenuados en la cama—. Me alegro de tu fallo de sistema, es más, me encanta que tengas ese defecto.

—Así que te encanta mi defecto—sonrió suspicaz antes de besarla—. Sabes que tenemos una conversación pendiente—Daniel cogió las gafas de la mesita de noche, se las puso antes de acomodar las almohadas e invitarla a sentarse frente a él.

—¿Qué conversación? —Carolina buscó la camiseta que la noche anterior había terminado en el suelo, se la puso y sentó frente a él. —Espera, ¿no hablarás del tema paternidad? —Daniel levantó una ceja a modo de respuesta—Dani…

—¿Qué?

—De verdad, yo creo que es una auténtica locura. ¿Tú sabes lo que implicaría ahora tener un hijo?

—Carol, mírame a los ojos—le sostuvo la cara entre sus manos para que lo mirase a los ojos —, dime que no te apetece.

—Dani…

—Dani, ¿qué?

—No puedo negarte que siempre quise darle un hermano a Guillermo y, sí, en ese sueño tú siempre eras el padre, pero…—Se calló de golpe y amplió su sonrisa—. Dios, cómo se te ocurra usar el termino de madre añosa te juro que no ves nacer a tu hijo…

—De mi boca no saldrá ese calificativo—replicó con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que colaba los dedos por la camiseta para quitársela—, habrá que ponerse manos a la obra.

—Te recuerdo que sigo tomando la píldora —dijo entre beso y beso.

—Pues a la basura con ella y desde hoy empiezas con el ácido fólico…

Nerviosa, una auténtica revolución se producía dentro de ella, según sus pasos la iban acercando al punto de encuentro su nerviosismo aumentaba; sabía que era absurdo, es más iban a verse menos que por la webcam, ya que ahora obligatoriamente tenían que llevar mascarilla y, no podían tocarse. En realidad, aquel era un encuentro furtivo, pues, solo se podía salir con un conviviente, pero, ellos necesitaban verse, aunque fuera un momento, comprobar que eran seres reales y no, un par de rostros tras una pantalla.

No menos nervioso se encontraba Sergio. A paso acelerado había bajado las escaleras, salido a la calle y recorrido la calle hasta el punto de encuentro. El corazón le dio un vuelco al ver a Mónica acercarse por la acera, entonces supo, que aquel encuentro iba a ser una auténtica tortura porque deseaba con todo su ser poder abrazar y besar a la mujer que se había adueñado de sus cinco sentidos.

—Hola —se saludaron al unísono a una distancia prudencial.

Aquel tenía que parecer un encuentro casual y, cada uno alejarse por su lado en caso de pasar la policía.

—Me siento como una adolescente que se ha escapado de casa o de clase.

—¿Te escapaste muchas veces de clase?

—No, la verdad es que no, siento decepcionarte. ¿Y tú?

—De clase jamás…

—¿Y de casa?

—De casa alguna vez, el verano que conocí a Maribel, alguna vez me escapé bien entrada la noche para ir a su encuentro. Y puedo asegurarte que la adrenalina era la misma que la de ahora.

—Te creo, tengo la sensación que, en algún momento se escuchará la sirena de la policía y nos llevarán esposados a casa por estar haciendo algo prohibido.

—Mira que eres exagerada —soltó una carcajada—. No tendrá la policía nada mejor que hacer, además, esto es más un castigo que otra cosa.

—¡Oye! ¿Si era un castigo para qué has quedado conmigo?

—Porque necesitaba recordar cómo olía tu perfume y verte cara a cara, aunque sea tras la

mascarilla, pero tenerte aquí y no poderte abrazar, ni besar, es una auténtica tortura.

El silencio se hizo entre ellos, sus ojos se miraron fijamente y, como si una fuerza exterior los empujase sus cuerpos se acercaron, sus manos se rozaron y sus dedos acariciaron los del otro. Varios minutos estuvieron parados en medio de la calle con los dedos entrelazados sin decirse absolutamente nada, en aquel momento las palabras sobraban.

—Sergio, he de irme —En el más confidente de los tonos comentó Mónica—. Nuestra franja horaria termina a las diez.

—Dios, espero que esto pase rápido o terminaré por volverme loco.

—Si todo va bien en menos de diez días podremos vernos sin estar incumpliendo las normas.

—Pero tampoco podré abrazarte…

—Vente a mi casa…

—¿Qué?

—Vente a mi casa, quédate en mi casa esta noche.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio.

—Mónica, tú… Tú acabas de salir de un cáncer.

—Estoy bien, Sergio, no tengo ninguna secuela y tú no tienes contacto con nadie más que con tus hijos. Pasa conmigo el fin de semana, ¿qué me dices?

Durante largos segundos se mantuvieron la mirada en medio de un ruidoso silencio, sus ojos se transmitían toda la ilusión y el deseo que los desbordaba. Sus dedos se soltaron al ver un coche de protección civil cruzar la calle, los latidos de su corazón se aceleraron, definitivamente, se sintieron como dos prófugos a punto de ser alcanzados.

—Mónica —En el más confidente de los tonos Sergio rompió el silencio y se acercó un poco más a ella—, te aseguro, que no hay nada en este mundo, que ahora mismo desee más que estar a solas contigo...—Con delicadeza le acarició las mejillas—. Poder saborear tus labios, abrazarte. Te juro que, muchas han sido las noches en las que me he despertado sudoroso pensando en ti, pero…

—Sergio, estoy bien…—Lo interrumpió.

—Mónica, sé que estás bien, pero, ayer mismo estuve con mis hijos. Se supone que no estamos contagiados, pero, ayer coincidí con Maribel. No digo que ella esté contagiada—se tocó la cabeza a modo de quien toca madera—, pero, ella viene de otra casa, de estar con Iván, que a su vez comparte custodia de las niñas…

—Sergio, entiendo lo que dices, pero…

—Mónica, escúchame—volvió a cogerla de los dedos—. No tiene por qué pasar algo, es verdad, pero, por nada en el mundo me perdonaría llevar el virus a tu casa. Sí, es cierto, estás bien, pero sabes, como yo, que tu sistema inmunitario tras toda la química a la que tu cuerpo se ha visto sometida los últimos meses y, a la que sigue, porque no quiero ni imaginar toda la mierda que lleva el tamoxifeno, se encuentra más indefenso ante cualquier virus —Acarició sus manos y la miró a los ojos—. Este simple gesto está mal…

—Sergio, eres peor que mi hermano—Sus ojos brillaron demostrando la sonrisa que sus labios dibujaban.

—Ves, esa es otra, solo me faltaba cruzarme con el roba novias y, que con toda la razón del mundo se enfadara conmigo—replicó devolviéndole la sonrisa—. Hagamos las cosas bien, si la próxima semana sigo sin posibles síntomas, ni nadie de mis posibles focos de contagio ha mostrado síntomas…

—Nadie de tus posibles focos de contagio —Con clara ironía en su voz lo interrumpió—,

supongo que hablas de tus hijos y Maribel, ni se te ocurra sumar a nadie más…

—No te rías —dijo sin disimular la risa—, ya bastante cuesta arriba se me está haciendo a mí.

—No, no me río —replicó entre risas—. Ahora, que sepas, que es la primera vez—Lo apuntó con el dedo antes de posarlo sobre su pecho y darle un par de acusadores golpecitos—que me dan calabazas.

—Me lo creo. ¿Hablamos esta noche?

—Mmm… No lo sé, igual los virus atraviesan la pantalla.

—No seas bruja —Le acarició la muñeca.

—Sergio, te estás tomando demasiadas confianzas —Lo miró desafiante, mordiéndose el labio inferior para no reír, conteniendo las ganas de quitarse la mascarilla y besarlo.

—Dios, vete ya o ahora mismo me salto todas las barreras y te beso.

—Mmm… No me provoques que me quedo…

—Eres lo peor —rio—. Anda, vete, te llamo a la noche.

Capítulo 41

22 de mayo, 2020

Los primeros días del primaveral mes de mayo trajo consigo algunos cambios, algunos de ellos visibles en nuestra pequeña comunidad de vecinos, el más importante de ellos fue, muy probablemente, que Pickwick volvió a oler a chocolate, *crumble* de manzana, vainilla, canela y, un sinfín de pecaminosos aromas. Pickwick no abrió sus puertas para servir su extensa carta de cafés y tés, pero, ofreció a su clientela fiel y, a los que habían ido conociendo las exquisiteces de Ana a través de sus directos semanales la posibilidad de encargar pasteles para el fin de semana.

Pronto el número de WhatsApp de Pickwick se vio desbordado por los pedidos, algo que alegró y asustó a partes iguales a Ana, que temió no poder dar un servicio acorde a las expectativas generadas. Las dos primeras semanas fueron agotadoras para mi vecina, todo el trabajo recaía sobre ella, bien temprano salía de casa para perderse en un mundo de cremas pasteleras, *buttercreams*, merengue italiano, *ganache* de chocolate y un innumerable plantel de elaboraciones capaces de hacerte llegar al paraíso a través del olfato y el paladar.

Sus directos de los viernes saltaron de su cocina al obrador de Pickwick, donde cada semana siguió ofreciendo sus magistrales clases a sus cada vez más numerosos seguidores, que cada semana la esperaban con la *mise en place*[16] preparada para seguir paso a paso las elaboraciones de la semana.

Inútil se sentía Juan por no poder ayudar a su mujer. La cocina se le daba bien, sin embargo, jamás se había atrevido a montar nata, fundir chocolate o caramelizar almendras; la alquimia de la repostería siempre había sido territorio de Ana. Juan se asustó al ver las ojeras asomar bajo los expresivos ojos de su mujer y, más aún, al asomar la clavícula por su escote. En dos semanas su cuerpo se estaba pareciendo al de la Ana, chef repostera, a la que no tenía tiempo ni de respirar y, aunque sabía que ella disfrutaba con las manos en la harina, no quería dejarla sola en aquella nueva aventura. Quería formar parte de ella y, no solo ser el encargado de actualizar la web, de subir fotografías a Instagram, tomar los pedidos y atender a los clientes en las recogidas de los mismos.

Ni tan siquiera se lo propuso, sin decirle nada se atavió con la ropa adecuada para trabajar a su lado y la esperó en el obrador. Ana no dijo nada al encontrárselo dispuesto a ser su aprendiz, sus miradas se comunicaron sin necesidad de hablar y, sin preámbulos comenzó a darle directrices para que siguiera los pasos dictados por ella.

—Pues no se te da mal —apuntó Ana al ver el resultado de la bandeja de bases para los *cupcakes*, hecha por Juan, recién sacada del horno—, al final vas a tener mano para la repostería.

—Gracias—complacido respondió—, cuando se tiene a la mejor al lado, algo se tiene que pegar.

—¿Te atreves a decorarlos? —Ana lo miró sonriente sin dejar de rellenar la manga pastelera con la crema de limón.

—Uff… No sé yo si seré capaz de tanto.

—Ya verás que sí —contestó sin mirarlo preparándose para decorar el primero de los cuarenta *cupcakes* de limón—. Ves, no es difícil. Solo has de sujetar bien la manga y apretar con seguridad y delicadeza sobre la base. Toma…

—¿Y si me sale un churro y, en vez de parecer una peripuesta magdalena, parece que acabe de llegar de una larga noche de fiesta?

—¿Magdalena peripuesta? —Con una sonrisa de medio lado lo miró Ana—Anda, sujeta la

manga que te ayudo. Así no, Juan, con determinación y cariño—Ana puso las manos sobre las de su marido—. Así, perfecto y ahora rematas, muy bien. La siguiente…

Con cuidado y firmeza Ana dirigió las manos de Juan a lo largo y ancho de la bandeja hasta terminar con el contenido de la manga pastelera. Sin mirarlo le quitó la vacía manga de las manos para volver a rellenarla, por el contrario, él sí que no le quitaba ojo de encima. No comprendía en qué momento aquel trabajo había logrado excitarlo, no sabía si era la cercanía del cálido cuerpo de su mujer o, tal vez, se trataba de la pasión de ella, la seguridad y calma transmitida por su voz. Quizás era por la sensual y suave música que Ana escuchaba siempre mientras trabajaba o, los afrodisiacos aromas que los envolvía, pero moría por arrebatarle la manga pastelera y degustarla a ella allí mismo.

—Ni se te ocurra. —Sin tan siquiera mirarlo soltó Ana.

—¿Qué? —Con clara sorpresa en el rostro respondió.

—¿Crees que no sé qué estás pensando? —Una pícara sonrisa asomó a sus labios al tiempo que, ella misma, terminaba de decorar la bandeja de *cupcakes*—Eres un libro abierto, Juanito—se giró y le dio un rápido beso en los labios—. No creas que no me apetece, pero, lo primero es lo primero. No me mires así, coge esas frambuesas y remata la decoración poniendo una en la punta.

—En la punta…

—Sí, no veas ambigüedades, y corona a la magdalena presuntuosa—Sus miradas se cruzaron provocadoras y divertidas.

—Peripuestas, magdalenas peripuestas… —dijo siguiendo las órdenes de su mujer—. ¿Ese ahora no, significa que cuando terminemos con esto sí tendremos sexo…?

—Con estas, con las cuarenta de fresa, las cien de chocolate, las cien de vainilla y las sesenta de menta y chocolate…—Una medio sonrisa asomó a sus labios, no lo miró, pero intuía la cara de su marido.

—Puaff…Eso suman…

—Trescientas cuarenta magdalenas peripuestas —comentó aguantando la risa—. Ahora te paso la manga pastelera con el *frosting* de fresa. Y no nos olvidemos que las bases para las tartas están en el horno.

—Uff…

—Vuelca tu deseo en el trabajo —Le murmuró Ana al oído dándole la nueva manga—, vuélcalo en cada una de las presuntuosas y, lograrás que quien las disfrute alcance un verdadero orgasmo en cada bocado.

Una firme, dolorosa y placentera tensión sexual invadió cada rincón del amplió obrador, sus cuerpos ardían más que cada una de las planchas de bases para las tartas recién sacadas del horno. No volvieron a hablarse, sin embargo, de cuando en cuando sus miradas se encontraban, sus cuerpos se rozaban y las chispas podían ser vistas. Varias horas estuvieron transformando simples y esponjosas bases de bizcocho en las más suculentamente deliciosas y bonitas tartas.

—Por hoy hemos acabado —Con un resoplido dijo Ana tras sacarle brillo a la encimera de acero inoxidable—. Muchas gracias por tu ayuda —le dedicó una sonrisa a Juan, que se secaba el sudor de la frente.

—¿Crees que me voy a conformar con las gracias? —Suspicaz respondió acercándose a ella en la mayor de las calmas.

—Creí que lo hacías desinteresadamente —Ana se relamió los labios con descaro.

—Digamos que no te lo voy a cobrar en metálico—Sus dedos la sujetaron por la chaquetilla para acercarla a él—Mmm… —lamió una gota de chocolate que tenía en la mejilla—. Anita, no

sé cómo lo haces, pero tras dos décadas juntos me sigues poniendo a mil.

—Como me vuelvas a llamar Anita perderás una parte de tu anatomía—murmuró ella bajo la brillante mirada de su marido que desabrochaba su chaquetilla.

—Yo no me enfado porque me llames Juanito —Sus labios bajaron por su cuello, mientras sus dedos se colaban por la chaquetilla y se encontraban con el deportivo sujetador—, Anita—le murmuró al oído antes de quitarle la prenda interior y sentarla sobre la fría e inmaculada encimera.

—Repite conmigo—En un rápido movimiento Ana le quitó la camiseta—, Ana…

—Ana…

Aquel sensual *Ana* fue el primero de los muchos *Ana* susurrados, murmurados, gemidos por Juan mientras se adentraba cadenciosamente en el interior de la propietaria del nombre y, me atrevería a decir que de su propio ser.

Como casi todas las noches Mónica subió a la terraza, allí se podía disfrutar mejor del aire, teniendo la sensación de semilibertad al poder notarlo en la cara sin necesidad de llevar la mascarilla estando al aire libre. Nada más abrir la puerta se sobresaltó al vislumbrar una alargada sombra en constante movimiento, sin moverse de la puerta, preparada para cerrar con llave y bajar corriendo escaleras abajo se fijó en el dueño de la sombra, relajada sonrió al comprobar que era David haciendo flexiones.

Con cuidado cerró la puerta tras salir a la terraza. Sin decirle nada se sentó en una de las sillas bajo el cenador, observándolo con detenimiento. No estaba segura, pero algo diferente veía en él. —Sus ojos—musitó de manera imperceptible al darse cuenta de la clara tristeza emanada por sus impresionantes ojos azules.

David dio un salto por la impresión al incorporarse y toparse con la inesperada presencia de Mónica, no la había visto ni oído entrar. Se quitó los *earPods* y dibujó su característica sonrisa en los labios, sonrisa que no subió a sus ojos.

—Doctora Alberola, me quiere matar de la impresión —bromeó secándose el sudor de la cara

antes de dar un largo trago de agua a su botella.

—No menos que tú a mí, no esperaba encontrarme con nadie aquí arriba.

—He subido antes, siempre subo cuando tú te vas.

—¿Me espías o me evitas? —preguntó sonriente.

—No, para nada, siendo sincero— se dejó caer en una silla frente a ella—, la primera vez que subí te escuché hablar con Sergio y me marché. Al día siguiente me pasó lo mismo, entonces decidí subir más tarde.

—¿Por qué no me saludaste?

—Porque hablabas y no quise interrumpirte. Hoy has subido más temprano, ¿no? —David miró la hora en su reloj.

—Sí, necesitaba que me diera el aire, llevo una semana intensa de clases y tutorías.

—Doctora Alberola, igual se precipitó usted en volver al trabajo —La recriminó con la mirada.

—No, de eso nada. No seas exagerado, al final entre todos vais a conseguir que me sienta una apestada.

—¿Y yo soy el exagerado?

—Tú, el que más —replicó sonriente—. Meses estuviste casi respirando por mí.

—Y no dudes que lo volvería a hacer, doctora Alberola.

—Lo sé, David, de verdad que lo sé, como también sé que te ocurre algo. ¿Problemas con Jimena? ¿Puedo hacer algo?

—No, no eso… —esbozó una ligera sonrisa—. Bueno, en realidad, también, esto es horrible Mónica. Con lo fácil que hubiese sido todo de haber seguido tú y yo juntos…

—¿Tú crees? Igual a estas alturas ya nos hubiésemos agobiado por estar las veinticuatro horas del día bajo el mismo techo—Mónica movió la silla, lo recriminó con la mirada para que no dijese nada por sentarse a su lado—. Ni se te ocurra, decirme que me aleje, tú no pisas la calle desde quién sabe cuándo…

—En realidad desde esta mañana, he empezado a correr, necesito oxigenarme y hacer ejercicio para no volverme loco por estar encerrado.

—Bueno, eso no cuenta y, me da igual, de aquí no me muevo —replicó al tiempo que tomaba su cara entre las manos—. ¿Qué te sucede? Sé, perfectamente, que esto es una *mierda*, los dos hemos empezado una relación justo cuando teníamos que aislarnos.

—¿Tú aguantas esto?

—No —sonrió sin dejar de mirarlo—, de hecho, hace semanas le propuse a Sergio saltarnos las normas y que se viniera a mi casa…

—¿Y no se vino?

—No, otro como tú, el día antes había terminado su quincena con los hijos y había estado con su exmujer. Por seguridad me dijo que lo aplazáramos, pero el muy cabezota sigue en sus trece. Dice que por nada del mundo quiere que el virus llegue a mí.

—Mmm… Me cae bien Sergio—sonrió—, primó el no contagiarte al deseo.

—Sois unos exagerados, no necesito estar en una urna de cristal.

—Nos diste un buen susto, doctora Alberola.

—¿Crees que no lo sé? —cruzó el brazo por el de él— Y ahora dime, si no son penas de amor, que ya sé por Jimena que habláis todos los días.

—Dios, esto de que Jimena sea tu sobrina es muy raro.

—¿Por qué?

—No sé, ¿no crees que es extraño? Primero me lío con la tía y ahora con la sobrina, ¿qué

pensará tu hermano, el padre de Jimena?

—No seas tonto, David, ¿qué crees que va a pensar mi hermano? —Le dio un ligero empujón —Tanto Ismael como Teresa están encantados contigo, ambos te tienen en un pedestal, bueno, ellos y toda mi familia. A mi madre te la ganaste a pulso, no hace más que hablar maravillas de ti, ya te digo que todos están encantados con que seas parte del clan Alberola—dijo con un ampuloso movimiento en el aire—. Pero, dime, ¿qué es lo que impide brillar tus ojos?

—Mi padre…

—¿Tu padre? ¿Qué ha pasado?

—Covid…

—*Mierda*… —soltó de inmediato antes de darle un abrazo—¿Está mal?

—En principio está en casa, aislado, pero en casa…

—David, no tiene por qué ir mal, lo sabes.

—Sí, lo sé, pero es que yo estoy aquí y, eso es lo que me ha dicho mi madre, a saber, si es cierto. No sería la primera vez que no me dicen toda la verdad para no asustarme por aquello de estar fuera.

—¿Has hablado con tu padre?

—No, está con mucha fiebre y no está para llamadas.

—Y tu madre, ¿cómo está?

—Pues, ella se está encargando de todo, pero sin entrar en la habitación.

—¿Qué te han dicho tus hermanos?

—Que no me preocupe. Ellos también están desesperados, estando allí tampoco pueden hacer nada.

—Exacto, eso es lo que tienes que pensar, David, estuvieras aquí o allí, la lamentable realidad es que no puedes hacer nada. Ya verás que en unos días está mejor.

—¿Y si no es así, Mónica? De verdad, yo no sé si puedo más, llevo un año de *mierda*. Primero lo tuyo, cuando empezábamos a ver la luz la pandemia, ahora mi padre…

—David, cariño —lo abrazó con fuerza al ver las lágrimas precipitarse por sus mejillas—, llora, llora todo lo que necesites—le susurró sin dejar de acariciarle la espalda.

—¿Y si se muere, Mónica? —sollozó con los ojos emborronados por las lágrimas.

—David, cariño, no pienses eso.

—¿Y qué quieres que piense? *Joder*, llevo una temporada que no soy capaz de levantar cabeza. Todo a mi alrededor parece hundirse, cada vez que veo la luz algo la tapa…

—David…

—*Joder*, Mónica, creí que te morías. De verdad, estaba *acojonado.* No sé cómo fui capaz de mantener la coraza… —No paraba de llorar para emoción de Mónica, que se aguantó las lágrimas.

—David, estoy bien y, en parte gracias a ti. Tú no me dejaste caer en ningún momento, fui tonta por no darme cuenta de que toda esta *mierda* también te afectaba a ti.

—No…No… No te culpes. No estabas para pensar en nada ni en nadie —Siguió llorando—. Y lo peor no fue eso, sino lo rastrero que me sentí al empezar a notar sentimientos cada vez más fuertes por Jimena…

—David…

—No, por favor, déjame hablar —Le tapó la boca con la mano—. Sé que hemos hablado, que todo quedó claro entre nosotros, pero necesito que sepas, que no fuiste un capricho…

Mónica apartó la mano de su boca.

—David, ¿crees que no lo sé?

—Pero yo necesito decírtelo, quiero que sepas que nunca jamás olvidaré lo nuestro. A pesar de todo fueron unos meses…

—Intensos.

—Sí, intensos, pero también increíbles. Si te llega a pasar algo, no sé…

—David, no me pasó nada. Sí, tengo una cicatriz, pero, tampoco quedó tan mal—dijo con una sonrisa secándole las lágrimas con las yemas de los dedos—. ¿Crees que yo no me sentí la peor de las brujas al darme cuenta que te quiero con toda mi alma, pero no estoy enamorada de ti, cuando te habías tragado todo el proceso del cáncer?

—Bruja siempre has sido, doctora Alberola—Una leve sonrisa hizo brillar sus ojos.

—No lo negaré—respondió con su mejor sonrisa—. Y tu padre…

—Mi padre —Entre fuertes hipidos balbuceó—, no lo veo desde navidad, ¿y si no lo vuelvo a ver?

—David —volvió a abrazarlo con fuerza—, llora, cariño, desahógate…

Diez minutos estuvieron en la misma posición, ninguno de los dos se percató de no estar solos; extrañado por la tardanza de su amigo Guillermo subió para comprobar si le había pasado algo y, se había visto sorprendido por la escena, sin saber muy bien qué ocurría se acercó a ellos en silencio.

—Hola, Guille —comentó Mónica al verlo.

David se incorporó y secó las lágrimas.

—¿Qué sucede? —Con clara preocupación se interesó.

—Mi padre tiene Covid.

—*Mierda*. ¿Está ingresado?

—No, al menos eso creo.

—No te preocupes, no tiene por qué ser grave.

—Ves, si no me crees a mí, créelo a él…

—¿Por qué no me lo habías contado? —Guillermo se apoyó en la mesa—Así que ya no soy tu Alberola favorito. Bueno, hace mucho que dejé de ser tu favorito, mínimo seré el tercero, si es que no prefieres a mi padre—La picardía iluminó sus ojos, pero consiguió su misión, ver sonreír al que más que su amigo era su hermano.

—Mira que los Alberola sois exagerados, menos mal que Jimena parece no serlo, aunque a saber…

—Ojito con lo que dices de los Alberola —Dedo en alto dijo Guillermo sin disimular la cara de burla.

—No puedo meterme con ellos, en la calle estaría de no ser por ellos.

Mónica y Guillermo cruzaron miradas y estallaron en carcajadas con el comentario de David.

—Y nosotros somos los exagerados. Cariño —Mónica se aferró a su brazo con más fuerza—, tú no te quedas atrás. Ahora te digo, tú no llevarás nuestro apellido, pero eres uno más de nosotros y, como vuelvas a cargar con esa mochila invisible me enfadaré. No, ahora no me sonrías, hablo en serio David, no nos mantengas al margen—Se levantó sin dejar de mirarlo a los ojos—. Tus problemas son nuestros problemas. ¿Entendido?

—Entendido, doctora Alberola.

—Y otra cosa, recuerda que mi biblioteca está a tu disposición.

Recién salida de la ducha mi madre se apoyó en el marco de la puerta de nuestra habitación. Mi hermano dormía en su cuna, a mí, los ojos empezaban a cerrárseme hipnotizada por las estrellas, nubes, lunas y soles que el proyector de imágenes dibujaba en paredes y techo al compás de una suave y relajante melodía. Su cansancio era evidente, pocas eran las horas dedicadas al descanso en los últimos meses, menos aún, las destinadas a algo que no fuéramos nosotros. Aquella era la noche pactada por mis padres para cenar juntos y no hablar de niños, siempre y cuando nosotros se lo permitiéramos. Bueno, vale, el nosotros es mayestático, he de utilizar la primera persona del singular, porque si Ivo llora es alentado por mí.

De puntillas entró en la habitación y, tras comprobar nuestras respiraciones, no sé otras madres, pero la mía, si no nos oye durante un buen rato, comprueba si respiramos, salió de nuestro dormitorio y regresó al de ella para vestirse para la ocasión. Una alegría se llevó al descubrir que, a pesar de los kilos ganados en el embarazo, su cuerpo volvía a recuperar sus sugerentes curvas, al entrar en el vestido elegido para la ocasión; el mismo que un año y tres semanas atrás había lucido en la primera cita con mi padre.

—Un año…Solo un año—murmuró mirándose al espejo— y todo lo que hemos vivido.

Quince minutos y, medio bote de corrector de ojeras bajo sus ojos después, volvió a pasar por nuestro cuarto antes de bajar a la primera planta, donde había tenido prohibida su presencia en toda la tarde.

Una sonrisa iluminó su rostro al escuchar la suave música ambiente, que sonaba en el salón, donde la única luz era la de las velas que iluminaban la mesa del comedor dispuesta para la cena.

—Mmm… —Mi padre le tendió una copa de vino blanco—. No me digas que no, por una copa no pasa nada, no se nos van a emborrachar los niños y, con este comentario se zanja el tema niños. Ahora, hasta que llegue su hora de comer solo somos Vivi y Antoine.

—Si tu hijita nos deja…—Con una sonrisa socarrona respondió mi madre.

—Mi hijita nos va a dejar, ya hablé con ella —dijo antes de besarla suavemente en los labios —. Hoy, para que no salgas corriendo como en nuestra primera cita, la cena es aquí.

—No pensaba salir corriendo y aquella noche…

—Aquella noche huiste de mí, no lo niegues.

—No, no lo niego, pero entiende mi sorpresa.

—No mayor que la mía—respondió invitándola a acercarse a la mesa.

—Veo que has estado ocupadito entre fogones.

—Sí, salvo la tarta, hace un rato la trajo Juan.

—Mmm…Tarta hecha por Anita, final feliz asegurado.

—*Ma chérie*, espero que la tarta solo sea el prolegómeno al final feliz.

—¿Crees que tus hijos nos dejarán tanto tiempo?

—No me provoques —mirándola a los ojos contestó—que me salto el primero, el segundo y ataco el postre.

—¿Vas a empezar por la tarta? —Provocativa replicó al tiempo que su lengua humedecía con claro descaro sus labios.

—No, por ti.

Y sin más preámbulos, mi padre le quitó la copa de la mano, la dejó junto a la suya en la mesa para empezar a saborear lenta y pausadamente a mi madre bajando desde el lóbulo de sus orejas hasta colarse por su escote.

—Antoine…

Los gemidos de mis padres se mezclaron con la música ambiente y, por primera vez desde antes de nuestro nacimiento disfrutaron de la unión de sus cuerpos.

Capítulo 42

1 de junio, 2020

Aquel primer lunes de junio fue un lunes anómalo, no hubo malas caras, ni la usual pereza común al primer día de la semana, por el contrario, se respiraba felicidad. Una alegre algarabía se apoderó desde bien temprano del patio, las voces y las risas de mis vecinos subían y bajaban desde el primero al ático y viceversa. Y es que aquel primer lunes de junio todos nos sentimos más libres, el virus no había sido vencido, ni muchísimo menos, meses nos faltaban para medio conseguirlo. Sin embargo, en aquel momento nos conformamos con aquella sensación de medio libertad, de ver abiertos los centros comerciales, aunque fuera con restricciones, de sentarnos a tomar un café en la terraza de un bar e, incluso, de volver a pisar las salas de cine.

Las puertas de bares, restaurantes y comercios comenzaron a subir sus persianas, de ahí la radiante felicidad de mis vecinos de enfrente. Ana y Juan recibieron con inmensa alegría aquel cambio de fase que, si bien no les permitía funcionar al cien por cien, sí que les posibilitaba volver a ver las mesas de Pickwick al cuarenta por ciento de su capacidad. No era, ni mucho menos, la panacea, pero les permitiría sacar del ERTE a dos de los cuatro camareros. Mis vecinos también se planteaban la posibilidad de nuevas contrataciones, no para atender en mesa y en barra, sino para ayudar en el obrador, pues, tras los más que óptimos resultados alcanzados en las pocas semanas en las que Ana había estado trabajando bajo encargo lo veían más que necesario.

Carolina era la otra de mis vecinas que volvía al centro de trabajo, aquel primer lunes de junio las aulas de los institutos volverían a recibir con los brazos abiertos a los alumnos que cerraban ciclo. Bueno... decir con los brazos abiertos es mucho decir, porque las mascarillas, el gel hidroalcohólico, la distancia de seguridad en aulas ventiladas y con menos alumnos de lo habitual, era la realidad. Pero, nada de eso enturbió la alegría de mi vecina.

Ilusionada, pero también muy cansada, aquel año académico estaba siendo agotador. Nuestro sistema educativo no estaba preparado para las clases telemáticas, irónicamente, los profesores vieron duplicadas sus horas de trabajo al hacerlo desde casa. Mil y un invento tuvieron que ingeniar para conseguir la atención de los alumnos, sin olvidarnos que, desgraciadamente, no todos los alumnos contaban con los medios necesarios para poder conectarse a las clases online.

Por el contrario, mi padre y Mónica no regresarían a las aulas aquel curso, pues, solo las escuelas infantiles y los estudiantes que cerraban ciclo en Secundaria y Bachillerato contarían con tutorías presenciales para la preparación de sus exámenes.

El resto de los vecinos del número 9 se mantenían exactamente en el mismo punto, Sara con sus clases online y sus escapadas a la terraza con Guillermo. Guillermo, además de las clases online, tenía las prácticas en el hospital y el voluntariado junto a su padre. Daniel continuaba, a pesar de su falta de tiempo libre, con el voluntariado y con muchas horas de trabajo a su espalda, pues, muchos fueron los sanitarios que cayeron en aquella primera ola. Por su parte, David lucía una impresionante sonrisa que hacía brillar de manera espectacular sus azules ojos, atrás había dejado las ojeras por la desesperación de no poder ver a su padre, que no había estado hospitalizado, pero sí estuvo en cama y, sin fuerzas por la fiebre, dos semanas. El sábado había hablado con sus padres por videoconferencia y, la calma regresó a él al poder ver a su padre que, aunque desmejorado por las semanas con el virus, se encontraba con ánimos. Sin embargo, la emoción que lo recorría no era tan solo por saber que su padre estaba fuera de peligro y, que su madre no se había contagiado, como fue su temor; sino porque, por fin, tras once semanas podía

encontrarse con Jimena.

—Muy buenos días —Café en mano dijo Daniel al sentarse frente a él—, contentitos nos levantamos para ser lunes—Con una sonrisa socarrona en los labios comentó consiguiendo la sonrisa cómplice de Carolina y Guillermo.

—Déjalo, no te metas con el niño—Carolina se acercó a David y lo besó en la cabeza—. Me alegra ver esa sonrisa.

—¿Niño? —Con clara mofa preguntó Daniel—Ahora será sobrino postizo, pero hace dos días era mi cuñado, porque no entras dentro del perfil por el que se decanta si no me hubiese dado terror dejarte a solas con él estos días.

—¡Daniel! —exclamó Carolina con una mirada recriminatoria.

Guillermo y David no pudieron aguantar las carcajadas por el comentario de Daniel, comentario que a David no le molestó, sabía que era totalmente en broma y, al fin y al cabo, no había dicho ninguna mentira.

—Bueno, las rubias no están entre mis favoritas, pero Carolina es una excepción—continuó con la broma David.

—Cuidadito, chaval, Carolina no se toca…

—¿Vais a seguir con estas tonterías? —Seria intervino Carolina—De verdad, estoy aburrida de vivir rodeada de tanta testosterona flotante.

—Yo…—empezó a decir David—empezaré a buscar piso.

—David, no seas tonto —rápido respondió Carolina—. Tú, céntrate en terminar el curso y olvídate de buscar piso ahora. A mí me encanta tenerte aquí… —Miró con sorna a Daniel—, gracias a ti no me he vuelto loca por estar todo el tiempo encerrada y sola entre estas cuatro paredes.

—¿Ahora prefieres los ojos azules? —Con cara de burla preguntó Daniel levantándose para marcharse a trabajar.

—¿Qué te ha hecho pensar que siempre no fue así?

—Veis, así son las mujeres, no creáis que Jimena y Sara no son así de brujas, bajo sus rostros angelicales se esconde…—Carolina lo miró a los ojos fijamente—Unas mujeres increíbles. —se mordió los labios mientras no dejaba de mirar a Carolina por encima de la taza—. No me mires así.

—¿Cómo?

—Con esa mirada amenazante...

—Guille, la experiencia me dice que tus padres necesitan intimidad—Sin disimular una sonrisa burlona comentó David bajo la asertiva mirada de su amigo.

David no era el único en vivir bajo el dulce aleteo de las mariposas. Un piso más abajo Mónica disfrutaba con la dulce revolución surgida en su interior. Atrás habían quedado los negros nubarrones que se habían apoderaron de su vida meses antes, su cabello volvía a crecer con fuerza y, sus oscuros ojos brillaban más que nunca. Todo gracias al hombre que la despertaba cada mañana y, con el que se dormía cada noche. Gestos por los que se reía de ella misma, nunca en sus cuarenta y tres años había vivido una relación de aquella manera; ni tan siquiera David despertó en ella aquella deliciosa sensación de ingravidez bajo sus pies. Mi vecina no se reconocía a sí misma y, así se lo hizo ver a quién más que su cuñada, era su hermana, Carolina, que se sentía feliz por ver la desbordante alegría de Mónica.

Mónica no llevaba once semanas sin ver a Sergio, sin embargo, tras su furtivo encuentro, casi un mes atrás, no habían vuelto a verse. La sombra del COVID se había alojado en el círculo cercano de Sergio y, aunque estaba convencidísimo de no estar contagiado, no se atrevió a volver

a verla. Lo curioso es que aquella «lejanía», tal y como les pasaba a David y Jimena, los había acercado. Sus conversaciones diarias, sus continuos mensajes los había hecho abrirse ante el otro, contándose sus vidas, sensaciones, ilusiones, deseos y, por supuesto, miedos. Muy probablemente, aquel obligado distanciamiento los acercó más.

Por último, nos queda mi madre... Vivi era una auténtica bomba de relojería a punto de explotar. El aire comenzaba a faltarle en los pulmones, no solo como consecuencia del confinamiento, sino porque su vida había dado un cambio radical en muy poco tiempo. Era feliz, pero, al mismo tiempo se ahogaba. Meses hacía que no dormía más de tres horas seguidas, el día se le iba entre toma y toma. Por mucho que ella y mi padre compartieran al cien por cien todo lo relacionado con la casa y nosotros, había algo en lo que era solo ella, la comida, pues, mi padre no podía darnos de mamar. Sin embargo, no era la falta de sueño lo que la agobiaba sino su falta de ideas, por primera vez en su vida, su brillante y rica imaginación no daba señales de vida y, eso la atemorizaba.

A nadie había confesado su sequía. Nadie, ni tan siquiera su agente, le había preguntado si ya andaba ideando una nueva historia, pues, mi madre era conocida por embarcarse en el trazado de nuevos proyectos antes de ver publicada la novela recién escrita. Sin embargo, todos, excepto ella, tenían claro que en la vida de mi madre nosotros habíamos marcado un antes y un después, y que en aquellos momentos era normal que todo girase alrededor nuestro. Tal vez, si mi madre hubiese verbalizado, si hubiese hablado sobre sus temores con Carolina y Ana, ellas les hubieran dicho que no se preocupara, pero mi madre temerosa de alertar a las musas y, hacerlas desaparecer para siempre por verbalizar su sequía prefirió callar.

El alegre murmullo de mis vecinos entró a la extrañamente silenciosa cocina de mi casa, mis padres aprovechaban que nosotros dormíamos a pierna suelta en nuestra habitación para desayunar con calma. Mi padre emuló una sonrisa al escuchar las risas de Daniel y las posteriores risas del resto de los habitantes del ático.

—Hoy tenemos el patio revolucionado, imagino que Carolina andará entusiasmada porque hoy regresa a las aulas.

Mi padre se calló al percibir que mi madre estaba completamente ausente. Días hacía que la notaba decaída, él lo achacó a las pocas horas de descanso que nosotros le dejábamos, pero un par de días atrás la había oído refunfuñar ante uno de sus cuadernos. No necesitó nada más para entender que mi madre echaba de menos escribir, sabía muy bien que la escritura no era solo un trabajo, era su vida.

—Chérie— Mi padre posó la mano sobre la de mi madre para que no añadiera ni una nueva cucharada de azúcar al café con leche—. Chérie...—repitió en un susurro, no una sino dos veces, tomó su barbilla entre sus dedos para obligarla a mirarlo a los ojos. —. Chérie, ¿sabes a que guardería fueron Guillermo y Sara? —Mi madre dejó de remover el café con leche y sorprendida por la pregunta lo miró a los ojos, mi padre le sonrió a cambio—He estado mirando los centros de educación infantil de la zona, pero siempre es bueno tener referencias.

—¿Has estado buscando sin decirme nada?

—Viviana, no me mires así, solo he buscado información. Sabes, perfectamente, que jamás tomaría una decisión sobre nuestros hijos sin consultar contigo.

—Perdona—El rostro de mi madre se dulcificó, así como su tono de voz—, tienes razón. Perdóname, es la falta de sueño.

—Chérie, ¿por qué no aprovechas que están durmiendo para hacerlo tú?

—¿Ahora? No, ahora mismo son las ocho, no puedo meterme en la cama ahora.

—Sé la hora que es, ¿cuál es el problema? Estás de baja maternal, apenas duermes. ¿No crees

que debieras aprovechar estos momentos de tranquilidad y descansar? ¿Qué vas a hacer que no pueda esperar?

Mi madre no respondió, quería gritar, «¡escribir!», pero calló y dio un sorbo a su dulcísimo café con leche.

—Vas a contarme qué te ocurre o he de decírtelo yo, porque tengo claro que la apatía de tus ojos no es solo por cansancio. Viviana, ¿qué te pasa?

—Nada...—Sin convicción alguna en su tono de voz respondió, se levantó y dejó la taza en el fregadero.

—Viviana, ¿de verdad, esperas que me conforme con esa respuesta?

—¿Qué quieres oír, Antoine? Dímelo tú, ya que eres tan listo. No, mira, mejor déjalo y apresúrate, ahora mismo te toca conectarte con tus alumnos, trabaja tú que puedes.

Mi padre no se alteró por la subida de tono de mi madre, aquello solo le corroboró que estaba en lo cierto.

—Hoy no tengo clase—Taza en mano se levantó y acercó a ella—, alguna tutoría, pero más tarde.

—Pues, ya puedes irte a tu despacho.

—Nuestro despacho—recalcó con ímpetu.

—Nuestro...nuestro—repitió mi madre saliendo de la cocina.

—Viviana, detente, ni se te ocurra dejarme así—Mi padre la sujetó por el brazo y la giró hacia él—. ¿Qué sucede? No vuelvas a decirme que nada, por favor.

—Nada, Antoine, no sucede nada—Los ojos le brillaban por las lágrimas retenidas—. Es mi cabeza, está completamente vacía, no hay vida en ella.

—Chérie, ¿cómo que en tu cabeza? —La tomó por la barbilla, la besó en la frente y la miró a los ojos—Chérie, tienes el don de la palabra, explícate mejor.

—Estoy seca, Antoine, eso es lo que sucede. Llevo meses sin escuchar voces en mi cabeza—reconoció entre lágrimas—. No, no me mires así, no soy esquizofrénica—Sus labios dibujaron una sonrisa—. Mi locura no va por esos derroteros—Le dejó un suave beso en los labios—. Siempre escuché a mis personajes, siempre me susurraron sus historias, recreándolas para mí en mi cabeza para que yo las plasmara en el papel. Meses hace que me abandonaron, no hay nadie aquí arriba—explicó sacudiendo la cabeza.

—Me habías asustado.

—Es para estarlo, Antoine, ¿si no regresan?

—Vivi, desde mi total desconocimiento, ¿no crees que esto es normal? No hace ni tres meses que nacieron los niños, pocas semanas antes terminaste la novela—La rodeó con los brazos por la cintura—. Chérie, date tiempo, aún no ha salido publicada tu última novela.

—Última, tú lo has dicho, igual es premonitorio...

—¡No digas tonterías!

—¡No son tonterías! ¡Estoy yerma! La vida interior, que siempre bullía en mí, se ha ido. Nada, no hay nada, no soy capaz de imaginar absolutamente algo que no sean pañales, baños, nanas y dar de mamar—replicó entre sollozos—. Se acabó, Antoine, Itzel e Ivo han sido mi última creación.

—Viviana, no te comportes como una dramaqueen, lo que te pasa es de lo más normal. No puedes pensar en otra cosa, porque las veinticuatro horas del día se las dedica a nuestros hijos. Es normal que tu cabeza no piense en otra cosa.

—No, no, no, Antoine, esto jamás me había sucedido.

—¿Acaso habías sido madre? ¿Acaso habías vivido una pandemia? Vivi, no seas tan exigente

contigo misma. Estoy seguro que esto solo es una fase...

—No me vengas con pinches fases, Antoine, ya tengo bastante con las de la pinche pandemia.

—Viviana, necesitas salir con los niños. Nuestras vidas han dado un giro radical en muy poco tiempo y, para ponerle la guinda al pastel, llegó la pandemia. Sal sola o, mejor, sube a la terraza, toma el aire sin la mascarilla. Disfruta allí de unas horas de tranquilidad tu sola, ¿acaso no estoy yo con ellos? Queda con las chicas, hoy abre Pickwick, queda allí con ellas, yo me quedo con los niños.

—Claro, tú les darás de mamar—respondió con sorna.

—No, les das de mamar tú y, luego te vas, tienes tres horas hasta la siguiente toma. Tres horas enteras para ponerme verde.

—¿A ti? Si eres un pinche cabrón que roza la perfección—Mi madre lo abrazó con fuerza—. No sabes lo que me alegra que la estirada de Isabel te los pusiera bien grande, que Juan te inscribiera en la página de contactos y, que Lili...

—Mmm...Lili...—susurró junto a su cuello.

—¿Lili? ¿He de ponerme celosa por alguien inexistente?

—¿Inexistente? —ronroneó junto a su cuello—Ya te digo yo que lo que me hizo sentir fue muy real.

—Así que Lili, voy a tener que hablar seriamente con ella—murmuró sobre su boca—. ¿A qué hora tienes que conectarte?

—En una hora—respondió empujándola hacia el salón.

Complacida por lo que había leído Mónica cerró el archivo del documento, quitó el USB de su ordenador y se lo devolvió a David, que la contemplaba sin saber muy bien qué le decían sus ojos. Él estaba totalmente seguro de su trabajo, pero había querido dárselo a leer a Mónica antes de enviárselo a su profesor. Mónica se mordió los labios para no sonreír, veía el nerviosismo en los ojos del que había sido su novio y, uno de los mejores alumnos con los que se había encontrado a lo largo de su amplia trayectoria docente.

—¿Y bien? — David jugueteó con el dispositivo.

—David, David, ¿qué quieres que te diga?

—¡Mónica!

—David, David, ¿sabes que te estás jugando el poder terminar en junio? ¿Sabes que van a mirar con lupa todo tu trabajo para conseguir una de las plazas en el doctorado?

—Joder, ¿tan mal está?

—¿He dicho yo eso? —Apretó los labios para no reír.

—Ni eso, ni nada. Vale, muy bien, lo capto—Cogió el móvil, las llaves y el USB—. Gracias por haberlo leído, no tenía que haberte puesto en este aprieto, es injusto para el resto de mis compañeros que yo pueda contar con tu opinión.

—David, no digas tonterías. ¿Crees que el resto no va a hacer lo mismo que tú? ¿Crees que no van a preguntar a algún profesor con quien tengan confianza? ¿Crees que no voy a leer más trabajos antes de ser entregados? —Lo miró sonriente—La diferencia, mi querido David, es que dudo que alguno llegue a tu altura. No, no me mires así, lo digo, totalmente, en serio. No solo es el trabajo de investigación realizado, sino tu manera de expresarte, de escribir, te lo he dicho muchas veces, David, eres increíble y tu trabajo no lo es menos.

—¿De verdad? ¿No me mientes?

—¿Qué necesidad tengo de hacerlo?

El sonido del portero automático los sorprendió a ambos, que saltaron por la impresión al escucharlo.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Ante la perpleja mirada de David, Mónica se levantó a toda carrera de la silla, con tan mala suerte que en su carrera su descalzo pie derecho terminó golpeándose contra la mesa.

—¡Mierda! —Levantó el pie y se acarició el malogrado dedo meñique.

—¿Te has hecho daño?

—¿Tú que crees?

—Mi madre te diría que eso te pasa por ir descalza—Con cara de burla comentó David.

—David, no me vengas con respuestas de madres y déjame pasar—El portero automático volvió a sonar, a la pata coja volvió a ponerse en marcha.—. Anda, déjame pasar, ese ha de ser Sergio, ahora tú mismo le dirás que eres el culpable de mi tardanza.

—¿Yo?

—Sí, has hecho que me despiste y olvide de la hora.

—Mónica, no serías tú si no llegaras tarde.

—Muy gracioso...—refunfuñó, ocultando infructuosamente la sonrisa que asomó a sus labios a pesar del dolor del dedo meñique.

A la pata coja y sin dejar de maldecir entre dientes, porque el dedo le dolía bastante, salió del despacho bajo la divertida mirada de David, que no pudo evitar reír al escuchar sus improperios.

—¿Sí? —respondió al descolgar notando con un batallón de adormiladas mariposas entraban en acción porque sabían quién llamaba a la puerta.

—Hombre, por fin, llego quince minutos más tarde, para darte ventaja sobre el reloj y ya empezaba a temer que me dabas plantón.

—Otro graciosito—refunfuñó—. ¿Por qué iba a darte platón?

—Entonces, ¿bajas o nos vamos a limitar a hablar por el telefonillo?

—Si eso es lo que te apetece, me siento y hablamos por aquí.

David se llevó las manos a la cabeza al escuchar a Mónica, estaba claro que bromeaba, pero, también sabía que era muy capaz de hacerlo. Sus ojos se encontraron con los de ella, que le

hicieron un gesto para que se esperara un momento, él se detuvo y fijó en el brillo de los ojos de ella. Mucho hacía que no los veía brillar así y se alegró por ella, sin duda alguna, merecía ser feliz.

—¡Mónica!

—¿Te importaría subir un momento, por favor? —dulcificó su voz.

—No me lo puedo creer, ¿de verdad, no estás preparada?

—Sergio, no te rías o comes solo—No pudo evitar reírse de sí misma, era un caso perdido, era incapaz de ser puntual—. ¿Subes?

—Sí, claro.

—¿A dónde vas? No tienes que marcharte porque venga Sergio—De pronto borró su sonrisa — David...

—No te asustes, doctora Alberola, mi corazón le pertenece a otra Alberola—Le dedicó una amplia sonrisa—, pero imagino que Sergio y tú querréis estar a solas. ¿Cómo está tu dedo? ¿Te duele?

—Sí, pero se va calmando. ¿Vas a ver hoy a Jimena?

—Sí—respondió abriendo la puerta justo cuando Sergio llegaba—. Hola, te advierto que tu novia—enfatizó consiguiendo la instantánea sonrisa del recién llegado y para sorpresa de la aludida— me echará la culpa de su tardanza y, si bien es verdad, que he interrumpido su trabajo, has de hacerte a la idea que tiene muchas cualidades, pero la puntualidad no está entre ellas.

—¿Algo más que deba saber? —Sergio pasó la mirada de David a Mónica, cruzó los brazos y se quedó mirado a David en espera de su respuesta.

—Uff...Abreviaré...

—Dios, lo que hay que aguantar—Se quejó Mónica.

—Como ya has visto, puntualidad cero, no tiene ni idea de cocinar, aunque un pajarito me ha cotilleado que ha estado practicando en estas semanas. Es muy cabezota, alocada, hace un momento ha estado a nada de fracturarse un dedo del pie por salir corriendo a abrirte, una *robamantas*...

—David, te recuerdo que no solo estoy aquí, sino tengo muy buena relación con el tribunal evaluador...

—Y ahí la tienes, usando la extorción para que me calle. Eres testigo de su mirada asesina—respondió—. Hala, me voy. Sergio, sabes dónde encontrarme y, Mónica, muchas gracias por leer mi trabajo.

—Ya quedaremos un día tú y yo para contrarrestar información...

—Cuando quieras, pero Sergio, ten claro que son muchísimas más sus virtudes.

—Jamás lo he dudado—respondió clavando su mirada en Mónica.

David le guiñó un ojo a la aludida, cerró la puerta y, durante un breve instante permaneció apoyado en ella, recordando que un año atrás él entraba a hurtadillas en aquel piso para vivir una historia que jamás olvidaría. Al otro lado de la puerta el silencio se apoderó del pasillo, Sergio y Mónica se mantuvieron la mirada desde la breve distancia que los separaba.

Semanas llevaban ambos soñando con aquel momento y, ahora los dos estaban paralizados por la emoción, los nervios y la desenfrenada cascada de sentimientos surgida entre ellos.

—Creí que tendrías suficiente con quince minutos—La miró a los ojos—, ¿siempre será así? —Caminó un par de pasos hacia ella.

—No puedo evitarlo, ya te lo dije, no sé cómo lo hago, pero siempre se me hace tarde—Ella también dio un par de pasos hacia él—. Una vez adelanté diez minutos todos los relojes...—Dio un nuevo paso.

—¿Y? —Se interesó dando dos pasos más.

—Nada, no sirvió. Mi cerebro sabía que contaba con esos diez minutos—Sin dejar de apartar la mirada de la de él volvió a adentrarse en el invisible tablero por el que se movían sin prisas, pero sin pausa.

—Dicen que lo bueno se hace esperar.

—Entonces, yo he de ser la hostia—respondió con una amplia sonrisa que quedó al descubierto al quitarse la mascarilla.

No quedaba espacio entre ellos, ya no había casillas que los separase, Mónica se guardó la mascarilla en uno de los bolsillos traseros del pantalón antes de quitarle a Sergio la suya.

—No lo pongo en duda—Con rapidez y destreza la sujetó por la cintura hasta no quedar ni un milímetro entre ellos—. Así y todo, ¿sabes que es muy feo hacer esperar a la gente—comentó dejando un reguero de diminutos besos entre su cuello y su boca.

—Lo sé, te juro que lo intento, pero siempre ocurre algo que me hace provocar la furia de Cronos—musitó sobre sus labios.

—Déjame dudar que Cronos enfurezca contigo—comentó entre beso y beso al tiempo que sus manos acariciaban su despejada nuca—, en cualquier caso, caería rendido ante tus pies nada más estar frente a ti.

—¿Quiere decir eso...—Mónica apoyó las palmas de la mano en el pecho de él para marcar distancia y lo desafió con la mirada—que Cronos se hubiese saltado las normas para poder estar conmigo?

Sergio la miró sin pestañear, efímero fue el tiempo que ambos pudieron permanecer serios y no estallar en carcajadas.

—Mónica, Mónica, te recuerdo que ya nos estamos saltando las reglas.

—Entonces, ¿nos ponemos las mascarillas y respetamos la distancia de seguridad?

—¿Es lo que quieres? —Le acarició el cuello con la punta de la nariz.

—No.…—Se estremeció bajo sus suaves caricias—. ¿Tú?

Sus oscuras miradas de deseo se encontraron antes de disfrutar de los postergados besos.

—¿Quieres ir a comer? —balbuceó Sergio sin dejar de besarla, con la voz entrecortada por el acumulado deseo.

—No.…—Sus dedos se deslizaron por la fila de los botones de la camisa de él para empezar a desabrocharlos—. ¿Tú, sí? —Con sutiliza comenzó a empujarlo hacia el dormitorio.

—Mónica, Mónica...

Pronto la ropa de ambos terminó arremolinada a sus pies junto a los de la cama, sus cuerpos ardían de deseo, sus miradas se buscaban y sus labios se sonreían. Sin embargo, la sonrisa de Mónica desapareció de golpe al notar los dedos de Sergio buscar el cierre de su sujetador. La inseguridad no había sido invitada, no era bien recibida, pero apareció sin más. Mónica se quedó paralizada, de pronto, sintió un absurdo pudor, nadie la había visto desnuda después de la operación, nadie había visto su cicatriz.

Sergio no necesitó que ella verbalizara qué le sucedía, de inmediato, supo qué le pasaba. La miró a los ojos y la estrechó entre sus brazos. Varios minutos permanecieron en la misma posición.

—Mónica, no pasa nada, si no estás preparada...

—Nadie me ha visto desnuda tras la operación, aún hoy evito verme en el espejo mientras me visto.

—Me encanta la idea de ser el primero—Le guiñó un ojo.

—¿El primero? —sonrió—Hace mucho de eso ya.

—El primero de la nueva era—La besó con dulzura—y, en cualquier caso, prefiero ser el definitivo—La miró a los ojos, sonrió al notar la emoción en los de ella—. ¿Puedo? —preguntó antes de acariciar la sensual rosa de su esternón.

—Sé que no es la primera vez que la ves...—asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Por supuesto, el vestido de la boda de tus padres la dejaba a la vista—respondió a sabiendas que ella no se refería a su rosa.

La sonrisa fue inmediata y recíproca, las yemas de los dedos de él se deslizaron con sutileza por la sugerente flor hasta terminar bordeando el sujetador mientras sus ojos se perdían en la mirada de ella.

La piel de Mónica se erizó, dejando constancia del delicioso cosquilleo que estaba padeciendo, sus ojos se centraron en los de él que se columpiaba en su mirada al tiempo que sus dedos se deslizaban con sigilo por el cuerpo de ella. Sin dejar de mirarla la despojó de la lencería, bajo sus dedos notaba el claro nerviosismo de ella, erróneamente, lo achacó al pudor producido por la cicatriz bajo su seno; esa solo era una verdad a medias, pues, más allá de la inseguridad surgida por ella, estaba el estado de embriaguez provocado por Sergio y los sentimientos que despertaba en ella. Por primera en su vida, mi vecina supo que él era la persona con la que quería compartir su vida.

El reloj y las prisas desaparecieron por completo en el 2° B, Mónica olvidó haber sido alguna vez la dueña del tablero y de las reglas del juego; su cuerpo dejó de pertenecerle solo a ella, todo su ser se rindió a las suaves caricias de Sergio, que empezó su minucioso recorrido en la cicatriz y exploró con cuidadoso detalle cada parte del cuerpo de la mujer con quien la vida le brindaba una nueva oportunidad.

Caricia a caricia, beso a beso, sus pulsaciones se fueron acelerando, sus susurros se tornaron en jadeos desenfrenados al acoplarse sus cuerpos y explotar en un clamoroso orgasmo.

Sudorosos, con el corazón a mil revoluciones por lo recién vivido se dejaron caer en la cama, no se miraron, pero ambos notaron la sonrisa en el rostro del otro. Con calma, aún con la respiración alterada y, curiosidad se giraron hasta encontrarse y fundirse en un largo beso.

—Voy a ser políticamente incorrecta—Sergio la besó en la nariz y la miró sonriente a la espera de la explicación—. Me alegra de tu salida del tiesto, que tiraras tu matrimonio por la borda y del regreso de mi hermano robándote a la novia—El silencio se hizo entre ellos, ambos se miraban con una imborrable sonrisa en los labios—. ¿Recuerdas el día que nos encontramos en el hospital? —Sergio asintió con la mirada, sonrió ampliamente al intuir lo que le iba a decir —Ese día me di cuenta que no había sido la diferencia de edad lo que me había hecho rechazar a David al principio de nuestra relación, me dejé llevar por sus sentimientos, por su forma de tratarme, por supuesto, por el deseo. No puedo negar lo innegable—Con ojos de burla comentó al ver un atisbo de sorna en la sonrisa de él—. Luego, llegó el cáncer y los dos nos vimos arrastrados hacia el otro, jamás olvidaré de cómo me trató, de su apoyo incondicional durante el largo proceso. En esos meses creí estar enamorada de él, pero aquella mañana en el hospital sentí una energía especial estando contigo; me hizo gracia la filosofía barata de los sobres de azúcar y, te juro que al leerlo y encontrarme con tu mirada deseé que se hiciera realidad. ¿A dónde vas? —Extrañada, quiso saber, al verlo levantarse de la cama.

Mónica se sentó en la cama, con curiosidad observó a Sergio rebuscar en el remolino de ropa, coger sus pantalones y regresar a la cama cartera en mano. La sorpresa se hizo evidente en el rostro de mi vecina al verlo sacar el sobre de azúcar de la cartera.

—¿Hablabas de este sobre?

—¿Lo guardaste?

—Sí, no lo pude evitar—Le acarició las mejillas al ver la clara emoción en los ojos—. Al principio lo miraba y pensaba que los hados me castigaban, primero al creer que Carolina y yo teníamos un futuro juntos y, luego, cuando me sentí atraído por ti la noche de fin de año. Sí, sí... —sonrió al ver su cara de sorpresa—. Ya te digo que me fustigué al llegar a casa, he llegado a pensar que, en alguna vida fui asesino de profesoras y ahora todas estaban dispuestas a hacerme pagar por mis crímenes. No es broma—comentó al escuchar las carcajadas de ella—. Es más, confesaré que la noche que nos cruzamos en la escalera, tú llegabas con tu hermano...

—Yo también noté algo...—Lo interrumpió al recordar el momento en el que sus miradas se encontraron en la escalera aquella noche, que le parecía tan lejana por todo lo vivido.

—Un día de estos he de pasar por el supermercado para contarle a la cajera que no solo logré invitarte a cenar.

—Avísame, así voy yo también, no quiero perderme el momento al enterarse del final de comedia romántica.

—Bueno, entonces igual tendría que arrodillarme en medio del supermercado y declararte mi amor.

—Tú hazlo y, el final de comedia romántica se convierte en final a secas. No entiendo esa manía que hay ahora de declaraciones de amor públicas, el amor es cosa de dos, lo demás sobra.

—Entonces, casi mejor te digo ahora que estoy completamente enamorado de ti.

—¿Crees que no lo sabía? —Con cara de burla y un pellizco en el estómago respondió percibiendo cómo era rodeada por las piernas y brazos de él.

—Mónica, Mónica...

—Sergio, Sergio...—respondió antes de perderse en su boca.

A media tarde David aparcó la moto frente a una de las entradas de Los Viveros, el lugar elegido por Jimena para el deseado encuentro. Con las piernas apoyadas en el asfalto se quitó el casco y tragó la saliva acumulada en la garganta, se despojó de los guantes de cuero y frotó las manos contra los vaqueros, estaban húmedas por el estado de nerviosismo en el que había entrado con el paso de las horas. Le costaba respirar y, no era por culpa de la mascarilla.

No menos nerviosa se encontraba Jimena, innumerables habían sido las veces que se había cambiado de ropa frente al espejo, como incontables fueron las que había mirado la hora. A pesar de sus vanos intentos por concentrarse en los apuntes de *Historia del Mundo Actual* no había logrado pensar en algo que no fuera David.

De manera casi sincrónica soltaron el aire que les oprimía en los pulmones al acercarse al tranquilo rincón del parque en el que habían quedado. Poca fue la gente con la que ambos se tropezaron en sus respectivos caminos, ninguno estaba seguro si la tranquilidad del parque los beneficiaba o no, pues, a pesar de conocerse de toda la vida y, de llevar once semanas mensajeándose, hablando a diario y, soñando con aquel encuentro, ahora no sabían cómo saludarse.

La sonrisa afloró de manera automática en los rostros de ambos al ver al otro, las mascarillas no fueron un obstáculo, pues, sus ojos delataron su alegría al verse.

—Hola—Al unísono se saludaron en un susurro.

Los azules ojos de David se clavaron en los oscuros ojos de Jimena, durante unos intensos segundos se contemplaron en silencio. Sin ponerse de acuerdo sus dedos se buscaron, se deleitaron acariciándose hasta terminar entrelazándose.

—Me parece increíble tenerte tan cerca—David rompió el silencio—, mira que nos conocemos de casi toda la vida...

—De la mía así es—Lo interrumpió Jimena—, diría que hubo una época que pasabas más tiempo en casa de mi primo que en la tuya propia.

—Y ahora estoy de okupa.

—No digas tonterías, dudo que mis tíos acepten ese término.

—Tus tíos son increíbles. Bueno, en general, todos los Alberola lo sois. Me fascináis y volvéis loco a partes iguales.

—Espero no estar en el grupo que te vuelve loco—volvió a interrumpirlo.

—Tú, la que más, eso no lo dudes. ¿Por qué crees que estos días sin poder verte se me han hecho más largos que las décadas sin vernos? ¿Por qué no nos vimos nunca si yo venía cada verano y cada navidad?

—¿Me lo preguntas a mí? Eso—lo apuntó con el dedo y le dio unos golpecitos en el pecho—pregúntatelo a ti mismo, eras tú el que solo quedaba con mi primo. A Sara y a mí no nos invitabais cuando quedabais. Y mira ahora a mi primo, jamás lo había visto tan tontito con una chica. De ti—lo miró fijamente—, no puedo decir lo mismo, además de no saber nada de ti en la última década, te vi babear por mi...por Mónica. No, no.…—Le acarició las mejillas—. No pongas esa cara, David, yo entiendo, perfectamente, que estuvieras enamorado de mi tía. Mónica es una mujer única, ya te lo dije y, te lo vuelvo a repetir, no pasa nada porque estuvieras con ella. Y ahora dime, ¿vamos a seguir cumpliendo las normas? —Le guiñó un ojo—¿Solo hemos quedado para hablar? —Jimena se quitó la mascarilla e hizo lo mismo con la de él. —Sé que...

—No solo loco, sino tonto...—Tiró de ella hacia los árboles para ganar un poco más de intimidad—. Casi tres meses esperando por besarte de nuevo, cómo no vas a ser la que me vuelve más loco.

La sonrisa afloró en los labios de Jimena, un intenso cosquilleo la recorría a lo largo de su cuerpo. David se estremeció al notar la calidez de sus dedos acariciar su nuca mientras sus miradas hacían lo mismo.

—Esto está siendo una tortura—murmuró sin apartar la frente de la de ella—. Nunca había deseado un beso tanto como los tuyos.

—Mmm...Eso es porque nunca tuviste que esperar tanto por uno, de eso, también estoy segura

—respondió haciéndose unos milímetros hacia atrás, los suficientes para que a él le costase llegar.

—Al final tendrá razón tu tío—deslizó las manos por los bolsillos traseros de los pantalones de ella acercándola a él para terminar de posar los labios en los de ella.

—¿Qué dice mi tío? —dijo sin dejar de besarlo.

—Que esa carita esconde a una bruja...

—Así que eso dice mi tío—No podía dejar de besarlo, de acariciarlo y dejarse acariciar.

—Lo intentó, tu tía le echó una miradita y calló, porque ella también lo tiene hechizado. No sé cómo no estuvieron juntos todos estos años.

—Eso no lo sabes ni tú, ni nadie...

—Lo que sí sé—tomó su sonrojada cara por el calor del momento entre sus manos—es que si seguimos así no voy a poder parar. ¿Damos un paseo? —Le dio un rápido beso y ofreció su mano.

—Sí—respondió devolviéndole la mascarilla y poniéndose la de ella.

Capítulo 43

No todos los habitantes del número 9 percibieron el embriagador aroma a manzana de caramelo, ni vieron los purpúreos corazones y, mucho menos a los mullidos unicornios flotando a su alrededor. Aquel primer lunes de mes Daniel tuvo la impresión de retroceder en el tiempo, de haber regresado a Nigeria. Nadie, mejor que él, era conocedor que más de medio millón de mujeres sufren la ablación femenina en Europa, pero su cerebro había bloqueado aquella realidad. Por eso, aquel primer lunes de julio en el que una gran mayoría celebrábamos haber dado un paso para salir del oscuro túnel, a él el mundo se le vino encima.

Ninguna fue su duda cuando una de las enfermeras de Urgencias corrió en su busca. Ella misma, que nunca antes se había encontrado con nada similar, intuyó de lo que se trataba porque conocía el gran trabajo realizado por Daniel, y había visto fotografías de clítoris mutilados, así como de las posteriores reconstrucciones.

Sumida en el dolor, encogida sobre la camilla, Daniel encontró a la pequeña de trece años que aterrada y avergonzada intentó por todos los medios no mirarlo a los ojos. Sin embargo, acostumbrado como estaba a aquella demoledora situación, conocedor del pudor que les provocaba a las mujeres, especialmente, a las más jóvenes mostrarse abiertamente, se acercó a ella para intentar conseguir que se relajara y confiara en él.

—Hola, me llamo Daniel, ¿cómo te llamas? — Sus ojos sonrieron en un intento de tranquilizar a la adolescente.

—Mercy—respondió en un susurro, casi imperceptible tras la mascarilla.

—¿De dónde eres Mercy? ¿Nigeria? —preguntó convencido, el color de su ahora demacrada tez, así como sus rasgos faciales, le eran muy conocidos.

—Sí.

—¿De dónde? Yo viví diez años en Lagos—Amplió su sonrisa al ver su cara de sorpresa—. Hace un año regresé a Valencia.

—De Abuya.

—Una vez estuve allí, ¿cuánto tiempo llevas en Valencia?

—Tres años.

—Pues hablas muy bien español.

—Gracias.

—Mercy, voy a realizarte una exploración, Helena y Maca estarán aquí con nosotros. ¿Puedo?

La niña asintió con un tímido movimiento de cabeza, los ojos de Daniel le regalaron la mejor de sus sonrisas antes de soltarle la mano y agacharse a los pies de la camilla para explorarla. Daniel inspiró, contuvo la rabia que, a pesar de su larga experiencia, seguía provocándole ver aquella barbarie, disfrazada como «arraigo cultural» cuando no es más que una prueba de control y subordinación patriarcal sobre la mujer.

Daniel miró a los ojos de Maca, ella no necesitó palabras, se situó junto a la atemorizada adolescente, buscó su esquiva mirada y la tomó de la mano. Por el contrario, Helena se situó junto a Daniel, que nada más agacharse para realizar el examen ginecológico tuvo que morderse para no blasfemar. Muchas eran las atrocidades con las que se había encontrado a lo largo de los años, sin embargo, afortunadamente, no tantas habían sido las veces que había visto una salvajada como aquella.

De los diferentes tipos de mutilación vaginal, aquella era la peor de todas, la conocida como «circuncisión sudanesa o faraónica», aquella no era una clitoridectomía sin más; no se habían limitado a la extirpación parcial o total del clítoris, en el caso de Mercy había sido total. Además de la resección de los labios menores y mayores, le habían realizado una infibulación, solo le habían dejado un minúsculo orificio, por el que en un principio solo cabía la diminuta cabeza de una cerilla, para que pudiera orinar y menstruar. Justo ahí había surgido el problema, los puntos de la chapucera costura habían cedido provocándole la infección y la hemorragia.

—Mercy—Un serio Daniel levantó la vista para mirarla a los ojos—, ¿cuándo te realizaron la ablación. ¿Fue en España?

La niña negó con la cabeza, el llanto dejó de ser sereno. Las enfermeras olvidaron todos los protocolos y medidas de seguridad, ambas estaban abrumadas, ninguna se había encontrado con una situación similar, jamás pensaron que fueran a enfrentarse a una atrocidad semejante y, por descontado, eran incapaces de imaginar el dolor padecido por la adolescente.

—No, fue en Nigeria antes de venirnos.

—¿Seguro? —Daniel suavizó su mirada, necesitaba estar seguro que aquella atrocidad no había sido realizada en territorio europeo.

—Sí, fue hace casi cuatro años.

—*Joder*—Más alto de lo pretendido dijo Maca—. Perdona Daniel, se me ha escapado.

—Mercy, ¿has tenido relaciones sexuales?

—Noooo—gritó la niña entre lágrimas—. Yo no estoy casada.

—Mercy, ¿quién te ha traído?

—Mi tía, vivo con ella. Ella me trajo de Nigeria, ella no quería que me lo hicieran, pero mi madre insistió—No podía parar de llorar, casi no se le entendía lo que decía. —¿Me voy a morir?

—Noo—Al unísono clamaron las dos emocionadas enfermeras.

—No, por supuesto que no, pero te tengo que operar—Daniel la acarició con la mirada—. Te prometo que tras la operación todo será diferente, no volverás a padecer dolor al orinar y menstruar. He de hablar con tu tía, pedirle permiso para la intervención.

—¿Me van a operar hoy?

—Primero hay que hacerte unas pruebas, ver cómo estás...

—¿Me tendré que quedar en el hospital?

—Ahora lo hablamos, Mercy, primero quiero hablar con tu tía.

—Te acompaño—se ofreció Helena—, sé quién es, pero a duras penas me pude entender con ella porque no paraba de llorar.

—¿Cómo se llama tu tía?

—Hawa.

—¿Habla español?

—No mucho.

—¿Inglés?

—Inglés y hausa.

—Bien.

—¿Hablas hausa? —Asombrada preguntó Mercy con la total atención de las dos enfermeras.

—Solo un poco, me defiendo mejor con el yoruba—le sonrió y guiñó un ojo al ver su cara de asombro—. No tiene mérito, ¿acaso no hablas tú mi idioma? Nos entenderemos en inglés.

Carolina escuchó el sonido de la puerta abrirse, sonrió al escuchar el familiar ruido de las llaves de Daniel al dejarlas en la mesa, apagó el ordenador, se acomodó en la silla, sabía que de un momento a otro vería el rostro de Daniel asomar por la puerta, tal y como era su costumbre. Diez minutos de reloj vio pasar sin rastro de Daniel, nada se escuchaba en la casa, solo la suave música que ella tenía, extrañada empezó a pensar que todo había sido producto de su imaginación; así y todo, apagó la música y salió al salón. No había rastro de Daniel, pero la chaqueta y el casco daban constancia de su llegada.

—Dani...—Lo llamó de camino al dormitorio.—. Dani...

La luz del cuarto de baño, así como el sonido del agua lo delataron. No se lo pensó dos veces, se desvistió y coló en el amplio plato de ducha, Daniel se sobresaltó al notar la calidez de su cuerpo pegado al suyo.

—Hola—saludó al girarse y encontrarse frente a frente.

—¿Un mal día? —preguntó al ver como su sonrisa no terminaba de subir a los ojos.

—Horrible—La abrazó haciéndola situarse bajo el constante chorro de agua caliente.

—¿Te apetece hablar?

—Ahora no, dejémoslo para luego—respondió casi dentro de su boca—. Ahora que te tengo aquí prefiero otro tipo de terapias. ¿Qué tal el tuyo?

—*Extraño.*

—¿Extraño? —repitió al tiempo que sus labios bajaban por el cuello de ella.

—Sí, volver a las aulas ha sido raro, el miedo parecía haberse anidado en ellas.

—Carol, te pido que seas cuidadosa, por favor—La apoyó contra la pared y la miró a los ojos —. Sé que no necesitas que te lo diga, pero...

—Dani, de verdad, no tienes que preocuparte—Dio un respingo al ser aupada, clavó la mirada en la de él al tiempo que cruzaba las piernas alrededor de su cintura. —, sabes que tengo cuidado.

—Lo sé—Apoyó la frente en la de ella, el agua resbalaba por la cara de ambos, al unísono se les escapó un gemido de placer al él adentrarse en ella—. Carol...

—Sí...—respondió entre jadeos, cerró los ojos, el agua le caía directamente en ellos y no la dejaba ver.

—Te quiero...

—Repítelo...

—Te quiero—reiteró encontrándose con su mirada al tiempo que sus cuerpos convulsionaban de placer—. Te quiero.

—Daniel Alberola Vidal—Con la voz entrecortada por la falta de aire dijo—, jamás me cansaré de oírtelo decir.

—Ni yo de decírtelo, Carolina Valero Segura—La soltó despacio hasta ella poner los pies en el suelo—. Y ahora ¿me dejarás terminar de ducharme?

—Uy, siento haberte interrumpido—Lo besó sonriente al ver su sonrisa—. Por cierto, yo también te quiero y pásame mi champú, por favor.

—Eres...

—¿Qué?

—Única.

Carolina lo escuchó atenta, un intenso escalofrío recorrió su médula ósea al oírlo narrar la barbarie sufrida por aquella niña cuando solo contaba nueve años, así como la valentía de su tía al traérsela con ella para darle un futuro mejor. Muchas eran las historias que Daniel le había contado desde su llegada, pero nunca antes lo vio tan afectado como aquella noche mientras le hablaba de Mercy y Hawa, de la operación a la que se sometería la niña cuando la infección remitiera; cirugía que también le había propuesto a su tía.

Aún más emocionado lo vio al presenciar su conversación con Daren, rara era la semana que no hablaban. Daren era mucho más que un compañero, que un amigo, Daren formaba parte de su pequeña gran familia nigeriana. Sin embargo, en las últimas semanas por la gran carga de trabajo a la que ambos estaban sometidos no habían hablado.

Aquella noche Daniel corroboró que su gran terror era real, el número de ablaciones había aumentada por culpa de los cierres de las escuelas para evitar la propagación del virus.

En silencio Carolina se levantó de la mesa del comedor y salió a la terraza, necesitaba que le diera el aire. El temor se había apoderado de ella, ver la emoción de Daniel, presenciar su claro enfado por todo lo ocurrido, notar la añoranza de la que había sido su vida durante toda una década, la hizo presentir el peor de los escenarios.

Los ojos se le rallaron de lágrimas al imaginar el regreso de Daniel a Nigeria, por supuesto, ella no se lo impediría, entendía, perfectamente, que quisiera hacerlo y por ello lo admiraba. Tan obnubilada estaba en sus propios pensamientos que no lo escuchó salir a la terraza, ni tan siquiera que estaba a su lado.

Nada más ver su cara Daniel supo lo que ella estaba temiéndose, la abrazó por la espalda, la besó en el cuello y apoyó la cabeza en su hombro.

—Carol, no me voy a marchar. No puedo evitar sentir rabia por la situación y, sí, no negaré echar de menos a Daren, a su familia y a mis compañeros, pero, he ganado mucho más de lo perdido. Y no hablo de las comodidades, sino de Guille y de ti, Daren te podría contar lo mucho que los añoraba, muchas fueron las veces que le hablé de ti, él mismo me animó a venirme—La giró hacia él, le secó las mejillas con las manos—. Carol, no me voy a ir, tú ya no te libras de mí.

Quince fueron los días que tardó Daniel en operar a Mercy. Quince fueron los días necesitados para ver remitir la fortísima infección que la había llevado al hospital. Muchas habían sido las infecciones padecidas en los últimos años, pero aquella había sido la primera vez que el personal sanitario vio más allá de la infección.

A pesar de la anormalidad de la situación en la que se encontraban, de todos los protocolos sanitarios, Daniel se citó varias veces con Hawa, tanto en el hospital como en el centro de la ONG. No solo por interesarse por la evolución de la niña y su eminente operación, sino porque quería convencerla a ella a pasar por una revisión ginecológica y someterse a una reconstrucción del clítoris.

No fue tarea fácil, una mezcla de miedo y pudor envolvían a Hawa. Nunca nadie la había visto desnuda, jamás había ido al médico, mucho menos al ginecólogo. Sin embargo, no era tanto la vergüenza abrirse de piernas ante un hombre, sino la sombra del recuerdo del día en el que su

propia madre con una cuchilla le había arrebatado una parte de ella mientras sus tías la sujetaban, lo que la atemorizaba.

Aún se despertaba alguna noche con pesadillas por el recuerdo de aquel día, aún le retumbaban sus propios gritos en la cabeza, así como el escozor en las mejillas por el imparable llanto o, el olor a sangre tras la infibulación sufrida. Por ello, había intentado con todas sus fuerzas convencer a su hermana, evitar que Mercy pasara por lo que ellas habían pasado, pero pudieron más las voces del resto que sus súplicas.

—¿Cómo llegaste a Valencia, Hawa? —Se interesó Daniel.

—Soy la rebelde de la familia—Sus oscuros ojos brillaron dejando clara la sonrisa ocultada tras la mascarilla—. Nunca quise el destino trazado por mi familia, yo quería un cambio en mi vida—continuó explicando en una mezcla de inglés y hausa—. Hace tres años y cuatro meses decidí marcharme, tenía dinero suficiente ahorrado de mi trabajo para comprar un billete de avión. Solo lo sabía mi hermana, Ayomide me ayudó con todo y me pidió que me llevara a Mercy, a pesar de no oponerse a la ablación, llegado el momento no soportó ver el sufrimiento de la niña. Ya has visto que su abuela paterna no se conformó con una ablación al uso, sino...—No pudo evitar emocionarse, las lágrimas corrían por sus mejillas—Gracias...—dijo al Daniel acercarle la caja de pañuelos de papel—. Tú conoces Nigeria, sabes lo que padecemos las mujeres, especialmente, las que nacemos dentro de la tradición de nuestras familias—Daniel asintió con un movimiento de cabeza—. Ayomide me dio toda la documentación de Mercy, quería una mejor vida para su hija y para mí.

—Hawa, eres una mujer muy valiente. No solo te has enfrentado a tu familia, sino te has venido a otro país. Te mereces una vida mejor, recuperar esa parte de ti que te arrebataron hace trece años.

—¿Me operarías tú? —Con timidez preguntó.

—Por supuesto—Sus ojos le regalaron una sincera sonrisa—. Escúchame, no puede ser inmediato, el dichoso Covid nos tiene atados, a Mercy la he podido colar como caso urgente por la fortísima infección, nada nos garantizaba que no pudiera repetirse. Tú, lamentablemente, tendrás que esperar un poco, pero, Hawa, primero necesito hacerte un reconocimiento, exponer tu caso e intentar acelerar el proceso todo lo posible.

Hawa lo contempló en silencio, él entendió a la perfección el significado de su silencio.

—Hawa, jamás estoy solo con mis pacientes, siempre hay una enfermera conmigo. Podría pasar tu caso a una compañera, pero yo tengo amplia experiencia...

—No.…No...

—Hawa, ante todo te prometo que no sentirás dolor, es más, ya no volverás a sentirlo al orinar o menstruar y, podrás experimentar placer en tus relaciones sexuales.

Ruborizada por el comentario Hawa se tapó la cara con ambas manos, una risa floja se apoderó de ella por el nerviosismo, contagiando a Daniel y llamando la atención de las personas cercanas.

—Yo...Yo jamás he estado con un hombre. A mis veintidós años no estoy casada, en Nigeria ya hubiese tenido hijos.

—Hawa, eres muy joven y guapa—sonrió al percibir su vergüenza—. Primero te operamos y luego, ya verás que en poco tiempo me estás presentando a tu novio.

—Daniel, eres un hombre muy bueno. Tu mujer tiene mucha suerte.

—Eso tendrías que decírselo a ella—respondió con una carcajada consiguiendo la atención de Guillermo, que recién acababa de llegar.

—¿No cree que seas bueno?

—No, lo que no termina es de decidirse a ser mi mujer.

—¿No quiere casarse?

—Bueno, se supone que sí nos casaremos, tal vez, cuando todo esto acabe.

—Serás un buen padre.

—Ya tenemos uno—respondió con una amplia sonrisa—. Ves a ese chico—señaló a Guillermo—, ese es nuestro hijo.

—¿Tu hijo? ¿Tan mayor?

—Un día te contaré la historia. Ahora, mi querida Hawa, aunque me encanta hablar contigo, he de seguir trabajando. Te llamaré para darte cita desde que tenga todo más o menos claro, y ya hablaremos de otro tema, porque tengo claro que tú y Mercy habéis llegado a mi vida para que yo ponga en marcha un proyecto que tenía en mente.

Capítulo 44

El verano del 2020 fue un verano a medio gas, si bien es cierto que habíamos alcanzado lo que las autoridades y los medios de comunicación bautizaron como la «nueva normalidad», que la relajación de las medidas, de los horarios, así como la aparición de las adoradas terrazas, chiringuitos de playa consiguieron teñir el ambiente de un peligroso tono rosáceo; el dichoso virus seguía agazapado entre nosotros.

Muchos se relajaron, de pronto, se olvidaron de los cánticos en las ventanas, de las distancias sociales y a pesar de las mascarillas haberse convertido en el complemento estrella, el olor a bronceador, a pescadito frito, a paella y sangría nos hizo relajarnos en exceso.

La falsa ilusión de ver la desaparición de las largas colas ante las puertas de los supermercados, así como la bajada de contagios y de fallecimientos nos hizo ver la luz al otro lado del túnel. Y así, sin darnos cuenta, bajamos la guardia, las reuniones al aire libre eran más numerosas de lo permitido, y los besos y los abrazos, esos que no estaban recomendados... Bueno, ¿quién puede resistirse a ellos?

Aquel verano, tras la apertura del espacio Schengen, mis padres decidieron volar a Lyon para que mis abuelos paternos pudieran conocernos al *tete* y a mí. Aquella decisión metió a mi madre en un auténtico conflicto con su madre, es decir, mi abuela Luz María. Una impresionante batalla dialéctica fue vivida a través de la pantalla, estoy segura que de haber sido seguida en *streaming* por los usuarios de las redes sociales, se hubiese convertido en *trending topic*.

Mi abuela materna no entendía que no fuéramos a México, ellos no podían entrar en España, sin embargo, nosotros sí podíamos ir a México, pues, mi tierra materna fue de los pocos países en no cerrar sus fronteras durante la pandemia. Por eso, mi abuela materna, reivindicaba su derecho a vernos, a conocer a sus nietos llegándole a recriminar a mi madre el no haberlos visitado en los últimos dos años. Mi madre intentó hacerle ver la locura de realizar un viaje con dos bebés, pero, si mi madre es puro fuego, mi abuela ha de ser descendiente directa del mismísimo Huehuetéotl, dios del fuego.

Varios fueron los días de duración de aquella batalla dialéctica y miradas cruzadas, hasta que mi padre y, su archiconocida diplomacia, con la mejor de sus sonrisas me dejó en brazos de mi madre y con una simple mirada la invitó a levantarse y cederle el sitio. Mi abuela y mi padre habían hablado en un par de ocasiones, jamás lo habían hecho a solas. Aquel día mi abuela cayó rendida al particular encanto de mi padre, hechizada por su serena voz, a sus calmadas palabras y a sus argumentos, ni más ni menos que los dados por mi madre durante varios días, mi abuela entendió la situación. Ella misma aceptó que era una locura meter a dos bebés tantas horas en un avión y, que no era cuestión de realizar un primer viaje a México, como era el caso de mi padre, y no recorrerlo por la situación sanitaria. Y así, entre risas, que mi madre escuchaba alucinada sentada en nuestra pequeña terraza, anécdotas, envío de fotos nuestras y la promesa de pasar la navidad en México, mi padre rubricó el tratado de paz entre mi madre y mi abuela.

Nosotros no fuimos los únicos en marcharnos del 9, Mónica y Sergio, que comenzaba a pasar más tiempo en nuestra comunidad que en su piso, disfrutaron de sus primeras vacaciones juntos en Gran Canaria. Sara, David, Guillermo y Jimena también abandonaron nuestras paredes para disfrutar de veinte días en el chalet que los patriarcas del clan tienen en Moraira.

A finales de Julio solo cinco de los habitantes, contando a Merlín, pululaban por el 9 y, a principios de agosto, solo quedaron los dos habitantes del ático.

Miércoles 05 de agosto, 2020

No encendió la luz, no la necesitaba, los últimos rayos de sol entraban por la colorida vidriera de lo alto de la puerta iluminando los escalones. Silbando *Sweet Caroline,* como era su costumbre, Daniel subió las escaleras haciendo gala de su alegría no solo por estar comenzando sus ansiadas y ganadas vacaciones estivales, sino porque aquella tarde había vuelto a ver a Mercy y comprobado lo bien que estaba tras la reconstrucción del clítoris. Y, sobre todo, porque su proyecto había sido aprobado. En unos meses desde la ONG llevaría a cabo la gestión de informar a través de los colectivos de inmigrantes, así como otras ONG que trabajaran con ellos directamente, la información a mujeres, que hubiesen sufrido ablación, de la posibilidad de pasar por una reconstrucción del clítoris. Y también se intentaría trabajar con las menores vulnerables a poder pasar por ella.

La tranquilidad respirada en la escalera lo hizo detenerse en el segundo piso, era extraño no escuchar absolutamente nada, casi podía escuchar los latidos de su corazón. La sonrisa asomó a sus labios al llegar al tercero y escuchar la voz de Carolina junto a la nasal voz de Eros Ramazzotti. Con cuidado abrió la puerta, depositó el casco y las llaves en la mesa y, se quitó la chaqueta escuchando cantar a Carolina en la cocina.

Con sumo sigilo se adentró por el espacio abierto del salón-comedor y se detuvo junto a la barra de la cocina a la espera de que Carolina se girara. Aburrido de que ella no se percatara y, siguiera enfrascada con la cena, se acercó de puntillas y, sin decirle nada, la abrazó por la espalda.

—Creí que te quedarías callado toda la noche—Para su sorpresa comentó Carolina girándose sin soltarse y dándole un rápido beso en los labios—. Ya empezaba a aburrirme.

—¡Serás tramposa! ¿Cuándo te diste cuenta?

—Cuando giraste por la esquina, acababa de asomarme y te vi llegar.

—Tramposa—La besó.

—Sin contar que al abrir la puerta me llegó el inconfundible amaderado aroma de tu perfume mezclado con el tufillo del gel hidroalcohólico.

—¿Qué celebramos? —Se interesó al ver lo que parecía una cena especial antes de volver a besarla.

—¿Tus vacaciones?

—Mmm...Me encanta, aún no me lo creo—La besó en el cuello—. Ahora lo que es de celebrar es la paz y tranquilidad que se respira en casa, más ahora que se calló tu amiguito—dijo con sorna mirándola a los ojos—. No recuerdo cuando fue la vez que tuvimos la casa para nosotros solos.

—Dani, nunca hemos tenido la casa para nosotros solos.

—Cierto, primero hubo un niño...

—No.…No.…No. No le eches la culpa al niño, ahí daba exactamente igual.

—¿Tú crees? Yo creo que, de no haberse dado tantas prisas por hacernos padres, nosotros...

—Dani, no tires balones fuera, solo nosotros fuimos los culpables. Fuimos un par de necios por no confesarle al otro nuestros sentimientos y, no me lleves la contraria...

—Jamás osaría tal cosa...

—Y ahora ve a cambiarte que en breve está la cena.

—¿Puedo darme una ducha?

—Tienes exactamente quince minutos—Lo besó—. En quince minutos te quiero en la terraza.

—¿Y si te duchas conmigo? —ronroneó junto al cuello, notando como se le erizaba la piel.

—Tentador, pero yo ya estoy duchada y vestida.

—Estás muy guapa, te brillan los ojos...—dijo sin dejar de besarla.

—Dani...—Lo separó de ella—. Es muy tentador, pero el horno ya va a estar y he de meter el gambón.

—Mmm...Cenita con marisco. La noche promete.

—No lo sabes tú bien—murmuró entre dientes una vez a solas.

Cumpliendo con los quince minutos establecidos por ella, Daniel salió a la terraza. El sol ya había desaparecido por completo, la luz de las velas iluminaba la bonita mesa dispuesta para la cena.

—No se me ocurre mejor manera de iniciar las vacaciones—comentó sirviendo un par de copas de vino blanco, invitándola a brindar—. Bueno, un buen postre lo mejoraría.

—¿Te vale helado? —Lo miró provocadora.

—Carol...Carol, no me incites.

—¿Qué?

—Nada—sonrió—. ¿Brindamos?

—Muy bien—Con disimulo miró la abultada servilleta de Daniel, moría de ganas de ver su cara al encontrarse con el test positivo.—. ¿Por qué brindamos?

—Por más noches como esta—Alzó la copa y la acercó a la de ella—. ¿Hay algo que no sé? ¿Por qué me miras así?

—Nada, pensaba en que noches así de tranquilos los dos son complicadas de tener—Dejó la copa en la mesa tras haberse mojado los labios para que él no sospechara.

—No me convence esa respuesta, tu mirada oculta algo más, ya me encargaré de ir llenándote la copa para que me lo digas.

—Daniel, a ti no te hace falta llenarme la copa para sacarme algún posible secreto—Cogió su servilleta, la sacudió en un movimiento exagerado y la volvió a doblar ante los extrañados ojos de Daniel.

—¿Qué haces? —Solo entonces se percató del bulto bajo su servilleta—¿Me has comprado un regalo?

—No exactamente.

Carolina clavó la mirada en la de él, no quería perderse su reacción al saber que nuevamente iba a ser padre. En un momento le asaltó el recuerdo de lo diferente que había sido el momento veintidós años atrás, las lágrimas derramadas, las noches sin dormir por no saber cómo decírselo a él, ni a sus padres. «No sé qué daría porque hubieseis conocido a Guille y al que viene en camino», su sonrisa desapareció un instante al recordar a sus padres.

—¿Estás llorando? —No le pasaron desapercibidas las lágrimas que se le acababan de escapar. —¿Qué sucede? Ni se te ocurra decirme nada, te lo advierto.

—No me pasa nada, de verdad, pero mira ya debajo de la servilleta...—Se secó las lágrimas y esbozó de nuevo su sonrisa.

—Carol...—Daniel no pudo disimular la emoción al encontrarse con el test de embarazo y ver las dos rayitas de un rosa bien intenso—. ¿Esto, esto es lo que creo? —Una sonrisa de oreja a oreja hizo iluminar sus oscuros ojos. Carolina asintió con un ligero movimiento de cabeza—¿De verdad vamos a ser padres?

—Dani, padres somos desde hace un par de décadas.

—Ya lo sé, marisabidilla, sabes a lo que me refiero—La tomó de la mano invitándola a levantarse y sentarse sobre sus piernas—. Vamos a ser padres—repitió sosteniendo su cara entre las manos—. Al decidir venirme de Lagos nunca imaginé que esto pudiera ocurrir de nuevo, ni siquiera estaba convencido de que algo contigo fuera posible y, un año después no solo estamos

juntos sino vamos a ser padres—Apoyó la frente en la de ella—. Es increíble...

—Dani, ¿no será una locura? Mira el mundo que tenemos, hace dos días estábamos confinados en casa, aún no hemos salido de la pandemia y, tú mismo me dijiste que ni se ha ido, ni se irá en muchos meses, que esto solo es un espejismo.

—Carol, ¿acaso era el momento cuando Guille? No lo era, el mundo se nos vino a los pies, pero supimos salir del marrón en el que nos habíamos metido y diría que, no solo salimos sino sacamos nota. Especialmente tú que has estado a su lado cada día, de hecho, gracias a que eras tú, yo pude irme a África. Otra me hubiese montado un pollo por desentenderme de mi hijo...

—Dani, tú no desatendiste a tu hijo. Sí, no estabas, pero hablabas con él casi cada día. Igual, de haber estado aquí, Guille no tendría la misma relación contigo...

—Contigo la tiene, no me sirve...

—Bueno, vale, no seas tiquismiquis. Ese es mi papel, no el tuyo—Lo besó en los labios—. Estoy convencida que de ser necesario te hubieses venido.

—Eso no lo dudes—La besó—. Vamos a ser padres...—Sus labios sonrieron sobre los de ella. —. Eres una traidora, lo sabías y no me habías dicho nada.

—Dani, no tenía ni idea. Solo tengo un día de retraso, pero como soy puntual y hemos estado muy entreteniditos en los últimos meses—frunció los labios—me pudo la incertidumbre.

—Ya verás cuando mi madre se entere...

—Dani...

—No te preocupes, esto queda entre nosotros hasta que hagamos eco y veamos que todo va bien, que así será. ¿Te he dicho que te quiero?

—Déjame que lo piense—Lo besó—. Va siendo hora de cenar, el gambón ya ha de estar frío.

Carolina se levantó para volver a sentarse en su silla.

—Nada de vino—Daniel estiró el brazo y le sirvió un vaso de agua.

—Daniel Alberola, que sepas que antes ni lo probé y te advierto, ni se te ocurra volverte un tirano, porque te juro que no serás tú mi obstetra ni de coña. ¿Entendido?

—Entendido...

—Hablo en serio, Dani, no digamos nada hasta no estar completamente seguros.

—¿Eso incluye a Guillermo? —Con cara de burla preguntó saboreando el ya frío gambón.

—Dani, tú mejor que yo...

—Carol—Se limpió los dedos en la servilleta—. Todo va a estar bien, si quieres que callemos, así será, pero tu hijo...

—Mi hijo...—Carolina repitió con sorna—. Muy bien, se lo decimos a mi hijo—dijo haciendo hincapié en el posesivo.

—Mira que eres...—se aproximó a ella, dándole un rápido beso.

Capítulo 45

A finales de agosto la vida fue regresando de manera paulatina al 9. Poco a poco, todos fuimos volviendo de nuestras vacaciones, incluyendo, a Daniel y Carolina, que habían disfrutado de unos días en una casa rural. Día a día la escalera fue recuperando su habitual tránsito, el olor de cocinas en marcha subía y bajaba por el patio de luces al ritmo de las más variopintas melodías.

Sábado, 29 de agosto, 2020

Guillermo abrió los ojos de par en par, pues, si bien era conocedor que su padre había insinuado querer otro hijo, también sabía que su madre era reticente a la idea de volver a ser madre. Emocionado, con el corazón a mil, una sonrisa de oreja a oreja, se abalanzó sobre su madre al recibir la noticia. Siempre quiso tener un hermano, de pequeño envidiaba a todos los amigos que tenían hermanos, ya en la adolescencia dejó de desearlo, la vida le había dejado claro que su deseo no era posible y, menos aún que fuera de sus padres. A veces llegó a creer que igual un día tenía un hermano medio africano, idea que no le disgustaba, lo que descartó por completo era que su madre tuviera un hijo con otro hombre, pues, jamás, le conoció un novio antes de la aparición de Sergio.

—Sois unos *cabrones*—Abrazado a ambos progenitores comentó sonriente al ver la reprimenda visual de su madre por el calificativo utilizado—. Siempre quise tener un hermano, a los doce dejé de pedírselo a los Reyes Magos, más que nada porque ya sabía que los de Oriente no tenían ni barba, ni corona. Bueno, papá alguna vez la ha lucido, hablo de la barba, no de la corona.

—Imagino—respondió un más que risueño Daniel.

—¿Para cuándo esperamos a mi...—Guillermo parecía pensar—hermana? Porque ya que habéis tardado tanto me tenéis que dar el gusto de elegir lo que quiero.

—Claro, claro...Hace tanto tiempo de mi embarazo, que había olvidado que tu padre y yo fuimos a un mercado en tu busca...

—¿No había sido a las dunas de El Saler? —replicó interrumpiéndola consiguiendo las carcajadas del padre no tanto por su respuesta como por la cara de Carolina.

—Sois lo peor—Los señaló a los dos—. Yo también espero que sea una niña para dejar de estar en minoría en esta casa.

Domingo, 30 de agosto, 2020

Meses hacía que no celebrábamos una comida todos juntos. A lo largo de los últimos meses todos nos habíamos comportado de manera comedida y, subido de manera individual a la terraza cuando necesitábamos algo de aire. Por eso, aquel último domingo de agosto nuestros ojos brillaban como muestra de la sonrisa no mostrada tras las mascarillas. Mascarillas, que solo desaparecieron en el momento de sentarnos a comer a lo largo de las cuatro largas mesas dispuestas de forma que nos permitía vernos todos.

Diecisiete personas asistimos aquel domingo, pues, no solo estábamos los habitantes del 9, Sergio, que pasaba más tiempo en casa de Mónica que en la suya cuando no le tocaba sus hijos, Jimena, y los patriarcas del clan Alberola también se sentaron a la mesa.

El sonido de un tenedor golpeando con suavidad una copa llamó la atención de todos los asistentes, bueno, la nuestra no que acabábamos de quedarnos dormidos en brazos de mi madre mientras nos daba de mamar. David estaba en pie, le dedicó un guiño a Jimena, que le dedicó la mejor de sus sonrisas, gesto que también pudimos percibir en los rostros de Daniel, Carolina y Guillermo. Ellos cuatro estaban al corriente del anuncio que David estaba a punto de dar.

—Ahora que he captado la atención de todos, que el silencio se ha hecho en la mesa como por milagro, quiero anunciar que la próxima semana dejaré de ser vecino del 9—Un general y rotundo «oh» fue escuchado—. Quiero daros las gracias a todos por haberme acogido como un miembro más de vuestra increíble y loca familia—Pasó la mirada por todos y cada uno de los presentes—. A ti también Sergio, de no haber aparecido, yo me hubiese convertido en el antihéroe de la historia—Todos rieron con el comentario—. Con tu aparición Mónica y yo nos dejamos mutuamente, sin traumas, sin rencores y encontrando ambos el amor...

—Oooh...—clamaron todos salvo Jimena, que se refrescó las acaloradas mejillas al convertirse en el centro de todas las miradas, incluso en las de sus sonrientes abuelos.

—*Nano*—intervino Guillermo—, vas de Alberola en Alberola y tiro porque me toca—bromeó consiguiendo las risas de todos—. Te advierto que mi prima Mar es demasiado joven, mi tía Ana

está felizmente casada y, bueno, yo de cuñado no te quiero.

Las risas se tornaron en un atronador silencio. Las miradas de todos se volcaron en Carolina y Daniel, que estallaron en carcajadas al ver el gesto de todos. No tenían pensado decir nada aún, pero estaba claro que ya no podrían guardar el secreto.

—¿Cuñado? —Los ilusionados ojos de Inma pasaron de su nieto a su nuera e hijo— ¿He entendido bien? ¿Qué es lo que no sé?

—Guillermo, eres un bocazas, está claro que no sabes guardar un secreto—Entre risas Daniel regañó a su hijo levantándose—. David, perdona que te interrumpa, tu amigo es un cotilla y, creo que he de dar explicaciones a su cagadilla—miró a su hijo que se apretaba los labios por no reír —. Eso sí, repetirte y, estoy convencido que lo hago de parte de todos, que tú ya eres parte del 9. Ahora...—Lo apuntó con el dedo índice de la mano derecha—, si lo que vine en camino es una niña, te prohíbo acercarte a ella, porque no sé si son tus ojos, tu perfume o, tu piquito de oro, pero eres un imán para las Alberola, como dice Guille—Daniel le guiñó un ojo en un gesto de complicidad, recibiendo su sonrisa, apoyó las manos en los hombros de Carolina y se centró en sus expectantes padres—. Mamá, papá, el clan aumenta, a mediados de abril volveréis a ser abuelos—La ovación y los aplausos fueron unánimes, Mónica se levantó cual resorte—. No corras, *teta*, no he terminado con las noticias, siéntate un momentín—Todos volvieron a callarse, Guillermo miró sonriente a sus padres, le era del todo imposible ocultar su felicidad—. Salvo mis padres, todos sabíais que Carol me había dicho que sí—Los ojos de Valentín e Inma mostraron su clara sorpresa—, nos ha costado fijar una fecha por lo que nos está tocando vivir y, antes de que todo vuelva a joderse, hablo de la realidad sanitaria, no de nosotros, nos casamos en cinco semanas—Daniel hizo un gesto para que no se levantaran al ver el revuelo ocasionado—. Dadas las circunstancias en las que vivimos no podéis ir al juzgado, tampoco haremos una gran ceremonia, no va con nosotros—Apretó los hombros de Carolina, que seguía callada y, le era de todo imposible disimular su emoción—. Solo podremos entrar en el juzgado, nosotros, obviamente, especifico por si la tiquismiquis de mi futura mujer puntualiza—Sergio soltó una carcajada, Carolina lo miró inquisitoriamente antes de dedicar la misma mirada a Daniel—. No me mires así, sabes que es cierto, incluso Sergio se ha reído...

—No me metas en vuestros líos.

—Tarde para ello, Sergio—replicó Carolina—. Y tú—se levantó y dio un par de golpes con el dedo índice a Daniel—, seré tiquismiquis, pero eso era una obviedad.

—Mira que eres—La besó.

—Lo veis, este *pastelosismo* es al que asisto cada día, ahora por lo menos, no lo sufriré solo.

—¿De verdad lo queremos como testigo en nuestra boda? ¿No será mejor buscar a alguien más además de Mónica? —Mónica abrió los ojos de par en par al escuchar su nombre, su sonrisa se amplió de manera inmediata—No sé por qué te sorprendes, si algo sabemos Carol y yo es que aquella noche, a pesar de intentar convencernos para que fuéramos contigo y tus amigos, querías dejarnos solos.

—Cierto, lo que nunca se me pasó por la cabeza es que me hicierais tía.

—Ni a nosotros—replicaron a coro Daniel y Carolina.

—Lo que sí queremos es hacer una pequeña fiesta—Daniel volvió a tomar la palabra—. Ana, Juan—miró a sus vecinos y amigos, sonriendo al notar los emocionados ojos de Ana, que las noticias la habían hecho soltar alguna lagrimilla—. Queremos hacer la celebración en Pickwick, alquilaremos un catering externo, salvo para la tarta...

—La tarta os la regalo yo, eso por descontado, y, por supuesto, Pickwick está a vuestra disposición, eso sí, sabéis...

—Que tenemos límite de aforo—La interrumpió Carol—, seremos los que estamos, más el resto de la familia, o sea cuatro adultos y dos niños más.

—Genial, no llegamos al número—intervino Juan—. Y ahora, con vuestro permiso, voy a saltarme el protocolo para abrazar a los novios y futuros padres.

—A la cola, Juan, yo voy primera, que para eso soy madrina y hermana del novio.

—Será si te dejo—se apresuró Vivi, que había permanecido en silencio todo el rato por no alterarnos a Ivo y a mí, nos dejó en brazos de mi padre y corrió a abrazar a Carolina y Daniel.

Aquel sábado, salvo mi hermano y yo, todos se saltaron las reglas, Daniel hizo la vista gorda por primera y última vez, porque él mismo estaba necesitado de aquellos abrazos y besos; de aquel contacto físico tan necesario. Los futuros abuelos fueron los últimos en acercarse a la solicitada pareja, su emoción era más que evidente, sus emotivas miradas y su sonrisa daban buena cuenta de la felicidad que los embargaba.

—No sabéis lo feliz que me hacéis—Abrazada a su hijo dijo Inma—. Por fin, tras tantos años, todas mis plegarias dan su fruto. No, no me mires así—recriminó a su hijo al ver su media sonrisa en los labios—, respeta mis creencias, Daniel—Con la cara del aludido entre sus manos apuntó sin borrar la sonrisa.

—Y lo hago, mamá, eso no lo dudes, pero no tenías que pedir un nieto a los santos. Al fin y al cabo, nosotros ya habíamos cumplido.

—No solo un nieto—replicó Inma—. También pedía que regresaras y, no me entiendas mal, me siento muy orgullosa de ti, de la labor realizada en todos estos años y, sigues haciendo ahora.

—Hala, pues, todas tus peticiones resueltas.

—Sí, bueno, había una tercera que también se ha cumplido, pedía para que tú y mi Carolina...

—¿Tu Carolina? —Con tono burlón replicó.

—Sí, mi Carolina—Se enganchó del brazo de su nuera—¿Qué edad tenías la primera vez que entraste en casa?

—Catorce—respondieron al unísono.

—Pues, lo dicho, vamos camino de las tres décadas, así que sí, mi Carolina—enfatizó. Sus ojos se toparon con los de Sergio—. Sergio, no te lo tomes a mal, pero me sentó fatal cuando Carolina te invitó a la boda, nunca nos había presentado a un novio y pensé que ya se había acabado soñar con verla junto a mi hijo. Fíjate tú, las vueltas que ha dado la vida, ahora resulta que estás con mi niña y me encanta.

—Uy, como Ana se entere—interrumpió Daniel.

—También es mi niña, así que no seas—Inma le dio una ligera palmada en el brazo a su hijo —. Y Carolina también lo es, porque la he visto crecer, madurar, bueno, eso ya lo era a los catorce.

—Di que sí, Inma, no le hagas caso a tu hijo—Carolina abrazó a su suegra a la que adoraba, como a toda la familia Alberola, guiñándole un ojo a Daniel y Valentín que no perdían detalle de la escena.

—Digo yo que yo también tengo derecho a un abrazo—rezongó Valentín, abrazando a la que por fin iba a ser oficialmente su nuera.

—Esto es la *hostia*, en vez de abrazarme a mí, que soy vuestro hijo, la abrazáis a ella.

—Es que nos va a hacer nuevamente abuelos—respondió Valentín.

—Algo de culpa de ello tengo yo o, a estas alturas he de explicaros cómo he participado.

—Mira que eres celosillo—se burló Carolina antes de besarlo y colgarse de su cuello—. Mejor no te plantees todos los abrazos y besos que nos hemos dado en estos diez años.

—¿Intentas ponerme los dientes largos, Carol? —La besó apasionadamente delante de todos,

escuchando el generalizado clamor.

—Veis, ellos se quejarán ahora al oírme, pero esto es lo que tengo que aguantar cada día, porque tengo los padres más *pastelosos* de la faz de la tierra—Guillermo pasó los brazos por los hombros de sus abuelos—. No os olvidéis que fui el primero, que ya me estoy viendo relegado.

—Ja, ¡tendrás queja! —Al oírlo intervino Jimena—Siempre has sido el niño bonito de la familia.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¿El niño bonito, yo?

—¡Y tanto! Ahora igual, Darío, te hace competencia.

—No seáis liantes—rio Inma enganchándose de los brazos de sus dos nietos mayores y besándolos en las mejillas—. Jamás en la vida, vuestro abuelo o yo hemos tenido predilecciones. Si Guille fue el mayor, tú fuiste nuestra primera nieta, así que ambos habéis tenido vuestro sitio.

Larga fue la sobremesa de aquel último sábado de agosto, si de normal ya lo eran, aquella superó con creces cualquiera de las comidas y reuniones del 9. Pareciera que nadie quisiera levantarse de la mesa, todos querían alargar las horas, tras las eternas semanas sin simples encuentros como el vivido.

Durante unas horas todos se olvidaron de la realidad bajo la que nos tocó nacer a Ivo y a mí. En la terraza no hubo hueco para pandemias, mascarillas, ni tan siquiera para lamentarse por el final de las vacaciones. Sin ponerse de acuerdo, el virus fue un tema vetado por todos de manera unánime, así como de hablar de la más que anunciada nueva ola que a pasos agigantados se acercaba.

Todos quisimos pensar que aquella sería la primera comida de la nueva realidad, sin imaginar, que la nueva ola conllevaría un nuevo número de restricciones tras el final de las vacaciones estivales y la consiguiente vuelta al colegio.

En septiembre las aulas volvieron a abrir sus puertas, los más pequeños pudimos acudir a nuestros centros escolares. Sí, habéis leído bien, me he incluido entre ellos, pues, aquel mes de septiembre Ivo y yo iniciamos nuestra andadura escolar. En las primeras semanas del noveno mes del año, cuando contábamos seis meses de edad, con la vista emborronada por las lágrimas mi madre se sintió como si fuese la mismísima *bruja del norte* al dejarnos en brazos de las monitoras. Con el corazón arrugado y el carrito vacío regresó a casa, en donde rompió en un llanto desconsolado por la desazón que le provocaba el habernos dejado en la guardería.

—*Chérie*, no somos malvados por llevarlos a la guardería. Yo ya estoy trabajando y, tú has de volver a sentarte a crear esos mundos mágicos que a tus lectores nos gusta leer. No llores más, ellos estarán bien—Con delicadeza besó a mi madre en los labios—. Las mejores referencias avalan al centro, el mismísimo futuro médico que los trajo al mundo estuvo en él.

La desazón de mi madre fue desapareciendo con el paso de los días, nada más comprobar que nosotros estábamos bien, que nos habíamos adaptado a la perfección a nuestras nuevas rutinas, su sentido de culpa fue menguando poco a poco hasta desaparecer. Más aún cuando su cerebro dejó de escuchar llantos y gorjeos de bebés para dar paso a las voces de nuevos personajes que con timidez susurraban en su cabeza.

No solo mi madre lloraría en la antesala del otoño, Carolina fue incapaz de contener un emocionado llanto cuando Daniel subió el volumen del monitor y, en compañía de Guillermo y de una enfermera, escucharon los alocados latidos de la que nos relevaría al *tete* y a mí como miembro más joven del 9. Sí, he dicho «la», lo siento, ella guardaría el secreto para sus padres hasta la semana treinta de gestación, pero, a mí los secretos me queman en la boca, así que ya os cuento que no solo será una niña, sino que se convertirá en mi mejor amiga, en mi amiga del alma, en mi BFF.

Si septiembre vino cargado de novedades, octubre fue el mes de las celebraciones en nuestra comunidad. La primera de todas fue la llamada «boda de las bodas», la boda a la que todos los miembros del clan Alberola querían acudir desde hacía un par de décadas. De ahí el revuelo vivido en los días previos en los que, curiosamente, los novios eran los más tranquilos. Su nerviosismo solo apareció, al menos de manera patente para el resto, veinticuatro horas antes de la ceremonia cuando engañados se vieron en medio de las despedidas que, por activa y por pasiva, habían advertido no querer. Sin embargo, mi madre ejemplificación viviente de la desobediencia hizo caso omiso a sus deseos, afortunadamente, Mónica la hizo entrar en razón para que solo organizara una cena tranquila. Por lo que no pasó mi madre fue por una despedida conjunta, tampoco consiguió canguro a su gusto, por ello, Ivo asistió a la despedida de Daniel y yo a la de Carolina.

Sábado 03 de octubre, 2020

Daniel amaneció en nuestra casa, una vez más, mi madre, que es la dualidad hecha mujer, pues, es muy moderna para unas cosas, pero tradicional para otras, además de ser muy supersticiosa, le impidió dormir bajo el mismo techo que Carolina antes de la boda. En casa también tuvo que vestirse, el pobre infeliz hizo un intento de subir a su casa para hacerlo, quedándose paralizado frente a la puerta al escuchar el grito de mi madre.

—¿A dónde crees que vas, doctorcito?

—Vivi, si quieres que aparezca bien vestido en mi propia boda, he de subir a vestirme. Yo te prometo que no veré a Carolina, aunque me parezca una soberana tontería.

—Ni lo sueñes, doctorcito, tú no puedes ver a la novia y sé que la verías—Lo amenazó con el dedo para diversión de mi padre, que se encontró con la escena mientras bajaba con nosotros—. ¿Escuchas? —Sin quitarle la mirada de encima lo hizo a un lado para abrir la puerta—. Aquí viene Guillermo con tu ropa. Ni se te ocurra escaparte, nos conocemos, Daniel, ni loca te dejo ver a Carolina, más de dos décadas me ha costado que se casaran.

—Pero si no nos conocías...

—No te burles, Daniel, y eso es intrascendente. Seguro que terminé en esta escalera para cumplir la misión de casarlos—Guillermo, mi padre y Daniel contuvieron la risa, sin embargo, un atisbo de sonrisa asomó en sus labios—. Ni se les ocurra tomarse a broma lo que digo—Los miró amenazante—. Tú, dale la ropa a tu padre y súbete a vestirte.

Una hora después Daniel salía del brazo de Mónica rumbo al juzgado en el coche de Sergio, que los dejaría en la puerta para él acudir a Pickwick. Ese fue el momento, en el que todos vimos como el nerviosismo se hizo visible en su relajado y sonriente rostro.

Diez minutos más tarde Carolina acompañada de su flamante y sonriente padrino bajó las escaleras. Ana y mi madre se contuvieron los deseos de abrazarla para no estropear su bonito, elegante y sensual vestido de novia.

Sencilla y emotiva fue la ceremonia civil de Carolina y Daniel, podríamos decir que íntima, aunque un «íntima» entrecomillado, pues, si bien es cierto, que ante el juez solo estuvo la pareja acompañada por Guillermo y Mónica, en Pickwick todos los habitantes del 9, así como el clan Alberola, asistimos en directo sentados frente a la pantalla gigante alquilada para la ocasión. Aquello había sido idea de Guillermo, ni tan siquiera pidió permiso a sus padres, directamente habló con sus tíos y, en total secretismo se encargaron de montar todo lo necesario para la retransmisión.

Así Guillermo se convirtió en testigo, reportero y camarógrafo para sorpresa de sus padres y alegría de sus abuelos, en general, de todos los presentes que asistimos en emocionado y eufórico *streaming* a la entrada de la pareja, coreamos sus cómplices miradas, lloriqueamos con las emotivas lágrimas de Mónica al oír el «sí, quiero» de la pareja y lloramos a moco tendido junto a Inma y Valentín al verlos convertidos en marido y mujer. Muchas fueron las lágrimas derramadas ante la imagen de la pareja, bueno, seamos sinceros en el caso del *tete* y mío fueron debidas a la salida de los dientes, que nos tenían las encías al rojo vivo y toda la ropa mojada por nuestro constante chorro de babas. Ivo y yo solo abandonamos al nutrido grupo de plañideras, cuando nuestra llorosa madre se sentó a darnos de mamar, logrando calmarnos con el dulzor de la leche y sus cánticos y, no precisamente, nos cantaba nanas, pues, pronto mi madre abandono las infantiles nanas por el *Felices los cuatro* de Maluma, entre otras. De hecho, tanto nos la cantaba que incluso mi padre terminó por emularla, alguna sonrisita irónica de mi madre tuvo que aguantar al ser pillado mientras nos la canturreaba.

Las lágrimas se tornaron en vítores, gritos, aplausos y felicitaciones cuando la pareja de recién casados hizo su entrada triunfal en Pickwick al ritmo de *Por ti me casaré.*

—No me mires así, esto no es cosa mía, ha de ser del reportero más dicharachero de *Barrio Sésamo*—Al ver la mirada acusatoria de su flamante recién marido murmuró Carolina intentando no reírse.—. No soy tan mala, sabes que yo hubiese elegido otra canción, pero reconoce que viene como anillo al dedo.

Por activa y por pasiva, Daniel había rogado, suplicado, a toda su familia y amigos que

evitaran los abrazos, los besos, el número de contagios despuntaba de manera preocupante y a él le aterraba la posibilidad de que Carolina se contagiase. Imposible, nadie pudo contener sus impulsos y, todos, salvo Ivo y yo, que nos habíamos quedado medio adormilados, se fundieron en sinceros besos y abrazos con la pareja.

La boda de Carolina y Daniel fue la primera boda a la que acudiríamos mi hermano y yo, la siguiente sería la de nuestros padres dos años después. Bueno, en realidad, no sería una, pues, dos fueron las ceremonias celebradas. La primera en México y, a ella no solo acudiría toda mi enorme familia materna, sino que mis abuelos paternos se desplazarían hasta allí y, la segunda en Valencia, donde mis padres volvieron a celebrar su casamiento junto a la familia del 9, el resto de sus amigos y mis abuelos paternos, que pasaban unos días con nosotros en Valencia.

Eso no ocurrirá hasta el verano del 2022, pero quería dejar claro que, pese a las grandes diferencias de mis progenitores, ellos están juntos, pues, a pesar de su disparidad de carácter y gustos musicales, están unidos por un vínculo muy fuerte. No, no hablo de mi hermano y de mí, sino del amor que sienten el uno por el otro.

Bueno, no me lío más y, regreso a 2020 o, por lo menos, lo intentaré, ja, ja, ja. Lo siento, pero no lo puedo evitar, me encanta hablar...

En octubre Pickwick no solo se puso de largo para celebrar la boda de mis vecinos del ático, sino que, una vez más, fue el lugar elegido por la editorial y por mi madre para realizar la postergada presentación del libro al que, de alguna manera, Ivo y yo le debemos la vida.

Viernes 30 de octubre, 20020

Carolina fue la gran ausente, jamás en los diez años de amistad con mi madre, había faltado a alguna de sus presentaciones. Mi madre lo entendió a la perfección, ¿cómo no hacerlo? En las últimas semanas los contagios se habían disparado de manera pasmosa, por lo que Carolina procuraba tener el menor contacto social posible, no quería caer contagiada y, mucho menos, que el feto se viera afectado.

—Vivi, te hago de niñera—se ofreció a mi madre, mirándola amenazadoramente al ver su cara —. Ni se te ocurra decir que no, ya que no puedo asistir, por lo menos, quiero sentirme útil.

—Antoine, los va a llevar con él.

—Vivi, es una tontería, déjalo disfrutar tranquilo de tu presentación, con mis sobrinos no podrá hacerlo. Además, así practico, la etapa de bebé de Guillermo queda en el más pluscuamperfecto de mis pasados.

Mi madre estrechó entre sus brazos a Carolina, estaba nerviosa, a pesar de su larguísima experiencia, aquella era su décima novela tras su primer *best seller* internacional quince años atrás, los nervios de las presentaciones, de ver pulular libres a sus personajes le seguían y, seguirían, creando el mismo gusanillo.

—Sé que te lo he dicho muchas veces, pero no me cansaré de decirte que me encanta que estés embaraza. Nuestros bebés se llevarán poco tiempo, podrán jugar juntos y, en unos años podrán salir juntos—Mi madre pasó la mirada de Carolina a nosotros—. ¿Estás segura de quedarte con estos dos? Ivo es tranquilito, pero mi Itzel es peor que la madre que la parió—Ambas ampliaron la sonrisa al ver como yo parecía entender lo que mi madre decía y revolucionada movía brazos y piernas—. De verdad, podría haber sacado algo de la calma de Antoine, pero me temo que se la quedó toda Ivo, que mi loquita me va a dar más guerra de la que yo le di a mi madre en su día.

—No te metas con mi sobrina—Carolina me dedicó su sonrisa consiguiendo que me revolucionara aún más—. Por supuesto que estoy segura, no me ofrecería de no ser así. Es más, esta noche me los quedo, celebra con Antoine la presentación de *No me conoces* como se

merece.

—No, no...

—Sí, sí...—replicó Carolina—. No seas tontita, lo digo en serio. ¿Qué puede pasar? ¿Que a las tres de la mañana te aporree a la puerta y no quiera saber nada de ellos, ni de vosotros en mi vida?

—No lo dudo, no hay noche que no se despierten dos y tres veces.

—Vivi, no hay nada que hablar. Prepáralo todo y hasta mañana no pases a por ellos.

Aquella noche de viernes se convirtió en la primera noche que pasaría en casa de mis vecinos, pues, muchas serán las fiestas de pijama a las que acudiré a lo largo de mi infancia y adolescencia. Muchas serán las confidencias que escucharán y guardarán las paredes de la habitación de mi querida Sabina. Sí, habéis leído bien, Sabina será el nombre elegido por mis vecinos.

Mucho faltaba para esas fiestas de pijama y confidencias sobre amores y desamores bajo las sábanas, pero antes del nacimiento de Sabina, el *tete* y yo pasaremos una larga temporada en casa de los Alberola. La última quincena de diciembre nos quedamos a su cuidado tras mis padres dar positivo en Covid. No solo serían ellos, casi al mismo tiempo, el 1°B al completo quedó confinado durante la escalofriante cifra de dieciocho días. Afortunadamente, ni mis padres, ni Sara, Juan y Ana tuvieron que ser hospitalizados, aunque Ana y mi padre estuvieron bastante mal.

De punta se le pusieron los pelos a Carolina al ver caer a Sara y saber que el virus podría haber entrado en su casa. Varias habían sido las veces en las que había estado confinada tras el positivo de algún alumno. Semanas estuvo Daniel rogándole que pidiera la baja, amenazándole con hacerlo él por su cuenta; solo al ver contagiados a cinco de los vecinos Carolina decidió pedir la baja médica. Su médico no dudó ni un instante en dársela, su instituto sufría un alto índice de contagios y, si algo tenía claro la comunidad médica era que tras las fiestas navideñas los contagios se dispararían aún más.

Aquella Navidad no hubo viaje a México, como mi padre había prometido a mi abuela, ni tan siquiera nuestras primeras fiestas navideñas las pasamos con mis padres; nuestra primera Navidad la vivimos en brazos de Carolina, Daniel y Guillermo. Mmm...Guillermo...Es tan encantador, tiene una voz tan, pero tan, bonita...Aunque él no lo diga, sé que siente cierta predilección por mí. Lástima que se empeñe en llamarme «enana» y a quererme como a una hermana, porque Sara es encantadora, si no...

Jueves 31 de diciembre, 2020

Mónica se pasó la mano por el pelo, sus labios esbozaron una perceptible sonrisa ocasionada por aquel sencillo y común gesto. No lucía su bonita melena, pero atrás había quedado el compararse con la mítica teniente O'Neill; tampoco había rastro alguno de los surcos creados por el llanto, ni de las oscuras ojeras. Sus ojos bajaron por su cuello hasta posarse en la cicatriz del pecho, su tamaño no era comparable al terror vivido durante todo el proceso, así como a la inseguridad de desnudarse ante otra persona.

Sus dedos siguieron la línea de la cicatriz, tal y como tantas veces la había recorrido los dedos y los labios de Sergio.

—Sergio...

Su sonrisa se amplió al aflorar su imagen, lo echaba de menos, aquella sensación e, incluso, los propios sentimientos surgidos por él, seguían sorprendiéndola.

—Te has colado en mi vida...—murmuró asombrándose por el estremecimiento de todo su cuerpo, así como la reacción de su bello y de toda su piel.—. Absurdo, es absurdo...

Móvil en mano se dejó caer en la cama, necesitaba hablar con él.

—Muy buenas, me has leído el pensamiento, iba a llamarte.

—No sabía si te pillaba liado con la cena.

—Para ti nunca—respondió ante la burlona mirada de su hija, que le dio un beso en la mejilla antes de perderse en su dormitorio.—. Marcos, tienes la ropa en la cama, ve a vestirte.

—Sergio, si estás liado hablamos luego.

—No, no, ni se te ocurra colgar. Marcos, ve vistiéndote, ahora vengo...

—¿Es Mónica? —Quiso saber el pequeño.

—Sí, es ella.

—¿Puedo hablar con ella un momentito?

Mónica rio al escuchar al más pequeño de los hijos de su novio, los tres eran encantadores y la habían recibido con los brazos abiertos, pero Marcos la había conquistado antes incluso de iniciar su relación.

—Pásamelo—dijo a Sergio, que rezongando le pasó el teléfono a su hijo—. Hola, Marcos, ¿cómo estás?

—Bien, bueno, un poco enfadado contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿Cómo puedo arreglarlo?

—¿Por qué no vienes a casa a cenar, creí que ya éramos familia? —Sergio no perdía detalle de la conversación de su hijo, sonrió al escuchar aquel «familia» de su boca— Sí, ya sé que mañana comes con nosotros, pero no es lo mismo...—se calló un momento para escucharla a ella.—. Sí, bueno...—Sergio se mordió el labio inferior para no reír al ver la sonrisa gamberra de su hijo—. Medio te perdono porque vamos a estar juntos a través de la pantalla, pero para perdonarte del todo mañana tendríamos que ver juntos una peliculita.

—Muy bien, elige una—dijo risueña escuchando las carcajadas de Sergio—. ¿me puedes pasar ahora con papá?

—Hola—Sin parar de reír la saludó—, así que mañana tenemos peliculita, la verdad es que hoy tendrías que estar aquí.

—¿Me estás tirando de las orejas? —Con tono recriminatorio, pero, sin borrar la sonrisa, preguntó escuchando las carcajadas de Sergio—Sabes que me hubiese gustado cenar contigo, —hizo una breve pausa—, es decir, con vosotros, pero este año...

—Mónica, no te estoy echando en cara que no cenes con nosotros, sabes que es una broma para hacerme la víctima.

—Así que haciéndote la víctima y yo llamándote para que no firmes la renovación del alquiler —Por total sorpresa pilló la invitación a Sergio, las carcajadas desaparecieron de golpe, el brillo en sus ojos denotó la emoción que le provocaba—. Mi casa es lo suficiente grande para los dos, en el despacho cabe, perfectamente, otra mesa. El vestidor es otra cosa—rio—, pero estoy más que dispuesta a compartirlo contigo—. Quiero suponer que a pesar del silencio sigues ahí, sé que es una locura porque llevamos juntos muy poco tiempo, pero, la vida me ha dado una lección enorme este año, no solo por el cáncer que me regaló, sino por la pandemia—Una risa nerviosa se apoderó de ella mientras hablaba—. ¿No piensas decir nada? No te sientas obligado, entendería que no quisieras...

—Mónica...

—En realidad—Tan nerviosa estaba que no lo escuchó hablar—, nunca hemos hablado de vivir juntos y...

—Mónica...—De manera infructuosa volvió a llamarla.

—Sé que cada quince días vives con tus hijos, pero...

—¡Mónica! —Muerto de la risa exclamó— ¿Puedo hablar? ¿Crees que será posible que calles un momento para darme la oportunidad de contestar? —Mónica se calló de golpe, el corazón le iba a mil por horas—Cariño, mi respuesta era sí desde el principio, no necesitaba ninguna justificación para darte una respuesta afirmativa, es más, si no te lo había propuesto yo mismo es porque quería que saliera de ti. No quería invadir tu privacidad. Así que sí y mil veces sí.

El tráfico en la escalera era nulo, lejos quedaba la celebración del último fin de año, las carreras rumbo a la terraza, las cascadas de luces iluminando la pérgola de madera, el trasiego de platos, cubiertos, copas, comidas, las bandejas de dulces navideños. Sin embargo, las risas y las voces eran claramente audibles, es más, las voces reales coincidían por momentos con las escuchadas a través de los dispositivos electrónicos, que se habían colado en las mesas de tres de las viviendas del 9, así como en el piso que David compartía con dos amigos, en el que a la cercana distancia él y Jimena cenaban en compañía de nuestra gran familia.

Ellos no eran los únicos que cenaban con nosotros desde más allá de las fronteras del 9, pues, Sergio nos abrió las puertas a la casa de sus hijos, donde él cenaba con ellos sin la presencia de Mónica que lo hacía desde el ático conmigo en brazos.

—Pero...Pero... ¿esto es en serio? —Sami no salía de su asombro bajo las risas de sus hermanos y de su padre—¡No pienso hacerlo! *Joder*, que acabo de verle las bragas a mi tutora.

—Perdona, guapito…—Mi madre hizo ademán de hablar con ampulosos gestos.

—Samuel—Sin hacer caso a los exagerados gestos de mi madre intervino Carolina—, más te vale que esto quede entre nosotros. Ahora que voy a ser una especie de tía postiza has de diferenciar entre mi rol de tutora y el que no, así que ni se te ocurra irte de la lengua...

—¿Estás amenazando a mi hijo con un suspenso? —Intentando no reír interrumpió Sergio.

—Eso lo has dicho tú, pero mira, es verdad, el poder lo tengo en mis manos—Carolina le guiñó un ojo a Samuel antes de clavar sus azules ojos en los oscuros de mi madre—. Y tú, no te pases, deja a Sami fuera de esta locura tuya, en su lugar te enseñaremos los bodis que Daniel les

ha comprado a mis sobrinos.

Mi madre se cruzó de brazos, su cara dejaba claro que no iba a romper con las tradiciones, pero callada contempló la pantalla mientras Daniel y Carolina nos desvestían para dejar a la vista nuestros bodis rojos en los que se leía: «Mi mamá está loca, pero es la mejor». Las risas y gritos de mi madre sonaron en *dolby stereo* al subir desde el primero al ático a la vez que se escuchaban por los altavoces.

Las risas y gritos de mi madre captaron la atención de Ivo y mía propia, al unísono gritamos un audible «mamááá», haciéndola olvidarse de la negativa de Sami a enseñar su ropa interior para centrarse en nosotros. Aquella simple, pero significativa palabra consiguió que mi madre claudicara por una vez perdonando, a las nuevas incorporaciones a nuestra gran mesa virtual, de mostrar su ropa interior.

Capítulo 46

No revelo nada nuevo si describo el comienzo del año 2021 como caótico, extraño, con momentos de incertidumbre, con subidas y bajadas de ánimo al comprobar como el dichoso virus no solo no terminaba de irse, sino parecía haberse asentado entre nosotros. Cierto que no todo era negro, un atisbo de ilusión nos embriagó al asistir a la llegada de la vacuna, que se convirtió en la estrella que nos guiaba el camino para salir al otro lado del profundo y oscuro túnel en el que nos hallábamos inmersos.

Bueno, no sé el motivo por el que uso el plural, pura empatía, pues el *tete* y yo no éramos conscientes de la realidad distópica en la que nos encontrábamos. Nosotros llegamos a un mundo en el que lo normal era ver rostros ocultos tras las mascarillas y, lo extraordinario era disfrutar de las sonrisas de mis padres en la intimidad de nuestro hogar.

A nuestra casa regresamos la víspera del día de reyes, muy probablemente, si les preguntáis a mis padres, ellos os dirán que nuestro regreso, volver a tenernos en brazos, ha sido el mejor regalo de Reyes de todos los tiempos. Especialmente, en el caso de mi padre, ¿cómo es posible que Melchor, Gaspar y Baltasar no pasen por Francia? ¿Os lo podéis creer? ¡Mi padre no tuvo regalo de ellos hasta no vivir en España! Por mi parte, yo no diré que esa fuera la mejor de las vísperas de Reyes, pues, muchas son las noches de Reyes que he de vivir. Pero sí, sin duda alguna, aunque en casa de los papás de Sabina estábamos como en casa y, en ella pude disfrutar de las atenciones de Guille, volver a sentir el calor de nuestro hogar, ser acunados por los brazos de nuestros padres, perdernos en su delicioso aroma, escuchar los cuentos y las canciones en francés de mi padre y reencontrarnos con el colorido mural de nuestra habitación fue maravilloso.

A pesar de la pandemia los dos primeros meses del año se fueron en un abrir y cerrar de ojos o, mejor decir que se marcharon al ritmo de las largas colas ante los *vacunódromos*. Entre vacuna y vacuna llegó marzo, Valencia lloró la ausencia de las Fallas, la ciudad añoraba el olor y ruido de la pólvora. Entre risas todos los vecinos del 9 se metieron con Daniel, tildándolo de gafe, pues, desde su regreso de Nigeria, ya iba para dos años, nuestra fiesta grande, nuestro orgullo y patrimonio inmaterial de la humanidad no había podido celebrarse.

En el tercer mes del año lo que sí celebramos soplando nuestra respectiva vela ante la cámara para que nuestros abuelos y tíos nos cantaran las *Mañanitas* desde México y el *Joyeux anniversaires* desde Francia, fue nuestra primera vuelta al sol. Aquel 19 de marzo, nuestro primer 19 de marzo, fue celebrado a lo grande, todos los vecinos nos reunimos en nuestra querida zona común para festejar nuestro primer año de vida; nadie faltó a la cita, incluso David, Jimena y Marcos, el más pequeño de los hijos de Sergio, asistieron a nuestro primer cumpleaños.

Aquel mismo día para alegría de todos y, casi al compás, Ivo y yo dimos nuestros primeros pasos sin la necesidad de ser sujetados por las manos de papá y mamá. Muchos fueron los aplausos recibidos en vivo y desde el otro lado de la pantalla, aplausos que nosotros devolvimos agradecidos y contentos conteniendo, unas veces con éxito, otras no tanto, el equilibrio.

Poco tardamos en cogerle al gusto al mundo sobre los dos pies, una nueva perspectiva se asomaba ante nuestros ojos, así como pocos fueron los días necesitados para pasar del bamboleo de los primeros pasos a las carreras y, menos aún, el tiempo que necesitó mi madre para cambiar sus flamantes y eternos tacones por los zapatos planos para poder alcanzarnos en nuestras carreras. Carrera a la que pronto se sumaría mi BFF.

sábado 10 de abril, 2021

Sergio no necesitó ninguna explicación al abrir la puerta y encontrarse con una sofocada Carolina que se sujetaba el bajo vientre con claros signos de dolor, menos aún al ver como se hacía un charco a sus pies. De inmediato supo que el día había llegado.

—A mi sobrina que no corra—Le acarició las enrojecidas mejillas en un intento de tranquilizarla—. Me calzo y nos vamos.

—Mónica, por favor, ¿puedes intentar localizar a tu hermano? ¿Me acercas el mocho?

—¿El mocho? —Estupefacta repitió—¿De verdad vas a fregar el suelo ahora? ¡Estás de parto!

—No vamos a dejar este charco...

—¡Olvídate de eso ahora! Sergio, voy bajando con esta loca antes de que se ponga a fregar.

—¡Voy! —Sergio salió corriendo tras ponerse los zapatos—Tengo el coche en el garaje, esperadme en la puerta.

Sergio cerró la puerta, cogió el bolso del hospital, bajó un tramo de escalera y volvió a subir.

—¿A dónde vas ahora? —Sin entender que hacía se interesó Mónica.

—Las llaves del coche—respondió subiendo a paso acelerado.

—Sergio, relájate, no hay prisa—comentó Carolina.

—¡Estás de parto! —gritó Mónica—¡Has roto aguas!

Pocos minutos después salían rumbo al hospital. Carolina trató de disimular su nerviosismo, temía que el tiempo corriera en su contra, pues, las contracciones cada vez eran más intensas y seguidas. Sergio intuía lo que pasaba, su mirada y sus gestos de dolor le recordaban a los de su exmujer en los partos de sus tres hijos; Mónica era la más nerviosa de los tres, especialmente, porque no lograba contactar ni con su hermano, ni con su sobrino.

Como era su costumbre desde hacía un par de semanas miró el móvil nada más salir del paritorio, su corazón se aceleró al ver las múltiples llamadas de su hermana, tenía claro que el momento había llegado.

—¡*Mierda*! —Daniel marcó el número de su hermana y corrió por el pasillo, imaginaba que ya estarían llegando al hospital.

—¿Ocurre algo? —se interesó Guillermo al ver a su padre salir corriendo como alma que lleva el diablo.

—Tu madre—dijo sin parar—. Ocaña, te lo robo—le dijo a su compañera.

—¿Ya? —se interesó su compañera intuyendo de lo que se trataba.

—Eso parece.

Acalorados por la carrera llegaron a recepción justo en el momento en el que llegaba Carolina agarrada del brazo de Mónica, con claros signos de dolor, por las cada vez más frecuentes contracciones, en el rostro. Miles de recuerdos se apoderaron de Daniel al encontrarse con los ojos de su mujer, de pronto, le pareció imposible que hubiesen pasado más de dos décadas desde el día en que de su mano entraban en aquel mismo hospital.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? —balbuceó llevándose las manos entre las piernas, toda su calma había desaparecido de golpe. —¿Qué *gilipollez* de pregunta es esa, Daniel?

—*Hostia*—dijo Guillermo al escuchar a su madre. Pocas eran las veces que le había escuchado decir un taco.—. Nos la llevamos—Guillermo se acercó a su madre con la silla de ruedas que le pasaba uno de los celadores y la ayudó a sentarse.

—Ufff... Sabina tiene prisa—resopló Carolina clavando las uñas en el brazo de su hijo.

—Ya estoy aquí—saludó Sergio.

—No podéis estar aquí—anunció Daniel—, idos a casa. Guille y yo os mantendremos informados.

—Pero...Pero....Yo quiero ver a mi sobrina.

—Lo siento, *teta*, es imposible. La situación no lo permite.

Una fortísima contracción hizo doblarse de dolor a Carolina, con fuerza se sujetó a los brazos de la silla.

—Daniel, deja de dar explicaciones, tu hija tiene prisa—masculló con un contenido alarido.

Sin más dilación Guillermo corrió empujando la silla, Daniel corría al lado de ellos sin soltarse de la mano de Carolina, rumbo al paritorio.

—Dani, noto su cabecita—Asustada y entre jadeos musitó Carolina.

—Otra como su hermano, una *cagaprisas*—emuló una sonrisa en un intento de tranquilizarla ayudándola a levantarse y tumbarse

—Os recuerdo que estoy aquí.

Guillermo sonrió a sus padres, estaba nervioso por estar a nada de ayudar a traer al mundo a su hermana, ya no era el primer parto en el que estaba, pero aquel le provocaba un cosquilleo diferente. Sus padres le devolvieron la sonrisa antes de sonreírse entre ellos por estar los tres una vez más en el paritorio y, justo el que los había llevado a pisar por primera vez uno fuera el encargado, bajo la supervisión del padre, de traer al mundo a su hermana.

La oxitocina y la rapidez del momento no la dejaba pensar con claridad, sin embargo, Carolina no pudo evitar acordarse de sus padres, de las lágrimas derramadas al tener en brazos al que hoy la asistía porque el aciago destino les había impedido conocerlo mientras Sabina se daba prisa por salir al mundo.

—Está aquí—Los ojos de Guillermo no pudieron disimular su emoción al ver la cabecita de su hermana.

—¿Vas a decir obviedades como tu padre?

Daniel se mordió los labios bajo la mascarilla, pero sus ojos lo delataron, gesto que no pasó

desapercibido por Guillermo que evitó reírse, menos aún al escuchar el grito de Carolina y ver como Sabina se deslizaba entre sus piernas sin casi darle a él tiempo de reacción. Con clara emoción Guillermo recibió a Sabina, quien nada más llegar a este mundo dio buena muestra de su capacidad pulmonar.

Ninguno de los tres pudo contener las lágrimas, contagiando con ellas a la enfermera que esperaba para realizar las pertinentes pruebas a la recién nacida. Con los ojos emborronados por las lágrimas Guillermo depositó a su hermana sobre Carolina antes de abrazarse a su padre.

Sí, el nacimiento de mi BFF me robó un poquito de importancia, de protagonismo, sin embargo, aunque Guillermo no olvide jamás su nacimiento, yo estaba destinada desde mi nacimiento a ser como el primer amor o, como la primera vez que haces el amor o, tu primer beso, puede no ser el mejor de todos, pero jamás lo olvidarás y, lo que ni tan siquiera mi amiga del alma me puede arrebatar es que yo siempre seré su primera vez.

Epílogo

Epílogo

domingo 5 de septiembre, 2021

Si algo caracterizó al 2020 y 2021 fue su extraño tempo, la pandemia nos envolvió en una curiosa sensación temporal en la que hechos acaecidos un par de meses atrás nos parecían lejanos y, al mismo tiempo el confinamiento y las restricciones generaban tedio, monotonía y la percepción de estar metidos en un bucle infinito del que no terminábamos de salir por estar saltando de ola en ola. En mi *terreta* a aquella singular percepción espacio-temporal se le sumó la desacostumbrada celebración de las Fallas en el noveno mes del año.

Sin duda, aquellas no fueron unas Fallas al uso, no solo por ser a destiempo, sino porque fueron llevadas a cabo bajo estrictas medidas de seguridad, pues, para nuestra desgracia más de un año y medio después de la declaración de la pandemia seguíamos viviendo en ella.

La ironía meteorológica hizo que, a pesar de estar en verano, aquel último día de Fallas no parase de llover. Siendo sincera, yo no recuerdo la lluvia, bueno, ni la lluvia, ni nada de aquellas mis primeras Fallas, sin embargo, lo que se me quedó grabado fue el grito de mi madre y su cara de horror al entrar en el despacho y descubrir el maravilloso cuadro que acababa de dibujar en una de las blanquísimas paredes, así como los coloridos tatuajes de los brazos, piernas y cara de mi hermano.

—*Tete*, *apo*—balbuceé pintándome brazos y cara ante los atónitos ojos de mi madre, a quien parecía que, como a la mismísima sirenita, la malvada Úrsula le hubiese robado la voz.—. Papá, ¿*apo*? —pregunté a mi padre alzando los brazos hacia él para verter en él todo mi arte pictórico.

Con la boca abierta se quedó mi madre al ver a mi padre sentarse en el suelo para que yo pudiera tatuarle brazos y cara, como si de un jefe maorí se tratase, mientras mi fan número uno, es decir, mi hermano, aplaudía con efusividad mi destreza pictórica.

—¡Antoine!

—*Chèrie*, relájate y siéntate, se va con agua—Mi padre le guiñó un ojo y la invitó a sentarse a su lado.

—Eso, dale alas, ¿tú estás viendo a Ivo?

—Ivo, *apo*—Con la mejor de mis sonrisas intervine.

—Ivo, *apo*—reiteró el aludido dando vueltas sobre sí mismo para que pudieran ver bien su pintado cuerpo.

Al contrario de mi madre, a mi padre le costaba contener la risa.

—*Chérie*, de verdad, son niños, se va con agua y de una madre artista, ¿qué podríamos esperar? —Repitió la invitación para que se sentara a su lado— Igual es la nueva Frida Kahlo.

—¿Tú estás seguro? —Con desconfianza insistió mi madre que no le convencía que mi arte en el cuerpo de Ivo fuera efímero.

—Del todo, por eso, compré estos *feutres*[17]—terminó de decir en francés, pues, mis padres querían que nos manejásemos en ambas lenguas.

—*Feutres*—emuló su pronunciación con cierta sorna, mi padre levantó la ceja izquierda a modo de recriminación—¿Lo he dicho mal?

—No, para nada, pero esa actitud suya, señorita Hernández Cruz, le restará puntos en la evaluación—respondió mi padre sin borrar la sonrisa mientras lo tatuaba.

—Ya me encargaré luego de ganar puntos—replicó mi madre bajo la cara de falso asombro de mi padre.

—Papá, *apo*.

—¿Mamá, *apa*? —Ivo blandió uno de los rotuladores ante los ojos de mi madre.

Aquella misma mañana una foto familiar tatuados de arriba abajo era enviada a Francia y México, además de al WhatsApp de las mujeres del 9; no tardando en resonar sus risas en el patio. Esa misma foto se convertiría en el salvapantallas de los móviles y ordenadores de mis padres y, una copia en papel luciría durante años en nuestra nevera; la misma nevera que se convertiría en la sala de exposiciones oficial de nuestros dibujos.

Las risas femeninas mezcladas con el incesante soniquete de *Paquito el chocolatero* que, cada dos por tres se dejaba oír en la calle, bajaron desde la terraza y se colaron por las ventanas provocando la sonrisa del género masculino.

—¿Sabina, *apa*? —Con la mejor de mis sonrisas pregunté desde mi silla, en un claro intento de pintar a mi futura amiga del alma, enseñé mis pinturas.

—Pequeña tatuadora, despliega tu arte en las titas Ana y Mónica o en tu mami—Sin borrar su sonrisa se apresuró a responder Carolina.

—A mí ni se te ocurra, pequeña delincuente—replicó Mónica—, yo ya estoy tatuada. Mira mejor a Jime y Sara, que les sirva de bautizo—Entrecomilló con los dedos—. ¿Sangría?

—A mí ni de broma—Carolina tapó su vaso al ver las intenciones de Mónica—. ¿Quieres emborrachar a tu sobrina? Te recuerdo que sigo dándole de mamar.

—No, ni a una, ni a otra—contestó guiñándole un ojo a Jimena, que amplió su sonrisa.

—Itzel ven conmigo, vamos a hacerle un tatuaje a Sara—Ni dos segundos tardé en sentarme en las piernas de Jimena.

—Ustedes sigan consintiendo a la delincuente de mi hija.

—¡No seas exagerada! —rio Jimena—. Además, para eso estamos las tías, para mimar a las sobrinas.

—Imena, apa.

—Tú, sí que eres guapa, piquito de oro—Jimena me besó de manera sonora arrancando mis carcajadas.

—¿Sois conscientes de lo mucho que nos ha cambiado la vida desde nuestra última celebración de Fallas en esta terraza? —Acercándole el vaso a Mónica para que volviera a llenárselo comentó Ana—. En las últimas Fallas yo era la única con pareja estable...

—Perdona—interrumpió mi madre—, aquí todas teníamos pareja estable, de hecho, estábamos emparentadas, te recuerdo que Tom, Mike y, mi Fred son primos.

—No sabía que vosotras salisteis con unos primos—De manera inocente intervino Sara, que no tardó en darse cuenta que algo sucedía—. ¿Quiénes son esos tres? ¿Por qué tengo la impresión que hay raro en ellos?

—¿Raro? No, cariño—replicó mi madre—, nada de raro. De hecho, no sé estas—señaló a Mónica y Carolina—, pero yo sigo teniendo una relación estable con mi Fred.

—Bien habla de Antoine, no sentir celos—intervino Jimena—. Tengo una amiga que tuvo que dejar de ver a su antiguo novio, porque el de ahora sentía celos.

—No puedo con los celos y esas tonterías—Seria respondió Sara, Carolina, que estaba sentada a su lado, le acarició el brazo.

—Daniel no tiene problemas con Mike.

—Ni Sergio con Tom, ni...—se calló al estar a nada de decir que tampoco lo tuvo en su momento David.

—Ni David...—terminó de decir Jimena—. Me hubiese sorprendido lo contrario, pero yo no recuerdo que tú salieras con alguien antes de David, no digo de Carolina, porque nunca le conocí novio alguno hasta Sergio. ¡Dios, mira que somos raritos en nuestra familia!

Todas se rieron por entender el comentario de Jimena que, claramente, aludía al intercambio de parejas ocurrido entre sus tías y ella misma.

—Tom no es humano—Sin parar de reír respondió Mónica—, por ende, sus primos Fred y Mike tampoco.

—Tom, Mike y Fred son la familia *Satisfyer*—explicó mi madre—, debierais conocer a alguno de sus primos—señaló a Sara y Jimena.

—¡Viviana! —se quejó Ana.

—¿Qué? —Con los brazos en jarras respondió—¿No creerás que tu hija no se ha zumbado a su hijo?

Todas se miraron en silencio, silencio que solo duró unos segundos, pues, todas estallaron en carcajadas.

—Mira que eres bruta—respondió Carolina entre risas.

—Si te escucha Juan cae tieso—Ana no podía parar de reír.

—Pero es que papá sigue creyendo que soy la niñita con la que tomaba café en tacitas de juguete.

—¡Y el mío! —exclamó Jimena—¿Qué les pasa a los padres?

—Que les *acojona* pensar que sus princesitas—entrecomilló con los dedos Mónica—han cambiado las muñecas por los *Satisfyer*.

Ninguna pudo evitar las carcajadas, incluso Sabina movió los brazos y las piernas mientras sonreía entre gorjeos.

—No será mi padre, yo no tengo ninguno—río Sara.

—Ni yo—replicó Jimena.

—Pues, como tía consentidora, ahora mismo ponemos solución—respondió Mónica móvil en mano.—. Es hora de conocer a Rick, Pietro y... —miró a Ana que incrédula la observaba— Bob, ya es hora de que Juanito tenga competencia.

Los ojos de Daniel recorrieron la concurrida calle, años hacía que no vivía unas Fallas, sin darse cuenta aspiró el olor a pólvora que tanto le recordaba a su tierra. Ya no se estremecía, como un año atrás le había pasado, con las explosiones; ancladas en su pasado habían quedado otras explosiones, aquellas que no olían a fiesta, sino a terror, sangre y muerte.

Lejanos le parecieron los diez años vividos en Nigeria, años que recordaba con cariño, esperaba volver algún día al país más rico y, sin embargo, con mayor pobreza del continente africano. No quería regresar solo, quería que Carolina y sus hijos conocieran el país, su gente y, especialmente, a la familia que allí había dejado.

Poco tardó en localizar a sus hermanos y a sus padres, cuyos ojos sonrieron al ver llegar a su hijo de la mano de Carolina acompañados de Mónica y Sergio, que en muy poco tiempo se había hecho un hueco en la familia Alberola. A escasos pasos por detrás de las dos parejas llegaban Jimena, Sara, David y Guillermo porteando a una despierta Sabina, cuyos enormes ojos azules intentaban acaparar todo el colorido con el que se topaba en el camino, sin alterarse por las continuas explosiones, dejando claro donde había nacido.

Todos contuvieron los deseos de abrazarse y besarse, pues, a pesar de la música, del olor a buñuelos, del estallido de petardos, bombetas, las risas y los bailes, seguíamos en pandemia y no podíamos bajar la guardia. Mis padres tampoco podían bajarla, eso sí, por motivos diferentes...Digamos que algo de culpa era mía, pero ojito, también de mi hermano que, al igual que yo, parecía estar preparándose para la maratón de Valencia. Corriendo detrás nuestra llegaron mis padres, entendiendo que nosotros éramos hijos de la pólvora, ni a Ivo ni a mí nos asustaba el estruendo de los petardos, todo lo contrario, celebrábamos con gran alborozo cada vez que sonaba uno.

—La *terreta* pudo con los genes franceses y mexicanos—comentó Ana antes de salir corriendo tras Darío que tampoco se asustaba con las tracas e intentaba quitarle las bombetas a su hermana.

—Tú no puedes, eres muy pequeño—Mar estiró los brazos en un intento de alejar las coloridas bombetas de su hermano.

—Sobrina, ¿puedo yo? ¿Me dejas una? —preguntó Daniel recibiendo la afirmativa respuesta de su sobrina.

Valentín se abrazó por la espalda a su mujer, sabía que estaba emocionada, él también lo estaba, no solo porque por primera vez en más de una década Daniel estuviera disfrutando con ellos de la *cremà*, sino por todo lo que les había tocado vivir en un año.

Daniel dejó a su sobrina con Jimena y David y, tras saludar a Ana y Juan, que recién se sumaban al grupo, se acercó a su madre.

—Por fin, veo cumplirse mi deseo—abrazada a Daniel comentó Inma—y, a lo grande, pues, no solo te tengo por fin aquí, sino has formado la familia que siempre deseé para ti.

Daniel abrazó a su madre, apoyó la barbilla sobre su cabeza e hizo un recorrido visual por todos y cada uno de los miembros de su familia, no podía ver sus sonrisas ocultas tras las mascarillas, pero el brillo de los ojos dejaba buena cuenta de la felicidad y la emoción existente en todos y cada uno de los presentes. Su mirada se detuvo en los brillantes ojos azules de su mujer, que, manteniendo la tradición, disfrutaba del espectáculo en brazos del que para ella era mucho más que el padre de su marido y el abuelo de sus hijos.

La oscuridad se hizo en la calle, las luces de las farolas se apagaron para dar paso a un colorido castillo que dio paso a los vítores y aplausos de todos los presentes, algarada que se silenció al ver a la fallera mayor y al presidente de la Falla prender la llama de la traca que desencadenaría la inmediata quema del bonito monumento al compás del himno de mi *terreta*, aquel que diecisiete meses atrás anunció mi llegada al mundo.

Ahora sí, mis queridos lectores, tras cuarenta y cinco capítulos y este epílogo cierro las puertas del número 9 de la avenida Felicidad, eso sí, si algún día pasáis por delante de mi puerta no dudéis en llamar y, más aún, si tenéis una buena historia que contar.

Por siempre

Itzel

Conociendo a Elva Martínez

Nacida en Canarias, como algunas de las protagonistas de mis historias el amor me hizo cambiar mi isla, Gran Canaria, por la tierra en la que viven muchos de sus personajes, Valencia. Licenciada en Filología Inglesa, mamá *full-time* desde hace casi trece años de un pródigo humano y uno menos del pródigo canino, ctengo la inmensa suerte de compaginar dos de mis pasiones, la enseñanza, *ESL teacher*, y la escritura.

Hace poco más de once años, ¡el tiempo pasa muy rápido!, me lancé al mundo de la blogosfera. En un principio comencé con mi blog maternal, **Cuando olía a vainilla**, bueno, más que maternal diría el blog en el que narraba las aventuras y desventuras con mi *comando piojo* (mis pródigos). Aventuras tocadas con unas gotitas de humor, porque la vida hay que tomársela así, si no malo sería.

Unos meses después y con el gusanillo del tecleo metido en la sangre me atreví a abrir otro blog, **El diario de una pija**, y así nació la que sería mi primera novela publicada bajo el nombre de **El Diario de Lucía**, primer libro de la saga: **Amigas y Treintañeras**. A esta saga también pertenecen: **Lola, mamá en apuros**, **Silvia deshoja la margarita** y, **Patty diseña su vida**.

Sin duda alguna, el «pirata cazador de estrellas» es quien me dio a conocer, Diego «el pirata» es uno de los personajes centrales de **Tres no son multitud**. Con ella se produjo un fenómeno curioso, las lectoras pedían saber el «antes» y el «después» y, tras recibir no uno, ni dos, ni tres... sino muchos correos pidiéndome lo mismo pensé:

«Elva, los deseos de los lectores son órdenes para ti.
¿Por qué no complacerlos?»

Y así, **Tres no son multitud** se convirtió en una trilogía.

En medio de esas dos novelas escribí varios relatos que fueron recogidos en **Un chico afortunado y seis historias más**, una colección de historias de amor, desamor, erotismo y, por supuesto, con unas gotitas de humor. Este libro ya no existe, todas las historias han pasado por quirófano, ampliadas en su mayoría y publicadas de manera gratuita en *Wattpad*. En su día *Wattpad* también fue publicado **De perros y sus dueños**, de donde surgió la novela, que hizo descubrir a muchas lectoras cierto helado, **Menta y Chocolate**.

¿No me crees?, sin duda, la historia que me ha hecho recorrer más kilómetros sobre las pequeñas alas de *Colibrí*.

A final del 2017 publiqué la bilogía, **Y de pronto la vida**, la cual está formada por: **Carpe Diem** y **Con Dos de Azúcar**.

En agosto de 2018 vio la luz **Bajo la luz de las estrellas**, novela con la que se homenajea a todos los que vivieron bajo la luz de las estrellas como consecuencia de uno de los huracanes más devastadores de la historia en Puerto Rico.

Tres fueron los relatos publicado en 2019, **Gin-tonic y palomitas**, **Max²** y **Otro para ti**. En 2020 publicó la nueva edición **Tenías que ser tú**, sin duda alguna, la más mágica de todas mis historias. 2020 también vio nacer **Eclipse,** auténtica novela de aventuras porque tendrás que elegir el destino de la protagonista saltando entre las diferentes opciones dadas en los capítulos y, el relato **Distancia Relativa**.

En 2021 publicó en *WATTPAD* los relatos y novelas cortas antes mencionadas y **Cinco Días**, novela finalista en los *Watty*s.

Este año verá la luz su nueva novela, **Historias de mi escalera**, novela coral en la que viviremos las historias situadas en el ficticio n°9 de la avenida Felicidad.

Puedes seguirme en mi página de autora de *Facebook*, El blog de Elva Martínez, en *Pinteres*t bajo el nombre de Elva Martínez Medina, así como en *Twitter* e *Instagram* con el nombre de

usuario, @elvamarmed. Por supuesto, no dejes de pasar por *Wattpad* y, recuerda, encontrarás todas mis novelas en Amazon.

[1] Merde: Mierda

[2] Connard: Gilipollas, capullo, imbécil.

[3] Salut! Ça va?: ¡Hola! ¿Qué tal?

[4] Chérie: Cariño.

[5] Santé: Salud.

[6] Eres una bruja, cariño.

[7] Tu Fred no puede besarte.

[8] Esto no te lo hace Fred.

[9] PAAF: Punción aspiración con aguja fina, prueba diagnóstica que consiste en la extracción de una muestra total o parcial de tejido para ser examinada al microscopio por el patólogo.

[10] Reservorio: dispositivo con pequeño depósito y catéter que se coloca bajo la piel mediante cirugía y permite el suministro de medicamentos y la transfusión de sangre.

[11] *Tu es une sorcière, chérie*. Eres una bruja, cariño.

[12] *Allons, mon petit, ne pleurez pas*. Vamos, cariño, no llores.

[13] *Non, mon ange ne pleure pas toi aussi.*Venga, cariño, no llores tú también.

[14] *Home sweet home*: hogar dulce hogar.

[15] *Libertè, égalité, fraternité*: Libertad, igualdad, fraternidad.

[16] *Mise en place*: término utilizado en gastronomía para definir el conjunto de organizar y ordenar los ingredientes requeridos para la receta.

[17] *Feutres*: Rotuladores.